

*Charles Dickens*



# OLIVER TWIST

**L≡LIBROS**

Libro proporcionado por el equipo

**Le Libros**

**Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros**

**<http://LeLibros.org/>**

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Oliver Twist malvive en un hospicio donde escasas raciones de comida y los castigos corporales son normas del sistema educativo. Empujado por el ambiente, ingresa en una banda de ladronzuelos a las órdenes del viejo avaro Fagin. Los bajos fondos de Londres son el escenario de esta genial novela universal publicada por entregas, que también se adaptó al cine y al teatro.

**L**  **LIBROS**

Charles Dickens

**Oliver Twist**

*Que trata del lugar donde nació Oliver Twist y de las circunstancias que concurrieron en su nacimiento*

Entre los varios edificios públicos de cierta ciudad, que por muchas razones será prudente que me abstenga de citar, y a la que no he de asignar ningún nombre ficticio, existe uno común, de antiguo, a la mayoría de las ciudades, grandes o pequeñas; a saber: el Hospicio. En él nació —un día y año que no he de molestarme en repetir, pues que no ha de tener importancia para el lector, al menos en este punto del relato— el ser mortal cuyo nombre va antepuesto al título de este capítulo.

Bastante después de haber sido introducido en este mundo de pesares e inquietudes por el médico de la parroquia, abrigáronse innumerables dudas de que el niño sobreviviese siquiera lo preciso para llevar un nombre, en cuyo caso es más que probable que estas Memorias no hubiesen aparecido jamás, o, de haberse publicado, al hallarse comprendidas en un par de páginas, hubieran poseído el inestimable mérito de constituir la biografía más concisa y fiel de cuantas existan en la literatura de cualquier época o país.

Si bien no estoy dispuesto a sostener que el haber nacido en un hospicio sea, por sí sola, la circunstancia más afortunada y envidiable que pueda acontecer a un ser humano, sí he de decir que, en este caso particular, fue lo mejor que pudo haberle ocurrido a Oliver Twist. Es el caso que se tuvieron grandes dificultades para inducir a Oliver a que tomase sobre sí la tarea de respirar, práctica molesta, pero que la costumbre ha hecho necesaria para nuestra cómoda existencia, y durante un rato permaneció boqueando sobre un colchoncillo de borra, suspendido de manera harto inestable entre este mundo y el otro, indudablemente inclinada la balanza en favor de este último. Ahora bien: si durante ese breve período hubiese estado Oliver rodeado de solícitas abuelas, anhelosas tías, expertas nodrizas y doctores de honda sabiduría, inevitable e indubitavelmente hubiera muerto en un decir amén. Mas como no había sino una pobre vieja, bastante aturdida por el inusitado uso de la cerveza, y el médico de la parroquia, que desempeñaba estas funciones por contrata, Oliver y la Naturaleza pudieron dilucidar la cuestión por sí solos.

El resultado fue que, mediante algunos esfuerzos, Oliver respiró, estornudó y procedió a anunciar a los huéspedes del Hospicio el hecho de la nueva carga

impuesta sobre la parroquia, lanzando un grito todo lo agudo que lógicamente podía esperarse de un infante que sólo poseía ese utilísimo accesorio que es la voz desde un espacio de tiempo no superior a tres minutos y cuarto.

Tan pronto como Oliver dio esta primera prueba del libre y adecuado funcionamiento de sus pulmones agitose la remendada colcha que se hallaba desaliñadamente extendida sobre el lecho de hierro, se alzó desmayadamente sobre la almohada el rostro pálido de una joven y una voz apagada articuló de un modo imperfecto estas palabras:

—¡Dejadme ver a mi hijo antes de morir!

El doctor, que se hallaba sentado cara al fuego, calentándose y frotándose las manos alternativamente, al oír la voz de la joven se levantó y, acercándose a la cabecera de la cama, murmuró, con más dulzura de la que pudiera esperarse de él:

—¡Vamos! No hay que hablar de morirse todavía.

—¡Pues claro que no...! —exclamó la enfermera, depositando apresuradamente en su bolsillo una botella de verde cristal que estuvo saboreando en un rincón con evidente regusto—. ¡Que Dios bendiga vuestra alma! Cuando hayáis vivido tanto como yo y hayáis tenido trece hijos, muertos todos, menos dos, que están conmigo en este hospicio, ya veréis cómo no lo tomáis de ese modo. Pensad en lo que es ser madre y en que hay aquí un corderillo que criar, ¡ea!

Evidentemente, esta consoladora perspectiva de esperanzas maternas no surtió el efecto apetecido. La paciente movió tristemente la cabeza y tendió la mano hacia su hijo.

El médico lo depositó en sus brazos. Ella apretó ardientemente sus pálidos labios sobre la frente del niño, se pasó luego las manos sobre el rostro, miró en derredor con ojos extraviados, se estremeció, cayó de espaldas... y murió. Frotáronle el pecho, las manos y las sienes; mas la sangre se había detenido para siempre. Antes habían hablado de esperanza y de consuelos. Hacía mucho tiempo que éstos eran desconocidos para ella.

—¡Todo ha terminado, señora Thingummy! —dijo el médico, al cabo.

—¡Ah! ¡Pobrecita! Ya lo veo —murmuró la enfermera, recogiendo el tapón de la botella verde, que se había caído sobre la almohada al tiempo de inclinarse a levantar al niño—. ¡Pobre mujer!

—No os molestéis en mandar por mí si el niño llora —dijo el médico, poniéndose los guantes con gran parsimonia—. Es muy probable que esté molesto. En ese caso, dadle un poco de papilla —púsose el sombrero y, deteniéndose junto a la cama, camino de la puerta, añadió—: Era guapa la muchacha... ¿De dónde vino?

—La trajeron anoche —respondió la vieja— por orden del visitador. La encontraron tendida en la calle. Debí de haber andado mucho, pues traía los

zapatos destrozados; pero nadie sabe de dónde venía ni adónde iba.

Inclinose el doctor sobre el cadáver y le alzó la mano izquierda.

—¡Lo de siempre! No hay anillo de boda. ¡Ah! ¡Buenas noches!

Fuese el médico a cenar, y la enfermera, tras haberse aplicado una vez más a la verde botella, se sentó en una silla baja delante del fuego y comenzó a vestir al infante.

¡Qué excelente ejemplo, el joven Oliver Twist, del poder de los vestidos! Liado en la colcha que hasta este momento fuera su único abrigo, lo mismo podría haber sido el hijo de un noble que el de un mendigo; difícil le hubiera sido al más soberbio desconocido asignarle su puesto adecuado en la sociedad. Mas ahora, envuelto ya en las viejas ropas de percal, amarillentas de tanto uso, quedó clasificado y rotulado, y al instante ocupó su debido lugar: era el hijo de la parroquia, el hospiciano huérfano, el galopín humilde y famélico que ha de ser abofeteado y tundido a su paso por el mundo, despreciado por todos y por nadie compadecido.

Oliver lloraba con fuerza; mas si hubiera podido saber que era un huérfano a merced de las indulgentes gracias de capilleros y limosneros, acaso hubiera llorado mucho más.

*Que trata del desarrollo y educación de Oliver Twist y también de la Junta*

Durante los ocho o diez meses siguientes, Oliver fue víctima de una serie sistemática de felonías y engaños. Criáronle a biberón. Las autoridades del Hospicio informaron debidamente a las autoridades parroquiales de la triste y desamparada situación del huerfanito. Las autoridades parroquiales preguntaron dignamente a las autoridades del Hospicio si no había en la *casa* mujer alguna que estuviese en condiciones de otorgar a Oliver Twist el consuelo y el alimento que necesitaba. Las autoridades del Hospicio respondieron humildemente que no, ante lo cual, las autoridades parroquiales, magnánima y humanitariamente, decidieron que Oliver fuese *pensionado*, es decir, enviado a una sucursal del Hospicio, situada a unas tres millas de distancia, en donde otros veinte o treinta juveniles transgresores de las leyes sobre la mendicidad se revolcaban por los suelos durante todo el día, sin el engorro de un alimento ni una ropa excesivos, bajo la maternal custodia de una señora de edad, que recibía a los delincuentes en consideración a siete peniques y medio por cabeza y semana. Con siete peniques y medio a la semana hay de sobra para alimentar a un niño; es mucho lo que puede adquirirse con siete peniques y medio, suficiente para atiborrarle el estómago y hasta para que se sienta molesto. Mas la madura señora era una mujer dotada de gran sabiduría y experiencia; sabía muy bien lo que convenía a los niños, y tenía una idea muy precisa de lo que a ella le convenía. Por eso se apropiaba de la mayor parte del estipendio semanal para su uso personal y relegaba a la creciente generación parroquial a una ración más escasa todavía de la que en principio se le asignara, con lo que hallaba en la infima profundidad una mayor holgura, demostrando con ello poseer muchas veces una grandísima filosofía experimental.

Conocida es de todos la historia de otro filósofo experimental que sustentaba la teoría de que un caballo podía vivir sin comer, demostrándolo tan a la perfección que logró que el suyo se conformase con una brizna de paja al día, y sin duda hubiese hecho de él el más fogoso y rápido animal, sin comer nada en absoluto, si no se hubiese muerto precisamente veinticuatro horas antes de recibir su primera y vivificante ración de aire. Por desgracia para la filosofía experimental de la dama a cuyo cuidado quedara entregado Oliver Twist, tal era, por regla general, el resultado alcanzado al poner en práctica su sistema, ya que

en el preciso instante en que un niño había logrado existir con la más reducida porción posible del más flojo alimento, tristemente acontecía, ocho casos y medio de cada diez, que enfermaba de hambre y de frío, caíase al fuego por descuido o medio se asfixiaba por accidente, en cualquiera de cuyos casos el desventurado ser era llamado al otro mundo, donde se reunía con los padres a quienes nunca había conocido.

A veces, con motivo de alguna indagación más minuciosa que de ordinario sobre algún niño que quedara olvidado al levantar una cama, o que resultara inadvertidamente escaldado al lavarle, con quemaduras de muerte, si bien era extraño que ocurriese este último accidente, pues que rara vez se efectuaba en el establecimiento nada que se pareciese a un lavado, metíasele en la cabeza al Jurado hacer preguntas molestas, o estampaban los vecinos rebeldes su firma en una protesta. Mas estas impertinencias pronto quedaban reprimidas por las declaraciones del médico y por el testimonio del celador, el primero de los cuales, siempre que tuvo que abrir un cadáver, nada halló en su interior —cosa muy probable, por cierto—, jurando el segundo todo cuanto apetecía la parroquia, prueba de su adhesión al cargo. Aparte de esto, la Junta administrativa realizaba periódicas peregrinaciones al establecimiento; mas siempre enviaba la víspera al celador para anunciar su visita. De este modo, cuando *ellos* iban, encontraban a los niños pulcros y aseados. ¡Y qué otra cosa podía apetecer el pueblo!

No cabe esperar que este sistema de cultivo hubiese de producir una cosecha extraordinaria ni exuberante. El noveno cumpleaños de Oliver Twist hallóle pálido y delgado, algo corto de estatura y de circunferencia decididamente escasa. Mas la Naturaleza o la herencia habían dejado un vigoroso espíritu en las entrañas de Oliver. Tuvo espacio abundante para desarrollarse, gracias al mezquino alimento del establecimiento, y quizás a esta circunstancia se deba el que pudiera llegar a este su noveno aniversario. Sea como fuere, es lo cierto que llegó, y lo celebró metido en la carbonera, en la selecta compañía de otros dos caballeros que, después de compartir con él una buena tunda, quedaron allí encerrados por la terrible osadía de tener hambre. En aquel momento, la señora Mann, la buena ama de casa, vió inesperadamente sorprendida por la aparición del señor Bumble, el celador, que trataba de abrir el postigo del jardín.

—¡Válgame Dios! ¿Sois vos, señor Bumble? —exclamó la señora Mann, asomando la cabeza por la ventana en un rapto de alegría perfectamente fingida —. Susan, sube a Oliver y a los otros dos mocosos y lávalos enseguida. ¡Dios de mi corazón! ¡Cuánto gusto en veros, señor Bumble!

Ahora bien: el señor Bumble era un hombre gordo e irascible, por lo que, en vez de responder a este cordial saludo en análogo tono, imprimió al postigo un tremendo traqueteo y le propinó luego una patada como sólo podría haber salido de la pierna de tal funcionario.

—¡Señor, quién iba a pensarse...! —dijo la señora Mann, corriendo hacia la puerta, puesto que los niños habían sido trasladados ya—. ¡Quién iba a pensarse que me iba a olvidar de que la puerta está cerrada por dentro con cerrojo por causa de mis queridos niños! Entrad, señor; entrad, por favor, señor Bumble.

No obstante ir esta invitación acompañada de una reverencia capaz de ablandar el corazón de un lego, en modo alguno apaciguó al recién llegado.

—¿Os parece respetuoso ni de buena conducta, señora Mann —preguntó el señor Bumble, apretando su bastón—, hacer esperar a los funcionarios de la parroquia a la puerta del jardín cuando vienen a desempeñar deberes parroquiales en relación con los parroquiales huérfanos? ¿Sabéis que sois, en cierto modo, delegada parroquial y estipendiaria?

—Os aseguro, señor Bumble, que no hacía sino avisar de que veníais a un par de chiquillos de esos que tanto os quieren —respondió la señora Mann con gran humildad.

El señor Bumble abrigaba una magnífica idea de sus facultades oratorias y de su importancia. Había dado muestras de lo uno y justificado lo otro. Calmose luego.

—Bueno, bueno, señora Mann —replicó en tono más apacible—; será como decís; puede ser. Pasad delante, señora Mann, pues vengo oficialmente y tengo algo que deciros.

La señora Mann introdujo al funcionario en el pequeño gabinete de suelo enladrillado, ofreciéndole una silla y colocó con solicitud el sombrero de tres picos y el bastón sobre la mesa que había ante él. Enjugóse el señor Bumble el sudor de su frente, producido por el paseo; contempló complacido su sombrero y sonrió. Sí, sonrió. Después de todo, los funcionarios son hombres, y el señor Bumble sonrió.

—Ahora no os ofendáis por lo que voy a deciros —observó la señora Mann con cautivadora dulzura—. Os habéis dado una larga caminata, ¿comprendéis? Si no, ni os lo mencionaría siquiera. ¿Querréis tomar una gotita de algo, señor Bumble?

—Ni una gota. Ni una gota —respondió el señor Bumble, agitando la mano derecha con dignidad, si bien plácidamente.

—Creo que sí lo tomaréis —insistió la señora Mann, que había advertido el tono de la negativa y el gesto que la acompañara—. Nada más que una gotita, con un poquito de agua fresca y un terrón de azúcar.

Tosió el señor Bumble.

—Vamos, sólo una gotita.

—¿De qué? —preguntó el funcionario.

—Pues de lo que me veo obligada a tener un poquito en casa para echárselo en el té a los benditos niños cuando no están buenos, señor Bumble —respondió la señora Mann, al tiempo que abría una rinconera y sacaba una botella y un vaso

— Es ginebra. No os engaño, señor Bumble; es ginebra.

—¿Y dais té a los niños, señora Mann? —preguntó Bumble, siguiendo con la mirada el interesante proceso de la mezcla.

—¡Ah! Pues claro que sí, ¡pobrecitos! —respondió la dama—. No puedo verlos sufrir. ¿Comprendéis, señor?

—No —repitió el señor Bumble en tono de aprobación—; claro que no podéis. Sois una mujer humanitaria, señora Mann —dejó el vaso sobre la mesa—. Aprovecharé la primera oportunidad que se me ofrezca para hacérselo saber a la Junta, señora Mann —se lo acercó de nuevo—. Tenéis sentimientos maternales, señora Mann —agitó el agua con ginebra—. Bebo... —y se tragó la mitad—. Y ahora, vayamos al asunto —añadió el celador, sacando una cartera de cuero—. El niño que lleva por nombre Oliver Twist cumple hoy nueve años.

—¡Dios le bendiga! —exclamó la señora Mann, irritándose el ojo izquierdo con la punta del delantal.

—Y, a pesar de haber ofrecido una recompensa de diez libras, posteriormente aumentada a veinte, a pesar de los superlativos y casi diré sobrenaturales esfuerzos realizados por parte de la parroquia —dijo Bumble—, no hemos podido averiguar quién es el padre, ni tampoco el domicilio, nombre ni condición de la madre.

La señora Mann alzó sus manos con asombro; mas, tras un instante de reflexión, añadió:

—¿Cómo es, entonces, que el niño tiene nombre siquiera?

Irguióse el celador con orgullo y contestó:

—Porque yo lo inventé.

—¿Vos, señor Bumble?

—Yo, señora Mann. A nuestros recogidos les damos un nombre por orden alfabético. Al último le correspondía la ese, y lo llamé Swubble. A éste, la te, y le puse Twist. El que venga detrás será Unwing, y el siguiente, Vilkins. Tengo nombres a la medida hasta terminar el alfabeto, y al llegar a la zeta, vuelta a empezar.

—¡Ah señor! ¡Sois todo un carácter literario...! —exclamó la señora Mann.

—Bueno, bueno —murmuró el celador, evidentemente satisfecho del cumplido—. Tal vez lo sea, señora Mann: tal vez lo sea —apuró el agua con ginebra, y añadió—: Oliver tiene ya demasiada edad para continuar aquí, por lo que la Junta ha decidido que vuelva al Hospicio. He venido personalmente para llevármelo; traédmelo, pues, al instante.

—Voy a buscarle inmediatamente —dijo la señora Mann, saliendo de la estancia al efecto.

Oliver, a quien ya habíanle extirpado la capa exterior de suciedad que encostraba su cara y sus manos todo cuanto es posible en una sola lavadura, fue introducido en la habitación por su bondadosa protectora.

—Oliver, saluda a este caballero —dijole la señora Mann.

Hizo Oliver una reverencia, repartida entre el celador, que estaba sentado en la silla, y el sombrero de tres picos que reposaba sobre la mesa.

—¿Quieres venirme conmigo, Oliver? —preguntó el señor Bumble con majestuosa voz.

A punto estuvo Oliver de contestar que se iría con gusto con cualquiera; mas, al alzar la mirada, tropezaron sus ojos con la señora Mann, que se había colocado detrás de la silla donde estaba el celador y le amenazaba con el puño con gesto airado. Al instante recogió la alusión, pues con harta frecuencia quedó impreso aquel puño sobre su cuerpo para no estar profundamente grabado en su recuerdo.

—¿Vendrá *ella* conmigo? —preguntó el pobre Oliver.

—No, no puede —contestó el señor Bumble—; pero irá a verte alguna vez.

No era mucho consuelo éste para el niño. Mas, no obstante su juventud, tenía el suficiente juicio para fingir un gran pesar por su marcha. No le era muy difícil hacer asomar las lágrimas a sus ojos. El hambre y los recientes malos tratos son magníficos auxiliares si de llorar se trata, y Oliver lloró con absoluta naturalidad. La señora Mann le otorgó mil abrazos y, lo que más necesitaba Oliver, una rebanada de pan con manteca, por temor a que su aspecto resultase en exceso famélico al llegar al Hospicio. Con el pedazo de pan en la mano y tocado con la gorrilla de paño pardo de la parroquia, salió Oliver con el señor Bumble de aquella mísera morada, donde jamás una palabra ni una mirada amable iluminaron las tinieblas de sus primeros años. Y, sin embargo, estalló su angustia con pueril congoja cuando se cerró tras él la puerta de la casa. Por míseros que fuesen los pequeños compañeros de infortunio que dejaba detrás, eran ellos los únicos amigos que tuviera jamás; y en el corazón del niño penetró por vez primera una sensación de su soledad en la amplitud del mundo.

Andaba el señor Bumble a grandes zancadas; Oliver, fuertemente agarrado a su puño galoneado, trotaba junto a él, preguntando a cada momento si «faltaba mucho». A estas interrogaciones respondía el señor Bumble con parquedad y energía, puesto que la efímera blandura que despierta en algunos corazones el agua con ginebra se había evaporado ya y volvía a ser el celador una vez más.

No llevaría Oliver un cuarto de hora dentro de los muros del Hospicio, y apenas había terminado de comerse una segunda rebanada de pan, cuando el señor Bumble, que le dejara al cuidado de una vieja, regresó para decirle que aquella noche se celebraba junta, y que ésta había decidido que se presentase al instante ante ella.

Pues que no tenía una noción muy definida de lo que era una junta en realidad, Oliver quedose perplejo ante la noticia, sin saber a ciencia cierta si reír o llorar. No tuvo tiempo para pensarlo, sin embargo, ya que el señor Bumble diole un pescozón en la cabeza con el bastón para despabilarlo y otro en la espalda para que se apresurase, y, ordenándole que le siguiese, lo condujo a una

amplia habitación blanqueada, en la que había ocho o diez obesos caballeros sentados en torno a una mesa. En la cabecera de ésta, sentado en un sillón más alto que los demás, estaba un caballero singularmente corpulento, de cara muy redonda y colorada.

—Saluda a la Junta —dijo Bumble.

Limpiose Oliver dos o tres lágrimas que asomaban a sus ojos, y como no vio *junta*<sup>[1]</sup> ninguna y sí sólo una mesa, a ésta saludó afortunadamente.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —preguntó el caballero de la elevada silla.

Oliver estaba aterrado ante el espectáculo de tanto caballero, por lo que se puso a temblar, y el celador dióle otro pescozón por detrás que le hizo llorar. Por estas dos razones, contestó con voz muy débil y vacilante, ante lo que un caballero que llevaba chaleco blanco dijo que era un idiota, excelente manera de reanimarle y tranquilizarle.

—Escucha, muchacho —le dijo el caballero del elevado asiento—: Supongo que sabes ya que eres huérfano.

—¿Y eso qué es, señor? —preguntó el pobre Oliver.

—Este muchacho es tonto; me lo imaginaba —exclamó el caballero del blanco chaleco.

—¡Chis! —siseó el caballero que hablara primero—. Ya sabes que no tienes padre ni madre, y que te ha criado la parroquia. ¿No es eso?

—Sí, señor —respondió Oliver, llorando amargamente.

—¿Por qué lloras? —le preguntó el caballero del chaleco blanco.

Y en verdad que era extraño. ¿Por qué lloraría el muchacho?

—Supongo que rezarás todas las noches —murmuró otro caballero con voz áspera— y que, como buen cristiano, rogarás por la gente que te alimenta y te cuida.

—Sí, señor —balbució, tímidamente, el muchacho.

El caballero que hablara el último tenía razón, sin embargo. Indudablemente, Oliver hubiese sido un excelente cristiano, un cristiano maravilloso, si hubiese rogado por los que le daban de comer y le cuidaban. Mas no lo había hecho porque nadie se lo había enseñado.

—Bueno; has venido aquí para educarte y para aprender un oficio útil —dijo el caballero de la cara colorada sobre su elevada silla.

—De manera que mañana, a las seis de la mañana, empezarás a cardar estopa —agregó el hombre agrio del chaleco blanco.

Por esta combinación de aquellas dos gracias en la sola operación de cardar estopa, Oliver hizo una profunda reverencia por orden del celador, y fue conducido precipitadamente a una gran sala, donde, sobre un duro lecho, lloró hasta quedarse dormido. ¡Qué magnífico ejemplo de la blandura de las leyes de Inglaterra, que toleran que los pobres duerman!

¡Pobre Oliver! ¡Qué poco se imaginaba él, mientras dormía en la feliz

inconsciencia de todo cuanto le rodeaba, que la Junta había llegado aquel mismo día a una conclusión que había de ejercer una influencia fundamental en su futuro destino! Pero así era, y la decisión consistía en lo siguiente:

Los miembros de esta Junta eran hombres sapientísimos, sagaces y filóficos; al fijar su atención en el Hospicio, advirtieron al instante lo que las gentes vulgares no hubieran descubierto jamás: ¡que a los pobres les gustaba aquello! Era un lugar corriente de público esparcimiento para las clases humildes; una taberna en la que no se paga, donde todo el año se desayuna, se come, se toma el té y se cena; un Eliseo de mampostería, donde todo era divertirse sin trabajar.

—¡Ajá! —exclamó la Junta inteligentemente—. Somos nosotros los llamados a poner orden en esto; pondremos coto a todo inmediatamente.

Establecieron, pues, la regla de que a todos los pobres se les ofreciese la opción —y a que no habían de obligar a nadie, ni mucho menos— de morir de hambre por un procedimiento gradual dentro del establecimiento, o rápidamente fuera de él. A tal fin, contrataron con la empresa distribuidora de aguas un suministro ilimitado de líquido; con un comerciante en cereales, la provisión periódica de pequeñas cantidades de harina de avena, y dieron tres comidas al día de unas gachas claras, más una cebolla dos veces por semana y medio panecillo los domingos. Establecieron otras muchas sabias y humanitarias reglas, relativas a las mujeres, que no es necesario repetir aquí; se encargaron amablemente de divorciar a los matrimonios pobres, como consecuencia de los grandes gastos de un pleito en el Colegio de Abogados, y en lugar de obligar a un hombre a sostener a su familia, como hasta entonces habían hecho, lo separaban de él y le convertían en un hombre soltero. No hay que decir cuántos aspirantes al socorro, en estos dos aspectos, hubiesen surgido al instante, procedentes de todas las clases sociales, si no hubiese ido unido al Hospicio; mas la Junta componíanla hombres sagaces que habían previsto esta dificultad. El socorro era inseparable del Hospicio y las gachas, y eso aterraba a las gentes.

Durante los seis primeros meses posteriores al traslado de Oliver Twist, el sistema se mantuvo con todo rigor. Al principio, resultaba bastante costoso, por razón del aumento en la cuenta del empresario de pompas fúnebres y por la necesidad de estrechar las ropas de todos los indigentes, que flotaban sueltas sobre sus formas consumidas y mermadas, después de una o dos semanas de papillas. Mas el número de los huéspedes del Hospicio disminuyó lo mismo que los pobres, y la Junta estaba encantada.

La habitación donde comían los niños era una amplia sala de piedra, con un perol en un extremo, del cual el director, ataviado con un delantal al efecto, y auxiliado por una o dos mujeres, servía las gachas a la hora de comer. De esta gozosa mezcla dábale a cada niño una escudilla, y nada más, excepto en ocasión de alguna gran festividad, en que se les otorgaban dos onzas y un cuarto

de pan más. No era preciso lavar los cuencos, ya que los niños los pulían con sus cucharas hasta sacarles brillo, y al terminar esta operación —en la que no tardaban mucho, por ser las cucharas casi del mismo tamaño que las escudillas—, se sentaban mirando fijamente el caldero, con ávidos ojos, que parecían devorarlo, entreteniéndose, entretanto, en chuparse los dedos con la mayor fruición, a fin de recoger las salpicaduras de gachas que pudieran haber quedado en ellos. Por regla general, los niños gozan de excelente apetito. Oliver Twist y sus compañeros sufrían desde hacía tres meses las torturas de aquella lenta inanición; por último, hizose tan voraz y desaforada su hambre, que uno de los chiquillos, bastante alto para su edad, y que no estaba acostumbrado a aquello, pues que su padre tuvo una pequeña casa de comidas, anunció secretamente a sus compañeros que, si no le daban otro plato de gachas *per diem*, tenía miedo de llegar a comerse al niño que dormía junto a él. Tenía la mirada extraviada, hambrienta, y le creyeron sin reserva. Celebrose consejo; echose a suertes quién debería acercarse al director después de cenar aquella noche para pedirle más, y tocole a Oliver Twist.

Llegada la noche, los niños ocuparon sus puestos. El director, con su uniforme de cocinero, colocose junto al caldero; pusiéronse tras él sus miserables auxiliares, sirviéronse las gachas y se pronunció una larga jaculatoria sobre el escaso público. Desaparecidas las gachas, cuchichearon los chiquillos entre sí e hicieron una seña a Oliver, mientras sus contiguos vecinos le daban con el codo. No obstante su niñez, se sentía rabioso de hambre, hostigado por su desdicha. Levantose de la mesa y, avanzando hasta el director con la escudilla y la cuchara en la mano, dijo, algo asustado de su temeridad:

—Por favor, señor; quiero un poco más.

El director era un hombre robusto y saludable; mas quedose pálido. Contempló estupefacto al pequeño rebelde durante unos segundos, y luego tuvo que asirse al caldero para no caerse. Las ayudantas quedáronse paralizadas de asombro; los niños, de temor.

—¡Cómo! —exclamó, al cabo, el director con voz débil.

—Por favor, señor —repitió Oliver—; quiero un poco más.

El director descargó un golpe con el cucharón sobre la cabeza de Oliver, le cogió del brazo y llamó a gritos al celador.

La Junta se hallaba reunida en cónclave solemne cuando el señor Bumble penetró precipitadamente en la estancia, presa de gran excitación, y, dirigiéndose al caballero de la elevada silla, dijo:

—¡Señor Limbkins, perdonadme...! ¡Oliver Twist ha pedido más!

Hubo un sobresalto general. Pintose el horror en todos los semblantes.

—¿Más? —exclamó el señor Limbkins—. Calmaos, Bumble, y contestadme concretamente. ¿Debo entender que pidió más, después de haberse comido la ración asignada por el reglamento?

—Así ha sido, señor —respondió Bumble.

—Ese niño acabará ahorcado —exclamó el caballero del chaleco blanco—. Estoy completamente convencido de que ese niño acabará en la horca.

Nadie contradujo la profética opinión del caballero. Entablóse una animada discusión, y ordenóse el inmediato encierro de Oliver. A la mañana siguiente se fijó un cartel en la parte exterior de la puerta, en el que se ofrecía una recompensa de cinco libras al que descargase a la parroquia de Oliver Twist. Dicho de otro modo: se ofrecían cinco libras, en unión de Oliver Twist, al hombre o mujer que necesitase un aprendiz de cualquier oficio, negocio o profesión.

—Nunca he estado más convencido de nada en mi vida —murmuró el caballero del blanco chaleco, al tiempo que llamaba a la puerta y leía el anuncio a la mañana siguiente—; nunca he estado más convencido de nada en mi vida como de que ese muchacho acabará en la horca.

Como me propongo exponer a continuación si el caballero del blanco chaleco tenía o no razón, acaso malograrse el interés de esta historia —suponiendo que lo tenga—, aventurándome a insinuar, precisamente en este momento, si la vida de Oliver Twist tuvo o no tan violento final.

*En donde se relata cómo Oliver Twist estuvo a punto de lograr un empleo que no hubiese sido ninguna sinécure*

Durante una semana después de cometido el impío e irreverente ultraje de pedir más comida, Oliver permaneció preso e incomunicado en la oscura y solitaria habitación donde lleváronle la sabiduría y misericordia de la Junta. A primera vista no parece falto de razón el suponer que si el niño hubiese abrigado un exacto sentimiento de respeto por la predicción del caballero del blanco chaleco, hubiera sentado, de una vez para siempre, la sagaz calidad profética del individuo, atando una punta de su pañuelo a un garfio de la pared y suspendiéndose de la otra. Sin embargo, para la realización de esta hazaña, existía un obstáculo, a saber: que por considerarlos artículos de lujo, los pañuelos habían sido retirados, para todos los tiempos y edades futuras, de las narices de los indigentes, por orden expresa de la Junta reunida en Consejo, dada y pronunciada solemnemente bajo su firma y sello. Otro obstáculo mayor todavía constituíalo la juventud y puerilidad de Oliver. No hizo sino llorar amargamente durante todo el día, y cuando llegó la larga y triste noche, cubriose los ojos con sus manitas para impedir que llegase a ellos la oscuridad, y, acurrucándose en un rincón, trató de dormir, despertándose con frecuencia sobresaltado y trémulo, apretándose cada vez más contra la pared, como si creyera que su superficie dura y fría iba a servirle de protección en las tinieblas y en la soledad que le rodeaban.

No supongan los enemigos del *sistema* que durante el período de su solitaria prisión se le negaron a Oliver las ventajas del ejercicio, el placer de la sociedad ni el beneficio del religioso consuelo. En cuanto a lo primero, hacía un tiempo harto frío y se le permitía realizar sus abluciones todas las mañanas, bajo la bomba de un enlosado patio y en presencia del señor Bumble, quien impedía que se constipase y procuraba que una sensación de hormigueo penetrara en su cuerpo, mediante las repetidas aplicaciones del bastón. Por lo que a sociedad se refiere, llevábanle, un día sí y otro no, al salón donde comían los niños, y allí le azotaban socialmente, para público ejemplo y escarmiento. Y muy lejos de negársele las ventajas de los religiosos consuelos, entrábanle a patadas todas las noches en la misma estancia a la hora de la oración, donde se le consentía escuchar y confortar su espíritu con una plegaria general de los niños, que encerraba una cláusula especial, introducida allí por la autoridad de la Junta, en la

que suplicaban que los hiciesen buenos, virtuosos, resignados y obedientes, y que los guardasen de los pecados y vicios de Oliver Twist, a quien la súplica consideraba bajo el exclusivo amparo y protección de las potencias del mal, y artículo directo de la manufactura del diablo en persona.

Sucedió una mañana, en tanto los asuntos de Oliver se hallaban en este próspero y consolador estado, que el señor Gamfield, deshollinador, encaminábase calle abajo, cogitando hondamente sobre la manera de pagar ciertos alquileres atrasados, con respecto a los cuales su casero se había mostrado bastante apremiante. No obstante el cálculo más optimista de los fondos del señor Gamfield, no conseguía elevar éstos sin que le faltasen cinco libras justas para llegar a la suma deseada, y en una especie de desesperación aritmética, iba machacándose alternativamente los sesos y el pollino, cuando, al pasar junto al Hospicio, sus ojos se tropezaron con el anuncio de la puerta.

—¡So...! ¡So...! —gritó el señor Gamfield a su burro.

El borrico se hallaba sumido en un estado de profunda abstracción, preguntándose, probablemente, si estaría predestinado a que le regalasen con uno o dos tronchos de col, una vez que se hubiese desembarazado de los dos sacos de hollín con que iba cargado el carrito; por ello, sin percibir la orden de mando, continuó su camino.

Rezongó el señor Gamfield una feroz imprecación contra el pollino en general, pero más particularmente contra sus ojos, y corriendo tras él, asestole un golpe en la cabeza, que hubiese roto, inevitablemente, cualquier cráneo que no fuese el de un asno. Luego, apoderándose de las riendas, dio un violento tirón de su quijada, a modo de suave advertencia de que no era dueño de sus actos, y de esta manera logró que virase en redondo. Dióle a continuación otro golpe en la cabeza, sólo para dejarlo aturdido hasta su vuelta, y, terminados estos preparativos, llegose hasta la puerta y leyó el aviso.

El caballero del chaleco blanco se hallaba junto a la puerta, con las manos a la espalda, tras haberse desprendido de ciertos profundos sentimientos en la sala de juntas. Presenciada la breve disputa entre el señor Gamfield y su borrico, sonrió, gozoso, al ver acercarse al primero a leer el anuncio, pues comprendió al instante que aquél era exactamente la clase de amo que Oliver Twist necesitaba. El señor Gamfield sonrió también al enterarse del documento, ya que cinco libras era precisamente la suma que estuviera buscando, y en cuanto al niño con que se vería gravado, el señor Gamfield, conocedor del régimen del Hospicio, bien sabía que habría de ser de escuálida figura, lo más a propósito para la revisión de las chimeneas. Releyó, deletreando, el anuncio, del principio al fin, y luego, llevándose la mano a su gorra de piel, en prueba de humildad, acercose al caballero del chaleco blanco.

—¿Es aquí, señor, donde hay un chico que la parroquia quiere entregar para aprendiz? —preguntó el señor Gamfield.

—Sí, buen hombre —respondió el caballero del chaleco blanco, con una condescendiente sonrisa—. ¿Qué pasa con él?

—Si la parroquia quisiera que aprendiese un oficio bastante agradable, en un respetable negocio de deshollinador —dijo el señor Gamfield—, necesito un aprendiz, y estoy dispuesto a tomarlo.

—Entrad —le indicó el caballero del blanco chaleco.

El señor Gamfield, tras quedarse detrás para asestar otro golpe sobre la cabeza del asno y darle otro tirón de las quijadas, como previniéndole que no debería marcharse durante su ausencia, siguió al caballero del chaleco blanco hasta la habitación donde Oliver le viera por vez primera.

—Es un oficio muy sucio —dijo el señor Limbkins, cuando Gamfield hubo repetido su deseo.

—Sé de algunos casos en que los niños se han ahogado en las chimeneas —observó otro caballero.

—Pero eso es porque mojan la paja antes de encenderla dentro de la chimenea, para hacerlos bajar otra vez —dijo Gamfield—, y así, todo es humo y no llama; pero el humo no sirve de nada si hay que hacer bajar a los chiquillos, pues no se consigue sino dejarlos dormidos, y eso es lo que les gusta. Los chiquillos son muy testarudos y muy vagos, señores, y no hay nada como una buena llama para hacerlos bajar a la carrera. Además, es humanitario, señores, porque si se han quedado atascados en la chimenea, al tostarse los pies luchan por zafarse.

Al caballero del chaleco blanco pareció divertirle mucho esta explicación; mas pronto quedó reprimido su júbilo por una mirada del señor Limbkins. Procedió entonces la Junta a deliberar entre sí durante unos minutos; mas en una voz tan baja, que sólo se percibían frases como éstas: « Un ahorro en los gastos » , « Mirad bien las cuentas » , « Haced publicar una Memoria » . Y, en verdad, éstas sólo pudieron oírse porque, con frecuencia, las repetían con pronunciado énfasis.

Al cabo cesaron los cuchicheos, y, recobrado que hubieron los miembros de la Junta sus asientos y su aspecto solemne, el señor Limbkins dijo:

—Hemos estudiado vuestra proposición, y no la aceptamos.

—En absoluto —dijo el caballero del chaleco blanco.

—Decididamente, no —añadieron los demás miembros.

Como quiera que sobre el señor Gamfield pesaba la ligera imputación de haber matado ya a golpes a tres o cuatro niños, pensó que tal vez a la Junta, por un antojo inexplicable, se le había metido en la cabeza que esta extraña circunstancia había de influir en su proceder. Si era así, no se compaginaba esto con su manera general de hacer los negocios: mas, sin embargo, como no tenía interés particular en resucitar el rumor, retorciendo la gorra entre sus manos, se alejó lentamente de la mesa.

—¿Así que no me lo entregaréis, caballero...? —dijo el señor Gamfield,

deteniéndose junto a la puerta.

—No —contestó el señor Limbkins—; al menos, y puesto que el oficio es sucio, creemos que deberíais aceptar una prima menor que la ofrecida.

Iluminose el rostro del señor Gamfield mientras, con paso rápido, volvía hacia la mesa para decir:

—¿Qué me daréis, caballero? ¡Vamos! No seáis demasiado exigentes con un pobre hombre.

—Yo diría que tres libras y diez chelines es ya cantidad suficiente —dijo el señor Limbkins.

—Diez chelines es demasiado —agregó el caballero del blanco chaleco.

—¡Vamos! —exclamó Gamfield—. Pongamos cuatro libras, señores. Digamos cuatro libras, y os habréis desembarazado de él para siempre, ¡ea!

—Tres libras y diez chelines —repitió el señor Limbkins con firmeza.

—¡Vaya, señores; partamos la diferencia! —insistió Gamfield—. Tres libras y quince chelines.

—Ni un penique más —fue la firme respuesta del señor Limbkins.

—Sois terriblemente duros conmigo, caballeros —murmuró Gamfield, vacilando.

—¡Bah! ¡Bah! ¡Tonterías! —exclamó el caballero del chaleco blanco—. Aun sin ninguna prima sería barato. Lleváoslo y no seáis tonto. Es el muchacho que os conviene. Le hace falta el palo de cuando en cuando, eso le sentará muy bien: pero lo que es la comida no os saldrá muy cara, pues desde que ha nacido no ha tenido ni una sola indigestión. ¡Ja, ja, ja!

Lanzó el señor Gamfield una aviesa mirada sobre los rostros que rodeaban la mesa, y, al observar una sonrisa en todos ellos, fue gradualmente sonriendo también. El trato estaba hecho. Al instante diéronle instrucciones al señor Bumble para que trasladase a Oliver Twist, en unión de sus documentos, a presencia del juez, para la firma y aprobación, aquella misma tarde.

Como consecuencia de esta resolución, el pequeño Oliver, con desmesurado asombro por su parte, fue libertado del cautiverio y ordenáronle que se pusiese una camisa limpia. Apenas había ejecutado esta desusada operación gimnástica, el señor Bumble le trajo con sus propias manos una escudilla de gachas y la ración de los días festivos de dos onzas y cuarto de pan. Ante tan terrible espectáculo, Oliver comenzó a llorar lastimosamente, pensando, no sin motivo, que la Junta debería de haber resuelto matarle para algún fin utilitario, ya que, de lo contrario, jamás hubiesen comenzado a nutrirle de esa manera.

—No te pongas los ojos colorados, Oliver, tómate el alimento y agradécelo —dijo el señor Bumble en tono de impresionante afectación—. Vas a ser aprendiz, Oliver.

—¿Aprendiz? —repitió el niño, temblando.

—Sí, Oliver —respondió el señor Bumble—. Los bondadosos y santos

caballeros, que son otros tantos padres tuyos, Oliver, puesto que tú no lo tienes, van a contratarte de aprendiz, a darte una posición en la vida y a hacer de ti un hombre, ¡a pesar de que eso le costará a la parroquia tres libras y diez chelines! ¡Tres libras y diez chelines, Oliver...! ¡Setenta chelines...! ¡Ciento cuarenta monedas de seis peniques! Y todo por un huérfano desobediente, a quien nadie puede querer.

En tanto el señor Bumble hizo una pausa para tomar aliento, tras pronunciar este discurso, con una voz horrenda, las lágrimas rodaban por las mejillas del pobre niño, que sollozaba amargamente.

—¡Vamos —continuó el señor Bumble, algo menos aparatosamente, pues sentíase halagado en sus sentimientos al observar el efecto que había producido su elocuencia—, vamos, Oliver! Sécate esos ojos con el puño de la chaqueta y no llores encima de las gachas, que eso es un acto estúpido, Oliver —y lo era, en verdad, pues que bastante agua tenían ya.

Camino de casa del juez, el señor Bumble instruyó a Oliver de que todo cuanto tendría que hacer era mostrarse muy contento, y cuando el caballero le preguntase si quería ser aprendiz, contestar que desde luego. Oliver prometió obedecer estos dos mandatos, tanto más cuanto que el señor Bumble lanzó la suave insinuación de que, si no cumplía cualquiera de estos dos requisitos, no podía decirle lo que harían. Una vez que hubieron llegado al despacho, fue encerrado solo en una reducida habitación, ordenándole el señor Bumble que permaneciese allí hasta que él fuese a buscarle.

Quedose el niño con el corazón palpitante durante media hora, al cabo de la cual el señor Bumble asomó la cabeza, desprovista del sombrero de tres picos, y le dijo en voz alta:

—Vamos, Oliver, hijo mío; ven a ver a este caballero —y al decir esto, el señor Bumble, poniendo un torvo gesto y una mirada amenazadora, añadió en voz baja—: ¡Acuérdate de lo que te dije, granuja!

Quedose Oliver mirando inocentemente el rostro del señor Bumble ante aquel estilo, algo contradictorio, de su talante; mas el caballero impidió toda observación conduciéndole al instante a la habitación contigua, cuya puerta estaba abierta. Era aquélla una amplia estancia, con una gran ventana. Detrás de un pupitre hallábanse sentados dos viejos caballeros, de cabellos empolvados, uno de los cuales leía un periódico, en tanto el otro examinaba, con ayuda de unas gafas de concha, un trozo de pergamino que tenía ante sí. En pie frente a la mesa, y en uno de los lados, estaba el señor Gamfield, con la cara a medio lavar, mientras dos o tres individuos de rudo aspecto, con botas de campana, se paseaban por la estancia.

El viejo de las gafas dormitaba sobre el trozo de pergamino, y hubo una breve pausa después que Oliver quedó plantado por el señor Bumble frente al pupitre.

—Éste es el niño, vuesa merced —dijo el señor Bumble.

El viejo que leía el periódico alzó un momento la cabeza y tirole al otro de la manga, con lo que éste se despertó.

—¡Ah! ¿Conque éste es el niño? —dijo el anciano.

—Éste es, señor —respondió el señor Bumble—. Saluda al señor juez, hijo mío.

Despabilose Oliver e hizo su mejor reverencia. Preguntábase, con los ojos fijos en la peluca del juez, si todos los que pertenecían a los tribunales nacían con aquella cosa blanca en la cabeza y por eso eran tales jueces.

—Bueno —dijo el anciano—; supongo que le tendrá afición al oficio de deshollinador.

—Se vuelve loco por él, vuesa merced —respondió el señor Bumble, dando a Oliver un disimulado pellizco para insinuarle que más le valía no decir que no.

—Luego ¿quiere ser deshollinador? —preguntó el viejo.

—Si mañana le dedicásemos a otro oficio, lo abandonaría al instante, vuesa merced —respondió Bumble.

—Y este hombre, que ha de ser su amo (vos, señor), le trataréis bien, le alimentaréis y haréis todo lo necesario, ¿eh? —añadió el anciano.

—Cuando digo que sí, es que sí —respondió Gamfield con terquedad.

—Habláis groseramente, amigo mío; pero parecéis honrado y franco —replicó el viejo, enfocando las gafas sobre el candidato a la remuneración por Oliver, cuyo rostro ruin llevaba marcado el sello de la crueldad. Mas el juez era semiciego y algo frívolo, y no era de esperar que alcanzase a discernir lo que los demás.

—Creo que lo soy, señor —murmuró Gamfield con una horrorosa mirada de soslayo.

—No dudo de que lo seáis, amigo mío —respondió el viejo, afirmándose las gafas sobre la nariz y buscando el tintero.

Aqué fue el crítico momento en que se decidió el destino de Oliver. Si el tintero no hubiese estado donde el anciano pensaba que estaría, hubiera sumergido en él su pluma y firmado los documentos, con lo que Oliver habría salido al instante de allí. Mas quiso el azar que se encontrase precisamente debajo de sus narices, por lo que, naturalmente, recorrió con la vista toda la mesa, sin hallarlo; y fue el caso que en el curso de su búsqueda, al mirar frente a él, sus ojos se tropezaron con el rostro pálido y aterrado de Oliver Twist, que, no obstante todas las admonitorias miradas y pellizcos de Bumble, contemplaba el rostro repulsivo de su futuro amo con una expresión mezcla de consternación y pánico, demasiado patente para no ser advertida ni siquiera por un juez semiciego.

Detúvose el anciano, dejó caer la pluma y paseó la mirada de Oliver al señor Limbkins, que intentaba tomar un polvo de rapé con aire alegre y despreocupado.

—¡Hijo mío! —dijo el anciano, asomándose sobre el pupitre.

Se estremeció Oliver al oírlo. Bien puede perdonársele su turbación, pues las palabras habían sido pronunciadas en tono afable, y los ruidos extraños siempre asustan. Tembló con violencia y rompió a llorar.

—¡Hijo mío! —repitió el viejo—. Estás pálido y asustado. ¿Qué te pasa?

—Apartaos un poco de su lado, celador —dijo el otro juez, dejando a un lado el documento e inclinándose hacia delante con muestras de interés—. Vamos, hijo, dínos qué te sucede. No tengas miedo.

Oliver, hincándose de rodillas y juntando sus manos, suplicó que le mandaran de nuevo al cuarto oscuro, que le mataran de hambre, que le azotasen y le mataran si gustaban antes que dejarle marchar con aquel hombre espantoso.

—¡Bien está —exclamó el señor Bumble, alzando manos y ojos con la más grandiosa solemnidad—, bien está! De todos los huérfanos ladinos y astutos que conozco, Oliver, eres uno de los más descarados. ¿Me has entendido?

—Tened vuestra lengua, celador —ordenó el segundo juez después que el señor Bumble soltara su complicado adjetivo.

—Perdóneme vuesa merced —dijo el señor Bumble, dudando de haber oído bien—. ¿Me hablabais a mí?

—Sí. Tened vuestra lengua.

El señor Bumble quedose mudo de asombro. ¡Ordenar a un celador que se callase! ¡Aquello era una revolución moral!

El anciano de las gafas de concha miró a su compañero y le hizo con la cabeza un gesto de aprobación.

—Nos negamos a sancionar estos documentos —dijo el anciano, al tiempo que dejaba a un lado el trozo de pergamino.

—Supongo —balbució el señor Limbkins—, supongo que los jueces no formarán la opinión de que las autoridades son responsables de ninguna conducta incorrecta por el testimonio sin valor de un niño.

—Los jueces no tienen que emitir opinión ninguna sobre ese punto —contestó secamente el segundo de los viejos—. Llevaos de nuevo al niño al Hospicio y tratadle bien, que, al parecer, lo necesita.

Aquella misma noche, el caballero del blanco chaleco afirmó decidida y categóricamente, no sólo que Oliver acabaría en la horca, sino que le arrastrarían y descuartizarían por añadidura. El señor Bumble movió la cabeza, sombría y misteriosamente, y murmuró que «¡ojalá el chico acabase bien!», a lo que respondió el señor Gamfield que «¡ojalá se lo dejaran a él!», cosa que, si bien se mostraba de acuerdo con el celador en la mayoría de los casos, tenía trazas de constituir un deseo de naturaleza totalmente distinta.

A la mañana siguiente, el público fue informado una vez más de que Oliver se alquilaba de nuevo y de que se concederían cinco libras al que se hiciese cargo de él.

*En el que a Oliver le ofrecen otra colocación y da sus primeros pasos en la vida pública*

En las familias ilustres, cuando no se puede conseguir una posición ventajosa, bien por derecho, reversión, sucesión o en expectativa, para el joven ya crecido, es costumbre muy generalizada la de enviarle al mar. La Junta, a imitación de tan sabio y saludable ejemplo, deliberó sobre la conveniencia de embarcar a Oliver Twist en algún pequeño mercante con destino a un peligroso puerto, lo que, al parecer, era lo mejor que podría hacerse con él, siendo lo probable que el patrón le matase a golpes un día que estuviese de buen talante, después de cenar, o que le saltase los sesos con una barra de hierro, pasatiempos que, como es bien sabido, son las diversiones favoritas y corrientes entre los caballeros de su especie. Cuanto más se planteaba el caso a la Junta desde este punto de vista, mayores parecían las ventajas de tal medida, por lo que llegaron a la conclusión de que el único medio de atender eficazmente a Oliver Twist era enviarle al mar sin dilación.

El señor Bumble había enviado a hacer varias pesquisas previas, con vistas a encontrar un capitán cualquiera que necesitase un paje de escoba sin amigo ninguno. Volvía ahora hacia el Hospicio para comunicar el resultado de su misión, cuando encontrose en la misma puerta nada menos que al señor Sowerberry, el empresario de pompas fúnebres de la parroquia.

Era el tal Sowerberry un hombre alto, delgado y huesudo, vestido con un raído traje negro, zurcidas medias de algodón del mismo color y zapatos a tono. Sus facciones no estaban, naturalmente, destinadas a ofrecer un aspecto risueño; mas, en general, era bastante dado a la jovialidad profesional. Al avanzar hacia el señor Bumble y estrecharle cordialmente la mano, su paso era elástico y el rostro daba muestras de una íntima alegría.

—Acabo de tomar medida de dos mujeres que murieron anoche, señor Bumble —dijo el empresario de pompas fúnebres.

—Vos haréis fortuna, señor Sowerberry —respondió el celador, en tanto introducía el pulgar y el índice en la tabaquera que le ofrecía el empresario y que era un ingenioso modelo en miniatura de un original ataúd—. Digo que haréis fortuna, señor Sowerberry —repitió el señor Bumble, dándole amistosos golpecitos en la espalda con el bastón.

—¿Lo creéis así? —preguntó el empresario en un tono en el que a medias

aceptaba y ponía en duda la posibilidad de tal hecho—. Los precios fijados por la Junta son muy reducidos, señor Bumble.

—Lo mismo que los fêretros —contestó el celador, acercándose a la risa todo cuanto le está permitido a un alto funcionario.

Al señor Sowerberry divirtiole mucho esto, como, por supuesto, debía ser, y rió largo tiempo sin cesar.

—Vaya, vaya, señor Bumble —dijo, al cabo—; no se puede negar que, desde que está en vigor el nuevo régimen de alimentación, los fêretros son algo más estrechos y menos profundos que lo que solían ser; pero algún beneficio hemos de tener, señor Bumble. La madera bien seca es un artículo caro, señor, y todas las asas de hierro vienen de Birmingham, por el canal.

—Bueno, bueno —exclamó el señor Bumble—; todo negocio tiene sus quiebras. Claro que puede permitirse una regular ganancia.

—Desde luego, desde luego —contestó el empresario—. Y si no obtengo beneficio sobre este o aquel determinado artículo, a la larga me resarzo, ¿comprendéis...? ¡Je, je, je!

—Así es —dijo el señor Bumble.

—Si bien he de decir —continuó el empresario, reanudando el hilo de las observaciones que interrumpiera el celador—, si bien he de decirle, señor Bumble, que tengo que luchar contra un gran inconveniente, y es que los gruesos son los que antes se mueren. Los que han gozado de mejor pasar y han pagado contribución durante muchos años, son los primeros en caer cuando entran en el establecimiento; y permitidme que os diga, señor Bumble, que tres o cuatro pulgadas más de lo que uno calculó es una gran merma en las ganancias de uno, especialmente cuando se tiene familia que mantener, señor.

Como quiera que el señor Sowerberry decía esto con la indignación propia del hombre maltratado por las circunstancias, y como el señor Bumble creyera que más bien tendía a expresar ciertos reproches contra el honor de la parroquia, este último juzgó conveniente cambiar de tema. Predominando en su imaginación el recuerdo de *Oliver Twist*, hizo de él materia de su conversación.

—A propósito —dijo el señor Bumble—: ¿No conocéis a nadie que necesite un chico? Es un aprendiz de la parroquia, que es un peso muerto, una rueda de molino, pudiéramos decir, colgada al cuello de la parroquia. ¡Las condiciones son muy ventajosas, señor Sowerberry; muy ventajosas! —al tiempo de decir esto, el señor Bumble alzó su bastón hasta el anuncio que tenía frente a sí y dio tres golpecitos secos sobre las palabras « cinco libras » que en él había impresas en mayúsculas romanas de gigantesco tamaño.

—¡Caramba! —exclamó el empresario, cogiendo al señor Bumble por la galoneada solapa de su levita oficial—. De eso precisamente quería hablaros. Ya sabéis... Pero ¡válgame Dios, qué botones tan elegantes lleváis, señor Bumble! No me había fijado antes en ese detalle...

—Sí; no están mal —respondió el celador, bajando con orgullo la mirada sobre los grandes botones de latón que embellecían su levita—. El troquel es el mismo que el del sello parroquial: el buen samaritano curando al enfermo herido. La Junta me lo regaló el día de Año Nuevo, señor Sowerberry. Recuerdo que me los puse por primera vez para asistir a la vista de aquel pobre comerciante que murió a medianoche en un portal.

—Ya recuerdo —corroboró el empresario—. El jurado declaró: « Muerto por haber estado expuesto al frío y por falta de las cosas necesarias para la vida ». ¿No fue así? —asintió el señor Bumble—. Y dieron un veredicto especial, según creo —continuó el empresario, añadiendo algunas frases al efecto de que si el encargado de los socorros hubiese...

—¡Bah! ¡Tonterías! —interrumpió el celador—. Si la Junta hiciese caso de todas las necesidades que dicen los jurados ignorantes, buen trabajo tendría.

—Verdad es —respondió el empresario—. ¡Ya lo creo que lo tendría!

—Los jurados —dijo el señor Bumble, apretando con fuerza el bastón, como era su costumbre cuando se sentía airado—, los jurados son unos seres sin educación, vulgares y rastreros.

—Lo son —afirmó el empresario.

—No saben de filosofía ni de política ni tanto así —añadió el celador, haciendo chascar los dedos con desprecio.

—Ni eso —asintió el empresario.

—Los desprecio —agregó el celador, cada vez más encendido el semblante.

—Y yo también —replicó el empresario.

—No quisiera más que tener uno de esos jurados independientes durante una semana o dos en el establecimiento —dijo el celador—. Los reglamentos de la Junta pronto les bajarían los humos.

—En fin: dejémoslos en paz —respondió el empresario: y al decir esto sonrió, asintiendo, para aplacar la creciente cólera del indignado funcionario parroquial.

Quitose el señor Bumble su sombrero de candil, sacó un pañuelo de la copa, enjugose el sudor que la ira hizo nacer en su frente, púsose de nuevo el sombrero, y, volviéndose hacia el empresario, le dijo en voz más tranquila:

—Y bien: ¿qué me decís del chico?

—¡Oh! —exclamó el empresario—. Veréis, señor Bumble... Ya sabéis que yo pago una crecida cuota para los pobres.

—¡Ejem! —murmuró el señor Bumble—. ¿Y bien...?

—Pues... —repuso el empresario— estaba pensando que si es tanto lo que pago para ellos, tengo derecho a sacarles otro tanto, señor Bumble; así que..., así que... creo que me quedará con el chico.

El señor Bumble cogió del brazo al empresario de pompas fúnebres y le hizo entrar en el edificio. El señor Sowerberry conferenció a puerta cerrada con la Junta durante cinco minutos y quedó acordado que Oliver entraría en su casa

aquella tarde «a prueba», cuya frase quiere decir, cuando se trata de un aprendiz de la parroquia, que si, tras un breve ensayo, el amo considera que puede sacar del chico trabajo suficiente sin tener que darle demasiado alimento, se quedará con él por un plazo de años, para hacer con él cuanto le apetezca.

Aquella tarde, cuando condujeron al pequeño Oliver a presencia de los *caballeros* y le comunicaron que por la noche habría de entrar en calidad de mozo en casa de un fabricante de ataúdes, y que si se quejaba de su empleo o volvía de nuevo a la parroquia le mandarían al mar para que le ahogasen o le tundieran a golpes, según fuese el caso, mostró tan escasa emoción que, por unanimidad, declaráronle un granuja sin corazón y ordenaron al señor Bumble que se lo llevase al momento.

Ahora bien: aunque fuese muy natural que la Junta, más que nadie en el mundo, experimentase un considerable y virtuoso asombro y horror ante el más pequeño síntoma de falta de sentimiento por parte de cualquiera, en este caso particular estaban muy equivocados. Lo cierto era que Oliver, en vez de hallarse falto de sensibilidad, la poseía en exceso; y estaba en camino de quedar sumido, para toda la vida, en un estado de brutal estupidez y hosquedad, por los malos tratos de que había sido objeto. Escuchó la noticia de su destino en un silencio absoluto, y después de coger su equipaje —no muy difícil de llevar, ya que todo quedaba encerrado dentro de los límites de un paquete de papel de estraza de medio pie cuadrado por tres pulgadas de profundidad—, encasquetose la gorra, y agarrándose una vez más al puño de la levita del señor Bumble, fue conducido por este dignatario a un nuevo lugar de sufrimiento.

Durante un rato, el señor Bumble arrastró a Oliver consigo sin hacer advertencia ninguna, ya que el celador llevaba la cabeza muy erguida, como ha de llevarla siempre un celador, y como hacía mucho viento, Oliver iba envuelto por completo en los faldones de la levita del señor Bumble, los que, ahuecados por el aire, dejaban al descubierto su chaleco y los calzones cortos de pardusca felpa. Sin embargo, al aproximarse a su destino, el señor Bumble juzgó conveniente bajar la mirada para ver si el chico estaba en buen estado de presentación ante su nuevo amo, lo que hizo, pues, con adecuado y decoroso aire de benévola protección.

—¡Oliver...! —dijo el señor Bumble.

—¡Señor! —respondió Oliver con voz débil y temblorosa.

—Quítate esa gorra de los ojos y levanta la cabeza.

Aun cuando Oliver hizo al instante lo que se le ordenaba y se pasó rápidamente el dorso de su mano libre por los ojos, aún le quedaba en ellos una lágrima cuando alzó la mirada hacia su guía. Al mirarle el señor Bumble severamente, rodó aquélla por su mejilla. Fue inmediatamente seguida de otra, y de otra más, después. Hizo el niño un esfuerzo, pero infructuoso, y retirando su mano de la del señor Bumble, cubriose con ambas el rostro y lloró hasta que las

lágrimas manaron por entre sus delgados y huesudos dedos.

—¡Vaya! —exclamó el señor Bumble, deteniéndose y lanzando al objeto de su custodia una aviesa mirada—. ¡Vaya! De todos los chicos más desagradecidos y peor dispuestos que conozco, eres el...

—No; no, señor —sollozó Oliver, aferrándose a la mano que sostenía el conocido bastón—; no; no, señor. ¡Voy a ser bueno; de verdad, de verdad voy a serlo, señor! Soy muy pequeño, señor, y estoy tan..., tan...

—¿Tan qué? —preguntó el señor Bumble, asombrado.

—¡Tan solo, señor! ¡Tan solo! —lloró el niño—. Todos me odian. ¡Oh señor; por favor, no os enfadéis conmigo!

El chiquillo batió con su mano sobre el corazón y miró al rostro de su acompañante con lágrimas de verdadera angustia.

Durante unos segundos, el señor Bumble contempló el lastimoso y desolado aspecto de Oliver con cierto asombro; tosió tres o cuatro veces roncamente, y tras murmurar algo parecido a « ¡esta condenada tos! », ordenó a Oliver que se secara las lágrimas y que fuese buen chico. Luego, cogiéndole una vez más de la mano, siguió andando en silencio.

El empresario de pompas fúnebres, que acababa de echar los cierres de su establecimiento, hallábase haciendo algunos apuntes en su libro diario, a la luz de una apropiada y triste vela cuando entró el señor Bumble.

—¡Ajá! —exclamó el empresario, apartando la mirada de su libro y dejando una palabra a medio escribir—. ¿Sois vos, señor Bumble?

—El mismo, señor Sowerberry —replicó el celador—. ¡Aquí tenéis! Os he traído al muchacho.

Oliver hizo un saludo.

—¡Ah! ¿Conque éste es el chico? —dijo el de la funeraria, alzando la vela por encima de su cabeza, para ver mejor a Oliver—. Señora Sowerberry, ¿quieres tener la bondad de venir un momento, querida?

La señora Sowerberry surgió de una reducida habitación que había en la trastienda y mostró su figura menuda, delgada y encogida, con cara de arpa.

—Querida —dijo el señor Sowerberry afablemente—, éste es el chico del Hospicio de quien te he hablado.

Oliver saludó de nuevo.

—¡Válgame Dios! —exclamó la esposa del empresario—. Es muy pequeño.

—Por supuesto, es muy pequeño —respondió el señor Bumble, mirando a Oliver como si fuese culpa suya el no ser mayor—, eso no se puede negar; pero ya crecerá, señora Sowerberry, ya crecerá.

—¡Ah! Claro que crecerá —replicó la señora con aspereza—, pero a costa de nuestras provisiones y nuestra bebida. No veo que sean ningún ahorro estos chicos de la parroquia; siempre cuesta más mantenerlos que lo que valen. Pero los hombres siempre se figuran que lo saben todo. ¡Ea! ¡Vete abajo, saco de

huesos!

Y diciendo así, abrió una puerta lateral y empujó a Oliver por un empinado tramo de escalones que conducía a un sótano de piedra, húmedo y oscuro, que formaba la antesala de la carbonera, y al que denominaban *la cocina*. Allí estaba sentada una muchacha desastrada, con los zapatos torcidos y unas medias de estambre, hartas de zurcidos.

—Oye, Charlotte —dijo la señora Sowerberry, que había bajado tras Oliver—: Dale a este chico esas sobras frías que se le guardaron a *Trip*. Puesto que no ha venido a casa desde esta mañana, que se quede sin ellas. No creo que el chico sea tan melindroso como para no comerlas, ¿eh, muchacho?

Oliver, a quien se le encandilaron los ojos al oír hablar de comida, temblando de ansias de devorarla, contestó que no, y puso delante un plato lleno de miserables viandas.

Bien quisiera yo que algún bien nutrido filósofo, de esos a quienes la comida y la bebida se les tornan hiel en sus entrañas, de los que tienen sangre de hielo y corazón de hierro, pudiera haber contemplado a Oliver Twist aplicado a aquellos sabrosos bocados que el perro despreciara. Bien quisiera que hubiese presenciado la horrible avidez con que Oliver trituraba aquellas sobras con la inmensa voracidad del hambre. Sólo una cosa me gustaría más: ver a ese mismo filósofo comer idénticos manjares con la misma fruición.

—Bueno —exclamó la esposa del empresario, una vez que Oliver hubo terminado su cena, operación que ella contempló con mudo espanto, ante los temibles augurios sobre su futuro apetito—. ¿Has terminado?

Puesto que nada comestible quedaba ya a su alcance, Oliver contestó que sí.

—Entonces, ven conmigo —dijo la señora Sowerberry, cogiendo una débil y sucia lámpara y guiándole escaleras arriba—; tu cama está debajo del mostrador. Supongo que no te importará dormir entre los fêretros. Claro que lo mismo da que te importe que no, pues no puedes dormir en otro sitio. ¡Vamos; no me tengas aquí toda la noche!

Oliver no se detuvo más y dócilmente siguió a su nueva ama.

*En el que Oliver conoce a nuevos compañeros, y al asistir a un entierro por vez primera forma una idea desfavorable de la profesión de su amo*

Después de quedarse solo Oliver en la tienda del empresario de pompas fúnebres colocó la lámpara sobre un banco de trabajo y miró tímidamente enderredor suyo, con una sensación de espanto y de temor que no hubieran dejado de comprender muchas gentes bastante más crecidas que él. Un ataúd sin terminar que había quedado colocado sobre unos negros caballetes, en medio de la tienda, tenía un aspecto tan tenebroso y tétrico, que un frío temblor le invadía cada vez que sus ojos miraban en dirección de aquel lúgubre objeto, del que casi esperaba ver salir una horrenda figura asomando la cabeza para enloquecerlo de pánico. Apoyadas contra la pared en orden regular había una larga fila de tablas de olmo, cortadas todas en la misma forma, y que, a la débil luz, semejaban altos fantasmas con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Desperdigados por el suelo había placas de ataúd, virutas de olmo, clavos de cabeza brillante y trozos de paño negro; y la pared de detrás del mostrador estaba ornada con una vívida representación de dos plañideras con muy estiradas corbatas, de servicio ante una gran puerta de casa particular y una carroza fúnebre tirada por cuatro caballos negros, que se acercaban desde lejos. La tienda era reducida y caliente, y la atmósfera parecía viciada por el olor a los ataúdes. El hueco de debajo del mostrador, donde se hallaba extendido su colchón de borra, parecía una tumba.

No eran estas solas las lúgubres sensaciones que abatían el ánimo de Oliver. Se hallaba solo en un lugar extraño, y todos sabemos cuán desalentados y tristes nos sentiríamos los más audaces de nosotros en semejante situación. El niño no había tenido nunca amigos por quienes interesarse ni que se interesasen por él. No guardaba en su imaginación el dolor de ninguna separación reciente; no pesaba en su corazón la ausencia de ningún rostro amado ni de grato recuerdo; mas, sin embargo, estaba triste y sintió deseos, al deslizarse en su angosto lecho, de que fuese aquél su ataúd para poder reposar en un plácido y perdurable sueño bajo la tierra del cementerio, mientras las altas hierbas se mecerían suavemente sobre su cabeza y el sonar de las viejas campanas arrullarían su sueño.

A la mañana siguiente, despertole a Oliver un fuerte patear en la puerta de la tienda, repetido unas veinticinco veces en forma airada e impetuosa, antes que pudiera arrebujarse en sus ropas. Al comenzar a soltar la cadena, detuviéronse

las piernas y una voz comenzó a decir:

—¡Abre la puerta, tú! —exclamó la voz que correspondía a las piernas que pateaban en la puerta.

—Ahora mismo, señor —respondió Oliver, soltando la cadena y haciendo girar la llave.

—Me imagino que eres el nuevo chico, ¿no? —gritó la voz a través del ojo de la cerradura.

—Sí, señor —respondió Oliver.

—¿Qué edad tienes? —preguntó la voz.

—Diez años, señor —contestó Oliver.

—Entonces ya te zurraré en cuanto entre —añadió la voz—. ¡Ya verás tú si lo hago, hospiciano mocosol!

Y hecha esta obsequiosa promesa, la voz comenzó a silbar.

Con harta frecuencia se había visto Oliver sometido al trato a que hicieran referencia aquellas expresivas palabras, para que no le cupiese la menor duda de que el dueño de aquella voz, fuere quien fuere, iba a dejar de cumplir su amenaza honrosamente. Descorrió los cerrojos con mano temblorosa y abrió la puerta.

Por espacio de uno o dos segundos Oliver miró a uno y otro lado de la calle y a la acera de enfrente bajo la impresión de que el desconocido que le había hablado a través de la cerradura se había apartado algunos pasos para calentarse, ya que no vio a nadie más que a un robusto muchachote de la Beneficencia, sentado en un guardacantón que había frente a la casa y comiéndose una rebanada de pan con manteca, que cortaba en trozos del tamaño de su boca con una navaja y que engullía con gran destreza.

—Dispensad, señor —dijo Oliver, al cabo, viendo que no aparecía ningún otro visitante—. ¿Fuisteis vos quien llamó?

—A patadas —respondió el otro muchacho.

—¿Deseabais un ataúd, señor? —preguntó Oliver ingenuamente.

Al oír esto el muchacho de la Casa de Caridad se puso hecho una furia, y exclamó que no tardaría mucho Oliver en necesitar uno si no se dejaba de bromas con sus superiores.

—Seguro que no sabéis quién soy, hospiciano —añadió el muchacho, descendiendo entretanto del pilar con edificante gravedad.

—No, señor —respondió Oliver.

—Pues soy el señor Noah Claypole —explicó el de la Beneficencia—, y tú estás bajo mis órdenes. ¡Baja los cierres, haragán!

Y al decir esto, el señor Claypole propinó un puntapié a Oliver y entró en el establecimiento con aires de dignidad, que le daban gran importancia. Difícil es que un joven de voluminosa cabeza, ojos diminutos, destartalada figura y estúpido semblante pueda resultar digno en ninguna circunstancia; pero aún lo es

más cuando, como añadidura a estos atractivos personales, se tiene una nariz roja.

Oliver, al quitar los cierres, rompió un cristal al tratar de llevar el primero, tambaleándose bajo su peso, a un patinillo de al lado, donde se guardaban durante el día. Ayudole entonces cortésmente Noah, quien, después de consolarle asegurándole que *se la ganaría*, consintió en auxiliarle. Bajó poco después el señor Sowerberry. Al rato, apareció la señora Sowerberry, y Oliver, tras *habérsela ganado* en cumplimiento de la profecía de Noah, bajó a desayunar en pos del jovencuelo.

—Acércate al fuego, Noah —dijo Charlotte—. Te he guardado un buen pedazo de tocino del desayuno del amo. Oliver, cierra la puerta y coge esos mendrugos que he puesto encima de la panera. Ahí tienes el té; llévatelo a esa arca y bételo; pero date prisa, porque querrán que vayas a cuidar de la tienda. ¿Has oído?

—¿Has oído, hospiciano? —repitió Noah Claypole.

—¡Por Dios, Noah! ¡Cómo eres! ¿Por qué no dejas en paz al chico?

—¿Que le deje en paz? —exclamó Noah—. Si es por eso, más dejado que está... No hay miedo de que se metan con él ni su padre ni su madre. Y si es los parientes, todos le dejan hacer lo que le dé la gana. ¿Eh, Charlotte? ¡Ja, ja, ja!

—¡Qué bromista eres! —dijo Charlotte, rompiendo a reír, imitada por Noah.

Después miraron los dos con desdén al pobre Oliver Twist, que, sentado sobre el arca, en el rincón más frío de la estancia, comíase los mendrugos que le habían sido expresamente reservados.

Era Noah un muchacho de la Casa de Caridad, mas no un huérfano del Hospicio. No era hijo del azar, pues que podía trazar su genealogía hasta sus padres, que vivían cerca de allí. Su madre era lavandera, y su padre, un soldado borracho, licenciado con una pata de palo y una pensión diaria de dos peniques y medio, más una insignificante fracción. Hacía tiempo que los chicos de los establecimientos de la vecindad habían dado en estigmatizar a Noah en plena calle con los ignominiosos epítetos de *pobretón*, *pardiosero* y cosas parecidas, que Noah soportaba sin rechistar. Mas ahora que la Fortuna le había deparado en su camino un huérfano sin nombre, a quien hasta el más ruin podría señalar con el dedo del desprecio, cobrábase en él con usura. Esto nos proporciona un excelente tema para la meditación. Muéstranos qué cosa tan hermosa puede llegar a ser la naturaleza humana, y de qué manera tan imparcial se desarrollan las mismas amables cualidades en el más noble caballero que en el más cochambroso rapaz de la Beneficencia.

Ya llevaba Oliver tres semanas o un mes de estancia en la funeraria. El señor y la señora Sowerberry, una vez cerrada la tienda, cenaban en el gabinetito de la trastienda, en donde el primero, tras unas deferentes miradas a su esposa, le dijo:

—Querida... —algo más iba a decir; mas al alzar la señora Sowerberry sus

ojos con gesto singularmente hosco, quedose cortado.

—¿Qué quieres? —respondió la señora Sowerberry con sequedad.

—Nada, querida, nada —contestó el señor Sowerberry.

—¡Bah! ¡Qué estúpido eres!

—Nada de eso, querida —replicó Sowerberry con humildad—. Creí que no querías escucharme. Iba a decir...

—¡Oh! No me digas lo que ibas a decir —interrumpió la señora Sowerberry—. Yo no soy nadie; conque no me consultes, por favor. No quiero inmiscuirme en tus secretos.

Y diciendo así, la señora Sowerberry estalló en una histérica carcajada, que presagiaba violentas consecuencias.

—Pero, querida —insistió Sowerberry—, quiero pedirte consejo.

—No; a mí, no —contestó la señora Sowerberry en forma conmovedora—, pídeselo a los demás.

De nuevo lanzó otra histérica carcajada que dejó aterrado a su esposo. Es éste un proceder matrimonial muy generalizado y de gran aceptación, que, con frecuencia, resulta muy eficaz. Inmediatamente humillóse el señor Sowerberry a suplicar, como un favor especial, que se le permitiese decir lo que la señora Sowerberry ardía en deseos de saber. Tras un breve altercado que duró menos de tres cuartos de hora quedó benévola y concedido el permiso.

—Se trata del joven Twist, querida —dijo el señor Sowerberry—. ¿No te parece que ese chico tiene muy buen aspecto?

—Ya puede tenerlo, con lo que come —dijo la dama.

—Hay en su rostro una expresión de melancolía, querida —prosiguió el señor Sowerberry—, que resulta muy interesante. Haría un plañidero delicioso, cariño.

La señora Sowerberry alzó su mirada con expresión de asombro. Advirtiólo su esposo y, sin dar tiempo a ninguna observación por parte de la buena señora, continuó:

—Y no me refiero a un plañidero vulgar, para los adultos, querida, sino solamente para la clientela infantil. Sería algo nuevo contar con uno adecuado para tales casos. Ten la seguridad de que sería de un efecto soberbio.

La señora Sowerberry, que tenía bastante gusto en cuestiones funerarias, quedose sorprendida ante la novedad de esta idea: mas como el reconocerlo así era poner en riesgo su dignidad, en tales circunstancias, simplemente preguntó, con gran acritud, cómo una cosa tan evidente no se le había ocurrido antes a su marido. El señor Sowerberry interpretó, acertadamente, esto como aprobación de su propuesta; quedó, pues, rápidamente acordado que Oliver había de ser inmediatamente iniciado en los misterios del oficio y, a tal fin, habría de acompañar a su amo en la primera ocasión en que fuesen solicitados sus servicios.

No tardó mucho en presentarse esta ocasión. A la mañana siguiente, media

hora después del desayuno, entró en el establecimiento el señor Bumble, y, apoyando el bastón contra el mostrador, extrajo su voluminosa cartera de cuero, de donde escogió un trozo de papel que entregó al señor Sowerberry.

—¡Ajá! —exclamó el empresario, leyéndolo con animado semblante—. Un pedido de un ataúd, ¿eh?

—Un ataúd, primero, y, luego, un entierro parroquial —respondió el señor Bumble, cerrando la cartera, que, como él, era muy abultada.

—Bayton —dijo el empresario, alzando su mirada del papel al señor Bumble—. No he oído jamás este nombre.

Bumble movió la cabeza mientras respondía:

—Son gente muy terca, señor Sowerberry, muy terca. Y muy orgullosa también, me parece, señor.

—Conque orgullosos, ¿eh? —exclamó el señor Sowerberry con burlona sonrisa—. Pues eso es demasiado.

—¡Oh, es repugnante! —respondió el celador—. Nauseabundo, señor Sowerberry.

—Así es —asintió el empresario.

—No habíamos sabido nada de la familia hasta anteanoche —explicó el celador—, y nada hubiéramos sabido si no fuera porque una mujer que vive en la misma casa acudió a la Comisión parroquial para que enviasen un médico a ver a una mujer que estaba muy enferma. El médico se había ido a cenar; pero su ayudante, que es un muchacho muy listo, les mandó enseguida un frasco de medicina.

—¡Ah! Eso es prontitud... —opinó el empresario.

—¡Verdaderamente! —replicó el celador—. Pero ¿qué resultado? ¿Cuál fue la ingrata conducta de esos rebeldes, señor? Pues que el marido mandó decir que la medicina no le iba bien a la enfermedad de su esposa, y que por eso no la tomaría. ¡Mire que decir que no la tomaría! Una medicina excelente, enérgica, saludable, que una semana antes se le había administrado con gran éxito a dos obreros irlandeses y a un cargador de carbón, enviada inútilmente. ¡Y manda decir que no la tomará!

Como la atrocidad se ofreciera en todo su vigor en la imaginación del señor Bumble, dio un golpe seco con su bastón sobre el mostrador y se puso rojo de indignación.

—¡En mi vida he visto cosa igual! —exclamó el empresario.

—¡En vuestra vida, señor! —profirió el celador—. Ni lo verá nadie; pero la mujer se ha muerto y tenemos que enterrarla. Ahí tenéis las señas, cuanto antes vayáis, mejor.

Y diciendo así, el señor Bumble calose al revés el sombrero de tres picos, en el paroxismo de su celo parroquial, y salió precipitadamente del establecimiento.

—¡Vaya, Oliver! Estaba tan irritado, que se olvidó hasta de preguntar por ti —

dijo el señor Sowerberry, siguiendo con la vista al celador, que se alejaba calle abajo.

—Sí, señor —respondió Oliver, que, prudentemente, se quitara de en medio durante la entrevista, y que temblaba de pies a cabeza ante el solo recuerdo de la voz del señor Bumble. Sin embargo, no era preciso que Oliver se hubiese tomado la molestia de huir de la mirada de aquél, pues que el tal funcionario, sobre quien la profecía del caballero del blanco chaleco causara una viva impresión, pensaba que ya que el empresario de pompas fúnebres había tomado a prueba a Oliver, mejor era no resucitar el tema hasta que éste se hubiera contratado en firme por siete años; desapareciendo así, eficaz y legalmente, el peligro de que volviese a manos de la parroquia.

—Bueno —exclamó el señor Sowerberry, poniéndose el sombrero—, cuanto antes cumplamos el encargo, mejor. Noah, cuida de la tienda; Oliver, ponte la gorra y ven conmigo.

Obedeció Oliver y siguió a su amo hacia su profesional misión.

Anduvieron un buen rato por la parte más populosa y habitada de la ciudad; luego, bajando por una calle estrecha, más sucia y miserable que las que dejaran atrás, detuviéronse a buscar la casa objeto de su visita. Los edificios de ambas aceras eran altos y grandes, pero muy viejos y habitados por gentes de la clase más humilde, como su aspecto abandonado lo hubiera denotado suficientemente, sin el testimonio que le prestaban las escuálidas figuras de algunos hombres y mujeres que, con los brazos cruzados y aspecto de fantasmas, remoloneaban por allí. En la mayoría de las viviendas había portadas de establecimientos, pero herméticamente cerradas y en estado ruinoso, estando únicamente habitados los pisos superiores. A algunas casas que el tiempo y los desperfectos dejaran en inseguro estado impedíanles derrumbarse sobre la calle unas enormes vigas de madera apoyadas contra los muros y firmemente sujetas a la calzada; mas estos desvencijados antros parecían haber sido elegidos como guaridas nocturnas de los desgraciados sin casa ni hogar, ya que muchas de las toscas tablas que hacían las veces de puertas y ventanas habíanlas arrancado de su sitio a fin de dejar un hueco de anchura suficiente para permitir el paso de un cuerpo humano. El cuchitril era inmundo. Y hasta las mismas ratas, que aquí y allá yacían corrompiéndose en aquella podredumbre, tenían un repugnante y famélico aspecto.

En la puerta abierta ante la que se detuvieron Oliver y su amo no había aldaba ni campanilla; así pues, andando a tientas, avanzaron con precaución por el oscuro pasillo, y advirtiendo a Oliver que le siguiese sin miedo, el empresario subió hasta el rellano del primer tramo de escalera. Allí encontróse con una puerta, y a ella llamó con los nudillos.

Abrió una muchacha de trece a catorce años. El empresario vio al instante el suficiente contenido del cuarto para comprender que era aquél el lugar donde se

encaminaran, y entró seguido de Oliver.

No había fuego en la habitación; mas un hombre se acurrucaba mecánicamente junto a la estufa vacía. También una vieja había arrastrado un taburete hasta el hogar vacío y hallábase sentada junto a él. En otro rincón había unos chiquillos andrajosos, y en una reducida alcoba, frontera a la puerta, veíase algo cubierto con una colcha vieja. Estremeciose Oliver, al lanzar sus miradas hacia aquel lugar, e involuntariamente se deslizó junto a su amo, pues, a pesar de estar cubierto, el niño adivinaba que aquello era un cadáver.

El rostro de aquel hombre estaba seco y pálido; grisáceos sus cabellos y la barba, y tenía los ojos inyectados en sangre. En el rugoso semblante de la mujer, sus dos únicos dientes sobresalían sobre el labio inferior, y sus ojos eran vivos y penetrantes. A Oliver le causaba temor mirar a cualquiera de aquellos dos seres. ¡Se parecían tanto a las ratas que acababa de ver en la calle...!

—¡Que nadie se acerque a ella! —exclamó el hombre, levantándose enfurecido al ver al empresario avanzar hacia la alcoba—. ¡Atrás, malditos, atrás, si no queréis perder la vida!

—¡Dejaos de tonterías, buen hombre! —exclamó el empresario, que estaba acostumbrado a la miseria en todas sus formas—. ¡Dejaos de tonterías!

—Os digo —añadió el hombre, crispando los puños y dando una furiosa patada contra el suelo— que no permitiré que la enterréis. Allí no podría descansar. Los gusanos la atormentarían..., no podrán comérsela..., ¡está tan consumida...!

No respondió el empresario a este desvarío; mas sacando una cinta del bolsillo, se arrodilló un momento junto al cadáver.

—¡Ah! —exclamó el hombre, rompiendo a llorar e hincándose de rodillas a los pies de la muerta—. ¡Arrodillaos, arrodillaos todos alrededor de ella y escuchad mis palabras! Ha muerto de hambre. Nunca supe lo enferma que estaba hasta que la fiebre se apoderó de ella y los huesos empezaron a saltársele de la piel. ¡No teníamos fuego ni luz! ¡Murió en la oscuridad..., en la oscuridad! Ni siquiera pudo ver el rostro de sus hijos, aunque le oíamos murmurar sus nombres. Pedí limosna para ella en las calles y me enviaron a la cárcel. Cuando volví estaba agonizando; se me heló la sangre en el corazón, porque se había muerto de hambre. ¡Lo juro ante Dios, que lo vio todo! ¡La han matado de hambre! —mesose el cabello y, dando un espantoso grito, cayó rodando al suelo, extraviados los ojos y cubiertos de espuma sus labios.

Los chiquillos, aterrados, lloraron amargamente; mas la vieja, que hasta entonces permaneciera sorda a todo cuanto había sucedido, los amenazó para que callaran. Después de soltarle la corbata al individuo que yacía aún tendido en el suelo, avanzó tambaleándose hacia el empresario.

—Era mi hija —exclamó la vieja, señalando al cadáver con la cabeza y hablando con una mirada idiotizada, más espantosa que la propia presencia de la

muerte en aquel lugar—. ¡Señor, Señor! ¿No es extraño que yo, que le di el ser, esté aquí sana y buena, mientras que ella yace ahí, fría y yerta? ¡Señor, Señor! ¡Quién lo pensara...! ¡Parece una comedia..., una comedia...!

En tanto aquella mísera criatura barbotaba y reía entre dientes con horrendo regocijo, el empresario dio la vuelta para salir.

—¡Esperad, esperad! —exclamó la vieja con voz ronca—. ¿La enterrarán mañana, pasado o esta noche? Yo la he amortajado y he de acompañarla, ¿comprendéis? Enviadme un buen manto, que abrigue mucho, porque hace un frío cruel. ¡Antes de irnos deberíamos tomar pastel y vino...! Pero no importa. Traíganos pan..., una hogaza tan sólo, y un jarro de agua. ¿No traeréis el pan, amigo? —añadió con avidez, cogiéndose a su levita, pues que una vez más se dirigía hacia la puerta.

—Sí, sí, desde luego —respondió el empresario—. ¡Lo que gustéis!

Soltose de las garras de la mujer y, arrastrando a Oliver tras de sí, fuese precipitadamente.

Al día siguiente, socorrida la familia con medio pan y un pedazo de queso que les dejara el señor Bumble en persona, Oliver y su amo regresaron a la mísera mansión. Ya había llegado el señor Bumble, acompañado de cuatro hombres del Hospicio que habían de conducir el cadáver. Un viejo manto negro cubrió los andrajos de la vieja y el hombre, y, una vez cerrado el desnudo ataúd, alzaronlo sobre los hombros de los portadores y salieron a la calle.

—Ahora habréis de daros prisa, señora —murmuró Sowerberry al oído de la anciana—. Es tarde y no podemos hacer esperar al sacerdote. ¡Andando, muchachos...! ¡Corred cuanto queráis!

Ante esta advertencia, los portadores apretaron el paso bajo su ligera carga, seguidos en lo posible por los dos que componían el duelo. El señor Bumble y el señor Sowerberry iban bastante delante, y Oliver, cuyas piernas no eran tan largas como las de su amo, corría a su lado.

Sin embargo, no era tan necesario apresurarse como previniera el señor Sowerberry, puesto que cuando llegaron al oscuro rincón del cementerio, donde crecían las ortigas y estaban cavadas las fosas, no había llegado aún el sacerdote, y el sacristán, que estaba sentado junto a la chimenea de la sacristía, no juzgaba poco probable que tardase una hora en venir. Pusieron, pues, el fétetro al borde de la tumba y los dos dolientes acompañantes esperaron pacientemente sobre el barro húmedo mientras la fría lluvia caía sobre ellos y los andrajosos chiquillos que acudieron al cementerio atraídos por el espectáculo jugaban ruidosamente al escondite por entre las lápidas, o variaban de dirección, saltando sobre el ataúd. El señor Sowerberry y el señor Bumble, como fueran amigos particulares del sacristán, se sentaron con él al fuego a leer el periódico.

Al cabo, transcurrida más de una hora, vióselos correr al señor Bumble, a Sowerberry y al sacristán hacia la tumba. Inmediatamente después apareció el

sacerdote, colocándose la sobrepelliz por el camino. El señor Bumble dio un manotazo a unos chiquillos para guardar las apariencias, y una vez que el venerable caballero leyó todos los oficios funerales que pueden condensarse en cuatro minutos, entregó la sobrepelliz al sacristán y desapareció de nuevo.

—¡Vamos, Bill! —dijo Sowerberry al sepulturero—. ¡A rellenar!

No fue difícil la tarea: la tumba estaba tan repleta, que el último ataúd quedaba a cinco pies de la superficie. Lanzó sus paletadas el sepulturero, las apisonó con el pie, echose la pala al hombro y marchó seguido de los chiquillos, que se lamentaban en voz alta de que la diversión hubiese durado tan poco.

—¡Vamos, buen hombre! —le dijo Bumble, dándole unos golpecitos en la espalda—. ¡Que tienen que cerrar el cementerio!

El individuo, que no se había movido ni una sola vez desde que ocupara su puesto junto a la tumba, alzó la cabeza, se quedó mirando fijamente a la persona que le había hablado, avanzó unos pasos y se desplomó desvanecido. La vieja loca estaba demasiado ocupada con sus lamentaciones por la pérdida del manto que el empresario de la funeraria recogiera, para prestarle atención; así pues, echáronle un jarro de agua fría por encima, y cuando volvió en sí, sacáronle del cementerio, cerraron la puerta y partieron por distintos caminos.

—Bueno, Oliver —dijo Sowerberry camino de su casa—: ¿Qué te ha parecido esto?

—Bastante bien, señor; muchas gracias —contestó Oliver con harta vacilación—. Pero... no me ha gustado mucho, señor.

—¡Ah! Ya te acostumbrarás con el tiempo, Oliver —le dijo Sowerberry—. Y entonces verás cómo nada te importa, muchacho.

Preguntose Oliver mentalmente si el señor Sowerberry había tardado mucho en acostumbrarse. Mas juzgó preferible no formular la pregunta, y regresó al establecimiento reflexionando sobre cuanto había visto y oído.

*En el que Oliver, hostigado por los impropiedades de Noah, se lanza a la acción y deja a éste bastante sorprendido*

Transcurrido el mes de prueba, Oliver quedó formalmente contratado como aprendiz. A la sazón, era aquélla una época bastante malsana. Dicho en términos comerciales: había gran demanda de ataúdes y, a las pocas semanas, Oliver había adquirido un gran caudal de experiencia. El éxito de la ingeniosa idea del señor Sowerberry superó hasta sus más auténticas esperanzas. Los más viejos habitantes de la localidad no recordaban otra época en la que de tal modo reinase el sarampión ni fuese tan fatal para las existencias infantiles; fueron muchos los fúnebres cortejos que presidiera el pequeño Oliver, con un cintillo que le llegaba a las rodillas, para admiración y emoción indescriptibles de todas las madres de la ciudad. Como quiera que Oliver también acompañaba a su amo en la mayoría de los entierros de adultos, a fin de adquirir la ecuanimidad de conducta y el pleno dominio de nervios que tan esenciales son para un consumado plañidero, tuvo múltiples ocasiones de presenciar la hermosa resignación y fortaleza con que algunas personas soportan estas pruebas y pérdidas.

Por ejemplo: cuando a Sowerberry le encargaban el entierro de alguna anciana y rica, rodeada de gran número de sobrinos, que durante la enfermedad se mostraban verdaderamente inconsolables, y cuyo dolor resulta verdaderamente incontinente aun en las más públicas ocasiones, éstos aparecían felices entre sí, alegres y satisfechos, conversando con la misma libertad y el mismo júbilo que si nada hubiese sucedido.

También los maridos soportaban la pérdida de sus esposas con la más heroica serenidad. Y asimismo las esposas poníanse de luto por sus maridos como si, lejos de afligirse con las ropas del dolor, hubieran decidido hacerlas lo más decorativas y atractivas posible. También podía observarse que damas y caballeros que se entregaban a lamentos de angustia durante la ceremonia del entierro sereníbanse tan pronto como llegaban a sus casas y mostrábanse absolutamente sosegados antes de terminar el té. Todo esto resultaba muy agradable y provechoso, y Oliver lo presenciaba con gran admiración.

No obstante ser yo su biógrafo, no puedo afirmar con un relativo grado de seguridad que Oliver Twist se sintiese movido a la resignación ante el ejemplo de aquellas buenas gentes; mas sí he de decir claramente que, por espacio de varios

meses, continuó mansamente sometido a la dominación y malos modos de Noah Claypole, que le trataba mucho peor que antes, despertada ahora su envidia al ver al nuevo muchacho ascendido al bastón negro y al cintillo, mientras él, más antiguo, continuaba estancado en la gorra de plato y las polainas. Charlotte le trataba mal, para imitar a Noah, y la señora Sowerberry era su enemiga declarada al ver que su marido se mostraba inclinado a ser amigo suyo; así pues, entre estos tres, de una parte, y una plétora de entierros, por otra, Oliver no se encontraba tan a gusto como lo estuviera el cerdo hambriento encerrado por error en el granero de una cervecería.

Llego ahora a un pasaje muy importante en la historia de Oliver, ya que he de registrar un hecho, acaso ligero y trivial en apariencia, mas que indirectamente produjo un cambio muy importante en todas las futuras situaciones y conductas.

Cierto día, Oliver y Noah habían bajado a la cocina a la hora de comer para darse el festín de un cuarto de cordero —libra y media de la peor parte del pescuezo—. Como quiera que Charlotte había salido, transcurrió un breve intervalo, durante el cual Noah Claypole, hambriento y rencoroso, pensó que a nada más digno podía consagrarse que a provocar y atormentar al joven Oliver Twist.

Atento a esta inocente distracción, Noah dedicábase a poner los pies sobre el mantel, tirábale del pelo a Oliver, le pellizcaba las orejas y expresaba su opinión de que éste era un *chivato*; anuncie, además, su intención de ir a verle ahorcar, dondequiera que tuviese lugar aquel apetitoso acontecimiento, e inició otros diversos temas molestos de menor cuantía, como buen picaruelo de la Beneficencia. Mas como ninguno de estos dicitos produjese el deseado efecto de hacer llorar a Oliver, trató Noah de ser más ingenioso todavía, y a tal fin hizo lo que otros muchos ingenios de menos fama cuando quieren dárseles de graciosos, y fue a meterse con su familia.

—Hospiciano —dijo Noah—, ¿cómo está tu madre?

—Ha muerto —contestó Oliver—. Así que no te ocupes de ella.

Encendiósele la color a Oliver al decir esto, se le avivó la respiración y hubo un extraño movimiento en su boca y en las aletas de la nariz, que Claypole juzgó síntoma precursor de un violento acceso de llanto. Bajo esta impresión, volvió a la carga.

—¿De qué murió, hospiciano? —dijo Noah.

—De pesadumbre. Eso me dijo una de nuestras viejas nodrizas —respondió Oliver, más bien hablando consigo mismo que en respuesta a Noah—. ¡Me parece que comprendo lo que debe de ser morir así!

—¡Vamos, vamos! Menos pamemas, hospiciano —exclamó Noah al advertir una lágrima que corría por la mejilla de Oliver—. ¿Qué es lo que te hace poner pucheros ahora?

—Tú no —respondió Oliver, secándose velozmente aquellas lágrimas—. ¡No vayas a creértelo!

—¡Ah! Conque y no, ¿eh?—mofose Noah.

—No; tú, no —replicó Oliver con sequedad—. ¡Ea!, ya está bien. ¡Y no me hables más de ella! ¡Más te valdrá!

—¡Más me valdrá! —exclamó Noah—. ¡Vaya! ¡Conque más me valdrá...! Hospiciano, no seas descarado. ¡Tu madre! ¡Menuda era tu madre! ¡Ay, Señor! —y al decir esto movió Noah la cabeza expresivamente y frunció su naricilla encarnada todo cuanto se lo permitió la acción muscular que pudo allegar para el caso—. ¿No sabes, hospiciano?—continuó Noah, envalentonado por el silencio de Oliver y hablando en un tono escarnecedor de fingida compasión, que es el más molesto de todos—. ¿No sabes, hospiciano? Ya no tiene remedio, y claro que entonces tampoco lo tenía. Yo lo siento mucho, y todos nosotros te compadecemos muchísimo. Pero debes saberlo, hospiciano: tu madre era una perfecta mala mujer.

—¿Qué has dicho?—preguntó Oliver alzando rápidamente su mirada.

—Que era una perfecta mala mujer, hospiciano —respondió Noah serenamente—. Y más vale que se haya muerto cuando se murió, que, si no, estaría ahora trabajando de firme en Bridewell<sup>[2]</sup>, o se la hubiesen llevado, o la hubiesen ahorcado, que es lo más probable de todo, ¿no lo crees?

Rojo de ira, levántase Oliver, derribó la silla y la mesa, agarró a Noah por el cuello, le sacudió con furia hasta que los dientes le rechinaron, y, acumulando toda su fuerza en un solo y certero golpe, le dejó tendido en el suelo.

Un minuto antes, el chiquillo era aquel ser plácido, manso y desalentado que de él hicieron los malos tratos. Mas, al fin, despertose su valor; aquel cruel insulto contra su madre muerta encendíole la sangre. Jadeante el pecho, erguida su actitud, relucientes y enérgicos los ojos, todo su ser se había transfigurado, en tanto permanecía centelleante la mirada sobre el cobarde que ahora yacía encogido a sus pies, retándole con energía desconocida en él hasta ahora.

—¡Que me mata...! —gimoteaba Noah—. ¡Charlotte, señora! ¡Que el chico nuevo me quiere matar! ¡Socorro, socorro! ¡Oliver se ha vuelto loco! ¡Charlotte!

A los gritos de Noah contestó Charlotte con un alarido, y con otro mayor la señora Sowerberry. La primera se precipitó en la cocina por una puerta lateral, mientras la última se detuvo en la escalera hasta asegurarse de que el bajar más era compatible con la conservación de su humana existencia.

—¡Eh, miserable! —gritó Charlotte, aferrándose a Oliver con toda su fuerza, que era aproximadamente igual a la de un hombre medianamente vigoroso y muy bien trabajado—. ¡Des-agra-de-ci-do, cri-mi-nal, as-que-ro-so!

Y a cada sílaba, Charlotte le descargaba un golpe con toda su fuerza, acompañado de un grito, en beneficio de la sociedad.

El puño de Charlotte no era ligero ni mucho menos; mas temiendo que ésta no

lograse calmar la cólera de Oliver, la señora Sowerberry se lanzó a la cocina y ayudó a sujetarle con una mano, mientras con la otra le arañaba la cara. En esta favorable situación las cosas, levantose Noah del suelo y comenzó a pegarle por detrás.

El ejercicio era demasiado violento para que durase mucho. Cuando los tres se cansaron, sin fuerzas para pegar más, arrastraron hasta el basurero a Oliver, que forcejeaba y gritaba sin intimidarse, y allí le dejaron encerrado. Hecho esto, la señora Sowerberry dejose caer en una silla y rompió a llorar.

—¡Dios mío! ¡Que se desmaya...! —exclamó Charlotte—. ¡Un vaso de agua, Noah, por favor! ¡Date prisa!

—¡Ay, Charlotte! —murmuró la señora Sowerberry, hablando lo mejor que le permitían la deficiencia de su respiración y la suficiencia de agua fría que Noah le había echado por la cabeza y los hombros—. ¡Ay, Charlotte! ¡Qué suerte hemos tenido de que no nos haya asesinado a todos en nuestros lechos!

—Sí, señora; mucha suerte —le respondió—. Con esto aprenderá el amo a no traer a ninguna más de estas espantosas criaturas, nacidas para el crimen y el robo desde la cuna. ¡Pobre Noah! Cuando llegué, no le faltaba nada para matarlo, señora.

Noah, que con el botón superior de su chaleco llegábale a la cabeza a Oliver, frotábase los ojos con las muñecas en tanto le concedían estas conmisericordias y dejaba escapar unas conmovedoras lágrimas y resoplidos.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —exclamó la señora Sowerberry—. Vuestro amo no está; no hay un solo hombre en la casa, y dentro de diez minutos echará abajo la puerta a patadas.

Los vigorosos golpes de Oliver contra el trozo de madera en cuestión hacían sumamente probable este hecho.

—¡Dios mío, Dios mío! No sé, señora —respondió Charlotte—. Como no llamemos a la Policía.

—O a los soldados —sugirió Claypole.

—No, no —dijo la señora Sowerberry, acordándose del viejo amigo de Oliver—. Corre a buscar al señor Bumble, Noah, y dile que venga al momento, sin perder minuto. ¡No te preocupes por la gorra! ¡Date prisa! Por el camino puedes ponerte la hoja de un cuchillo en esa moradura del ojo, y se te bajará la hinchazón.

No se detuvo Noah a contestar, sino que salió corriendo a toda velocidad, con gran asombro de los viandantes al ver a un chiquillo de la Beneficencia atravesar atropelladamente las calles, sin gorra y con una navaja puesta sobre el ojo.

*En el que continúa la contumacia de Oliver*

Corrió Noah Claypole por las calles todo cuanto pudo, sin detenerse ni una sola vez a cobrar alientos, hasta llegar a la puerta del Hospicio. Tras descansar allí un par de minutos para acumular un buen caudal de sollozos y hacer una impresionante exhibición de lágrimas y de terror, dio unos fuertes golpes en el postigo, y tal cara de lástima le presentó al anciano pobre que le abriera, que hasta éste dio un respingo de asombro.

—¿Qué? ¿Qué le sucede al chico?—preguntó el anciano.

—¡Señor Bumble, señor Bumble! —gritó con angustia perfectamente fingida y en tono tan agitado y violento, que no sólo llegó a oídos del propio señor Bumble, casualmente cerca de allí, sino que asustole tanto que se precipitó en el patio sin su sombrero de tres picos, circunstancia curiosísima y notable que demuestra cómo hasta un celador, influido por un impulso poderoso y súbito, puede verse afligido por la momentánea pérdida de la serenidad y el olvido de su dignidad personal.

—¡Ay, señor Bumble! —exclamó Noah Claypole—. Oliver, señor... Oliver se ha...

—¿Cómo, cómo? —interrumpió el señor Bumble con un destello de placer en sus ojos metálicos—. No se habrá escapado, ¿verdad, Noah? No se habrá escapado.

—No, señor; no. Escaparse, no, señor; pero se ha vuelto malísimo. Ha intentado asesinar me, señor, y luego ha querido asesinar a Charlotte, y después, a la señora. ¡Ay, qué dolor tan espantoso! ¡Ay, qué angustia, señor, por favor!

Y al decir esto, Noah se retorció y sometió su cuerpo a una diversidad de contorsiones semejantes a las de una anguila, dando a entender de este modo al señor Bumble que, a causa del violento y sanguinario ataque de Oliver Twist, había sufrido graves heridas y lesiones internas, que le producían en aquel momento el dolor más agudo.

Cuando Noah comprendió que la noticia que acababa de transmitir dejaba totalmente paralizado al señor Bumble, añadióle un nuevo efecto, quejándose de sus espantosas heridas con fuerza diez veces mayor que antes, y al advertir que un caballero de blanco chaleco atravesaba el patio, sus lamentos adquirieron un tono más trágico, juzgando acertadamente que era aquello sumamente oportuno

para atraer la atención y despertar la indignación del citado caballero.

Pronto quedó prendida la atención de éste, y apenas había avanzado tres pasos, cuando giró rápidamente en redondo y preguntó por qué aullaba aquel perro vil y por qué el señor Bumble no le regalaba con algo que convirtiese aquella ininterrumpida serie de exclamaciones en un proceso involuntario.

—Es un pobre muchacho de la escuela gratuita, señor —respondió el señor Bumble—, que ha estado a punto de morir asesinado, a punto, señor, a manos del joven Oliver Twist.

—¡Caramba! —exclamó el caballero del blanco chaleco, quedándose cortado—. ¡Lo sabía! Desde un principio tuve el extraño presentimiento de que ese audaz salvajillo acabaría seguramente ahorcado.

—Y también ha intentado asesinar a la sirvienta.

—Y a su ama —añadió Claypole.

—Y también a su amo. ¿No dijiste eso, Noah? —agregó el señor Bumble.

—No, porque había salido, si no, le hubiese asesinado —respondió Noah—. Al menos, eso dijo.

—¡Ah! ¿Conque dijo eso? ¿Es cierto, hijo mío? —preguntó el caballero del blanco chaleco.

—Sí, señor —respondió Noah—. Por favor, señor; el ama desea saber si el señor Bumble puede disponer de un rato para subir allí enseguida y darle una buena tunda..., porque el amo ha salido.

—Por supuesto, hijo, por supuesto —accedió el caballero del blanco chaleco, sonriendo afablemente a Noah y acariciándole la cabeza, que sobresalía unas tres pulgadas por encima de la suya—. Eres un buen chico, muy buen chico. Toma este penique para ti. Bumble, acercaos a casa de Sowerberry con el bastón y ved qué puede hacerse. No le escatiméis nada, Bumble.

—Descuidad, señor —contestó el celador, asegurando los cordones encerados arrollados al extremo del bastón para fines de la flagelación parroquial.

—Decidle a Sowerberry que no le perdone. No conseguirán nada de él sin unos cardenales y unos chichones —dijo el caballero del blanco chaleco.

—Cuidaré de ello, señor —contestó el celador.

Y como a la sazón estuviese ya encasquetado el sombrero de tres picos a satisfacción de su dueño, el señor Bumble y Noah Claypole encamináronse con toda rapidez a la funeraria.

La situación no había mejorado en absoluto. Aún no había regresado Sowerberry, y Oliver continuaba pataleando, sin mengua en su vigor, contra la puerta del sótano. El relato de su ferocidad, tal como lo hicieran la señora Sowerberry y Charlotte, era tan espantoso, que el señor Bumble juzgó prudente parlamentar antes de abrir la puerta. A tal fin, dio una patada por la parte de fuera, a modo de preludeo, y luego, aplicando la boca a la cerradura, exclamó con tono profundo e impresionante:

—¡Oliver!

—¡Vamos, sacadme de aquí!

—¿Conoces la voz que te habla, Oliver? —preguntó el señor Bumble.

—Sí —contestó Oliver.

—¿Y no te da miedo de ella, caballero? ¿No tiembles al oírme hablar? —inquirió el señor Bumble.

—¡No! —contestó Oliver descaradamente.

Esta respuesta, tan distinta de la que esperaba escuchar y estaba acostumbrado a recibir, hizo vacilar no poco al señor Bumble. Apartose de la cerradura, irguióse cuan alto era y comenzó a pasear una mirada de uno en otro de los tres espectadores con silencioso asombro.

—¿Veis, señor Bumble? Debe de estar loco —dijo la señora Sowerberry—. Ningún niño que estuviese en la mitad de su sano juicio se atrevería a hablarlos así.

—No es locura, señora —replicó Bumble tras unos instantes de profunda meditación—. Eso es la carne.

—¿Qué? —exclamó la señora Sowerberry.

—La carne, señora; la carne —contestó Bumble con énfasis—. Le habéis dado de comer con exceso, señora. Habéis creado en él un alma y un espíritu artificiales, señora, que no cuadran a una persona de su condición; eso es lo que dirán los de la Junta, que son unos filósofos prácticos. ¿Qué tienen que ver los pobres con el alma o el espíritu? Harto es que les permitamos tener cuerpos vivos. Si le hubieseis alimentado con gachas, señora, esto no hubiera ocurrido jamás.

—¡Válgame Dios! —exclamó la señora Sowerberry, alzando piadosamente sus ojos al techo de la cocina—. ¡Esto me sucede por ser generosa!

La generosidad de la señora Sowerberry para con Oliver había consistido en concederle con profusión todas las sucias sobras y restos que nadie quería; era, pues, una gran prueba de humildad y abnegación el aceptar voluntariamente la grave acusación del señor Bumble, de la cual, hagámosle justicia, era absolutamente inocente, de pensamiento, de palabra y de obra.

—¡Ah! —exclamó el señor Bumble cuando la dama bajó de nuevo sus ojos al suelo—. Lo único que ahora puede hacerse, que yo sepa, es dejarle en la cueva un día o así hasta que el hambre le debilite, y entonces sacarle y alimentarle con gachas durante todo su aprendizaje. Viene de mala familia. ¡Naturalezas excitables, señora Sowerberry! Tanto la enfermera como el doctor dijeron que su madre llegó aquí luchando con unas dificultades y fatigas que hubiesen matado a cualquier mujer de buen carácter varias semanas antes.

En este punto del discurso del señor Bumble, Oliver, que oyera lo bastante para comprender que se estaba haciendo una nueva alusión a su madre, comenzó a patear de nuevo con tal violencia, que todos los demás ruidos resultaron

inaudibles. En aquel momento regresó Sowerberry. Una vez que le explicaron la agresión de Oliver, con aquellas exageraciones mejor calculadas para despertar su ira, abrió la puerta bruscamente y sacó al rebelde aprendiz arrastrándolo del cuello.

Con la paliza que recibiera, las ropas de Oliver estaban desgarradas, morado y arañado el rostro y los cabellos desperdigados sobre la frente. Sin embargo, aún no le había desaparecido su agitada cólera, y al extraerle de su prisión quedose audazmente mirando a Noah, sin perder el ánimo.

—¡Vamos! ¡Bonito chico estás hecho!, ¿eh? —dijo Sowerberry, zarandeándole y dándole un cachete.

—Ha insultado a mi madre —contestó Oliver.

—Bueno; y ¿qué? ¡Desagradecido! —exclamó la señora Sowerberry—. Ella se merecía lo que le han dicho y más.

—¡No es verdad! —gritó Oliver.

—Sí lo es —afirmó Sowerberry.

—¡Es mentira! —insistió Oliver.

La señora Sowerberry rompió a llorar.

Este acceso de llanto no le dejaba al señor Sowerberry otra disyuntiva. Si por un instante hubiese vacilado en castigar severamente a Oliver, cualquier lector experimentado comprenderá claramente que, según todos los precedentes establecidos en las disputas matrimoniales, hubiera sido un salvaje, un marido desnaturalizado, un insolente, una vil imitación de un hombre y otras varias agradables características demasiado numerosas para encerrarse en los límites de este capítulo. Si hemos de hacerle justicia, digamos que se sentía —en la medida de sus fuerzas, no muy extensas por cierto— favorablemente dispuesto hacia el chiquillo, quizá porque le interesase ser así o tal vez porque a su esposa no le gustaba. Sin embargo, con aquel llanto no le quedaba otro recurso; por ello propinole al instante una zurra, que satisfizo hasta a la propia señora Sowerberry, haciendo totalmente innecesaria la subsiguiente aplicación del bastón parroquial del señor Bumble. Durante el resto del día estuvo encerrado en la parte de atrás de la cocina, en compañía de una bomba de agua y una rebanada de pan; y por la noche, la señora Sowerberry, después de hacer varias observaciones desde la puerta, en modo alguno gratas para el recuerdo de su madre, se asomó a la habitación y, entre burlas y vayas de Noah y Charlotte, ordenole que subiese a su lúgubre lecho.

Hasta que estuvo solo en el silencio y la calma del tétrico taller funerario no dio Oliver rienda suelta a los sentimientos que, como puede suponerse, despertaran en un pobre niño los tratos de aquel día. Había escuchado sus injurias con un gesto de desprecio; soportó sus golpes sin una queja, pues sentía inflamarse su corazón en un orgullo que hubiera ahogado toda lamentación hasta el fin, aunque le hubiesen quemado vivo. Mas ahora que no había nadie junto a él

que le viese ni le escuchase, dejose caer de rodillas en el suelo y, ocultando el rostro entre las manos, lloró con esas lágrimas que Dios nos manda como méritos de nuestra naturaleza y que pocos jovencitos encuentran jamás motivo suficiente para verterlas.

Largo rato permaneció Oliver inmóvil en esta actitud. Muy consumida estaba y la vela cuando se puso en pie. Después de mirar con precaución en torno a sí y de escuchar atentamente, corrió con suavidad los cerrojos de la puerta y miró hacia fuera.

Hacía una noche oscura y fría. A los ojos del niño, las estrellas parecían estar más lejos de la tierra que nunca: no hacía viento, y las oscuras sombras que los árboles proyectaban sobre el suelo cobraban un aspecto sepulcral y siniestro en su inmovilidad. Volvió a cerrar la puerta con cuidado. Aprovechando la mortecina luz de la bujía lió en un pañuelo las pocas ropas que tenía y sentose en un banco a esperar que llegase la mañana.

Con los primeros rayos de luz que penetraron por las rendijas de los cierres, levantose y de nuevo desatrancó la puerta. Una tímida mirada en derredor, una momentánea pausa de vacilación y, cerrando tras él la puerta, encontrose en la calle, en plena libertad.

Miró a derecha e izquierda, sin saber hacia dónde huir. Recordó haber visto que los carromatos, al salir, subían trabajosamente la colina. Empezó la misma ruta, y al llegar a un sendero, al otro lado del campo, que sabía se hallaba a poca distancia de la carretera, penetró en él y comenzó a caminar rápidamente.

Oliver recordó muy bien haber recorrido ya esta misma senda, al lado del señor Bumble, cuando le llevara por primera vez al Hospicio desde la Casa de Caridad. El camino pasaba precisamente frente a la casa. A su recuerdo, latió su corazón más deprisa y a punto estuvo de volverse atrás. Mas había andado un largo trecho, y si lo hiciera, perdería mucho tiempo. Además, era tan temprano que no había temor de que le viesen; así pues, prosiguió su andar.

Llegó frente a la casa. No se advertían señales de que sus huéspedes rebullesen tan temprano. Detúvose Oliver y se asomó al jardín. Un pequeñuelo escardaba uno de los macizos. Al detenerse, alzó el otro su pálido rostro y descubrió las facciones de uno de sus antiguos compañeros. Alegre Oliver de verle antes de partir; pues si bien más joven que él, había sido amigo suyo y compañero de juegos. Más de una vez sufrieron juntos golpes, hambres y encierros.

—¡Chis! ¡Dick! —dijo Oliver cuando el chiquillo corrió a la verja y asomó sus escuálidos brazos por entre las rejas para saludarle—. ¿Hay alguien levantado?

—Nadie más que yo —respondió el niño.

—No digas que me has visto, Dick —añadió Oliver—. Voy a escaparme. Me

pegan y me maltratan, y voy a buscar fortuna lejos de aquí, no sé dónde... Pero... ¡qué pálido estás!

—He oído decir al médico que voy a morirme —respondió el niño, dibujando una débil sonrisa—. Me alegro mucho de verte, querido; pero ¡no te detengas, no te detengas!

—Sí, sí; quiero despedirme de ti —replicó Oliver—. Volveré a verte, Dick ¡Estoy seguro! ¡Y entonces estarás bien y serás dichoso!

—Eso creo —respondió el niño—. Pero después de muerto, y no antes. Sé que el médico tiene razón, Oliver, porque sueño mucho con el cielo y los ángeles y con caras amables que no he visto nunca despierto. Dame un beso —dijo el niño, subiéndose a la verja y echando los brazos al cuello de Oliver—. ¡Adiós, amigo! ¡Que Dios te bendiga!

Aquella bendición salía de labios de un niño, mas era la primera que Oliver oyera invocar sobre su cabeza, y en medio de las luchas y sufrimientos, de las pesadumbres y vicisitudes de su vida, jamás la olvidó ni una sola vez.

*En el que Oliver se encamina a Londres, y en la carretera se encuentra con un extraño joven*

Llegó Oliver al portillo donde terminaba la vereda, y una vez más salió al camino real. Eran las ocho de la mañana. A pesar de hallarse ya a cerca de cinco millas de la ciudad, corrió unas veces y se ocultó otras tras los setos hasta el mediodía, ante el temor de ser perseguido y alcanzado. Sentose luego a descansar junto a un hito del camino, y comenzó a pensar, por vez primera, adónde iría que mejor pudiera ganarse la vida.

La piedra junto a la que estaba sentado ostentaba, en grandes caracteres, la indicación de que había precisamente setenta millas desde aquel lugar a Londres. Este nombre despertó en la imaginación del niño una nueva sucesión de ideas. ¡Londres! ¡Aquella ciudad inmensa! ¡Nadie —ni siquiera el señor Bumble— podría encontrarle allí jamás! Con frecuencia oyera decir a los viejos del Hospicio que ningún muchacho con talento pasa nunca privaciones en Londres; que en aquella vasta ciudad hay medios de vida inimaginados por los que se han criado en el campo. Aquél era el lugar más a propósito para un niño sin casa ni hogar, que ha de morirse en las calles si alguien no le socorre. Al acudir estas ideas en su imaginación, púsose en pie de un salto y echó a andar de nuevo.

En más de cuatro millas había acortado la distancia que le separaba de Londres, cuando pensó en lo mucho que habría de sufrir hasta poder llegar al lugar de su destino. Al hacerse esta consideración, aflojó un poco el paso y reflexionó sobre sus medios para llegar allí. En su hatillo llevaba un mendrugo de pan, una tosca camisa y dos pares de calcetines. También guardaba en el bolsillo un penique, regalo del señor Sowerberry después de un entierro, en el que había actuado mejor que de ordinario.

«Una camisa limpia» pensó Oliver «es algo muy consolador, mucho; y también dos pares de calcetines zurcidos y un penique; pero de poco sirven para sesenta y cinco millas de camino en invierno».

Mas los pensamientos de Oliver, como los de la mayoría de las gentes, si bien muy propensos y diligentes para señalar dificultades, quedábanse totalmente perplejos si habian de sugerir un modo factible de vencerlas. Así pues, tras mucho pensar inútilmente, se cambió el hatillo de hombro y siguió andando penosamente.

Aquel día recorrió Oliver veinte millas; y durante todo ese espacio de tiempo

no probó más bocado que el mendrugo de pan duro y unos sorbos de agua que pidiera en las casas de la carretera. Llegada la noche, penetró en un prado y deslizose bajó un montón de heno, decidido a reposar allí hasta que llegase la mañana. Se asustó al principio, ya que el viento se quejaba tristemente sobre los campos desiertos; tenía hambre y frío, y sentíase más solo que nunca. Sin embargo, cansado de su andar, pronto quedose dormido y olvidó sus inquietudes.

A la mañana siguiente, cuando despertó, sintiose frío y aterido, y tanta hambre tenía, que viose obligado a trocar el penique por un panecillo en la primera aldea por donde pasara. Apenas había andado doce millas, cuando la noche cerró de nuevo sobre él. Tenía los pies doloridos y las piernas tan débiles, que le temblaban. Otra noche pasada al raso, bajo el aire húmedo, le hizo sentirse peor, y cuando al otro día inició su jornada apenas si podía arrastrar los pies.

Esperó al pie de una empinada cuesta a que llegase una diligencia, y entonces pidió limosna a los viajeros del exterior; mas muy pocos le hicieron caso, y aun éstos le dijeron que esperase a coronar la pendiente para ver cuánto era capaz de correr por medio penique. El pobre Oliver intentó seguir al carruaje un breve trecho, mas no pudo lograrlo, por razón de su cansancio y del dolor de pies. Al ver esto, los viajeros volvieron a meterse en el bolsillo sus medios peniques, declarando que era un holgazán que nada se merecía, y la diligencia se alejó con estrépito, dejando solamente tras de sí una nube de polvo.

En algunas aldeas había grandes cartelones, advirtiendo a todos los que mendigasen dentro del lugar que serían encarcelados. Esto atemorizó tanto a Oliver, que sólo se sintió tranquilo cuando se vio fuera de aquellos pueblos. En otros parábase junto a los patios de las posadas, mirando tristemente a todo el que pasaba, proceder que generalmente terminaba ordenando la posadera a uno de los mozos de posta que holgazaneaban en derredor que ahuyentase a aquel mozuelo desconocido, llegado allí, sin duda, para tratar de robar alguna cosa. Si mendigaba ante una granja, de diez casos en nueve le amenazaban con azuzarle el perro, y cuando asomaba la nariz en alguna tienda, le nombraban al celador, y esto le ponía el corazón en la garganta, con frecuencia, lo único que por allí le había pasado en varias horas.

Ciertamente, si no hubiera sido por un bondadoso pasajero y una caritativa anciana, las aflicciones de Oliver hubiéranse abreviado por el mismísimo procedimiento que puso fin a las de su madre; dicho de otro modo: hubiera caído muerto en la carretera real. Mas el pasajero dióle pan y queso, y la anciana, que tenía un nieto náufrago errando descalzo por un remoto lugar de la Tierra, apiadose del pobre huérfano y dióle lo poco que podía —y más— con tan amables y dulces palabras, con tales lágrimas de compasión, que dejaron más honda huella en el alma de Oliver que todos los sufrimientos que hasta entonces padeciera.

En las primeras horas del séptimo día desde que abandonara su tierra natal,

Oliver entró renqueando en la pequeña ciudad de Barnet. Las ventanas estaban cerradas, vacía la calle, y ni un alma había despertado aún al quehacer cotidiano. Salía el sol con todo su esplendor, mas su luz sólo servía para mostrar al muchacho su soledad y desolación, en tanto se sentaba, sangrantes los pies y cubierto de polvo, sobre los viejos escalones de un portal.

Poco a poco fueron abriéndose las contraventanas, levantáronse las persianas y las gentes comenzaron a circular de un lado a otro. Algunos deteníanse un instante a contemplar a Oliver, o volvían la cabeza para mirarle, al pasar presurosos junto a él; mas nadie le socorría ni se molestaba en preguntar cómo había llegado hasta allí. No tenía valor para pedir limosna, y allí permanecía sentado.

Llevaba ya un rato acurrucado en el umbral, admirado de ver tan gran número de tabernas —en Barnet, grandes o pequeñas, lo son una casa sí y otra no—, contemplando con indiferencia los carruajes que pasaban, y pensando cuán extraño parecía que pudiesen recorrer con facilidad en pocas horas lo que a él le había costado toda una semana de un valor y una resolución superiores a sus años, cuando se despabiló al observar que un muchacho que pasara, descuidado, ante él, minutos antes, habíase vuelto y se hallaba en aquel momento examinándole atentamente desde la acera de enfrente. No le prestó gran atención al principio, mas el muchacho permaneció tanto tiempo en la misma actitud de estrecha observación, que Oliver levantó la cabeza, devolviéndole aquella persistente mirada. Al ver esto, el muchacho cruzó la calle y, acercándose a Oliver, le dijo:

—¡Hola, amigo! ¿Qué te pasa?

El que interrogaba a nuestro joven viajero tendría, aproximadamente, su misma edad; mas su aspecto era de lo más extraño que Oliver había visto en su vida; chato, de frente lisa y rostro vulgar, y todo lo sucio que puede estar un chiquillo, mas con aires y modales de un hombre. Era de escasa estatura, piernas arqueadas y horrendos ojos, pequeños y penetrantes. Llevaba el sombrero sobre la coronilla, tan al desgaire, que amenazaba con caérsele a cada instante, y así hubiera sucedido, en efecto, con harta frecuencia, si su portador no hubiese tenido la habilidad de dar, de cuando en cuando, una brusca sacudida a su cabeza, con lo que aquél volvía a su debido sitio. Vestía una levita de hombre que le llegaba casi a los talones, y habíase vuelto los puños hasta la mitad del brazo, para poder sacar las manos de la manga, al parecer, con el fundamental propósito de metérselas en los bolsillos de sus pantalones de pana, como así las tenía entonces. Era, sin duda, el mozalbete más fanfarrón y jactancioso entre los que levantarán cuatro palmos y medio sobre el suelo.

—¡Hola, amigo! ¿Qué te pasa?—dijole este singular joven a Oliver.

—Que tengo mucho hambre y estoy muy cansado —contestó éste con lágrimas en los ojos—. He andado mucho. Llevo siete días andando.

—¿Siete días andando? —exclamó el muchacho—. ¡Ah! ¡Ya veo! Orden del *baranda*, ¿eh? Pero —añadió, al observar la mirada de sorpresa de Oliver— me parece que no sabes lo que es un *baranda*, chaval.

Oliver respondió mansamente que siempre había oído que *baranda* era algo sobre lo que uno podía asomarse.

—¡Mi madre, qué cándido! —exclamó el jovenzuelo—. Un *baranda* es un juez, y si andas por orden suya, no creas que vas todo seguido, sino subiendo siempre y sin bajar nunca. ¿No has estado en el *molino*?<sup>[3]</sup>

—¿En qué *molino*? —preguntó Oliver.

—¡En qué *molino*...! Pues... en el *molino*, en ese que ocupa tan poco sitio que funciona en *chirna*; y siempre anda mejor con el mal viento que con bueno, porque si no, no encuentran obreros. Pero ven —añadió el muchacho—; lo que tú necesitas es manducatoria. Ando mal de fondos (una pluma y una perra), pero me sacudiré y apoquinaré hasta donde llegue. ¡Mueve las canillas, y arriba! ¡Ea! ¡Andando!

Después de ayudar a Oliver a levantarse, el jovenzuelo le condujo a una tienda de comestibles contigua, donde compró una ración de jamón, preparada en medio pan, o, como él decía, «cuatro peniques de salvado», en el que el jamón se conservaba limpio y libre de polvo, merced al ingenioso recurso de abrir un boquete en el pan, sacarle parte de la miga y embutirlo allí. Con el pan bajo el brazo, penetró el muchacho en un tabernucho, sin detenerse hasta llegar a una habitación interior. Allí lleváronles un jarro de cerveza, por indicación del misterioso joven, y, a invitación de su nuevo amigo, comenzó Oliver a comer vorazmente los sabrosos y abundantes manjares, mientras el desconocido le miraba de vez en vez con gran atención.

—¿Vas a Londres? —le preguntó cuando Oliver hubo concluido.

—Sí.

—¿Tienes casa?

—No.

—¿Dinero?

—No.

El desconocido empezó a silbar, metiéndose las manos en los bolsillos todo cuanto se lo permitían las amplias mangas de su levita.

—¿Vives en Londres? —preguntó Oliver.

—Sí. Allí vivo cuando estoy en casa —contestó el muchacho—. Supongo que necesitarás un sitio para dormir por la noche, ¿no?

—Claro que sí —contestó Oliver—. Desde que salí del campo no he dormido bajo techado.

—No te apures por eso —replicó el joven—. Tengo que estar en Londres esta noche, y conozco a un caballero respetable que vive allí que te dará habitación

por nada y no te pedirá la vuelta; es decir, siempre que algún conocido suyo te presente. ¿Que si me conoce a mí? ¡Ah, no! ¡Ni pizca! ¡Casi nada! ¡Seguro que no!

El jovencuelo sonreía para dar a entender que estos últimos fragmentos de su discurso eran burlescamente irónicos; después, apuró la cerveza.

Aquel inesperado ofrecimiento de albergue era demasiado tentador para rechazarlo; tanto más cuanto que fue inmediatamente seguido de la afirmación de que el anciano ya aludido le proporcionaría, sin duda, un cómodo empleo sin pérdida de tiempo. Esto dio lugar a un diálogo más amigable y confidencial, y por él supo Oliver que su amigo se llamaba Jack Dawkins, y que era el niño mimado y *protégé*<sup>[4]</sup> del caballero de edad antes mencionado.

El aspecto de Dawkins no hablaba mucho en favor de las comodidades que el interés de su protector procurase a aquellos a quienes tomaba bajo su custodia; mas como tenía una manera de hablar bastante libre y caprichosa, y confesó, además, que entre sus amigos era más conocido por el *Fullero*, Oliver hubo de inferir que, dado su natural pródigo y despreocupado, los preceptos morales de su protector se habían malogrado con él. Bajo esta impresión, decidió secretamente captarse la buena opinión del anciano caballero lo más rápidamente posible, y si veía que el *Fullero* resultaba incorregible, como sospechaba, declinaría el honor de su continuada amistad.

John Dawkins se opuso a que entrasen en Londres antes del anochecer; eran, pues, cerca de las once cuando llegaron al portazgo de Islington. Cruzaron desde el Ángel hasta la carretera de Saint John, bajaron por la callejuela que termina en el teatro de Sadler's Wells, atravesaron la calle Exmouth y Coppicerow, pasaron frente al patinillo del Hospicio, hasta los clásicos terrenos que, en tiempo, llevaron el nombre de Hockley-in-the-Hole; desde allí, al pequeño Saffron-Hill, y luego a Saffron-Hill el grande, por donde el *Fullero* pasó rápidamente, indicando a Oliver que le siguiese de cerca.

A pesar de que Oliver tenía suficientemente ocupada su atención en no perder de vista a su guía, no pudo por menos de lanzar unas fugaces miradas a ambos lados de la calleja por donde pasaban, que era, en verdad, el lugar más sucio y miserable que había visto en su vida. La calle era estrecha y fangosa, y el aire estaba impregnado de fétidos olores. Había en ella un gran número de tiendecillas: pero, al parecer, el único artículo a la venta eran montones de chiquillos que, aun a aquellas horas de la noche, se arrastraban entrando y saliendo o dando gritos desde el interior. Los únicos establecimientos florecientes, al parecer, entre la miseria general, eran las tabernas, y en ellas, las más bajas especies de irlandeses disputaban a más y mejor. Pasadizos y patios cubiertos que, de trecho en trecho, nacían de la calle principal, mostraban grupos de casas en donde los borrachos de uno y otro sexo se revolcaban literalmente en el barro,

y de los diversos portales surgían cautelosamente individuos de mala catadura, encaminados, a lo que parecía, a no muy inocentes ni bienintencionadas diligencias.

Pensaba Oliver si no le convendría más huir de allí, cuando llegaron al pie de la cuesta. Su guía, cogiéndole del brazo, abrió de un empujón la puerta de una casa próxima al callejón de Field, y, haciéndole entrar al pasillo, cerró tras de sí.

—¿Quién va?—gritó una voz lejana, contestando a un silbido del *Fullero*.

—¡Rico y capote! —fue la respuesta.

Al parecer, era ésta una consigna o señal de que todo marchaba bien, ya que en el lejano extremo del pasillo relució sobre la pared la escasa luz de una vela, y el rostro de un hombre se asomó por el hueco roto de la barandilla de una vieja escalera que conducía a la cocina.

—Sois dos —dijo el individuo—. ¿Quién es el otro?

—Un nuevo *andova*.

—¿De dónde sale?

—Groenlandia [5]. ¿Está Fagin arriba?

—Sí; está clasificando los pañuelos. ¡Sube!

Retrocedió la vela y desapareció el rostro.

Oliver, andando a tientas con una mano, mientras su compañero le llevaba firmemente cogido de la otra, ascendió con gran dificultad por la oscura y desvenecijada escalera, que su conductor subía con facilidad y ligereza, prueba de que estaba perfectamente acostumbrado a ella. Abrió bruscamente la puerta de una habitación interior e hizo entrar a Oliver tras él.

Las paredes y el techo de la estancia estaban totalmente ennegrecidos por el tiempo y la suciedad. Ante el fuego había una mesa de pino, y en ella una vela metida en el cuello de una botella de cerveza de jengibre, dos o tres botes de lata, un pan con manteca y un plato. En una sartén que había sobre el fuego, y que se hallaba sujeta a la repisa por medio de una cuerda, freíanse unas salchichas, y en pie ante ellas, con el largo tenedor de tostar en la mano, se alzaba un viejo judío encorvado, cuyo rostro ruin y repulsivo se hallaba velado por unas greñas rojizas. Vestía una mugrienta bata de franela, muy escotada, y, al parecer, repartía su atención entre la sartén y una percha, de la que pendían un gran número de pañuelos de seda. Varios camastros hechos con sacos viejos se arracimaban sobre el suelo. Sentados en torno a la mesa había cuatro o cinco chiquillos, ninguno mayor que el *Fullero*, fumando en largas pipas de barro y bebiendo licores con aire de hombrecillos. Todos estos se arremolinaron alrededor de su compañero mientras éste susurraba unas palabras al oído del judío, volviendo luego la cabeza para sonreír burlonamente a Oliver. Lo mismo hizo el judío, sin soltar su tenedor.

—Éste es mi amigo Oliver Twist, Fagin —dijo Jack Dawkins.

Hizo una mueca el judío, y, tras una reverencia a Oliver, cogióle de la mano

y murmuró que esperaba tener el honor de lograr su íntima amistad. Los caballeros de las pipas rodeáronle entonces y estrecháronle fuertemente las manos, sobre todo aquella con la que sujetaba su hatillo. Uno de ellos mostrose ávido de cogerle la gorra para colgársela, y otro fue tan servicial, que le metió las manos en los bolsillos, a fin de que, si fuese muy grande su cansancio, no tuviera que tomarse la molestia de vaciárselos para ir a acostarse. Probablemente estas atenciones hubiéranse prolongado más todavía, a no ser por el generoso empleo del tenedor del judío sobre las cabezas y hombros de los afectuosos jóvenes que se las prodigaban.

—Nos alegramos mucho de verte, Oliver; mucho —dijo el judío—. *Fullero*, saca las salchichas y trae junto al fuego una banqueta para Oliver. ¡Ah! Estás mirando los pañuelos, ¿eh, amiguito? Hay muchos, ¿verdad? Acabamos de conseguirlos, y están listos para la colada; no es más que eso, Oliver; sólo eso. ¡Ja, ja, ja!

Esta última parte de su discurso fue saludada con las ruidosas aclamaciones de todos los aventajados alumnos del divertido anciano en medio de las cuales pusieron a cenar.

Oliver comió su ración, y luego el judío preparó un vaso de ginebra con agua caliente, rogándole que se lo bebiese enseguida, ya que otro caballero necesitaba el vaso. Obedeció Oliver. Inmediatamente después se sintió transportado a uno de los sacos y quedó sumido en un profundo sueño.

*Que contiene nuevos detalles relativos al afectuoso anciano y a sus aventajados discípulos*

Iba muy avanzada la mañana cuando despertose Oliver de su profundo y prolongado sueño. En la habitación no se encontraba más que el viejo judío, hirviendo un poco de café en una cacerola para el desayuno y silbando suavemente mientras lo removía, gira que gira, con una cuchara de hierro. De vez en vez deteníase a escuchar si llegaba algún ruido de abajo, y, tras convencerse de lo contrario, continuaba silbando y removiendo como antes.

Aun cuando Oliver se había despabilado de su sueño, no estaba totalmente despierto. Existe un estado de sopor, entre el sueño y la vigilia, en el que se sueña más en cinco minutos con los ojos entreabiertos, semiinconsciente de todo cuanto pasa en derredor, que en cinco noches con los ojos herméticamente cerrados y los sentidos envueltos en una absoluta inconsciencia. En esos momentos comprende el ser mortal algo de cuanto labora su espíritu, lo suficiente para formarse una vaga idea de sus poderosas facultades y de cómo se desliza de la tierra, despreciando el tiempo y el espacio, una vez liberado de la carga de su ser corpóreo.

Oliver se hallaba precisamente en ese estado. Con los ojos entornados vio al judío, oyó su leve silbar y distinguió el ruido de la cuchara arañando los costados de la cacerola. Y, sin embargo, esos mismísimos sentidos hallábanse mentalmente empeñados, al mismo tiempo, en una incesante actividad con respecto a casi todos aquellos personajes que hasta entonces conociera.

Una vez hecho el café, retiró el judío la cacerola a la repisa interior. Permaneció luego en actitud indecisa durante unos minutos, como si no supiese de qué ocuparse, y, volviendo la cara, miró a Oliver y le llamó por su nombre. Éste no contestó, y a que, al parecer, estaba dormido.

Después de haberse convencido de ello, el judío se dirigió despacio hacia la puerta y la cerró. Extrajo luego, según creyó ver Oliver, de una trampa del suelo una cajita, que colocó con cuidado sobre la mesa. Centellearon sus ojos al levantar la tapa y mirar a su interior. Acercando una silla vieja a la mesa, se sentó, y de la arqueta sacó un magnífico reloj de oro, reluciente de piedras preciosas.

—¡Ajá! —exclamó el judío, encogiendo los hombros y contrayendo sus facciones con una horrible mueca—. ¡Chicos listos! ¡Chicos listos! ¡Fieles hasta lo

último! Jamás le dijeron al párroco dónde vivían. ¡Ni delataron nunca al viejo Fagin! Y ¿por qué habrían de hacerlo? Con eso no habrían aflojado el nudo corredizo, ni hubiesen conservado la tarima puesta un minuto más. ¡No, no, no! ¡Son buenos chicos! ¡Buenos chicos!

Tras murmurar estas y otras reflexiones de indole parecida, el judío depositó una vez más el reloj en lugar seguro. Sacó luego, por lo menos, otra media docena de la caja, y los contempló con idéntico gozo, así como varios anillos, broches, pulseras y otras alhajas, de materiales tan magníficos y suntuosos, que Oliver desconocía hasta sus nombres.

Devueltas estas joyas a su sitio, el judío sacó otra, tan pequeña, que apenas se veía en la palma de la mano. Al parecer, tenía grabada alguna diminuta inscripción, ya que el judío la dejó sobre la mesa y, haciéndose pantalla en los ojos con la mano, estuvo contemplándola atentamente durante largo rato. Al cabo, la dejó también, como desistiendo de lograr su propósito y, echándose hacia atrás en la silla, murmuró:

—¡Qué hermosa es la pena capital! Los muertos no se arrepienten nunca: los muertos no vuelven con historias que den luz al asunto. ¡Ah! ¡Maravillosa cosa para el oficio! ¡Cinco colgados en fila, sin que quede uno para contarlos ni para sentir envidia!

En tanto el judío pronunciaba estas palabras, sus brillantes ojos negros, que miraban estúpidamente al vacío, posáronse sobre el rostro de Oliver. Tenía el muchacho sus ojos inmóviles en su muda curiosidad, y, a pesar de que fue sólo un instante —el menos espacio de tiempo imaginable—, fue lo suficiente para demostrarle al viejo que había sido visto. Cerró la tapa de la caja de un golpe, y, cogiendo el cuchillo del pan que estaba sobre la mesa, se levantó furioso. Tanto temblaba, que Oliver, aun en medio de su espanto, pudo ver que el cuchillo se estremecía en el aire.

—¿Qué es eso? —exclamó el judío—. ¿Por qué me vigilas? ¿Por qué estás despierto? ¿Qué es lo que has visto? ¡Habla, muchacho! ¡Pronto! ¡Pronto, si no quieres perder la vida!

—No podía dormir más, señor —respondió Oliver humildemente—. ¡Siento mucho haberle interrumpido, señor!

—¿No estarías despierto hace una hora? —dijo el judío, mirándole con ira.

—No..., no; en verdad.

—¿Estás seguro? —gritó el judío, más feroz que antes su mirada y en actitud amenazadora.

—Os doy mi palabra de que no, señor —contestó Oliver con firmeza—. De verdad que no, señor.

—¡Bueno, bueno, hijo! —murmuró el judío volviendo súbitamente a su pasada actitud y jugando un poco con el cuchillo antes de dejarlo, para hacer creer que lo había cogido por pura distracción—. Ya lo sé, querido. Sólo quería

asustarte. Eres un valiente. ¡Ja, ja, ja! ¡Eres un valiente, Oliver!

El judío se frotó las manos, riendo entre dientes; mas, sin embargo, continuó mirando intranquilamente la caja.

—¿Viste las cosas tan bonitas que tengo aquí? —preguntó el judío, colocando la mano sobre ella tras una breve pausa.

—Sí, señor —respondió Oliver.

—¡Ah! —exclamó el judío, palideciendo—. Son..., son mías, Oliver; mis únicos bienes. Todo cuanto tengo para vivir en mi vejez. Las gentes me llaman avaro, querido..., avaro: ¿qué te parece?

Pensaba Oliver que sí debía de ser el viejo un perfecto avaro cuando vivía en aquel sucio lugar poseyendo tantos relojes; mas considerando que acaso su cariño hacia el *Fullero* y los demás niños le costaba mucho dinero, le regaló con una respetuosa mirada y le preguntó si podía levantarse.

—Desde luego, amiguito; desde luego —respondió el anciano—. Pero espera. En el rincón, junto a la puerta, hay un jarro de agua. Tráelo, y te daré una jofaina para que te laves.

Levantose Oliver, atravesó el cuarto e inclinose un instante a coger el jarro. Cuando volvió la cabeza, la caja había desaparecido.

Apenas había terminado de lavarse, dejando después todo ordenado, y vaciando la jofaina por la ventana, de acuerdo con las indicaciones del judío, cuando regresó el *Fullero*, acompañado de un vivaracho amigo, al que Oliver viera fumando la noche anterior, y que ahora le fue formalmente presentado como Charley Bates. Sentáronse los cuatro a desayunar café y algunos panecillos calientes con jamón, que el *Fullero* había traído metidos dentro del sombrero.

—Bueno —dijo el judío, mirando a hurtadillas a Oliver, aunque dirigiéndose al *Fullero*—. Supongo que habréis trabajado esta mañana, amigos...

—Mucho —respondió el *Fullero*.

—De lo lindo —añadió Charley Bates.

—¡Buenos chicos! ¡Buenos chicos! —repuso el judío—. ¿Qué has traído tú, *Fullero*?

—Un par de carteras —contestó el caballere.

—¿Forradas? —preguntó el judío con avidez.

—No están mal —replicó el *Fullero*, sacando dos carteras, una verde y otra roja.

—No pesan todo lo que podían pesar —exclamó el judío, después de registrarlas minuciosamente—. Pero están pulcramente hechas. Es un obrero muy hábil. ¿No te parece así, Oliver?

—Mucho, sí, señor —contestó Oliver.

Y al decir esto, Charley Bates rompió a reír estrepitosamente, con gran

asombro de Oliver, que no veía motivo de risa en nada de cuanto había sucedido.

—Y tú, ¿qué has traído, hijo?—preguntó Fagin a Charley Bates.

—Pañuelos —contestó maese Bates, al tiempo que sacaba cuatro de su bolsillo.

—Está bien —dijo el judío, examinándolos con atención—; son muy buenos..., bonísimos. Sin embargo, no los has marcado bien, Charley... Habrá que deshacer las marcas con una aguja, y vamos a enseñarle a Oliver cómo se hace. ¿Quieres, Oliver? ¡Ja, ja, ja!

—Si os parece, señor... —murmuró Oliver, asombrado.

—¿Te gustaría aprender a hacer pañuelos de bolsillo con la misma facilidad que Charley Bates, eh, querido?

—¡Ya lo creo! Si me enseñáis, señor... —respondió Oliver.

Maese Bates juzgó tan jocosa esta respuesta, que estalló en otra carcajada, y al tropezarse ésta con el café que estaba bebiendo, llevóse por otro conducto, y a punto estuvo de provocar su asfixia prematura.

—¡Es tan panolis, que me da risa! —dijo Charley una vez que se rehízo, como excusa a los presentes por su descortesía.

Nada dijo el *Fullero*, mas comenzó a acariciarle los cabellos a Oliver hasta que éstos le cayeron por delante de los ojos, y entonces murmuró que ya iría aprendiendo. Al observar el anciano que Oliver comenzaba a ruborizarse, varió de conversación y preguntó si había asistido mucha gente a la ejecución de aquella mañana. Creció con esto su asombro, ya que, por las respuestas de los dos muchachos, resultaba evidente que ambos habíanla presenciado, y Oliver preguntábase, lógicamente, cómo era posible que tuviesen tiempo para tanta labor.

Terminado el desayuno, el placentero anciano y los mozalbetes iniciaron un curiosísimo y extraordinario juego, que realizaban de la siguiente forma: el divertido anciano metía una tabaquera en un bolsillo del pantalón, una libreta de notas en el otro y un reloj en el bolsillo del chaleco, con una cadena de seguridad alrededor del cuello; después de prenderse un falso alfiler de brillantes en la camisa, abrochase hasta arriba la levita e, introduciéndose la funda de las gafas y un pañuelo en los bolsillos, comenzó a pasear con presteza de un lado a otro de la habitación, llevando un bastón en la mano e imitando la manera como los ancianos caminan por las calles a cualquier hora del día.

Unas veces se detenía ante el hogar, y otras ante la puerta, como si mirase con toda atención a un escaparate. Entonces volvía constantemente la cabeza, cual si temiese a los ladrones, y tocábase por turno todos los bolsillos, para cerciorarse de que no había perdido nada; todo ello en forma tan cómica y natural, que Oliver comenzó a reír hasta saltársele las lágrimas. Entretanto, los dos muchachos seguíanle de cerca a todas partes, desapareciendo de su vista tan velozmente cada vez que él volvía la cabeza, que era imposible seguir sus

movimientos. Por último, el *Fullero* se lanzó a darle un pisotón como por casualidad, en tanto Charley Bates le empujaba por detrás, y en aquel preciso instante, con la rapidez más extraordinaria, le quitaron la tabaquera, el reloj, la cadena, el alfiler, el pañuelo... y hasta la funda de las gafas. Si por acaso sentía el viejo una mano en alguno de los bolsillos gritaba en cuál de ellos se encontraba, y entonces se empezaba de nuevo.

Ya habían repetido el juego innumeradas veces, cuando llegaron un par de damiselas a visitar a los jóvenes; una se llamaba Bet y la otra Nancy. Ambas gozaban de abundantes cabelleras, no muy primorosamente peinadas, y hallábanse bastante desaliñadas por lo que a zapatos y medias se refiere. Tal vez no fuesen verdaderas beldades, mas lucían sus mejillas un vivo color y parecían muy resueltas y animosas. Viendo sus modales desenvueltos y agradables pensó Oliver que se trataba de unas muchachas muy simpáticas y, sin duda, lo eran.

Largo rato permanecieron allí las visitantes. Trajeron licores, puesto que una de ellas se quejaba de un frío interior, y la conversación adquirió un tono jovial y animado. Por fin, Charley Bates expresó su opinión de que era hora de tomar el *tole*. Esto —pensó Oliver— querría decir marcharse, en francés, ya que inmediatamente el *Fullero*, Charley y las dos muchachas partieron juntos, generosamente provistos por el bondadoso judío de dinero para sus gastos.

—En fin, hijo —dijo Fagin—. Ésta sí que es buena vida, ¿eh? Ya están libres todo el día.

—¿Han concluido su trabajo, señor? —preguntó Oliver.

—Sí —repuso el judío—; es decir, a menos que, inesperadamente, se tropiecen con alguno por la calle, en cuyo caso ten la seguridad de que no lo desperdiciarán, amigo. Tómalos por modelo, hijo mío, tómalos por modelo —añadió, dando golpecitos con la badila sobre el hogar para dar mayor fuerza a sus palabras—; haz todo lo que te manden y sigue sus consejos en todo, especialmente los del *Fullero*, hijo mío. Ése ha de ser un gran hombre, y haré de ti otro igual si sigues su ejemplo. ¿Tengo el pañuelo colgando del bolsillo, querido? —dijo el judío inopinadamente.

—Sí, señor.

—A ver si eres capaz de sacarlo sin que yo lo sienta, lo mismo que les viste hacer a ellos esta mañana cuando jugábamos.

Oliver levantó el fondo del bolsillo con una mano, como viera hacerlo al *Fullero*, y tiró rápidamente del pañuelo con la otra.

—¿Ya? —exclamó el judío.

—Aquí está, señor —dijo Oliver, mostrándolo en su mano.

—Eres un chico listo, amigo —murmuró el anciano jugueteón, acariciándole la cabeza en señal de aprobación—. En mi vida he visto un muchacho tan despierto. Toma, aquí tienes un chelín para ti. Si sigues así, serás el hombre más grande de tu época. Y ahora ven aquí, que voy a enseñarte cómo se quitan las

marcas de los pañuelos.

Oliver preguntábase qué tendría que ver el vaciar los bolsillos del viejo por puro juego con la posibilidad de ser un gran hombre. Mas, pensando que más sabía el judío por su edad, siguióle pausadamente hasta la mesa y pronto se halló enfrascado en su nuevo aprendizaje.

*En el que Oliver queda más enterado de la índole de sus nuevos compañeros y adquiere experiencia a caro precio. Es éste un breve pero importante capítulo de esta historia*

Varios días permaneció Oliver en la habitación del judío, deshaciendo las marcas de los pañuelos de bolsillo —de los que llegaban en crecido número—, y otras veces tomando parte en el juego ya descrito, al que se dedicaban, regularmente, todas las mañanas los dos mozalbetes y el judío. Últimamente comenzó a sentir la nostalgia del aire libre, y aprovechó varias ocasiones para suplicar encarecidamente al viejo que le permitiese salir a trabajar con sus dos compañeros.

Y era más su deseo por empeñarse en una ocupación activa al ver la moral austera del carácter del viejo. Siempre que el *Fullero* o Charley Bates volvían por las noches con las manos vacías, extendíase con gran vehemencia sobre la calamidad que representa el hábito de la pereza y la ociosidad, e inculcábales la necesidad de una vida activa, enviándolos a la cama sin cenar. En cierta ocasión llegó hasta hacerles bajar rodando un tramo de escaleras de un empujón; mas esto era llevar sus virtuosos preceptos a un punto excesivo.

Por fin, una mañana logró Oliver el permiso que tanto deseaba. Llevaba dos o tres días sin pañuelos en los que trabajar, y las comidas habían sido bastante frugales. Quizá fuese éste el motivo por el que el anciano dió su consentimiento; mas, fuéralo o no, le dijo a Oliver que podía salir y le encomendó a la doble tutela de Charley Bates y de su amigo el *Fullero*.

Partieron, pues, los tres muchachos: el *Fullero*, con las mangas remangadas y el sombrero ladeado, como de costumbre; maese Bates, remolón y con las manos en los bolsillos, y Oliver entre los dos, preguntándose adónde irían y en qué rama del oficio sería instruido primeramente.

Marcharon a paso tan lento y perezoso, como sin objeto, que pronto dio en pensar Oliver que sus compañeros iban a engañar al viejo no yendo a trabajar. Tenía, además, el *Fullero* la mala costumbre de quitarles las gorras a los chiquillos para tirárselas después a los patios, en tanto Charley Bates demostraba tener cierta vaga idea relativa a los derechos de propiedad, hurtando varias manzanas y cebollas de los puestos y metiéndoselas en los bolsillos, de capacidad tan sorprendente, que parecían extenderse bajo sus ropas en todos sentidos. Tan mal le parecían estas cosas a Oliver, que estuvo a punto de manifestar su

propósito de volverse atrás, como pudiese, cuando sus pensamientos hubieron de encauzarse súbitamente hacia otro rumbo, merced a un misterioso cambio de conducta por parte del *Fullero*.

Acababan de salir de un callejón estrecho, no muy lejos de la plaza del barrio de Clerkenwell, que, por una extraña corrupción de términos se llama todavía la plaza Verde, cuando el *Fullero* se detuvo bruscamente y, llevándose un dedo a los labios, hizo retroceder a sus compañeros con la máxima precaución o circunspección.

—¿Qué pasa? —preguntó Oliver.

—¡Chis! —repuso el *Fullero*—. ¿Ves aquel viejo que está en el puesto de libros?

—¿Aquel anciano que está en la otra acera? —contestó Oliver—. Sí; lo veo.

—Ése nos sirve —dijo el *Fullero*.

—¡Es un asunto de primera! —observó maese Charley Bates.

Los miró Oliver de hito en hito; mas no le dieron tiempo a formular ninguna pregunta, ya que los dos muchachos avanzaron con cautela, atravesando la calle, y se deslizaron por detrás del viejo en el que pusieran su atención. Oliver los siguió unos pasos; mas, sin saber si avanzar o retroceder, quedose mirando con mudo asombro.

El anciano era un personaje de aspecto respetable, empolvada peluca y gafas de oro. Vestía una levita verde botella, con cuello de terciopelo negro, pantalones blancos, y llevaba un elegante bastón de bambú bajo el brazo.

Había cogido un libro del puesto y estaba leyendo con la misma fruición que si se hallase sentado en un sillón de su propia casa. Es muy posible que hasta se imaginase allí en realidad, pues era evidente, dada su absoluta abstracción, que no veía ni el puesto, ni la calle, ni a los muchachos; en suma: no veía más que el libro que leía de cabo a rabo, volviendo la hoja cuando llegaba al final de la página, comenzando en la primera línea de la siguiente, y así sucesivamente, con el máximo interés y avidez.

¡Qué horror y qué susto no sentiría Oliver, inmóvil a pocos pasos de allí, al ver con espantados ojos que el *Fullero* introducía la mano en el bolsillo del anciano caballero y sacaba de allí un pañuelo, se lo entregaba a Charley Bates y, finalmente, echaban a correr, dando una vuelta a la esquina a toda velocidad!

En un instante se reveló en la imaginación del niño todo el misterio de los pañuelos, los relojes, las alhajas y el judío. Un momento permaneció quieto, sintiendo tal desazón de la sangre en sus venas, producida por el terror, que creyó estar ardiendo; luego, confuso y aterrado, huyó, sin saber lo que hacía, lo más deprisa que pudo.

Todo esto sucedió en el espacio de un minuto. En el preciso instante en que Oliver emprendía su huida, el caballero llevose la mano al bolsillo, y al notar la falta del pañuelo, volviöse bruscamente. Viendo que el chiquillo intentaba

desaparecer a paso rápido, dedujo, naturalmente, que era él el ratero, y gritando « ¡Al ladrón!» con todas sus fuerzas, corrió tras él sin soltar el libro de la mano.

No fue el anciano el único que diera la voz de alarma. El *Fullero* y maese Bates, para no llamar la atención corriendo por el centro de la calle, no hicieron más que meterse en el primer portal después de doblar la esquina, y tan pronto como oyeron las voces y vieron correr a Oliver, comprendieron muy bien lo que sucedía y salieron con presteza, gritando también: « ¡Al ladrón!» , y uniéndose en la persecución como buenos ciudadanos.

Aun cuando Oliver había sido educado por unos filósofos, no estaba teóricamente enterado de aquel hermoso axioma de que la propia conservación es la primera ley de la Naturaleza. Si lo hubiese conocido, tal vez hubiese estado preparado para el caso. Mas como no lo estaba, asustose más todavía, y huyó como el viento, en tanto el anciano caballero y los dos muchachos seguían vociferando tras él: « ¡Al ladrón! ¡Al ladrón!» . He aquí un mágico sonido. Abandonan el tendero su mostrador y el carrero su vehículo; arroja el carnicero al suelo su batea, el panadero su cesta, el lechero su cántara, el mandadero sus paquetes, el escolar sus bolas, su pico el empedrador y el chiquillo su raqueta. Corren todos en tropel, sin orden ni concierto, dando voces, gritos y alaridos, derribando a los transeúntes al doblar las esquinas, excitando a los perros, asustando a los pájaros, y calles, plazas y patios resuenan con el eco de aquel escándalo.

« ¡Al ladrón! ¡Al ladrón!» Cien voces recogen el mismo grito, y crece cada vez más el tumulto. Vuelan todos chapoteando en el barro y sacudiendo las baldosas; ábrese las ventanas, salen las gentes, aumenta el gentío; todo un auditorio abandona el *punch* guñolístico en el momento más emocionante, y uniéndose a la multitud presurosa, hincha el alarido y presta nuevo vigor al grito de « ¡Al ladrón! ¡Al ladrón!» .

« ¡Al ladrón! ¡Al ladrón!» Hay siempre latente en el alma humana una pasión por ir a la caza de algo. Un infeliz chiquillo, desalentado, jadeante de fatiga, con el terror pintado en el semblante, la angustia en su mirada y grandes gotas de sudor resbalándole por la mejilla, pone sus nervios en tensión para no dejarse alcanzar por sus perseguidores; y en tanto siguen éstos sus pasos y le ganan terreno a cada instante, avivan sus fuerzas, que decaen con sus gritos cada vez más agudos, y chillan con júbilo: « ¡Al ladrón! ¡Al ladrón!» . ¡Ay, detenedle, por Dios, aunque sólo sea por compasión!

¡Cogido, al fin! ¡Buen golpe! Caído está sobre el suelo y la gente arremolinada en torno a él; cada recién llegado empuja y forcejea con los demás para poder verle.

—¡Echaos a un lado!

—¡Dadle un poco de aire!

—¡Qué tontería! ¡No se lo merece!

- ¿Dónde está el caballero?  
—¡Aquí llega!  
—¡Dejad paso a este señor!  
—¿Es éste el chiquillo, caballero?  
—Sí.

Tendido yacía Oliver, cubierto de barro y de polvo, sangrando por la boca, mirando con ojos extraviados el haz de rostros que le rodeaban, cuando el caballero fue oficiosamente arrastrado y conducido al centro del círculo por alguno de los más encarnizados perseguidores.

- Sí —respondió el caballero—. Mucho me temo que sea él.  
—¿Que se lo teme? —repitió la muchedumbre—. ¡Ésta sí que es buena!  
—¡Pobrecillo! —exclamó el caballero—. Está herido.

—Eso se lo hice yo, señor —advirtió un zafio mozárron, adelantándose—. Y me he arañado los nudillos contra su boca. Yo le detuve, señor.

El individuo llevose la mano al sombrero mientras sonreía, esperando algo por su solicitud; mas el anciano, mirándole con una expresión de repugnancia, volvió ansiosamente la cabeza como si también él tratara de huir de allí, y es muy posible que lo hubiese intentado, dando así lugar a otra persecución, si en aquel momento no se hubiese abierto paso entre la gente un guardia —que es, generalmente, el último que llega en estos casos— y cogiera a Oliver por el cuello.

—¡Venga! ¡Levántate! —ordenó el individuo con rudeza.

—No fui yo, señor. De verdad, de verdad. Fueron los otros dos chicos — exclamó Oliver, crispando los puños de ira y mirando en derredor—. Por aquí tienen que andar.

—¡Oh, no! ¡No están! —repuso el guardia. Con esto quiso ser irónico; pero, además, decía la verdad, pues el *Fullero* y Charley Bates se habían deslizado en el primer patio que juzgaron a propósito—. ¡Venga! ¡Levántate!

—No le hagáis daño —dijo el viejo, compadecido.

—¡Oh, no! No se lo haré —contestó la autoridad, rasgándole en dos su chaqueta por la espalda, en prueba de ello—. ¡Venga, que te conozco! Esto no te vale. ¿Quieres ponerte en pie, granuja?

Oliver, que apenas podía sostenerse, hizo un esfuerzo para levantarse, y acto seguido, lleváronle arrastrando por las calles, cogido del cuello de la chaqueta y a paso rápido. El caballero los acompañaba, al lado del policía, y todos aquellos que podían realizar tal hazaña adelantándose un poco, de vez en vez, para volverse a contemplar a Oliver. Los muchachos lanzaron un grito de triunfo y desaparecieron.

*Que trata del juez Fang y nos da una ligera idea de su manera de administrar justicia*

El delito había sido cometido dentro de la jurisdicción y, en realidad, en las inmediaciones de un Juzgado muy conocido de la metrópoli. La muchedumbre sólo tuvo, pues, la satisfacción de acompañar a Oliver dos o tres calles, hasta un lugar llamado Mutton-Hill, adonde condujéronle bajo un pasaje abovedado a un patio mugriento, entrando así por la puerta trasera al dispensario de la justicia sumaria. En el reducido patio enlosado donde penetraron, encontráronse a un hombre grueso, que ostentaba un haz de patillas en el rostro y un manajo de llaves en la mano.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó aquel individuo con indiferencia.

—Un descuidero —contestó el policía que conducía a Oliver.

—¿Sois vos a quien ha robado, caballero? —preguntó el hombre de las llaves.

—Sí, yo soy —respondió el viejo—; pero no estoy seguro de que sea este muchacho el que en realidad me quitó el pañuelo. Yo..., yo preferiría no llevar adelante el asunto.

—Ahora no tendrá más remedio que presentarse ante el juez, señor —respondió el individuo—. Su señoría se quedará desocupado dentro de medio minuto. ¡Vamos, granuja!

Esto último era una invitación a Oliver para que penetrase por la puerta que estaba abriendo mientras hablaba y que conducía a un estrecho calabozo de piedra. Registráronle allí, y al no encontrarle nada encima, dejáronle encerrado.

La celda, por su forma y tamaño, era una especie de sótano, aunque no con tanta luz, y de una insoportable suciedad, ya que nos hallábamos en la mañana del lunes y había estado habitada por seis borrachos, encerrados allí desde la noche del sábado. Mas esto es poco. En nuestras comisarías, todas las noches quedan apresados hombres y mujeres, por *cargos* insignificantes —vale la pena subrayar la palabra—, en calabozos que, comparados con los de Newgate<sup>[6]</sup>, ocupados por los más feroces criminales, ya juzgados, convictos y condenados a muerte, son palacios. Si hay alguien que lo ponga en duda, puede establecer por sí mismo la comparación.

Quedose el caballero casi tan afligido como Oliver cuando la llave chirrió en la cerradura. Y exhalando un suspiro, contempló el libro que fuera causa inocente de toda aquella confusión.

« Hay algo en el rostro de ese niño », dijo el anciano mientras se alejaba lentamente, dándose golpecitos en la barbilla con la tapa del libro, con gesto pensativo, « algo que me conmueve y me preocupa. ¿Será inocente? Lo parecía. A propósito », exclamó el caballero, deteniéndose bruscamente y mirando hacia el cielo, « ¡Por vida mía! ¿Dónde he visto yo a alguien parecido? ».

Tras reflexionar unos minutos, el anciano continuó su marcha con el mismo gesto pensativo, penetrando en una antecámara posterior que daba al patio, y allí, retirándose a un rincón, evocó en su imaginación un anfiteatro de rostros ante los que, por espacio de muchos años, hallábase bajado un oscuro telón.

« No », se dijo, moviendo la cabeza « debe de ser cosa de mi imaginación ». Una vez más erró su pensamiento entre ellos. Habíalos sacado a la luz y no era fácil volver a tender el velo que durante tanto tiempo los encubriera. Era rostros de amigos y enemigos, de muchos que casi fueron desconocidos, que se asomaban, intrusos, entre la multitud; rostros que la tumba modificara y cubriera, pero que la imaginación, con su superior facultad, vestía todavía con su pasado frescor y belleza, evocando el brillo de los ojos, la claridad de la sonrisa, el destello del alma a través de su máscara de barro, y hablando de una hermosura más allá de la tumba, modificada, es cierto, pero para realizarse, y sacada de la tierra sólo para alcanzarla como una luz que derramase un resplandor dulce y suave sobre el sendero del cielo.

Mas el buen caballero no pudo recordar ningún semblante del que quedaran huellas en las facciones de Oliver. Tendió, pues, un suspiro sobre las remembranzas que evocara, y como, por fortuna para él, era muy distraído, las enterró de nuevo entre las páginas del manoseado libro.

Sacáronle de su abstracción unos golpecitos en el hombro y la súplica del individuo de las llaves de que le siguiera a la sala. Cerró su libro apresuradamente, y al instante fue conducido ante la impresionante presencia del afamado señor Fang.

La sala era una especie de gabinete exterior, de paredes artesonadas. El señor Fang hallábase sentado tras la barra, en un extremo de la habitación, y, a un lado, la puerta era una especie de corraliza de madera, donde el pobre Oliver estaba ya sentado, temblando ante el respeto que le infundía el lugar.

Era el señor Fang hombre delgado, estirado y de mediana estatura, sin excesivos cabellos, y aun éstos, sólo en la parte posterior y en los costados de la cabeza, y su rostro, severo y colorado. Si, en realidad, no tenía costumbre de beber más de lo estrictamente conveniente, bien pudiera haber puesto una demanda a su semblante por libelo, para resarcirse de graves daños.

Saludó el anciano caballero respetuosamente, y avanzando hasta la mesa del juez, dijo, uniendo la acción a la palabra:

—Aquí tenéis mi nombre y mis señas, señor.

Retrocedió luego uno o dos pasos y, tras otra cortés y caballeresca inclinación

de cabeza, esperó a ser preguntado.

Ahora bien: era el caso que el señor Fang hallábase en aquel momento leyendo un artículo de un periódico de la mañana, relativo a cierta sentencia dictada por él, en el que se le recomendaba por tricentésima quincuagésima vez a la especial y particular atención del secretario de Estado, para el Ministerio de la Gobernación. Estaba, pues, malhumorado y alzó la cabeza con gesto airado.

—¿Quién sois? —preguntó el señor Fang.

El anciano señaló, con cierta sorpresa, su tarjeta.

—¡Alguacil! —llamó el señor Fang, echando a un lado la tarjeta y el periódico desdeñosamente—. ¿Quién es este sujeto?

—Me llamo Brownlow, señor —dijo el caballero, hablando como tal—. Permitídmeme preguntar el nombre del juez que lanza un insulto gratuito y sin motivo sobre una persona respetable, valiéndose de la protección que le presta su cargo —y al decir esto, el señor Brownlow miró en derredor, como si buscara la persona que podría facilitarle la información deseada.

—¡Alguacil...! —exclamó el señor Fang, arrojando a un lado el periódico—. ¿De qué se le acusa a este individuo?

—Perdone su señoría; no está acusado de nada —respondió el otro—. Comparece en contra del muchacho.

Su señoría lo sabía perfectamente; pero era aquél un medio muy a propósito para molestarle impunemente.

—Conque comparece en contra del muchacho, ¿eh? —repitió Fang, examinando desdeñosamente a Brownlow de pies a cabeza—. ¡Tomadle juramento!

—Antes de prestar juramento permitídmeme decir unas palabras —replicó Brownlow—. Son éstas que, en realidad, jamás, sin verdadera experiencia, pudiera haber creído...

—¡Callad, caballero! —interrumpió el señor Fang en tono imperativo.

—¡No me callaré, señor! —insistió el anciano.

—¡Callad al momento o, de lo contrario, os haré salir de la sala! Sois un insolvente y un impertinente. ¿Cómo os atrevéis a replicar así a un juez?

—¡Cómo! —exclamó el caballero enrojado de cólera.

—¡Tomad juramento a este sujeto! —dijo Fang al escribano—. No he de escuchar una palabra más. Tomadle juramento.

La indignación del señor Brownlow llegaba a su colmo; mas pensando que si la descargaba quizá no conseguiría sino perjudicar al muchacho, contuvo sus intenciones y consintió en prestar juramento al instante.

—Decídmeme ahora —añadió Fang—. ¿De qué se le acusa a este muchacho? ¿Qué tenéis que decir, caballero?

—Me encontraba yo frente a un puesto de libros... —comenzó el señor Brownlow.

—Callad, caballero —ordenó el señor Fang—. ¡Guardia! ¿Dónde está el guardia? Vamos, tomad juramento al guardia. Y ahora, guardia, ¿qué sucede?

El guardia, con la natural humildad, relató cómo había prendido al detenido, añadiendo que le había registrado, sin hallarle nada encima, y que eso era todo cuanto sabía del caso.

—¿Hay algún testigo? —preguntó el señor Fang.

—Ninguno, señor juez —respondió el guardia.

El señor Fang permaneció en silencio unos minutos, y luego, dirigiéndose al acusador, exclamó con creciente cólera:

—¿Queréis decir cuál es vuestra demanda contra este muchacho, sí o no? Habéis prestado juramento. Luego si permanecéis aquí, negándoos a declarar, os castigaré por falta de respeto al tribunal. Os lo aseguro por...

Por qué o por quién, nadie lo supo, pues el escribano y el carcelero comenzaron a toser fuertemente en el preciso instante, y el primero dejó caer un pesado libro sobre el suelo, impidiendo así que se oyese aquella palabra..., casualmente, por supuesto.

Tras múltiples interrupciones y repetidos insultos, logró el señor Brownlow referir el caso, haciendo observar que, por la sorpresa del momento, había corrido detrás del muchacho sólo porque le vio correr, y expresó su confianza en que, caso de que el juez le considerase, si no el verdadero ladrón, sí complicado con los otros ladrones, le trataría con toda la benevolencia que permitiese la justicia.

—Se ha lastimado —dijo el caballero por último—. Y me temo —añadió con energía, mirando hacia la barra—, me temo, en verdad, que esté enfermo.

—¡Ah, sí, claro! —exclamó el señor Fang con sorna—. Vamos, joven vagabundo, no vengas aquí con ninguna de tus artimañas, que aquí no te valen. ¿Cómo te llamas?

Oliver intentó responder, mas se le quebró la voz en la garganta. Le invadía una mortal palidez y parecía que todo le daba vueltas.

—¿Cómo te llamas, granuja empedernido? —insistió el señor Fang—. ¡Alguacil! ¿Cómo se llama?

Estas palabras iban dirigidas a un viejo rechoncho, de chaleco listado, que se hallaba junto a la barra. Se inclinó éste hacia Oliver y repitió la pregunta: mas al comprobar que, verdaderamente, no tenía fuerzas para contestar, y conocedor de que, con su falta de respuesta, no lograría sino enfurecer más al juez, contribuyendo así a la rigurosidad de la sentencia, aventuró una suposición.

—Dice que se llama Tom White, señor juez —murmuró el bondadoso alguacil.

—¡Ah...! Conque no quiere hablar, ¿eh? —dijo Fang—. Muy bien, muy bien. ¿Dónde vive?

—Donde puede, señor juez —respondió el alguacil, tras fingir de nuevo que

había recibido tal respuesta.

—¿Tienes padres?

—Dice que murieron en su infancia, señor juez —contestó el alguacil, inventando la consiguiente respuesta.

En este punto hallábase el interrogatorio, cuando Oliver levantó la cabeza y, mirando en derredor con ojos suplicantes, pidió débilmente un vaso de agua.

—¡Eso son pamemas y tonterías! —exclamó, indignado, el señor Fang—. No pretendas engañarme.

—Me parece que está enfermo de verdad, señor juez —replicó el alguacil.

—Sé muy bien lo que me hago —respondió el señor Fang.

—¡Sostenedle, alguacil! —advirtió el anciano caballero, extendiendo sus manos instintivamente—. Va a caerse.

—¡Apartaos, alguacil! —gritó el señor Fang—. Que se caiga, si quiere.

Aprovechase Oliver de esta amable autorización y cayó al suelo desvanecido. Los que estaban en la sala miráronse unos a otros; mas nadie se atrevió a moverse.

—Ya sabía yo que estaba fingiendo —dijo Fang, cual si aquello fuese la prueba incontestable del hecho—. ¡Dejadle ahí tendido; ya se cansará...!

—¿Cómo os proponéis tratar el caso, señor? —preguntó el escribano en voz baja.

—Por el procedimiento sumario —contestó el señor Fang—. Queda condenado a tres meses de trabajos forzados, por supuesto. ¡Que despejen la sala!

Abriose la puerta para tal fin, y ya disponíanse un par de individuos a trasladar el cuerpo inanimado del muchacho a su calabozo, cuando entró precipitadamente en la sala un hombre de cierta edad, de aspecto humilde, aunque decoroso, y avanzó hacia el estrado.

—¡Deteneos! ¡Deteneos! ¡No os lo llevéis! ¡Por amor de Dios, deteneos un momento! —exclamó el recién llegado, falto de aliento.

A pesar de que los genios que presiden semejantes salas ejercen una autoridad rápida y arbitraria sobre las libertades, el buen nombre, el carácter y casi las vidas de los súbditos de su majestad, especialmente de los de clase más humilde, y aun cuando cotidianamente se traman allí fantásticos ardidés, bastantes para cegar de llanto a los propios ángeles, estas salas permanecen cerradas para el público, salvo por medio de la prensa diaria<sup>[7]</sup>. Por consiguiente, el señor Fang indignose no poco al ver un individuo espontáneo que penetraba con irrespetuoso bullicio.

—¿Qué es esto? ¿Quién es este hombre? ¡Echadle a la calle! ¡Despejad la sala! —gritó, enérgico, el señor Fang.

—He de hablar —replicó aquel hombre—. No me echarán. Lo vi todo. Soy el dueño del puesto de libros. Pido que se me tome juramento. No me harán callar,

señor Fang, debéis escucharme. No habréis de negaros, señor.

Aquel hombre tenía razón. Su actitud era decidida y el asunto comenzaba a ponerse demasiado serio para sofocarlo.

—Tomad juramento a este hombre —gruñó el señor Fang, de mal talante—. Vamos a ver: ¿qué tenéis que decir?

—Esto —repuso el hombre—: Vi a tres muchachos, este que está aquí detenido y otros dos más, que vagaban por la acera de enfrente mientras este caballero leía. El robo lo cometió otro. Yo lo vi, y vi también que este que está aquí se quedaba absolutamente asombrado y estupefacto.

Recobrado ya el aliento, el digno librero procedió a relatar, en forma más coherente, las circunstancias exactas del robo.

—¿Y por qué no comparecisteis antes? —preguntó el juez tras una pausa.

—No tenía a nadie a quien dejar al cuidado de la tienda —respondió aquel hombre—. Todos los que podían haberse quedado se habían unido a la persecución. Hasta hace cinco minutos no pude contar con nadie, y he venido todo el camino corriendo.

—¿Y decís que el demandante estaba leyendo? —interrogó Fang tras otra pausa.

—Sí —respondió el hombre—. Ese libro que tiene en la mano.

—¡Ah! Conque ese libro, ¿eh? —añadió Fang—. ¿Y lo ha pagado?

—No; aún no lo ha pagado —contestó el hombre, sonriendo.

—¡Válgame Dios! ¡Me olvidé por completo! —exclamó el distraído anciano ingenuamente.

—¡Excelente persona para presentar una acusación contra un pobre muchacho! —exclamó Fang, haciendo un cómico esfuerzo por mostrarse humano—. Creo, caballero, que os habéis apoderado de ese libro en circunstancias muy sospechosas y reprobables, y os podéis dar por contento con que el dueño del artículo no quiera demandaros. Que os sirva esto de lección, señor mío, pues aún os puede alcanzar la ley. El muchacho queda absuelto. ¡Despejad la sala!

—¡Voto a...! —exclamó el anciano caballero, estallando con la rabia contenida tanto tiempo—. ¡Vive Dios! ¡He de...!

—¡Despejad la sala! —repitió el juez—. ¡Alguaciles! ¿No habéis oído mi mandato? ¡Despejad la sala!

Fue obedecido el mandato, y el indignado señor Brownlow obligado a salir, con el libro en una mano, el bastón de bambú en la otra y frenético de ira. Al llegar al patio, su cólera disipose en un instante. El pequeño Oliver Twist yacía tendido de espaldas sobre el suelo, desabrochada la camisa y las sienes bañadas en sudor, con una mortal palidez en su rostro, y un frío temblor convulsivo que le agitaba todo el cuerpo.

—¡Pobre muchacho! ¡Pobre muchacho! —murmuró el señor Brownlow,

inclinándose sobre él—. ¡Que llame un coche alguien, por favor! ¡Enseguida!

—¿Me permitís que os acompañe? —dijo el librero interviniendo.

—¡Ya lo creo, amigo mío! —respondió al instante el señor Brownlow—. Me había olvidado de vos. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Todavía tengo este malhadado libro en mi poder! Subid. ¡Pobre muchacho! No hay tiempo que perder.

Subió el librero al coche y se alejaron.

*En el que vemos a Oliver mejor atendido que nunca lo fuera, y en el que el relato vuelve a ocuparse del divertido anciano y de sus jóvenes amigos*

Rodó el coche Mount Pleasant abajo, para subir luego por la calle Exmouth, casi por los mismos lugares por que atravesara Oliver cuando entró por vez primera en Londres en compañía del *Fullero*, y tomando otra dirección al llegar al Ángel, en Islington, detúvose al fin ante una magnífica casa, en una calle plácida y umbrosa, cerca de Pentonville. En ella preparose un lecho sin pérdida de tiempo, y en éste cuidó el señor Brownlow de que quedase cómodamente instalado su joven protegido, atendiéndole con una bondad y una solicitud sin límites.

Durante muchos días permaneció Oliver insensible a todas las bondades de sus nuevos amigos. Salió el sol y se puso, amaneció y anocheció de nuevo, y así repetidas veces, y aún yacía el niño postrado en el pesado lecho, consumiéndose bajo el calor seco y agotador de la fiebre. No realiza el gusano su tarea sobre el cadáver con más seguridad que este fuego lento sobre el cuerpo vivo.

Débil, flaco y pálido, despertose, al fin, de lo que parecía haber sido un largo y agitado sueño. Incorporándose trabajosamente en el lecho, con la cabeza apoyada en su brazo trémulo, miró ávidamente en derredor.

—¿Qué habitación es ésta? ¿Adónde me han traído? —murmuró Oliver—. Éste no es el sitio donde yo dormía.

Pronunció estas palabras con voz apagada, desfallecido y débil como estaba, mas fueron oídas al instante, ya que las cortinas que cubrían la cabecera de la cama se descorrieron, y una anciana de porte maternal, limpia y decentemente vestida, levántose al tiempo de un sillón cercano donde permaneciera haciendo punto.

—Calla, hijo mío —dijo la anciana dulcemente—. Tienes que estarte muy quietecito si no quieres volver a ponerte enfermo; y has estado muy malito, casi, casi todo lo malo que se puede estar. Acuéstate otra vez, anda —y así diciendo, la anciana colocaba blandamente la cabeza de Oliver sobre la almohada, y apartándole los cabellos de la frente, le contemplaba tan amorosa y tiernamente, que él no pudo por menos que poner su descarnada mano sobre la de ella y acercarla a su cuello—. ¡Alabado sea! —exclamó la anciana con lágrimas en los ojos—. ¡Qué agradecido es él! ¡Pobre criatura! ¡Qué no sentiría su madre si le

hubiese velado como yo y le viese como ahora le veo!

—Tal vez ella me ve también —murmuró Oliver, cruzando las manos—. Tal vez veló junto a mí. Hasta me parece que así ha sido.

—Eso fue la fiebre, hijo mío —replicó dulcemente la anciana.

—Es probable —contestó Oliver—, porque el cielo está muy lejos, y allí son demasiado felices para bajar hasta la cabecera de un pobre niño. Pero si ella supo que yo estaba enfermo, debió de compadecerme, aun estando allá, pues también ella lo estuvo antes de morir. Pero no es posible que sepa nada de mí —añadió Oliver tras un momento de silencio—. Si me hubiese visto herido, se hubiera puesto muy triste, y su rostro siempre se me aparece dulce y dichoso cuando sueño con ella.

No contestó a esto la anciana, sino que, enjugándose los ojos primero y limpiándose después las gafas, que estaban sobre la colcha, cual si también éstas formasen parte de su rostro, trájole a Oliver una bebida fresca, y acariciándole la mejilla díjole que debía estarse muy callado para no enfermar de nuevo.

Guardó, pues, silencio Oliver: un poco porque se sentía deseoso de obedecer en todo a la bondadosa anciana, y otro poco porque, a decir verdad, habíase quedado totalmente agotado con lo que dijera. Pronto cayó en un blando sopor, del que le despertó la luz de una bujía que, al aproximarse a la cama, descubriole a un caballero que sostenía en la mano un voluminoso reloj de sonoro tictac, que le tomó el pulso y declaró que estaba muchísimo mejor.

—Estás mucho mejor, ¿verdad, amiguito? —dijo el caballero.

—Sí, señor; gracias —respondió Oliver.

—Sí; ya veo que sí —añadió el caballero—. Y tienes hambre también, ¿no es cierto?

—No, señor —contestó Oliver.

—¡Ejem...! —exclamó el caballero—. No, ya lo sé que no. No tiene hambre, señora Bedwin —añadió el caballero, dándose las de muy enterado.

Hizo la anciana una respetuosa inclinación de cabeza, con lo que parecía decir que consideraba al doctor una persona muy lista. Al parecer, el doctor sustentaba la misma opinión sobre sí mismo.

—Tienes sueño, ¿verdad, amiguito? —preguntó el doctor.

—No, señor —contestó Oliver.

—No —replicó el doctor con aire perspicaz y satisfecho—. No tiene sueño. Ni sed tampoco, ¿verdad?

—Sí, señor: mucha —adujo Oliver.

—Lo que suponía, señora Bedwin. Es muy natural que tenga sed. Podéis darle un poco de té, señora, y una tostada con manteca. No le tengáis demasiado abrigado, señora, pero cuidad de que no se enfríe. ¿Tendréis la bondad?

La anciana hizo una señal de asentimiento. El doctor, después de probar la bebida fría y expresar su competente aprobación, salió apresuradamente, con un

exuberante crujir de sus botas en tanto bajaba las escaleras.

Tras esto, quedose Oliver prontamente dormido de nuevo; al despertar eran cerca de las doce. La anciana dióle afectuosamente las buenas noches poco después, dejándole al cuidado de una mujer gruesa que acababa de llegar, llevando consigo, en un pequeño lío, un librito de oraciones y un gorro de dormir. Colocando éste sobre su cabeza y aquél sobre la mesa, la recién llegada, tras decir a Oliver que había venido a velarle, aproximó la silla al fuego e inició una serie de breves sueños, interrumpidos con frecuentes intervalos por múltiples cabezadas y ronquidos, que, no obstante, no producían mayor efecto que el de obligarla a frotarse la nariz con violencia, para quedar nuevamente dormida.

De este modo transcurrió, lentamente, la noche. Oliver estuvo algunos ratos despierto, contando los circuillos de luz que los reflejos de la pantalla proyectaban sobre el techo, o siguiendo con sus lánguidos ojos el complicado dibujo del papel de la pared. El profundo silencio y la oscuridad que reinaban en la estancia prestábanle un aire solemne, y como trajeran a la imaginación del niño la idea de que la muerte había rondado por allí durante varios días y varias noches, y que acaso podría llenarla todavía con su tristeza y con el horror de su espantosa presencia, apretó el rostro contra la almohada y elevó con fervor sus preces al cielo.

Poco a poco fue cayendo en ese sueño profundo que sólo proporciona el sentirse libre de un reciente sufrimiento; ese reposo tranquilo y plácido del que da pena despertar. Si esto fuera la muerte, ¿quién querría despertar de nuevo a las luchas e inquietudes de la vida, a todas las preocupaciones del presente, a sus ansias por el futuro, y, sobre todo, a los tediosos recuerdos del pasado?

Hacía ya horas que amaneciera cuando Oliver abrió los ojos, y al hacerlo así, sintiose alegre y dichoso. La crisis de la enfermedad había pasado felizmente. De nuevo pertenecía al mundo.

A los tres días ya pudo sentarse en un sillón, bien guarnecido de almohadones, y como se hallara aún demasiado débil para poder andar, la señora Bedwin hizo que le trasladasen al piso de abajo, a la habitación que, como ama de llaves, le pertenecía. Hízole sentar junto al fuego, sentándose también la buena mujer, y fue tan grande su contento al verle tan mejorado, que acto seguido comenzó a llorar copiosamente.

—No hagas caso, hijo mío —dijo la buena mujer—. Estoy desahogándome. ¡Ea, ya pasó, y me encuentro muy bien!

—Sois muy buena, señora, conmigo —dijo Oliver.

—Vaya, no hablemos de eso, hijo —contestó la anciana—. Esto no tiene nada que ver con tu caldo, y es hora ya de que lo tomes, porque el doctor le ha dicho al señor Brownlow que puede entrar a verte esta mañana, y debemos tener el mejor aspecto posible, pues cuanto mejor semblante tengamos, más satisfecho se sentirá él —y así diciendo, la anciana púsose a calentar en una cacerola un

poco de caldo, tan sustancioso, pensó Oliver, como para proporcionar cumplida cena, una vez aclarado de acuerdo con los reglamentos, a trescientos cincuenta pobres cuando menos—. ¿Te gustan los cuadros, querido? —preguntó la anciana al ver que Oliver fijaba sus ojos insistentemente en un bello retrato que pendía de la pared, precisamente frente a su silla.

—Verdaderamente, no lo sé, señora —contestó Oliver sin quitar los ojos del lienzo—. He visto tan pocos, que apenas entiendo. ¡Qué cara más dulce y más hermosa la de esa señora!

—¡Ah! —exclamó la anciana—. Los pintores siempre pintan a las damas más bonitas de lo que son. De lo contrario, no tendrían clientela, hijo. El que inventó un aparato para sacar la imagen se habrá convencido de que eso no tiene éxito; es demasiada honradez, demasiada —exclamó la mujer, riéndose de su propia agudeza.

—Y ésta... ¿es una imagen, señora? —preguntó Oliver.

—Sí —respondió la anciana, alzando un instante la vista del caldo—. Es un retrato.

—¿De quién, señora? —preguntó Oliver.

—Pues, en realidad, no lo sé, hijo —contestó la anciana en tono natural—. Pero no creo que sea la imagen de nadie que tú ni yo conozcamos. Parece que te llama mucho la atención.

—Es tan bonita... —repuso Oliver.

—Pero no creo que te dé miedo —añadió la anciana al observar con sorpresa la mirada de respetuoso temor con que el niño contemplara el cuadro.

—¡Oh, no, no! —respondió Oliver, con presteza—. Pero esos ojos tienen tanta tristeza, y desde donde estoy sentado parece que me miran. Hacen latir mi corazón —añadió Oliver en voz baja— como si estuviese viva y quisiera hablarme y no pudiera.

—¡Válgame el Señor! —exclamó la anciana, asustada—. No digas esas cosas hijo. Estás débil y nervioso después de la enfermedad. Déjame que te dé una vuelta a la silla hacia el otro lado, y de ese modo ya no la verás. ¡Así! —dijo la anciana uniendo la acción a la palabra—. Por lo menos, ahora, no la ves.

Pero Oliver seguía viéndola con los ojos de la imaginación, con la misma claridad que si no hubiese variado de posición. Sin embargo, creyó preferible no atormentar a la anciana, y sonrió dulcemente cuando ésta le miró. La señora Bedwin, convencida ya de que se había tranquilizado, echole sal al caldo y unos trozos de pan tostado, con toda la animación que requiere tan solemne preparativo. Oliver se lo tomó con extraordinaria presteza. Apenas había terminado de ingerir la última cucharada, cuando oyose un golpe suave en la puerta.

—¡Adelante! —dijo la anciana, y entró el señor Brownlow.

Penetró el anciano caballero con la natural alegría; mas no bien se hubo

alzado las gafas sobre la frente y colocado las manos tras los faldones de su traje para contemplar a placer al buen Oliver, se dibujó en su semblante una gran variedad de gestos extraños. Agotado y abatido por la enfermedad, Oliver hizo un vano intento para levantarse, en señal de respeto hacia su bienhechor; mas acabó hundiéndose de nuevo en la silla; y es lo cierto, si hemos de decir la verdad, que el corazón del señor Brownlow, de tamaño suficiente para seis ancianos de humano sentir, trasladó un caudal de lágrimas a sus ojos, merced a un procedimiento hidráulico que no somos lo suficientemente filósofos para hallarnos en condiciones de explicar.

—¡Pobre muchacho! ¡Pobre muchacho! —exclamó el señor Brownlow, aclarándose la garganta—. Estoy muy ronco esta mañana, señora Bedwin. Me parece que me he constipado.

—No lo creo —respondió la señora Bedwin—; todo lo que lleváis, señor, está bien seco.

—No lo sé, señora Bedwin —replicó el señor Brownlow—; me parece que en la comida de ayer me dieron una servilleta húmeda; pero no os preocupéis. ¿Cómo te sientes, hijo?

—Muy feliz, señor —contestó Oliver—. Os estoy muy agradecido, señor, por vuestras bondades conmigo.

—¡Bueno, chico! —exclamó el señor Brownlow con firmeza—. ¿Le habéis dado algún alimento, señora Bedwin? Algún aguachirle, ¿eh?

—Acaba de tomarse una taza de un caldo magnífico y sustancioso, señor —respondió la señora Bedwin, envarándose ligeramente y recalando las últimas palabras para indicar que entre el aguachirle y el caldo bien concentrado no existía afinidad ni relación alguna.

—¡Puaf! —replicó el señor Brownlow con un ligero estremecimiento—. Un par de vasos de vino de Oporto le hubiesen sentado muchísimo mejor. ¿No te parece, Tom White?

—Me llamo Oliver, señor —replicó el enfermito, sorprendido.

—¿Oliver? —repitió el señor Brownlow—. Oliver... ¿qué? Oliver White, ¿eh...?

—No, señor, Twist. Oliver Twist.

—¡Qué nombre tan extraño...! —comentó el caballero—. ¿Y por qué hiciste que le dijese al juez que te llamabas White?

—Yo no he dicho nunca eso, señor —respondió Oliver, asombrado.

Esto se parecía tanto a una mentira, que el anciano le miró a la cara con cierta severidad. Mas era imposible dudar de él; en todas sus delgadas y afiladas facciones resplandecía la verdad.

—Debe de ser alguna equivocación —dijo el señor Brownlow.

Mas aun cuando no existiera ya motivo para mirar a Oliver con severidad, la antigua idea de su semejanza con algún rostro conocido volvió a él con tal fuerza,

que no pudo apartar de él la mirada.

—Espero que no estéis enfadado conmigo, señor —murmuró Oliver alzando sus ojos suplicantes.

—No, no —respondió el anciano—. Pero ¡cómo! ¿Qué es esto? ¡Bedwin, mirad!

Y al decir así, señalaba precipitadamente al cuadro que colgaba sobre Oliver, y luego al rostro del muchacho. Era su vivo retrato. Los ojos, la cabeza, la boca; todos los rasgos eran idénticos. En aquel instante había en su expresión una semejanza tan perfecta, que hasta el menor rasgo parecía copiado con pasmosa exactitud.

Oliver no llegó a saber la causa de aquella súbita exclamación, pues sin fuerzas suficientes para soportar el sobresalto que sintiera, se desvaneció; y este desmayo proporciona a este relato la oportunidad para librar al lector de su incertidumbre por lo que respecta a los dos jóvenes discípulos del alegre anciano, haciendo constar...

Que cuando el *Fullero* y su digno maese Bates se unieron al tropel que marchara en persecución de Oliver, como consecuencia del traslado ilegal de la propiedad personal del señor Brownlow, como ya queda descrito, obraron a impulsos de una laudable y lógica consideración por sí mismos, ya que la inmunidad del sujeto y la libertad individual son unas de las primeras y más altas vanaglorias del verdadero inglés, por lo que no he de verme en la necesidad de rogar al lector observe que esta acción ha de tender a exaltarlos ante la opinión de todos los hombres públicos y patriotas, en casi la misma proporción en que esta viva prueba de su inquietud por su propia conservación y seguridad corrobora y confirma el pequeño código legal que ciertos profundos filósofos de buen juicio han establecido como fuente primordial de todos los actos y acciones de la Naturaleza; y es que los tales filósofos han reducido cuerdamente el proceder de esta buena señora a cuestión de máximas y teorías, eliminando por completo, merced a un puro y hermoso tributo a la exaltada sabiduría e inteligencia de la misma, todas las consideraciones del corazón o de un generoso impulso o sentimiento, ya que son éstas cuestiones absolutamente inferiores a una mujer reconocida universalmente como muy por encima de las numerosas pequeñas flaquezas y debilidades de su sexo.

Si necesitase otra prueba de la índole estrictamente filosófica de la conducta de estos caballeres, dada su delicada situación, la encontraría al momento en el hecho —también registrado en un lugar anterior de este relato— de que abandonaron la persecución una vez que la atención general quedó fijada en Oliver, y se encaminaron inmediatamente a su casa por el camino más corto posible. Si bien no pretendo afirmar que sea la práctica general de los afamados y eruditos sabios el acortar el camino para llegar a una gran conclusión, ya que, en realidad, su procedimiento es alargar la distancia, mediante múltiples

circunloquios y discursivas vacilaciones, semejantes a aquellas en que los borrachos se muestran propensos a incurrir, bajo la influencia de un caudal de ideas demasiado impetuoso, si quiero decir, y lo digo sin rodeos, que es costumbre invariable en muchos filósofos, al llevar a la práctica sus teorías, dar muestras de gran sabiduría y previsión, precaviéndose contra toda posible contingencia que tenga probabilidades de afectarlos. Así pues, para hacer un gran bien, podéis hacer un gran mal, y podéis emplear todos aquellos medios que justifiquen el fin que ha de alcanzarse, dejando en absoluto que la magnitud del bien o del mal y hasta la distinción entre ambos, la estabilidad y determine el filósofo interesado mediante su clara, perspicaz e imparcial opinión sobre su determinado caso.

Sólo después de haber recorrido, con gran rapidez, un intrincado laberinto de angostas calles y callejuelas, aventuráronse los dos muchachos a detenerse, por mutuo asenso, bajo un arco sombrío. Después de permanecer en silencio el tiempo suficiente para tomar aliento, maese Bates lanzó una exclamación de gozo y de placer, y rompiendo a reír a carcajadas, tirose al suelo sobre el escalón de un umbral, y allí se revolcó traspasado de hilaridad.

—¿Qué te pasa? —preguntó el *Fullero*.

—¡Ja, ja, ja! —rugía Charley Bates.

—¡Cállate! —replicó el *Fullero*, mirando con precaución a su alrededor—.

¿Quieres que te agarren, estúpido?

—No lo puedo remediar —respondió Charley—. ¡No lo puedo remediar...! ¡Cada vez que me lo veo corriendo a aquel paso, recortando las esquinas, chocando contra los postes, y empezando de nuevo como si fuera de hierro, mientras yo, con el pañuelo en el bolsillo, iba gritando detrás...! ¡Ay, mi madre...! —la vívida imaginación de maese Bates pintábale aquella escena con colores demasiado vivos.

Al llegar a esta exclamación, de nuevo echose a rodar, riendo más fuerte que nunca.

—¿Qué va a decir Fagin? —preguntó el *Fullero*, aprovechando el siguiente intervalo de ahogo por parte de su amigo para formular esta pregunta.

—¿Cómo? —replicó Charley Bates.

—Sí, ¿qué? —insistió el *Fullero*.

—Bueno; ¿y qué quieres que diga? —le preguntó Charley, interrumpiendo bruscamente su júbilo, vista la actitud solemne del *Fullero*—. ¿Qué puede decir?

Dawkins lanzó un silbido que duró dos minutos; luego, quitándose el sombrero, se rascó la cabeza y la sacudió tres veces.

—¿Qué quieres decir con eso? —murmuró Charley.

—¡Que te crees tú eso! ¡Menudo chasco! ¡Las narices, que no! ¡Y por todo lo alto! —exclamó el *Fullero* con un gesto irónico en su inteligente semblante.

Esto era una explicación, mas no satisfactoria. Así lo creyó maese Bates y

por eso preguntó de nuevo:

—¿Qué quieres decir?

El *Fullero* no contestó, sino que, poniéndose de nuevo el sombrero y recogiendo bajo el brazo los faldones de su larga levita, hinchose los carrillos con la lengua, dióse media docena de papirotazos en la nariz en forma expresiva y, girando sobre sus talones, escapó callejuela abajo. Maese Bates le siguió con rostro pensativo.

El ruido de pasos sobre los crujientes escalones pocos minutos después de esta conversación sacó de su abstracción al alegre anciano, que hallábase sentado frente al fuego con una salchicha seca y un panecillo en la mano izquierda, una navaja en la derecha y un puchero de estaño sobre las trébedes. Al volver la cabeza, en su pálido rostro se dibujó una ruin sonrisa, y en tanto miraba ávidamente desde debajo de sus espesas cejas rojizas inclinó el oído hacia la puerta y escuchó con atención.

—¿Qué es esto? —murmuró el judío, mudándosele el semblante—. ¿Sólo dos? ¿Dónde está el otro? No le habrá pasado nada... ¡Atención!

Acercáronse los pasos: llegaron al rellano.

La puerta se abrió lentamente y el *Fullero* y Charley Bates penetraron, cerrando tras de sí.

*En el que se presentan al inteligente lector algunos nuevos personajes, con los cuales están relacionadas varias cuestiones agradables de la presente historia*

—¿Dónde está Oliver? —preguntó, furioso, el judío, alzándose en actitud amenazadora—. ¿Dónde está ese muchacho?

Los raterillos fijaron la vista en su preceptor como asustados de su violencia, y se miraron luego desasosegados, mas sin contestar.

—¿Qué es lo que le ha pasado a ese chico? —repitió el judío, asiendo al *Fullero* con fuerza por el cuello y amenazándole con horribles imprecaciones—. ¡Habla, o te estrangulo!

Tan en serio parecía decirlo el señor Fagin, que Charley Bates, que juzgaba siempre prudente ponerse a buen recaudo y que no consideraba, ni mucho menos, improbable que le pudiera llegar el turno de ser estrangulado, hincose de rodillas y lanzó un penetrante, prolongado y bien sostenido bramido, que igual pudiera proceder de un toro demente que de una bocina.

—¿Hablarás? —tronó el judío, sacudiendo de tal modo al *Fullero* que era un verdadero milagro que conservase aún su holgada levita.

—Pues que ha caído en la ratonera, y nada más —respondió el *Fullero*, malhumorado—. ¡Vamos, soltadme...! ¿Queréis?

Y desprendiéndose de un tirón de su enorme levita, que dejó en manos del judío, el *Fullero* se abalanzó sobre el tenedor de tostar y lanzó un golpe contra el chaleco del alegre anciano, que, de haberle alcanzado, le hubiese hecho perder un poco más de alegría de la que pudiera haber recuperado fácilmente en uno o dos meses.

Retrocedió el judío en tal aprieto con más agilidad de la que fuera de esperar en un hombre de su aparente decrepitud, y apoderándose del puchero, se dispuso a lanzarlo contra la cabeza de su atacante. Mas en aquel momento Charley Bates llamó su atención con un aullido verdaderamente horrisono, con lo que se modificó bruscamente su destino, arrojándolo de lleno contra este jovenzuelo.

—Pero ¿qué demonios pasa aquí...? —rezongó una voz profunda—. ¿Quién me ha tirado esto? Más vale que fue la cerveza y no el jarro lo que me alcanzó, pues, si no, ya le hubiera yo ajustado las cuentas a alguien. Nunca pudiera figurarme que un viejo judío infernal, rico, ladrón y vocinglero, fuera capaz de arrojar al aire otra bebida que no fuese agua, y aun eso no sin haber antes dejado

sin un cuarto a la Compañía fluvial. ¿Qué es lo que pasa, Fagin? ¡Maldita sea! Si no estuviese empapado en cerveza mi pañuelo... ¡Entra, rastrero! ¿Qué haces ahí parado, como si ya te diera vergüenza de tu amo? ¡Entra ya!

El hombre que farfullaba estas palabras era un individuo de recia contextura y de unos treinta y cinco años. Vestía levita de pana negra, pantalones grisáceos muy sucios, botinas de lazo y medias de algodón gris, que encerraban un par de rollizas piernas, de abultadas pantorrillas, de esas que, con semejante traje, siempre parecen incompletas e inacabadas sin un juego de grilletes que las guarnezcan. Tocábase con un pardo sombrero, y liado al cuello llevaba un sucio pañuelo de colorines, con cuyas deshilachadas puntas se enjugaba la cerveza que le cayera sobre el rostro. Una vez que hubo terminado esta tarea, dejó al descubierto una cara ancha y regordeta, con barba de tres días, y dos ojos ceñudos, uno de los cuales mostraba varios síntomas multicolores de haber sido dañado recientemente con un golpe.

—¡Entra...! ¿No oyes...? —gritó este atrayente rufián.

Un blanco perro de lanas, con la cabeza llena de rasguños en veinte sitios diferentes, entró, remolón, en la estancia.

—¿Por qué no entraste antes? —exclamó aquel individuo—. Te estás volviendo demasiado orgulloso cuando tienes que obedecerme delante de la gente, ¿eh? ¡Échate!

Esta orden fue acompañada de un puntapié, que envió al animal al otro extremo del cuarto. Sin embargo, parecía bien acostumbrado a ello, pues que se acurrucó en un rincón silenciosamente, sin proferir una queja, y haciendo pestañear sus horribles ojos unas veinte veces por minuto, pareció entregarse al examen de la habitación.

—¿Con quién peleáis? Conque maltratando a los muchachos, ¿eh?, viejo avaro sórdido y ladrón —exclamó el hombre aquel sentándose con aire resuelto—. ¡Lo que me extraña es que no os hayan asesinado ya! ¡Yo, en su lugar, lo haría! Si yo fuese vuestro aprendiz, hace tiempo que lo habría hecho, y... no, no podría haberos vendido después, porque no servís más que para conservaros en una botella como ejemplo de fealdad, y supongo que no fabrican botellas de vuestro tamaño.

—¡Chis, chis! Señor Sikes —murmuró el judío, temblando—, no habléis tan alto.

—No me llaméis señor —respondió el rufián—. Cuando os da por ahí es que pensáis hacerme alguna trastada. ¿No sabéis mi nombre? Pues llamadme por él. No dejaré de hacerle honor cuando llegue el momento.

—Bueno, bueno; entonces... Bill Sikes —dijo el judío con servil humildad—. Estáis de mal humor, Bill.

—Tal vez —respondió Sikes—. Aunque yo diría que también vos estáis malhumorado, a menos que penséis que arrojando pucheros de estaño causáis

tan poco daño como cuando delatáis, y ...

—¿Estáis loco...? —contestó el judío, tirándole de la manga y señalándole a los chiquillos.

El señor Sikes contentose con atar un nudo imaginario debajo de su oreja izquierda e inclinar la cabeza sobre el hombro derecho, pantomima que el judío pareció entender perfectamente. Después, con una jerga de la que estaba salpicada toda su conversación, pero que resultaría absolutamente ininteligible si la transcribiésemos aquí, pidió una copa de licor.

—Y mucho cuidado con echarme veneno —añadió el señor Sikes, dejando el sombrero sobre la mesa.

Esto lo dijo en broma; mas si el que así hablaba pudiera haber visto la maligna mirada con que el judío se mordió sus lívidos labios en tanto se volvía hacia el aparcador, no hubiera juzgado totalmente innecesaria la advertencia ni, mucho menos, muy lejos del corazón del alegre anciano el deseo de mejorar el arte del destilador.

Después de haber ingerido dos o tres vasos de licor, dignose el señor Sikes prestar atención a los caballretes, acto cortés que dio lugar a una conversación en la que se detallaron todas las circunstancias del motivo y forma de la captura de Oliver, con aquellas modificaciones y mejoras de la verdad que el *Fullero* juzgara más conveniente para el caso.

—Temo que pueda decir algo que nos ocasione algún disgusto —dijo el judío.

—Es muy probable —replicó Sikes con una maliciosa sonrisa—. Os veo difamado, Fagin.

—Y me temo también —añadió el judío, como si no hubiese escuchado la interrupción y mirando fijamente al otro—, me temo que, si a mí se me estropea el negocio, se le estropee también a otros, y eso sería mucho peor para vos que para mí, amigo mío.

Sobresaltose el individuo y volvió la cabeza hacia el judío. Mas éste tenía los hombros encogidos hasta las orejas, y sus ojos vagaban indiferentes sobre la pared de enfrente.

Hubo una larga pausa. Todos los miembros de la respetable reunión hallábanse sumidos en sus meditaciones, sin exceptuar el perro, que, a juzgar por los maliciosos lametones que se prodigaba en el hocico, parecía tramar algún ataque contra las piernas del primer caballero o dama con quien tropezase en la calle cuando saliese.

—Alguien ha de averiguar lo que ha sucedido en el Juzgado —dijo el señor Sikes en tono mucho más recatado que el que adoptara desde su llegada.

El judío hizo un movimiento de asentimiento.

—Si no ha cantado aún y está enchiquerado, no hay miedo hasta que salga —añadió el señor Sikes—; pero entonces es cuando hay que tener cuidado con él. Debéis atraparle, sea como sea.

De nuevo asintió el judío con un movimiento de cabeza.

En efecto, la prudencia de esta línea de conducta era evidente; mas, por desgracia, existía un grave inconveniente para su adopción. Y era éste: que el *Fullero*, Charley Bates, Fagin y William Sikes, todos sin excepción, profesaban una violenta y arraigada antipatía a toda proximidad al puesto de Policía, cualquiera que fuese el motivo o pretexto.

Difícil es adivinar el tiempo que permanecieron mirándose de hito en hito, en un estado de incertidumbre nada agradable por cierto. Sin embargo, no es preciso hacer ninguna conjetura sobre el caso, ya que la súbita aparición de las dos jóvenes a quienes Oliver conociera en anterior ocasión hizo que la conversación renaciera de nuevo.

—¡Hombre, a propósito! —exclamó el judío—. Bet irá allá, ¿verdad, querida?

—¿Adónde...? —preguntó la damisela.

—Al Juzgado nada más, amiguita —dijo el judío con marrullería.

En honor de la joven, hemos de decir que no afirmó concretamente que no iría, sino simplemente expresó su más enérgico y vivo deseo de que la «matasen» si iba, cortés y delicada evasiva que demuestra que la joven poseía esa natural buena educación que es incapaz de infligir a un semejante el dolor de una negativa directa y terminante.

Anublosele el rostro al judío y se apartó de esta joven, que venía primorosa, por no decir suntuosamente ataviada, con un vestido rojo, botas verdes y moñitos amarillos, para dirigirse a la otra.

—Nancy, querida —dijo el judío con suavidad—, ¿qué dices tú?

—Que es inútil; así que no os canséis, Fagin —replicó Nancy.

—¿Qué quieres decir con eso? —exclamó Sikes, alzando la mirada con acritud.

—Lo que digo, Bill —replicó la joven sosegadamente.

—Pero si eres tú la persona pintiparada para el caso —razonó el señor Sikes—. Nadie de los alrededores te conoce.

—Y como tampoco quiero que me conozcan —replicó Nancy con la misma compostura—, me va mejor el no que el sí, Bill.

—Irá, Fagin —dijo Sikes.

—No irá, Fagin —respondió Nancy.

—Sí irá, Fagin —insistió Sikes.

Y éste tenía razón. A fuerza de amenazas, promesas y sobornos, la dama en cuestión quedó finalmente persuadida para realizar aquella misión. Verdad que no se lo impedían las mismas consideraciones que a su amable amiga, pues habiéndose mudado hacía poco a las proximidades del callejón de Field desde el lejano (aunque elegante) barrio de Ratcliffe, no se hallaba ante el mismo temor de que la reconociese alguna de sus numerosas amistades.

Por consiguiente, colocándose un limpio delantal blanco sobre el vestido y

recogiéndose los moñitos bajo un sombrero de paja (ambas prendas extraídas del caudal inagotable del judío), la señorita Nancy se dispuso a partir hacia su diligencia.

—Espera un momento, querida —dijo el judío, sacando una cestita tapada—. Lleva esto en una mano. Te dará un aire más respetable.

—Dadle una llave de la puerta para que la lleve en la otra, Fagin —dijo Sikes—. Eso le dará un tono más natural y auténtico.

—Sí, sí, querida; es verdad —murmuró el judío, colgando una pesada llave de la puerta de la calle en el dedo índice de la mano derecha de la joven—. ¡Así! ¡Muy bien! ¡Magnífico, querida! —dijo el judío, frotándose las manos.

—¡Ay, mi hermano, pobrecito hermano mío, tan dulce, tan inocente...! —exclamó Nancy, rompiendo a llorar mientras estrujaba la cestita y la llave con la angustia de su dolor—. ¿Qué habrá sido de él? ¿Adónde le han llevado? ¡Oh, tened compasión y decíme qué han hecho de ese niño, caballeros; por favor, caballeros, decídmelo!

Y tras pronunciar estas frases en un tono lastimero y angustiado, ante el inconmensurable gozo de sus oyentes, la señorita Nancy se detuvo, hizo un guiño a la reunión, saludó sonriente a todos y desapareció.

—¡Ah! Eso sí que es una muchacha lista, amigos míos —exclamó el judío, dirigiéndose a sus jóvenes discípulos y sacudiendo la cabeza con gravedad, cual muda amonestación para que siguiesen el magnífico ejemplo que acababan de contemplar.

—Hace honor a su sexo —añadió Sikes, llenando el vaso y golpeando la mesa con su puño enorme—. ¡A su salud y porque todos los demás sean como ella!

En tanto se prodigaban estos y otros elogios sobre la inestimable Nancy, ésta se encaminaba al puesto de Policía, adonde, no obstante la natural timidez correspondiente a su paso por las calles, sola y sin protección, llegó poco después con toda felicidad.

Entrando por la puerta posterior, dio unos leves golpes con la llave en una de las puertas de los calabozos y parose a escuchar. No respondió nadie desde dentro, por lo que tosió y púsose a escuchar de nuevo. Tampoco hubo respuesta; así pues, se decidió a hablar.

—¡Nolly [8] querido...! —murmuró Nancy en voz suave—. ¡Nolly!

Dentro no había más que un mísero delincuente descalzo, detenido por tocar la flauta y que, una vez inconcusamente probado su delito contra la sociedad, había sido acertadamente condenado por el señor Fang a un mes de encierro en un correccional, con la adecuada y divertida coletilla de que, puesto que disponía de tanto aliento, sería más saludable gastarlo en el molino de la prisión que en un instrumento musical. No contestó éste, ocupada su imaginación en lamentarse de la pérdida de la flauta, que quedó confiscada para uso del condado, por lo que Nancy pasó a la celda siguiente y allí llamó.

—¿Quién? —exclamó una voz débil y apagada.

—¿Está ahí dentro un muchacho...? —preguntó Nancy con un previo sollozo.

—No —respondió la voz—. ¡Ni lo quiera Dios!

El que contestaba era un vagabundo de sesenta y cinco años, al que enviaban a la cárcel por *no* haber tocado la flauta, o, dicho de otro modo, por pedir limosna en las calles sin hacer nada para ganarse la vida. En la celda contigua había otro individuo, destinado a la misma prisión por pregonar caceras de estaño sin licencia, con lo que, si algo hacía por su vida, era en perjuicio de la Administración del Timbre.

Como ninguno de estos delincuentes respondiera al nombre de Oliver ni supiese nada de él, Nancy se dirigió directamente al caballero rechoncho del chaleco listado, y con los más lastimeros gemidos y lamentaciones, cuya ternura resultó acrecentada con el rápido y eficaz manejo de la llave y la cestita, preguntó por su querido hermano.

—Yo no le tengo, hija —exclamó el viejo.

—¿Dónde está? —vociferó Nancy como alocada.

—El caballero se lo llevó —respondió el guardia.

—¿Qué caballero? ¡Ay, Dios mío! ¿Qué caballero?

En contestación a este incoherente interrogatorio, el viejo informó a la atribulada hermana que Oliver se había sentido enfermo en la sala y que, en consecuencia de haber demostrado un testigo que el robo lo cometiera otro muchacho, lo habían absuelto sin custodia; que el demandante se lo había llevado en estado insensible a su propia casa, respecto de la cual todo cuanto sabía el informante era que se hallaba en Pentonville, y esto por haber oído esa palabra al dar las señas al cochero.

Agitada por espantosas dudas e incertidumbres, la angustiada joven marchó vacilante hasta la puerta, y luego, trocando su paso indeciso por un correr rápido y constante, regresó, por el camino más apartado y laberíntico que concebir pudiera, al domicilio del judío.

No bien hubo escuchado el señor Bill Sikes el relato de la expedición realizada, llamó apresuradamente al perro y, calándose el sombrero, partió precipitadamente, sin dedicar tiempo ninguno a la formalidad de dar los buenos días a la reunión.

—Hemos de saber dónde está, hijos míos; hay que encontrarle —dijo el judío, muy excitado—. ¡Charley, no pares hasta traer noticias tuyas...! Nancy, querida, tenemos que encontrarle. Confío en ti, hija..., en ti y en el *Ladino*, para todo. Esperad, esperad... —añadió el judío, abriendo un cajón con mano trémula—; aquí tenéis dinero, hijos míos. Yo cerraré el establecimiento esta noche. ¡Ya sabéis dónde encontrarme! No os detengáis ni un minuto, ni un instante, hijos míos.

Con estas palabras los hizo salir de la habitación y, cerrando con dos vueltas y

atracando la puerta, extrajo de su escondrijo la caja que sin querer dejara ver a Oliver, y se colocó con presteza los relojes y las alhajas debajo de sus ropas.

Un golpe seco en la puerta le sobresaltó cuando se hallaba entregado a esta tarea.

—¿Quién va? —gritó con tono agudo.

—¡Yo...! —gritó la voz del *Fullero* a través del ojo de la cerradura.

—¿Qué sucede? —exclamó el judío con impaciencia.

—Dice Nancy que si hay que secuestrarle en el otro chamizo —contestó el *Fullero*.

—Sí —respondió el judío—, dondequiera que le pongáis la mano encima. Encontradle, encontradle, y nada más. Yo sabré lo que tengo que hacer después, no preocuparos.

El muchacho pronunció unas palabras de asentimiento y corrió escaleras abajo tras de sus compañeros.

«Hasta ahora no ha dado el soplo», murmuró el judío, en tanto proseguía su tarea; «pero si pretende denunciarnos a sus nuevos amigos, todavía podremos taparle la boca».

*Que encierra nuevos detalles de la estancia de Oliver en casa del señor Brownlow, y la notable profecía que pronunciara un tal señor Grimwig, con relación a él, cuando aquél salió a un recado*

Vuelto en sí Oliver del desmayo en que le hiciera caer la brusca exclamación del señor Brownlow, tanto éste como la señora Bedwin evitaron cuidadosamente suscitarse el tema del retrato en la conversación que siguiera, y que, en efecto, no hizo referencia a la historia ni al porvenir de Oliver, sino que se limitó a aquellas materias que pudieran distraerle sin excitarle. Aún estaba demasiado débil para levantarse a desayunar; mas cuando, al día siguiente, bajó a la habitación del ama de llaves, lo primero que hizo fue lanzar una ávida mirada a la pared, con la esperanza de contemplar otra vez el rostro de aquella dama tan hermosa. Viéronse, sin embargo, frustradas sus ilusiones, pues que el cuadro había desaparecido.

—¡Ah! —dijo el ama de gobierno al observar la dirección de la mirada de Oliver—. Como ves, ya no está.

—Ya lo veo, señora —respondió Oliver—. ¿Por qué se lo han llevado?

—Lo han quitado, hijo, porque el señor Brownlow dijo que, puesto que parecía preocuparte, pudiera impedir que te pusieses bien, ¿sabes? —replicó la anciana.

—¡Oh, no! Nada de eso. No me preocupaba, señora —dijo Oliver—. Me gustaba mirarlo. Lo quería ya.

—¡Bueno, bueno! —exclamó la anciana, contenta—. Ponte bien lo antes que puedas, y lo colgarán de nuevo. ¡Te lo prometo! Y ahora, hablemos de otra cosa.

Esto fue todo cuanto, a la sazón, pudo saber Oliver sobre el cuadro. Y puesto que la anciana había sido tan buena para él durante su enfermedad, trató de no acordarse más de aquello; escuchó, pues, atentamente, las múltiples historias que ella le contara de una adorable y hermosa hija suya, casada con un amable y hermoso individuo, que vivía en el campo, y de un hijo, empleado con un comerciante en las Indias Orientales, y que también era un joven tan bueno, que le escribía unas cartas tan respetuosas cuatro veces al año, que sólo con hablar de ellas se le saltaban las lágrimas.

Pero cuando la buena mujer se hubo explayado largo rato sobre las excelencias de sus hijos y los méritos de su bondadoso marido, muerto, ¡el

pobre!, hacía veintisiete años, ya era hora de tomar el té. Después del té comenzó a enseñar a Oliver el *cribbage*<sup>[9]</sup>, que aprendió tan pronto como se lo explicara, y a él jugaron con vivo interés y seriedad hasta que fue hora de que el enfermo tomase un poco de agua caliente con vino, más una rebanada de pan tostado, y quedarse cómodamente acostado.

Días felices aquellos de la convalecencia de Oliver. Todo tan plácido, tan limpio, tan ordenado: todo el mundo tan bondadoso y tan dulce... Después del bullicio y turbulencia en que siempre había vivido, aquello le parecía el mismísimo cielo. No bien estuvo lo suficientemente fortalecido para vestirse debidamente, el señor Brownlow le procuró un traje nuevo completo, una gorra nueva y un nuevo par de zapatos. Y como dijéranle a Oliver que podía hacer lo que gustara con las ropas viejas, se las dio a una criada que había sido muy buena con él para que se las vendiese a un judío y se guardase el dinero. Así lo hizo con presteza, y Oliver, desde la ventana del gabinete, pudo ver al judío meterse el lío de ropas en el saco y alejarse, con lo que se sintió encantado al pensar que, al fin, habían desaparecido y que ya no había peligro de volver a llevarlas jamás. Eran tristes andrajos, en verdad, y Oliver no había tenido nunca un traje nuevo.

Cierta tarde, una semana después del incidente del retrato, hallábase sentado, charlando con la señora Bedwin, cuando bajaron recado del señor Brownlow de que, si Oliver Twist se encontraba completamente bien, desearía verle en su despacho para hablar con él un rato.

—¡Dios nos valga! Lávate las manos y déjame que te peine, hijo —dijo la señora Bedwin—. ¡Corazón santo! Si hubiéramos sabido que iba a llamarte, te habríamos puesto un cuello limpio, para que estuvieses reluciente como la plata.

Oliver hizo cuanto le aconsejara la anciana, y aunque ésta se lamentaba lastimosamente, entretanto, de que no hubiese siquiera tiempo de rizarle las chorreras que festoneaban el cuello de su camisa, estaba tan elegante y hermoso, no obstante aquella falta, que llegó a decir, contemplándole con gran complacencia de pies a cabeza, que, en realidad, no creía que hubiera sido posible, ni aun con mayor anticipación, el haberle preparado mejor.

De tal modo alentado, llamó Oliver a la puerta del despacho. Cuando el señor Brownlow le dijo que entrase, viose en una reducida estancia, repleta de libros, con una ventana que daba a unos agradables jardinillos. Sentado ante una mesa que había frente a la ventana, leía el señor Brownlow. Al ver a Oliver, apartó a un lado el libro e indicole que se acercase a la mesa y se sentase. Obedeció Oliver, preguntándose, maravillado, dónde podría hallarse gente suficiente para leer tan inmenso número de libros como, al parecer, se escribían para hacer más sabio al mundo, cosa que sigue siendo un asombro para gentes más experimentadas que Oliver Twist durante todos los días de su existencia.

—Hay muchos libros, ¿verdad, hijo mío? —dijo el señor Brownlow,

observando la curiosidad con que Oliver examinaba los estantes que cubrían de arriba abajo las paredes.

—Muchos, sí, señor —respondió Oliver—. Nunca había visto tantos.

—Los leerás si te portas bien —dijo el anciano con dulzura—, y te gustarán más que mirándolos por fuera; es decir, en algunos casos, porque hay libros en los que lo mejor son las tapas y los lomos.

—Supongo que serán esos que pesan tanto, señor —dijo Oliver, señalando algunos volúmenes en cuarto con gran cantidad de dorados en la encuadernación.

—No siempre —respondió el caballero, acariciando la mano de Oliver y sonriendo entretanto—. Hay otros, igualmente pesados, aunque de tamaño mucho menor. ¿Te gustaría llegar a ser un hombre muy listo y escribir libros?

—Creo que preferiría leerlos, señor —contestó Oliver.

—¡Cómo! ¿No te gustaría ser escritor?—preguntó el anciano.

Oliver reflexionó un breve instante, y, por fin, respondió que le parecía mucho mejor ser librero, con lo que el anciano rió de buena gana y declaró que había dicho una cosa excelente. Alegrose Oliver de ello, si bien sin saber en modo alguno qué cosa era aquélla.

—Bien, bien —añadió el anciano, cesando en su risa—. ¡No tengas miedo! Mientras haya un oficio honrado que aprender, o se pueda uno dedicar a hacer ladrillos, no te haremos autor.

—Gracias, señor —repuso Oliver.

Rió de nuevo el anciano al observar la seriedad de esta respuesta, y algo dijo acerca de su curioso instinto, sobre lo que Oliver, al no entenderlo, no prestó gran atención.

—Ahora —dijo el señor Brownlow, hablando, si es posible, en tono más amable, pero al mismo tiempo en actitud mucho más grave que la que Oliver viérale adoptar hasta entonces— quiero que prestes mucha atención, hijo mío, a lo que voy a decirte. He de hablarte sin ninguna reserva, porque estoy seguro de que eres capaz de entenderme tan bien como muchas personas de más edad.

—¡Oh, señor, por favor, no me digáis que vais a echarme! —exclamó Oliver, alarmado del tono grave con que comenzara el anciano—. No me pongáis en la puerta para tener que andar por las calles otra vez. Dejadme estar aquí, y seré vuestro criado. No me hagáis volver a aquel miserable lugar de donde vine. ¡Tened compasión de un pobre muchacho, señor!

—Pero, hijo mío —exclamó el anciano, conmovido al observar el ardor que Oliver pusiera en su inesperada súplica—, no tienes por qué temer que te abandone, a menos que me des motivo para ello.

—No os lo daré nunca, señor; nunca —replicó Oliver.

—Así lo espero —respondió el anciano—. No creo que me lo des jamás. Alguna vez me he visto defraudado por aquellos a quienes traté de favorecer; pero me siento, no obstante, muy propicio a confiar en ti, y más interesado en tu

favor de lo que a mí mismo pudiera explicarme. Las personas en quienes puse mi más acendrado amor yacen en la tumba; mas aunque allí están también sepultados la dicha y el encanto de mi vida, aún no he construido un fêretro para mi corazón ni lo he cerrado para siempre a mis mejores afectos. Las profundas tribulaciones que he sufrido no han servido sino para reforzarlos y acrisolarlos.

El anciano pronunció estas palabras en voz baja, más para sí que para su interlocutor, y como permaneciera en silencio un breve lapso después, Oliver continuó mudo e inmóvil.

—¡En fin, en fin! —exclamó, al cabo, el caballero, en tono más jovial—. Te digo esto porque tu corazón es joven todavía, y así, sabiendo que he padecido grandes dolores y pesadumbres, acaso tengas más cuidado en no disgustarme de nuevo. Dices que eres huérfano; que no tienes ni un solo amigo en el mundo; todas las averiguaciones que he podido hacer así lo confirman. Cuéntame tu historia: dónde naciste, quién te crió y cómo llegaste a estar en la compañía en que yo te encontré. Dime la verdad, y no estarás desamparado mientras yo viva.

Los sollozos de Oliver contuvieron sus palabras unos instantes; y a punto estaba ya de comenzar a relatar cómo fue criado en la Casa de Caridad y trasladado, después, al Hospicio por el señor Bumble, cuando se oyó, en la puerta de la calle, una impaciente llamada, y la criada, que subió corriendo las escaleras, anunció al señor Grimwig.

—¿Va a subir? —preguntó el señor Brownlow.

—Sí, señor —contestó la criada—. Ha preguntado si había mojicones en casa, y al decirle que sí, ha dicho que venía a tomar el té.

Sonrió el señor Brownlow, y, volviéndose hacia Oliver, advirtióle que el señor Grimwig era un antiguo amigo suyo, y que no se preocupase por sus modales algo bruscos, ya que, en el fondo, era una persona digna, como tenía motivos para saberlo.

—¿Queréis que me vaya, señor? —preguntó Oliver.

—No —contestó el señor Brownlow—. Prefiero que te quedes.

En este momento penetró en la estancia, apoyándose en un grueso bastón, un voluminoso anciano, cojeando mucho de una pierna, vestido con una levita azul, chaleco rayado, calzones de mahón y polainas, a más de un sombrero blanco de anchas alas, con vueltas verdes. Por el chaleco asomaba una pechera rizada y una larga cadena de acero para el reloj, de cuyo extremo sólo pendía una llave, bamboleándose al aire. Las puntas de la corbata blanca que llevaba al cuello hallábanse entrelazadas, formando un nudo del tamaño de una naranja; la diversidad de gestos con que se retorció su semblante queda fuera del alcance de toda descripción. Tenía tal forma de girar la cabeza hacia un lado mientras hablaba, y de mirar con el rabillo del ojo al mismo tiempo, que, inevitablemente, su interlocutor pensaba en la figura de un loro. En esta actitud colocose al hacer su aparición en la estancia, y estirando el brazo para mostrar un trozo de cáscara

de naranja, exclamó con voz gruñona y desagradable:

—¡Mirad! ¿Veis esto? ¿No es verdaderamente maravilloso y extraño que no pueda visitar a nadie sin que me encuentre en la escalera con un trozo de este mísero amigo del cirujano? Me quedé cojo con una cáscara de naranja, y sé que, al final, una cáscara de naranja me costará la vida. De seguro, caballero; una cáscara de naranja será mi muerte. ¡Que me corten la cabeza si no, que me la como!

Era éste un magnífico ofrecimiento con el que el señor Grinwig apoyaba y confirmaba todos sus asertos, y bien singular por cierto, pues, aun admitiendo en hipótesis la posibilidad de que los adelantos científicos pudieran llegar a facilitar a un hombre a comerse su propia cabeza, caso de que a ello estuviese dispuesto, la del señor Grimwig era tan descomunal, que ni el hombre más optimista podría abrigar la esperanza de terminar con ella de una sentada, dejando totalmente a un lado la cuestión de aquella espesa capa de polvos que la cubría.

—¡Que me la como, sí, señor! —repitió Grimwig, dando un golpe en el suelo con su bastón—. ¡Ah, caramba! ¿Quién es éste? —añadió, fijándose en Oliver y retrocediendo unos pasos.

—Es el joven Oliver Twist, de quien ya hemos hablado —contestó el señor Brownlow.

Oliver hizo una inclinación de cabeza.

—No querréis decir que es el muchacho que ha estado con fiebre, ¿eh? —replicó el señor Grimwig, alejándose un poco más—. ¡Esperad un instante! ¡No me digáis nada! ¡Deteneos...! —continuó el señor Grimwig, perdiendo el miedo a la fiebre ante el triunfo de su descubrimiento—. ¡Éste es el muchacho que ha pelado la naranja! Si no es éste el que peló la naranja y arrojó el trozo de cáscara en la escalera, soy capaz de comerme mi cabeza, y la suya también.

—No, no; no ha sido él —respondió el señor Brownlow, riendo—. ¡Vamos! Dejad vuestro sombrero y decidle algo a mi joven amigo.

—Esto me da mucho que pensar, señor —prosiguió el irascible anciano, despojándose de los guantes—. Siempre hay más o menos cáscaras de naranja en las aceras de nuestra calle, y estoy seguro que las pone allí el hijo del médico de la esquina. Anoche, una joven resbaló y se cayó contra las rejas de mi jardín; inmediatamente se levantó, y la vi mirar hacia su infernal farol rojo con su luz indicadora. « ¡No vayáis ahí! », le grité desde la ventana. « ¡Es un asesino! ¡Un timador! » Y lo es. Si no lo es...

Y tras esto, el iracundo anciano descargó un fuerte golpe en el suelo con su bastón, acto que sus amigos sabían llevaba siempre consigo el tácito ofrecimiento de costumbre, aunque no quedase verbalmente enunciado. Después, sin soltar el bastón, se sentó y, abriendo unas gafas que llevaba sujetas a una ancha cinta negra, examinó a Oliver, quien al darse cuenta de que era objeto de aquella inspección, se ruborizó e hizo una nueva inclinación de cabeza.

—Conque éste es el chiquillo, ¿eh? —dijo, por fin, el señor Grimwig.

—Éste es —repuso el señor Brownlow.

—¿Cómo estás, muchacho? —preguntó el señor Grimwig.

—Mucho mejor; gracias, señor —dijo Oliver.

El señor Brownlow, presintiendo, sin duda, que su singular amigo estaba en trance de decir algo desagradable, rogó a Oliver que bajase a decir a la señora Bedwin que estaban dispuestos a tomar el té, lo que hizo de muy buena gana, y a que no le agradaban mucho los modales del visitante.

—Es un guapo chico, ¿verdad? —preguntó el señor Brownlow.

—No sé qué decirnos —contestó Grimwig con acritud.

—¿Cómo que no sabéis?

—No, no lo sé. Jamás encuentro diferencia alguna entre los chicos. Sólo conozco dos clases de muchachos: los paliduchos y los sanotos.

—¿Y a cuál de ellos corresponde Oliver?

—A los paliduchos. Tengo un amigo que tiene un hijo de cara sanota; a esto es a lo que yo llamo un chico guapo, con cabeza gorda, carrillos colorados y unos ojos relucientes: un muchacho horrible; con un cuerpo y unos miembros que parece que se le van a salir por las costuras del traje azul; con voz de piloto y apetito de lobo. ¡Le conozco bien! ¡Menudo pícaro!

—Vamos —exclamó el señor Brownlow—; no son ésas las características del joven Oliver Twist; no tenéis pues, por qué incomodaros.

—No lo son, efectivamente —respondió el señor Grimwig—. Pero puede que tenga otras peores.

Al oír esto, el señor Brownlow comenzó a toser, impaciente, lo que, al parecer, proporcionó al señor Grimwig el más exquisito gozo.

—Digo que puede que tenga otras peores —repitió el señor Grimwig—. ¿De dónde ha salido? ¿Quién es? ¿Qué es? Ha tenido fiebre. Bueno; y eso, ¿qué importa? Las fiebres no son propiedad exclusiva de las gentes buenas, ¿no es cierto? Hay personas malas que, a veces, tienen fiebre, ¿verdad? Conocí un hombre al que ahorcaron en Jamaica por haber asesinado a su amo que había tenido fiebre seis veces; pero por eso no resultaba mucho más digno de compasión. ¡Bah! ¡Eso son tonterías!

Ahora bien: lo cierto era que en los más íntimos recovecos de su alma el señor Grimwig sentíase vivamente inclinado a reconocer que el aspecto y los modales del joven Oliver eran extraordinariamente simpáticos; mas poseído de un intenso prurito de contradicción agudizado en esta ocasión por el hallazgo de la cáscara de naranja, y decidido en su fuero interno a que nadie le dictase si un muchacho era guapo o no, estaba resuelto, desde un principio, a contradecir a su amigo. Cuando el señor Brownlow confesó que en ningún punto susceptible de examen podría dar aún una respuesta satisfactoria, ya que había aplazado toda investigación en la historia pasada de Oliver hasta tanto éste estuviese lo

suficientemente restablecido para soportarla, el señor Grimwig rió entre dientes maliciosamente. Y preguntó, sonriendo, si el ama de llaves tenía la costumbre de contar los cubiertos por la noche, porque si no descubría cualquier mañana soledad que le faltaban una o dos cucharillas, se dejaría cortar..., etcétera.

El señor Brownlow, si bien de carácter algo impetuoso, escuchó todo esto de buen talante, ya que conocía las excentricidades de su amigo. Y como quiera que, durante el té, el señor Grimwig tuvo a bien expresar su total beneplácido hacia los mojicones, todo se deslizó plácidamente, y Oliver, que formaba parte de la reunión, comenzó a sentirse más tranquilo que antes en presencia del furibundo anciano.

—Y ¿cuándo vais a escuchar el relato completo, verídico y detallado de la vida y aventuras de Oliver Twist? —preguntó Grimwig al señor Brownlow, al terminar la merienda, mirando a Oliver al resucitar el tema.

—Mañana por la mañana —contestó el señor Brownlow—. Preferiría que estuviese solo conmigo. Subirás mañana a las diez, hijo.

—Sí, señor —respondió Oliver con cierta vacilación, turbado por las insistentes miradas del señor Grimwig.

—Voy a deciros una cosa —murmuró el anciano al oído del señor Brownlow—. Ya veréis cómo no sube mañana por la mañana. Le he visto vacilar. Os está engañando, amigo mío.

—Os juro que no —replicó el señor Brownlow con calor.

—Si me equivoco —exclamó el señor Grimwig—, que me corten... —y el bastón cayó de nuevo sobre el suelo.

—Respondo con mi vida de la sinceridad de ese muchacho —respondió el señor Brownlow, descargando un puñetazo sobre la mesa.

—¡Y yo con mi cabeza de su falsía! —insistió Grimwig, aporreando la mesa también.

—Eso lo hemos de ver —dijo el señor Brownlow, reprimiendo su cólera.

—Lo veremos —contestó Grimwig con una provocadora sonrisa—. Lo veremos.

Quiso la suerte que en aquel momento entrase la señora Bedwin con un paquete de libros que había comprado aquella mañana el señor Brownlow al mismo librero que ya hiciera su aparición en esta historia. Después de dejarlos sobre la mesa, se dispuso a abandonar la estancia.

—Decid al mozo que se espere, señora Bedwin —le dijo el señor Brownlow—. Tiene que llevarse una cosa.

—Se marchó ya, señor —respondió la señora Bedwin.

—Corred a llamarle —dijo el señor Brownlow—. Es preciso. Se trata de un hombre pobre, y estos libros no se los he pagado. Además, ha de llevarse otros.

Abrieron la puerta de la calle. Oliver corrió por un lado; la criada, por otro, y la señora Bedwin se quedó en el umbral llamándole a voz en grito; mas no vieron

a ningún mozo. Oliver y la muchacha regresaron jadeantes, para decir que no le habían encontrado.

—¡Válgame Dios! Lo siento mucho —exclamó el señor Brownlow—. Tenía interés en devolver esos libros esta noche.

—Mandadlos con Oliver —dijo el señor Grimwig con una sonrisa irónica—. Tened la seguridad de que los entregará debidamente.

—Sí, señor; permitidme que los lleve —dijo Oliver—. Iré corriendo.

Ya iba a decir el anciano que Oliver no saldría por ningún concepto, cuando una tosecilla maliciosa del señor Grimwig le decidió a lo contrario, pensando que, con el rápido cumplimento de la diligencia, podría demostrar acto seguido lo injusto de sus sospechas, al menos en este particular.

—Irás, hijo mío —le dijo el anciano—. Los libros están en una silla, al lado de mi mesa. Ve a buscarlos.

Oliver, encantado de poder ser útil, bajó con gran estrépito, trayendo los libros debajo del brazo, y esperó, gorra en mano, a que le dijese el recado que había de transmitir.

—Vas a decirle —añadió el señor Brownlow, mirando insistentemente a Grimwig—, vas a decirle que le devuelvo esos libros y que le pago las cuatro libras y media que le debo. Aquí tienes un billete de cinco libras; de manera que me tendrás que traer diez chelines de vuelta.

—No tardaré ni diez minutos, señor —respondió Oliver con viveza.

Una vez que se guardó el billete en el bolsillo de la chaqueta, abrochándose lo después, y se colocó cuidadosamente los libros bajo el brazo, saludó respetuosamente y salió de la habitación. La señora Bedwin le acompañó hasta la puerta, haciéndole varias recomendaciones sobre el camino más corto, el nombre del librero y el de la calle, todo lo cual dijo Oliver haber comprendido perfectamente, y, tras de múltiples requerimientos de que tuviese cuidado de no resfriarse, la buena mujer dejole, al fin, marchar.

—¡Que Dios le bendiga! —exclamó la vieja, siguiéndole con la mirada—. De todas maneras, me cuesta trabajo perderle de vista.

En este momento Oliver volvió, gozoso, la cabeza, y se despidió antes de volver la esquina. La anciana le devolvió, sonriente, el saludo, y, cerrando la puerta, regresó de nuevo a su habitación.

—Veamos; estará de vuelta dentro de veinte minutos a lo sumo —dijo el señor Brownlow, sacando el reloj y colocándolo sobre la mesa—. Para entonces, ya habrá anochecido.

—¡Ah...! ¿Conque de veras creéis que ha de volver? —preguntó el señor Grimwig.

—¿Vos no...? —le preguntó el señor Brownlow, sonriendo.

El espíritu de contradicción se reafirmaba en aquel momento en el alma del señor Grimwig y crecía al ver la confiada sonrisa de su amigo.

—No —respondió, dejando caer el puño sobre la mesa—. No lo creo. El muchacho lleva sobre sus espaldas un traje nuevo, un montón de libros de valor debajo del brazo y un billete de cinco libras en el bolsillo. Irá en busca de sus antiguos amigos, los rateros, y se reirá de vos. Si alguna vez vuelve a esta casa ese muchacho, que me corten la cabeza, que me la como.

Y diciendo así, acercó más la silla a la mesa, y los dos amigos permanecieron sentados, en muda espera, con el reloj colocado entre ambos.

Es digno de observar, como ejemplo de la importancia que concedemos a nuestros juicios y del orgullo que depositamos en nuestras más temerarias y precipitadas conclusiones, que, aun cuando el señor Grimwig no era, en modo alguno, un hombre de mal corazón, y a pesar de que sinceramente hubiera sentido que engañaran a su amigo, en aquel momento deseaba intensa y fervorosamente que Oliver Twist no regresase.

Se hizo tan de noche, que las cifras de la esfera apenas si podían distinguirse ya; mas los dos ancianos continuaban allí sentados, en silencio, con el reloj entre los dos.

*Que nos da pruebas del cariño que sentían por Oliver Twist el divertido judío y la señorita  
Nancy*

En la oscura estancia de una misera taberna situada en la parte más inmunda de Little Saffron Hill —una tenebrosa y lúgubre guarida donde, en invierno, arde durante el día una vacilante luz de gas, y en la que no penetra jamás un rayo de sol en verano— hallábase sentado, meditando junto a un jarro y un vaso, impregnados de un fuerte olor a licor, un hombre ataviado con una levita de pana, calzones grisáceos, botinas y medias, en quien, a pesar de la débil luz, ningún experimentado agente de Policía hubiese vacilado en reconocer a William Sikes. A sus pies estaba sentado un perro de blanco pelaje y ojos enrojecidos, que se entretenía en pestañear unas veces a su amo con ambos ojos al tiempo, y otras, en lamerse una reciente herida en el hocico, resultado, al parecer, de alguna pasada contienda.

—¡Estate quieto, granuja! ¡Estate quieto! —gritó, súbitamente, el señor Sikes, quebrando el silencio.

Es cuestión susceptible de controversia y consideración el definir si sus meditaciones eran tan profundas que bastaba a turbarlas el pestañeo del perro, o si sus sentimientos de tal modo se excitaban con sus reflexiones, que necesitaba, para aquietarse, de todo el consuelo que proporcione el propinar un puntapié a un animal inofensivo. Mas cualquiera que fuese la causa, es lo cierto que sobre el perro cayeron simultáneamente una patada y una maldición.

Generalmente, los perros no suelen vengarse de las injurias que les infligen sus amos; mas como el perro del señor Sikes gozaba del mismo mal carácter que su dueño, obrando, quizás, en aquel momento a impulsos de la intensa sensación de dolor sufrido, hincó, sin más rodeos, sus dientes sobre una de las botinas, y después de sacudirla vigorosamente, se retiró, gruñendo, bajo un banco, con el tiempo justo para esquivar de ese modo el jarro de estaño que Sikes lanzara contra su cabeza.

—Conque querías morderme, ¿eh? —exclamó Sikes, apoderándose del atizador con una mano y abriendo con la otra una gran navaja que se sacó del bolsillo—. ¡Ven aquí, condenado! ¡Ven aquí! ¿Me oyes?

El perro le oía, sin duda, porque el señor Sikes hablaba en el tono más agudo de su áspera voz; mas como, al parecer, oponía ciertos inexplicables reparos a

que le cortasen el cuello, permaneció donde estaba y gruñó con más rabia que antes, apretando entre los dientes el extremo del atizador y mordiéndolo como una fiera.

Esta resistencia no logró sino enfurecer más aún al señor Sikes, que, arrodillándose, comenzó a atacar con furia al animal. El perro saltaba de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, dando dentelladas, gruñendo y ladrando; el hombre lanzaba embestidas y juramentos, golpes y blasfemias, y la lucha llegaba ya a un punto crítico para uno u otro, cuando súbitamente se abrió la puerta, con lo que el perro salió como una flecha, dejando a Bill Sikes con el atizador y la navaja en las manos.

«Si uno no quiere, dos no riñen», dice un viejo adagio. El señor Sikes, frustrado en cuanto a la participación del perro, trasladó al instante su deseo de pendencia al recién llegado.

—¿Por qué diablos os venís a interponer entre mi perro y yo? —preguntó Sikes con gesto fiero.

—No lo sabía, amigo mío; no lo sabía —respondió Fagin con humildad, pues que el recién llegado era el judío.

—¿No lo sabías, ladronzuelo cobarde? —rugió Sikes—. ¿Es que no oísteis el estrépito?

—En manera alguna, tan cierto como que estoy vivo, Bill —afirmó el judío.

—¡Ah, no! ¡Vos no oís nada, claro! —replicó Sikes con un feroz gesto despectivo—. ¡Aunque entráis y salís arrastrándoos para que nadie os oiga ir ni venir! ¡Me gustaría que hubieseis sido mi perro hace medio minuto, Fagin!

—¿Por qué? —preguntó el judío con forzada sonrisa.

—Porque el Gobierno, que se interesa por la vida de hombres como vos, con menos corazón que un chucho, permite que un hombre mate a su perro como le plazca —respondió Sikes, cerrando la puerta con una mirada despectiva—. Ya os habéis enterado por qué.

El judío se frotó las manos y, sentándose ante la mesa, fingió reír la gracia de su amigo. Sin embargo, era evidente que se sentía bastante intranquilo.

—Dejad de hacer muecas ya —exclamó Sikes, soltando el atizador y mirándole con hosco desprecio—. Dejad de hacer muecas. No creáis que vais a poder reiros de mí. Os he ganado por la mano, Fagin, y ¡vive Dios! que no he de soltaros. ¡Ya lo sabéis! Si yo caigo, vos conmigo. Conque tened cuidado.

—Bien, bien, amigo mío —respondió Fagin—. Todo eso ya lo sé yo; tenemos interés mutuo, Bill...; un interés recíproco.

—¡Hum! —refunfuñó Sikes, cual si pensase que el interés era mayor por parte del judío que por la suya—. Bueno; ¿qué tenéis que decirme?

—Todo ha pasado felizmente por el crisol —repuso Fagin—, y aquí tenéis vuestra parte. Es bastante más de lo que debiera ser, amigo mío; pero como sé que otra vez me haréis algún favor y...

—Dejaos de tontunas —interrumpió el ladrón con impaciencia—. ¿Dónde está eso? ¡Dádmelo!

—Sí, sí, Bill; dadme tiempo, dadme tiempo —replicó el judío ladinamente—. ¡Aquí lo tenéis! ¡Sano y salvo!

Y diciendo así, se sacó del pecho un viejo pañuelo de algodón y, desatando un nudo de una de sus puntas, extrajo un paquetito envuelto en papel de estraza. Arrebatóselo Sikes y lo abrió con premura, comenzando a contar los soberanos que contenía.

—¿Está aquí todo? —preguntó Sikes.

—Todo —respondió el judío.

—No habréis abierto el paquete por el camino y os habréis quedado con un par de ellos, ¿eh? —preguntó Sikes, desconfiado—. No pongáis mal gesto por la pregunta que os hago, que más de una vez lo habéis hecho. ¡Tirad del cordón!

Estas palabras, en vulgar romance, querían decir que llamase a la campanilla. Acudió otro judío, más joven que Fagin, pero de aspecto casi tan ruin y repulsivo como el suyo.

Sikes se limitó a señalarle el jarro vacío. El judío, comprendiendo perfectamente la indicación, lo recogió para llenarlo, cambiando antes una extraña mirada con Fagin, que alzó los ojos un instante, como esperándola, y movió la cabeza en respuesta, tan ligeramente, que la seña hubiera resultado casi imperceptible para un tercero. No la advirtió Sikes, que en aquel momento se agachaba para atarse el cordón de la botina que el perro le había desgarrado. Es posible que, de haber observado aquel breve intercambio de miradas, hubiera pensado que no presagiaba nada bueno para él.

—¿Hay alguien por ahí, Barney? —preguntó Fagin, sin levantar los ojos del suelo, ahora que Sikes le miraba ya.

—Ni un alma —contestó Barney, cuyas palabras, procediesen o no del corazón, le salían por la nariz.

—¿Nadie? —interrogó Fagin, en un tono de sorpresa que acaso significara que Barney quedaba en libertad de decir la verdad.

—Nadie más que la señorita Nancy —respondió Barney.

—¡Nancy! —exclamó Sikes—. ¿Dónde? ¡Que me aspen si no hago honor a esa muchacha por su talento natural!

—Se ha hecho servir un plato de carne cocida en la taberna —respondió Barney.

—Hazla venir —dijo Sikes, apurando un vaso de licor—. Hazla venir.

Barney miró tímidamente a Fagin, como solicitando permiso. Y como el judío permaneciese en silencio, sin levantar los ojos del suelo, se retiró y volvió al instante, conduciendo a Nancy, que venía ornada con su gorro, su delantal, su cesta y su llave, todo completo.

—¿Estás sobre la pista, Nancy? —preguntó Sikes, ofreciéndole el vaso.

—Sí, Bill —respondió la joven, apurando su contenido—, y bien cansada, por cierto. El mocoso ese ha estado enfermo y metidito en la cuna, y...

—¡Ay, Nancy querida! —exclamó Fagin, alzando la mirada.

No es cosa de gran importancia dilucidar si una peculiar contracción de las rojizas pestañas del judío y un entornar sus ojos hundidos advirtió o no a la señorita Nancy de que se disponía a ser demasiado comunicativa. Lo que a nosotros nos interesa son los hechos; y el hecho es que, de pronto, se contuvo, y, prodigando varias graciosas sonrisas al señor Sikes, procuró desviar la conversación hacia otros derroteros.

A los diez minutos, el señor Fagin sufrió un ataque de tos, tras el cual Nancy se echó el chal por los hombros y dijo que era hora de marcharse. El señor Sikes, al descubrir que él también seguía, en parte, el mismo camino, expresó su propósito de acompañarla, por lo que salieron juntos, seguidos a corta distancia del perro, que salió furtivamente de un corral tan pronto como vio alejarse a su amo.

Una vez que Sikes saliera, asomó el judío la cabeza por la puerta y le vio alejarse por el oscuro pasadizo; agitó su puño crispado, masculló una horrenda maldición, y luego, con una mueca horrible, volvió a sentarse ante la mesa, donde pronto quedó absorto en las interesantes páginas de la *Gaceta de los Tribunales*.

Entretanto, Oliver Twist, sin imaginarse siquiera que se hallaba a tan corta distancia del alegre anciano, se dirigía al puesto de libros. Al llegar a Clerkenwell, casualmente torció por una callejuela que no estaba exactamente en su itinerario, mas no descubrió su error hasta haber recorrido la mitad, por lo que sabiendo que había de llevarle en la dirección apetecida, creyó que no valía la pena volver atrás, y así continuó andando, lo más rápidamente posible, con sus libros bajo el brazo.

Así marchaba, pensando en lo feliz y satisfecho que debiera sentirse y en cuánto daría por ver, sólo un momento, al pobre Dick, que, maltratado y famélico, acaso llorase amargamente en aquel preciso instante, cuando se vio sorprendido por una joven que clamaba a voz en grito:

—¡Ay, querido hermano!

Y apenas hubo alzado sus ojos para ver lo que sucedía, cuando se sintió detenido por unos brazos que se aferraban a su cuello.

—¡No, no! —exclamó Oliver forcejeando—. Soltadme. ¿Quién sois? ¿Por qué me detenéis?

Por toda respuesta escuchó una profusión de lamentos que lanzaba la joven que le abrazaba, y que llevaba una cestita y una llave en la mano.

—¡Ay, Dios mío! —exclamaba la joven—. ¡Al fin le he encontrado! ¡Ay, Oliver, Oliver! ¡Ah, picaruelo, cuánto me has hecho sufrir! Ven a casa, hijo, ven a casa. ¡Oh, le he encontrado! ¡Gracias a Dios, le he encontrado!

Y, tras estas incoherentes exclamaciones, la joven rompió a llorar de nuevo, con tan histéricos sollozos, que un par de mujeres que por allí pasaban preguntaron al chico de un carnicero, que llevaba toda la cabeza pringada de sebo y que se detuvo también a mirar, si no creía que deberían llamar a un médico. El chico, un poco haragán, al parecer, por no decir indolente, contestó que no.

—¡Oh, no, no; no os molestéis! —dijo la joven, cogiendo de la mano a Oliver—: Ya estoy mejor. ¡Ven a casa enseguida, ingrato! ¡Vamos!

—¿Qué sucede, joven? —preguntó una de las mujeres.

—¡Ay, señora! —respondió la muchacha—. Hace cerca de un mes que se escapó de casa de sus padres, gente respetable y trabajadora, para irse con una pandilla de ladronzuelos y malas personas, dejando a su madre casi muerta de pena.

—¡Miren qué granuja! —dijo una mujer.

—¡A casa otra vez, sinvergüenza! —exclamó la otra.

—Yo no soy ése —respondió Oliver, muy asustado—. Yo no la conozco. No tengo hermana, ni padre, ni madre tampoco. Soy huérfano y vivo en Pentonville.

—¡Qué osadía! ¡Cualquiera que le oyese...! —dijo la joven.

—Pero ¡si es Nancy! —exclamó Oliver, que vio entonces por vez primera su rostro, y retrocedió con incontenible asombro.

—¿Veis cómo me reconoce? —gritó Nancy, dirigiéndose a los espectadores—: No lo ha podido remediar. ¡Ayudadme a llevarle a casa, buena gente, que si no, su padre y su madre se morirán de pena!

—¿Qué diablos es esto? —exclamó un hombre saliendo de una taberna, seguido de un perro blanco—. Pero ¡si es Oliver! ¡Anda a casa de tu pobre madre, truhán! ¡A casa inmediatamente!

—Yo no vivo con ellos. No los conozco. ¡Socorro! ¡Socorro! —gritaba Oliver, luchando por desasirse del vigoroso puño de aquel hombre.

—¡Socorro! —repitió éste—. ¡Sí, ya te socorreré yo, so granuja! ¿Qué libros son éstos? Los has robado, ¿eh? Tráelos acá.

Y diciendo así, el hombre le arrebató los volúmenes y le dio un golpe en la cabeza.

—¡Así, así! —gritó un espectador desde la ventana de una buhardilla—. ¡Ésa es la única manera de hacerlos entrar en vereda!

—¡Desde luego! —exclamó un carpintero de cara adormilada, lanzando una mirada de asentimiento hacia la ventana.

—¡Así aprenderá! —dijeron las dos mujeres.

—¡Él se lo ha buscado! —replicó el hombre, asestándole otro golpe y cogiendo a Oliver por el cuello—. ¡Vamos, miserable! ¡Ven aquí, chuchó! ¡Anda con él! ¡Anda con él!

Débil de la reciente enfermedad, atolondrado por los golpes y por lo

inesperado del ataque, aterrado por los feroces gruñidos del perro y por la brutalidad de aquel hombre, y abrumado al pensar que los espectadores estaban convencidos de que era, realmente, un miserable sin sentimientos, ¿qué podía hacer un pobre muchacho? La noche había cerrado; el lugar era inundo; ningún socorro podía llegarle; era inútil toda resistencia. Un momento más y se vio arrastrado por un laberinto de tenebrosas y angostas callejuelas, obligado a marchar a un paso que hacían absolutamente ininteligibles los pocos gritos que se atrevía a lanzar. En verdad, poco importaba que se oyeran o no, pues no había nadie que los escuchase, por muy agudos que fueren.

Ya se habían encendido los mecheros de gas; la señora Bedwin esperaba angustiosamente en la puerta; la criada había recorrido la calle veinte veces para ver si encontraba a Oliver, y los dos ancianos continuaban perseverantes, sentados en el oscuro gabinete con el reloj entre ambos.

*En donde se relata lo que fue de Oliver Twist después de haber sido reclamado por Nancy*

Las estrechas calles y callejas terminaron, al fin, en un amplio espacio abierto, en el que, diseminadas, había jaulas y pocilgas para los animales y otras muestras de que aquello era el mercado de ganado. Aflojó Sikes el paso al llegar a este lugar, ya que la joven no podía seguir más tiempo a la velocidad que hasta ahora habían llevado. Volviéndose a Oliver, le ordenó bruscamente que se cogiese de la mano de Nancy.

—¿No oyes? —gruñó Sikes, al ver vacilar a Oliver, y mirando en derredor.

Hallábanse en un oscuro rincón, totalmente apartados del paso de los transeúntes. Oliver comprendió claramente que de nada serviría oponer resistencia. Extendió, pues, su mano, que Nancy estrechó fuertemente.

—Dame la otra —dijo Sikes, apoderándose de la mano desocupada de Oliver —. ¡Aquí, chucho!

El perro alzó los ojos y gruñó.

—¡Mira! —añadió Sikes, poniendo su otra mano en la garganta de Oliver—. ¡Si pronuncias una sola palabra, le coges por aquí! ¿Me entiendes?

El perro gruñó de nuevo, y relamiéndose el hocico miró a Oliver, cual si tuviese ganas de prenderse a su gaxate sin tardar.

—¡Es más listo que una persona! ¡Que me aspen si no...! —exclamó Sikes, contemplando al animal con muestras de feroz contento—. Ahora, ya sabes lo que te espera, jovencito; conque grita cuanto quieras, que el perro te hará callar. ¡Adelante, muchacho!

Agitó el perro su cola, como agradeciendo aquella extraordinaria y cariñosa forma de hablar, y dejando escapar otro admonitorio gruñido, dedicado a Oliver, inició nuevamente la marcha.

Atravesaban Smithfield<sup>[10]</sup>, aun cuando lo mismo pudieran haber cruzado por la plaza de Grosvenor, ya que nada sabía Oliver en contrario. La noche estaba oscura y brumosa. Las luces de los establecimientos pugnaban por salir a través de la densa niebla, que a cada momento hacía más espesa, envolviendo calles y casas en las tinieblas y haciendo más extraños aún para Oliver aquellos desconocidos lugares, con lo que su incertidumbre tornábase más triste y depresiva.

Habían avanzado unos pasos apresuradamente, cuando el reloj de una iglesia

dio la hora. A la primera campanada, sus dos aprehensores se detuvieron, volviendo la cabeza en dirección al lugar de donde procedía el sonido.

—Las ocho, Bill —dijo Nancy una vez que cesaron las campanadas.

—¿Por qué me lo dices? Ya lo oigo, ¿o es que crees que no? —respondió Sikes.

—Lo que quisiera saber es si *ellos* lo oyen también —replicó Nancy.

—Pues claro que sí —contestó Sikes—. Recuerdo que fue por San Bartolomé cuando me enchiqueraron, y no dejé de oír ni el pitido de una sola trompeta de perra gorda. Toda la noche allí encerrado, el bochinche y el estrépito de fuera resonaban de tal modo en el silencio del calabozo, que estuve a punto de abrimme la cabeza contra las planchas de hierro de la puerta.

—¡Pobrecillos! —se condolió Nancy, todavía con el rostro vuelto hacia el lugar en donde había sonado la campana—. ¡Ay, Bill, eran unos chicos tan guapos...!

—Sí; es todo lo que se os ocurre pensar a las mujeres —replicó Sikes—. ¡Tan guapos...! Bueno; y a les falta poco para estar muertos; así es que poco importa.

Con semejante consuelo, el señor Sikes parecía reprimir un creciente sentimiento de celos, y, apretando con más fuerza la muñeca de Oliver, ordenole que siguiese andando.

—¡Espera un minuto! —dijo la joven—. Yo no correría tanto si fueses tú al que iban a sacar a ahorcar mañana a las ocho, Bill. Me estaría dando vueltas y vueltas por el lugar hasta caer rendida, aunque el suelo estuviese cubierto de nieve y no tuviese chal con que taparme.

—¿Y de qué me serviría eso? —preguntó el insensible señor Sikes—. De no largarme una lima y veinte varas de una buena cuerda resistente, tanto se me daría que te estuvieses andando cincuenta millas como que te quedases quieta. ¡Ea! ¡Sigamos, y basta de sermones!

La muchacha rompió a reír, se ajustó el chal y prosiguieron su camino. Mas Oliver advirtió que la mano de ella temblaba, y, al mirarle el rostro cuando pasaban junto a un farol, vio que estaba cubierto de una mortal palidez.

Durante una media hora larga continuaron su marcha por callejones sucios y desiertos, encontrando pocas gentes a su paso, y aun éstas, a juzgar por su aspecto, deberían de ocupar en la sociedad una posición semejante a la del señor Sikes. Por último, torcieron por una calle estrecha y maloliente, donde casi todas eran tiendas de ropavejeros. El perro corría delante, como sabiendo que ya no había necesidad de guardar vigilancia, y se detuvo ante la puerta de una de aquellas tiendas, que estaba cerrada y, al parecer, deshabitada. La casa presentaba un aspecto ruinoso, y sobre la puerta había clavado un cartel indicando que se alquilaba, el cual diríase llevaba allí colgado muchos años.

—Perfectamente... —exclamó Sikes, mirando con precaución en derredor.

Nancy se agachó por debajo de los cierres, y Oliver oyó el sonido de una campanilla. Cruzaron a la otra acera de la calle, y allí permanecieron unos

instantes bajo un farol. Se oyó un ruido como de una ventana de corredera que se levantase lentamente, y poco después se abrió despacio la puerta. Entonces el señor Sikes cogió del cuello al aterrizado muchacho sin ningún cumplido, y pronto estuvieron los tres en el interior de la casa.

El pasillo se hallaba en la más completa oscuridad. Esperaron a que la persona que les abriese echase la cadena y atrancase la puerta de nuevo.

—¿Hay alguien ahí?—preguntó Sikes.

—No—respondió una voz que Oliver creyó haber oído antes.

—¿El viejo está?—preguntó el ladrón.

—Sí—contestó la voz—, y bastante mohino. Pero ¡no se va a alegrar ni nada de veros...!

El estilo de la respuesta, así como la voz que la pronunciara, sonaban a cosa conocida en los oídos de Oliver; mas era imposible distinguir siquiera la silueta del que hablara en la oscuridad.

—Pero tráenos una luz—exclamó Sikes—, porque nos vamos a romper las narices o a pisar al perro. ¡Y entonces cuida bien de las tuyas!, ¿sabes?

—Esperad un momento y os traeré una—replicó la voz.

Se oyó el ruido de pasos que se alejaban, y al minuto dibujose la figura del señor John Dawkins, conocido por el *Fullero Ladino*. En su mano derecha traía una vela de sebo en la punta de un palo.

El caballere te no se detuvo a hacer más demostración de haber reconocido a Oliver que una cómica mueca; mas, volviéndose, hizo una seña a los visitantes de que le siguieran mientras descendía por la escalera. Atravesaron una cocina vacía, y, abriendo una puerta de una habitación baja, que olía a tierra, construida, al parecer, en un corral, fueron acogidos con una carcajada.

—¡Anda Dios...!—exclamó maese Charley Bates, de cuyos pulmones procedía la risa—. Pero ¡si es él! ¡Ya está aquí! ¡Ay, Fagin, miradle! ¡Miradle, Fagin! Esto sí que no lo aguanto; tiene tanta gracia, que no puedo más. Que me sostenga alguien, que reviento de risa.

Con esta incontenible explosión de júbilo, maese Bates tirose al suelo cuan largo era, y comenzó a dar convulsivas patadas durante cinco minutos en un raptó de gozo. Luego, poniéndose en pie de un salto, le arrebató la vela al *Fullero*, y, avanzando hasta Oliver, le examinó por todos lados, mientras el judío, despojándose de su gorro de dormir, comenzó a hacer un sinfín de reverencias al aturrido muchacho. Entre tanto, el *Ladino*, de natural bastante melancólico, y que rara vez se entregaba a transportes de júbilo cuando había negocios de por medio, saqueaba los bolsillos de Oliver con constante asiduidad.

—¡Mirad qué trapitos, Fagin...!—exclamó Charley, acercándole tanto la luz a su chaqueta nueva, que diríase que pretendía prenderle fuego—. ¡Mirad qué trapitos! ¡La tela es superfina, y el corte, de ricachón! ¡Madre mía, qué gracia! ¡Y con sus libros y todo, talmente un caballero, Fagin!

—Encantado de veros tan elegante, hijo mío —dijo el judío, inclinando la cabeza con fingida humildad—. El *Ladino* te dará otro traje, no vayas a estropearlo ese de los domingos. ¿Por qué no escribiste, hijo mío, diciendo que venías...? Te hubiéramos dispuesto una buena cena.

Al oír esto, maese Bates bramó de risa de nuevo, a tal extremo que el mismo Fagin cedió a aquel júbilo y hasta el propio *Fullero* sonrió; mas como quiera que el *Ladino* había sacado del bolsillo en aquel instante el billete de cinco libras, queda en duda si fue la ocurrencia o el hallazgo lo que despertó su gozo.

—¡Caramba! ¿Qué es eso...? —preguntó Sikes, avanzando al ver al judío apoderarse del billete—. Eso es mío, Fagin.

—No, no, querido —opuso el judío—. Es mío, Bill, es mío. Para vos serán los libros.

—Si eso no es mío —amenazó Bill Sikes, poniéndose el sombrero con aire resuelto—, es decir, de Nancy y mío, me llevaré otra vez al muchacho.

Se estremeció el judío, Oliver también, aunque por muy distinta causa, ya que le nació la esperanza de que la disputa terminase, en efecto, con su salida de allí.

—¡Vamos! ¡Dádmelo! ¿Queréis...? —dijo Sikes.

—Esto no es justo, Bill. Esto no es justo, ¿verdad, Nancy? —preguntó el judío.

—Justo o injusto —replicó Sikes—, os digo que me lo entreguéis. ¿Creéis que Nancy y yo no tenemos otra cosa que hacer con nuestro precioso tiempo que buscar y secuestrar a todo jovencuelo que se os escape de las garras? ¡Venga eso aquí, viejo avaro; venga eso aquí!

Tras esta suave amonestación, el señor Sikes le arrancó el billete de entre los dedos al judío y, mirándole fríamente a la cara, le hizo varios dobleces y lo ató en su pañuelo.

—Esto es por las molestias que nos hemos tomado —dijo Sikes—, y no nos pagan ni siquiera la mitad. Podéis quedaros con los libros, si es que os gusta leer. Si no, vendedlos.

—Son muy bonitos —exclamó Charley Bates, que con múltiples gestos fingía leer uno de los tomos en cuestión—. ¡Qué bien escrito está! ¿Verdad, Oliver?

Al advertir la mirada de congoja con que Oliver contemplaba a los que le martirizaban, maese Bates, que poseía un aguzado sentido del ridículo, fue presa de otro raptó de hilaridad más estruendoso que el primero.

—Son del caballero anciano —dijo Oliver, retorciéndose las manos—, del buen caballero que me llevó a su casa y me cuidó cuando estuve a punto de morir de fiebre. ¡Oh! ¡Por favor, devolvédselos; devolvedle los libros y el dinero! ¡Tenedme a mí aquí toda la vida; pero, por favor, devolvédselos! ¡Pensará que se los he robado; la buena señora, que tan cariñosa y buena fue conmigo, también creerá que los he robado! ¡Oh, tened compasión de mí y devolvédselos!

Y con estas palabras, pronunciadas con toda la energía de su airado dolor,

Oliver hincose de rodillas a los pies del judío y unió sus manos en un gesto de desesperación.

—El muchacho tiene razón —observó Fagin, mirando ladinamente en derredor y frunciendo sus hirsutas cejas—. Tienes razón, Oliver; tienes razón: van a pensar que los has robado. ¡Ja, ja, ja! —rió, sarcástico, el judío, frotándose las manos—. ¡Si lo hubiéramos preparado, no nos habría salido mejor!

—¡Desde luego que no...! —replicó Sikes—. Me di cuenta de ello tan pronto como le vi por Clerkenwell con sus libros bajo el brazo. Está todo perfectamente dispuesto. Han de ser gentes caritativas y religiosas, pues, si no, no le hubiesen admitido en absoluto; y no es probable que hagan muchas pesquisas por él, por temor a tener que acusarle y dar lugar a que le encierren entonces. Está, pues, bastante seguro.

Oliver paseaba su mirada de uno en otro, como aturrido, mientras así hablaban, y apenas si entendía lo que pasaba; mas cuando Bill Sikes terminara se puso en pie de un salto y salió como loco de la habitación, pidiendo socorro a gritos, que en la vieja casa vacía resonaron hasta el tejado.

—¡Sostén al perro, Bill...! —gritó Nancy, poniéndose de un salto ante la puerta y cerrándola, en tanto el judío y sus dos discípulos se precipitaron en su persecución—. Sostén al perro, porque, si no, le hará pedazos.

—¡Así aprenderá! —exclamó Sikes, forcejeando por desasirse de la muchacha—. ¡Apártate de mi lado, o te estrello la cabeza contra la pared!

—No me importa, Bill; no me importa —gritó la muchacha, luchando a brazo partido con aquel hombre—. ¡Para que el perro le destroce, tendrás que matarme a mí antes!

—¡Ah, sí! ¿Eh...? —exclamó Sikes, apretando los dientes con furia—. ¡Pues lo haré al momento si no te quitas de en medio!

El salteador arrojó a la muchacha a un extremo de la habitación en el preciso instante en que el judío y los dos mozalbetes volvían arrastrando entre ellos a Oliver.

—¿Qué sucede aquí? —exclamó Fagin, mirando en torno a sí.

—Esta muchacha, que se ha vuelto loca, según parece —contestó Sikes como un salvaje.

—No; no se ha vuelto loca —dijo Nancy, pálida y jadeante por la refriega—. No me he vuelto loca, Fagin; no le creáis.

—Pues, entonces, cállate, ¿quieres? —repuso el judío con una amenazadora mirada.

—No; no quiero callarme tampoco —contestó Nancy, hablando a gritos—. ¡Vamos! ¿Qué os parece?

El señor Fagin estaba lo suficientemente acostumbrado a los modales y caprichos de esa determinada especie de la Humanidad a que pertenecía Nancy para comprender con bastante certeza que sería muy peligroso prolongar la

conversación con ella en aquel momento. Con el fin, pues, de distraer la atención de los presentes, dirigióse a Oliver:

—¿Conque querías escaparte, amiguito? —dijo el judío, cogiendo un nudoso garrote que descansaba en un rincón de la chimenea—. ¿Eh?

Oliver no respondió. Pero vigilaba los movimientos del judío y respiraba anhelosamente.

—¿Pedías socorro? Llamabas a la Policía, ¿no? —sonrió el judío, cogiendo al muchacho del brazo—. Pues vamos a quitarte las ganas de hacerlo otra vez, mi buen amigo.

El judío asestó un fuerte golpe con el garrote sobre las costillas de Oliver, y habíalo levantado de nuevo para descargar el segundo, cuando la muchacha, avanzando inopinadamente, se lo arrebató de la mano. Lo arrojó entonces al fuego con tal fuerza, que hizo saltar alguna de las relucientes brasas por la estancia.

—No consentiré que hagáis eso delante de mí —clamó la muchacha—. Si ya tenéis al muchacho, ¿qué más queréis? Dejadle; dejadle tranquilo, o dejaré en alguno de vosotros una señal que le ha de llevar a la horca antes de tiempo.

Y la joven golpeó violentamente el suelo con el pie al lanzar esta amenaza, mientras apretaba los labios y, crispadas las manos, miraba alternativamente al judío y al otro bandido, pálido el semblante con la ira que le fue naciendo poco a poco.

—¡Caramba, Nancy! —murmuró el judío con dulzura tras una pausa, durante la cual él y Sikes se miraron fijamente con gran desconcierto—. Esta..., esta noche estás más inspirada que nunca. ¡Ja, ja, ja...! Querida, estás haciendo tu papel a maravilla.

—Sí, ¿eh? —respondió la muchacha—. Pues cuidado de que no me supere. Lo ibais a pasar mal, Fagin. Por eso os digo con tiempo que os mantengáis lejos de mí.

Cuando una mujer está excitada, y sobre todo si añade a sus demás arrebatos los feroces impulsos de la indiferencia y la desesperación, hay algo en ella que son pocos los que se atreverían a provocar. El judío comprendió que sería inútil fingir otra interpretación de la verdadera cólera de Nancy, y, retrocediendo involuntariamente unos pasos, lanzó una mirada, mitad de súplica, mitad de cobardía, hacia Sikes, como indicándole que era él la persona más apropiada para proseguir el diálogo.

El señor Sikes, así silenciosamente exhortado, y acaso creyendo comprometido su personal orgullo e influencia en lograr reducir a la razón a la señorita Nancy, dio suelta a un par de docenas de maldiciones y amenazas, cuya rápida creación hablaba mucho en favor de la fertilidad de su ingenio. Sin embargo, como no produjeran efecto visible sobre el objeto contra quien iban lanzadas, recurrió a otros argumentos más tangibles.

—¿Qué pretendes con esto...? —exclamó Sikes, apoyando su pregunta en una vulgarísima imprecación relativa a una de las más bellas cualidades humanas que, si la oyeran desde arriba, sólo una vez de cada cincuenta que se profiere por aquí abajo, haría de la locura un trastorno tan corriente como el sarampión—. ¿Qué pretendes con esto? ¡Maldita sea mi vida! ¿Es que no sabes quién eres y lo que eres?

—¡Claro que lo sé! —respondió la muchacha, riendo histérica y agitando la cabeza de un lado a otro, fingiendo indiferencia.

—Pues entonces, cállate —replicó Sikes con un gruñido como el que estaba acostumbrado a utilizar al dirigirse al perro—, si no quieres que te calle yo para un buen rato.

Rió la muchacha de nuevo con menos serenidad que antes y lanzando una rápida mirada sobre Sikes, volvió luego la cara y se mordió el labio hasta hacerlo sangrar.

—¡Es muy bonito eso de dárseles de humanitaria y generosa! —añadió Sikes, contemplándola con una mirada de desprecio—. ¡Pues sí que la persona es a propósito para que el chico, como tú le llamas, te tome por amiga!

—¡Bien sabe Dios que sí lo soy! —exclamó la muchacha con ira—, y ojalá me hubiese caído muerta en la calle, o me hubiese cambiado por aquéllos esta noche, cuando tan cerca pasamos, antes que haberme prestado a traerle aquí. Desde hoy ya no será más que un ladrón, un mentiroso, un miserable... ¿No es eso bastante, para que encima le tenga que pegar el viejo ese?

—Vamos, vamos, Sikes —dijo el judío, dirigiéndose a él en tono de reconvencción y señalando a los muchachos, que contemplaban con atención todo cuanto sucedía—. Hay que hablar con educación; con educación, Bill.

—¡Con educación...! —exclamó la muchacha en un arrebato de cólera que infundía pavor—. ¡Con educación vos, sinvergüenza! ¡Claro, si os lo merecéis! No tenía yo ni la mitad de los años que éste —y señaló a Oliver—, y ya robaba para vos. Hace doce años que sigo el mismo oficio y continúo al servicio del mismo. ¿No lo sabéis? ¡Ea, hablad! ¿No lo sabéis?

—Bueno, bueno —repuso el judío en un intento de pacificación—. Aunque así sea, ¿no te has ganado la vida con eso?

—¡Ah, sí; la vida! —replicó la muchacha, más que hablando, disparando las palabras en un aullido continuo y vehemente—. ¡Y las calles frías, húmedas y sucias, mi hogar! ¡Y vos, el miserable que me arrastró a ellas hace tiempo, y en ellas me tendrá día y noche, noche y día, hasta la muerte!

—¡Y algo peor voy a hacerte —interrumpió el judío, vejado por aquellos reproches— si continúas hablando así!

Nada más dijo la muchacha; pero, mesándose el cabello y desgarrándose el vestido en un raptó de frenesí, lanzó tal embestida contra el judío, que probablemente hubiese dejado en él las huellas de su venganza si Sikes no la

hubiese cogido por las muñecas en el preciso instante, con lo que, tras unos ineficaces forcejeos, cayó desmayada.

—Ya está perfectamente —indicó Sikes, dejándola tendida en un rincón—. Cuando se pone así, tiene una fuerza extraordinaria en los brazos.

El judío se enjugó la frente y sonrió, como satisfecho de que hubiese terminado el altercado; mas ni él, ni Sikes, ni el perro, ni los mozalbetes, parecieron juzgar aquello más que como un vulgar suceso inherente al negocio.

—No hay peor cosa que tener que bregar con mujeres —dijo el judío, dejando el garrote en su sitio—; pero son listas, y en nuestro oficio no podemos pasarnos sin ellas. Charley, llévate a Oliver a la cama.

—Supongo que será mejor que mañana no vaya a la casa con su traje nuevo, ¿no es verdad, Fagin...? —preguntó Charley Bates.

—Desde luego que no —respondió el judío, devolviéndole la mueca que hizo aquél al formular su pregunta.

Maese Bates, aparentemente encantado con su encargo, cogió el palo que sostenía la vela y condujo a Oliver a una cocina antigua, donde había dos o tres lechos de aquellos en que ya durmiera con anterioridad; una vez allí, sin poder contener la risa, sacó, precisamente, las mismas ropas viejas de las que tanto se felicitara Oliver haberse desprendido en casa del señor Brownlow, y que, casualmente ofrecidas a Fagin por el judío que las adquirió, fueron la pista de su paradero.

—¡Quítate esos trapos tan elegantes! —dijo Charley—. Yo se los daré a Fagin para que cuide de ellos. ¡Tiene gracia!

El pobre Oliver obedeció de mala gana. Maese Bates hizo un lío con las ropas nuevas, y, colocándose bajo el brazo, salió de la habitación, dejando a oscuras a Oliver y cerrando la puerta con llave tras de sí.

El ruido de las risas de Charley y la voz de Betsy, que llegó a tiempo de echar a su amiga un poco de agua y desempeñar otros femeninos oficios que la hicieron volver en sí, hubiesen bastado para mantener despiertos a muchos que se hallaban en más felices circunstancias que aquellas en que se encontraba Oliver. Mas se sentía enfermo y rendido, y pronto quedose profundamente dormido.

*En el que el destino de Oliver, que continúa siéndole adverso, trae a Londres a un personaje que daña su reputación*

Es costumbre en el teatro, en todos los buenos y sanguinarios melodramas, presentar las escenas trágicas y cómicas por turno regular, como las capas rojas y blancas de un trozo de tocino entreverado bien curado. Húndese el héroe en su lecho de paja, agobiado por el peso de grilletes e infortunios, y, en la escena siguiente, su fiel e inconsciente escudero regala al auditorio con una cómica canción. Contemplamos, con el corazón agitado, cómo la heroína, presa en las garras de un barón orgulloso y despiadado, en peligro su vida y su virtud, desenvaina su puñal para conservar la una a costa de la otra, y en el preciso momento en que nuestras esperanzas se hallan en la cúspide de la excitación, se oye un silbido, y al instante nos vemos trasladados al gran salón de un castillo, donde un senescal de cabellos canos canta una graciosa canción a coro con un grupo de vasallos más graciosos todavía, libres de todo servicio, desde la cripta al palacio, y que se pasea por allí en un perpetuo gorjeo.

Estos cambios parecen absurdos; mas no son tan artificiosos como se creyera a primera vista. En la vida real las transiciones desde la mesa bien puesta al lecho de muerte, y desde los crespones de luto a los atavíos de gala, no son menos sorprendentes; sólo que allí somos intérpretes activos en vez de pasivos espectadores, lo que constituye una gran diferencia. Los actores, en la imitada vida del teatro, permanecen ciegos a esas violentas transiciones y bruscos impulsos de cólera o de pesar que, puestos ante los ojos del mero espectador, quedan seguidamente condenados por desaforados y absurdos.

Como quiera que las súbitas mutaciones de escena y rápidos cambios de tiempo y de lugar no sólo se hallan sancionados en los libros por el prolongado uso, sino también son considerados por muchos como el arte magno del creador; estimando los críticos la habilidad de un autor en su oficio precisamente en relación con las situaciones en que deja a sus personajes al final de cada capítulo, este breve preámbulo podría quizá considerarse innecesario. Si es así, júzgueselo con delicada insinuación por parte del historiador de que vamos a regresar inmediatamente a la ciudad en que naciera Oliver Twist, y el lector puede dar por sentado que existen poderosas y buenas razones para emprender el viaje; de lo contrario, no le invitaría a seguirnos a semejante expedición por ningún

motivo.

Muy de mañana salió el señor Bumble por la puerta del hospicio y se encaminó con majestuoso continente y paso imperativo High Street arriba. Hallábase en todo el esplendor y dignidad de su calidad de celador; centelleaban al sol su sombrero de tres picos y su levita, y se aferraba a su bastón con la vigorosa firmeza que prestan la salud y el poder. El señor Bumble llevaba siempre la cabeza erguida; mas aquella mañana marchaba con ella más alta que de costumbre. Había cierta abstracción en su mirada, tal exaltación en su porte, que muy bien pudiera haber advertido el observador extraño que por la imaginación del celador pasaban pensamientos demasiado grandes para ser expresados.

No se detuvo el señor Bumble a departir con los humildes comerciantes y con otros que le hablaron, deferentes, a su paso. Simplemente devolvioles el saludo con la mano, y no aflojó su digno paso hasta llegar al establecimiento donde la señora Mann atendía a los niños pobres con parroquial esmero.

—¡Condenado celador! —dijo la señora Mann al oír el conocido traqueteo en la puerta del jardín—. ¡A estas horas de la mañana no puede ser otro! ¡Caramba, señor Bumble, quién iba a pensar que erais vos! ¡Bien, amigo mío! ¡Qué grato placer el veros! Entrad, señor, al gabinete, por favor.

La primera frase iba dirigida a Susan, y las exclamaciones de gozo, dedicadas al señor Bumble, en tanto la buena mujer abría la puerta del jardín y le introducía con gran atención y respeto en la casa.

—Señora Mann... —dijo el señor Bumble, sin sentarse ni tirarse en el asiento, como lo hubiera hecho cualquier pelagatos, sino dejándose caer lenta y gradualmente sobre la silla—. Buenos días, señora Mann.

—Muy felices los tengáis, caballero —respondió la señora Mann con múltiples sonrisas—. Supongo que estaréis perfectamente.

—Así, así, señora Mann —respondió el celador—. La vida parroquial no es un lecho de rosas.

—¡Ay...! ¡Verdaderamente, no lo es, señor Bumble! —replicó la dama. Y, sin duda, todos los pobres asilados podrían haber respondido a coro con ella si hubiesen escuchado.

—La vida parroquial, señora —continuó el señor Bumble, golpeando la mesa con el bastón—, es una vida llena de preocupaciones, de disgustos y de molestias; mas todos los hombres públicos, pudiera decir, han de sufrir persecución.

La señora Mann, sin saber a punto fijo lo que el celador quería decir, alzó su mano en señal de compasión y suspiró.

—¡Ah! ¡Bien podéis suspirar, señora Mann! —añadió el celador.

Al enterarse de que había hecho bien, la señora suspiró de nuevo, evidentemente a satisfacción del funcionario público, que, conteniendo una sonrisa de complacencia mediante una torva mirada a su sombrero, agregó:

—Señora Mann, me voy a Londres.

—¡Cómo! ¡Señor Bumble...! —exclamó la señora Mann, retrocediendo.

—A Londres, señora —prosiguió el celador, inflexible—. En diligencia. Yo y dos asilados, señora Mann. Va a emprenderse una acción legal relativa a una jurisdicción, y la Junta me ha nombrado a mí, señora Mann, para deponer sobre el asunto ante el Tribunal Trimestral de Clerkenwell. Y yo me pregunto —añadió el señor Bumble, estirándose— si los tribunales de Clerkenwell no se van a encontrar en un aprieto antes de terminar conmigo.

—¡Oh! ¡No debéis ser muy duro con ellos, señor...! —dijo la señora Mann con zalamería.

—Ellos se lo han buscado, señora —respondió el señor Bumble—. Y si los tribunales de Clerkenwell salen peor parados de lo que suponen, tendrán que agradecerse a ellos mismos.

Había tanta resolución en la actitud amenazadora con que el señor Bumble se despojó de estas palabras, que la señora Mann quedó, al parecer, espantada. Al fin, dijo:

—¿Y vais en diligencia, señor? Creí que era costumbre enviar a los asilados en carro.

—Eso es cuando están enfermos, señora Mann —respondió el celador—. A los niños enfermos, si el tiempo está lluvioso, los ponemos en carros descubiertos para evitar que se resfríen.

—¡Ah! —exclamó la señora Mann.

—La diligencia de la parte contraria es la que contrata el traslado de estos dos, y no lleva carro —añadió el señor Bumble—. Los dos están en estado lastimoso, y hemos visto que resulta dos libras más barato efectuar el traslado que el entierro; es decir, si logramos colocárselos a otra parroquia, que sí creo que lo consigamos, si no se mueren en el camino para darnos en la cabeza. ¡Ja, ja, ja!

Después que el señor Bumble hubo reído un rato, sus ojos tropezaron de nuevo con su sombrero de tres picos y tornáronse graves.

—Pero nos estamos olvidando del negocio, señora —dijo el celador—. Aquí tenéis vuestro estipendio parroquial de este mes.

El señor Bumble sacó de su cartera unas monedas de plata envueltas en un papel y solicitó un recibo, que extendió la señora Mann.

—Está muy emborronado, señor —dijo la guardadora de niños—; pero creo que está en regla. Muchas gracias, señor Bumble; os lo agradezco muy de veras.

El señor Bumble hizo una suave inclinación de cabeza, correspondiendo a las corteses frases de la señora Mann, y preguntó por los chiquillos.

—¡Angelitos míos! —dijo la señora Mann con emoción—. Están todo lo bien que pueden estar los pobres. Excepto, claro es, los dos que se murieron la semana pasada, y el pequeño Dick

—¿No está mejor? —preguntó el señor Bumble.

La señora Mann denegó con la cabeza.

—Es ése un niño parroquial de bastante mala condición, mañoso y malintencionado —dijo el señor Bumble airadamente—. ¿Dónde está?

—Os lo traeré al instante, señor —respondió la señora Mann—. ¡Dick, ven aquí!

Tras algunas llamadas, encontraron a Dick Puesta su cara al chorro de la fuente, y una vez seco con el vestido de la señora Mann, condujéronle a la terrible presencia del señor Bumble, el celador.

El chiquillo estaba pálido y esquelético, las mejillas hundidas, brillantes y asustados los ojos. Las escasas ropas parroquiales, librea de su miseria, flotaban holgadamente sobre su débil cuerpo, y sus miembros se ofrecían escuálidos como los de un viejo.

Tal era el minúsculo ser que se presentó trémulo bajo la mirada del señor Bumble, sin atreverse a levantar los ojos del suelo, temeroso hasta de escuchar la voz del celador.

—¿Es que no sabes mirar al caballero, so terco? —dijo la señora Mann.

El niño levantó humildemente los ojos, que se encontraron con los del señor Bumble.

—¿Qué te pasa, mi parroquial Dick? —preguntó el señor Bumble con oportuna sonrisa.

—Nada, señor —respondió el niño con desmayo.

—Eso diría yo —exclamó la señora Mann, que, por supuesto, rióse mucho del buen humor del señor Bumble—. Estoy segura de que no quiere nada.

—Quisiera... —balbució el niño.

—¡Hola! —interrumpió la señora Mann—. ¿Es que vas a decir que necesitas algo, granujilla?

—¡Esperad, señora Mann, esperad! —dijo el celador, alzando la mano con aire autoritario—. ¿Qué es lo que queríais, caballero, eh?

—Quisiera —vaciló el niño— que, si alguien puede, me escribiera unas líneas en un papel, para doblarlo después, sellarlo y guardármelo hasta que esté debajo de tierra.

—¡Cómo! ¿Qué quiere decir este muchacho? —exclamó el señor Bumble, algo impresionado por la seriedad y el desolado aspecto del niño, no obstante estar acostumbrado a estas escenas—. ¿Qué queréis decir, caballero?

—Quisiera —dijo el niño— dejarle mis cariños al pobre Oliver Twist, y que supiese cuántas veces me he sentado a llorar yo solo, pensando que, mientras tanto, él andaba por ahí rodando en las noches oscuras, sin tener a nadie que le auxiliara. Y quisiera decirle —añadió el chiquillo, juntando sus manecitas y hablando con gran vehemencia— que me alegro de morir siendo pequeño, porque quizá si viviese mucho y llegase a ser hombre, y a viejo después, mi

hermanita, que está en el cielo, se olvidaría de mí y ya no sería como yo; y mucho más feliz había de ser estando los dos juntos de niños allá arriba.

El señor Bumble contempló a su interlocutor de pies a cabeza con indescriptible asombro y, volviéndose hacia la señora Mann, dijo:

—Todos son de la misma calaña, señora Mann. Ese descarado de Oliver los ha desmoralizado a todos.

—¡Quién lo hubiera creído, señor! —exclamó la señora Mann, alzando las manos mientras lanzaba a Dick una maligna mirada—. ¡No he visto nunca un mequetrefe tan empedernido!

—¡Lléváoslo, señora! —ordenó el señor Bumble imperativamente—. De esto hay que dar conocimiento a la Junta, señora Mann.

—Supongo que esos caballeros comprenderán que no tengo la culpa, señor —dijo la señora Mann, lloriqueando patéticamente.

—Lo comprenderán, señora; conocerán las verdaderas circunstancias del caso —dijo el señor Bumble—. ¡Ea, lleváoslo de aquí! ¡Quitadle de mi vista!

Dick fue retirado inmediatamente y encerrado en la carbonera. Poco después, despidiose el señor Bumble para hacer los preparativos de su viaje.

A las seis de la mañana siguiente, el señor Bumble, después de haber cambiado su sombrero de tres picos por otro redondo y embutido su persona en un casacón azul con esclavina, tomó asiento en la imperial de la diligencia, acompañado de los delincuentes objeto de la querrela, con los que, tras el oportuno transcurso del tiempo, llegó a Londres. No tuvo más contrariedades en el camino que las que le causaran con su aviesa conducta los dos asilados, obstinados en temblar y en quejarse de frío de tal modo, que el señor Bumble hubo de confesar que le hacían dar diente con diente y sentirse incómodo, a pesar de su casacón.

Tras haberse desembarazado de estos dos malintencionados durante la noche, el señor Bumble sentose en la posada donde se detuviera la diligencia y se dispuso una frugal cena de bistec, salsa de ostras y cerveza negra.

Y colocando después un vaso de agua caliente con ginebra en la repisa de la chimenea, acercó su silla al fuego, y después de hacerse varias reflexiones morales sobre el pecado difundido en exceso, del descontento y la lamentación, se dispuso a leer el periódico.

El primer párrafo sobre el que cayera la mirada del señor Bumble fue el siguiente anuncio:

#### CINCO GUINEAS DE RECOMPENSA

El jueves por la noche, un muchacho llamado Oliver Twist se ha evadido de su casa de Pentonville, o ha sido seducido a abandonarla, sin que hasta ahora se haya tenido noticia de él. Se entregará la citada recompensa a

toda persona que facilite la información necesaria para encontrar al citado Oliver Twist o que arroje alguna luz sobre su pasada historia, en la que, por diversas razones, tiene gran interés el anunciante.

Seguía después la descripción completa del traje, de la persona y del aspecto de Oliver, así como los detalles de la desaparición, y también el nombre y señas del señor Brownlow.

El señor Bumble abrió los ojos, leyó el anuncio lenta y concienzudamente tres veces seguidas, y en poco más de cinco minutos se hallaba camino de Pentonville, habiendo dejado intacto, en su agitación, el vaso de agua caliente con ginebra.

—¿Está en casa el señor Brownlow? —preguntó el señor Bumble a la sirvienta que le abrió la puerta.

A esta pregunta respondió la criada con la nada extraordinaria, pero sí evasiva respuesta de:

—No lo sé. ¿De parte de quién?

No bien hubo pronunciado el señor Bumble el nombre de Oliver como explicación de su visita, la señora Bedwin, que escuchaba detrás de la puerta del vestíbulo, salió presurosa al pasillo, casi sin aliento.

—Entrad, entrad —dijo la anciana—. Ya sabía yo que tendríamos noticias tuyas. ¡Pobre hijo mío! ¡Ya lo sabía yo; estaba segura! ¡Dios le bendiga! ¡Ya lo decía yo!

Dicho esto, la digna anciana regresó precipitadamente al gabinete y, sentándose en un sofá, rompió a llorar. La criada, que no era tan susceptible, había subido corriendo las escaleras entretanto y regresaba ya con la orden de que el señor Bumble la siguiese al momento, lo que así hizo.

Fue conducido al despachito donde se hallaban sentados el señor Brownlow y su amigo el señor Grimwig ante algunas botellas y vasos. Este último exclamó al instante:

—¡Un celador! ¡Si no es un celador parroquial, que me corten la cabeza, que me la como!

—Por favor, no interrumpáis ahora —dijo el señor Brownlow—. Tomad asiento, ¿queréis?

Sentose el señor Bumble, turbado por lo extraño de la actitud del señor Grimwig. El señor Brownlow colocó la lámpara de manera que pudiese contemplar a su placer el semblante del celador, y dijo con cierta impaciencia:

—Y bien, caballero: ¿venís por haber leído el anuncio?

—Sí, señor —contestó el señor Bumble.

—Y sois un celador, ¿no es cierto? —preguntó el señor Grimwig.

—Soy un celador parroquial, caballeros —respondió con orgullo el señor Bumble.

—Desde luego —dijole el señor Grimwig aparte a su amigo—. Lo sabía. ¡Un celador de cuerpo entero!

El señor Brownlow hizo un leve movimiento de cabeza para imponer silencio a su amigo y prosiguió:

—¿Sabéis dónde se encuentra actualmente ese pobre muchacho?

—Tanto como usted —respondió el señor Bumble.

—Entonces, ¿qué es lo que sabéis de él? —interrogó el anciano—. Hablad, amigo mío, si tenéis algo que decir. ¿Qué es lo que sabéis de él?

—Me figuro que no será nada bueno lo que sepáis, ¿no es cierto? —dijo el señor Grimwig cáusticamente, tras un detenido examen de los rasgos del señor Bumble.

El señor Bumble, captando el sentido de la pregunta al instante, agitó la cabeza con portentosa solemnidad.

—¿Lo veis? —dijo el señor Grimwig, mirando victorioso al señor Brownlow.

Éste contempló con recelo el rostro fruncido del señor Bumble y le rogó que le comunicase con brevedad cuanto supiese respecto a Oliver.

Dejó el señor Bumble su sombrero, se desabrochó el levitón, cruzose de brazos, inclinó la cabeza hacia atrás y, tras unos momentos de meditación, comenzó su historia.

Sería hartamente aburrido exponerla con las mismas palabras del celador, ya que el relato duró unos veinte minutos; mas el resumen y sustancia del mismo es el siguiente: Que Oliver era un expósito, nacido de padres pobres y depravados; que, desde su nacimiento, no mostró mejores cualidades que la perfidia, la ingratitud y la malicia; que terminó su breve carrera en el lugar de su nacimiento realizando un cobarde y sanguinario atentado contra un muchacho inofensivo y escapándose a medianoche de la casa de su amo. Como demostración de su personalidad, el señor Bumble extendió sobre la mesa los documentos que trajera de la ciudad, y, cruzándose nuevamente de brazos, esperó las observaciones del señor Brownlow.

—Mucho me temo que todo eso sea cierto —exclamó el anciano con pesar, después de examinar los documentos—. Quizá no lo comprendáis; pero de buena gana os hubiera dado el triple si lo que me decís hubiese sido favorable al muchacho.

No deja de ser probable que si el señor Bumble hubiese poseído esta información un momento antes de su entrevista, hubiera coloreado su breve relato de manera muy distinta. Sin embargo, ya era demasiado tarde; así pues, movió tristemente la cabeza y, embolsándose las cinco guineas, salió de allí.

El señor Brownlow, durante unos minutos, estuvo paseándose de un lado a otro de la habitación, tan visiblemente alterado por el relato del celador, que hasta el señor Grimwig se abstuvo de hostigarle.

Por último, se detuvo y agitó con violencia la campanilla.

—Señora Bedwin —dijo el señor Brownlow cuando apareció el ama de gobierno—, ese muchacho, Oliver, es un impostor.

—No puede ser, señor; no puede ser —exclamó la anciana con energía.

—Os digo que lo es —replicó el anciano—. ¿Qué significa eso de no puede ser? Acabamos de conocer la historia completa desde su nacimiento, y ha sido un perfecto granuja toda su vida.

—No lo creeré nunca, señor —respondió la buena mujer con firmeza—. ¡Nunca!

—Las viejas como vos no creen más que a los charlatanes y las mentiras de las noveluchas —refunfuñó el señor Grimwig—. Ya lo sabía yo. ¿Por qué no me pedisteis consejo desde un principio? Lo hubierais hecho, a no ser porque había tenido fiebre, ¿no es eso? Resultaba interesante, ¿verdad? ¡Interesante! ¡Bah! —y el señor Grimwig comenzó a atizar el fuego con ardor.

—Era un muchacho cariñoso, agradecido y dulce, señor —replicó la señora Bedwin, indignada—. Yo conozco a los niños, señor; llevo cuarenta años bregando con ellos; y el que no pueda decir otro tanto, mejor es que se calle. ¡Ésa es mi opinión!

Duro golpe éste para el señor Grimwig, puesto que era soltero. Mas como no arrancara de él otra cosa que una sonrisa, la vieja señora agitó la cabeza y se alisó el delantal, como disponiéndose a lanzar otro sermón, pero el señor Brownlow la contuvo.

—¡Silencio! —exclamó el anciano, fingiendo una cólera que estaba muy lejos de sentir—. Que no vuelva a oír hablar de ese muchacho. He llamado para decíroslo. Ya lo sabéis; jamás y bajo ningún pretexto. Podéis iros de aquí, señora Bedwin. Recordad que os lo digo muy en serio.

Aquella noche quedaron tristes las almas en casa del señor Brownlow.

Encogida estaba la de Oliver al pensar en sus buenos amigos; y menos mal que no sabía lo que les habían contado, porque, en tal caso, se hubiera muerto al instante de pesadumbre...

### *De cómo Oliver pasaba el tiempo en la provechosa compañía de sus honrados amigos*

Al mediodía siguiente, cuando el *Fullero* y maese Bates hubieron salido para desempeñar sus ocupaciones de costumbre, el señor Fagin aprovechó la ocasión para lanzar sobre Oliver un prolongado sermón acerca del enorme pecado de la ingratitud, del cual demostró claramente había sido culpable en no pequeño grado, al ausentarse voluntariamente de la compañía de sus preocupados amigos y, más aún, al tratar de escaparse de su lado después de las penalidades y gastos en que incurrieran para su rescate. Hizo hincapié el señor Fagin en el hecho de haber admitido a Oliver en su casa y haberle alimentado, cuando, sin su oportuno auxilio, acaso hubiera perecido de hambre; y le relató la triste y conmovedora historia de un jovencuelo a quien, llevado de su filantropía, socorriera en parecidas circunstancias; pero que, demostrando no ser digno de su confianza, y dando pruebas de su deseo de ponerse en comunicación con la Policía, acabó, desgraciadamente, ahorcado en el Old Bailey<sup>[11]</sup> una mañana. No trató el señor Fagin de ocultar su participación en la catástrofe, mas se lamentó con lágrimas en los ojos de que la mala cabeza y la alevosa conducta del joven en cuestión le hubiesen obligado a hacerle víctima de ciertas declaraciones que, si no totalmente ciertas, fueron indispensables para su seguridad (la del señor Fagin) y la de algunos dilectos amigos suyos. Terminó el señor Fagin pintándole un cuadro bastante desagradable de las incomodidades de la horca y, en forma muy amigable y cortés, expresó su viva confianza en que no se vería jamás obligado a someter a *Oliver Twist* a aquella molesta operación.

Helósele la sangre al pequeño Oliver al escuchar las palabras del judío, y, aunque imperfectamente, comprendió las tenebrosas amenazas que encerraban. Ya sabía él que hasta la Justicia podía confundir al inocente con el culpable cuando se hallaban casualmente juntos; y no le parecía, en absoluto, improbable que, en realidad, hubieran fraguado minuciosamente planes para la destrucción de las personas que sabían demasiado y resultaban en exceso comunicativas, ni que el viejo judío no los hubiese llevado a cabo en más de una ocasión, al recordar los altercados entre este último y el señor Sikes, quien parecía hacer referencia a alguna pasada conspiración de esta índole. Al alzar tímidamente sus ojos y encontrarse con la inquisitiva mirada del judío, advirtió que su pálido rostro y sus temblores no habían pasado inadvertidos por aquel avisado anciano,

ni habían dejado de complacerle.

Mostró el judío una horrenda sonrisa, y acariciando los cabellos de Oliver, añadió que si seguía callado y se aplicaba en el negocio, vería que todavía podían ser muy buenos amigos. Luego, cogiendo el sombrero y cubriéndose con una vieja casaca remendada, salió, cerrando la puerta con llave.

Así permaneció Oliver todo aquel día y la mayor parte de los siguientes, sin ver a nadie de la mañana a la noche, obligado durante las largas horas a platicar con sus pensamientos, que, al no dejar jamás de recaer en sus buenos amigos y en la opinión que habrían formado de él, eran bastante tristes por cierto.

Transcurrida una semana aproximadamente, el judío dejó sin cerrar la puerta y quedó en libertad de andar por la casa.

Era aquél un lugar inmundo. Las habitaciones del piso alto tenían grandes chimeneas de madera y amplias puertas; paredes artesonadas y cornisas hasta el techo, que, aunque ennegrecidas por el polvo y el abandono, mostraban diversas ornamentaciones, de todo lo cual dedujo Oliver que, mucho tiempo atrás, antes de nacer el judío, habrían pertenecido a mejores gentes, y quizás hubiesen resultado alegres y hermosas, por muy tristes y lúgubres que ahora pareciesen.

Las arañas tejían sus telas en los ángulos de las paredes y techos, y, a veces, cuando Oliver penetraba silenciosamente en una habitación, escabullíanse los ratones por el piso, huyendo aterrorizados hacia sus agujeros. Con estas excepciones, ningún signo ni rumor de cosa viva existía allí, y con frecuencia, al anochecer, cansado de vagar por las habitaciones, se acurrucaba en un rincón del pasillo, junto a la puerta de la calle, para sentirse lo más cerca posible de los seres vivos, y así permanecía, escuchando y contando las horas, hasta que regresaban el judío y los muchachos.

En todos los aposentos estaban herméticamente cerradas las viejas contraventanas, y las barras que las sujetaban, atornilladas fuertemente a la madera, por lo que la única luz que penetraba hacía lo a través de los agujeros circulares de la parte alta, dando a las estancias un tono más lúgubre y llenándolas de extrañas sombras. En una olvidada buhardilla había un ventanillo de enmohecidas rejas, que no tenía contraventana; desde allí pasábase Oliver varias horas mirando con rostro melancólico, mas sólo se divisaba una confusa y abigarrada masa de tejados, ennegrecidas chimeneas y remates. Columbraba a veces alguna desgreñada cabeza cana que se asomaba al pretil de una casa lejana, pero pronto desaparecía, y como el ventanillo de observación de Oliver estaba condenado y velados los cristales por las lluvias y el humo de los años, había de conformarse con distinguir las siluetas de los diferentes objetos lejanos, sin poder intentar ser visto ni oído, cuyas posibilidades eran tan escasas como si viviese dentro de la bola de la catedral de San Pablo.

Una tarde, hallándose comprometidos el *Fullero* y maese Bates para la noche aquella, ocurriósele al primero dar muestras de cierta preocupación con respecto

al ornato de su persona (flaqueza que, hagámosle justicia, no era en modo alguno habitual en él), con cuyo propósito dignose ordenar a Oliver que le ayudase al instante en su tocado.

Era tanto el contento que sentía Oliver al poder ser útil, tanta su felicidad al tener rostros que contemplar, por perversos que éstos fuesen, y tan deseoso estaba de atraerse a los que le rodeaban, siempre que pudiera hacerlo honradamente, que no opuso ningún reparo a semejante proposición. Así pues, expresó al instante su conformidad, y arrodillándose en el suelo, mientras el *Fullero* se sentaba en la mesa, para colocar el pie en una rodilla de Oliver aplicose éste a la operación que el señor Dawkins denominaba «charolarse los calcorros», lo que, en lenguaje vulgar, quería decir: «limpiarse las botas».

Ora por el sentido de libertad e independencia que es de suponer experimenta todo animal racional cuando se sienta cómodamente en una mesa, fumando en pipa y balanceando al desgairse una pierna mientras le limpian las botas, sin que la molestia pasada de habérselas quitado ni el engorro futuro de tener que ponérselas turbe sus reflexiones; ora por la buena calidad del tabaco que dulcificaba las sensaciones del *Fullero*, o por la suavidad de la cerveza que ablandaba sus pensamientos, es lo cierto que se sentía inspirado en aquel momento de un impulso de hidalguía y de entusiasmo, extraño a su carácter natural. Contempló a Oliver con rostro pensativo un breve instante, y luego, alzando la cabeza y exhalando un leve suspiro, dijo, mitad semiabstraído y mitad dirigiéndose a maese Bates:

—¡Qué lástima que no sea un randa!

—¡Ah! —exclamó maese Bates—. No sabe lo que le conviene.

El *Fullero* suspiró de nuevo y reanudó sus chupadas a la pipa, lo mismo que Charley Bates. Ambos continuaron fumando unos minutos en silencio.

—Claro que tú ni siquiera sabrás lo que es un randa, ¿no? —preguntó el *Fullero* en tono compasivo.

—Creo que sí —respondió Oliver, alzando la mirada—. Es un la... Tú eres uno de éstos, ¿no? —preguntó Oliver, deteniéndose al instante.

—Sí —respondió el *Fullero*—. Y me daría vergüenza ser otra cosa.

El caballero Dawkins dióle a su sombrero un feroz papirotazo al expresar esta opinión y quedose mirando a maese Bates, como indicándole que le agradecería mucho que dijese algo en contrario.

—Eso soy —insistió el *Fullero*—. Y lo es Charley, y Fagin, y Sikes, y Nancy, y Bet. Lo somos todos, hasta el perro. ¡Y éste es el más vivo de todos!

—Y el menos chivato —añadió con orgullo Charley Bates.

—Si lo llevasen al banco de los testigos, por no soltar prenda ni ladraría siquiera, y aunque le echaran el lazo y lo dejaran quince días sin comer, no cantaría —dijo el *Fullero*.

—Pero que ni gorda —observó Charley.

—Es un perro de aúpa. ¿Te fijas en las miradas de fiera que echa cuando algún gachó desconocido canta o ríe si él está acompañado? —prosiguió el *Fullero*—. ¿Y te das cuenta de que ni gruñe siquiera cuando oye tocar el violín? ¿Y el odio que tiene a los demás perros, como si no fueran de su casta?

—Es un cristiano cabal —dijo Charley.

Esto no pretendía ser sino un homenaje a las habilidades del perro; mas en otro sentido resultaba una observación justa, aunque maese Bates no lo sospechase, pues existen muchísimas damas y caballeros que alegan ser cristianos cabales, y entre ellos y el perro de Sikes existen múltiples y singulares puntos de contacto.

—Bueno, bueno —dijo el *Fullero*, volviendo al punto en que se desviarán, con esa atención propia de su oficio que influía todos sus actos—. Eso no tiene nada que ver con este cándido.

—Claro que no —dijo Charley—. Y ¿por qué no te colocas con Fagin, Oliver?

—¿Y haces tu fortuna de corrido? —añadió el *Fullero*, sonriendo.

—Así te podrás retirar a vivir de tu renta y dártelas de elegante, como yo pienso hacer el próximo año bisiesto, o el cuarenta y dos martes de la Trinidad —dijo Bates.

—No me gusta eso —replicó Oliver tímidamente—. ¡Ojalá me dejasen marcharme...! Yo..., yo... preferiría irme.

—Pero ¡Fagin prefiere que no te vayas! —replicó Charley.

Oliver lo sabía perfectamente; mas pensando que acaso fuese peligroso expresar sus sentimientos con mayor franqueza, se limitó a suspirar y continuó limpiando tranquilamente las botas.

—¡Irte, dices! —exclamó el *Fullero*—. Pero ¿dónde tienes la dignidad? ¿Es que no tienes orgullo? ¿Querías marcharte para vivir a costa de tus amigos?

—¡Olvida eso! —dijo maese Bates, sacando dos o tres pañuelos de seda del bolsillo y metiéndolos en un aparador—. Eso sí que es indigno.

—Yo no podría —dijo el *Fullero* con aire de altiva repugnancia.

—Sin embargo, si podéis abandonar a vuestros amigos —murmuró Oliver con una leve sonrisa— y permitís que los castiguen por lo que vosotros hicisteis.

—Eso —replicó el *Fullero*, haciendo una pausa en sus chupadas— fue todo por consideración a Fagin. Los *polis* saben que trabajamos juntos, y le hubiéramos dado un disgusto si no nos las piramos. Por eso fue la prisa, ¿no es verdad, Charley?

Maese Bates hizo una señal de asentimiento y parecía dispuesto a decir algo; mas el recuerdo de la fuga de Oliver acudió a él tan bruscamente, que el humo que aspiraba en aquel momento se le enredó con una carcajada, se le subió por la cabeza y le bajó por la garganta, produciéndole un acceso de toses y patadas

que duró cinco minutos largos.

—¡Mira! —dijo el *Fullero*, sacando del bolsillo un puñado de chelines y medios peniques—. ¡Esto sí que es buena vida! ¿Qué importa de dónde sale? ¡Toma, coge! Hay muchos más en donde lo sacamos. ¿No quieres? ¿No? ¡Eres un primo!

—¡Qué descarado! ¿Verdad, Oliver...? —preguntó Charley Bates—. Acabará porque le aprieten el gaznate, ¿no crees?

—No sé lo que es eso —respondió Oliver.

—Pues algo así, amigo —dijo Charley, al tiempo que cogía una punta de su corbata y, colocándola erguida en el aire, inclinaba la cabeza sobre un hombro y dejaba escapar un curioso sonido a través de los dientes, indicando con ello, merced a esta pantomima, que apretar el gaznate y ahorcar son una misma cosa.

—Ya sabes lo que es —añadió Charley—. Fíjate cómo mira, Jack. En mi vida he visto un chico más inocente. Yo me muero de risa —maese Bates, después de reír de nuevo a mandíbula batiente, volvió a su pipa con lágrimas en los ojos.

—A ti te han educado muy mal —dijo el *Fullero*, contemplando con satisfacción sus botas, ya limpias por Oliver—. Menos mal que Fagin hará algo por ti; si no, serás el primero que haya resultado inútil. Más te valdría empezar enseguida. Al fin y al cabo, acabarás entrando en el oficio mucho antes de lo que crees, y estás perdiendo el tiempo, Oliver.

Maese Bates apoyó este consejo con varias reflexiones morales de su cosecha, y una vez agotadas éstas, él y su amigo Dawkins se lanzaron a una deslumbrante descripción de los numerosos placeres inherentes a la vida que llevaban entremezclada de una diversidad de insinuaciones a Oliver de que lo mejor que podría hacer era ganarse el favor de Fagin, sin más espera, por el mismo procedimiento que ellos habían empleado para conquistárselo.

—Y apréndete esto, Nolly —añadió el *Fullero* al oír al judío abrir la puerta—: Si no *mangas fazos y pelucos*...

—¿A qué viene hablar así —interrumpió maese Bates—, si éste no sabe lo que quiere decir eso?

—Si no *mangas* pañuelos y relojes —dijo el *Fullero*, colocando su conversación al nivel de la capacidad de Oliver—, otro fulano lo hará; así que peor para los gachós que se quedan sin ellos, y peor para ti también; conquie nadie saldrá ganando, sino los que los cojan, y tú tienes el mismo derecho que ellos a cogerlos.

—¡Seguramente, seguramente! —dijo el judío, que había entrado sin que le viese Oliver—. Dicho en pocas palabras, así es, hijo mío... Sigue el consejo del *Fullero*. ¡Ja, ja, ja! Sabe muy bien el catecismo del oficio.

El viejo frotose, gozoso, las manos, y en tanto corroboraba los razonamientos del *Fullero*, reía entre dientes encantado de los adelantos de su discípulo.

No continuó la conversación a la sazón, ya que el judío había regresado acompañado de la señorita Betsy y de un caballero a quien Oliver no había visto nunca, pero a quien el *Fullero* se dirigió por el nombre de Tom Chitling, y que, por haber quedado atrás en la escalera diciendo unas galanterías a la joven, no hizo su aparición hasta entonces.

El señor Chitling era de mayor edad que el *Fullero*, ya que acaso contase dieciocho inviernos, pero había un grado de diferencia en su conducta para con este jovencuelo, que hacía pensar que se sentía ligeramente inferior a él en punto a ingenio y conocimientos profesionales. De ojos pequeños y brillantes y cara picada de viruelas, llevaba una gorra de piel, chaqueta de pana oscura, grasientos pantalones de fustán y un mandil. En realidad, su vestimenta se hallaba en bastante mal estado, mas se excusó ante los presentes manifestando que el *plazo* había terminado una hora antes, y que como llevaba seis semanas con el uniforme puesto, no había tenido tiempo de prestar atención a sus ropas de paisano. Añadió el señor Chitling, con evidentes muestras de enojo, que la nueva moda de fumigar las ropas allá arriba era diabólica y anticonstitucional, ya que las abrasaba, y no había manera de apelar contra el condado. Igual consideración podía aplicarse al modo reglamentario de cortar el cabello, que, según él, era decididamente ilegal. El señor Chitling remató sus observaciones afirmando que no había probado ni gota de nada durante cuarenta y dos mortales, eternos y afanosos días, y que « reventase si no estaba más seco que una astilla ».

—¿De dónde te parece que viene este caballero, Oliver? —le preguntó el judío, sonriente, mientras los otros muchachos colocaban una botella de licor sobre la mesa.

—No..., no sé, señor —respondió Oliver.

—¿Quién es ése? —interrogó Tom Chitling, mirando desdeñosamente a Oliver.

—Un joven amigo mío, querido... —contestó el judío.

—¿Está en puertas, entonces? —dijo el joven con una mirada significativa a Fagin—. No te importe, jovencito, saber de dónde vengo; pronto encontrarás el camino; te apuesto lo que quieras.

Rieron los muchachos de esta ocurrencia, y tras algunas bromas más sobre el mismo tema, cruzaron unos cuantos cuchicheos con Fagin y salieron.

Después de algunos apartes entre el recién llegado y Fagin, acercaron las sillas al fuego, y el judío, diciendo a Oliver que se sentase a su lado, llevó la conversación a los temas más apropiados para interesar a sus oyentes. Eran éstos las grandes ventajas del oficio, los progresos del *Fullero*, la amabilidad de Charley Bates y su propia generosidad. Al cabo, estos temas dieron muestras de estar absolutamente agotados, lo mismo que le sucedía al señor Chitling, ya que el correccional resulta cansado después de una o dos semanas. En su

consecuencia, retirase la señorita Betsy para que descansasen un poco los demás.

A partir de aquel día, rara vez dejaron solo a Oliver, manteniéndole casi en constante comunicación con los dos muchachos, que jugaban todos los días con el judío al juego de siempre, ora para su propio perfeccionamiento, ora para el de Oliver; Fagin es quien únicamente podría decirlo.

Otras veces contábales el viejo historias de las rapiñas que cometiera en su juventud, salpicadas de tantas cosas graciosas y extrañas, que Oliver no tenía más remedio que reírse de buena gana, demostración de que, a pesar de sus buenos sentimientos, aquello le divertía.

En resumen: el astuto judío había atrapado al muchacho en sus redes, y, después de haberle preparado el espíritu, por medio de la soledad y la tristeza, para que prefiriese cualquier compañía a la de sus tristes pensamientos en aquel melancólico lugar, iba inculcando lentamente en su alma el veneno que esperaba habría de ennegrecerla y cambiarla de color para siempre.

*En el que se discute y se adopta un plan notable*

Fue una noche de viento, fría y lluviosa, cuando el judío, abrochándose hasta arriba la casaca sobre su cuerpo arrugado, y subiéndose el cuello hasta las orejas para ocultar por completo la parte inferior de su rostro, salió de su guarida. Hizo una pausa en el umbral en tanto cerraban con llave y atrancaban la puerta tras de sí, y después de escuchar para cerciorarse de que los muchachos quedaban seguros, y una vez que dejaron de oírse los pasos que se alejaron, se deslizó calle abajo todo lo deprisa que pudo.

La casa a la que habían trasladado a Oliver se hallaba en las inmediaciones de Whitechapel. Detúvose un instante el judío en la esquina de la calle, y, mirando recelosamente en torno a sí, cruzó la calzada y se dirigió en dirección a Spitalfields.

Un lodo espeso cubría las losas, y una densa niebla envolvía las calles; la lluvia caía lentamente, y todo se sentía frío y viscoso al tacto. Diríase que era la noche propia para que semejante judío andurrease por ellas. Al marchar resbalándose furtivamente, al amparo de muros y portaladas, el odioso viejo semejaba un asqueroso reptil, engendrado en el cieno y la oscuridad en que se movía, arrastrándose en la noche en busca de algunos ricos despojos.

Prosiguió su andar por tortuosas y angostas callejas hasta llegar a Bethnal Green; allí, torciendo bruscamente a la izquierda, pronto quedó envuelto en el laberinto de las ruines e inmundas callejuelas que abundan en aquel apretado y populoso barrio.

Sin embargo, el judío estaba, sin duda, demasiado familiarizado con los lugares que atravesaba para asustarse de la oscuridad de la noche ni de lo intrincado de su ruta. Dejó atrás precipitadamente varios pasadizos y callejas, y, por último, enfiló una, iluminada únicamente por un solo farol en un tejado extremo. Llamó a la puerta de una casa de esta calle, y, tras cruzar unas palabras en voz baja con la persona que le abriera, comenzó a subir las escaleras.

Al llegar frente a una habitación y posar su mano sobre el picaporte gruñó un perro, y una voz de hombre preguntó quién era.

—Soy yo, Bill; soy yo, amigo mío —respondió el judío, asomando la cabeza.

—Entrad, pues, de una vez —dijo Sikes—. ¡Échate, estúpido animal! ¿No conoces al diablo porque viene con casaca?

Al parecer, al perro habíale engañado el atavío externo del señor Fagin, pues que tan pronto como el judío se desabrochó el levitón y lo dejó sobre el respaldo de una silla volvióse al rincón de donde se levantara, meneando la cola para demostrar que estaba ya todo lo convencido que podía estar.

—¿Y bien? —dijo Sikes.

—Pues bien, amigo mío —repuso el judío—. ¡Ah, Nancy!

Esta última exclamación de saludo fue lanzada con el consiguiente embarazo para que se advirtiesen las dudas que abrigaba sobre su acogida, ya que el señor Fagin y su joven amiga no habían vuelto a verse desde que ésta intercediese en favor de Oliver. Mas todos los recelos que tuviera, si es que alimentaba algunos, los disipó al instante la conducta de la joven. Retiró ésta sus pies del guardafuegos, echó hacia atrás su silla y rogole a Fagin que se acercase, sin añadir una palabra más, pues que la noche estaba fría y no cabía error sobre su propósito.

—Hace frío, Nancy —murmuró el judío, calentándose las arrugadas manos al fuego—. Se le cuele a uno hasta los huesos —añadió el viejo, llevándose la mano a un costado.

—Muy agudo ha de ser para que penetre en vuestro corazón —dijo el señor Sikes—. Dale algo de beber, Nancy. Pero, ¡porra!, date prisa. Es para ponerse malo ver temblar a ese viejo esqueleto, como si fuese un horrible fantasma que acaba de salir de la tumba.

Nancy sacó con presteza una botella del aparador, en donde había muchas y, a juzgar por la diversidad de su aspecto, llenas de distintas clases de líquidos. Sikes llenó un vaso de coñac e invitó al judío a que lo apurase.

—Con esto me basta; gracias, Bill —replicó el judío, dejando el vaso no bien hubo mojado sus labios en él.

—¡Cómo! ¿Es que teméis que os vayamos a engañar? —preguntó Sikes, mirándole fijamente a los ojos—. ¡Bah!

Con un hosco gruñido de desprecio, el señor Sikes cogió el vaso y arrojó su contenido sobre las cenizas, como medida preventiva para llenárselo de nuevo, lo que hizo al instante.

El judío paseó su mirada en torno a la habitación en tanto su compañero trasegaba el segundo vaso, y no por curiosidad, pues ya la conocía de antiguo, sino en esa actitud intranquila y recelosa que tan habitual era en él.

La estancia estaba pobremente amueblada, y sólo el contenido de la alacena podía inducir a creer que su ocupante no fuese más que un trabajador, ya que no había más objetos sospechosos expuestos a la vista que dos o tres pesados garrotes, en pie en un rincón, y un rompecabezas que colgaba de la chimenea.

—¡Ea! —exclamó Sikes, relamiéndose—. Ya estoy listo.

—¿Para el negocio? —preguntó el judío.

—Para el negocio —contestó Sikes—. Hablad, pues, lo que tengáis que

decirme.

—¿Sobre el asunto de Chertsey, Bill? —preguntó el judío, acercando más la silla y hablando en voz muy baja.

—Sí. ¿Qué hay de eso? —preguntó Sikes.

—¡Ah! Ya sabéis a lo que me refiero, amigo mío —díjole el judío—. ¿Verdad, Nancy, que sabe lo que quiero decir?

—No; no lo sabe —ironizó Sikes—. O no quiere saberlo, que es lo mismo. Hablad claro y llamad a las cosas por su nombre; no estéis ahí haciendo gestos y lanzando indirectas, como si no fueseis vos el primero que pensó en el robo. ¿Qué queréis decir?

—¡Callad, Bill, callad! —exclamó el judío, que en vano trató de contener este estallido de indignación—. Alguien puede oírnos, amigo mío; pueden oírnos.

—¡Pues que nos oigan...! —replicó Sikes—. No me importa —mas como, al reflexionar, sí le importara, bajó la voz a medida que respondía, y apaciguose.

—Así, así —dijo el judío con marrullería—. Fue sólo por prudencia... y nada más. Ahora, amigo mío, hablemos del asunto de Chertsey... ¿Cuándo lo hemos de hacer, Bill, eh? ¿Cuándo? ¡Qué vajilla, querido, qué vajilla! —exclamó el judío, frotándose las manos y elevando los ojos en un éxtasis anticipado.

—No hay nada que hacer —respondió Sikes con frialdad.

—¡Que no hay nada que hacer...! —repitió el judío, echándose hacia atrás sobre la silla.

—No; no hay nada que hacer —replicó Sikes—. Por lo menos, no es un asunto maduro, como esperábamos.

—Eso es que no lo han sabido llevar como es debido —exclamó el judío, pálido de ira—. ¡No me digáis más!

—Pues claro que os diré —replicó Sikes—. ¿Quién sois vos para que no haya de decíroslo? Hace quince días que Toby Crackit anda rondando por allá y no ha conseguido hacer entrar por el aro ni a uno de los criados.

—¿Queréis decirme, Bill —repuso el judío, dulcificándose a medida que el otro se acaloraba—, que no se puede contar con ninguno de los dos criados de la casa?

—Sí; eso quiero deciros —contestó Sikes—. La vieja los tiene a su servicio desde hace veinte años, y, aunque les dieseis quinientas libras, no aceptarían.

—Pero ¿creéis, amigo mío —replicó el judío—, que no se puede lograr nada con las mujeres?

—Nada en absoluto —prorrumpió Sikes.

—¿Ni siquiera por medio del flamante Toby Crackit? —insistió, incrédulo, el judío—. Pensad en lo que son las mujeres, Bill.

—Pues ni siquiera él —insistió Sikes—. Dice que se puso patillas postizas y un chaleco color canario mientras anduvo por allí rondando; pero todo inútil.

—Debió haber probado con bigotes y pantalones de militar, amigo mío —dijo

el judío.

—También probó —dijo Sikes—; pero surtió el mismo efecto que el otro disfraz.

Quedose turbado el judío al escuchar tales noticias. Después de reflexionar unos minutos, con la barbilla hundida en el pecho, alzó la cabeza y dijo, al mismo tiempo que exhalaba un hondo suspiro, que si Toby Crackit, el magnífico, había informado con justeza, temía que habría que dar el asunto por perdido.

—Y, sin embargo —murmuró el viejo, dejando caer las manos sobre sus rodillas—, es una triste gracia, amigo mío, perder tanto cuando ya contábamos con ello.

—Así es —contestó Sikes—. ¡Mala suerte!

Abríose un largo silencio, durante el cual el judío quedó sumido en hondas meditaciones, con el rostro contraído en una expresión de ruindad perfectamente diabólica. Sikes le contemplaba furtivamente de vez en vez, Nancy, temerosa, al parecer, de enojar al salteador, permanecía sentada, fijos sus ojos en el fuego, cual si no hubiese oído nada de cuanto se dijera.

—Fagin —dijo Sikes bruscamente, rompiendo el silencio—, ¿creéis que el asunto vale tal vez cincuenta soberanos más si se lleva a cabo desde fuera?

—Sí —replicó el judío, despabilándose al instante.

—¿Trato hecho? —preguntó Sikes.

—Sí, amigo mío, sí —replicó el judío.

Brillábanle los ojos, y en todos los músculos de su semblante se reflejaba la conmoción que había causado en él aquella pregunta.

—Entonces —dijo Sikes, apartando la mano del judío con cierto desdén— podríamos hacerlo tan pronto como gustaseis. Toby y yo saltamos anteanoche la tapia del jardín y hemos tanteado las puertas y postigos. La casucha está atrancada por la noche como si fuese una cárcel; pero hay un sitio que podremos forzar con seguridad y sin ruido.

—¿Qué sitio es ése? —preguntó ávidamente el judío.

—Veréis —susurró Sikes—. Según se cruza el césped...

—Sí, sí —murmuró el judío, inclinando la cabeza hacia delante, con los ojos casi saltándosele de las órbitas.

—¡Hum! —gritó Sikes, callándose al instante al ver que la muchacha, apenas sin moverse, volvía la cabeza y le señalaba la cara del judío—. No os preocupéis por el sitio. No podréis hacer nada sin mí; pero cuando se trata con vos hay que ponerse en guardia.

—Como gustéis, amigo mío, como gustéis —repuso el judío—. ¿No se necesita más ayuda que la vuestra y la de Toby?

—Ninguna más —dijo Sikes—. Excepto un taladro y un muchacho. Lo primero lo tenemos ya; lo segundo habréis de buscárnoslo.

—¡Un muchacho! —exclamó el judío—. ¡Ah! Luego hay un hueco por

donde..., ¿eh?

—¡No os preocupéis de lo que haya! —replicó Sikes—. Necesito un muchacho que no sea muy grande. ¡Ah, Señor! —exclamó Sikes, pensativo—. ¡Si estuviese aquel chiquillo de Ned, el deshollinador! Lo tenía flaco a propósito, y lo alquilaba a destajo. Pero al padre me lo encerraron, y entonces vino la Sociedad de Jóvenes Delincuentes y se llevó al chico, quitándole de un oficio con el que ganaba dinero; le enseñó a leer y a escribir, y me lo convirtió en un aprendiz. Y así andan —añadió Sikes, creciendo su cólera al recuerdo de sus males—, así andan; si tuviesen dinero suficiente (gracias que la Providencia no quiere que lo tengan), dentro de un par de años no nos quedaría ni media docena de mocosos para el oficio.

—Ni siquiera eso —asintió el judío, que, meditando durante su discurso, sólo había percibido la última frase—. ¡Bill!

—¿Qué hay? —preguntó Sikes.

El judío señaló con la cabeza a Nancy, que continuaba mirando al fuego, dándole a entender con una seña que debiera haberle hecho abandonar el cuarto. Sikes se encogió de hombros con impaciencia, cual si juzgase innecesaria tal precaución; mas accedió, sin embargo, ordenando a Nancy que fuese a buscarle un jarro de cerveza.

—No necesito cerveza ninguna —respondió Nancy, cruzándose de brazos y siguiendo sentada tranquilamente.

—¡Te digo que sí! —repuso airado Sikes.

—Tontunas —replicó con frialdad la muchacha—. Continúa, Fagin. Si sé lo que te va a decir, Bill; no tiene que preocuparse por mí.

Vaciló aún el judío. Sikes miró a una y a otro sorprendido.

—Bueno; no os importará la muchacha, Fagin, ¿eh? —preguntó al cabo—. Hace tiempo que la conocéis y podéis tener confianza en ella, ¡qué demonio! No es de las que van con el cuento. ¿No es cierto, querida Nancy?

—¡Yo diría que no! —respondió la joven, acercando la silla a la mesa y apoyándose de codos en ella.

—No, no, querida; ya sé que no —repuso el judío—; pero... —y de nuevo hizo una pausa el viejo.

—Pero ¿qué? —preguntó Sikes.

—No sabía sí, por casualidad..., ¿comprendéis, amigo mío...?, estaría tan malhumorada como la otra noche —replicó el judío.

Ante esta confesión, Nancy rompió a reír a carcajadas, y, apurando un vaso de coñac, sacudió la cabeza con aire de reto y lanzó diversas exclamaciones como ésta:

—¡Adelante, caballero! ¿Quién dijo miedo?

Surtieron, al instante, el efecto de tranquilizar a ambos, ya que el judío, moviendo la cabeza con aire satisfecho, ocupó de nuevo su asiento, lo mismo que

el señor Sikes.

—Vamos, Fagin... —añadió Nancy riendo—. ¡Habladle a Bill enseguida de Oliver!

—¡Ah! ¡Qué lista eres, amiguita! ¡Es la muchacha más avispada que he visto en mi vida! —exclamó el judío, dándole unos golpecitos en la espalda—. Desde luego, era de Oliver de quien quería hablaros ahora. ¡Ja, ja ja...!

—¿Qué pasa con él...? —inquirió Sikes.

—Que es el muchacho que necesitáis, amigo mío —respondió el judío con voz ronca, en tanto se llevaba el dedo a la nariz y ponía una horrenda mueca.

—¡É! —exclamó Sikes.

—¡Aceptale, Bill! —dijo el judío—. Yo lo tomaría si estuviese en tu caso. Tal vez no esté tan ducho como los otros; pero no es eso lo que necesitas, si sólo quieres que te abra la puerta. Ten la seguridad de que te servirá, Bill.

—Yo sé que sí —replicó Fagin—. Lleva varias semanas de entrenamiento, y ya es hora de que empiece a ganarse el pan. Además, los otros son demasiado grandes.

—Bien; él tiene, precisamente, la estatura que necesito —dijo el señor Sikes, reflexionando.

—Y hará todo cuanto queráis, Bill —añadió el judío—. No podrá negarse: sobre todo si le asustáis un poco.

—¡Que si le he de asustar...! —repitió Sikes—. Y no de mentira, os lo advierto. Si hace algún movimiento extraño cuando estemos metidos en faena, preso por uno, preso por mil. No volveréis a verle vivo, Fagin. Pensadlo bien antes de enviármelo. ¡No olvidéis mis palabras...! —concluyó el bandido, sopesando una barra que había sacado de debajo de la cama.

—Lo tengo pensado —dijo el judío con energía—. Tengo mis ojos puestos en él hace ya tiempo, y he venido vigilándole muy de cerca, amigos míos. Una vez que le hayamos hecho comprender que es uno de los nuestros, una vez clavada en su imaginación la idea de que ha sido un ladrón, ya es nuestro. Nuestro para toda la vida. ¡Ajaja! ¡No podría haber salido mejor! —el viejo se cruzó de brazos y, enterrando la cabeza entre los hombros, literalmente se abrazó con júbilo.

—¡Nuestro! —repitió Sikes—. Querréis decir vuestro.

—Quizás, amigo mío —respondió el judío con una sarcástica risita—. Mío si queréis, Bill.

—¿Y queréis decirme —preguntó Sikes, mirando ferozmente a su amable amigo— por qué os preocupáis tanto por un crío paliducho, si sabéis que hay cincuenta dormitando todas las noches en los jardines públicos donde poder escoger?

—Porque éstos no me sirven, amigo —contestó el judío con cierta turbación—. No vale la pena cogerlos. Su aspecto los delata en cuanto se ven en un aprieto,

y por mí están de más todos. Con este muchacho, bien dirigido, podría hacer lo que no haría con veinte de los otros. Además —añadió el judío, recobrando el dominio de sí mismo—, si lograrse darnos esquinazo ahora, nos tendría cogidos, y debe correr la misma suerte que nosotros. No hay que preocuparse de cómo llega a ello; me basta para dominarle con que tome parte en un robo... Eso es lo único que quiero. Decidme ahora si no es esto mucho mejor que verse obligado a deshacerse del pobre muchacho; sería mucho más peligroso, y, además, saldríamos perdiendo.

—¿Cuándo se va a dar el golpe? —preguntó Nancy, cortando alguna violenta exclamación del señor Sikes, demostración del asco que le inspiraban los fingidos sentimientos humanitarios de Fagin.

—¡Ah, claro! —confirmó el judío—. ¿Cuándo ha de hacerse?

—Lo tengo planeado con Toby para pasado mañana por la noche —contestó Sikes con acritud—, si no tenía noticias mías en sentido contrario.

—Bien —dijo el judío—. ¿No hay luna?

—No —replicó Sikes.

—¿Está todo dispuesto para sacar el botín? —preguntó el judío.

Sikes hizo una señal de asentimiento.

—¿Y de...?

—¡Oh, está todo previsto! —replicó Sikes, interrumpiéndole—. No preocuparos por los detalles. Lo mejor es que traigáis al chico aquí mañana por la noche; quiero que hayamos saltado la tapia una hora después de amanecer. Conque sujetad la lengua y tened el crisol preparado; es todo cuanto habéis de hacer.

Después de un rato de discusión, en la que tomaron parte activa los tres, quedó acordado que Nancy se encaminaría la tarde siguiente a casa del judío, de anohecida ya, para traerse consigo a Oliver. Fagin observó astutamente que, caso de que mostrase cierta resistencia, se sentiría más propicio a acompañar a la muchacha que hacía poco intercediera por él que a ninguna otra persona. Quedó, pues, solemnemente decidido que el pobre Oliver, a los fines de la proyectada expedición, quedaría entregado, sin reservas, al cuidado y custodia de William Sikes; ítem más: que el citado Sikes le trataría como juzgase más conveniente, y el judío no le haría responsable de cualquier desgracia o mal que pudiera acaecer al muchacho ni de ningún castigo que fuese necesario imponerle; quedando entendido que, para que el pacto fuese valedero, en este aspecto, todas las manifestaciones hechas por el señor Sikes habrían de ser confirmadas y corroboradas, a su vuelta, en todos los detalles importantes, por el testimonio del flamante Toby Crackit.

Concertados estos preparativos, el señor Sikes procedió a trasegar coñac con rapidez inusitada, blandiendo la barra en forma alarmante, vociferando, al mismo tiempo, algunos trozos de las menos musicales canciones entremezcladas

con salvajes imprecaciones. Por último, en un raptó de entusiasmo profesional, insistió en sacar su caja de herramientas de fractura, y no bien entró con ella, dando traspies, y la hubo abierto con el fin de explicar la índole y propiedad de los varios utensilios que contenía y las singulares bellezas de su construcción, se desplomó sobre el suelo y quedose dormido.

—Buenas noches, Nancy —dijo el judío, embozándose como antes.

—Buenas noches.

Se encontraron sus miradas, y el judío la contempló fijamente. Mas no vaciló la muchacha. Indudablemente, era tan sincera y formal en el asunto de Toby Crackit como pudiera serlo él mismo.

De nuevo dióle las buenas noches el judío, y propinando un disimulado puntapié al postrado cuerpo del señor Sikes, mientras ella estaba vuelta de espaldas, bajó a tientas la escalera.

« Siempre lo mismo », mascullaba el judío para sí, de regreso hacia su casa. « Lo peor que tienen estas mujeres es que la menor cosita les sirve para recordar un sentimiento largo tiempo olvidado; pero lo mejor es que no dura mucho. ¡Ja, ja, ja! ¡El hombre contra el niño por un saco de oro! »

Engañando el tiempo con estas placenteras reflexiones, encaminose Fagin, a través del barro y la inmundicia, hacia su tenebrosa guarida, donde el *Fullero* esperaba, impaciente, su regreso.

—¿Se ha acostado Oliver? Necesito hablar con él —fue lo primero que dijo en tanto bajaba las escaleras.

—Hace tiempo —contestó el *Fullero*, abriendo la puerta de un empujón—. Aquí está.

El muchacho yacía profundamente dormido sobre un tosco lecho tendido en el suelo, y tan pálido estaba por la inquietud y la tristeza, y por lo estrecho de su reclusión, que parecía un muerto, mas no encerrado en su mortaja y su ataúd, sino con ese aspecto que toma el cuerpo ante nosotros cuando la vida acaba de extinguirse, cuando hace sólo un instante que un alma joven y mansa ha volado hacia el cielo y el grosero aire del mundo no ha tenido tiempo aún de verter su hálito sobre el polvo inconstante que santificara.

—Ahora no —dijo el judío, volviéndose despacio—. Mañana, mañana.

*En el que se efectúa la entrega de Oliver al señor William Sikes*

Cuando, a la mañana siguiente, despertose Oliver, quedose harto sorprendido al ver que junto a su cabecera habian colocado un par de zapatos nuevos, de gruesas suelas, y que los viejos habian desaparecido. Al principio le regocijó el hallazgo, con la esperanza de que fuera precursor de su liberación; mas pronto desechó estos pensamientos al sentarse a desayunar junto al judío y decirle éste, en tono y actitud que no lograron sino acrecer su alarma, que iba a ser trasladado aquella noche a la morada de Bill Sikes.

—¿Para..., para... quedarme allí, señor? —preguntó Oliver, angustiado.

—No, no, hijo mío. Para quedarte allí, no —respondió el judío—. No quisiéramos perderte. No tengas miedo, Oliver, volverás con nosotros otra vez ¡Ja, ja, ja! No íbamos a ser tan descastados que te despidiésemos de aquí, hijo. ¡Oh, no, no!

El viejo, que se hallaba inclinado sobre el fuego tostando una rebanada de pan, volvió la cabeza mientras así se burlaba de Oliver, y rió entre dientes, como queriendo demostrarle que sabia muy bien que se alegraría mucho de escaparse, si pudiera.

—Supongo —añadió el judío, mirando fijamente a Oliver— que querrás saber para qué vas a casa de Bill, ¿no, hijo?

Oliver sonrojose sin remedio al darse cuenta de que el viejo ladrón le habia leído el pensamiento; mas, audazmente, contestó que sí, que querría saberlo.

—¿Para qué crees tú...? —inquirió Fagin, eludiendo la respuesta.

—Verdaderamente, no lo sé, señor —contestó Oliver.

—¡Bah! —dijo el judío, volviéndose defraudado después de examinar atentamente el rostro del muchacho—. Entonces, espera a que Bill te lo diga.

Al parecer, irritábase mucho al judío que Oliver no mostrase mayor curiosidad sobre el caso; mas lo cierto era que, aunque se sentía verdaderamente ávido de saber, turbábanle demasiado la inmensa malicia de las miradas de Fagin y sus propias reflexiones para hacer más preguntas a la sazón. No tuvo otra ocasión, sin embargo, ya que el judío anduvo huraño y silencioso hasta la noche, en cuyo momento se dispuso a salir.

—Puedes encender una vela —le dijo el judío, colocando una sobre la mesa —, y aquí tienes un libro para que leas hasta que vengan a buscarte. ¡Buenas

noches!

—¡Buenas noches! —respondió Oliver tenuemente.

Se dirigió el judío hacia la puerta, mirando al muchacho por encima del hombro. De pronto se detuvo y le llamó por su nombre.

Oliver alzó la cabeza; el judío, señalándole la bujía, le hizo señas de que la encendiese. Así lo hizo, y, al colocar el candelero sobre la mesa, vio que el judío le miraba fijamente, con el ceño fruncido, desde la oscuridad del cuarto.

—¡Ten cuidado, Oliver, ten cuidado! —dijo el viejo, agitando su mano ante él de manera significativa—. Es un hombre brusco, y no le importa la sangre cuando se le enciende la suya. Suceda lo que suceda, no digas nada y haz cuanto te mande. ¡Acuérdate...! —y, recalcando mucho esta última palabra, permitió que sus rasgos se dulcificasen hasta transformarse en una espantosa sonrisa; luego hizo un movimiento de cabeza y salió de la habitación.

Oliver apoyó la cabeza entre sus manos cuando el viejo hubo desaparecido y reflexionó, temblándole el alma, en las palabras que acababa de escuchar. Cuanto más pensaba en la advertencia del judío, mayor era su perplejidad para adivinar su verdadero objeto y significado. No podía concebir que, si se le mandaba con Sikes para lograr algún mal fin, no pudiera conseguirse éste de igual modo quedándose con Fagin, y, tras largas meditaciones, dedujo que acaso le hubieran elegido para llevar a cabo algunos ordinarios quehaceres domésticos junto al salteador hasta encontrar otro muchacho más apropiado para el caso. Estaba ya demasiado acostumbrado a sufrir, y era mucho lo que había padecido en el lugar donde se hallara para deplorar la perspectiva de este cambio. Permaneció, pues, unos momentos sumido en sus pensamientos, y luego, exhalando un hondo suspiro, despabiló la vela, y, cogiendo el libro que le había dejado el judío, púsose a leer.

Al principio pasaba las hojas con indiferencia; pero al tropezar con un pasaje que le llamó la atención, quedó pronto prendido en la lectura. Era una historia de las vidas y procesos de los grandes criminales, y sus páginas estaban manoseadas y sucias por el uso. Allí supo de espantosos crímenes que helaban la sangre; de asesinatos secretos cometidos en los caminos solitarios; de cadáveres escondidos a los ojos del hombre en fosos y pozos profundos, que, no obstante su hondura, no los conservaban ocultos, sino que los sacaban a luz después de muchos años, haciendo enloquecer con su presencia a los asesinos, que, en su espanto, confesaban su culpa y pedían a gritos la horca para acabar con su angustia. Leyó también la historia de unos hombres que, cuando yacían en sus lechos, en el silencio de la noche, sentíanse tentados —así decía— y arrastrados por sus propios pensamientos a realizar sangrientos crímenes, que causaban escalofríos y temblores con sólo pensar en ellos. Tan reales y vívidas eran las terribles descripciones, que las pálidas páginas parecían tornarse rojas de sangre, y las palabras en ellas escritas diríanse susurradas en sus oídos, con roncocos murmullos,

por los espíritus de los muertos.

En un paroxismo de terror, el muchacho cerró el libro y lo arrojó lejos de sí. Luego hincóse de rodillas y suplicó al Cielo que le librase de realizar actos como aquéllos, prefiriendo morir al instante antes que verse destinado a crímenes tan horribles y espantosos. Tranquilizose poco a poco, y, en voz baja y quebrada, imploró que le librasen de aquellos peligros, y que si alguna ayuda había de prestársela a un pobre niño desamparado como él, que no conoció jamás el afecto de la amistad ni de la familia, le fuese concedida ahora, cuando, desolado y abandonado, permanecía solo en medio de la maldad y el pecado.

Había terminado ya su plegaria, mas continuaba con la cabeza hundida entre las manos, cuando un leve ruido le sacó de su abstracción.

—¿Qué es eso? —examinó, poniéndose en pie de un salto y contemplando la figura de una persona en pie junto a la puerta—. ¿Quién anda ahí?

—Soy yo; y yo sola —respondió una voz trémula.

Levantó Oliver la vela sobre su cabeza y miró hacia la puerta. Era Nancy.

—Baja esa luz —dijo la muchacha, volviendo la cara—. Me hace daño a los ojos.

Observó Oliver que estaba muy pálida, y le preguntó dulcemente si estaba enferma. La muchacha se dejó caer en una silla de espaldas a él y se retorció las manos, mas sin responder.

—¡Dios me perdone! —exclamó al rato—. ¡Nunca lo hubiera creído!

—¿Ha sucedido algo...? —preguntó Oliver—. ¿Puedo ayudaros? Lo haré si puedo, os lo aseguro.

Balanceándose ella de un lado a otro, se llevó las manos a la garganta y, dejando escapar un ronco gemido, hizo esfuerzos por cobrar alientos.

—¡Nancy! —exclamó Oliver—. ¿Qué os pasa?

La muchacha se golpeó las rodillas con las manos y batió con sus pies sobre el suelo; deteniéndose luego, de pronto, se ajustó el chal contra su cuerpo y se estremeció de frío.

Oliver atizó el fuego. Después de acercar a él su silla sentose ella un rato sin hablar; mas, al cabo, alzó la cabeza y observó en derredor.

—No sé qué es lo que me pasa algunas veces —dijo ella, simulando arreglarse las ropas—. Tal vez sea esta habitación húmeda y sucia. En fin, Nolly; ¿estás preparado?

—¿He de irme con vos? —preguntó Oliver.

—Sí; vengo de parte de Bill —respondió la muchacha—. Tienes que venir conmigo.

—¿Para qué? —interrogó Oliver, retrocediendo.

—¿Para qué? —repitió la muchacha, alzando los ojos y apartándolos tan pronto como se tropezaron con el rostro del muchacho—. ¡Oh, para nada malo!

—No lo creo —dijo Oliver, que la observaba atentamente.

—Como quieras —replicó la muchacha, fingiendo reír—. Para nada bueno será entonces.

Oliver pudo advertir que ejercía cierta influencia sobre los buenos sentimientos de la muchacha, y por un instante pensó en apelar a su compasión por su triste estado. Mas cruzó por su mente la idea de que no eran las once todavía y que aún habría mucha gente por las calles, entre las que seguramente hallaría alguna que diese crédito a sus palabras. Al asaltarle esta reflexión avanzó unos pasos y, con cierta premura, dijo que estaba preparado.

Mas ni esta breve consideración ni lo que ella encerraba pasaron inadvertidas para su compañera. Se le quedó mirando fijamente y le hizo un gesto de inteligencia que claramente demostraba que había adivinado lo que pasaba por su imaginación.

—¡Chis! —le dijo la muchacha, inclinándose hacia él y señalándole la puerta, mientras miraba recelosamente en derredor—. No puedes hacer nada. Hice cuanto pude por ti, pero sin remedio. Estás rodeado por todas partes, y si alguna vez has de escaparte de aquí, no es éste el momento.

Sorprendido por la firmeza de su actitud, Oliver la miró a la cara asombrado. Parecía decir verdad; su semblante estaba pálido y agitado y temblaba sinceramente.

—Una vez te libré de que te maltratasen, y lo haré de nuevo, como lo estoy haciendo ahora —continuó la muchacha en voz alta—, pues los que hubieran venido a buscarte, de no venir yo, te hubiesen tratado bastante peor. He prometido que te portarías bien y que no dirías nada; si no lo haces así, no conseguirás más que perjudicarte, y a mí también, y quizá ser la causa de mi muerte. Mira: tan verdad como que Dios nos está viendo, todo esto que ves lo he sufrido por ti —y, señalándole unos lívidos cardenales en el cuello y los brazos, continuó vivamente—: ¡Acuérdate de esto...! Y no me hagas sufrir más por ti ahora. Si pudiera socorrerte, lo haría; pero no puedo. No tienen intención de hacerte daño; y sea lo que fuere lo que te obliguen a hacer, no será culpa tuya. ¡Chis! Cada palabra tuya representa un golpe para mí. Dame la mano. ¡La mano, deprecia!

Cogió la mano que Oliver colocó instintivamente entre la suya y, apagando la luz, salió tras ella escaleras arriba. La puerta fue abierta rápidamente por alguien oculto en la oscuridad y volvió a cerrarse al instante, una vez que hubieron salido. Los esperaba un coche. Con la misma vehemencia de que diera muestras al dirigirse a Oliver, la muchacha tiró de él y bajó luego las cortinillas. El cochero no preguntó señas ningunas, sino que fustigó al caballo, y éste corrió a gran velocidad sin perder un instante.

La muchacha continuaba fuertemente asida a la mano de Oliver y prosiguió vertiendo en sus oídos las advertencias y seguridades que ya le transmitiera. Fue todo tan rápido, que apenas había tenido tiempo de pensar en dónde se hallaba o

en cómo se encontraba allí, cuando el coche se detuvo ante la casa hacia donde se encaminaron los pasos del judío la noche antes.

Por un momento, Oliver lanzó una mirada presurosa hacia la calle desierta y tuvo a flor de labio un grito de socorro. Mas la voz de la muchacha murmuraba en su oído, con tal tono de angustia, que se acordase de ella, que no tuvo valor para lanzarlo. Con esta vacilación, la ocasión había desaparecido, pues se encontraba dentro de la casa y cerrada la puerta.

—Por aquí —dijo la joven, soltándole por primera vez—. ¡Bill!

—¡Hola! —respondió Sikes, haciendo su aparición en lo alto de la escalera con una vela—. ¡Ya es hora! ¡Subid!

Era ésta una expresión muy viva de satisfacción, una acogida extraordinariamente cordial para una persona del temperamento del señor Sikes. Nancy, complacida, sin duda, de ello, le saludó afectuosamente.

—Al perro lo he mandado a casa con Tom —dijo Sikes mientras les alumbraba el camino—. Nos hubiera estorbado.

—Has hecho bien —replicó Nancy.

—¿Conque trajiste al chaval? —dijo Sikes cuando hubieron llegado todos a la habitación y en tanto cerraba la puerta.

—Sí; aquí le tienes —replicó Nancy.

—¿Se portó bien? —preguntó Sikes.

—Como un corderito —respondió Nancy.

—Me alegro de saberlo —dijo Sikes, mirando a Oliver con gesto desabrido—. Tanto mejor para sus huesos, porque, si no, lo hubiera sentido. Ven aquí, jovencito, que voy a leerte la cartilla, para que te la aprendas de corrido.

Y dirigiéndose así a su nuevo pupilo, el señor Sikes quitole la gorra a Oliver y la arrojó a un rincón; luego, cogiéndole de un hombro, sentose junto a la mesa y colocó al muchacho frente a él.

—Ante todo, ¿sabes lo que es esto? —preguntó Sikes, cogiendo una pistola que descansaba sobre la mesa.

Oliver contestó afirmativamente.

—Pues entonces mira —continuó Sikes—: Esto es pólvora; ésta es la bala, y esto, un pedazo de sombrero que servirá de taco.

Oliver murmuró haber comprendido lo que eran los distintos objetos citados, y el señor Sikes procedió a cargar la pistola con gran habilidad y soltura.

—Ya está cargada —dijo el señor Sikes cuando hubo terminado.

—Sí; ya lo veo, señor —murmuró Oliver.

—Pues bien —agregó el bandido, cogiendo fuertemente a Oliver de la muñeca y colocándole el cañón de la pistola tan cerca de la sien que llegó a tocarla, con lo que el muchacho no pudo reprimir un movimiento de sobresalto —: Si dices una palabra mientras estás fuera conmigo, a menos que yo te hable, esta carga se trasladará a tu cabeza sin previo aviso. De manera que, si estás

decidido a hablar sin mi permiso, ve rezando tus oraciones.

Y después de dedicar un horrendo gesto al objeto de su advertencia, para causarle mayor efecto, el señor Sikes continuó:

—Que yo sepa, no creo que venga nadie a preguntar por ti, caso de que nos deshiciésemos de tu persona; de manera que ni siquiera tendría por qué tomarme este maldito trabajo de explicarte las cosas si no fuese por tu bien. ¿Me has oído?

—En resumidas cuentas —dijo Nancy, recalcando mucho sus palabras y haciendo una leve seña a Oliver para encarecerle que prestase viva atención a lo que decía—: Que si te desbarata este asunto que traes entre manos, le impedirás que vaya después con el cuento metiéndole un tirito en la cabeza, aunque corras peligro de que te ahorquen, pues lo mismo te arriesgas en otros muchos negocios en cada momento de tu vida.

—¡Eso es...! —asintió Sikes—. Las mujeres saben siempre decir las cosas en pocas palabras, salvo cuando se enfurruñan, que entonces tienen para rato. Y ahora que estás perfectamente enterado, cenemos y echemos una cabezadita antes de empezar.

En cumplimiento de esta solicitud, Nancy extendió rápidamente el mantel, y, desapareciendo unos minutos, regresó al punto con un jarro de cerveza negra y una fuente de cabezas de cordero, lo que dio ocasión a varios rasgos de ingenio del señor Sikes, basados en la singular coincidencia de que, en la germania inglesa, tienen el mismo nombre estos manjares que un ingenioso instrumento muy generalizado entre las gentes de su oficio<sup>[12]</sup>. Verdaderamente, aquel digno caballero, estimulado acaso por la inmediata perspectiva de su servicio activo, hallábase en vena festiva; en prueba de lo cual, podemos hacer notar aquí que se bebió alegremente la cerveza de un trago, y no lanzó, según un cálculo aproximado, más de ochenta juramentos durante el curso del yantar.

Terminada la cena —ya puede suponerse que Oliver no tenía gran apetito—, el señor Sikes dio buena cuenta de un par de vasos de agua con licor, y se arrojó sobre la cama, dando orden a Nancy, con mil imprecaciones caso de no hacerlo, de que le llamase a las cinco en punto. Oliver echose, vestido, sobre un colchón tendido en el suelo, por orden de la misma autoridad; y la muchacha, rellenando el fuego, sentose ante él, dispuesta para despertarlos a la hora fijada.

Oliver estuvo largo rato despierto, pensando que quizá no fuese imposible que Nancy buscara una oportunidad para susurrarle algún nuevo consejo; mas la joven permanecía, cavilosa, frente al fuego, sin moverse más que, de vez en vez, para despabilar la luz. Cansado de observar y rendido por su ansiedad, quedose, al fin, dormido.

Cuando despertó, la mesa estaba puesta con el servicio de té, y Sikes se introducía diversos objetos en los bolsillos de su casacón, colgado sobre el respaldo de una silla, mientras Nancy se ocupaba, afanosa, en preparar el desayuno. No había amanecido todavía, ya que la vela continuaba encendida y,

fuera, la oscuridad era absoluta. Una violenta lluvia batía los cristales de la ventana, y el cielo estaba negro y nuboso.

—¡Vamos! —gruñó Sikes en tanto Oliver se levantaba—. ¡Son las cinco y media! Date prisa, si no quieres quedarte sin desayunar, porque es tarde ya.

No tardó mucho Oliver en arreglarse, y tras de desayunar algo contestó, a una grosera pregunta de Sikes, que ya estaba dispuesto.

Nancy, apenas sin mirar al muchacho, le ató un pañuelo a la garganta y Sikes le dio una tosca pero amplia esclavina para que se la echase por los hombros. Así ataviado, dióle la mano al ladrón, que, haciendo una breve pausa para mostrarle, con gesto amenazador, que llevaba la pistola en el bolsillo de su levita, la oprimió fuertemente entre la suya, y diciendo adiós a Nancy, fuese con él.

Al llegar a la puerta, Oliver volvióse un instante con la esperanza de encontrarse con alguna mirada de la muchacha. Mas ésta había vuelto a ocupar su asiento frente al fuego, y allí permanecía en absoluta inmovilidad.

### *La expedición*

Triste mañana aquella en que salieron a la calle: soplaba el viento y caía la lluvia con violencia; las nubes tenían aspecto lúgubre y tormentoso. Debió de haber llovido mucho aquella noche, ya que la calzada estaba salpicada de charcos y las cunetas se desbordaban. Divisábase en el cielo el débil resplandor del día cercano, pero más bien acrecía que dulcificaba la tenebrosidad del lugar, ya que la sombría luz no servía sino para debilitar la que despedían los faroles de la calle, sin verter un tono más cálido ni más luminoso sobre los húmedos tejados y las calles melancólicas. Sin duda, por aquel barrio de la ciudad nadie se había puesto aún en movimiento, pues que las ventanas de las casas se hallaban todas herméticamente cerradas y las calles aparecían silenciosas y desiertas.

Para cuando torcieron por Bethnal Green, comenzaba a clarear. Muchos de los faroles estaban ya apagados; unos cuantos carromatos se dirigían penosamente a Londres, y, de vez en vez, una diligencia, cubierta de barro, pasaba con estrépito, mientras el conductor lanzaba al pasar alguna admonitoria imprecación contra el tardo carretero que, al ir por mano contraria, poníale en peligro de llegar a su destino un cuarto de minuto después de la hora. Las tabernas, encendidas sus interiores luces de gas, estaban abiertas. Poco a poco, empezaron a desperezarse otras tiendas y a verse a algunas gentes desperdigadas. Surgieron luego grupos aislados de obreros que iban a sus trabajos; después, hombres y mujeres con cestos de pescado a la cabeza, carros tirados por borriquillos, cargados de verduras, vehículos repletos de ganado o de reses muertas, lecheras con sus cántaros y un continuo gentío que caminaba trabajosamente con diversas mercancías hacia los suburbios de la parte Este de la ciudad. A medida que se aproximaban a la City, el tráfago y el estruendo crecían por minutos, y cuando enfilaron las calles comprendidas entre Shoreditch y Smithfield se habían transformado en una barahúnda de ruidos y bullicio. Así había de continuar hasta que de nuevo volviese la noche: la tumultuosa mañana de la mitad de la población de Londres había comenzado.

Bajando por Sun Street y Crown Street y cruzando la plaza de Finsbury, el señor Sikes fue a parar, atravesando Chiswell Street, a Barbican; desde allí siguió por Long-lane hasta entrar en Smithfield, en donde se alzaba una batahola de sonidos discordantes que llenaron a Oliver Twist de sorpresa y de asombro.

Era día de mercado. El suelo hallábase cubierto, casi a la altura del tobillo, por una capa de fango y de basura, y el denso vapor que sin cesar se alzaba de los cuerpos del ganado, mezclado con la niebla que parecía reposar sobre las chimeneas, flotaba espesamente en el ambiente. Todos los corralillos situados en el centro de aquella extensa zona, así como cuantos provisionalmente se arracimaban en los espacios vacíos, estaban repletos de ovejas; atadas a los pilares de junto al arroyo, había largas filas de bestias y bueyes, en grupos de tres o cuatro. Campesinos, carniceros, ganaderos, mercachifles, muchachos, ladrones, haraganes y vagabundos de toda laya confundíanse en una densa masa. El silbido de los mayores, el ladrido de los perros, el mugido de los bueyes que hociaban en el fango, el balido de las ovejas, el gruñir de los cerdos; los gritos de los buhoneros, las exclamaciones, juramentos y peloteras nacidas por doquier; el tintineo de las esquilas y el estruendo de voces que salía de las tabernas; el apiñarse de las gentes, con empujones, traqueteos, golpes, alaridos y gritos; el espantoso y discordante estrépito que salía de todos los rincones del mercado y el constante ir y venir, entrar y salir entre el tropel de gentes sin lavar, sin afeitar, escualidas y sucias, hacía de todo aquello algo ensordecedor y pasmoso que turbaba los sentidos.

El señor Sikes, arrastrando a Oliver tras de sí, abría paso a codazos entre lo más denso de la multitud, concediendo escasa atención a los diversos espectáculos y ruidos que tan atónito tenían al muchacho. Dos o tres veces saludó con la cabeza a algún amigo que pasaba, y rechazando otras tantas invitaciones a « echar un trago », avanzó, sin parar, hasta que se encontraron libres del tumulto y se dirigieron directamente por Hosier Lane a Holborn.

—¡Vamos, jovencito —dijo Sikes, mirando el reloj de la iglesia de San Andrés—, que van a dar las siete! ¡Tienes que avivar el paso! ¡Anda, hombre; no te quedes ahí plantado, gandul!

El señor Sikes lanzó esta advertencia unida de un tirón de la muñeca de su acompañante; Oliver aceleró el paso, convirtiéndolo en un trotecillo, algo más que un paso rápido y algo menos que una carrera, para ponerse a tono con las grandes zancadas del saltador.

A esta velocidad siguieron su ruta hasta pasada la esquina de Hyde Park, camino de Kensington, en donde Sikes aflojó el paso para que los alcanzara un carro vacío que venía detrás, a corta distancia. Al ver escrito en él el nombre de *Hounslow*, pregúntole al carretero, con toda la cortesía de que era capaz, si le dejaría subir hasta Isleworth.

—Subid —dijo el hombre—. ¿Es vuestro ese chico?

—Sí, es mi hijo —contestó Sikes, mirando significativamente a Oliver y llevándose, como abstraído, la mano al bolsillo donde guardaba la pistola.

—Muy deprisa anda tu padre, ¿verdad, muchacho? —pregúntole el carretero a Oliver, al ver que le faltaba el aliento.

—Nada de eso —replicó Sikes, interrumpiendo—. Ya está acostumbrado. ¡Venga, agárrate a mi mano, Ned! ¡Arriba!

Y diciendo así, le ayudó a subir al carro. El carretero le señaló un montón de sacos y le invitó a tumbarse en ellos a descansar.

Viendo cómo se sucedían los hitos de la carretera, preguntábase Oliver, cada vez con más perplejidad, adónde pretendería llevarle su compañero. Atrás quedaron Kensington, Hammersmith, Chiswick, New Bridge y Brentford, y, sin embargo, seguían cual si no hubieran hecho más que comenzar el viaje. Al fin, llegaron ante una taberna llamada La Diligencia de los Caballos; un poco más allá se bifurcaba la carretera, y allí se detuvo el carro.

Bajó Sikes precipitadamente, sin soltar a Oliver de la mano, y haciéndole descender al momento, lanzó sobre él una mirada furibunda y se tocó el bolsillo con el puño en forma significativa.

—Adiós, muchacho —dijo el carretero.

—Es muy huraño —respondió Sikes, dándole una sacudida—, muy huraño. ¡Es un grosero! Pero no le hagáis caso.

—¡Claro que no! —replicó el otro, volviendo a su carro—. Después de todo, va a hacer buen día.

Y se alejó.

Sikes esperó a que desapareciese, y diciendo a Oliver que estuviese alerta, prosiguió otra vez su marcha.

Torcieron a la izquierda, a poca distancia de la taberna, y luego, encaminándose por una carretera a la derecha, anduvieron largo rato, dejando atrás jardines y casas elegantes a ambos lados de su ruta, sin detenerse más que para tomar un poco de cerveza, hasta que llegaron a una ciudad. Allí, sobre el muro de una casa, vio escrito Oliver, en grandes caracteres, la palabra *Hampton*. Vagaron por los campos unas horas. Por último, regresaron a la ciudad, y penetrando en una mísera taberna con la muestra semiborrada, pidió que le sirviesen de comer junto al hogar de la cocina.

Era ésta una habitación de techos bajos, atravesada en el centro del techo por una gruesa viga; junto al fuego había unos bancos de altos respaldos, en los que se hallaban sentados unos toscos hombres de blusa, bebiendo y fumando. No prestaron atención ninguna a Oliver, y muy escasa sobre Sikes; y como éste tampoco hiciera caso de ellos, sentose con su joven acompañante en un rincón, sin que les estorbase mucho la compañía.

Comieron un poco de carne fría, y tanto tiempo permanecieron allí sentados mientras el señor Sikes fumábase tres o cuatro pipas, que Oliver empezó a creer que no habían de ir más lejos. Cansado de la caminata y del madrugón, dormitó un poco al principio, y luego, rendido por la fatiga y aturrido por el humo del tabaco, quedose profundamente dormido.

Era ya muy de noche cuando Sikes le despertó de un empellón.

Suficientemente despabilado para sentarse y mirar en derredor, vio que su digno compañero departía amigablemente con un patán, mientras despachaban una jarra de cerveza.

—De manera que vais a Lower Halliford, ¿no es eso? —preguntó Sikes.

—Sí; allá voy —respondió el hombre, que parecía estar un poco bebido—. Y no muy despacio, por cierto. Al volver, mi caballo no lleva detrás la carga que trajo esta mañana, y no tardará mucho en llegar. ¡A su salud! ¡Qué caramba, es un buen bicho!

—¿Podrías llevarnos hasta allí a mi chico y a mí? —preguntó Sikes, acercándole la cerveza a su nuevo amigo.

—Si os vais enseguida, sí —respondió el hombre, mirando por encima del jarro—. ¿Vais a Halliford?

—Voy a Shepperton —replicó Sikes.

—Pues entonces, os acompaño hasta donde yo voy —contestó el otro—. ¿Está todo pagado, Becky?

—Sí; el señor lo ha pagado —repuso la muchacha.

—¡Oíd...! —dijo el hombre con la seriedad del borracho—. ¡Eso no está bien! ¿Sabéis?

—Y ¿por qué no? —replicó Sikes—. Si vais a hacerme un servicio, ¿qué puede impedirme que yo os convide, en cambio, a un jarro de cerveza?

Reflexionó el desconocido sobre este argumento con rostro grave, y una vez hecho esto, cogió a Sikes de la mano y manifestó que verdaderamente era una buena persona. Respondió el señor Sikes que se dejase de bromas, cosa que, si su amigo hubiese estado sereno, hubiera tenido poderosas razones para afirmar.

Tras cruzarse unos cumplidos más, dieron las buenas noches a los presentes y salieron, en tanto la criada recogía los jarros y vasos y se acercaba lentamente a la puerta, con las manos llenas, para verlos marchar.

El caballo a cuya salud bebieran en su ausencia se hallaba fuera, enganchado al carro. Oliver y Sikes subieron sin más cumplidos, y el hombre al que pertenecía, después de detenerse uno o dos minutos a *darle ánimos*, y desafiando al posadero y al mundo entero a que encontrase uno igual, montó también. Díjole entonces al tabernero que le soltase la cabeza, y obedecido que fue, el animal hizo un uso muy desagradable de ella, agitándola en el aire con gran desdén y asomándola por las ventanas del vestíbulo. Después de realizadas estas hazañas, y tras alzarse un instante sobre sus patas traseras, salió disparado y abandonó la ciudad gallardamente.

La noche estaba oscurísima. Del río y de los pantanosos terrenos cercanos se alzaba una húmeda bruma que se extendía sobre los campos solitarios. Hacía un frío penetrante, y todo estaba tenebroso y triste. No hablaron ni una sola palabra, ya que el carretero estaba soñoliento y Sikes no tenía humor para entablar conversación con él.

Oliver se acurrucaba en un rincón del carro, lleno de inquietudes y de temores, imaginando objetos extraños en los árboles esqueléticos, cuyas ramas se balanceaban tristemente como en júbilo fantástico por la desolación del lugar.

Al pasar junto a la iglesia de Sunbury, el reloj dio las siete. En la ventana de la casa del embarcadero fronterero había una luz que derramaba su huella sobre el camino, sumiendo más en la sombra un oscuro tejo, a cuyo pie yacían unas tumbas. No lejos oíase el rumor de una cascada, y las hojas del viejo árbol se agitaban suavemente con el vientecillo de la noche. Diríase que era aquélla una placida música para el reposo de los muertos.

Atravesaron Sunbury y salieron de nuevo a la carretera solitaria. Dos o tres millas más allá se detuvo el carro. Descendió Sikes y, cogiendo a Oliver de la mano, comenzaron a andar una vez más.

En Shepperton no entraron en ninguna casa, como el fatigoso muchacho esperaba, sino que prosiguieron su andar por fangosos y oscuros caminos, por senderos tenebrosos y fríos eriales, hasta avistar las luces de la ciudad a no mucha distancia. Al fijarse, vio Oliver que el agua corría junto a ellos y que habían llegado al pie de un puente.

Sikes continuó andando hasta estar muy adentrados en el puente, y entonces torció bruscamente por una orilla hacia la izquierda.

« ¡Agua! », pensó Oliver, aterrorizado. « ¡Me ha traído a este lugar solitario para asesinarme! »

A punto estaba de arrojarse al suelo y luchar por su vida, cuando vio que se hallaban ante una casa solitaria, ruinosa y desmantelada. A cada lado de la derruida entrada había una ventana, y un piso superior, pero no se veía luz ninguna. Todo estaba en sombras, destartado y, al parecer, completamente deshabitado.

Sikes, sin soltar aún la mano de Oliver, se aproximó despacio al portal y levantó el picaporte. Cedió la puerta a la presión y entraron juntos.

### *El robo*

—¡Hola! —exclamó una voz fuerte y bronca tan pronto como pisaron el pasillo.

—No metas tanto jaleo —dijo Sikes, echando el cerrojo de la puerta—. Alumbra un poco, Toby.

—¡Ajajá, compañero! —gritó la misma voz—. ¡Una luz, Barney, una luz! Haz entrar al caballero, Barney, y despiértate antes, si te parece.

Sin duda, el que así hablaba arrojó un sacabotas o algo parecido a la persona a quien se dirigía, para despertarle de su sueño, pues oyose el ruido de un objeto de madera que cayó violentamente, y luego el rezongar inequívoco de quien todavía se halla entre el sueño y la vigilia.

—¿Me oyes? —gritó la misma voz—. Que está Bill Sikes en el pasillo, sin que nadie salga a recibirle, y tú durmiendo como si hubieses tomado láudano en la comida o algo más fuerte. ¿Estás ya más despabilado, o necesitas que te tire la palmatoria de hierro para despertarte del todo?

Se oyó el rozar presuroso de unas zapatillas por el suelo desnudo de la habitación en tanto se formulaba esta interrogación, y de una puerta que había a la derecha salió, primero, una débil bujía y luego la figura del mismo individuo que hasta ahora hemos conocido con el achaque de hablar por la nariz, y que hiciese oficios de camarero en la taberna de Saffron Hill.

—¡Señor Sikes! —exclamó Barney con sincera o fingida alegría—. ¡Entrad, señor, entrad!

—¡Ven! Pasa tú primero —dijo Sikes, colocando a Oliver delante—. Más deprisa, que te voy a pisar.

Mascullando una maldición por su lentitud, Sikes empujó a Oliver y entraron en una habitación oscura, de techos bajos, con una ahumada chimenea, dos o tres sillas rotas, una mesa y un sofá muy viejo, sobre el que, con las piernas más altas que la cabeza, reposaba un hombre cuan largo era, fumando una larga pipa de barro. Vestía levita color de tabaco, de elegante corte, con grandes botones dorados, corbata naranja, un chaleco ordinario y llamativo, de dibujos chillones, y pantalones grisáceos. No podía afirmarse que el señor Crackit (pues era él) poseyese una abundante pelambrera, ni en la cabeza ni en la cara; mas la que tenía era de un tono rojizo y hallábase torturada en largos tirabuzones, por los

cuales introducía, de vez en vez, unos dedos sucios, ornados con grandes y ordinarias sortijas. Era de estatura poco más que mediana, y de piernas bastante delgadas, al parecer; mas esta circunstancia no le impedía admirar sus altas botas, que se contemplaba, en la situación elevada en que se hallaba, con evidente satisfacción.

—¡Amigo Bill! —dijo, volviendo la cabeza hacia la puerta—. Me alegro de verte. Ya casi temía que hubieses desistido, en cuyo caso hubiera corrido el albur yo solo. ¡Hola!

Esta última exclamación salió de él con tono de inmensa sorpresa al posar su mirada sobre Oliver. Cambió entonces de postura Toby Crackit, y, sentado ya, preguntó quién era aquél.

—¡El muchacho! ¡Nada más que el muchacho! —respondió Sikes al tiempo que acercaba una silla al fuego.

—Uno de los chicos del señor Fagin —exclamó Barney, sonriendo.

—Conque de Fagin, ¿eh? —exclamó Toby, mirando a Oliver—. Este chico no tendrá precio para los bolsillos de las beatas. ¡Esa cara es una fortuna!

—Bueno, bueno... dejemos eso —interrumpió Sikes, impaciente.

E inclinándose sobre su reclinado amigo murmuró unas palabras al oído, con lo que el señor Crackit rompió a reír con fuerza y se dignó obsequiar a Oliver con una larga mirada de asombro.

—Ahora —dijo Sikes, volviendo a sentarse—, si nos das algo de comer y beber mientras esperamos, nos infundirás un poco de ánimo, a mí, por lo menos. Siéntate junto al fuego, muchacho, y descansa; esta noche tendrás que salir con nosotros, aunque no muy lejos.

Oliver lanzó una muda y tímida mirada de asombro a Sikes y, aproximando un taburete al fuego, sentose con la cabeza doliente entre las manos, sin saber apenas dónde estaba ni lo que acontecía en derredor.

—¡Ea! —exclamó Toby cuando el joven judío hubo colocado algunas provisiones y una botella sobre la mesa—. ¡Por el éxito del asunto!

Se levantó en honor del brindis y, depositando cuidadosamente su pipa vacía en un rincón, se acercó a la mesa, llenó un vaso de licor y apuró su contenido. Lo mismo hizo el señor Sikes.

—Ahí va un trago para el chico —dijo Toby, llenando por la mitad un vaso de vino—. ¡Arriba con él, inocente!

—De verdad —dijo Oliver, mirando lastimosamente a aquel hombre—. De verdad, yo...

—¡He dicho que te lo bebas! —insistió Toby—. ¿Crees que no sé lo que te conviene? Dile que se lo beba, Bill.

—¡Más le vale! —dijo Sikes, llevándose la mano al bolsillo—. ¡Por vida de...! Da más que hacer que toda una familia de *Fulleros*. ¡Bébetelo, hijo de Satanás! ¡Bébetelo ya!

Asustado por los gestos amenazadores de ambos hombres, Oliver apuró al instante el contenido del vaso; mas inmediatamente sufrió un violento ataque de tos, con gran placer por parte de Toby Crackit y de Barney, y hasta arrancando una sonrisa al hosco señor Sikes.

Tras esto, y una vez que Sikes calmó su apetito (Oliver sólo pudo comer un mendrugo de pan, que le hicieron tragar a la fuerza), los dos hombres se recostaron en sus sillas, disponiéndose a gozar de un breve sueño. Oliver continuó en su taburete cerca del fuego, y Barney, envolviéndose en una manta, se tendió en el suelo, cerca del guarda fuegos.

Durante un rato durmieron, o aparentaron dormir, sin que nadie rebuliese, excepción hecha de Barney, que se levantó una o dos veces a echar unos carbones al fuego. Oliver quedó sumido en un pesado sopor y soñaba hallarse perdido por las tenebrosas callejuelas, vagando por el sombrío cementerio o recorriendo de nuevo algunos de los lugares por donde anduvieran el día anterior, cuando le despertó Toby Crackit, que se levantó de un salto, diciendo que era la una y media.

Al instante pusiéronse en pie los otros dos, y todos se aplicaron activamente a los afanosos preparativos. Sikes y su compañero se liaron al cuello unas amplias bufandas que les cubrían la barbilla y se pusieron sus casacones, en tanto Barney, abriendo un armario, sacó varios objetos, que embutió rápidamente en los bolsillos.

—Vengan los *cachorros*, Barney —dijo Toby Crackit.

—Aquí están —respondió éste, sacando un par de pistolas—. Vos mismo las cargasteis.

—¡Está bien! —contestó Toby, guardándose las—. ¿Las *estimulantes*?

—Las tengo yo —repuso Sikes.

—*El crespón*, las llaves, las barrenas, las linternas... ¿no se olvida nada? —preguntó Toby, sujetando una palanqueta a una presilla que llevaba en el fondo de su casaca.

—Está todo —replicó su compañero—. Trae acá esos palillos, Barney. Ha llegado el momento.

Diciendo esto, tomó un grueso garrote de manos de Barney, quien, después de entregar otro igual a Toby, se ocupó de sujetar la esclavina a Oliver.

—¡Andando! —dijo Sikes, extendiendo la mano.

Oliver, totalmente estupefacto por el inusitado ejercicio, y aturrido por la bebida que le habían obligado a tomar, puso mecánicamente su mano en la que le ofrecía Sikes al efecto.

—Cógele de la otra mano, Toby —dijo Sikes—. Echa un vistazo afuera, Barney.

El criado salió a la puerta y regresó, manifestando que todo estaba tranquilo. Salieron los dos bandidos, llevando entre ellos a Oliver. Barney, después de dejar

todo bien cerrado, se envolvió como antes y pronto quedose dormido.

La noche había cerrado por completo. La niebla era mucho más densa que al principio del anochecer, y la atmósfera tan húmeda, que, aun cuando no llovía, a los pocos minutos de salir de la casa Oliver tenía los cabellos y las cejas yertos con la neblina semihelada, que lo envolvía todo. Cruzaron el puente y siguieron en dirección a las luces que anteriormente vieran. No estaban muy lejos de ellas, y como anduvieran a buen paso, pronto llegaron a Chertsey.

—Pasemos deprisa por el pueblo —susurró Sikes—. No creo que nos vea nadie en el camino.

Toby asintió, y atravesaron apresuradamente la calle principal del lugar, que a aquella avanzada hora se hallaba totalmente desierta. Una débil luz brillaba a intervalos tras la ventana de algún dormitorio, y de vez en vez el ronco ladrido de los perros quebraba el silencio de la noche. Mas no había un alma por las calles, y para cuando el reloj de la iglesia dio las dos, ya habían salido del pueblo.

Avivando el paso, subieron por una carretera a mano izquierda. Después de haber andado un cuarto de milla, se detuvieron ante una casa aislada, rodeada de una tapia, a lo alto de la cual, apenas sin tomar aliento, subió Toby Crackit en un abrir y cerrar de ojos.

—Ahora, el chico —dijo Toby—. Aúpale, que yo le cogeré.

Antes de que Oliver tuviese tiempo de volver la cabeza, Sikes le había cogido por debajo de los brazos y, unos segundos después, él y Toby hallábanse sobre el césped, al otro lado de la tapia. Sikes los siguió al instante y avanzaron con precaución hacia la casa.

Fue entonces cuando, por vez primera, y a punto de enloquecer de pena y de terror, comprendió Oliver que el escalo y el robo, si no el crimen, eran el objeto de la expedición. Juntó sus manos e involuntariamente dejó escapar una sofocada exclamación de horror. Un velo de niebla enturbió sus ojos, un sudor frío cubrió su cara cenizosa; le flaquearon las piernas y cayó de rodillas.

—¡Levántate! —murmuró Sikes, trémulo de ira y sacando la pistola del bolsillo—. ¡Levántate o te dejo los sesos en la hierba!

—¡Por amor de Dios, dejadme marchar! —exclamó Oliver—. ¡Dejad que me vaya a morir en el campo! No me acercaré a Londres jamás; nunca, nunca. ¡Oh, por favor, tened piedad de mí y no me obliguéis a robar! ¡Por todos los ángeles del Cielo, tened compasión de mí!

El hombre a quien iban dirigidas estas súplicas lanzó un horrible juramento, y ya había montado la pistola, cuando Toby, arrancándosela de entre los dedos, tapó con su mano la boca del muchacho y le arrastró hacia la casa.

—¡Chis! —ordenó aquel hombre—. Eso aquí no conduce a nada. Si dices una palabra más, seré yo quien te abra la cabeza. De esa manera no se hace ruido y es tan seguro y más elegante. Ven aquí, Bill. Haz saltar el postigo. El chico ya tiene bastante, te lo aseguro. He visto a otros mayores que él hacer lo mismo,

unos minutos, en una noche fría.

Lanzando terribles imprecaciones contra Fagin por haberle enviado a Oliver para tal menester, Sikes actuó enérgicamente con la palanqueta, mas sin hacer ruido. A los pocos momentos, y con ayuda de Toby, el postigo en cuestión giró sobre sus goznes y quedó abierto de par en par.

Se trataba de una ventana de celosía, que se alzaba a unos cinco pies y medio sobre el suelo; situada en la parte trasera de la casa, pertenecía a un lavadero o lugar donde se fabrica la cerveza, al final de un pasillo. El hueco era tan reducido que, sin duda, los inquilinos no creyeron que valiese la pena protegerlo con mayores seguridades; mas, sin embargo, sí era lo suficientemente ancho para permitir la entrada de un muchacho del tamaño de Oliver. Unas breves manipulaciones con el arte del señor Sikes bastaron para hacer saltar el pestillo de la celosía, que pronto quedó también abierta de par en par.

—Ahora, escucha, mastuerzo —dijo Sikes en voz baja, sacando una linterna sorda del bolsillo y enfocándola de lleno sobre el rostro de Oliver—. Voy a hacerte pasar por ahí. Toma esta luz, sube despacio las escaleras que verás frente a ti y, atravesando el vestíbulo hasta la puerta de la calle, la abres para que podamos entrar.

—Verás que hay un cerrojo en la parte alta, al que no llegarás —terció Toby—. Súbete en una de las sillas del vestíbulo. Hay tres, Bill, con un unicornio azul bastante grande y una horquilla de oro en la parte de arriba, que es el escudo de armas de la vieja.

—Cállate, si puedes —replicó Sikes con una amenazadora mirada—. La puerta de la habitación está abierta, ¿no es eso?

—De par en par —contestó Toby, después de asomarse para convencerse de ello—. Lo gracioso de esto es que la dejaban siempre abierta con un gancho para que el perro, que tiene ahí su cama, se pasee por el pasillo cuando está desvelado. ¡Ja, ja, ja! Barney nos lo quitó de en medio esta noche, ¡y con qué limpieza!

Aun cuando Crackit hablaba en voz apenas audible y se reía sin hacer ruido, Sikes le ordenó imperiosamente que se callara y comenzara a trabajar. Obedeció Toby, sacando primero su linterna y colocándola en el suelo; luego apoyó firmemente la cabeza contra la pared, bajo la ventana, con las manos en las rodillas, para convertir su espalda en un escalón. No bien hubo hecho esto, Sikes, subiéndose a él, hizo pasar a Oliver sigilosamente por la ventana, con los pies primero, y sin soltarlo del cuello le colocó felizmente sobre el suelo interior.

—Toma la linterna —dijo Sikes, inspeccionando la habitación—. ¿Ves esas escaleras de enfrente?

Oliver, más muerto que vivo, murmuró que sí. Sikes, señalándole la puerta de entrada con el cañón de la pistola, le advirtió brevemente que se acordase de que estaría siempre al alcance de sus disparos, de manera que si vacilaba caería muerto al instante.

—Está hecho en un minuto —dijo Sikes en el mismo tono—. En cuanto te suelte, a lo tuyo. ¡Escucha!

—¿Qué es eso? —murmuró el otro.

Escucharon con atención.

—Nada —dijo Sikes, soltando a Oliver—. ¡Ahora!

En el breve instante que tuvo para coordinar sus ideas, el muchacho había adoptado la firme resolución de que, muriera o no en el intento, al llegar al vestíbulo haría un esfuerzo para subir como una flecha las escaleras y dar la voz de alarma a la familia. Embargado con esta idea, avanzó al instante, mas con precaución.

—¡Vuélvete! —le gritó, de pronto, Sikes—. ¡Vuelve! ¡Vuelve!

Asustado por este súbito grito, que rompiera el mortal silencio del lugar, y por el alarido de que fue seguido, Oliver dejó caer al suelo la linterna, sin saber a punto fijo si huir o avanzar.

Se repitió el grito, surgió una luz; ante sus ojos flotó la visión de dos hombres aterrados, a medio vestir, en lo alto de la escalera; un fognazo, un estampido, humo, un crujido en algún sitio, sin saber dónde, y retrocedió tambaleándose.

Sikes había desaparecido por un instante, mas surgió de nuevo y le cogió del cuello antes que el humo se disipara. Disparó su pistola contra los hombres, que se retiraban ya, y subió a rastras al muchacho.

—¡Agárrate más fuerte...! —dijo Sikes, en tanto le sacaba por la ventana—. ¡Dame esa bufanda! Le han dado. ¡Pronto! ¡Maldición! ¡Cómo sangra este chico!

Oyó entonces el agudo sonar de una campanilla, mezclado con el ruido de las armas de fuego y las voces de las gentes; luego tuvo la sensación de que le conducían por un terreno desigual y a paso rápido. Después, los ruidos perdiéronse en la distancia y un frío mortal reptó hasta su corazón; a continuación no vio ni oyó nada más.

*Que contiene la esencia de una agradable conversación entre el señor Bumble y una dama, y nos muestra que hasta un celador puede ser susceptible en algunos aspectos*

Aquella noche hacía un frío cruel. La nieve, helada sobre el suelo, se había convertido en una espesa y dura corteza, de forma que sólo los montones formados en los apartados caminos y rincones sufrían los embates del afilado viento que ululaba en el espacio y que, descargando su creciente furia sobre aquellas víctimas que hallaba en su camino, alzábala furiosamente como nubes y, haciéndolas girar en miles de turbios remolinos, las deshacía en el aire. Yerma, oscura y punzante de frío, aquella noche era muy a propósito para que los que gozan de buena casa y buena mesa se reuniesen en torno a un luminoso fuego, dando gracias a Dios por encontrarse en su hogar, en tanto los míseros hambrientos y sin techo mueren desamparados. En estas horas son muchos los parias famélicos que cierran sus ojos en las calles desnudas, sin que, cualesquiera que sean sus crímenes, hayan podido abrirlos a un mundo más cruel.

Tal era la situación externa cuando la señora Corney, matrona del hospicio conocido ya por nuestros lectores como lugar de nacimiento de Oliver Twist, sentose ante un vivo fuego en su reducida habitación, y miró, con no escasa complacencia, a una mesita redonda, sobre la que descansaba una bandeja de regular tamaño, provista de todos los materiales necesarios para la más grata refacción de que puede gozar una matrona. En efecto, la señora Corney disponíase a solazarse con una taza de té. Al trasladar su mirada de la mesa a la chimenea, donde la más reducida de todas las teteras existentes cantaba su dulce canción a media voz, creció su interior satisfacción, a tal punto que la señora Corney sonrió.

« Verdaderamente », se dijo la matrona, apoyando el codo sobre la mesa y mirando pensativa al fuego, « no cabe duda de que todos nosotros tenemos mucho que agradecer. Muchísimo, si llegásemos a saberlo. ¡ Ah! » .

La señora Corney meneó la cabeza con melancolía, cual si deplorase la ceguera mental de aquellos pobres que lo desconocen, e introduciendo una cucharilla de plata (de su propiedad) en los más íntimos rincones de un bote de té, se dispuso a hacer la infusión.

¡ Qué poca cosa hace falta para turbar la ecuanimidad de nuestros frágiles espíritus! La negra tetera, excesivamente pequeña y totalmente llena, rebosó en

tanto la señora Corney moralizaba, y el agua escaldó su mano.

—¡Maldito cacharro! —exclamó la digna matrona, dejándolo rápidamente sobre la repisa—. ¡Es tan pequeño este chisme, que apenas caben un par de tazas! ¿Cómo puede servirle esto a nadie, si no es —añadió la señora Corney tras una pausa—, si no es a una pobre criatura desamparada como yo? ¡Ay, Dios mío!

Tras estas palabras, la matrona se dejó caer en una silla, y apoyando una vez más el codo sobre la mesa, pensó en su triste y solitario destino. La minúscula tetera y la única taza trajeron a su imaginación tristes recuerdos del señor Corney, muerto apenas hacía veinticinco años, y sintióse abrumada.

—Jamás volveré a tener otro —murmuró la señora Corney con aspereza—. Jamás volveré a tener otro... como él.

No se sabe si esta observación se refería al marido o al cacharro. Pudiera haber sido a este último, porque la señora Corney lo estaba mirando mientras hablaba y lo cogió después. Acababa de saborear su primera taza cuando viose turbada por una suave llamada en la puerta de la habitación.

—¡Oh, adelante! —exclamó la señora Corney con acritud—. Esto es que alguna de las viejas se está muriendo. Siempre se les ocurre morir cuando estoy comiendo. No os quedéis ahí, que entra un aire muy frío. ¿Qué hay de malo, eh?

—Nada, señora, nada —respondió una voz de hombre.

—¡Válgame Dios! —exclamó la matrona en tono mucho más dulce—. ¿Sois vos, señor Bumble?

—Para serviros, señora —dijo el señor Bumble, que se había detenido fuera para limpiarse los pies y sacudir la nieve caída sobre su casaca, haciendo entonces su aparición con su sombrero de tres picos en una mano y un paquete en la otra—. ¿Queréis que cierre la puerta?

La dama vaciló, ruborosa, al dar su respuesta, por temor de que no fuese muy decoroso celebrar una entrevista con el señor Bumble a puerta cerrada. Aprovechando su vacilación, y puesto que sentía mucho frío él también, cerró sin más preámbulos.

—Mal tiempo, señor Bumble —dijo la matrona.

—Malo de verdad, señora —respondió el celador—. Hace un tiempo antiparroquial. Hemos repartido alrededor de veinte panes, y queso y medio, esta bendita tarde, y todavía no están satisfechos esos desgraciados.

—¡Por supuesto! ¿Cuándo lo están, señor Bumble? —replicó la matrona, sorbiendo el té.

—Verdad, señora, ¿cuándo? —exclamó el señor Bumble—. Veréis: tenemos un hombre a quien, en consideración a su esposa y a su numerosa familia, se le ha dado un pan de cuatro libras y una libra corrida de queso. ¿Creéis que está agradecido, señora; creéis que lo está? ¡Ni pizca! Lo que ha hecho ha sido pedir

unos carbones, aunque fuesen los que caben en un pañuelo, dijo. ¡Carbones! ¿Qué va a hacer con los carbones? ¿Tostar el queso y luego volver por más? Así es como se porta esa gente, señora; les dais hoy un delantal lleno de carbón y vuelven por otro mañana, con el mayor descaro.

La matrona expresó su completo acuerdo con este parecer, y el celador prosiguió:

—No podéis imaginaros —dijo el señor Bumble— hasta dónde han llegado. Anteayer, un hombre que (habéis sido casada, señora, y por eso puedo decíroslo), un hombre que apenas llevaba unos andrajos sobre sus espaldas —la señora Corney bajó los ojos al suelo—, llega a la puerta de nuestro inspector, precisamente cuando tenía gente a comer, y dice que tienen que socorrerle. Como no estaba dispuesto a irse, y los presentes comenzaban a escandalizarse, nuestro inspector le hizo sacar una libra de patatas y medio cuartillo de gachas de avena. « Pero ¡Dios mío! », exclamó el mísero ingrato, « ¿para qué quiero esto? ¡Es lo mismo que si me dieseis unas gafas de alambre! ». « ¡Ah! ¿Sí? », respondió nuestro inspector recogiénoselo todo. « Pues os quedaréis sin nada » « ¡Me moriré en medio de la calle! », replicó el vagabundo. « ¡Oh, no; no os moriréis! », le contestó nuestro inspector.

—¡Ja, ja, ja...! Eso es muy bueno. Fue el señor Grannet, ¿verdad? — interrumpió la matrona—. Y ¿qué pasó, señor Bumble?

—Pues bien, señora —prosiguió el celador—: Se marchó y se murió en medio de la calle. ¡Ved hasta dónde llega la testarudez de un mendigo!

—Eso es superior a todo cuanto pudiera imaginarse —observó la matrona con énfasis—. De todas maneras, señor Bumble, ¿no creéis que los socorros fuera del establecimiento son de mal efecto? Vos tenéis experiencia y debéis saberlo. Decid.

—Señora Corney —murmuró el celador, sonriendo como lo hacen los que tienen conciencia de su superior conocimiento—, los socorros fuera del establecimiento, debidamente administrados, son la salvaguardia parroquial. El sabio principio del socorro exterior es dar a los pobres precisamente aquello que no necesitan, para que, así, se cansen de venir.

—¡Válgame Dios! —exclamó la señora Corney—. Pues claro que es una buena idea.

—Sí. Aquí, para entre nosotros, señora —replicó el señor Bumble—, es el principio fundamental, y ésa es la razón por la cual, si leéis alguna vez esos audaces periódicos, observaréis siempre que se ha socorrido a las familias enfermas con trozos de queso. Ése es el reglamento actual, señora Corney, para todo el país. Sin embargo —añadió el celador, inclinándose para desenvolver el paquete—, son de estos secretos oficiales, señora, de los que no debe hablarse, salvo, diría yo, entre los funcionarios parroquiales como nosotros. Aquí tenéis, señora, el vino de Oporto que la Junta pidió para la enfermería: puro, fresco,

auténtico vino de Oporto, acabado de salir del barril esta misma tarde, claro como el sonar de una campana y sin sedimento.

Alzó la primera botella a la luz, la agitó bien para comprobar su excelente calidad, y luego colocó el señor Bumble las dos sobre una cómoda, dobló el pañuelo en que vinieran envueltas, se lo metió en el bolsillo con parsimonia y cogió el sombrero como para marcharse.

—Vais a pasar mucho frío en el camino, señor Bumble —dijo la matrona.

—Hace un viento, señora —respondió el señor Bumble, levantándose el cuello de su casaca—, que le corta a uno las orejas.

La matrona paseó su mirada de la tetera al celador, que se dirigía ya hacia la puerta, y cuando éste lanzó su tos preliminar para dar las buenas noches, ruborosamente le preguntó si... no querría tomar una taza de té.

Al instante el señor Bumble se bajó el cuello, dejó el sombrero y el bastón en una silla y acercó otra a la mesa. En tanto se sentaba lentamente, contempló a la dama. Tenía ésta sus ojos fijos en la minúscula tetera. El señor Bumble tosió de nuevo y sonrió levemente.

Se levantó la señora Corney a coger otra taza y un plato del armario. Al sentarse, sus ojos se tropezaron una vez más con los del galante celador; ruborizose y se dedicó a la tarea de hacer el té. De nuevo tosió el señor Bumble, esta vez más fuerte que antes.

—¿Dulce, señor Bumble? —preguntó la matrona, cogiendo el azucarero.

—Muy dulce, sí, señora —respondió el señor Bumble.

Al decir esto, fijó su mirada en su interlocutora, y si alguna vez hubo un celador tierno en el mundo, ése fue el señor Bumble en aquel momento.

El té estaba hecho, y se lo ofreció en silencio. El señor Bumble, después de extender un pañuelo sobre sus rodillas para impedir que las migajas empañasen el esplendor de sus pantalones, comenzó a comer y beber, entremezclando este gozo con algún que otro suspiro, que, no obstante, no produjo ningún efecto nocivo en su apetito, sino, por el contrario, diríase que facilitaba sus funciones en el departamento del té con tostadas.

—Veo que tenéis una gata, señora —dijo el señor Bumble, contemplándola, que, rodeada de sus crías, calentábase frente al fuego—. Y gatitos también, según parece.

—¡Me gustan tanto, señor Bumble...! No os lo podéis figurar —repuso la matrona—. Son tan bonitos, tan retozones, tan alegres, que resultan mis verdaderos compañeros.

—Son unos animalitos muy simpáticos, señora —replicó el señor Bumble, asintiendo—. ¡Tan caseros...!

—¡Oh, sí! —exclamó la matrona con entusiasmo—. ¡Tan amantes de su hogar, además, que es un verdadero placer, os lo aseguro!

—Señora Corney —añadió el señor Bumble pausadamente, llevando el

compás con la cucharilla—, una cosa he de deciros: para que un gato o gatito viviese con vos y no fuese amante de su hogar, tendría que ser un asno, señora.

—¡Oh señor Bumble! —replicó la señora Corney.

—Es inútil disfrazar los hechos, señora —continuó el señor Bumble, agitando suavemente la cucharilla con una especie de amorosa dignidad que le prestaba una mayor solemnidad—. Yo lo ahogaría con placer.

—Sois cruel —respondió la matrona con viveza, en tanto alargaba la mano para recoger la taza del celador—, y, además, tenéis mal corazón.

—¿Mal corazón, señora; mal corazón? —replicó el señor Bumble.

Alargó entonces su taza, oprimió el dedo meñique de la señora Corney al cogerla, e infligiéndose dos palmadas sobre su chaleco galoneado, exhaló un hondo suspiro y separó un poquito más la silla del fuego.

La mesa era redonda, y como la señora Corney y el señor Bumble estaban sentados uno frente al otro, sin gran espacio entre ellos y delante del fuego, se comprenderá que el señor Bumble, al alejarse de éste, mas sin levantarse de la mesa, aumentó la distancia que los separaba, proceder que, sin duda, se sentirán dispuestos a admirar algunos prudentes lectores, considerándolo un acto de gran heroísmo por parte del señor Bumble, ya que sentíase en cierto modo tentado, por la hora, el lugar y la ocasión, a expresar ciertas dulces naderías que, por muy bien que sienten en los labios ligeros e irreflexivos, están inconmensurablemente por bajo de la dignidad de los jueces, los diputados, los ministros de Estado, alcaldes y demás altos funcionarios públicos, pero más especialmente por debajo de la pompa y gravedad de un celador, que, como es sabido, debe ser el más severo e inflexible de todos.

Sin embargo, cualesquiera que fuesen las intenciones del señor Bumble, y no cabe duda de que eran excelentes, por desgracia, como ya hemos advertido dos veces, la mesa era redonda; por consiguiente: al mover el señor Bumble la silla poco a poco, pronto comenzó a acortar la distancia que le separaba de la matrona, y, continuando su viaje por el borde exterior del círculo, hubo un momento en que su silla quedó pegada a aquella en la que se sentaba la dama. En realidad, las dos sillas estaban juntas, y, una vez llegado a este punto, el señor Bumble se detuvo.

Ahora bien: si la matrona hubiese retirado su silla hacia la derecha, el fuego la hubiese chamuscado, y si lo hacía hacia la izquierda, caería en brazos del señor Bumble; por ello, y siendo como era una mujer discreta, y previendo sin duda estas consecuencias de una ojeada, permaneció donde estaba y alargó al señor Bumble otra taza de té.

—¿Mal corazón, señora Corney...? —dijo el señor Bumble, moviendo el té y mirando a la cara a la matrona—. Y vos, señora Corney, ¿tenéis mal corazón?

—¡Dios mío! —exclamó la matrona—. ¡Qué pregunta tan extraña en labios de un hombre soltero! ¿Para qué lo queréis saber, señor Bumble?

El celador bebió el té hasta la última gota, dio fin a una tostada, se sacudió las migajas de las rodillas, enjugó los labios y, decidido, dió un beso a la matrona.

—¡Señor Bumble! —exclamó la discreta dama en voz baja, pues era tanto su terror, que perdió la voz por completo—. Señor Bumble, que grito.

El señor Bumble no respondió, sino que, pausada y dignamente, rodeó la cintura de la matrona con el brazo.

Como la dama había manifestado su intención de gritar, sin duda lo hubiese cumplido ante esta nueva audacia; mas tal esfuerzo resultó innecesario por causa de una rápida llamada a la puerta. No bien la oyera, el señor Bumble se precipitó con gran agilidad sobre las botellas y empezó a quitarles el polvo con gran violencia, mientras que la dama preguntaba con acritud que quién era. Es digno de observar, como curioso ejemplo físico de la eficacia de una súbita sorpresa para contrarrestar los efectos del excesivo temor, que su voz había recobrado en un solo instante toda su aspereza oficial.

—Por favor, señora —dijo una pobre y arrugada anciana, horriblemente fea, asomando la cabeza por la puerta—. La vieja Sally se muere a chorros.

—Bueno; y ¿a mí qué me importa? —preguntó, airada, la matrona—. Yo no puedo hacer que viva, ¿no es eso?

—Claro que no, señora —replicó la vieja—. Nadie puede hacerlo; además, ya no hay quien la salve. He visto morir a muchos: chiquillos pequeños y hombres grandes y fuertes, y sé muy bien cuándo se acerca la muerte. Pero está muy preocupada, y cuando se le calman los ataques, que no es muy a menudo, porque se muere sin remedio, dice que tiene algo que deciros y que debéis saber. No morirá tranquila hasta que vayáis, señora.

Ante esta noticia, la digna señora Corney masculló una serie de invectivas contra las viejas que ni siquiera pueden morir sin molestar de intento a sus superiores; y envolviéndose en un grueso chal que recogió con premura, rogó brevemente al señor Bumble que esperase su regreso, no fuese a ocurrir algo de particular, y ordenó a la mensajera que anduviese deprisa y no se estuviese toda la noche cojeando por la escalera, siguiéndola de mala gana y refunfuñando todo el camino.

La conducta del señor Bumble al quedarse solo fue harto inexplicable. Abrió el armario, contó las cucharillas, sopesó las tenacillas del azúcar, examinó minuciosamente una lechera de plata para cerciorarse de la autenticidad del metal, y, una vez satisfecha su curiosidad sobre estos particulares, se puso de través su sombrero de tres picos y empezó a bailar, muy serio, dando cuatro veces la vuelta alrededor de la mesa. Realizada esta extraordinaria operación, quitóse de nuevo el sombrero y, colocándose ante el fuego, de espaldas a él, pareció dedicarse mentalmente a hacer un inventario exacto del mobiliario.

*Que trata de un tema de poco valor, pero que, como es corto, puede considerarse de importancia para esta historia*

No era, en verdad, una impropia mensajera de la muerte la que había turbado la serenidad del cuarto de la matrona. Encorvado su cuerpo por los años, trémulos sus miembros de perlesía y contraído el rostro en un hosco gesto, más bien parecía producto grotesco de un lápiz estrafalario que obra de la mano de la Naturaleza.

¡Ay...! ¡Cuán escasos son los rostros que la Naturaleza nos da para regocijarnos con su belleza! Las tribulaciones, los pesares, las inquietudes del mundo, los transforman lo mismo que a las almas, y sólo cuando esas pasiones duermen y pierden su brío para siempre es cuando pasan las inquietantes nubes y dejan clara la superficie celeste. Es corriente que los rostros de los muertos, aun rígidos e inmóviles, adquieran esa expresión apacible, y hace tiempo olvidada, del sueño de la infancia, y tomen el aspecto de los albores de la vida; tórnanse tan serenos y pacíficos de nuevo, que aquellos que los conocieron en los días felices de su niñez se arrodillan con temor junto al ataúd y ven al mismo ángel sobre la tierra.

La arrugada vieja renqueó por los pasillos y escaleras, musitando ininteligibles respuestas a los reproches de su acompañante, y viéndose, al fin, obligada a detenerse para tomar aliento, le pasó la luz y quedose detrás para seguirla como pudiese, en tanto su superior, más activa, se encaminaba a la habitación donde yacía la enferma.

Era aquélla un desván, en donde ardía una débil luz en un extremo. Junto al lecho velaba otra vieja, y el aprendiz de boticario de la parroquia hallábase en pie junto al fuego, haciéndose un palillo de dientes con una pluma de ave.

—¡Qué noche más fría, señora Corney! —dijo este joven al entrar la matrona.

—Muy fría en verdad, caballero —respondió la dama en su tono más cortés y haciendo una reverencia.

—Deberíais pedirle mejor carbón a vuestros contratistas —dijo el auxiliar del boticario, partiendo un trozo sobre la chimenea con el enmohecido atizador—. Éste no es, ni mucho menos, el que hace falta para una noche tan fría.

—La Junta lo ha elegido, señor —replicó la matrona—. Lo menos que podían

hacer es tenernos calientes, pues bastante desagradables son nuestros lugares de trabajo.

La conversación quedó aquí interrumpida por un gemido de la enferma.

—¡Ah! —exclamó el joven, volviendo la cara hacia el lecho, como si antes se hubiera olvidado por completo de la paciente—. Ahí no hay nada que hacer, señora Corney.

—¿De veras, señor...? —preguntó la matrona.

—Si dura un par de horas, me sorprenderá mucho —respondió el mancebo, atento a la punta de su mondadientes—. Tiene todo su sistema completamente deshecho. ¿Duerme ahora?

La enfermera se inclinó sobre el lecho para averiguarlo, e hizo una seña afirmativa.

—Entonces quizá se nos vaya de esa manera, si no hacéis ruido —indicó el joven—. Poned la luz en el suelo. Ahí no la verá.

La enfermera hizo lo que le ordenaban, moviendo al tiempo la cabeza como insinuando que la mujer no se moriría tan fácilmente; hecho esto, volvió a ocupar su asiento al lado de la otra enfermera que acababa de regresar. La matrona, con gesto de impaciencia, se envolvió en el chal y se sentó a los pies de la cama.

El aprendiz de boticario, terminada la fabricación del mondadientes, plantose delante del fuego e hizo buen uso de él durante diez minutos; mas como, al parecer, se aburriese bastante, deseole a la señora Corney buena suerte en su tarea y salió de puntillas.

Al cabo de un gran rato de permanecer sentadas y en silencio, las dos viejas se levantaron de la cama y, agachándose junto al fuego, extendieron sus rugosas manos para calentarse. La llama derramaba un siniestro resplandor sobre sus rostros fruncidos, realzando su terrible fealdad al comenzar, en semejante posición, a conversar en voz baja.

—¿Ha dicho algo más, Anny, mientras yo me marché...? —preguntó la mensajera.

—Ni una palabra —respondió la otra—. Empezó a retorcerse y arañarse los brazos un rato; pero le cogí las manos y pronto se quedó dormida. No le quedaban muchas fuerzas, y me fue fácil tenerla sujeta. Para ser lo vieja que soy, no estoy tan débil, aunque vivo de la asignación de la parroquia. ¡Ya lo creo que no!

—¿Se bebió el vino caliente que el doctor dijo que tenía que tomar...? —preguntó la primera.

—Intenté dárselo —repuso la otra—; pero tenía los dientes apretados y mordía el vaso con tal fuerza, que me di por contenta con podérselo quitar. Por eso me lo bebí yo, y me ha sentado bien.

Volviendo la cabeza con precaución para cerciorarse de que no las oían, las dos brujas se agazaparon más junto al fuego y lanzaron sus risitas ahogadas.

—Me acuerdo de que ella hubiera hecho lo propio —dijo la primera de aquéllas— y luego se hubiera burlado de lo lindo.

—¡Ya lo creo...! —replicó la otra—. Era muy alegre. Muchos, muchos cadáveres amortajó con la misma habilidad que si fueran de cera. Estos pobres ojos míos los vieron, y estas manos los tocaron también, que la ayudé docenas de veces.

Extendiendo sus dedos temblorosos, la vieja los agitó con gozo ante su vista, y metiéndoselos en el bolsillo, sacó una descolorida caja de rapé, del que echó unos polvos en la mano abierta de su compañera y otros más en la suya. En tanto así se entretenían, la matrona, que vigilaba con impaciencia a la moribunda para ver si despertaba de su letargo, acercose al fuego junto a ellas y preguntó con acritud cuánto tendría que esperar.

—No mucho, señora —respondió la segunda, alzando la mirada—. Ninguna de nosotras tendrá que esperar mucho a la muerte. ¡Paciencia, paciencia! Pronto vendrá a buscarnos a todas.

—¡Callad, vieja chocha! —exclamó la matrona con severidad—. Decídmela, Martha: ¿estuvo así antes?

—Muchas veces —contestó la primera vieja.

—Pero no volverá a estarlo otra vez —añadió la segunda—; es decir, no se despertará más que una vez, y, fijaos, señora, no para mucho tiempo.

—Poco o mucho —dijo la matrona con acritud—, no me encontrará aquí cuando se despierte; y vosotras dos cuidad de no molestarme otra vez para nada. No entra dentro de mis obligaciones el ver morir a todas las viejas de la casa y, además, no quiero. Conque tenedlo presente, descaradas. Si volvéis a burlaros de mí, pronto os arreglaré yo.

Marchábase ya, cuando un grito de las dos mujeres, que se habían lanzado hacia la cama, hízola volverse. La enferma se había incorporado y extendía los brazos hacia ellas.

—¿Quién es ésa? —gritó con voz cavernosa.

—¡Chis! ¡Chis! —dijo una de las mujeres, inclinándose junto a ella—. ¡Acostaos, acostaos!

—¡No me acostaré mientras viva! —respondió la mujer, forcejeando—. ¡Tengo que decirselo! ¡Venid aquí! ¡Más cerca! Dejad que os hable al oído.

Cogió a la matrona del brazo, y, obligándola a sentarse en una silla que había junto al lecho, se disponía a hablar, cuando, al volver la cabeza, vio a las dos viejas que se inclinaban ávidamente para escuchar.

—Echadlas de aquí —dijo la mujer trabajosamente—. ¡Deprisa...! ¡Deprisa...!

Las dos brujas comenzaron al unísono a lamentarse de que la pobre no conociese a sus mejores amigas, lanzando varias protestas de que no la abandonarían; pero su superior las hizo salir a empujones, cerró la puerta y

volvió junto a la cabecera de la cama. Al verse así arrojadas, las viejas cambiaron de tono y gritaron por la cerradura que la vieja Sally estaba borracha, cosa que, en verdad, no dejaba de ser probable, ya que, además de una dosis moderada de opio prescrita por el boticario, obraba bajo los efectos de un sorbo de agua con ginebra que le fuera administrado particularmente, en un rapto de generosidad, por las mismas y dignas ancianas.

—Ahora, escuchadme —dijo la moribunda en voz alta, como haciendo un gran esfuerzo para hacer revivir en ella la última chispa escondida de energía—. En esta misma habitación, en esta misma cama, asistí una vez a una linda criatura que llegó a esta casa con los pies heridos y destrozados de tanto andar, toda llena de polvo y de sangre. Dio a luz un niño y murió. Dejadme pensar... ¿Qué año sucedió eso?

—No importa el año —dijo la oyente con impaciencia—. ¿Qué pasó con ella?

—¡Ah, sí! —murmuró la enferma, volviendo a caer en su estado soñoliento de antes—. ¿Qué pasó con ella? ¿Qué pasó...? ¡Ya lo sé! —exclamó, incorporándose más, enrojecida la cara y los ojos saltando de sus órbitas—. ¡Le robé...! Sí. Todavía no estaba fría..., os digo que todavía no estaba fría cuando le robé...

—¿Le robaseis qué? ¡Por amor de Dios, seguid...! —exclamó la matrona, haciendo un gesto como si fuese a pedir socorro.

—¡Eso! —replicó la mujer, tapándole la boca con la mano—. Lo único que tenía. Carecía de ropas con que abrigarse, de comida con que alimentarse; pero aquello lo había conservado y lo guardaba en su seno. Era oro. Oro de verdad, que podría haberle salvado la vida.

—¡Oro! —repitió la matrona, inclinándose ávidamente sobre la moribunda en tanto ésta se desvanecía—. Seguid, seguid... Sí... Y ¿qué pasó? ¿Quién era la madre? ¿Cuándo sucedió eso?

—Me encargó que lo guardase —respondió la mujer, lanzando un gemido—. Se confió a mí porque era la única mujer que tenía al lado. Cuando me lo enseñó colgando de su cuello, ya pensé en robárselo; y quizá la muerte del niño pese sobre mí también. Le hubiesen tratado mejor si lo hubiesen sabido todo.

—¿Qué es lo que habían de saber? —preguntó la otra—. ¡Hablad!

—El niño se parecía tanto a su madre —añadió la mujer, divagando, sin hacer caso de la pregunta—, que no podía verle sin acordarme. ¡Pobre mujer! ¡Pobre niña! ¡Era tan joven...! ¡Tan inocente...! Esperad; aún me queda algo que deciros. No os lo he dicho todo, ¿verdad?

—No, no —respondió la matrona, inclinando la cabeza para percibir las palabras que cada vez salían más débilmente de la moribunda—. Daos prisa, o será demasiado tarde.

—La madre —prosiguió la mujer, haciendo un esfuerzo aún más violento—, la madre, cuando le llegaron las angustias de la muerte, me dijo al oído que si su

hijo vivía y medraba, acaso llegase un día en que no se sintiese deshonrado al oír el nombre de su pobre madre. « ¡Oh cielo mío! », dijo, cruzando sus delgadas manos. « Sea niño o niña, procuradle amigos en este mísero mundo y tened piedad de un pobre desamparado y abandonado a su suerte. »

—¿Cómo se llamaba el niño? —preguntó la matrona.

—Le pusieron Oliver —respondió la mujer débilmente—. El oro que yo robé era...

—Sí, sí. ¿Qué? —exclamó la otra.

Se inclinó ansiosamente sobre la mujer para escuchar su respuesta; mas retrocedió instintivamente, porque de nuevo se incorporó lenta y rígidamente, hasta quedar sentada; luego, crispando sus manos sobre la colcha, murmuró unos sonidos inarticulados, y cayó sin vida sobre el lecho.

—¡Muerta...! —exclamó una de las viejas, que entró corriendo tan pronto como se hubo abierto la puerta.

—Para no decir nada, después de todo —gruñó la matrona, saliendo con indiferencia.

Las dos brujas, dedicadas, al parecer, a los preparativos de sus fúnebres obligaciones, quedaron solas, rondando en torno al cadáver.

*En el que nuestra historia vuelve a ocuparse del señor Fagin y compañía*

En tanto ocurrían estas cosas en el Hospicio, el señor Fagin hallábase sentado en su mísero cubil (aquel de donde la muchacha sacara a Oliver), meditando ante un fuego desvaído y humeante. Sobre sus rodillas descansaba un fuelle, con el que, sin duda, había tratado de avivarlo; mas quedó absorto en hondos pensamientos, cruzados los brazos sobre él y apoyado el mentón en sus pulgares, con la mirada vagamente perdida en los hierros orinientos.

Ante una mesa que había detrás de él hallábanse sentados el *Ladino Fullero*, maese Charley Bates y el señor Chitling, todos empeñados en una partida de *whist*. El *Fullero* hacía el *muerto* contra maese Bates y Chitling. El semblante del primero de los citados, singularmente inteligente en todo momento, adquiría mayor interés con su viva atención al juego y el detenido examen de la mano de Chitling, sobre la que, siempre que la ocasión se lo permitía, lanzaba una serie de inquisitivas miradas, ordenando sabiamente su juego según el resultado de sus observaciones sobre las cartas de su vecino. Como la noche estaba fría, el *Fullero* tenía el sombrero puesto, según costumbre frecuente, aun estando bajo techado. Sostenía también entre sus labios una pipa de barro, que no dejaba más que el breve espacio necesario para refrescar en un jarro de cuartillo que había sobre la mesa, lleno de agua con ginebra para solaz de la reunión.

También maese Bates estaba atento al juego, mas siendo de natural más excitable que su avezado amigo, era de notar que recurría con más frecuencia al agua con ginebra, y, además, se entregaba a múltiples bromas e inoportunas observaciones, sumamente impropias de una partida científica. En efecto, el *Ladino*, valiéndose de su estrecha amistad, aprovechó más de una ocasión para censurar a su compañero todas estas inconveniencias, reconvencciones que maese Bates acogía con gran serenidad, rogándole simplemente a su amigo « que le zirciesen », o que metiese la cabeza en un saco, o contestando con alguna ingeniosa réplica de este jaez, cuya feliz aplicación excitaba la inmensa admiración del señor Chitling. Era de notar que este último y su compañero perdían indefectiblemente, y que tal circunstancia, lejos de irritar a maese Bates, parecía divertirle por demás, ya que, al final de cada jugada, reía ruidosamente, declarando que no había visto cosa más divertida en todos los días de su existencia.

—Van dos dobles y el roble —dijo Chitling con cara larga y sacando media corona del bolsillo del chaleco—. No he visto a nadie como tú, Jack; ganas siempre. Hasta cuando tenemos buenas cartas Charley y yo, no nos sirven de nada.

El significado o el tono de esta observación, hecha con tristeza, produjo tal júbilo a Charley Bates, que su consiguiente carcajada sacó al judío de su abstracción y le indujo a preguntar qué sucedía.

—¿Que qué pasa, Fagin...? —gritó Charley—. Me gustaría que hubieseis visto el juego. Tommy Chitling no ha ganado ni un punto, y yo voy de compañero con él contra el *Fullero* y el muerto.

—¡Ya, ya! —dijo el judío sonriendo, demostración suficiente de que no le costaba trabajo comprender el motivo—. Prueba otra vez, Tom; prueba otra vez.

—Ya no más; gracias, Fagin —respondió Chitling—. Me basta con esto. Este *Fullero* tiene una racha de suerte que no hay quien se ponga contra él.

—¡Ay, amigo! —respondió el judío—. Hay que *madrugar* mucho para ganarle al *Fullero*.

—¿*Madrugar*...? —repitió Charley Bates—. Hay que acostarse con las botas puestas y tener un telescopio en cada ojo y unos gemelos en los hombros para vencerle.

El señor Dawkins acogió estos corteses elogios con gran filosofía y se ofreció a cortar la baraja para cualquiera de los presentes por una figura, jugándose un chelín cada vez. Como nadie aceptase el reto y su pipa se había consumido, se entretuvo en dibujar sobre la mesa un plano de Newgate con el yeso que le sirviera para contar los puntos, silbando entre tanto en tono agudo.

—¡Qué estúpido eres, Tommy...! —dijo el *Fullero*, deteniéndose tras un largo silencio y dirigiéndose a Chitling—. ¿Qué creéis que está pensando, Fagin?

—¿Cómo he de saberlo, hijo...? —respondió el judío, volviendo la cabeza en tanto dejaba el fuelle—. Quizás en sus pérdidas, o en la casa de reposo de donde acaba de salir. ¿No? ¡Ja, ja, ja! ¡Es eso, querido?

—¡Qué va a ser! —replicó el *Fullero*, cortándole la respuesta a Chitling—. ¿Qué dices tú, Charley?

—Yo digo —contestó maese Bates sonriendo— que estará lánguido pensando en Betsy. ¡Mira cómo se pone colorado! ¡Atiza! ¡Que me troncho! ¡Tommy Chitling, enamorado! ¡Ay, Fagin, Fagin! ¡Qué gracia!

Vencido por la idea de que Chitling fuese víctima de una tierna pasión, maese Bates se recostó en la silla con tal violencia, que perdió el equilibrio y cayó al suelo, donde, sin que el accidente disminuyese en nada su hilaridad, quedó cuan largo era hasta que cesó de reír, momento en que volvió a su anterior posición e inició otra nueva carcajada.

—No le hagás caso, querido —dijo el judío, haciendo un guiño a Dawkins y

dando a maese Bates un golpecito de reproche con la boca del fuelle—. Betsy es una chica muy bonita. ¡Duro con ella, Tom; duro con ella!

—Lo único que tengo que decir, Fagin —repuso Chitling, poniéndose muy encarnado—, es que eso es un asunto particular y que no le importa a nadie.

—Claro que no —respondió el judío—. Pero Charley seguirá hablando. No le hagas caso, amigo; no le hagas caso. Betsy es una chica excelente. Haz lo que ella te mande, y habrás hecho tu suerte.

—Eso hago: lo que ella quiere —contestó Chitling—. Si no fuera porque ella me lo aconsejó, no me hubiera dejado poner a la sombra. Pero fue un buen asunto para vos, ¿verdad, Fagin? Y ¿qué son seis semanas? Tarde o temprano, ha de suceder. ¿Por qué no en invierno, que no se tiene necesidad de salir tanto a paseo? ¿Eh, Fagin?

—¡Ah, desde luego, hijo mío! —respondió el judío.

—Y no te importaría volver otra vez, ¿verdad, Tom? —preguntó el *Fullero*, guiñándole el ojo a Charley y al judío—, si a Bet se le antojase.

—He dicho que no me hubiera dejado —respondió Tom airadamente—. ¡Pues sí! ¡Ah! Me gustaría saber quién sería capaz de decir otro tanto, ¿eh, Fagin?

—Nadie, hijo mío —replicó el judío—. Ni uno solo, Tom. Quitándote a ti, no creo que lo hiciera ninguno de ellos; ninguno.

—Yo podría haberme escurrido acusándola a ella, ¿no es eso, Fagin? —prosiguió, airado, el pobre incauto—. Con una palabra que hubiese dicho, ya estaba, ¿no, Fagin?

—Sin duda, hijo —contestó el judío.

—Pero no abrí la boca, ¿verdad, Fagin...? —preguntó Tom, lanzando pregunta tras pregunta con desatada verborrea.

—No, no; claro que no —dijo el judío—. Tuviste valor. Mucho valor, querido.

—Tal vez sí —replicó Tom, volviendo la cabeza—. Y si lo tuve, ¿por qué tienen que reírse? ¿Eh, Fagin?

El judío, al observar que Chitling estaba bastante excitado, se apresuró a asegurarle que nadie se reía, y, para demostrar la seriedad de los allí reunidos, apeló a maese Bates, el principal defensor. Mas desgraciadamente Charley, al abrir la boca para contestar que en su vida había estado más serio, no pudo evitar que se le escapase una estrepitosa carcajada, y el ultrajado Chitling, sin más preámbulos, cruzó la estancia y descargó un puñetazo contra el ofensor; mas éste, práctico en huir de toda persecución, se agachó para esquivarlo, y lo hizo tan a tiempo, que el golpe fue a parar al pecho del alegre anciano, que retrocedió, vacilando, hasta la pared, donde se apoyó jadeante, en tanto Chitling le contemplaba consternado.

—¡Escuchad! —exclamó el *Fullero* en este momento—. He oído la campanilla —y, cogiendo la luz, subió despacio las escaleras.

Mientras la reunión quedaba a oscuras sonó de nuevo la campanilla con cierta

impaciencia. Tras una breve pausa, reapareció el *Fullero* y le habló misteriosamente al oído a Fagin.

—¿Cómo...! —exclamó el judío—. ¿Solo?

El *Fullero* asintió con la cabeza, y, poniéndose la mano de pantalla ante la luz, dio a entender a Charley Bates, con una seña, que convenía que cesase en sus bromas. Después de realizar este amistoso oficio, fijó sus ojos en el rostro del judío y esperó sus instrucciones.

El viejo se mordió sus dedos amarillentos y reflexionó unos instantes, contraído el rostro, entretanto, con muestras de gran agitación, cual si algo le aterrara y temiese no saber adónde iría a parar. Al cabo levantó la cabeza.

—¿Dónde está? —preguntó.

El *Fullero* le señaló el piso de arriba e hizo ademán de salir de la habitación.

—Sí —dijo el judío, contestando a la tácita pregunta—. Hazle bajar. ¡Chis! ¡Silencio, Charley! ¡Espacio, Tom! ¡Idos, idos!

Esta breve indicación a Charley Bates y a su reciente adversario fue obedecida al momento con todo silencio. Ni un rumor se oía cuando el *Fullero* descendió, llevando la luz en la mano, seguido de un individuo ataviado con una blusa ordinaria que, después de lanzar una rápida mirada en torno de la habitación, se quitó una amplia bufanda que le ocultaba la parte inferior del rostro, dejando al descubierto el semblante ojeroso, sucio y sin afeitar del flamante Toby Crackit.

—¿Qué tal, Fagin? —dijo este digno personaje, dirigiéndose al judío—. Deja esa bufanda en la percha, *Fullero*; así sabré dónde está cuando tenga que salir de naja, que así están las cosas. Verás qué buen rata vas a ser delante del viejo.

Y diciendo así, se levantó la blusa y, atándose a la cintura, acercó una silla al fuego y colocó los pies en la repisa.

—Mirad, Fagin —dijo, señalando, desconsolado, sus botas altas—: Ni una gota de betún desde yo no sé cuándo..., ni una pizca de crema. ¡Maldita sea la...! Pero no me miréis de ese modo, hombre; todo llegará. No sé hablar de negocios sin comer ni beber; conqué sacad el sustento y a ver si nos hinchamos con tranquilidad por primera vez desde hace tres días.

El judío hizo una seña al *Fullero* para que colocase sobre la mesa los comestibles que hubiere, y, sentándose frente al salteador esperó a que hablase.

A juzgar por las apariencias, Toby no tenía ninguna prisa en iniciar la conversación. Al principio, el judío contentose con examinar pacientemente su semblante, como si por su expresión hubiese de lograr algún indicio de la noticia que traía; mas fue en vano. No obstante su aspecto de cansancio, en su talante se observaba el mismo reposo satisfecho que siempre mostrara, y a través de la suciedad, de la barba y las patillas destellaba la inalterable sonrisa de satisfacción del flamante Toby Crackit. Muerto de impaciencia, comenzó entonces el judío a vigilar cada manjar que se llevaba a la boca, paseando de un lado a otro de la

habitación, entretanto, con incontenible agitación. Mas todo era inútil. Toby continuó comiendo con la máxima indiferencia aparente, hasta que ya no pudo más, y entonces, ordenando al *Fullero* que se retirase, cerró la puerta, llenose un vaso de agua con licor y se dispuso a hablar.

—Primero y principal, Fagin —dijo Toby.

—¿Qué, qué? —interrumpió el judío, acercando la silla.

Crackit se detuvo para tomar un sorbo de su mezcla, y declaró que la ginebra era excelente; luego, colocando los pies contra la campana de la chimenea, a fin de situar sus botas al nivel de sus ojos, reanudó pausadamente su discurso.

—Primero y principal, Fagin... —dijo el salteador—: ¿Cómo está Bill?

—¿Qué? —gritó el judío, saltando del asiento.

—¡Cómo! ¿No querréis decir que...? —comenzó Toby, palideciendo.

—¿Qué he de querer decir! —exclamó el judío, dando una furiosa patada sobre el suelo—. ¿Dónde están Sikes y ese muchacho? ¿Dónde están? ¿Adónde han ido? ¿Dónde se ocultan? ¿Por qué no han venido aquí?

—Falló el golpe —dijo Toby con desmayo.

—Lo sé —respondió el judío, sacándose un periódico del bolsillo y señalándolo—. ¿Y qué más?

—Dispararon y le dieron al chico. Salimos corriendo por los campos, llevándole entre nosotros; en línea recta, atravesando setos y zanjas. Nos perseguían. ¡Maldita sea! Todo el pueblo despierto, y los perros detrás.

—¿Y el muchacho? —jadeó el judío.

—Bill lo llevaba a cuestas y corría como el viento. Nos paramos para llevarle entre los dos; iba con la cabeza colgando y estaba frío. Pero nos pisaban los talones... «¡Sálvese el que pueda de la horca!», dijimos. Nos separamos y dejamos al galán tendido en una zanja. Vivo o muerto, eso es todo lo que sé de él.

El judío no quiso saber más, y, profiriendo un grito feroz y mesándose los cabellos, salió precipitadamente de la habitación y de la casa.

*En el que sale a escena un misterioso personaje, y se hacen y ejecutan muchas cosas inseparables de esta historia*

El viejo había llegado a la esquina de la calle sin empezar aún a reponerse de los efectos que le produjeran las noticias de Toby Crackit. En nada había aminorado su extraordinaria rapidez, sino que continuaba avanzando en igual forma alocada y desordenada, cuando el inesperado y vertiginoso paso de un carruaje y los estrepitosos gritos de los viandantes al verle en pleno peligro le hicieron retroceder. Huyendo, en lo posible, de las principales calles y deslizándose solamente por pasadizos y callejuelas, fue a parar, al fin, a Snow Hill. Allí aceleró más el paso todavía y no amainó hasta entrar en una calle donde, como advertido de que ya se hallaba en su elemento, adoptó su paso rastrero de ordinario, y, al parecer, respiró con mayor libertad.

Cerca del lugar donde se encuentran Snow Hill y Holborn Hill, a mano derecha al salir de la ciudad, se abre una estrecha y lúgubre calleja que conduce a Saffron Hill. En sus tiendas pestilentes se exponen a la venta enormes montones de pañuelos de seda de segunda mano, de todos los tamaños y dibujos, pues es aquí donde moran los mercachifles que se los compran a los rateros. Estos pañuelos penden a centenares de las perchas colocadas fuera de los escaparates, o flamean en los quicios de las puertas, y los mostradores del interior están repletos de ellos.

Encerrados en los estrechos límites de Field Lane hay una barbería, un café, una cervecería y una tienda de pescado frito. Es aquello una verdadera colonia comercial, el emporio de las raterías, visitada, por la mañana temprano y al caer la tarde, por los silenciosos mercaderes que trafican en las sombrías trastiendas y que desaparecen de la misma manera extraña que llegaron. Allí exponen su mercancía el traperero, el zapatero remendón y el prendero, como muestras que sirven de guía al ladronzuelo; allí los montones de hierro viejo y de huesos, y un acopio de trozos de telas apolilladas, se pudren y enmohecen en los mugrientos sótanos.

A este lugar fue adonde llegó el judío. Conocíanle bien los pálidos moradores de la calleja, pues aquellos que estaban en espera de las compras o ventas le saludaban familiarmente al pasar, con un movimiento de cabeza. Él contestaba a sus saludos en igual forma, sin concederles más atención, hasta que llegó al otro

extremo del callejón y se detuvo a conversar con un vendedor de pequeña estatura que habíase comprimido todo lo imaginable para poder sentarse en una silla de niño, a fumar en pipa a la puerta de su almacén.

—¡Caramba, señor Fagin! ¡Lo que es por verle a usted no se empeoraría una oftalmía! —exclamó el respetable comerciante, contestando a la pregunta del judío sobre su salud.

—La vecindad estaba un poco demasiado excitada, Lively —dijo Fagin, alzando las cejas y cruzando las manos por encima de los hombros.

—Bueno, no es ésta la primera vez que oigo esta queja —respondió el comerciante—; pero pronto se apaciguará de nuevo, ¿no os parece?

Fagin hizo un movimiento afirmativo. Señalando en dirección a Saffron Hill, preguntó si había alguien allá arriba aquella noche.

—¿En Los Cojos?

Asintió el judío.

—Dejadme pensar —añadió el comerciante, reflexionando—. Sí; que yo sepa, ha entrado una media docena. Pero no creo que esté ahí vuestro amigo.

—No estará Sikes, supongo... —preguntó el judío con desconcierto.

—*Non est inventus*, como dicen los abogados —respondió el hombrecillo, moviendo la cabeza con expresión taimada—. ¿Tenéis algo para mí esta noche?

—Esta noche, nada —contestó el judío, volviéndole la espalda.

—¿Vais a subir a Los Cojos, Fagin? —gritole el hombrecillo, llamándole—. ¡Esperad! No me importará ir a echar un trago con vos.

Mas como el judío, volviendo la cabeza, díjole adiós con la mano para indicar que prefería ir solo, y, además, el hombrecillo no podía desprenderse con facilidad de la silla, la muestra de Los Cojos viose privada por un rato del placer de la presencia del señor Lively. Para cuando pudo ponerse en pie, el judío había desaparecido. En vista de ello, tras de ponerse aquél inútilmente de puntillas, con la esperanza de poder divisarle, embutiose de nuevo en la sillita y, cruzando un movimiento de cabeza con una dama de la tienda de enfrente, en el que se mezclaban evidentemente la duda y la desconfianza, volvió a su pipa con grave continente.

Los Tres Cojos o, mejor dicho, Los Cojos, que era el nombre por el que, generalmente, conocían los clientes al establecimiento, era la taberna en la que ya aparecieran el señor Sikes y su perro. Haciendo una señal al hombre que estaba en el mostrador, Fagin se encaminó, sin detenerse, escaleras arriba, y abriendo la puerta de una habitación y deslizándose en ella silenciosamente, miró con ansiedad en torno a sí, haciéndose pantalla con la mano, como buscando a una determinada persona.

La estancia hallábase iluminada por dos mecheros de gas, cuyo resplandor chocaba con los atrancados postigos y las corridas cortinas de un rojo desvaído, para que no se viese desde afuera. El techo estaba ennegrecido, a fin de impedir

que el llamear de las luces dañase su color, y el aposento tan lleno estaba del humo denso del tabaco, que al principio apenas si era posible distinguir nada más. Sin embargo, poco a poco, al huir parte de él por la puerta abierta, pudo columbrarse un conjunto de cabezas, tan confuso como el rumor que llegara hasta los oídos, y a medida que la vista iba acostumbrándose al lugar, el espectador iba percibiendo gradualmente la presencia de una numerosa concurrencia de uno y otro sexo, congregada en torno a una mesa, ante cuya cabecera sentábase el presidente, con el martillo propio del cargo en la mano, y en un lejano rincón, delante de un piano de metálico sonido, veíase un caballero artista, de nariz amoratada, vendada la cara para alivio de un dolor de muelas.

Al penetrar Fagin silenciosamente, el caballero artista pasaba sus dedos por las teclas, a modo de preludio, lo que dio lugar a una exclamación general pidiendo una canción. Calmado el bullicio, una joven se lanzó a divertirse a la concurrencia con una jácara en cuatro coplas, entre cada una de las cuales el acompañante interpretaba la melodía con todo su vigor. Terminada ésta, el presidente dio su aprobación, y seguidamente otros artistas que estaban a su derecha cantaron espontáneamente un dúo, con gran aplauso de todos.

Era curioso observar algunos rostros que descollaban en el grupo. El propio presidente, dueño del establecimiento, era un individuo tosco, grosero, de constitución fuerte, que, en tanto se entonaban las canciones, hacía girar los ojos de un lado a otro y, entregándose sin duda a la jovialidad, tenía una mirada para todo cuanto se hacía y prestaba oídos a todo lo que se decía. Junto a él se hallaban los cantantes, recibiendo con profesional indiferencia los plácemes de la reunión, y aplicándose por turno a los vasos de agua con licor que les ofrecían sus más clamorosos admiradores, cuyos rostros, expresión de casi todos los vicios en casi todos sus grados, llamaban indefectiblemente la atención por lo repulsivos. La malicia, la ferocidad y la embriaguez hallábanse allí presentes en todas sus fases; y las mujeres, algunas en las que se advertía cómo se esfumaba el último tinte del temprano frescor; otras, dejando ver las huellas de su sexo maltrecho, como una sima de relajación y crimen; éstas, apenas niñas; aquéllas, en su juventud tan sólo; mas ninguna sin traspasar las lindes de la primavera de su vida, formaban la parte más sombría y triste de aquel espantoso cuadro.

Sin experimentar emoción ninguna, Fagin paseó ávidamente su vista de uno a otro semblante, en tanto proseguía aquel espectáculo; mas, al parecer, sin encontrar lo que buscara. Logrando, al fin, topar con el individuo que ocupaba la presidencia, hízole una leve seña y salió tan silenciosamente como había entrado.

—¿Qué puedo hacer por vos, señor Fagin? —preguntó aquel hombre, saliendo al rellano—. ¿No queréis acompañarnos? Todos se mostrarán encantados.

El judío movió la cabeza con impaciencia y dijo en voz baja:

—¿Está él ahí?

—No —respondió el otro.

—Y de Barney, ¿no hay noticias? —preguntó Fagin.

—Ninguna —contestó el dueño de Los Cojos, pues era él—. Ése no se moverá hasta que todo esté tranquilo. Contad con que allá abajo están sobre la pista, y si se moviese lo descubrirían todo enseguida. Barney está perfectamente; de lo contrario, ya hubiera tenido noticias tuyas. Me apuesto lo que queráis a que Barney se las arreglará bien. Dejadle hacer.

—¿Y él vendrá esta noche? —preguntó el judío, subrayando el pronombre con el mismo énfasis que antes.

—¿Os referís a Monks? —preguntó el dueño, vacilante.

—¡Chis! —exclamó el judío—. Sí.

—Seguro —respondió el hombre, sacando un reloj de oro de su faltriquera—. Creí que vendría antes. Si le esperáis diez minutos le...

—No, no —contestó el judío vivamente, pues por deseoso que pudiera estar de ver a la persona en cuestión, le agradaba, sin embargo, su ausencia—. Decidle que vine a verle y que vaya a mi casa esta noche. No, mañana. Puesto que no está aquí, mañana habrá tiempo.

—¡Está bien! —dijo el hombre—. ¿Nada más?

—Ahora, ni una palabra —dijo el judío, descendiendo.

—Oíd —añadió el otro, asomándose por la barandilla y hablando en voz baja —: ¡Qué momento éste para una venta! Tengo ahí a Phil Barker tan borracho, que podría engañarle un chiquillo.

—¡Ajá! Pero no le ha llegado la hora a Phil Barker todavía —contestó el judío, levantando la vista—. Phil tiene algo más que hacer antes de que podamos deshacernos de él; volved, pues, a la reunión, amigo mío; y decidles que se diviertan... *mientras puedan*. ¡Ja, ja, ja!

El dueño hizo eco a la risa del viejo, y volvió con sus invitados. Tan pronto como el judío se encontró solo, su rostro recobró su pasada expresión de angustia y preocupación. Tras reflexionar un momento, llamó un coche y se hizo conducir hasta Bethnal Green. Le despidió a un cuarto de milla de la residencia del señor Sikes, y el resto del camino lo anduvo a pie.

—Ahora —musitó el judío mientras llamaba a la puerta—, si aquí se trama algo, ya te lo sacaré, muchacha, por muy lista que seas.

Según dijo la criada, ella estaba en su habitación. Fagin subió sigilosamente y entró sin más aviso. La muchacha estaba sola, con la cabeza apoyada en la mesa y en desorden los cabellos.

« Ha bebido », pensó el judío friamente, « o tal vez se siente angustiada » .

Volvióse el viejo a cerrar la puerta mientras se hacía esta reflexión, y el ruido que así causó hizo despabilarse a la muchacha. Le miró fijamente a su rostro taimado, como preguntándole si había alguna noticia, y escuchó el relato que le hiciera sobre Toby Crackit. Cuando terminó, la muchacha volvió a caer en su pasada actitud, sin pronunciar una palabra. Apartó con impaciencia la vela, y una

o dos veces, al cambiar, excitada, de posición, arrastró los pies sobre el suelo; pero nada más.

Durante este silencio, el judío miró intranquilo por la habitación como para cerciorarse de que Sikes no había regresado inadvertidamente. Satisfecho, al parecer, de su inspección, tosió dos o tres veces e hizo otros tantos esfuerzos para entablar conversación; mas la muchacha le hacía el mismo caso que a una piedra. Por último, hizo una nueva tentativa y, frotándose las manos, murmuró en tono más conciliatorio:

—Y ¿dónde crees que estará Bill ahora, hija mía?

La muchacha musitó, en forma apenas inteligible, que no sabía, y a juzgar por el ruido entrecortado que dejaba escapar, diríase que sollozaba.

—¿Ni tampoco el muchacho? —añadió el judío, intensificando su mirada para escudriñarle el rostro—. ¡Pobrecillo! ¡Abandonado en una zanja, Nancy! ¡Quién lo pensara!

—El muchacho —respondió la joven, alzando de pronto su mirada— está mejor donde está que entre nosotros; y si no ha de pasarle nada malo a Bill por su causa, ojalá que se haya muerto en la zanja y que se pudran allí sus pobres huesos.

—¡Cómo! —exclamó el judío, asombrado.

—Sí; lo que oís —replicó la muchacha, sosteniéndole la mirada—. Me alegraré de quitármelo de en medio y de saber que lo peor ha pasado ya. No puedo tenerle a mi lado. Viéndole, me revuelvo contra mí y contra todos vosotros.

—¡Bah! —exclamó el judío con desdén—. Estás bebida.

—¿Yo? —exclamó la muchacha con amargura—. No será culpa vuestra si no lo estoy. No me tendríais nunca de otro modo si fuese por vuestra voluntad, salvo ahora... que no estáis de humor, ¿eh?

—¡No! —contestó el judío con furia—. ¡Claro que no!

—¡Pues a ver si cambiáis! —exclamó la muchacha, soltando una carcajada.

—¡Cambiar! —exclamó el judío, exasperado por la inesperada obstinación de su acompañante y por los disgustos de aquella noche—. ¡Ya lo creo que cambiaré! ¡Escúchame, perra; escúchame! ¡Con sólo pronunciar dos palabras puedo estrangular a Sikes, tan seguro como si tuviese su cuello de toro entre mis dedos! Si vuelve y se deja detrás a ese chico; si logra escapar y no me lo devuelve muerto o vivo, asesinale tú misma si quieres librarle de la horca, y hazlo tan pronto como pise esta habitación, porque si no, hazme caso, será demasiado tarde.

—¿A qué viene todo eso? —exclamó la muchacha involuntariamente.

—¿Que a qué viene eso? —repitió Fagin, loco de rabia—. ¿Es que crees que a un chico que ha de valerme centenares de libras le voy a perder cuando la ocasión me lo pone en el camino por los caprichos de una partida de borrachos,

de cuyas vidas me puedo deshacer con un silbido? ¿Atado yo a un hijo de Satanás, a quien sólo le falta la voluntad pero que tiene poder para..., para...?

Falto de aliento, balbucía el viejo buscando la palabra, cuando, contenido en ese instante el torrente de su cólera, modificó por completo su actitud. Un momento antes, sus manos crispadas cazaban el aire, tenía desorbitados los ojos y su rostro morado de ira; mas ahora se dejó caer en una silla y, acurrucándose en ella, tembló con miedo de haber revelado alguna ruindad oculta. Tras un breve silencio, aventurose a volver la cara hacia su compañera. Pareció tranquilizarse algo al contemplarla con la misma actitud indiferente de la que al principio la sacara.

—¡Nancy querida! —graznó el judío con su acostumbrada voz—. No me hiciste caso, ¿verdad?

—¡No me molestéis ahora, Fagin! —respondió la muchacha, alzando la cabeza lánguidamente—. Si Bill no ha salido bien esta vez, ya saldrá otra. Ha hecho muchos buenos asuntos para vos, y hará más cuando pueda; pero si no puede, no lo hará... Conque no hablemos más de ello.

—Y ¿qué me dices del muchacho, querida? —preguntó el judío, frotándose, nervioso, las palmas de las manos.

—El muchacho debe correr la misma suerte que los demás —interrumpió Nancy vivamente—. Y os vuelvo a decir que ojalá se haya muerto y esté libre ya de todos los males y de todos vosotros; es decir, si a Bill no le pasa nada malo. Pero si Toby ha escapado con bien, es seguro que él se librará lo mismo, pues vale dos veces más que él.

—¿Y de lo que te dije, hija mía? —observó el judío, sin apartar de ella sus relucientes ojos.

—Tendréis que repetírmelo, si es algo que queréis que haga —replicó Nancy—. En ese caso, mejor es que esperéis hasta mañana. Me animasteis un instante; pero ahora estoy atontada otra vez.

Hizo Fagin otras varias preguntas, todas con el mismo propósito de averiguar si la muchacha se había dado cuenta de sus indiscretas insinuaciones; mas ella contestó con tal presteza y, por otra parte, aguantaba tan impávida sus inquisitivas miradas, que confirmó su primera impresión de que se hallaba un poco más que bebida. En verdad, Nancy no vivía libre de este defecto, común a todos los discípulos femeninos del judío, y al cual, desde sus más tiernos años, eran estimulados más bien que reprimidos. Su aspecto descompuesto, un perfume a ginebra que invadía la estancia, eran pruebas suficientemente confirmatorias de lo justo de la suposición del judío; y cuando, tras aquel momentáneo acceso de violencia ya descrito, cayó primeramente en aquella somnolencia y luego en una mezcla de sentimientos bajo cuya influencia derramó algunas lágrimas durante un minuto, lanzando después varias exclamaciones de «¿Quién dijo miedo?» , y dándose a calcular la cantidad de probabilidades de que una dama o

un caballero fuesen felices, Fagin, que tenía una gran experiencia sobre este particular, comprendió con gran satisfacción que la muchacha estaba verdaderamente ebria.

Tranquilizado su espíritu con este descubrimiento, y una vez cumplido su doble objeto de comunicar a la muchacha lo que aquella noche había sabido y de cerciorarse por sus propios ojos de que Sikes no había regresado, el señor Fagin volvió a su casa, dejando a su joven amiga dormida y con la cabeza apoyada sobre la mesa.

Era la una de la madrugada. Lo sombrío de la noche y el intenso frío no convidaban a pasear. El afilado viento que barría las calles parecía haberlas limpiado de viandantes, cual si se tratara de polvo o barro, pues eran pocos los que circulaban, y aun éstos, presurosos, sin duda, por llegar a sus hogares. Sin embargo, diríase que el aire soplabla en la dirección del judío, que avanzaba tembloroso y escalofriado, cual si cada nueva ráfaga le impulsara con fuerza hacia su destino.

Había llegado ya a la esquina de su calle y se rebuscaba el bolsillo para sacar la llave de la puerta, cuando surgió una sombra de un zaguán sumido en la oscuridad y, cruzando la calzada, deslizo hasta él sin ser visto.

—¡Fagin! —murmuró una voz junto a su oído.

—¡Ah! —exclamó el judío, volviéndose con rapidez—. ¿Sois...?

—¡Sí! —interrumpió el desconocido—. Llevo dos horas esperando. ¿Dónde demonios os habéis metido?

—Ocupado en vuestros asuntos, amigo —respondió el judío, mirando con recelo a su compañero y aflojando el paso entretanto—. Toda la noche ocupado en vuestros asuntos.

—¡Ah, claro! —dijo el desconocido con un gesto sarcástico—. Y ¿qué ha resultado de todo eso?

—Nada bueno —contestó el judío.

—Nada malo, supongo —replicó el desconocido, deteniéndose bruscamente y lanzando una mirada de alarma a su acompañante.

Movió la cabeza el judío y estaba a punto de contestar cuando el desconocido, interrumpiéndole de nuevo, avanzó hacia la casa, ante la cual habían llegado ya, advirtiendo que mejor era que dijese lo que tuviese que decir bajo techado, pues se le había helado la sangre de estar tanto tiempo en pie mientras el viento le azotaba.

Parecía que Fagin quería excusarse de llevar visitas a casa a aquella hora tan intempestiva, y hasta llegó a murmurar algo de que no tenía fuego; mas su compañero repitió su deseo de manera tan perentoria, que abrió la puerta y le rogó que cerrase despacio mientras encendía la luz.

—Esto está oscuro como una tumba —dijo el hombre, avanzando a tientas unos pasos—. ¡Daos prisa!

—Cerrad la puerta —musitó Fagin desde un extremo del pasillo. Así decía, cuando la puerta se cerró con gran estrépito.

—No he sido yo —dijo el otro, avanzando aún a tientas—. La cerró el viento o ella sola, una de dos. Y venid pronto con la luz, no vaya a romperme la cabeza contra algo en este condenado agujero.

Fagin bajó con sigilo las escaleras de la cocina. Tras una breve ausencia, regresó con una vela encendida y con la noticia de que Toby Crackit dormía en la habitación interior de abajo y los muchachos en la de enfrente. Hízole señas de que le siguiese, e inició la marcha escaleras arriba.

—Aquí podemos hablar lo poco que tengamos que decirnos, amigo —dijo el judío, abriendo de un empujón una puerta del primer piso—; pero como los postigos tienen agujeros y jamás dejaremos que los vecinos vean luz, pondremos la vela en la escalera. ¡Así!

Y diciendo esto, el judío agachose a colocar la vela sobre el último tramo, precisamente frente a la puerta de la habitación. Hecho esto, entró el primero en aquel cuarto, desprovisto de todo mobiliario, excepción hecha de un sillón desvencijado y un viejo diván o sofá, sin forro, que había tras de la puerta. En él sentose el desconocido con aire de cansancio, y acercando el judío el sillón se sentaron frente a frente. La oscuridad no era absoluta, ya que la puerta estaba entreabierta y la vela exterior arrojaba un débil resplandor sobre la pared de enfrente.

Durante un rato hablaron en voz baja. Aunque de la conversación no se percibían más que algunas palabras sueltas de vez en vez, cualquiera podría haber advertido que Fagin se defendía, al parecer, de ciertas imputaciones del desconocido, y que éste se hallaba presa de gran excitación. Así llevarían hablando un buen cuarto de hora, cuando Monks, con cuyo nombre designara el judío al desconocido varias veces durante el curso de su diálogo, dijo, alzando un poco la voz:

—Os repito que estuvo mal planeado. ¿Por qué no le dejasteis aquí entre los demás hasta hacer de él un consumado ratero?

—¡Qué cosas hay que oír! —exclamó el judío, encogiéndose de hombros.

—¡Vamos! ¿Queréis decirme que no podíais haberlo hecho si hubieseis querido? —preguntó Monks con aspereza—. ¿No lo habéis conseguido con otros muchachos docenas de veces? Si hubieseis tenido paciencia, doce meses a lo sumo, ¿no le tendríais convicto y fuera del reino... quizá para toda la vida?

—Y ¿a quién le hubiese aprovechado eso, amigo? —preguntó el judío con humildad.

—A mí —replicó Monks.

—Pero a mí, no —repuso el judío, sumiso—. A mí podría haber llegado a serme útil. Cuando hay dos partes de un contrato, lo lógico es que se consulten los intereses de ambas, ¿no es así, buen amigo?

—¿Y qué? —preguntó Monks.

—Comprendí que no era fácil acostumbrarle al negocio —replicó el judío—. Éste no era como los demás que se encuentran en las mismas circunstancias.

—¡Claro que no, maldita sea! —murmuró el hombre—. De lo contrario, hace tiempo que sería ladrón.

—No ejercía sobre él el dominio suficiente para pervertirle —prosiguió el judío, observando ávidamente el rostro de su interlocutor—. No estaba comprometido en nada. No podía asustarle con nada, que es lo que hacemos siempre al principio; de lo contrario, trabajamos en vano. ¿Qué podía hacer yo? ¿Mandarle a la calle con el *Fullero* y Charley? Bastante tuvimos ya con lo que sucedió primero, amigo mío; temblaba por todos nosotros.

—Eso no es culpa mía —replicó Monks.

—¡Claro que no, amigo mío! —insistió el judío—. Y no me quejo; porque si no hubiese sido por eso, no habríais conocido al muchacho, ni os hubierais fijado en él, descubriendo así que era él a quien buscabais. Pues bien: por vos lo hice volver por medio de la muchacha, y ahora resulta que es ella la que empieza a favorecerle.

—¡Pues estranguladla! —gritó Monks, impaciente.

—En este momento no podemos, amigo —respondió el judío sonriente—, y, además, eso no es de nuestra incumbencia; si no, ya hubiera tenido el gusto de hacerlo hace unos días. Sé muy bien lo que son estas jóvenes, Monks. Tan pronto como el chico empiece a curtirse en el oficio, ya no se ocupará de él. Queréis que sea ladrón. Si está vivo, yo sabré hacer que lo sea, os lo digo desde ahora; y si..., si... —agregó el judío, acercándose más al otro— no es probable; pero si ha sucedido lo peor, y ha muerto...

—¡No tendré yo la culpa! —interrumpió el otro con una mirada de terror, y cogiendo al judío del brazo con mano temblorosa—. ¡Acordaos de esto, Fagin! Yo no he tenido arte ni parte en eso. Todo menos la muerte, os dije desde el principio. No me gusta derramar sangre; se descubre siempre y, además, siempre le persigue a uno. Si le pegaron un tiro, yo no tuve la culpa... ¿Me oís? Pero ¡maldita sea esta cueva infernal! ¿Qué es eso?

—¿El qué? —exclamó el judío, agarrándose al cuerpo del cobarde con ambas manos para levantarse—. ¿Dónde?

—¡Ahí! —respondió el hombre, señalando con los ojos la pared de enfrente—. ¡Una sombra! He visto la sombra de una mujer, con manto y sombrero pasar por el zócalo como un soplo.

Soltose el judío y salieron precipitadamente del cuarto. La vela, consumida por la corriente de aire, se alzaba en el mismo sitio donde la colocaran. Ella les mostró la escalera vacía y sus rostros blancos de terror. Escucharon atentamente; mas en la casa reinaba un profundo silencio.

—¡Estáis soñando! —dijo el judío, alzando la luz y volviéndose hacia su

compañero.

—¡Juraría haberla visto! —respondió Monks, temblando—. Cuando la divisé por vez primera estaba inclinada y en cuanto comencé a hablar, huyó.

El judío miró con desprecio el pálido rostro de su cómplice, y diciéndole que le siguiese, si quería, subió las escaleras. Penetraron en todas las habitaciones, frías, desnudas y vacías. Descendieron al pasillo y de allí a los sótanos. Un moho verde cubría las paredes, y a la luz de la vela relucían las huellas de los caracoles y las babosas; mas todo se hallaba envuelto en un silencio de muerte.

—¿Qué decís ahora? —dijo el judío al volver al pasillo—. No siendo nosotros, no hay un alma en la casa, aparte de Toby y los muchachos; y éstos están bien seguros. ¡Mirad!

Y como prueba de su aserto, el judío sacó dos llaves del bolsillo y explicó que, cuando bajó por vez primera, los había encerrado para impedir toda intrusión en la conferencia.

Este cúmulo de pruebas dejó perplejo a Monks. Sus protestas habían ido haciéndose menos vehementes a medida que avanzaron en su búsqueda, sin encontrar nada; y ahora dejó escapar varias horrendas carcajadas, confesando que sólo pudo haber sido su exaltada imaginación. Se abstuvo, sin embargo, de reanudar la conversación por aquella noche, recordando que era más de la una. Y así pues, la pareja se separó amigablemente.

*Que sirve de reparación a la descortesía de un capítulo anterior, en el que quedó abandonada una dama de la manera menos cumplida*

Como no sería nada correcto que un humilde autor dejase esperando a un personaje tan digno como un celador, de espaldas al fuego y con los faldones de su levita recogidos bajo el brazo, hasta que le viniese en gana atenderle; y como aún resultaría más impropio de su condición o su galantería incurrir en el mismo olvido con una dama a quien aquel celador había mirado con ternura y afecto, y en cuyo oído susurrara dulces palabras que, por venir de donde venían, muy bien podían conmovir el pecho de cualquier doncella o matrona, el historiador cuya pluma traza estas palabras, creyendo saber ponerse en su lugar, y que profesa un natural respeto a aquellos en quienes se ha delegado una elevada e importante autoridad, se apresura a mostrarles esa consideración que su cargo exige y a tratarlos con toda esa obsequiosa ceremonia que su elevada categoría y, por consecuencia, sus grandes virtudes, imperiosamente reclaman de sus manos. En efecto: a tal fin, se proponía introducir en este lugar una disertación relativa al derecho divino de los celadores, aclaratoria de la circunstancia de que un celador no puede hacer nada malo, tesis que no podía dejar de haber resultado agradable y provechosa para el justo lector, pero que, por falta de tiempo y de espacio, se ve infortunadamente obligado a aplazar para otra ocasión más conveniente y apropiada, y una vez que ésta llegue, estará dispuesto a demostrar que un celador regularmente constituido —es decir, un celador parroquial afecto a un hospicio parroquial y que asiste en su función oficial a la iglesia parroquial— se halla en posesión, por razón y en virtud de su cargo, de todas las excelencias y mejores cualidades del género humano, y, que a ninguna de estas excelencias puede aspirar un simple celador de una compañía, ni el bedel de un tribunal, ni siquiera el celador de una capilla, salvo este último, aunque en grado inferior.

El señor Bumble hizo el recuento de las cucharillas, volvió a sopesar las tenacillas del azúcar, verificó un examen más minucioso de la lechera y averiguó hasta la saciedad el estado exacto del mobiliario, llegando hasta la crin de los asientos de las sillas y repitiendo cada operación su buena media docena de veces, antes de comenzar a pensar que ya era hora de que la señora Corney regresase. Una idea trae otra, y como no se percibía ningún síntoma de que la señora Corney se acercase, se le ocurrió al señor Bumble que una manera

inocente y virtuosa de pasar el rato sería satisfacer su curiosidad mediante una rápida mirada al interior de la cómoda de la señora Corney.

Después de escuchar junto al ojo de la cerradura para cerciorarse de que nadie se aproximaba al cuarto, el señor Bumble, comenzando por abajo, procedió a enterarse del contenido de los tres largos cajones que, llenos de ropas de buen corte y tela, cuidadosamente conservadas entre dos capas de periódicos atrasados y espolvoreados de espliego, le proporcionaron, al parecer, una gran satisfacción. Con el transcurso del tiempo, llegó al cajón de la derecha, en el que estaba la llave, y al contemplar allí una cajita con candado que, agitada, despedía un grato sonido como de tintineantes monedas, el señor Bumble regresó, con parsimonia, junto a la chimenea y, volviendo a adoptar su pasada actitud, dijo, con aire grave y resuelto: « ¡Voy a hacerlo! ». Esta notable declaración fue seguida de un movimiento de cabeza en forma jocosa, como si se reprochase el ser un hombre tan agradable, y después se contempló las piernas de perfil, con aparente interés y gozo.

Hallábase aún plácidamente entregado a este último examen, cuando la señora Corney entró presurosa en la estancia y se arrojó, sin aliento, sobre la silla que había junto al fuego, y, cubriéndose los ojos con una mano, colocóse la otra sobre el corazón, toda sofocada.

—Señora Corney —dijo el señor Bumble, inclinándose sobre la matrona—. ¿Qué es esto, señora? ¿Sucede algo? Por favor, respondedme; estoy sobre... sobre —el señor Bumble, en medio de su alarma, no pudo recordar inmediatamente la frase « sobre ascuas » , y por eso dijo: « Sobre vidrios rotos » .

—¡Ay, señor Bumble! —exclamó la dama—. ¡Me han trastornado de tal manera...!

—¡Trastornado! —exclamó el señor Bumble—. ¿Quién se ha atrevido a...? ¡Ah, ya comprendo! —añadió el señor Bumble, conteniéndose con ingénita majestuosidad—. ¡Son esos depravados pobres!

—¡Da miedo pensarlo! —murmuró la dama estremeciéndose.

—Pues no penséis en ello, señora —replicó el señor Bumble.

—No puedo remediarlo —lloriqueó la dama.

—Entonces tomad algo, señora —dijo el señor Bumble, consolador—. ¿Un poco de vino?

—¡Por nada del mundo! —contestó la señora Corney—. ¡No podría...! ¡Oh! En la tabla de arriba, a mano derecha... ¡Oh! —y al decir esto la buena señora señalaba, como enajenada, al aparador, cediendo a una convulsión interior.

El señor Bumble corrió a la alacena, y arrebatando una botella verde de la tabla incoherentemente señalada, llenó con su contenido una taza de té y se la puso en los labios a la dama.

—Ya estoy mejor —dijo la señora Corney, recostándose en la silla, después de beberse la mitad.

El señor Bumble alzó piadosamente los ojos al techo como en acción de gracias, y bajándolos de nuevo al borde la taza, levantó ésta hasta su nariz.

—Es menta —musitó la señora Corney con voz débil, sonriendo levemente al celador—. ¡Probadlo! Tiene un poco... de algo más.

El señor Bumble probó la bebida, con recelo, se relamió los labios, tomó otro sorbo y dejó la taza vacía.

—Es muy confortante —dijo la señora Corney.

—Mucho; sí, señora —asintió el celador.

Y diciendo así, acercó una silla a la matrona y preguntole afectuosamente que es lo que le había disgustado.

—Nada —respondió la señora Corney—. Soy una criatura tan alocada, tan excitable y tan débil...

—Débil, no, señora —opuso el señor Bumble, arrimando su silla un poco más—. ¿Débil vos?

—Todos somos débiles —dijo la señora Corney, sentando un principio general.

—Así es —confirmó el celador.

Ninguno de los dos habló nada durante los dos minutos que siguieron. Al expirar este plazo, el señor Bumble había adornado su posición, quitando el brazo izquierdo del respaldo de la silla de la señora Corney, en el que antes se apoyara, y llevándola al cordón del delantal de la señora Corney, con el que lo enlazó poco a poco.

—Todos somos débiles —confirmó el señor Bumble.

La señora Corney suspiró.

—No suspiréis, señora Corney —dijo el señor Bumble.

—No puedo remediarlo —contestó la señora Corney. Y suspiró de nuevo.

—Resulta muy cómodo este cuarto —dijo el señor Bumble, mirando en derredor—. Otra habitación más, señora, sería algo magnífico.

—Demasiado para una persona sola —murmuró la dama.

—Pero no para dos, señora —replicó el señor Bumble cariñosamente—. ¿Eh, señora Corney?

La señora Corney bajó la cabeza al escuchar estas palabras del celador; éste bajó la suya para contemplar el rostro de la dama. La señora Corney, con gran recato, volvió la cabeza y retiró su mano para coger el pañuelo; pero, insensiblemente, volvió a colocarla en la del señor Bumble.

—La Junta os da carbón, ¿no es cierto, señora Corney? —preguntó el celador, oprimiéndole cariñosamente la mano.

—Y velas —contestó ella, devolviendo ligeramente la presión.

—Carbón, velas y casa gratis —dijo el señor Bumble—. ¡Ay, señora Corney, sois un ángel!

La dama no pudo resistir a esta explosión de ternura. Cayó en los brazos del

señor Bumble, y éste, en su emoción, estampó un apasionado beso en su casta nariz.

—¡Qué perfección parroquial! —exclamó el señor Bumble, extasiado—. ¿Sabéis, encanto mío, que el señor Slout está peor esta noche?

—Sí —respondió la señora Corney con rubor.

—Dice el doctor que no durará una semana —prosiguió el señor Bumble—. Es el director de este establecimiento; su muerte dejará una vacante, y esa vacante habrá que cubrirla. ¡Ay, señora Corney, qué perspectivas se abren con esto! ¡Qué ocasión para que se unan dos corazones y dos gobiernos de casa!

Sollozó la señora Corney.

—¿Me diréis esa palabrita? —dijo el señor Bumble, inclinándose sobre la ruborosa beldad—. ¿Esa palabrita, pequeña, pequeña, pequeña, adorada Corney?

—¡Sí..., sí..., sí! —suspiró la matrona.

—Otra vez —insistió el celador—. Dominad vuestra emoción para pronunciarla una vez más. ¿Cuándo querrá salir?

La señora Corney intentó hablar dos veces, y dos veces fracasó. Al cabo, tomando fuerzas, rodeó el cuello del señor Bumble con sus brazos y contestó que siempre que gustase, porque era un « pichón irresistible ».

Dispuestas las cosas de esta manera amigable y satisfactoria, el acuerdo quedó solemnemente ratificado con otra taza de menta, tanto más necesaria por la agitación y conmoción que sufría el espíritu de la dama. En tanto se la bebían, ella dio a conocer al señor Bumble la muerte de la vieja.

—Está bien —dijo el caballero, saboreando su menta—. De paso para casa, me acercaré a ver a Sowerberry, a fin de que mande las cosas mañana por la mañana. ¿Fue eso lo que os asustó, amor mío?

—No fue nada de particular, cariño —respondió la dama, evasiva.

—Pero algo sería, amor —insistió el señor Bumble—. ¿No se lo diréis a vuestro Bumble?

—Ahora, no —replicó la dama—. Uno de estos días. Cuando estemos casados, querido.

—¡Cuando estemos casados! —exclamó el señor Bumble—. ¿No será ninguna insolencia de alguno de esos asilados que...?

—¡No, no, cariño! —interrumpió la dama vivamente.

—Si lo sospechase siquiera —continuó el señor Bumble—; si pensara que uno de ellos había osado levantar sus ruines ojos hasta ese rostro encantador...

—No se hubieran atrevido, amor —contestó la dama.

—¡Más vale así! —declaró el señor Bumble, crispando el puño—. ¡Que me enseñen al hombre parroquial, o extraparroquial, que se atreva a tanto, y ya le diré yo que no habrá de repetirlo!

No hubiera ido esto adornado de una gesticulación violenta y acaso no se juzgara suficiente lisonja para los encantos de la dama; mas como el señor

Bumble acompañó su amenaza de múltiples gestos belicosos, ella sintiose conmovida por esta prueba de devoción, e insistió con grandes protestas de admiración en que era un verdadero pichón.

El palomo subiose el cuello de la casaca, calose su sombrero, y después de cambiar con su futura pareja un prolongado y afectuoso abrazo, una vez más desafió el frío viento de la noche, deteniéndose tan sólo unos minutos en la sala de los asilados masculinos para reprimirlos un poco y convencerse así de sus facultades para desempeñar el cargo de director del Hospicio con el necesario rigor. Satisfecho de sus condiciones, el señor Bumble salió del edificio con el corazón animoso y unas brillantes perspectivas sobre su futuro ascenso, que sirvieron para embargar su imaginación hasta llegar al establecimiento del empresario de pompas fúnebres.

Ahora bien: el señor y la señora Sowerberry habían salido a tomar el té y a cenar, y como Noah Claypole no estaba nunca dispuesto a pechar con ningún esfuerzo físico superior al necesario para el adecuado desempeño de las dos funciones del comer y el beber, la tienda no estaba cerrada, a pesar de ser ya hora pasada para ello. El señor Bumble dio varios golpes con el bastón sobre el mostrador; mas como nadie respondiese, y viese brillar una luz a través de la puerta de cristal de la trastienda, aventurose a asomarse para ver lo que sucedía dentro, y, al verlo, quedose no poco sorprendido.

Estaba puesto el mantel para la cena; cubierta la mesa de pan con manteca, platos, vasos, un jarro de cerveza y una botella de vino. En uno de los extremos, Noah Claypole hallábase recostado al desgaire en un sillón, con las piernas sobre uno de sus brazos, un cuchillo en una mano y un trozo de pan con manteca en la otra. Junto a él, en pie, hallábase Charlotte, abriendo ostras de un barril, las que Claypole se dignaba tragar con notable avidez. Un enrojecimiento más pronunciado que de ordinario de la región nasal del jovenzuelo y un parpadeo constante de su ojo derecho denotaban que se encontraba ligeramente ebrio. Estos síntomas confirmábalos la fruición con que se zampaba las ostras, de la que no podía ser causa lógica más que el aprecio de sus propiedades refrescantes, dada su mucha fiebre interior.

—Aquí hay una muy gorda, Noah —decía Charlotte—. Toma, pruébala... Sólo ésta.

—¡Qué cosa tan deliciosa es una ostra! —observó Claypole después de tragársela—. ¡Qué lástima que haga daño comer muchas! ¿Verdad, Charlotte?

—Es una pena —contestó ésta.

—Así es —asintió Claypole—. ¿No te gustan las ostras?

—No mucho —respondió Charlotte—. Me gusta vértelas comer, Noah; mucho más que comérmelas yo, querido.

—¡Pues sí! —exclamó Noah pensativo—. ¡Qué raro!

—Toma otra —dijo Charlotte—. Mira qué barba más hermosa y más

delicada tiene.

—Ya no puedo con más —dijo Noah—. Lo siento mucho. Ven aquí, Charlotte, que voy a darte un beso.

—¡Cómo! —exclamó el señor Bumble, irrumpiendo en el cuarto—. Decid eso otra vez, señor mío.

Charlotte lanzó un grito y ocultó el rostro en el delantal. Claypole, sin modificar su posición más que para dejar que sus pies se apoyasen sobre el suelo, miró al celador con aires de borracho aterrado.

—¡Decid eso otra vez, atrevido! —insistió el señor Bumble—. ¿Cómo os atrevéis ni a mencionar siquiera semejante cosa? ¿Y vos, desvergonzada, cómo se lo consentís?

¡Un beso! —exclamó el señor Bumble muy indignado—. ¡Puaf!

—¡No lo iba a hacer! —dijo Noah gimoteando—. Es ella la que está siempre besuqueándome, aunque yo no quiera.

—¡Oh, Noah! —exclamó Charlotte en tono de reproche.

—Ya sabes que es verdad —replicó Noah—. Siempre igual, señor Bumble. Me barbillea y me hace un montón de caricias.

—¡Silencio! —exclamó el señor Bumble con severidad—. Bajad, señora. Y vos, Noah, cerrad la tienda y no digáis una palabra más hasta que regrese vuestro amo. Cuando vuelva decidle que el señor Bumble ha venido a encargarle que envíe una caja para una vieja, mañana por la mañana, después del desayuno. ¿Me oís, caballere? ¡Conque besándose! —exclamó el señor Bumble, alzando las manos—. La perversidad y el vicio de las clases bajas de este distrito parroquial son espantosas. Si el Parlamento no toma en consideración este abominable proceder, el país está perdido y el carácter de los lugareños habrá desaparecido para siempre.

Y con estas palabras, el celador salió del establecimiento funerario con aire altivo y melancólico.

Y ya que le hemos acompañado hasta el camino de su casa y hemos hecho todos los preparativos necesarios para el entierro de la vieja, efectuemos algunas pesquisas tras del joven Oliver Twist y averiguemos si yace todavía en la zanja donde le dejara Toby Crackit.

*Que se ocupa de Oliver y continúa con sus aventuras*

—¡Así los lobos os desgarran el pescuezo! —murmuró Sikes, rechinando los dientes—. ¡Lo que es como yo estuviera entre vosotros, ibais a aullar de otro modo!

En tanto Sikes lanzaba esta imprecación con toda la ferocidad de que era capaz su furibundo ser, dejó descansar el cuerpo del muchacho herido sobre sus rodillas y volvió la cabeza un instante para mirar hacia sus perseguidores.

Apenas se distinguía nada en medio de la niebla y la oscuridad; mas las voces de los hombres que surcaban el aire y el ladrido de los perros vecinos, despertados por las campanas que tocaban a rebato, resonaban por doquier.

—¡Párate ya, cobarde! —gritó el ladrón a Toby Crackit, que, haciendo uso de sus largas piernas, se había adelantado—. ¡Párate!

La repetición de esta palabra dejole inmóvil como un muerto, ya que no estaba convencido del todo de hallarse fuera del alcance de su pistola, y Sikes no estaba para bromas.

—Echa una mano a este muchacho —gritó Sikes, haciendo una furiosa seña a su cómplice—. ¡Vuelve aquí!

Toby inició su vuelta; mas atreviéndose a mostrar, en voz baja y quebrada por sus continuos jadeos, cierta repugnancia en tanto avanzaba lentamente.

—¡Más deprisa! —gritó Sikes, dejando al muchacho en una zanja seca que había a sus pies y sacando una pistola del bolsillo—. ¡Conmigo no juegues!, ¿eh?

En este momento creció el bullicio; Sikes, volviéndose de pronto, pudo advertir que los hombres que los perseguían trepaban ya por la cerca del campo donde se encontraban y que delante de ellos llevaban un par de perros.

—Se acabó todo, Bill —gritó Toby—. Deja al chico y huye.

Y con este consejo de despedida, el señor Crackit, prefiriendo correr el albur de que le disparase su amigo a la certeza de verse cogido por sus enemigos, volvió la espalda y partió como una flecha. Sikes apretó los dientes, lanzó una mirada hacia atrás, extendió sobre el cuerpo postrado de Oliver la esclavina en que le llevaba envuelto, echó a correr por delante de los setos para desviar la atención de los que le perseguían del lugar donde yacía el muchacho, hizo girar su pistola en el aire y, después de descargarla hasta el fin, desapareció.

—¡Basta, basta! —gritó una trémula voz al fondo—. ¡Pincher! ¡Neptuno!

¡Aquí, aquí!

Los perros, que, al igual que sus amos, no parecían muy complacidos con el deporte en que estaban empeñados, obedecieron al instante la orden. Tres hombres que a la sazón habían penetrado en el campo se detuvieron a deliberar.

—Mi consejo, o, mejor dicho, mis órdenes —dijo el más grueso de la partida—, es que nos volvamos inmediatamente.

—Yo estoy conforme con todo lo que le parezca bien al señor Giles —dijo un hombrecillo pequeño, que no tenía nada de delgado, que estaba muy pálido y que se sentía muy cortés, como lo son con frecuencia los que están asustados.

—Yo no quisiera parecer descortés, caballeros —dijo el tercero, que era el que había hecho volver a los perros—. El señor Giles dirá.

—Desde luego —respondió el más bajo—. Diga lo que diga el señor Giles, no nos corresponde a nosotros contradecirle. No, no; ya sé muy bien mi situación. Gracias a Dios, conozco mi situación.

A decir verdad, el hombrecillo sabía, en efecto, su situación, y se daba perfecta cuenta de que no era en modo alguno envidiable, ya que al hablar le castañeteaban los dientes.

—Tenéis miedo, Brittles —dijo el señor Giles.

—Yo no —contestó aquél.

—Os digo que sí —insistió Giles.

—Eso es falso, señor Giles —exclamó Brittles.

—Sois un embustero, Brittles —replicó el señor Giles.

Estas cuatro réplicas nacieron de la inculpación del señor Giles, y ésta, a su vez, surgió de la indignación al ver que le cargaban con la responsabilidad del regreso, so pretexto de cortesía. El tercer individuo puso fin a la disputa de un modo bastante filosófico.

—Os diré lo que ocurre, caballeros —dijo—. Todos tenemos miedo.

—Hablad por vuestra cuenta, caballero —dijo el señor Giles, que era el más pálido de la partida.

—Eso hago —respondió—. Es natural y lógico tener miedo en estas circunstancias. Yo lo tengo.

—Y yo también —dijo Brittles—. Sólo que no hay derecho a decírselo a un hombre de golpe y porrazo.

Estas francas confesiones apaciguaron al señor Giles, que al instante reconoció que también él tenía miedo, con lo que los tres volvieron la espalda y echaron a correr con la mayor unanimidad, hasta que el señor Giles, que era el que menos resuello tenía del grupo y, además, se veía embarazado por una horquilla que llevaba, rogó cortésmente que se detuvieran para excusarse de su ligereza de palabra.

—Es maravilloso —añadió el señor Giles, una vez que dio sus explicaciones— lo que es capaz de hacer un hombre cuando se le enciende la sangre. Yo hubiera

llegado al crimen, lo sé, si hubiésemos cogido a uno de esos bellacos.

Como los otros dos se habían visto asaltados por análogo presentimiento, y su sangre, al igual que la suya, se había apagado también, hicieron algunas reflexiones sobre aquel brusco cambio en su temperamento.

—Ya sé por qué fue —dijo el señor Giles—. Fue por la valla.

—No me extrañaría que fuese por eso —exclamó Brittles, aferrándose a esa idea.

—Podéis estar bien seguro —añadió Giles—. Esa valla fue la que contuvo el torrente de nuestra ira. Yo sentí desaparecer toda mi cólera en el momento de saltarla.

Por una notable coincidencia, los otros dos habían experimentado la misma sensación desagradable en aquel preciso instante. Era evidente, por tanto, que la culpa la tenía la valla; sobre todo, puesto que no cabía duda respecto al momento en que se operó el cambio, ya que los tres recordaban haber visto a los ladrones en el instante de su acaecimiento.

Sostenían este diálogo los dos individuos que habían sorprendido a los salteadores y un lañador ambulante que dormía en una dependencia accesoria, al que despertaran, en unión de sus cruzados chuchos, para que se uniera a ellos en la persecución. El señor Giles desempeñaba la doble función de despensero y mayordomo de la anciana dueña de la mansión, y Brittles era un mozo que servía para todo y que, por haber entrado a su servicio cuando niño, aún le consideraban como un muchacho que prometía, no obstante haber pasado ya de los treinta.

Animándose mutuamente con esta plática, mas caminando muy juntos, sin embargo, sin dejar de mirar atrás con recelo cuando una ráfaga de viento agitaba el ramaje, los tres individuos retrocedieron presurosos hasta un árbol de detrás, junto al cual dejaron su linterna con miedo de que su resplandor pudiera indicar a los ladrones la dirección en que podían disparar. Una vez recogida la luz, se dirigieron a paso rápido hacia su casa, y mucho después de que las borrosas sombras dejaran de perfilarse, se los vio titilar y agitarse en la lejanía, como una exhalación, en aquella atmósfera húmeda y tenebrosa a través de la cual avanzaban.

A medida que se acercaba el día, el aire iba siendo más frío y la niebla envolvía la tierra como una densa nube de humo. La hierba estaba mojada; los senderos y hondonadas, llenos de agua y de fango, y el húmedo soplado de un viento malsano oíase lánguidamente como un lúgubre quejido; Oliver continuaba inmóvil e insensible en el lugar donde Sikes le dejara.

Avanzó la mañana con presteza. El aire se hizo más agudo y penetrante cuando sus primeros y desvaídos fulgores (la muerte de la noche más bien que el nacimiento del día) resplandecieron débilmente en el cielo. Los confusos objetos que parecieran terribles en la oscuridad iban definiéndose cada vez más,

recobrando poco a poco sus formas familiares. Una lluvia apretada y rápida repiqueteó ruidosamente entre los arbustos sin hojas. Mas Oliver no la sentía batir sobre sí, pues que continuaba tendido, insensible e inerte, sobre su lecho de barro.

Por fin, un leve grito de dolor quebró el silencio que reinaba, y, al lanzarlo, despertose el muchacho. Su brazo izquierdo, burdamente vendado con una bufanda, pendía inútil y pesadamente junto a él, y el vendaje estaba empapado en sangre. Tan débil estaba, que a duras penas consiguió sentarse; hecho esto, miró lánguidamente a su alrededor para encontrar socorro, y gimió de dolor. Temblando de frío y de agotamiento, hizo un esfuerzo para ponerse en pie; mas, tiritando de pies a cabeza, cayó postrado en tierra.

Después de quedar de nuevo sumido un breve rato en el sopor en que estuviera tanto tiempo, Oliver, impulsado por un creciente malestar que parecía prevenirle de que si permanecía allí tendido moriría sin remedio, púsose en pie e intentó andar. La cabeza le daba vueltas, y se tambaleó, de un lado a otro, como un borracho. Mas se mantuvo en pie, no obstante, y, hundiendo lánguidamente la cabeza en el pecho, continuó su vacilante andar sin saber hacia dónde.

Un tropel de azarosas y confusas ideas acudió a su imaginación. Parecía que continuaba aún entre Sikes y Crackit, empeñados en una airada disputa, pues hasta sus palabras sonaban en su oído, y cuando concentró su atención, por decirlo así, al hacer un violento esfuerzo para no caer, creyose estar hablando aún con ellos. Luego figurábase haber quedado solo con Sikes, andando sin cesar, como el día antes, y sintiendo que el ladrón le apretaba las muñecas cuando las sombras de las gentes pasaban junto a ellos. De pronto retrocedía al oír unos disparos, y se alzaba en el aire una confusión de gritos y voces; ante sus ojos centelleaban las luces y todo era ruido y bullicio, en tanto una mano invisible le arrastraba presurosa. A través de todas estas rápidas visiones le traspasaba una vaga y penosa sensación de dolor, que le abrumaba y le atormentaba sin cesar.

Así prosiguió su vacilante andar, arrastrándose casi mecánicamente entre los vallados o entre los claros de los setos, hasta salir a la carretera. Allí la lluvia comenzó a caer tan fuerte, que le despabiló.

Miró en derredor, y vio que a corta distancia había una casa a la que quizá pudiera llegar. Al ver su estado quizá se compadeciesen de él, y si no era así, « más valdria », pensó, « morirse junto a unos seres humanos que no en medio del campo solitario ». Reunió todas sus energías para un último intento y encaminó sus vacilantes pasos hacia ella.

A medida que se acercaba a la casa invadía la sensación de haberla visto antes. No recordaba ninguno de sus detalles; pero la forma y el aspecto del edificio no le eran desconocidos.

¡La tapia del jardín! Sobre la hierba que había tras ella cayó de rodillas la noche antes, implorando piedad a dos hombres. Era la misma casa que ellos trataban de robar.

Al reconocer el lugar sintió Oliver tal temor que por un instante, olvidándosele la angustia de su herida, no pensó más que en huir. ¡Huir! Apenas podía tenerse en pie, y aunque se hallase en plena posesión de las facultades de su endeble y joven constitución, ¿adónde iría? Empujó la puerta del jardín, no estaba echada la llave y giró sobre sus goznes. Atravesó tambaleándose el césped, subió las escaleras, llamó débilmente a la puerta y, como le abandonasen las fuerzas, desplomose contra uno de los pilares del pórtico.

A la sazón, el señor Giles, Brittles y el lañador hallábanse en la cocina, reponiendo sus fuerzas, tras las fatigas y sustos de la noche pasada, con un poco de té y otras viandas. No se crea que entraba en las costumbres del señor Giles el conceder demasiada familiaridad a los más humildes servidores, a quienes más bien trataba con una altiva afabilidad que, al ser otorgada, no podía dejar de recordarles su superior clase social. Mas la muerte, los incendios y el robo igualan a todos los hombres; por eso el señor Giles sentábase con las piernas extendidas ante la chimenea de la cocina apoyando el brazo izquierdo en la mesa, mientras que con el derecho ilustraba el relato detallado y minucioso del robo, al que sus oyentes, pero en particular la cocinera y la doncella, que eran de la reunión, escuchaban con interés, casi conteniendo la respiración.

—Serían las dos y media —dijo el señor Giles— aunque no juraría que no fuesen ya cerca de las tres, cuando me desperté, y al dar una vuelta en la cama poco más o menos así —y el señor Giles giró sobre la silla y se tapó con el mantel, como para dar idea de lo que hacía con la ropa de cama—, me pareció haber oído un ruido.

En este punto del relato, la cocinera se puso pálida y dijo a la doncella que cerrase la puerta, quien traspasó la orden a Brittles, y éste al lañador, que fingió no haber oído.

—Me pareció haber oído un ruido —continuó el señor Giles—. Al principio me dije: «Será una ilusión», y ya me disponía a seguir durmiendo, cuando volví a oírlo con claridad.

—¿Qué clase de ruido? —preguntó la cocinera.

—Una especie de chasquido —respondió el señor Giles, mirando en derredor.

—Más bien el ruido de una barra de hierro sobre un rallador —indicó Brittles.

—Eso sería cuando lo oísteis vos —replicó el señor Giles—; pero en aquel momento sonó como un chasquido. Aparté las ropas —continuó el señor Giles, arrollando el mantel—, me senté en la cama y escuché.

La cocinera y la doncella exclamaron a un tiempo:

—¡Dios mío! —y juntaron sus sillas.

—Entonces lo oí de una manera cierta —continuó el señor Giles—. Alguien, me dije, está forzando una puerta o una ventana. ¿Qué debo haber? Llamaré a ese pobre Brittles y le salvaré de morir asesinado en la cama, pues, de lo contrario, le cortarán la garganta de oreja a oreja sin que siquiera se dé cuenta.

Todos los ojos se volvieron hacia Brittles, quien, fijo en el narrador, le miraba con la boca abierta y con una expresión de incontenible horror.

—Eché a un lado la ropa —dijo Giles, apartando el mantel y mirando fijamente a la cocinera y a la doncella—, me bajé con cuidado de la cama me puse los...

—¡Que hay señoras, señor Giles! —murmuró el lañador.

—... los zapatos, señor —prorrumpió Giles, volviéndose hacia él y recalcando mucho la palabra—; cogí la pistola cargada, que va siempre arriba, en el cesto de la vajilla, y me fui a su cuarto de puntillas. «Brittles», le dije, despertándole, «no os asustéis».

—Así fue —observó Brittles en voz baja.

—«Somos hombres muertos, me parece, Brittles», le dije; «pero no os asustéis».

—¿Y se asustó? —preguntó la cocinera.

—No, en absoluto —respondió el señor Giles—. Estaba tan sereno..., ¡ah!, casi tan sereno como yo.

—Si soy yo, me muero al instante —observó la doncella.

—Vos sois una mujer —replicó Brittles, recobrándose un poco.

—Brittles tiene razón —añadió el señor Giles, asintiendo con la cabeza—. De una mujer no se puede esperar otra cosa. Pero nosotros, como somos hombres, cogimos una linterna sorda que había sobre la repisa de la chimenea de Brittles y bajamos a tientas en la oscuridad aproximadamente de este modo.

El señor Giles se había levantado de su asiento y avanzado dos pasos con los ojos cerrados, para acompañar su descripción con la acción adecuada, cuando se estremeció violentamente, en unión del resto de los presentes, y corrió de nuevo hacia su silla. La cocinera y la doncella dieron un grito.

—Han llamado —dijo el señor Giles, fingiendo una absoluta serenidad—. Que abra alguien.

Nadie se movió.

—Parece un poco extraño esta llamada a estas horas de la mañana —dijo el señor Giles, examinando los pálidos rostros que le rodeaban y palideciendo él también—; pero hay que abrir. ¿No me oye nadie?

Al decir esto, el señor Giles miró a Brittles; mas este joven, modesto por temperamento, probablemente no se consideró nadie, y supuso que aquella pregunta no podía referirse a él; lo cierto es que no respondió. El señor Giles lanzó una mirada suplicante al lañador; mas éste se había quedado súbitamente dormido. Con las mujeres no había caso.

—Si Brittles prefiere abrir la puerta en presencia de testigos —dijo el señor Giles tras un breve silencio—, yo estoy dispuesto a ser uno.

—Y yo también —dijo el lañador, despertándose con la misma rapidez que quedara dormido.

Brittles capituló con estas condiciones, y algo más tranquilizado el grupo al descubrir, una vez abiertas las contraventanas, que era muy de día ya, subieron la escalera, con los perros delante y las dos mujeres, que tuvieron miedo de quedarse abajo, en la retaguardia. Por consejo del señor Giles, todos comenzaron a hablar en voz muy alta, para advertir así que eran muchos a cualquier persona malintencionada que hubiese afuera, y de acuerdo con una luminosa idea nacida en el cerebro del mismo ingenioso caballero, al llegar al vestíbulo pellizcaron la cola a los perros para que ladrasen con furia.

Tomadas estas precauciones, el señor Giles se agarró fuertemente al brazo del lañador para impedir que saliese corriendo, según dijo bromeando, y dio la voz de mando de que abriesen la puerta. Obedeció Brittles; el grupo, asomándose los unos con temor por encima de los hombros de los otros, no divisó más formidable objeto que al pobre Oliver Twist, agotado y sin habla, que elevaba sus ojos en una muda súplica de piedad.

—¡Un chico! —exclamó el señor Giles, empujando violentamente al lañador hacia el fondo—. ¿Qué sucede para...? ¿Eh...? ¡Cómo...! ¡Brittles, mirad esto...! ¿No le conocéis?

Brittles, que se había colocado detrás de la puerta para abrirla, no bien contempló a Oliver, lanzó un grito. El señor Giles, cogiendo al muchacho de una pierna y un brazo (no el herido, afortunadamente), le arrastró hasta el vestíbulo y le dejó tendido en el suelo.

—¡Aquí está ya! —vociferó Giles, con gran excitación desde la escalera—. Aquí tenemos a uno de los ladrones, señora. ¡Un ladrón, señorita! ¡Herido, señorita! Fui yo quien le dio, señorita. Brittles es el que llevaba la luz.

—En una linterna, señorita —gritó Brittles, poniéndose una mano junto a la boca para que su voz llegase más lejos.

Las dos criadas corrieron escaleras arriba para llevar la noticia de que el señor Giles había capturado a un ladrón, y el lañador se dedicó a tratar de volver en sí a Oliver, no fuese a morir antes que pudieran ahorcarle. En medio de toda esta barahúnda y conmoción se alzó una voz femenina, que lo calmó todo en un instante.

—¡Giles! —murmuró aquella voz desde el descansillo de la escalera.

—Aquí estoy, señorita —respondió éste—. No os asustéis, señorita, que no me ha pasado gran cosa. La resistencia no fue desesperada, señorita; no pudo conmigo.

—¡Chis! —le contestó la joven—. Vais a asustar a mi tía tanto como los ladrones. ¿Está muy lastimado el pobre?

—Herido de muerte, señorita —respondió Giles con indescriptible gozo.

—Parece que está acabando, señorita —gritó Brittles lo mismo que antes—. Si se muere, ¿querréis venir a verle, señorita?

—Ahora, por nada del mundo —respondió la joven—. ¡Pobre hombre! ¡Oh,

Giles, tratadle bien! Hacedlo por mí.

El viejo criado alzó los ojos hasta su interlocutora, en tanto se alejaba ésta, con la misma mirada de orgullo y de admiración que si se tratara de su propia hija. Luego se inclinó sobre Oliver y ayudó a trasladarle al piso de arriba con un cuidado y una solicitud verdaderamente femeninos.

*Que consta de una noticia preliminar sobre los moradores de la casa adonde recurriera Oliver*

En una amplia habitación, si bien su mobiliario más bien daba la impresión de comodidad anticuada que de moderna elegancia, hallábanse sentadas dos mujeres ante una bien surtida mesa, ya preparada para el desayuno.

El señor Giles, pulcramente vestido con un traje todo negro, procedía a servir las. Habíase colocado entre el aparador y la mesita, muy erguido el cuerpo, la cabeza hacia atrás y ligeramente inclinada a un lado, el pie izquierdo avanzado y la mano derecha metida en el chaleco, mientras la izquierda pendía junto a él, asida a una bandeja; denotaba hallarse bajo la agradable sensación de sus propios méritos e importancia.

De las dos damas, una era de edad muy avanzada; mas la elevada silla de roble en que se sentaba no estaba más tiesa que ella. Vestida con la máxima delicadeza y primor, en una extraña mezcla de las modas pasadas con algunas ligeras concesiones al gusto reinante, que antes bien realizaban agradablemente el estilo antiguo que estropeaban su efecto, hallábase majestuosamente sentada, con las manos cruzadas sobre la mesa. Los ojos —que los años apenas si habían apagado su fulgor— teníanlos atentamente puestos en su joven acompañante.

La más joven se hallaba en el esplendor y en la primavera de la femineidad, en esa edad en que, si alguna vez, para los santos fines de Dios, han de encarnar los ángeles en forma mortal, puede suponerse sin irreverencia que lo harán en imágenes como la de ella.

No tenía más de diecisiete años. Fundida en un molde tan leve y exquisito, tan suave y dulce, tan hermosa y pura, diríase que la tierra no era su elemento ni las burdas criaturas sus dignas compañeras. La misma inteligencia que resplandecía en sus ojos, de un azul intenso, y que veíase impresa en su noble semblante, apenas correspondía a su edad ni a este mundo, y, sin embargo, las varias expresiones de dulzura y bondad, los millares de lucecillas que jugueteaban en su rostro sin dejar sombra, y, sobre todo, la sonrisa —una sonrisa alegre y dichosa—, habían sido hechas para la paz y la felicidad del hogar.

Ocupábase activamente en los pequeños cuidados de la mesa. Como al alzar sus ojos casualmente viese que la otra dama más vieja la contemplaba, echose alegremente los cabellos hacia atrás, trenzados con sencillez sobre su frente, y dio a su gesto una expresión tan de natural encanto, que los divinos espíritus

hubiesen sonreído al verla.

—Ya hace más de una hora que se fue Brittles, ¿no? —preguntó la anciana tras una pausa.

—Una hora y doce minutos, señora —respondió el señor Giles, mirando el reloj de plata que sacó pendiente de una cinta negra.

—¡Cuánto tarda siempre! —observó la anciana.

—Brittles fue siempre un muchacho muy lento, señora —replicó entonces el criado.

Mas como se daba el caso de que lo había sido desde hacía más de treinta años, no era muy probable que fuese rápido jamás.

—Pero me parece que, en vez de mejorar, se empeora —dijo la señora anciana.

—Es imperdonable que se detenga a jugar con otros muchachos —dijo la joven, sonriendo.

Hallábase el señor Giles pensando, sin duda, si sería correcto ceder también él a una respetuosa sonrisa, cuando se detuvo un calesín ante la verja del jardín, del que saltó a tierra un caballero grueso; se dirigió presuroso hacia la puerta de entrada, e introducido velozmente en la casa por algún misterioso procedimiento, irrumpió en la habitación con tal ímpetu, que a poco si se lleva por delante al señor Giles y la mesita del desayuno.

—¡En mi vida he visto cosa igual! —exclamó el voluminoso caballero.

—¡Mi querida señora Maylie..., válgame Dios...! ¡Y además, en el silencio de la noche...! ¡No he visto nunca nada igual!

Con estas expresiones de condolencia, el caballero grueso estrechó la mano de ambas, y, acercando una silla, les preguntó cómo se encontraban.

—Os debisteis de morir de miedo —dijo el caballero—. ¿Por qué no avisasteis? Mi criado hubiese venido al instante, y también yo, y mi ayudante hubiese venido encantado, y todo el mundo, ¿quién lo duda?, en esas circunstancias... ¡Dios, Dios! ¡Qué cosa tan inesperada! ¡Y en el silencio de la noche, nada menos!

Al doctor parecía afectarle en extremo el hecho de que el robo hubiese sido inesperado y perpetrado de noche, como si fuese costumbre establecida por los caballeros salteadores el evacuar sus asuntos al mediodía y anunciarse por correo con un día o dos de anticipación.

—Y vos, señorita Rose —dijo el doctor, volviéndose hacia la joven—. Yo...

—¡Oh, desde luego! —dijo Rose, interrumpiéndole—. Pero arriba hay una pobre criatura, y mi tía quiere que la veáis.

—¡Ah, por supuesto! —respondió el doctor—. ¿Conque está arriba? Tengo entendido que eso fue obra vuestra, Giles.

El señor Giles, que estaba febrilmente dedicado a ordenar las tazas, se puso muy encarnado y contestó que había tenido ese honor.

—¿Honor, eh? —repitió el doctor—. En fin: no sé. Tal vez sea tan honroso alcanzar a un ladrón en el cuarto de la cocina como acertar al adversario a doce pasos de distancia. Podéis suponeros que él disparó al aire y que celebrabais un duelo, Giles.

El señor Giles, considerando que aquella manera frívola de tratar el asunto tenía el injusto propósito de disminuir su gloria, contestó respetuosamente que él no era quién para juzgar, mas opinaba que a la parte contraria no debió de parecerle una broma.

—Perfectamente; eso es verdad —dijo el doctor—. ¿Y dónde está? Guiadme. Entraré de nuevo en cuanto baje, señora Maylie. Es ésa la ventana por donde entró, ¿no? ¡Caramba, no lo hubiera creído!

Sin dejar de hablar, subió tras del señor Giles. En tanto sube, podemos informar al lector que el señor Losberne, médico de la localidad, conocido en diez millas a la redonda por el *Doctor*, había engordado más por su buen humor que por su buena vida; era amable y cordial y, además, el solterón más excéntrico que puede hallar explorador alguno en un espacio cinco veces mayor.

El doctor permaneció ausente mucho más tiempo de lo que él o las damas pensaron. Fueron a buscar al coche una gran caja aplastada, sonó con frecuencia la campanilla del dormitorio y los criados subían y bajaban sin cesar, de lo que justamente se deducía que algo importante sucedía en el piso de arriba. Regresó, al fin, y contestando a las ávidas preguntas sobre su paciente, adoptó un aire harto misterioso y cerró la puerta con sumo cuidado.

—Esto es una cosa muy extraordinaria, señora Maylie —dijo el doctor, quedándose apoyado, de espaldas contra la puerta, como para conservarla cerrada.

—Supongo que no correrá peligro —dijo la anciana.

—¡Bah! Eso no sería extraordinario en estas circunstancias —respondió el doctor—, aunque no creo que lo haya. Pero... ¿habéis visto al ladrón?

—No —contestó la anciana.

—¿Ni sabéis nada de él?

—No.

—Perdonadme, señora —manifestó Giles—. Iba a hablaros de él cuando llegó el señor Losberne.

Lo cierto era que el señor Giles, al principio, no se había decidido a confesar que no había disparado sino sobre un niño. Fueron tales los elogios prodigados a su bravura, que no pudo remediar, por nada del mundo, el aplazar las explicaciones unos deliciosos minutos, durante los cuales vivió en el cenit de una breve reputación de hombre intrépido.

—Rose quería verle —dijo la señora Maylie—; pero yo no quise saber nada.

—¡Hum! —replicó el doctor—. Su aspecto no es para asustar. ¿Tenéis algún inconveniente en verle en mi presencia?

—Si es necesario —respondió la anciana—, desde luego que no.

—Pues sí me parece necesario —dijo el doctor—. De todas maneras, estoy seguro de que lamentaríais profundamente no haberlo hecho antes si lo demoraseis. Ahora está perfectamente tranquilo. ¿Me permitis, señorita Rose? Os doy mi palabra de honor de que no tenéis por qué sentir el menor temor.

*En el que se relata lo que pensaron de Oliver sus nuevos visitantes*

Con múltiples y locuaces afirmaciones de que les sorprendería agradablemente el aspecto del criminal, el doctor ofreció el brazo a la joven, y tendiendo su mano libre a la señora Maylie, condújolas, con gran ceremonia y prosopopeya, al piso superior.

—Ahora —dijo el doctor en voz baja, mientras hacía girar suavemente el picaporte del dormitorio— veamos lo que pensáis de él. No está recién afeitado; y, a pesar de ello, su aspecto no es nada feroz. ¡Esperad! Permitidme primero que averigüe si está visible.

Adelantándose, pues, se asomó a la habitación. Hizoles luego una seña para que avanzasen, cerró la puerta una vez que hubieron entrado, y pausadamente recorrió las cortinas del lecho. Sobre éste, en vez del empedernido y sucio rufián que esperaban contemplar yacía sólo un niño rendido por el dolor y la fatiga y sumido en un sueño profundo. Su brazo herido, vendado y entablillado, tenía cruzado sobre el pecho; la cabeza se hallaba reclinada sobre el otro brazo, semioculto por sus largos cabellos, que caían desperdigados sobre la almohada.

El honrado caballero, sosteniendo la cortina, permaneció unos instantes observando en silencio. Mientras así examinaba al paciente, la más joven de las mujeres se deslizó sigilosamente por detrás de ellos, y sentándose en una silla junto a la cabecera, apartole a Oliver los cabellos de la cara. Al inclinarse sobre él, unas lágrimas cayeron sobre su frente.

Agitose el muchacho y sonrió en sueños, cual si aquellas muestras de piedad y de compasión hubiesen hecho nacer en él la agradable ilusión de un amor y un afecto nunca sentidos. De igual modo, el sonar de una dulce melodía, el murmullo del agua en un lugar silencioso, el aroma de una flor y hasta el sonido de una palabra conocida traen, a veces, vagos recuerdos de escenas que no existieron jamás en esta vida, que se desvanecen como un soplo, acaso despiertos por el breve rememorar de una existencia más feliz, desaparecida hace tiempo, y que no lograría hacer volver ningún voluntario esfuerzo de la imaginación.

—¿Qué será esto? —exclamó la señora—. ¡Este pobre niño no puede haber sido cómplice de unos ladrones!

—El vicio —suspiró el doctor, dejando caer la cortina— asienta sus reales en muchos templos, ¿y quién es capaz de asegurar que una bella apariencia no lo

albergue también?

—Pero ¡a tan corta edad! —refutó Rose.

—Mi querida joven —replicó el médico, sacudiendo tristemente la cabeza—: El crimen, como la muerte, no es cosa exclusiva de los seres decrepitos y gastados. También los jóvenes y hermosos resultan, con frecuencia, sus víctimas predilectas.

—Pero ¿podéis...? ¡Oh! ¿De verdad podéis creer que este niño delicado haya sido cómplice voluntario de la hez de la sociedad? —dijo Rose.

El médico movió la cabeza como indicando que temía que fuese muy posible; mas, advirtiendo que podrían molestar al paciente, salió el primero hacia una habitación contigua.

—Aunque sea un malvado —prosiguió Rose—, pensad en lo joven que es; en que acaso no conoció jamás el cariño de una madre ni el calor de un hogar, y que los malos tratos y los golpes, o acaso la falta de sustento, pueden haberle arrastrado a reunirse con alguien que le ha obligado a cometer este delito. Tía, tía querida, por piedad, pensad en eso antes de dejar que se lleven a este niño enfermo a la cárcel, porque ésa sería la tumba de todas sus posibilidades de enmienda. ¡Oh! Puesto que me queréis y sabéis que nunca noté la falta de unos padres con vuestra bondad y vuestro afecto, pero que acaso pude haberla sentido y haber quedado tan desamparada y desvalida como este pobre niño, tened piedad de él antes que sea demasiado tarde.

—¡Amor mío! —exclamó la anciana, estrechando a la llorosa joven contra su pecho—. ¿Crees que sería capaz de hacerle daño ni siquiera a uno de sus cabellos?

—¡Oh no! —respondió Rose vivamente.

—Pues claro que no —replicó la anciana—. ¡Mis días tocan a su fin, y quiera Dios tener piedad de mí como yo la tengo de los demás! ¿Qué puedo hacer para salvarle, señor?

—Dejadme pensar, señora —contestó el doctor—. Dejadme pensar.

El señor Losberne hundió las manos en sus bolsillos y diose varios paseos por la habitación, deteniéndose con frecuencia y meciéndose sobre las puntas de los pies con un ceño espantoso. Después de haber exclamado varias veces: « ¡Ya sé! » y « No, no es eso », reanudando sus paseos y gestos, detúvose, al fin, definitivamente y dijo lo que sigue:

—Creo que si me dais carta blanca para amedrentar a Giles y a ese jovencuelo de Brittles, podré arreglarlo todo. Ya sé que es hombre fiel y antiguo servidor vuestro; pero podéis resarcirle de mil modos y recompensarle por ser un buen tirador, además. ¿No tenéis inconveniente?

—Si no hay otro medio de proteger al muchacho... —respondió la señora May lie.

—No hay otro —respondió el doctor—. ¡Os doy mi palabra!

—Entonces mi tía os otorga plenos poderes —dijo Rose, sonriendo a través de sus lágrimas—. Pero, por favor, no seáis más severo con esa gente que lo que juzguéis estrictamente necesario.

—Páreceme que se os figura —replicó el doctor— que todo el mundo está hoy dispuesto a tener mal corazón, menos vos, señorita Rose. Confío en que, en beneficio del género masculino, el primer digno joven que apele a vuestra compasión os encuentre en un estado de ánimo igualmente vulnerable y tierno. Y ojalá fuese yo más joven para poderme aprovechar al punto de ocasión tan favorable como la presente.

—Sois tan niño como el pobre Brittles —replicó Rose, ruborizándose.

—Bueno —dijo el doctor, riendo ingenuamente—. Eso no es muy difícil. Pero, volviendo a este muchacho, aún nos queda lo más importante de nuestro acuerdo. Me figuro que dentro de una hora, aproximadamente, se despertará, y aunque le dije a ese torpe de alguacil, que espera ahí abajo, que no se le podría mover ni hablar sin riesgo de su vida, creo que podremos conversar con él sin miedo. Ahora bien: pongo por condición que yo le interrogaré en vuestra presencia, y si, por lo que conteste, juzgamos, y puedo demostrar a satisfacción de vuestra fría razón que se trata de un ser verdaderamente pervertido (lo que es más que posible), le abandonaremos a su suerte sin más intervención, al menos, por mi parte.

—¡Oh, no, tía! —suplicó Rose.

—¡Oh, sí, tía! —añadió el doctor—. ¿Quedamos de acuerdo?

—No puede haberse encenagado en el vicio —insistió Rose—. Eso es imposible.

—Muy bien —replicó el doctor—; razón de más para acceder a mi proposición.

Por fin cerrose el pacto, y las partes del mismo sentáronse a esperar con cierta impaciencia el despertar de Oliver.

Quiso el Destino que la paciencia de las dos mujeres hubiese de sufrir una más larga prueba de lo que el señor Losberne les anticipara, pues transcurrió una y otra hora y Oliver seguía durmiendo profundamente. Era ya de noche cuando el bondadoso doctor trájoles la noticia de que, al fin, se hallaba lo suficientemente reanimado para poder hablarle. El muchacho estaba bastante mal, les dijo, y débil, por la pérdida de sangre; pero tiene la imaginación tan embargada por el deseo de revelar alguna cosa, que me pareció mejor darle ocasión a ello antes que insistir en que permaneciese callado hasta la mañana siguiente, que es lo que, si no fuera por eso, hubiese hecho.

La conferencia fue larga. Oliver contoles toda su triste historia, viéndose con frecuencia obligado a interrumpirla por el dolor y la falta de fuerzas. Resultaba una cosa solemne escuchar, en la habitación oscurecida, la débil voz del maltrecho muchacho, relatando una serie de males y de calamidades que unos

hombres crueles habían amontonado sobre él. ¡Ah! Si al agobiar y hostigar a nuestros semejantes dedicásemos un solo pensamiento a las tristes pruebas del error humano, que, como densas y pesadas nubes, se elevan al cielo lentamente, es cierto, pero no por eso con menos seguridad, para verter desde allí su venganza sobre nuestras cabezas; si escucháramos un instante tan sólo, con la imaginación, el grave testimonio de las voces de los muertos, que no hay poder capaz de ahogar ni orgullo que pueda asfixiarlas, ¿dónde estarían el mal y la injusticia, los sufrimientos, las miserias, las crueldades y los agravios que trae consigo la vida cotidiana?

Aquella noche, manos suaves ahuecaron la almohada de Oliver y el encanto y la virtud velaron su sueño. Sentíase tranquilo y feliz, y podría haber muerto sin un murmullo.

No bien hubo terminado la trascendental entrevista, sosegado Oliver para continuar su reposo, el doctor, tras de enjugarse los ojos y reprocharles el haber sido tan débiles, bajó a entendedérselas con Giles. Al no hallar a nadie en las habitaciones, pensó que acaso pudiera iniciar sus gestiones con mejor efecto en la cocina, y hacia la cocina se encaminó.

Congregados estaban, en aquella cámara del Parlamento doméstico, las criadas, Brittles, el señor Giles, el lañador, que había recibido una invitación especial para agasajarse durante el resto del día, en consideración a sus servicios, y el alguacil. Este último poseía un grueso bastón, una cabeza muy gruesa, unas gruesas facciones y unas enormes botas altas, y su aspecto era como de haber bebido una ración proporcionada de cerveza, como así era, en efecto.

Aún se hablaba de las aventuras de la noche anterior; el señor Giles se extendía sobre su presencia de ánimo, cuando entró el doctor, y Brittles, con un jarro de cerveza en la mano, lo corroboraba todo antes que su superior lo manifestara.

—Sentaos —dijo el doctor, agitando su mano.

—Gracias, señor —respondió Giles—. La señora ha querido que se reparta alguna cerveza, señor, y como no estaba muy dispuesto a quedarme en mi cuarto, señor, y me apetecía estar en compañía, estoy tomándome mi parte aquí, con los demás.

Brittles inició un leve murmullo, con el cual, damas y caballeros expresaban su gratitud por la condescendencia del señor Giles. Éste paseó a su alrededor una mirada protectora, como diciendo que, en tanto se comportasen debidamente, no los abandonaría nunca.

—¿Qué tal está ahora el paciente, señor? —preguntó Giles.

—Así, así —replicó el doctor—. Temo que os hayáis metido en un berenjenal, señor Giles.

—No querréis decir, señor —exclamó Giles, tembloroso—, que se va a morir. Si lo pensase, no volvería a ser feliz. No por todo el oro del mundo sería yo capaz

de quitar de en medio a un muchacho, ni siquiera a Brittles.

—No se trata de eso —dijo el doctor con misterio—. Señor Giles, ¿sois protestante?

—Sí, señor; eso creo —balbució Giles, que se había puesto muy pálido.

—Y tú ¿qué eres, muchacho? —preguntó el doctor, volviéndose de pronto hacia Brittles.

—¡Por Dios, señor...! —le respondió Brittles, dando un respingo—. Soy ... lo mismo que el señor Giles, señor.

—Pues entonces, contestadme a esta pregunta —dijo el doctor—. Los dos..., ¿eh? ¡Los dos! ¿Podéis jurarme que ese chiquillo que está arriba es el mismo que pasó anoche por el ventanillo? ¡Venga! ¡Hablad! ¡Os escuchamos!

El doctor, considerado universalmente como una de las criaturas de mejor carácter del mundo, hizo esta pregunta en un tono de cólera tan espantoso, que Giles y Brittles, bastante aturridos ya por la cerveza y la agitación, se miraron estupefactos.

—Prestad atención a la respuesta, alguacil —gritó el doctor, sacudiendo el dedo índice con ademán solemne y tocándose con él la punta de la nariz, como para excitar la máxima agudeza por parte de aquel digno funcionario—. Quizá dentro de poco podamos deducir algo de ella.

El alguacil adoptó su más grave actitud y recogió el bastón, atributo de su cargo, que estaba indolentemente reclinado junto al hogar.

—Observaréis que se trata de una simple cuestión de identidad —aclaró el doctor.

—Así es, señor —respondió el alguacil, tosiendo con gran violencia, ya que había apurado su cerveza apresuradamente y se le había ido por mal camino.

—Nos hallamos ante una casa asaltada —continuó el doctor—. Un par de individuos vislumbraban por un momento la figura de un niño entre el humo de la pólvora, y en medio de la confusión, del susto y la oscuridad. A la mañana siguiente llega un niño a la misma casa, y porque tiene el brazo vendado, esos individuos caen violentamente sobre él, con lo que ponen en grave peligro su vida y juran que es el ladrón. Ahora bien: la cuestión es saber si está bastante justificada la manera de proceder de estos individuos; si no lo está, ¿en qué situación se colocan?

El alguacil asintió, convencido, y dijo que si aquello no era la ley, le gustaría saber qué es lo que era entonces.

—De nuevo os pregunto —clamó el doctor—: ¿Juráis solemnemente que podéis identificar a ese muchacho?

Brittles miró perplejo al señor Giles, y éste contempló con incertidumbre a aquél; el alguacil se colocó la mano detrás de la oreja para cazar la respuesta; las dos mujeres y el lañador se inclinaron hacia adelante para escuchar, y el doctor miró atentamente en derredor, cuando se oyó una llamada en la verja y, al

mismo tiempo, ruido de algún coche.

—¡Los policías! —gritó Brittles, muy consolado, al parecer.

—¿Los qué...? —exclamó el doctor, estupefacto.

—Los agentes de Bow Street, señor —respondió Brittles, alzando la vela—. El señor Giles y yo los mandamos a buscar esta mañana.

—¡Cómo! —respondió el doctor.

—Sí —respondió Brittles—. Envié recado con el cochero; lo que me extraña es que no hayan venido antes, señor.

—¡Ah, sí! ¿Eh? Entonces... que Dios confunda vuestras tardas diligencias —exclamó el doctor, saliendo de la estancia.

*En el que se plantea una situación crítica*

—¿Quién es? —preguntó Brittles, entreabriendo la puerta, sin soltar la cadena y asomándose un poco mientras hacía pantalla a la vela con la mano.

—Abrid la puerta —contestó el individuo que estaba fuera—. Somos los agentes de Bow Street, que han mandado a buscar hoy.

Aliviado por esta seguridad, Brittles abrió la puerta de par en par y encontrase frente a un individuo de aspecto majestuoso, vestido con un levitón, que penetró sin decir más y se limpió los zapatos en la esterilla con la misma naturalidad que si viviese allí.

—¿Querréis enviar a alguien a relevar a mi compañero, joven? —dijo el agente—. Está en el coche, cuidando del caballo. ¿Tenéis por ahí una cochera donde poder dejarlo unos cinco o diez minutos?

Respondió Brittles afirmativamente y señalando al edificio; el severo individuo regresó a la puerta del jardín y ayudó a su compañero a guardar el coche, en tanto Brittles los alumbraba, con gran admiración. Hecho esto, volvieron a la casa, e introducidos en un gabinete, despojáronse de sus levitones y sombreros y se mostraron tal y como eran.

El que llamara a la puerta era un personaje grueso, de mediana estatura y de unos cincuenta años, con el pelo negro y lustroso, bastante rapado, medias patillas, cara redonda y ojos penetrantes. El otro era pelirrojo, huesudo, calzaba unas botas altas y era mal encarado, con la nariz remangada en forma siniestra.

—Decid a vuestro amo que Blathers y Duff están aquí, ¿queréis? —dijo el más grueso, alisándose el cabello y depositando un par de esposas sobre la mesa—. ¡Oh! Buenas noches, jefe. ¿Puedo deciros dos palabras a solas, si os parece?

Esta frase iba dirigida al señor Losberne, que hizo su aparición entonces; el caballero indicó con una seña a Brittles que se retirara, hizo entrar a las dos señoras y cerró la puerta.

—Ésta es la dueña de la casa —dijo el señor Losberne, señalando a la señora Maylie.

El señor Blathers saludó con una reverencia. Invitado a sentarse, colocó el sombrero en el suelo, y cogiendo una silla hizo un gesto a Duff para que le imitara. Este último que, una de dos, o no estaba muy acostumbrado a la buena sociedad o no se sentía muy a gusto en ella, sentose tras múltiples esfuerzos

musculares de sus miembros y se metió el puño del bastón en la boca con cierto embarazo.

—Hablemos ahora de ese robo, jefe —dijo Blathers—. ¿Cuáles son las circunstancias del hecho?

El señor Losberne, que, al parecer, sentíase deseoso de ganar tiempo, relatóselas con gran extensión y tras muchos circunloquios; Blathers y Duff escuchaban entretanto muy atentos, y, de vez en vez, cruzaban entre ellos un gesto de asentimiento.

—No puedo decir nada con seguridad hasta ver el trabajo, por supuesto —dijo Blathers—; pero mi opinión inmediata (y no me importa afirmarlo a tal extremo) es que no lo ha hecho ningún patán, ¿eh, Duff?

—Desde luego que no —respondió éste.

—Y, traduciendo la palabra patán, para que la comprendan las señoras, ¿entiendo bien si digo que esta tentativa no la ha realizado ninguno de estos alrededores? —dijo el señor Losberne sonriendo.

—Eso es, jefe —respondió Blathers—. Tal es, pues, todo lo que sabéis sobre el robo, ¿no es así?

—Todo —contestó el doctor.

—Y ahora, decidme, ¿qué pasa con ese muchacho de que hablan los criados? —dijo Blathers.

—Nada en absoluto —replicó el doctor—. A uno de los asustados criados se le ha metido en la cabeza que tiene algo que ver con este intento de fractura; pero eso es una sandez, un puro absurdo.

—Eso no se puede decir tan fácilmente —observó Duff.

—Lo que dice tiene mucha razón —añadió Blathers, moviendo la cabeza de modo confirmatorio y jugando al desgaire con las esposas, como si fuesen un par de castañuelas—. ¿Quién es ese muchacho? ¿Qué razón da de su persona? ¿De dónde vino? No habrá caído del cielo, ¿verdad, jefe?

—Claro que no —contestó el doctor, lanzando una mirada inquieta a las dos damas—. Conozco toda su historia; pero ahora hablaremos de eso. Supongo que primero querréis ver el lugar por donde los ladrones realizaron su tentativa.

—Sin duda —replicó Blathers—. Mejor es que visitemos primero el local y luego interrogaremos a los criados. Es lo corriente en estos casos.

Trajéronse luces, y los señores Blathers y Duff, acompañados del alguacil, Britles, Giles y, en una palabra, de todos los demás, penetraron en la reducida habitación del final del pasillo y se asomaron a la ventana; después dieron la vuelta a la casa por el jardín y volvieron a asomarse por la ventana. Tras esto, inspeccionaron el postigo con una vela y después buscaron con una linterna las huellas, registrando a continuación los arbustos con una horquilla. Hecho esto, en medio del expectante silencio de todos los presentes, entraron de nuevo en la casa, y el señor Giles y Britles fueron sometidos a una reconstrucción

melodramática de su participación en la aventura de la noche pasada, que se repitió hasta seis veces, contradiciéndose ambos tan sólo en un punto importante la primera vez, y apenas en doce la última. Llegados a este extremo, Blathers y Duff hicieron salir a todos de la habitación y celebraron un largo consejo con tanto misterio y solemnidad, que, comparado con él, la consulta de graves doctores sobre el más intrincado caso clínico sería un juego de niños.

Entretanto, el doctor paseaba por la habitación contigua, muy excitado, mientras la señora Maylie y Rose le contemplaban con inquietud.

—Palabra —dijo, deteniéndose después de muchas rápidas vueltas— que no sé qué hacer.

—Estoy segura —dijo Rose— que si les repitiésemos fielmente a esos hombres la historia de ese pobre niño, bastaría para disculparle.

—Lo dudo, jovencita —dijo el doctor, sacudiendo la cabeza—. No creo que le disculpase ante ellos ni ante los funcionarios legales de superior categoría. Después de todo, ¿quién es?, dirían. Un fugitivo. Juzgada por las consideraciones y posibilidades del mundo, su historia es muy dudosa.

—Pero vos la creéis, sin duda —interrumpió Rose.

—Por muy extraño que parezca, la creo, aunque acaso sea un necio en creerla —replicó el doctor—; pero no me parece, sin embargo, que sea muy a propósito para contársela a un agente de Policía experimentado.

—¿Por qué no? —preguntó Rose.

—Porque, mi linda interrogadora —respondió el doctor—, desde su punto de vista, hay muchos puntos feos en ella: el muchacho no puede probar sino aquellas cosas que tienen mala traza, y ninguna de las que pudieran parecer buenas. Esos condenados querrán saber por qué y por qué no, y no darán nada por sentado. Ved que, por su propia confesión, sabemos que, desde hace algún tiempo, viene viviendo con unos ladrones; que tuvo que comparecer ante un Juzgado, acusado de haber robado a un caballero; que le arrancaron, a la fuerza, de casa de éste, trasladándole a un sitio que no puede describir ni señalar, y de cuya situación no tiene la más remota idea. Le traen a Chertsey unos individuos que parecen haber empleado la violencia con él, y, quieras que no, le meten por una ventana para robar una casa, y entonces, en el preciso instante en que va a dar la voz de alarma a sus moradores y a hacer aquello que puede solventarlo todo, aparece un mayordomo alocado que le dispara, como si de intento quisiera impedir que el muchacho hiciese nada bueno por sí mismo. ¿No comprendéis?

—Claro que lo comprendo —respondió Rose, sonriendo ante la impetuosidad del doctor—. Pero sigo sin ver nada que pueda acusar al pobre niño.

—No —respondió el doctor—. Desde luego, no. ¡Benditos ojos los de las mujeres! Ni para bien ni para mal, ven nunca más que un lado de la cuestión, y éste es siempre el primero que se les presenta.

Tras de expresar este resultado de su experiencia, el doctor metiose las

manos en los bolsillos y comenzó a pasear de un extremo a otro de la habitación, con mayor rapidez que antes.

—Cuanto más pienso en ello —añadió el doctor—, más creo que poner a esos hombres en antecedentes de la verdadera historia del muchacho será acarrear molestias e inconvenientes sin cuento. Estoy seguro de que no han de creerla, y aunque, al final, nada puedan hacerle, el contarla y dar publicidad a todas las dudas que recaerán sobre ella ha de ser un obstáculo para vuestro caritativo intento de salvarle de la desgracia.

—¿Y qué vamos a hacer? —exclamó Rose—. ¡Dios mío! ¿Por qué habrán llamado a esta gente?

—¡Es verdad! ¿Por qué? —repitió la señora Maylie—. Yo no los hubiera traído por nada del mundo.

—Sólo sé —dijo el señor Losberne, al fin, sentándose con una especie de desesperada calma— que debemos probar y obrar con audacia. El fin es bueno, y ésa ha de ser nuestra excusa. El muchacho tiene síntomas de fiebre y no se halla en condiciones de que le hablen más, y esto es una ventaja. Debemos aprovecharnos de ella lo mejor que podamos, y si lo mejor resulta lo peor, la culpa no es nuestra. ¡Adelante!

—Y bien —dijo Blathers, entrando en la habitación, seguido de su colega y cerrando bien la puerta antes de decir nada—. Este golpe no ha sido de martingala.

—¿Y qué demonios es un golpe de martingala? —preguntó el doctor con impaciencia.

—Decimos que un robo es de martingala, señoras —aclaró Blathers, volviéndose hacia ellas, como compadecido de su ignorancia, pero despreciando la del doctor—, cuando están complicados los criados.

—Nadie ha sospechado de ellos en este caso —dijo la señora Maylie.

—Es muy probable que no, señora —respondió Blathers—; pero podrían haberlo estado, sin embargo.

—Y más probable todavía por eso precisamente —dijo Duff.

—Hemos averiguado que la mano que ha intervenido viene de la ciudad —dijo Blathers, continuando su informe—, pues el estilo del trabajo es de primer orden.

—Estupendo de veras —observó Duff en voz baja.

—Intervinieron dos —continuó Blathers—, y llevaban con ellos a un chiquillo; eso es evidente por el tamaño de la ventana. Esto es todo cuanto puede decirse por ahora. Vamos a ver enseguida a ese mozo que tenéis arriba, si os parece.

—Quizá quieran tomar algo primero, señora Maylie —dijo el doctor, iluminándosele el rostro, cual si le hubiese asaltado alguna nueva idea.

—¡Oh! Pues claro que sí —exclamó Rose con presteza—. Lo tendréis ahora mismo.

—Muchas gracias, señorita —dijo Blathers, pasándose la manga por la boca—. Este oficio nuestro es muy seco. Lo que tengáis a mano, señorita; no os molestéis mucho por nosotros.

—¿Qué deseáis tomar? —preguntó el doctor, siguiendo a la joven al aparador.

—Una gotita de licor, jefe; es lo mismo —respondió Blathers—. El viaje de Londres acá es muy frío, señora, y el licor siempre calienta el ánimo.

Esta interesante comunicación iba dirigida a la señora Maylie, que la acogió cortésmente. En tanto la escuchaba, el doctor salió sigilosamente de la habitación.

—¡Ah! —dijo el señor Blathers, cogiendo la copa de vino, no por la espiga, sino sujetando el pie entre el pulgar y el índice de su mano izquierda y colocándosela frente a sí—. Muchos casos como éste he visto en mi vida, señoras.

—¿Os acordáis de aquel robo del callejón de Edmonton, Blathers? —dijo Duff, refrescando la memoria de su colega.

—Aquello fue por el estilo a esto, ¿no es cierto? —replicó el señor Blathers—. Fue Napias Chickweed quien lo hizo, ¿no?

—Siempre se lo achacáis a él —contestó Duff—. Os digo que fue el niño mimado. Napias tuvo que ver en eso lo mismo que yo.

—¡Quitad de ahí! —exclamó Blathers—. ¡Si lo sabré yo! ¿Os acordáis de cuando al Napias le robaron su dinero? ¡Menudo cisco! Aquello fue mejor que una novela.

—¿Qué sucedió? —preguntó Rose, deseosa de estimular cualquier síntoma de buen humor en sus desagradables visitantes.

—Como aquel robo, señorita, nadie ha visto otro en su vida —dijo Blathers—. El tal Napias Chickweed...

—Napias quiere decir narizotas, señora —explicó Duff.

—Eso ya lo sabe la señora, ¿qué crees? —replicó Blathers—. ¡Siempre interrumpiendo! El tal Napias Chickweed, señorita, tenía una taberna en el camino de Battle-bridge, y allí una bodega, adonde iban muchos jóvenes lores a las riñas de gallos, a cazar tejones, etcétera. El negocio lo llevaba de una forma muy inteligente, pues yo le vi con frecuencia. Entonces, todavía no era de la familia, y una noche le robaron trescientas veintisiete guineas en una bolsa de lona. Se la sacó de su dormitorio a medianoche un hombre alto, con un parche negro en un ojo, que se había escondido debajo de la cama, y después de cometer el robo saltó por la ventana, que estaba en el piso bajo. Muy rápido fue todo, pero Napias también lo fue, pues le despertó el ruido, y saltando de la cama como una flecha, disparó un trabuco y despertó a toda la vecindad. Corrió la alarma enseguida, y cuando salieron se encontraron con que Napias había herido al ladrón, porque se veían huellas de sangre por todo el camino, hasta una empalizada que había a bastante distancia, y allí se perdían. Claro que se marchó con la pasta, y en la *Gaceta* apareció el nombre del señor Chickweed, entre otros

comerciantes quebrados. Se hizo toda clase de beneficios, suscripciones, y no sé qué más, para el pobre hombre, que se quedó muy achicado de ánimo con la pérdida, y anduvo por las calles tres o cuatro días, mesándose los cabellos, tan desesperado, que mucha gente creyó que se iba a quitar de en medio. Un día llegó todo agitado a la Comisaría, y tuvo una conversación a solas con el juez. Éste, después de mucho hablar, toca la campanilla y ordena a Jem Spyers (Jem era un agente de servicio) que vaya a ayudar al señor Chickweed a detener al hombre que le robara. « Le he visto, Spyers », dijo Chickweed, « pasar por mi casa ayer por la mañana ». « ¿Y por qué no salisteis y le cogisteis del cuello? », contestó Spyers. « Me quedé tan atontado de pronto, que pudierais haberme fracturado el cráneo con un mondadientes », dijo el pobre hombre; « pero de seguro le cazaremos, porque entre diez y once de la noche pasó otra vez ». No bien hubo oído esto Spyers, metiose en el bolsillo un poco de ropa limpia y un peine, por si tenía que quedarse allí un día o dos, y va y se coloca en una de las ventanas de la taberna, detrás de las cortinillas rojas, con el sombrero puesto y listo para salir al menor aviso. Muy de noche ya, hallábase allí fumando su pipa, cuando, de pronto, grita Chickweed: « ¡Ahí está! ¡Al ladrón! ¡Al asesino! ». Sale Jem Spyers y se encuentra a Chickweed echando la calle abajo con sus gritos. Corre Spyers; corre Chickweed; sale la gente; todos chillan: « ¡Ladrones! », y Chickweed sigue vociferando todo el tiempo como un loco. Spyers le pierde de vista, un minuto al volver una esquina, tuerce enseguida, ve un pequeño grupo, se cuela en él: « ¿Quién es el ladrón? ». « ¡Mecachis! », exclama Chickweed. « ¡Otra vez se escapó! ». Era extraño, pero no se le vio por ninguna parte, por lo que regresaron a la taberna. A la mañana siguiente Spyers volvió a ocupar su sitio detrás de las cortinas, esperando en acecho la llegada del hombre alto, con un parche negro en un ojo, hasta que le dolieron los ojos de tanto mirar. No pudo por menos de cerrarlos un momento para que descansasen un minuto, y en el preciso instante en que los cierra, oye a Chickweed, que grita: « ¡Ya está aquí! ». Una vez más sale corriendo; Chickweed le lleva la delantera lo menos media calle, ¡y después de una carrera el doble que la del día anterior, el individuo se ha perdido otra vez! Así se repitió el lance una o dos veces más, hasta que la mitad de los vecinos proclamaron que al señor Chickweed le había robado el diablo y le gastaba bromas después; mientras la otra mitad decía que el pobre Chickweed se había vuelto loco de pena.

—Y Jem Spyers, ¿qué decía? —preguntó el doctor, que había entrado en la habitación poco después de comenzar esta historia.

—Jem Spyers —respondió el agente— estuvo mucho tiempo sin decir nada en absoluto, y lo escuchaba todo sin que lo pareciese, lo que demuestra que entendía su oficio. Pero una mañana entró en la taberna y, sacando la tabaquera, dijo: « Chickweed, ya he descubierto quién cometió el robo ». « ¿Es cierto? », contestó Chickweed. « ¡Oh, querido Spyers, dejad que me vengue y moriré

contento! ¿Dónde está ese sinvergüenza?». «¡Vamos!», dijo Spyers ofreciéndole un polvo de rapé. «¡Dejémonos de guasas! ¡El ladrón fuisteis vos!» Y así era, y buen dinerito que se había llevado de esa manera. Nadie le hubiera descubierto nunca si no se hubiese preocupado tanto de guardar las apariencias —concluyó el señor Blathers, dejando su vaso de vino y haciendo sonar las esposas.

—Muy curioso, en efecto —observó el doctor—. Ahora, si queréis, podéis subir.

—Como gustéis, señor —replicó Blathers.

Y siguiendo de cerca al señor Losberne, los dos agentes subieron al dormitorio de Oliver, precedidos del señor Giles, que los alumbró con una vela.

Oliver había dormido, pero tenía peor aspecto y le había subido la fiebre. Auxiliado por el doctor, logró sentarse en la cama un minuto, y quedose mirando a los desconocidos, sin comprender en absoluto lo que iba a suceder; en realidad, sin recordar siquiera dónde estaba ni lo que había ocurrido.

—Éste es —dijo el señor Losberne, hablando en voz baja, mas con gran vehemencia, sin embargo—; éste es el muchacho que, herido casualmente por una escopeta de resorte, al pasar imprudentemente por los terrenos de... ¿cómo se llama ese señor que vive ahí detrás? Vino esta mañana a pedir socorro, e inmediatamente le apresó y le maltrató ese ingenioso caballero que tiene la vela en la mano y que ha puesto en grave peligro su vida, como puedo certificarlo oficialmente.

Blathers y Duff miraron a Giles, al quedar así colocado ante su atención. El azarado mayordomo paseaba su mirada de ellos a Oliver y de éste al señor Losberne, con una ridícula mezcla de temor y perplejidad.

—¿Supongo que no pretenderéis negarlo? —dijo el doctor, acostando de nuevo a Oliver, dulcemente...

—Fue todo con la... con la mejor intención, señor... —contestó Giles—. Os aseguro que creí que era el muchacho; si no, no me hubiera metido con él. No soy tan inhumano, señor.

—¿Qué creísteis que era el muchacho? —preguntó el agente.

—El de los salteadores, señor —respondió Giles—. Desde luego, con ellos iba un muchacho.

—Y bien: ¿lo creéis así ahora? —preguntó Blathers.

—¿Que si creo qué? —respondió Giles, mirando estúpidamente a su interrogador.

—Que si creéis que éste es el mismo, estúpido —replicó Blathers con impaciencia.

—No lo sé; verdaderamente, no lo sé —contestó Giles, compungido—. No podría jurarlo.

—¿Qué pensáis entonces? —inquirió Blathers.

—No sé qué pensar —contestó el pobre Giles—. No creo que sea éste; en realidad, estoy casi seguro de que no lo es. Ya sabéis que no puede serlo.

—¿Ha bebido este hombre, señor? —preguntó Blathers, dirigiéndose al doctor.

—¡Qué hombre más lerdo! —exclamó Duff dirigiéndose a Giles con supremo desdén.

Durante este breve diálogo el señor Losberne había estado tomando el pulso al paciente, y ahora se levantó de la silla que había junto a la cabecera de la cama, manifestando que si los agentes tenían alguna duda sobre el particular, quizá quisieran pasar a la habitación de al lado para hacer comparecer a Brittles ante ellos.

De acuerdo con esta indicación, trasladáronse al departamento contiguo, en donde se presentó Brittles; éste se enredó a sí mismo y a su respetado superior en tal cúmulo de contradicciones e inverosimilitudes, que nada esclarecían sino su tremenda confusión, patentizando solamente sus declaraciones que, si en aquel momento le pusieran delante al verdadero muchacho, no le reconocería; que sólo supuso que fuese Oliver porque Giles se lo había dicho, y que éste, cinco minutos antes, confesaba en la cocina que empezaba a temer que se había precipitado demasiado.

Entre otras ingeniosas conjeturas, planteose luego la cuestión de si, en realidad, el señor Giles había llegado a herir a alguien; y mediante el examen de una pistola igual a aquella con la que había disparado, resultó no contener otra carga destructora que pólvora y papel de estraza, descubrimiento que causó una gran impresión en todos, menos en el doctor, que había extraído la bala hacia diez minutos.

Sin embargo, en nadie produjo mayor efecto que en el señor Giles, que, preocupado hacía varias horas con el temor de haber herido mortalmente a un semejante, se aferró ávidamente a esta nueva idea, alimentándola con fervor. Por último, los agentes, sin preocuparse gran cosa de Oliver, dejaron al alguacil de Chertsey en la casa y se marcharon a pasar la noche a la ciudad, prometiendo volver a la mañana siguiente.

Con el siguiente día llegó el rumor de que a la prisión de Kingston habían llegado dos hombres y un muchacho, detenidos durante la noche en circunstancias sospechosas, con lo que los señores Blathers y Duff se encaminaron a Kingston. Sin embargo, tras las correspondientes averiguaciones, las sospechosas circunstancias quedaron reducidas al hecho de que los habían sorprendido durmiendo en un almiar, delito importante, pero punible solamente con prisión, y a que, a los piadosos ojos de la ley inglesa, y en su amplio amor a todos los súbditos del rey, no es ésta prueba suficiente, en ausencia de otros testimonios, de que el o los durmientes hayan cometido un robo con fractura y, por tanto, se hayan hecho merecedores a la pena de muerte. En vista de ello, los señores Blathers y Duff marcháronse como habían venido.

En resumen, tras algunos nuevos interrogatorios y un sinfín de conversaciones, un juez vecino mostrose dispuesto a aceptar el que la señora Maylie y el señor Losberne saliesen fiadores de Oliver, caso de que se requiriese su presencia; y una vez recompensados Blathers y Duff con un par de guineas, regresaron a la ciudad, dividida su opinión en cuanto al objeto de su expedición, ya que este último, tras un maduro examen de todas las circunstancias del caso, inclinábase a creer que la tentativa de robo había tenido origen en la familia Pet, mientras que el primero sentíase dispuesto a conceder el mérito total del mismo al gran Napias Chickweed.

Entretanto, Oliver se fortaleció y prosperó bajo los cuidados reunidos de la señora Maylie, Rose y el bondadoso señor Losberne. Si el Cielo escucha las fervientes súplicas que brotan en los corazones rebosantes de gratitud —¿qué serían, si no, las oraciones?— las bendiciones que el huérfano invocó para ellos caerían sobre sus almas, difundiendo la paz y la felicidad.

*De la feliz existencia que comenzara para Oliver en casa de sus bondadosos amigos*

No fueron leves ni escasos los males de Oliver. Aparte de los dolores y del entorpecimiento lógico que trae consigo un brazo roto, la humedad y el frío habíanle acarreado fiebres y escalofríos, que le duraron varias semanas y le debilitaron lastimosamente.

Mas, al cabo, comenzó a mejorar lentamente y a poder expresar, a veces, con llorosas frases, cuán profundo era su agradecimiento por las bondades de aquellas dos cariñosas mujeres, y cuán ardientemente deseaba, una vez restablecido y fortalecido, poder hacer algo para demostrarles su gratitud, algo que les hiciese ver que no había sido mal empleada su bondad, sino que el pobre niño a quien su caridad había arrancado de la miseria o de la muerte tenía ansias de servirles con alma y vida.

—¡Pobrecito! —dijo Rose un día en que Oliver trataba débilmente de pronunciar las palabras de agradecimiento que acudían a sus pálidos labios—. Ya tendrás ocasión de servirnos, si quieres. Nos vamos al campo, y mi tía quiere que nos acompañes. El lugar apacible, el aire puro y todos los placeres y bellezas de la primavera te repondrán en pocos días. Ya te daremos mil quehaceres cuando puedas sobrellevar sus molestias.

—¡Sus molestias! —exclamó Oliver—. ¡Ay, señoritas, si yo pudiera trabajar para vos! ¡Si siquiera pudiera contentaros regando vuestras flores, cuidando de vuestros pájaros o corriendo de acá para allá durante todo el día para haceros feliz! ¡Qué no daría yo por eso!

—No tendrás que dar nada —dijo la señorita Maylie sonriendo—, pues, como ya te he dicho, te procuraremos mil ocupaciones; y con que te tomes por nosotras la mitad de las molestias que ahora prometes, me harás muy feliz.

—¡Feliz, señora! —exclamó Oliver—. ¡Qué buena sois en decir eso!

—Me harás más feliz de lo que te digo —respondió la joven—. Sólo con pensar que mi querida tía ha servido para salvar a alguien de esa triste miseria que nos describiste, es ya un placer inefable para mí; pero sabiendo, además, que el objeto de su bondad y su compasión está sinceramente agradecido y contento, será un encanto que no puedes imaginar. ¿Me comprendes? —preguntó, contemplando el rostro pensativo de Oliver.

—¡Oh, sí, señora, sí! —respondió Oliver vivamente—. Pero pensaba en que,

en este momento, soy un ingrato.

—¿Con quién? —interrogó la joven.

—Con el buen caballero y la querida anciana que tantos cuidados me prestaron antes —contestó Oliver—. Estoy seguro de que si supiesen lo feliz que soy, se alegrarían.

—Yo también lo estoy —repuso la bienhechora de Oliver—. Y el señor Losberne ha tenido la bondad de prometer que cuando estés bueno y puedas soportar el viaje, te llevará a verlos.

—¿Eso ha dicho, señora? —exclamó Oliver, iluminándose el rostro de gozo—. No sé hasta dónde va a llegar mi alegría cuando vea sus caras amables de nuevo.

Poco tardó Oliver en hallarse suficientemente restablecido para soportar la fatiga de esta expedición. Una mañana, él y el señor Losberne partieron, pues, en el cochecito perteneciente a la señora Maylie. Al llegar al puente de Chertsey, Oliver palideció y dejó escapar una exclamación.

—¿Qué le sucede al muchacho? —exclamó el doctor en su tono apresurado de siempre—. ¿Ves algo...? ¿Oyes algo...? ¿Sientes algo, eh?

—Eso, señor —dijo Oliver, señalando por la ventanilla del coche—. ¡Esa casa!

—Sí; bueno, ¿qué pasa con ella? Parad, cochero. Deteneos aquí. ¿Qué pasa con esa casa, amigo mío?

—Es donde me trajeron los ladrones —musitó Oliver.

—¡Diantre! —exclamó el doctor—. ¡Eh! ¡Dejadme salir!

Mas antes de que el cochero pudiera apearse del pescante, él había saltado del coche como pudo y, corriendo hacia la solitaria vivienda, comenzó a dar puntapiés en la puerta como un loco.

—¡Bueno, bueno! —clamó un hombrecillo horrendo y corcovado, abriendo la puerta tan bruscamente que el doctor, llevado del ímpetu de su última patada, estuvo a punto de caer al pasillo—. ¿Qué pasa aquí?

—¿Que qué pasa? —exclamó el otro, cogiéndole por el cuello sin reflexionar un momento—. Muchas cosas. Pasa que se ha cometido un robo.

—Y si no aflojáis la mano —contestó el jorobado serenamente—, también un asesinato. ¿Me habéis oído?

—Os oigo —repuso el doctor, sacudiendo violentamente a su cautivo—. ¿Dónde está...? ¡Dios le confunda! ¿Cómo se llama ese canalla...? Sikes, eso es. ¿Dónde está Sikes, bandido?

El jorobado se le quedó mirando fijamente, abrumado de asombro o de indignación; luego, zafándose hábilmente de las manos del doctor, lanzó una salva de horribles juramentos y metiose dentro de la casa. Sin embargo, antes que lograse cerrar la puerta, el doctor había penetrado en el vestíbulo sin más discusión. Miró con recelo en torno a sí: ni un solo mueble ni un vestigio de nada,

animado o inanimado ni siquiera la colocación de los armarios, correspondía con la descripción de Oliver.

—Bueno —dijo el jorobado, que le había contemplado atentamente—; ¿qué os proponéis entrando en mi casa de esa forma violenta? ¿Vais a robarme o a asesinarme? ¡Decid!

—¿Habéis conocido alguna vez a alguien que vaya a hacer una u otra cosa en coche de dos caballos, viejo ridículo, vampiro? —dijo el irritable doctor.

—Pues ¿qué queréis entonces? —preguntó el corcovado—. ¡Idos de aquí antes de que haga una barbaridad! ¡Maldita sea!

—Me iré tan pronto como lo crea oportuno —respondió el señor Losberne, asomándose a la otra habitación, que, como la primera, no tenía semejanza ninguna con lo descrito por Oliver—. Ya os descubriré algún día, amigo.

—Sí, ¿eh? —contestó con sarcasmo el mal encarado—. Si alguna vez necesitáis de mí, aquí estoy. No he vivido aquí rabiosamente solo durante veinticinco años para que vengáis a asustarme ahora. Ya me las pagaréis, ya me las pagaréis —y diciendo así, aquel demonio contrahecho lanzó un alarido y comenzó a patear sobre el suelo, loco de rabia.

« Esto es una estupidez », se dijo el doctor. « El muchacho debe de haberse equivocado. »

—¡Ea! Meteos eso en el bolsillo y callad la boca.

Y, tras estas palabras, le arrojó una moneda al jorobado y regresó al carruaje.

Signifícale el hombre hasta la portezuela del carruaje, lanzando las más horrendas imprecaciones y maldiciones entretanto; pero cuando el señor Losberne se volvió, para dirigirse al cochero, miró hacia el interior del coche y lanzó sobre Oliver una mirada tan afilada y furibunda, y, al mismo tiempo, tan violenta y vengativa, que, dormido o despierto, tardó muchos meses en olvidar. Continuó profiriendo sus terribles improperios, hasta que el cochero ocupó de nuevo su asiento, y ya habían reanudado su marcha y aún pudieron verle a cierta distancia, pateando contra el suelo y mesándose los cabellos en un arrebato de cólera, real o fingida.

—Soy un asno —dijo el doctor, tras una larga pausa—. ¿No lo sabíais, Oliver?

—No, señor.

—Entonces no lo olvides para otra vez. Un asno —insistió el doctor de nuevo, tras otro silencio de unos minutos—. Aunque ésa hubiera sido la casa y los verdaderos bandidos hubiesen estado allí, ¿qué podría haber hecho yo solo? Y aunque hubiese contado con alguna ayuda, no veo que hubiera salido nada bueno, y sí sólo exponerme a la inevitable reconvencción por la manera en que oculté el asunto. Claro que eso me hubiera servido de lección. Siempre ando metiéndome en enredos por dejarme llevar de mi primer impulso. No me hubiera estado mal empleado.

Lo cierto era que el excelente doctor jamás había obrado por otra cosa que no fuera su primer impulso, durante toda su vida, y no era ésta mala lisonja para la naturaleza de los impetus que le dominaban, ya que, lejos de verse envuelto en disgustos y contradicciones, gozaba del más vivo respeto y estimación de todos cuantos le conocían. A decir verdad, su mal humor de uno o dos minutos fue por verse defraudado en su intento de lograr pruebas confirmativas de la historia de Oliver en la primera ocasión que se le había ofrecido de obtenerlas. Pero pronto recobró su buen talante, y al ver que las contestaciones de Oliver a sus preguntas seguían siendo consecuentes y francas, dadas con la misma aparente sinceridad y exactitud de siempre, resolvió concederles pleno crédito en adelante.

Como Oliver sabía el nombre de la calle donde vivía el señor Brownlow, pudieron encaminarse directamente allí. Cuando el coche enfiló por ella su corazón latía con tal violencia, que apenas si podía respirar.

—Veamos, hijo: ¿qué casa es? —preguntó el señor Losberne.

—¡Ésa, ésa! —contestó Oliver, señalando anhelosamente desde la ventanilla—. Aquella casa blanca. ¡Oh, daos prisa; por favor, daos prisa! Estoy temblando tanto, que parece que me voy a morir.

—¡Vamos, vamos! —dijo el doctor, dándole unos golpecitos en el hombro—. Vas a verlos ahora mismo, y ellos se volverán locos de alegría al verte sano y salvo.

—¡Ay, eso espero! —exclamó Oliver—. ¡Han sido tan buenos, tan buenos para mí...!

Avanzó el coche. Se detuvo. No; no era en esa casa, sino en la siguiente. Adelantó unos pasos y se paró de nuevo. Oliver elevó sus ojos hacia las ventanas, mientras unas lágrimas de feliz esperanza corrían por sus mejillas.

Mas, ¡ay!, la casa blanca estaba deshabitada, y en la ventana había un letrero que decía: « Se alquila ».

—Llama en la otra puerta —le dijo el señor Losberne, cogiéndole del brazo—. ¿Sabéis qué ha sido del señor Brownlow, que vivía en la casa de al lado?

La criada no lo sabía, pero entraría a preguntarlo. Regresó a poco, y dijo que el señor Brownlow había vendido sus propiedades y se había marchado a las Indias Orientales hacía seis semanas. Oliver crispó las manos y sintió un leve desvanecimiento.

—¿Se ha marchado también su ama de llaves? —dijo el señor Losberne, tras una pausa.

—Sí, señor —dijo la criada—. El caballero anciano, el ama de llaves y otro caballero amigo del señor Brownlow; marcharon juntos.

—Entonces volved a casa —dijo el señor Losberne al cochero—. ¡Y no os paréis ni a dar pienso a los caballos hasta que hayamos salido de este maldito Londres!

—¿Y el librero, señor? —dijo Oliver—. Yo sé el camino. ¡Vamos a verle!

¡Por favor, señor, vamos!

—¡Pobre hijo mío! ¡Es demasiada desilusión para un día solo! —respondió el doctor—. Ya tenemos bastante. Si vamos en busca del librero, sin duda nos encontraremos con que ha muerto, que ha prendido fuego a su casa o que ha huido. No; vámonos derechos a casa —y, obedeciendo a los impulsos del doctor, hacia casa se encaminaron.

Esta amarga decepción causó a Oliver una gran pena y amargura, aun en medio de su felicidad, pues muchas veces se complaciera, durante su enfermedad, pensando en todo lo que le dirían el señor Brownlow y la señora Bedwin, y el gozo que sentiría contándoles cuántos días y noches inmensos pasaron recordando lo que habían hecho por él y deplorando aquella cruel separación. Además, la esperanza de explayarse con ellos y explicarles cómo le arrancaron a viva fuerza de su lado habíale fortalecido y sostenido durante muchas de sus últimas pruebas, y el pensar que se habían ido tan lejos, llevándose consigo la creencia de que era un impostor y un ladrón —creencia que subsistiría, sin contradicción posible, hasta el fin de sus días—, era algo que no podía soportar.

Sin embargo, aquella circunstancia no modificó en nada la conducta de sus bienhechores. Pasados otros quince días, y al iniciarse un tiempo hermoso y cálido, mientras árboles y flores mostraban sus nuevas hojas y sus lozanas flores, hicieron los preparativos para abandonar la casa de Chertsey por unos meses. Después de enviar al Banco la vajilla de plata que tanto excitara la codicia del judío, y de dejar a Giles y a otro criado al cuidado de la casa, marcharon a un hotelito situado en el campo y lleváronse consigo a Oliver.

¿Quién podría describir el gozo y el placer, la paz de espíritu y la dulce tranquilidad que el delicado muchacho disfrutara en el aire embalsamado y entre las verdes montañas y los bosques opulentos de una apartada aldea? ¿Quién sería capaz de expresar cómo estas escenas de paz y de quietud se adentran en los espíritus de los que, agotados por el dolor, vivieron en lugares sofocantes y bulliciosos, y cómo llegan con su frescor a lo hondo de sus almas cansadas? Aquellos que arrastraron una vida afanosa en calles apiñadas y angostas, sin sentir el ansia de una variación; aquellos para quienes la costumbre fue, en realidad, una segunda Naturaleza, llegando casi a sentir amor por cada piedra y cada ladrillo de los que formaran los estrechos límites de sus paseos cotidianos; esos mismos, cuando la mano de la muerte se había posado en ellos ya, suspiraron, al fin, por una mirada a la faz de la Naturaleza, y al alejarlos de los lugares de sus antiguos dolores y placeres, diríase que al instante cobraron nueva existencia. Arrastrándose día tras día hasta un lugar verde y soleado, tales recuerdos despertó en ellos el espectáculo del cielo, el monte, la llanura y el agua reluciente, que el goce anticipado del cielo presentido acarició su rápido final y hundiéronse en sus tumbas serenamente, como el sol, cuyo ocaso contemplaron

desde la ventana de su cuarto solitario horas antes, mientras desaparecía de su vista débil y enturbiada. Los recuerdos que estas apacibles escenas campestres evocan no son de este mundo, ni tampoco de sus pensamientos y esperanzas. Su dulce influencia nos enseña que el tejer nuevas guirnaldas para las tumbas de los que amamos puede purificar nuestras reflexiones y apagar los antiguos odios y enemistades; mas en el fondo de todo esto flota, aun en la imaginación menos reflexiva, un vago e informe sentimiento de haber experimentado esas sensaciones hace mucho tiempo, en época remota y distante, que trae a nosotros ideas solemnes de los tiempos lejanos y doblega nuestro orgullo y nuestra insignificancia bajo su peso.

El sitio adonde acudieran era un lugar encantador. Oliver, cuyos días anteriores transcurrieron entre gentes repugnantes, en medio de gritos y peticiones, parecía haber entrado en una nueva existencia. De las tapias del hotelito pendían la rosa y la madreperla; trepaba la hiedra por los troncos de los árboles, y las flores del jardín aromaban el aire con olores deliciosos. Cerca de allí había un pequeño cementerio, no apretado de feas lápidas, sino lleno de montoncitos de tierra cubiertos de césped y de musgo, bajo los cuales descansaban en paz los viejos del lugar. Oliver se paseaba por allí con frecuencia, y al pensar en la mísera tumba donde yacía su madre, sentábase a veces a llorar a solas; mas al alzar los ojos hasta la inmensidad del cielo que le cubría, dejaba de pensar en que yaciese en tierra, y lloraba, sí, tristemente, mas sin dolor alguno.

Fueron tiempos felices aquéllos. Los días, apacibles y serenos; las noches, sin que trajeran consigo temores ni cuidados. Desapareció ya el consumirse en una mísera cárcel o unido a gentes miserables; tan sólo había pensamientos gratos y felices. Todas las mañanas llegábase a un anciano de blancos cabellos, que vivía cerca de la pequeña iglesia, que enseñábase a perfeccionarse en la lectura y a escribir. Le hablaba con tanto cariño y tanto interés se tomaba, que Oliver no sabía qué hacer para complacerle. Paseaba luego con la señora Mylie y Rose, oyéndoles hablar de libros, o bien se sentaba junto a ellas en algún lugar umbroso a escuchar lo que la joven leía, hasta que, al oscurecer, no se distinguían ya las letras. A continuación había de preparar la lección del día siguiente, y en esto trabajaba con ahínco, en una reducida habitación que daba al jardín, hasta que la noche se acercaba lentamente y las damas salían de nuevo a pasear, y él con ellas, escuchando complacido todo cuanto decían, sintiéndose dichoso al poder alcanzar la flor que deseaban o corriendo a buscar algo que hubieran olvidado, nunca con rapidez bastante. Cerrada la noche, regresaban a casa; la joven sentábase ante el piano y tocaba algún aire apacible o cantaba con suave y dulce voz una vieja canción que gustábase oír a su tía. En aquellos momentos no se encendía luz ninguna, y Oliver sentábase junto a una de las ventanas, escuchando la melodiosa música verdaderamente extasiado.

Cuando llegaba el domingo, ¡qué diferencia de como pasara siempre aquel día hasta entonces, y qué felicidad como todos los demás de aquellos felicísimos tiempos! Por la mañana iban a la iglesia, en cuyos ventanales se estremecían las verdes hojas, cantaban los pájaros y el aire perfumado penetraba bajo el pórtico, llenando con su fragancia la acogedora mansión. Las gentes humildes, pulcras y limpias, se arrodillaban con tanto fervor a rezar, que era un placer y no un deber enfadoso el congregarse allí, y aunque los cánticos pudieran parecer imperfectos, eran sinceros y —en los oídos de Oliver, al menos— sonaban con una armonía superior a los que oyera jamás en iglesia alguna. Después, los acostumbrados paseos y muchas visitas a las casas limpias de las gentes del campo, y por la noche, Oliver leía uno o dos capítulos de la Biblia, que había estudiado durante toda la semana, en el cumplimiento de cuyo deber sentíase más orgulloso y complacido que si fuera un sacerdote.

Por las mañanas, Oliver ya estaba en pie a las seis, vagando por los campos y entrando a saco en los setos de todas partes para hacer ramilletes de flores silvestres, con los que volvía cargado a casa, cuidando de disponerlos lo mejor posible para ornato de la mesa del desayuno. Traía también hierba cana para los pájaros de la señorita Maylie, y como quiera que había estudiado la materia bajo las sabias enseñanzas del sacristán de la aldea, decoraba las jaulas con el más refinado gusto. Pulidos y acicalados ya los pájaros para todo el día, generalmente tenía que cumplir algún caritativo encargo en el pueblo, o si éste faltaba, jugaban a veces al críquet en la pradera; si no, siempre había algo que hacer en el jardín o con las plantas, a lo que —puesto que también estudiara esta ciencia con el mismo maestro, jardinero de oficio— dedicábase Oliver con gran interés, hasta que aparecía la señorita Rose y llovían a millares los elogios sobre todo cuanto había hecho.

Así transcurrieron tres meses, tres meses que, en la vida de los más felices y favorecidos mortales, podrían haber sido de pura dicha, mas en la de Oliver eran verdadera ventura. Con aquella purísima y afectuosa generosidad, de una parte, y la más sincera, fervorosa y acendrada gratitud, de la otra, no es extraño que, al término de aquella época breve, Oliver Twist se hallase totalmente identificado con la anciana señora y con su sobrina, y que el ferviente afecto de este joven corazón sensible se viese recompensado por el orgullo en él y por el cariño.

*En donde la felicidad de Oliver y de sus amigos sufre un brusco contratiempo*

Pronto pasó la primavera y llegó el verano. Si hermosa estuvo antes la aldea, ahora se hallaba en todo el esplendor y lozanía de su magnificencia. Los corpulentos árboles, que parecían encogidos y desnudos en los primeros meses, rebosaban ahora de vida intensa y salud, y, alargando sus verdes brazos sobre la tierra sedienta, convertían los lugares rasos y desolados en rincones elegidos, donde, desde una tupida y grata sombra, podía contemplarse la ancha perspectiva, impregnada de sol, que se extendía en la lejanía. La tierra se había cubierto con un manto de verdor y derramaba sus más ricos perfumes por doquiera. El año vivía la plenitud de su vigor y todo era grato y floreciente.

En el hotelito, la misma vida serena seguía su curso y una alegre placidez reinaba entre sus moradores. Desde hacía tiempo, Oliver sentíase sano y fuerte; mas ni salud ni enfermedades modificaban los apasionados sentimientos hacia aquellos que le rodeaban, como sucede con los de muchas gentes. Él seguía siendo la misma criatura amable, fiel y afectuosa que fuera cuando el dolor y el sufrimiento consumían sus fuerzas y dependía, para el mínimo cuidado y consuelo, de aquellos que le asistían.

Cierta hermosa noche habían dado un paseo más largo que de costumbre, pues que el día fue extraordinariamente caluroso, y ahora lucía una luna resplandeciente y corría una ligera brisa de grato frescor. También Rose mostrábase muy animada, y anduvieron, en grata conversación, hasta sobrepasar sus límites habituales. Como la señora Maylie estaba muy cansada, regresaron más pausadamente a casa. La joven, arrojando al aire su sombrero, se sentó al piano como de costumbre. Después de recorrer, abstraída, las teclas durante unos minutos, comenzó a tocar un aire suave y solemne, y al mismo tiempo oyeron un rumor, como si estuviese llorando.

—¡Rose, hija mía! —exclamó la anciana.

No respondió Rose, sino que tocó un poco más deprisa, cual si aquellas palabras hubiesen ahuyentado unos dolorosos pensamientos.

—¡Rose, cariño! —insistió la señora Maylie, levantándose apresuradamente e inclinándose sobre ella—. ¿Qué es esto? ¿Por qué lloras? Hija mía, ¿qué es lo que te aflige?

—Nada, tía; nada —contestó la joven—. No sé lo que tengo; no puedo

expresarlo; pero siento...

—¿No te sentirás mal, amor mío?—interrumpió la señora May lie.

—No, no. ¡Oh! Mal, no —contestó Rose, estremeciéndose, cual si un mortal escalofrío pasase por ella entretanto—. Enseguida se me pasará. Cierra la ventana, por favor.

Apresurose Oliver a cumplir aquel ruego. La joven, haciendo un esfuerzo para recobrar su alegría, trató de interpretar alguna canción más animada; pero sus dedos cayeron sin fuerzas sobre las teclas. Cubriéndose el rostro con las manos, hundiose en un sofá y dejó fluir las lágrimas, que ya no podía contener.

—¡Hija mía! —exclamó la anciana, rodeándola con sus brazos—. Nunca te he visto de este modo.

—No quería asustarte si hubiera podido evitarlo —respondió Rose—; pero he tratado difícilmente de hacerlo y no he podido remediarlo. Temo estar enferma, tía.

Y lo estaba, en efecto, pues cuando trajeron las velas vieron que, en el breve tiempo transcurrido desde que regresaron a casa, el color de su semblante se había tornado blanco como el mármol. Su expresión no había perdido en nada su belleza; pero estaba alterada y había en aquel dulce rostro una mirada triste y anhelosa que no tuviera nunca. Un minuto después cubriola un color carmesí y en sus ojos azules brilló un loco desvarío. Una vez más desapareció éste, como la sombra que proyecta una nube fugaz, y de nuevo quedose Rose pálida como una muerta.

Oliver, que observaba anhelosamente a la anciana, notó que estos síntomas la alarmaban, y él se asustó también; mas al ver que ella afectaba no darle importancia, él trató de hacer lo mismo, y a tal punto lo consiguieron, que cuando Rose, persuadida por su tía, se retiró a descansar, estaba más animada y hasta en mejor estado, asegurándoles que, sin duda, se levantaría perfectamente por la mañana.

Cuando regresó la señora May lie, Oliver le dijo:

—Espero que no sea nada. Esta noche no parece que esté muy bien; pero...

La anciana le hizo señas de que no hablase y, sentándose en un oscuro rincón de la estancia, permaneció en silencio durante un rato. Al cabo, dijo con voz trémula:

—Espero que no, Oliver. He sido muy feliz con ella desde hace unos años... demasiado feliz quizás. Acaso ha llegado el momento de encontrarme con alguna desgracia; pero confío en que no sea ésta.

—¿Cuál? —preguntó Oliver.

—El golpe terrible —respondió la anciana— de perder a esta niña querida, que ha sido mi consuelo y mi felicidad hace tanto tiempo.

—¡Oh! ¡No lo quiera Dios! —exclamó Oliver vivamente.

—¡Así sea, hijo mío! —repuso la buena señora, juntando las manos.

—No puede haber peligro de que ocurra una cosa tan espantosa —murmuró Oliver—. Hace dos horas estaba perfectamente.

—Pero ahora está muy mal —replicó la señora Maylie— y se pondrá peor, estoy segura. ¡Hija mía! ¡Rose querida! ¡Oh! ¿Qué voy a hacer sin ella?

Tan grande era su dolor, que Oliver, conteniendo su emoción, aventurose a hacer algunas objeciones, rogándole encarecidamente que por el bien de la joven tratase de serenarse.

—Considerad, señora —balbució Oliver, en tanto las lágrimas se le saltaban, a pesar de sus esfuerzos por contenerlas—, ¡oh!, considerad lo joven y lo buena que es y el placer y el consuelo que proporciona a todos los que la rodean. Estoy seguro, segurísimo, de que por vos, que también sois tan buena, por ella misma y por todos aquellos a quienes hace tan dichosos, no morirá. Dios no permitirá que muera tan joven.

—¡Chis! —dijo la señora Maylie, poniendo su mano sobre la cabeza de Oliver—. Piensas como un niño, pobre hijo. Y, sin embargo, me enseñas mi deber. Lo olvidé por un momento, Oliver; mas confío en que me lo perdones, porque soy vieja y he visto bastantes enfermedades y muertes para conocer la angustia de una separación de los seres amados. Y sé también que no son siempre los más jóvenes ni los mejores los que se quedan junto a quienes los aman; mas esto ha de servirnos de consuelo a nuestra pesadumbre, ya que el Cielo es justo y estas cosas nos enseñan, de un modo evidente, que existe un mundo más hermoso que éste y que es rápido nuestro paso hacia él. ¡Hágase la voluntad de Dios! ¡Yo la quiero mucho, Dios sabe cuánto!

Oliver quedose sorprendido al ver que, al pronunciar estas palabras, la señora Maylie contuvo sus lamentaciones, si bien con bastante esfuerzo, y levantándose al tiempo mostrose serena y firme. Mayor fue su asombro al ver que esta firmeza perduraba y que a través de todos los cuidados y vigias que se sucedieron, la señora Maylie mostrábase siempre atenta y sosegada, desempeñando todos los deberes que pesaban sobre ella de un modo invariable y, a juzgar por las apariencias, incluso alegremente. Y es que él era joven y no sabía de lo que son capaces los espíritus fuertes en los momentos difíciles. Mas ¡cómo había de saberlo si ni sus mismos poseedores se dan a veces cuenta de ello!

La noche fue angustiosa. Al llegar la mañana, los pronósticos de la señora Maylie viéronse cumplidos. Rose encontrábase en el primer período de una fiebre alta y peligrosa.

—Debemos ser activos, Oliver, y no ceder al dolor inútil —dijo la señora Maylie, llevándose un dedo a los labios, en tanto le miraba fijamente—. Hay que enviar esta carta, con la mayor rapidez posible, al señor Losberne. Habrá que llevarla al pueblo del mercado, que, a campo traviesa, no dista más de cuatro millas, y desde allí despacharla, con un correo a caballo, directamente a

Chertsey. La gente de la posada se encargará de hacerlo, y sé que puedo confiar en ti para que todo se cumpla.

Oliver no respondió; mas demostró su ansiedad por salir al instante.

—Tengo aquí otra —dijo la señora Maylie, haciendo una pausa para reflexionar—; pero no sé si mandarla ahora o esperar a ver cómo sigue Rose. No quisiera enviarla si no temiese una desgracia.

—¿Es también para Chertsey, señora? —preguntó Oliver, impaciente por realizar su mandato y alargando su mano temblorosa para coger enseguida la carta.

—No —contestó la anciana, entregándosela mecánicamente.

La miró Oliver y vio que iba dirigida a Harry Maylie, en la mansión de un gran señor de la comarca, pero sin que pudiera saber dónde.

—¿He de llevarla ahora, señora? —preguntó Oliver, alzando su mirada con impaciencia.

—Creo que no —respondió la señora Maylie, recogiéndosela—. Esperaré hasta mañana.

Dicho esto, dióle a Oliver su bolsa, y éste partió con la mayor presteza.

Corrió veloz a través de los campos, por las veredas que a veces los separaban, ora casi oculto por las altas mieses que le cubrían a uno y otro lado, ora saliendo al campo raso, donde segadores y gañanes trabajaban afanosamente: ni una vez se detuvo, salvo unos segundos, de vez en vez, para tomar aliento, hasta que llegó, sudoroso y cubierto de polvo, a la plazuela del mercado del pueblo.

Allí hizo alto para buscar la posada. Vio un banco blanco, una cervecería roja y la Casa Consistorial, amarilla, y en un rincón, una casa grande, con todas las maderas pintadas de verde y una muestra ante ella que decía: «Casa de George». Hacia ella se encaminó tan pronto como la divisara.

Dirigiose a un postillón que dormitaba en el zaguán, y que, después de escucharle lo que deseaba, envióle al mozo de mulas, y éste, a su vez, le remitió al posadero, un hombre alto, de corbata azul, sombrero negro, pantalones grises y botas altas, con vueltas haciendo juego, que estaba apoyado contra una bomba junto a la puerta del establo, hurgándose los dientes con un palillo de plata.

El posadero se dirigió resueltamente hacia el mostrador para hacer la cuenta, en la que tardó bastante tiempo, y una vez que estuvo preparada y satisfecha, hubo que ensillar un caballo y un individuo tuvo que prepararse, con lo que pasaron otros diez minutos más. Entretanto, Oliver estaba tan desazonado e impaciente, que sentía deseos de saltar al caballo y galopar de un tirón hasta la próxima etapa. Por fin, todo estuvo dispuesto, y entregada la carta con muchas recomendaciones y súplicas para su pronto despacho, el mensajero picó espuelas a su caballo y, batiendo sobre el desigual pavimento del mercado, a los dos minutos hallábase fuera de la ciudad y a galope por el camino de portazgo.

Ya era algo estar seguro de haber enviado a buscar socorro y de que no se había perdido tiempo en ello, por lo que Oliver salió presuroso del patio de la posada con el corazón más animoso. En el momento en que iba a dar la vuelta para salir del zaguán, tropezose casualmente con un hombre alto, envuelto en una capa, que entraba en aquel momento.

—¡Ah! —exclamó el hombre, fijándose en Oliver y retrocediendo bruscamente—. ¿Qué diablos es esto?

—Perdonad, señor —dijo Oliver—. Iba muy deprisa y no os había visto venir.

—¡Condenado! —masculló el hombre aquel, lanzando sobre el muchacho una mirada fulminante con sus grandes ojos oscuros—. ¿Quién lo hubiera creído? ¡Reducido a cenizas, aún se levantaría de su lecho de piedra para ponerse en mi camino!

—Lo siento —balbució Oliver, aturdido por la aviesa mirada del desconocido—. Espero no haberos hecho daño.

—¡Púdrete ya! —murmuró el hombre con tremenda ira, rechinando los dientes—. Si hubiese tenido valor para pronunciar una sola palabra, me hubiera deshecho de ti en una noche. ¡Maldición sobre tu cabeza y negra condenación sobre tu alma, trasgo miserable! ¿Qué haces aquí?

Blandió el puño aquel hombre mientras pronunciaba estas incoherentes frases. Y avanzó hacia Oliver con intención de descargar un golpe sobre él; mas cayó violentamente al suelo, retorciéndose y echando espuma por la boca, víctima de un ataque.

Contempló Oliver por un momento las contorsiones de aquel loco —pues por tal lo tuvo— y corrió hacia la casa para pedir socorro. Una vez que vio cómo le entraban en la posada, volvióse hacia su casa, corriendo cuanto pudo para recuperar el tiempo perdido, y recordando con inmenso asombro y cierto temor la extraordinaria conducta de aquel hombre de quien se acababa de separar.

Sin embargo, no perduró mucho en su recuerdo esta circunstancia, ya que, cuando llegó a su morada, tuvo bastante en qué ocupar su imaginación para apartar por completo de su memoria todas las consideraciones que a su persona pudieran referirse.

Rose Maylie había empeorado rápidamente; antes de medianoche empezó a delirar. Un médico que residía en el lugar la asistió constantemente, y tras de haber visto a la enferma por primera vez, llevose aparte a la señora Maylie y declaró que el trastorno era de naturaleza muy alarmante.

—En efecto —dijo—, sería un milagro que se salvase.

¡Cuántas veces saltó Oliver, sobresaltado, del lecho aquella noche y, deslizándose en silencio hasta la escalera, escuchó si salía el más leve ruido del cuarto de la enferma! ¡Cuántas veces sintiose sacudido por un temblor violento, y frías gotas de sudor brotaron de su frente, cuando un súbito rumor de pasos hacía temer que hubiese ocurrido algo que, sólo de pensarlo, le producía

espanto! ¡Y qué pobre fervor el de sus oraciones de antaño comparado con la devoción con que ahora rezaba, en la angustiada zozobra de sus súplicas, por la vida y la salud de aquella dulce criatura que se hallaba al borde de la honda sima!

¡Ah, la incertidumbre, la horrenda y cruel incertidumbre de permanecer inmóviles junto a ella, mientras la vida de quien amamos tiernamente oscila en la balanza! ¡Ah, la tortura de esos pensamientos que se agolpan en la imaginación, haciendo latir con violencia el corazón y sofocando nuestro aliento con las imágenes que evoca; el ansia desesperada de *hacer algo* para aliviar el dolor o disminuir el peligro que no podemos conjurar; el abatimiento del alma y el espíritu que produce el triste recuerdo de nuestra impotencia! ¿Dónde hay tormento mayor? ¿Qué reflexiones ni qué esfuerzos pueden mitigarlo, ni aun con la marcha febril del tiempo?

Llegó el día, y la casita estaba triste y silenciosa. Las gentes hablaban en voz baja; rostros ávidos surgían en la verja de vez en vez, y mujeres y niños se alejaban bañados en llanto. Todo aquel santo día y horas después de haber oscurecido, Oliver se lo pasó paseando de un lado a otro del jardín, alzando sus ojos a cada instante hacia la habitación de la enferma, estremeciéndose al ver la ventana a oscuras cual si la muerte yaciese tendida allí dentro. Muy avanzada ya la noche, llegó el señor Losberne.

—Es triste —dijo el buen doctor, volviendo la cara mientras así hablaba—. Tan joven, tan querida de todos; pero hay muy pocas esperanzas.

Un día más. Brillaba el sol ardiente con el mismo resplandor que si no luciese sobre desgracias y cuidados. Y, entretanto, rodeada de hojas y flores en pleno esplendor, circundada de vida, de salud, de rumores y espectáculos de alegría por todas partes, la linda criatura se consumía por momentos. Corrió Oliver al viejo cementerio y, sentándose en uno de los verdes montículos, lloró y rezó por ella en silencio.

Reinaba tal paz y belleza en aquel lugar, tanta era la claridad y el júbilo del paisaje soleado, tal la música gozosa de los cantos de los pajarillos estivales, tanta libertad había en el rápido paso de la corneja que revoloteaba sobre su cabeza, tanta vida y alegría en todo, que cuando el muchacho alzó sus ojos dolientes y miró en derredor, instintivamente asaltóle la idea de que no era aquélla hora de muerte, que Rose no podría morir jamás estando aquéllas más humildes cosas llenas todas de gozo y de contento; que las tumbas eran para el invierno frío y triste, no para la luz del sol y la fragancia. Hasta pensó que los sudarios eran para los viejos arrugados y que no se ceñían jamás a los cuerpos jóvenes y gráciles en sus fúnebres pliegues.

El lúgubre tañido de la campana de la iglesia quebró bruscamente estos pensamientos de juventud. ¡Otro! ¡Y otro más! Era un toque de difuntos. Un grupo de humildes dolientes franqueó la verja, vestidos de blanco, pues que el

muerto era joven. Descubiertos permanecieron junto a una tumba, y llorando entre el cortejo había una madre..., madre de otros días. Mas el sol seguía luciendo radiante y cantando los pájaros.

Oliver regresó a casa pensando en las muchas bondades que le prodigara la joven y deseando que pudiera llegar un día en que no cesase de mostrarle su agradecimiento y su fidelidad. Nada tenía que reprocharse con respecto a abandono u olvido por su parte, pues consagrado estuvo a su servicio, y, sin embargo, en mil ocasiones asaltábale la idea de que acaso podría haber demostrado más celo y más fervor, y así hubiera querido que fuese. Preciso es que cuidemos de cómo tratamos a los que nos rodean si cada muerte trae al reducido círculo de sobrevivientes el recuerdo de tanto como se omitiera y tan poco como se hizo de tantas cosas olvidadas y tantas más que pudieron hacerse. No hay mayor remordimiento que el que ya resulta inútil; si hemos de evitarnos sus torturas, acordémonos a tiempo.

Al llegar a casa, la señora Maylie estaba sentada en el saloncito. Al verla diole un vuelco el corazón a Oliver, pues jamás se había separado de la cabecera de su sobrina, y se estremecía al pensar en la causa de aquel alejamiento. Supo que se había quedado sumida en un profundo sueño, del que despertaría para restablecerse y vivir o para decir adiós y morir.

Así estuvieron horas, sentados, escuchando y con miedo de hablar. Lleváronse intacta la comida; sus semblantes denotaban que sus pensamientos vagaban por otro sitio, en tanto contemplaban cómo el sol se hundía cada vez más hasta que, al fin, difundió sobre cielo y tierra esos tonos brillantes, heraldos de su partida. Sus oídos aguzados percibieron un rumor de pasos que se acercaban. Involuntariamente, se lanzaron ambos hacia la puerta cuando entró el señor Losberne.

—¿Y Rose? —exclamó la anciana—. ¡Decídmelo enseguida! Sabré soportarlo. ¡Todo, menos la incertidumbre! ¡Decídmelo, por Dios!

—Serenaos —dijo el doctor, conteniéndola—. Por favor, os lo ruego, señora; tened calma.

—¡Dejadme entrar, por Dios! ¡Hija mía querida! ¡Ha muerto! ¡Está agonizando!

—¡No! —exclamó el doctor con ardor—. Como Él es bueno y misericordioso, vivirá para hacernos felices a todos por muchos años.

La señora cayó de rodillas y trató de unir las manos; mas la energía que tanto tiempo la sostuviera voló hacia el cielo en su primera acción de gracias, y cayó en los brazos amigos que se extendieron para recibirla.

*Que contiene algunos datos preliminares relativos a un joven caballero que sale ahora a escena y a una nueva aventura que le ocurrió a Oliver*

Aquello era casi demasiada felicidad. Aturdido y estupefacto ante tan inesperada noticia, Oliver no podía llorar, ni hablar, ni estarse quieto. Apenas si pudo comprender nada de lo ocurrido hasta que, después de un largo paseo al aire sereno de la tarde, un estallar de lágrimas vino en su ayuda y al instante pareció despertar a una sensación plena de jubiloso cambio que habíase operado y darse cuenta de la carga casi insoportable de angustia que se le había quitado del pecho.

Cerraba la noche rapidísimamente cuando regresó a casa, con una carga de flores escogidas con esmero, para adornar el cuarto de la enferma. Avanzaba deprisa por el sendero, cuando oyó detrás de sí el ruido de un vehículo que se aproximaba a paso rápido. Al volver la cara vio que era una silla de postas que marchaba a toda velocidad, y como los caballos iban al galope y la senda era estrecha, se apartó contra una verja para que pasase.

Al pasar lanzado, Oliver pudo ver a un individuo con un gorro de dormir blanco, cuyo rostro parecíole conocer si bien la visión fue tan rápida que no pudo reconocerle. Un segundo o dos después, el gorro se asomó por la ventanilla del coche, y una voz estentórea gritole al conductor que se detuviese, lo que hizo tan pronto como pudo frenar los caballos. Una vez más surgió el gorro de dormir y la misma voz llamó a Oliver por su nombre.

—¡Aquí! —gritó la voz—. ¡Oliver! ¿Qué noticias hay? ¿Y la señorita Rose? ¡O-li-ver!

—¿Sois vos, Giles? —exclamó Oliver, corriendo hacia la portezuela del coche.

Giles asomó de nuevo su gorro como disponiéndose a responder, cuando sintiose bruscamente atraído hacia atrás por un joven que ocupaba el otro lado de la silla de postas y que preguntó con avidez qué noticias había.

—En una palabra —exclamó aquel joven—: ¿Está mejor o peor?

—¡Mejor, mucho mejor! —contestó Oliver con viveza.

—¡Gracias a Dios! —murmuró el caballero—. ¿Estáis seguro?

—Completamente, señor —respondió Oliver—. La crisis fue hace sólo unas horas, y el señor Losberne dice que ha pasado el peligro.

No dijo más el caballero; pero, abriendo la portezuela del coche, saltó a tierra, y cogiendo apresuradamente a Oliver del brazo, llevole aparte.

—¿Estáis absolutamente seguro...? ¿Verdad que no hay posibilidad de error por vuestra parte, muchacho?—preguntó el caballero con voz trémula—. No me engañéis haciéndome concebir esperanzas que no han de realizarse.

—Por nada del mundo lo haría, señor... —respondió Oliver—. Podéis creerme. El señor Losberne dijo que vivirá para hacernos felices a todos por muchos años. Lo vi yo mismo.

Al recordar la escena que fuera comienzo de tanta dicha, las lágrimas acudieron a los ojos de Oliver, y el caballero apartó su rostro y guardó silencio unos minutos. Oliver creyó haberle oído sollozar más de una vez; pero temió interrumpirle con una nueva observación, ya que adivinaba cuáles eran sus sentimientos, por lo que se mantuvo a un lado, fingiendo ocuparse de su ramillete.

Entretanto, el señor Giles, con su gorro de dormir, se había sentado en el estribo del coche, apoyados los codos en las rodillas, y se enjugaba los ojos con un pañuelo de algodón azul con blancos lunares. Que la emoción de aquel honrado servidor no era fingida demostrábalo lo encarnados que tenía los ojos con que miró al caballero cuando éste se volvió para dirigirse a él.

—Me parece mejor que sigas en la silla hasta casa de mi madre, Giles —le dijo—. Yo prefiero ir andando despacio y ganar un poco de tiempo antes de verla. Puedes decirle que voy para allá.

—Perdonadme, mister Harry —dijo Giles, dándose un último restregón a su descompuesto semblante con el pañuelo—; si permitierais que fuese el postillón quien se lo dijese, os lo agradecería mucho. No sería conveniente que las doncellas me viesen en este estado, señor; si me presentase así, ya no tendría nunca más autoridad sobre ellas.

—Bien —replicó Harry Maylie, sonriendo—; haz lo que quieras. Que se vaya él con el equipaje y ven tú con nosotros. Pero antes cámbiate ese gorro de dormir por otro tocado más apropiado, si no quieres que nos tomen por locos.

El señor Giles, recordando su impropio pelaje, quitose el gorro, que se guardó en el bolsillo, y lo sustituyó por un serio y sobrio sombrero que sacó de la silla. Hecho esto, el postillón prosiguió su camino, mientras Giles, el señor Maylie y Oliver echaron a andar pausadamente.

En tanto caminaban, Oliver miraba, de vez en vez, con gran interés, al recién llegado. Aparentaba unos veinticinco años, y era de mediana estatura; franco y hermoso su rostro, y su porte, amable y simpático. A pesar de la diferencia entre la mocedad y la madurez, era tal su parecido con la vieja dama, que no le hubiera sido difícil a Oliver haber adivinado su parentesco si él no hubiese hablado ya de ella llamándola madre.

La señora Maylie esperaba con ansiedad para recibir a su hijo cuando éste llegó a la casa. El encuentro no careció de emoción por ambas partes.

—¡Madre! —murmuró el joven—. ¿Por qué no me escribiste antes?

—Te escribí —le contestó la señora Maylie—; pero reflexioné después y decidí guardar la carta hasta oír la opinión del señor Losberne.

—Pero ¿por qué? —repuso el joven—. ¿Por qué correr el riesgo de que ocurriese lo que tan cerca estuvo de que sucediera? Si Rose hubiese... (no puedo pronunciar esa palabra); si esta enfermedad hubiera terminado de otro modo, ¿cómo te hubiera perdonado nunca? ¿Cómo podría haber vuelto jamás a ser feliz?

—Si *eso* hubiera sucedido, Harry —contestó la señora Maylie—, creo que tu felicidad se hubiera enturbiado, en efecto, y que tu llegada aquí un día antes o después hubiese tenido poca, muy poca importancia.

—Y ¿quién puede extrañarse de que así sea? —replicó el joven—. ¿A qué negarlo? Así es..., así es..., ya lo sabes, madre. ¡Debes saberlo!

—Sé que ella se merece el mejor y más puro amor que pueda ofrecerle el corazón de un hombre —respondió la señora Maylie—. Sé que su lealtad y su cariño no pueden pagarse de cualquier modo, sino con un profundo y perdurable afecto. Si no lo creyese así y no supiese, además, que un cambio en la conducta de quien ella ama destrozaría su corazón, no me parecería tan difícil de realizar mi tarea ni tendría que librar tantas luchas conmigo misma cuando me decido por lo que me parece la línea recta de mi deber.

—Eso es poco amable, madre —dijo Harry—. ¿Supones aún que soy un chiquillo que no sabe lo que piensa y que equivoco los impulsos de mi alma?

—Creo, hijo mío —replicó la señora Maylie, colocándole la mano sobre el hombro—, que la juventud tiene muchos impulsos generosos que no perduran, que entre ellos hay algunos que, una vez satisfechos, son los más fugaces. Y, sobre todo —añadió la dama, con la mirada fija en el rostro de su hijo—, creo que si un hombre entusiasta, vehemente y ambicioso se casa con una mujer sobre cuyo nombre pesa una mancha que, aunque no nacida de ninguna culpa suya, las gentes insensibles y sórdidas pueden hacer caer sobre ella y sobre sus hijos también, arrojándosela a él a la cara en la medida exacta de sus éxitos en el mundo y haciéndole objeto de sus burlas, es posible que, por muy generoso y bueno que sea, ese hombre se arrepienta un día del lazo en que se uniera en su juventud. Y ella puede sufrir el dolor y la tortura de saberlo.

—Madre —contestó el joven con impaciencia—, el que así obrase sería un feroz egoísta, indigno a un tiempo de llamarse hombre y de la mujer que tú describes.

—Eso piensas ahora, Harry —replicó la madre.

—¡Y lo pensaré siempre! —insistió el joven—. La angustia mental que he sufrido estos dos últimos días arrancan de mí esta franca confesión que te hago de una pasión que, como bien sabes, no nació ayer ni se forjó en un instante. Mi corazón lo tengo puesto en Rose (¡dulce y mansa niña!) con tal firmeza como jamás hombre alguno puso el suyo sobre una mujer. No tengo un pensamiento,

un fin, una esperanza en la vida que no sea ella; y si te opones a esta inmensa ventura, es como si cogieses con las manos mi paz y mi felicidad y las arrojaras al viento. Madre, ten mejor opinión de todo esto y de mí, y no te olvides de mi dicha, en la que parece que piensas tan poco.

—Harry —dijo la señora Maylie—, porque pienso mucho en los corazones apasionados y sensibles es por lo que quisiera evitarles el dolor de una herida. Pero ya hemos hablado bastante y más que suficiente sobre el asunto.

—Deja entonces que sea Rose quien decida —rogó Harry—. No querrás que tus exageradas opiniones lleguen a alzar un obstáculo en mi camino.

—No —respondió la señora Maylie—; pero quisiera que meditases...

—¡Ya he meditado, madre! —contestó con impaciencia—. Llevo meditando años y años. Desde que tengo uso de razón. Si mis sentimientos siguen siendo los mismos, como lo serán siempre, ¿por qué he de sufrir el tormento de retrasar más el expresarlos, si no puede conducir a nada bueno...? ¡No! Rose tendrá que escucharme antes de que yo salga de esta casa.

—Te escucharé —afirmó la señora Maylie.

—Lo dices con un tono que no parece sino que quisieras darme a entender que va a escucharme con frialdad, madre —dijo el joven.

—Sin frialdad —replicó la dama—. Todo lo contrario.

—¿Cómo entonces? —insistió el joven—. ¿No habrá adquirido otro compromiso?

—Nada de eso —contestó su madre—. Tienes ya, si no me equivoco, demasiada influencia en sus predilecciones. Lo que quería decirte era esto —añadió la anciana, conteniendo a su hijo, que se disponía a replicar—: Antes de que te lo juegues todo a una carta; antes de que te dejes llevar a las cumbres de la esperanza, reflexiona unos instantes, hijo mío, sobre la historia de Rose y piensa en los efectos que puede causar en su decisión el conocimiento de su dudoso nacimiento, consagrada como está a nosotros con toda la intensidad de su alma noble y con ese absoluto sacrificio de su persona que, lo mismo en las cosas importantes que en las insignificantes, fue siempre su norma.

—¿Qué quieres decir?

—Que deajo que lo averigües tú —replicó la señora Maylie—. He de volver con ella. ¡Que Dios te bendiga!

—¿Te veré de nuevo esta noche? —dijo el joven vivamente.

—Enseguida —contestó la dama—. En cuanto deje a Rose.

—¿Vas a decirle que estoy aquí? —preguntó Harry.

—Desde luego —respondió la señora Maylie.

—Dile lo intranquilo que he estado, cuánto he sufrido y las ganas que tengo de verla. No te negarás a hacerlo, ¿verdad, madre?

—No —dijo la dama—. Se lo diré todo —y estrechando cariñosamente la mano de su hijo, salió presurosa del cuarto.

El señor Losberne y Oliver habían permanecido en otro extremo del aposento en tanto se desarrollaba esta rápida conversación. El primero extendió ahora su mano a Harry Maylie y se cruzaron afectuosos saludos entre ellos. Hizole entonces el doctor, en respuesta a las múltiples preguntas de su joven amigo, el relato íntegro del estado de su paciente, tan consolador y lleno de promesas como habíale hecho esperar las manifestaciones de Oliver, todo lo cual escuchó el señor Giles, mientras fingía ocuparse del equipaje, con oído avizor.

—¿Habéis disparado contra algo de particular últimamente, Giles? —preguntóle el doctor cuando hubo concluido.

—Nada de particular, señor —contestó Giles, ruborizándose hasta las orejas.

—¿Ni cazando ladrones ni identificando salteadores? —insistió el doctor.

—Con nada, señor —contestó Giles, muy serio.

—¡Vaya! —comentó el doctor—. Lo siento, porque lo hacéis a maravilla. Decidme: ¿cómo sigue Brittle?

—Ese chico está muy bien, señor —respondió Giles, recobrando su acostumbrado tono protector—, y os envía sus respetuosos saludos, doctor.

—Perfectamente —dijo el doctor—. El veros aquí, Giles, me recuerda que la víspera del día en que tan urgentemente me llamaron cumplí un pequeño encargo en vuestro favor, a ruegos de vuestra señora. Acercaos un momento a este rincón, ¿queréis?

El señor Giles fuese hacia el rincón con gran parsimonia y cierta extrañeza, y tuvo el honor de celebrar una breve conferencia en voz baja con el doctor, al terminar la cual hizo una serie de reverencias y se retiró con extraordinaria majestuosidad. No se reveló en el salón el tema de esta conferencia, mas la cocina si quedó rápidamente informada del mismo, ya que el señor Giles se encaminó directamente hacia allí y, después de pedir un jarro de cerveza, anunció con aire sublime, sumamente eficaz, que, en consideración a su valiente comportamiento con ocasión del intento de robo, su señora se había dignado depositar en la Caja de Ahorros local la suma de veinticinco libras para su uso y provecho particular. Al oír esto, las dos criadas alzaron los ojos y manos y dieron por supuesto que ahora el señor Giles se pondría muy orgulloso, a lo que, sacándose las chorreras de su camisa, respondió éste: « No, no », y rogoles que si observaban alguna vez que se mostraba altivo con sus inferiores, les agradecería que se lo advirtiesen. Hizo a continuación otras muchas observaciones, no menos demostrativas de su humildad, que fueron recibidas con igual complacencia y aplauso, y tan originales y oportunas, además, como lo son generalmente las advertencias de los grandes hombres.

En el piso de arriba transcurrió la tarde alegremente, ya que el doctor estaba de muy buen talante, y por muy fatigado o pensativo que al principio estuviese Harry Maylie, no pudo resistir al buen humor del digno caballero, puesto de manifiesto en una serie de ingeniosidades y recuerdos profesionales y una

profusión de chistes, que a Oliver le parecieron los más graciosos que oyera en su vida. Rió, pues, con evidente satisfacción del doctor, que, al reírse exageradamente de sus propios dichos, hizo reír también a Harry por la fuerza de la simpatía. La reunión resultó, por tanto, todo lo agradable que permitían las circunstancias, y era ya tarde cuando se retiraron, contentos y agradecidos, a gozar del reposo de que tan necesitados estaban tras las dudas o incertidumbres que padecieron últimamente.

A la mañana siguiente levantose Oliver más animado y dedicose a sus tempranas ocupaciones de costumbre con una esperanza y un placer que hacía muchos días no conocía. Una vez más quedaron colgados los pájaros en sus sitios de siempre para lanzar desde allí sus trinos, y recogidas de nuevo las más lindas florecillas silvestres que pudieran hallarse, a fin de que Rose se regocijase con su belleza. La melancolía que a los ojos del angustiado muchacho parecía velar días pasados todos los objetos, por muy hermosos que fuesen, dispiose como por ensalmo. Diríase que el rocío chispeaba, que el aire se agitaba entre ellas con una música más dulce y que hasta el mismo cielo se mostraba más azul y más claro. Tal es la influencia que el estado de nuestro espíritu ejerce hasta en el aspecto de los objetos exteriores. Aquellos que, al contemplar la Naturaleza y a sus semejantes, claman que todo es oscuridad y tristeza, tienen razón; pero los sombríos colores son el reflejo de sus ojos y de sus corazones ictéricos. Los verdaderos tonos son delicados y exigen una visión más clara.

Es digno de mención, y Oliver no dejó de advertirlo a tiempo, que sus matinales paseos ya no los hacía solo. Harry Maylie, desde el primer día en que vio llegar a Oliver cargado con ellas, sintió tal pasión por las flores y dio muestras de tanto gusto en su colocación, que aventajó con mucho a su joven compañero. Sin embargo, si en este aspecto Oliver quedaba rezagado, sabía dónde podían encontrarse las mejores, y, día tras día, recorrieron juntos los campos, regresando a casa con las más hermosas que florecieran. La ventana del cuarto de la joven estaba abierta ya, pues gustábale sentir entrar el aire puro del verano que la vivificase con su frescor; mas junto a la celosía había siempre, puesto en agua, un singular ramito, formado con esmero todas las mañanas. Oliver no pudo dejar de advertir que nunca se arrojaban las flores marchitas, a pesar de que el vaso se renovaba con regularidad, ni tampoco pudo dejar de observar que siempre que el doctor llegaba al jardín dirigía invariablemente su mirada a aquel precioso rincón y hacía un expresivo movimiento de cabeza al iniciar su matinal paseo. En tanto se hacía estas observaciones, volaban los días y Rose iba restableciéndose rápidamente.

Tampoco se le hacía pesado el tiempo a Oliver, a pesar de que la joven no saliese aún de su habitación y no hubiera paseos por las tardes, salvo raras veces y a corta distancia, junto a la señora Maylie. Se aplicaba con redoblada asiduidad a las lecciones del anciano de blancos cabellos, y trabajaba tanto, que sus rápidos

progresos le sorprendieron a él mismo. Hallándose empeñado en estas ocupaciones, vióse grandemente sorprendido y afligido por un suceso inesperado.

El saloncito donde solía sentarse, ocupado en sus libros, hallábase en el piso bajo, en la parte posterior de la casa. Era un verdadero cuarto de una casita de campo, con su ventana de celosía, en torno a la cual se apiñaban hasta el marco y llenaban la estancia de su delicioso aroma. Daba a un jardín, en donde, por una puertecilla, se salía a una pequeña dehesa, más allá de la cual todo era pradera y bosque. No había ninguna otra morada por aquel sitio y se dominaba una amplia perspectiva.

Una hermosa tarde, cuando las primeras sombras del crepúsculo empezaban a tenderse sobre la tierra, Oliver hallábase sentado ante la ventana, enfrascado en sus libros. Llevaba ya largo rato estudiando en ellos, y como el día estuviese bastante bochornoso y el considerable esfuerzo realizado no va en detrimento de sus autores, fueren cuales fueren, poco a poco se quedó dormido.

Existe una especie de sueño que nos penetra a veces sigilosamente, y que si bien mantiene prisionero al cuerpo, no aleja de la imaginación la sensación de las cosas que nos rodean, sino que la deja vagar a su placer. Si puede llamarse sueño a una pesadez agobiadora, a una postración de las fuerzas y a una absoluta incapacidad para regir nuestros pensamientos o nuestra facultad de movimiento, tal es éste, y, sin embargo, tenemos conciencia de todo lo que sucede en derredor, y si entonces soñamos, las palabras realmente pronunciadas o los sonidos que en realidad existen en aquel momento se acomodan con sorprendente rapidez a nuestras visiones, hasta mezclarse tan extrañamente lo real y lo imaginario, que después es casi imposible separarlos. Y no es éste el fenómeno más curioso de semejante estado. Es un hecho indudable que si bien nuestros sentidos del tacto y de la vista se hallan inactivos por el momento, nuestros pensamientos durante el sueño y las ilusorias escenas que ocurren ante nosotros estarán influidos, y considerablemente por cierto, por la *mera y silente presencia* de algún objeto externo que puede no haber estado junto a nosotros al cerrar los ojos y de cuya proximidad no tuvimos conciencia despiertos.

Oliver sabía perfectamente que se hallaba en su cuarto; que sus libros descansaban sobre la mesa que ante sí tenía; que el aire suave se agitaba entre las plantas trepadoras de afuera. Y, sin embargo, estaba dormido. De pronto hubo mutación de escena: el aire se hizo sofocante y limitado, y pensó con terror que se encontraba de nuevo en casa del judío. Allí estaba sentado en su acostumbrado rincón aquel horrendo viejo, señalándole y hablando al oído de otro individuo que, con la cara vuelta, sentábase junto a él.

« ¡Chis! ¡Amigo mío! », creía oír decir al judío. « Es él. No cabe duda. Vámonos. »

« ¡Él! », parecía contestar el desconocido. « ¿Creéis que lo iba a confundir con otro? Si un montón de fantasmas adoptara su misma figura y él se hallase

entre ellos, algo me haría reconocerle. Si lo enterraseis a cincuenta pies de profundidad y me hicieseis pasar sobre su tumba, creo que adivinaría que allí estaba enterrado, aunque no hubiese en ella señal ninguna.»

El hombre parecía decir esto con odio tan tremendo, que Oliver se despertó sobresaltado.

¡Cielo santo! ¿Qué fue aquello que hizo que la sangre acudiese con tal premura a su corazón, privándose de la voz y del movimiento? Allí, allí, en la ventana, cerca de él, tan cerca que podría haberle tocado si no hubiese retrocedido asustado, con los ojos escrutando la habitación y tropezando con los suyos, estaba el judío. Y junto a él, blanco de ira o de temor, o de ambas cosas a la vez, el rostro repugnante de aquel con quien tropezara en el patio de la posada.

Fue sólo un instante —una mirada, un relámpago ante sus ojos—, y desaparecieron. Mas le habían reconocido, como él a ellos, y sus semblantes habían quedado tan firmemente grabados en la imaginación como si los hubiesen cincelado en piedra y se los hubiesen puesto ante los ojos desde que naciera. Quedose traspasado un instante; luego, saltando por la ventana al jardín, gritó, pidiendo socorro.

*Que contiene el mal resultado de la aventura de Oliver y una conversación de cierta importancia entre Harry Maylie y Rose*

Cuando los moradores de la casa, atraídos por los gritos de Oliver, acudieron presurosos al lugar de donde procedían, le encontraron pálido y agitado, señalando en dirección de los prados de detrás de la casa y sin poder apenas articular:

—¡El judío! ¡El judío!

El señor Giles no acertaba a comprender... qué significaba aquel alboroto; pero Harry Maylie, algo más rápido en su percepción, puesto que había oído la historia de Oliver de labios de su madre, lo comprendió enseguida.

—¿Qué dirección ha tomado? —preguntó, apoderándose de un pesado bastón que había en un rincón.

—Aquella —respondió Oliver, señalando el camino que habían seguido los dos hombres—. Los perdí de vista al instante.

—¡Entonces están en la zanja! —dijo Harry—. ¡Seguidme! ¡Lo más cerca que podáis!

Y diciendo así, saltó sobre el vallado de setos y echó a correr con tal velocidad, que difícilmente podían seguirle los demás.

Detrás marchó Giles, como pudo, y Oliver también; y al cabo de uno o dos minutos, el señor Losberne, que había estado paseando y regresaba precisamente en aquel momento, saltó sobre los setos tras ellos y, con más agilidad de lo que pudiera esperarse, se lanzó en la misma dirección a velocidad no despreciable y preguntando a gritos qué sucedía.

Así continuaron todos, sin detenerse ni una sola vez para tomar aliento, hasta que, el que llevaba la delantera, al llegar al lugar del campo indicado por Oliver, comenzó a registrar minuciosamente la zanja y los setos contiguos, lo que dio tiempo a que el resto de la partida le alcanzase y Oliver comunicase al señor Losberne las circunstancias que habían dado origen a tan agitada persecución.

La búsqueda resultó infructuosa. Ni siquiera se observaron huellas de los pasos recientes. Hallábanse entonces en la cima de un pequeño cerro que dominaba el campo en tres o cuatro millas a la redonda. A la izquierda, en una hondonada, quedaba el pueblo; pero para llegar a él, después de haber seguido la senda que Oliver señalara, aquellos hombres hubieran tenido que dar un rodeo

por campo raso, imposible de efectuar en tan poco tiempo. Por el otro lado, un espeso bosque festoneaba la pradera; pero tampoco podrían haber llegado a aquel abrigo, por la misma razón.

—Debió de ser un sueño, Oliver —dijo Harry Maylie.

—¡Oh, no, señor! —contestó Oliver, estremeciéndose sólo al recuerdo del semblante de aquel viejo miserable—. Le he visto con demasiada claridad para que lo sea. Los vi a los dos como os estoy viendo ahora mismo.

—¿Quién era el otro? —preguntaron a un mismo tiempo Harry y el señor Losberne.

—El mismo de quien os hablé, que se tropezó bruscamente conmigo en la posada —dijo Oliver—. Nos miramos los dos muy fijamente, y juraría que era él.

—Y ¿tomaron este camino? —preguntó Harry—. ¿Está seguro?

—Como lo estoy de que se encontraban ante la ventana —contestó Oliver, señalando los setos que separaban el jardín del hotelito de la pradera—. El más alto saltó, precisamente, por allí, y el judío, desviándose unos pasos hacia la derecha, se metió por aquel hueco.

Los dos caballeros contemplaron atentamente el rostro de Oliver en tanto pronunciaba estas palabras, y mirándose luego el uno al otro, parecieron quedar convencidos de la exactitud de cuanto decía. Sin embargo, por ninguna parte aparecían las pisadas de aquellos hombres en su precipitada huida. La hierba, muy alta, no se hallaba pisoteada más que en aquellos sitios donde la aplastaran sus propios pies. Los lados y bordes de la zanja eran de barro húmedo, mas en parte alguna pudieron distinguir la huella de unos zapatos de hombre ni el menor rastro que indicase que unos pies se hubieran posado sobre el suelo desde hacía varias horas.

—¡Es extraño! —dijo Harry.

—¿Extraño...? —repitió el doctor—. Blathers y Duff juntos serían incapaces de deducir nada de esto.

A pesar de lo infructuoso de su búsqueda, no desistieron de ella hasta que la noche hizo inútil el continuarla, y aun entonces abandonáronla de mala gana. Giles fue enviado a diferentes tabernas de la aldea, provisto de todas las señas que pudo facilitar Oliver sobre el aspecto y el traje de los desconocidos. Al menos, las del judío eran lo suficientemente particulares para recordarlas, suponiendo que hubiese estado bebiendo o andurreando por allí, mas Giles regresó sin ninguna noticia que pudiera esclarecer o disipar el misterio.

Al día siguiente hiciéronse nuevas pesquisas y se reanudaron las investigaciones, mas sin mayor éxito. Al otro día, Oliver y el señor Maylie se encaminaron al mercado, con la esperanza de ver y oír algo relativo a aquellos hombres; pero su esfuerzo resultó igualmente inútil. Al cabo de unos días más, comenzó a olvidarse el asunto, como sucede en la mayoría de los casos, cuando

la curiosidad, sin tener con qué alimentarse, se desvanece por sí sola.

Entretanto, Rose se restablecía rápidamente. Abandonó su habitación, pudo salir de casa, y uniéndose una vez más a la familia, llevó la alegría al corazón de todos.

Mas si bien este venturoso cambio surtió unos visibles efectos en el reducido círculo, y a pesar de que una vez más se oyeron en la casa las voces alegres y las jubilosas risas, advertíase, a veces, una inusitada reserva en algunos, hasta en la misma Rose, que Oliver no pudo dejar de observar. La señora Maylie y su hijo se encerraban juntos con frecuencia durante un gran rato, y más de una vez Rose aparecía con huellas de lágrimas en su rostro. Después de fijar el señor Losberne el día de su partida para Chertsey, se intensificaron estos síntomas; evidentemente, algo ocurría que turbaba la tranquilidad de la joven y la de algún otro, además.

Por fin, una mañana, hallándose sola Rose en el salón donde desayunaban, entró Harry Maylie y, con cierta vacilación, pidiole permiso para hablar con ella unos momentos.

—Pocos..., muy pocos... bastarán, Rose —dijo el joven, aproximando a ella su silla—. Ya te figurarás lo que tengo que decirte; las más acariciadas esperanzas de mi corazón no te son desconocidas, aunque de mis labios no las hayas oído todavía.

Rose se había puesto muy pálida desde el momento de su entrada; mas aquello podría ser efecto de su pasada enfermedad. Limitose a bajar la cabeza, e inclinándose sobre unas plantas que tenía cerca, esperó, en silencio, a que él prosiguiese.

—Yo... yo..., debería haberme marchado de aquí antes —dijo Harry.

—Verdaderamente, sí —respondió Rose—. Perdóname que te lo diga; pero preferiría que te hubieses ido.

—Me trajo aquí el más espantoso e inquietante de todos los temores — prosiguió el joven—: El temor de perder al ser querido en quien tengo puestos todos mis deseos y todas mis esperanzas. Habías estado a la muerte, vacilando entre la Tierra y el Cielo. Todos sabemos que cuando una enfermedad cae sobre un ser joven, bueno y hermoso, su espíritu puro, insensiblemente, se vuelve hacia la mansión luminosa de su eterno descanso; sabemos, ¡válganos el Cielo!, que los mejores y más bellos de nuestros semejantes con frecuencia se agostan en flor.

Los ojos de la dulce niña llenáronse de lágrimas en tanto estas palabras salían al aire, y al caer una de aquéllas en la flor sobre la que se inclinara, y resplandecer en su cáliz, embelleciéndolo, diríase que aquella efusión de su corazón juvenil y lozano mostraba su natural semejanza con las cosas más hermosas de la Naturaleza.

—Una criatura —continuó el joven apasionadamente—; una criatura tan bella e inocente de todo mal como uno de los ángeles de Dios, mecíase entre la

vida y la muerte. ¡Ay! ¡Quién podía suponer que, después de entreabrirse para ella ese mundo lejano al que perteneciera, iba a volver a éste, lleno de pesadumbres y calamidades! ¡Rose, Rose! Saber que ibas a desvanecerte como una leve sombra que lanza sobre la tierra una luz celestial; no tener esperanzas de que te dejasen junto a los que aquí quedan rezagados, sin tener apenas una razón que oponer para que así fuese, sentir que pertenecías a esa esfera luminosa adonde tendieron su temprano vuelo tantos otros seres, entre los más bellos y mejores, y, sin embargo, rezar en medio de todos esos consuelos para que te devolvieran a los que te aman, son tormentos demasiado grandes para poderlos soportar. Mas tales fueron los míos día y noche, y con ellos llegó un torrente tan impetuoso de lágrimas y de temores, de pesares egoístas por miedo a que murieses sin saber nunca todo lo fervorosamente que te he amado, que, a su paso, casi arrasaba el sentido y la razón. Te pusiste buena. Día tras día, casi hora tras hora, regresaba una gota de salud, y al mezclarse con la gastada y débil corriente de vida que circulaba perezosamente dentro de ti, volvía a convertirse en un caudal raudo y poderoso. Yo he visto cómo has ido pasando casi de la muerte a la vida, con estos ojos que se quedaban ciegos de ansiedad y de acendrado afecto. No me digas ahora que hubieras preferido que yo perdiese todo esto, porque así mi alma se ha abierto a todo el género humano.

—No quise decir eso —respondió Rose, sollozando—. Sólo quisiera que te hubieses marchado de aquí para que así volvieres a tus altos y nobles empeños..., a las tareas que son dignas de ti.

—Ningún empeño más digno de mí, más digno del ser más alto que exista en esta lucha por ganar un corazón como el tuyo —murmuró el joven, cogiéndole la mano—. ¡Rose, Rose mía! Hace años, muchos años, que te amo, con la esperanza de encontrar el camino de la fama para volver luego y decirte, orgulloso, que la perseguí sólo para que tú la compartieses conmigo; pensando, en mis ensueños, en que yo te haría recordar en ese momento feliz las muchas pruebas mudas de fidelidad que te di desde niño, pidiendo luego tu mano en cumplimiento de un antiguo y tácito contrato cerrado entre nosotros. Ese momento no ha llegado aún; mas ahora, sin la fama conquistada, sin realizar ninguna de las ilusiones de mi juventud, te ofrezco el corazón, que es tuyo tanto tiempo y cifro en todas las palabras con que acojas mi ofrecimiento.

—Tu comportamiento fue siempre noble y bondadoso —contestó Rose, dominando las emociones que la agitaban—. Y como sabes que no soy insensible ni desagradecida, escucha mi respuesta.

—¿Es, quizá, que puedo tratar de merecerte? ¿Es eso, Rose querida?

—Es —contestó Rose— que debes tratar de olvidarme, no como antigua y fiel compañera tuya, porque eso me dolería mucho, sino como objeto de tu amor. Extiende tu mirada por el mundo y piensa cuántos corazones hay en él que te sentirías orgulloso de conquistar. Deposita en mí otro afecto, si quieres, que yo

seré la más fervorosa, la más sincera y la más fiel amiga que tengas.

Hubo una pausa, durante la cual Rose, que se había cubierto el rostro con una mano, dio rienda suelta a sus lágrimas. Harry aún conservaba la otra entre las suyas.

—¿Y qué razones, Rose —murmuró al fin en voz baja—; qué razones tienes para esta decisión?

—Tienes derecho a conocerla —respondió Rose—. Pero nada de lo que me digas podrá modificar mi resolución. Es un deber que he de cumplir. Un deber para con otros y para conmigo misma.

—¿Contigo misma?

—Sí, Harry. Me debo a mí misma, pobre y desvalida, con una mancha en mi nombre, no quiero dar a tus amigos motivos para que piensen que te he cedido egoístamente a tu primera pasión, y me he apegado como una carga a todas tus esperanzas y proyectos. Te debo a ti y a los tuyos el impedirte que, llevado de tu generosidad, choques con este gran obstáculo para tu carrera en el mundo.

—Si tus inclinaciones están de acuerdo con tu sentido del deber... —comenzó Harry.

—No; eso, no —respondió Rose, ruborizándose.

—Entonces..., ¿correspondes a mi amor? —dijo Harry—. Dimelo, Rose, dimelo así y endulza la amargura de este cruel desengaño.

—Si pudiera haberlo hecho así sin causar un grave mal a quien yo ya amaba... —replicó Rose— quizás hubiese...

—¿Hubieses acogido esta declaración de un modo muy distinto? Al menos no me ocultes eso, Rose.

—Tal vez —respondió Rose—. Pero basta —añadió, retirando su mano—. ¿A qué prolongar esta penosa entrevista? Tan penosa para mí, y, sin embargo, que tan perdurable felicidad habrá de traerme; pues felicidad ha de ser saber que hubo un tiempo en que ocupé un alto lugar en tu estimación, y todos los triunfos que consigas en la vida me infundirán nuevo valor y fortaleza. ¡Adiós, Harry! Ya no volveremos a encontrarnos como lo hicimos hoy, mas en otras relaciones distintas de aquellas a las que nuestra conversación pudiera habernos llevado, sí podemos seguir dichosamente unidos por mucho tiempo; y ¡ojalá caigan sobre ti todas las bendiciones que los ruegos de un corazón fervoroso y leal pidan a la fuente de toda verdad y sinceridad!

—Una palabra más, Rose —pidió Harry—. Dime la razón de tus palabras. ¡Quiero oírla de tus propios labios!

—El porvenir que tienes ante ti —contestó Rose con firmeza— es muy brillante. Todos los honores que pueden proporcionar a un hombre su gran talento y unas valiosas relaciones en la vida pública te están reservados. Mas esas relaciones son orgullosas, y yo no me trataré con los que puedan hacer escarnio de la madre que me dio el ser, ni traer la desgracia o el fracaso sobre el hijo de

quien tan bien supo ocupar el lugar de esa madre. En una palabra —añadió la joven volviendo la cara, pues su momentánea firmeza comenzaba a abandonarla—: Hay en mi nombre una mancha que arroja el mundo sobre las cabezas inocentes. No he de traspassarla a otro ser, y el baldón caerá sobre mí sola.

—De nuevo otra palabra, Rose. ¡Mi Rose querida! Sólo una —exclamó Harry, arrojándose a sus pies—. Si yo hubiese sido menos..., menos afortunado, diría el mundo..., si mi destino hubiera sido una vida plácida y oscura..., si hubiese sido pobre, enfermo y desvalido, ¿me hubieras despreciado entonces? ¿O han dado origen a tus escrúpulos mis probables riquezas y honores?

—No me obligues a contestar —repuso Rose—. No es ése el caso, ni lo será nunca. No es justo ni amable insistir.

—Si tu respuesta fuese la que casi me atrevo a esperar —replicó Harry— derramaría un resplandor de felicidad en mi triste camino y alumbraría la senda que se abre ante mí. No es, pues, cosa tan vana el hacer tanto bien con sólo pronunciar unas breves palabras para quien te ama sobre todas las cosas. ¡Oh, Rose! En nombre de mi ferviente y perdurable afecto, en nombre de todo cuanto por ti he sufrido, y de todo lo que me condenas a padecer, contéstame a esta pregunta.

—Entonces... —replicó Rose—. Si tu suerte hubiese sido otra; si hubieses estado un poco, pero no tan por encima de mí; si hubiera podido servirte de ayuda y de consuelo en algún humilde lugar de paz y de reposo, y no una mancha y una rémora entre las gentes ambiciosas y distinguidas, me hubiese ahorrado esta prueba. Tengo motivos para sentirme feliz, muy feliz, ahora; pero, entonces, Harry, confieso que lo hubiera sido mucho más.

El tropel de recuerdos de las pasadas esperanzas, acariciadas desde hacía tiempo, se agolpó en la imaginación de Rose al hacer esta confesión, mas trajeron lágrimas con ellos, como sucede siempre con las viejas ilusiones que vuelven marchitas, y se sintió, con ellas, consolada.

—No he podido evitar esta flaqueza mía, pero ella me afirma en mi resolución —dijo Rose, tendiéndole la mano—. Ahora, debo irme.

—Prométeme una cosa —dijo Harry—. Una vez, y sólo una vez más, digamos dentro de un año, aunque tal vez sea más pronto, te hablaré de nuevo sobre este asunto por última vez.

—No será para insistir en que modifique mi resolución —respondió Rose con una melancólica sonrisa—. Sería inútil.

—No —dijo Harry—. Para oírtela repetir, si quieres, por última vez. Pondré a tus pies la posesión o la fortuna que pueda poseer, y si persistes en tu actual resolución, no trataré, ni con palabras ni con obras, de modificarla.

—Sea —replicó Rose—. No será sino un nuevo dolor; pero acaso para entonces esté en condiciones de sobrellevarlo mejor.

Tendíole de nuevo su mano. Mas el joven la atrajo hacia sí, y estampando un

beso en su linda frente, salió presuroso de la habitación.

*Que es muy breve y acaso no parezca de gran importancia; mas deberá leerse, no obstante, como consecuencia del anterior y clave de otro que habrá de seguir en el momento oportuno*

—¿Conque hoy estáis decidido a ser mi compañero de viaje? —dijo el doctor al ver llegar a Harry Maylie para unirse a él y a Oliver en el desayuno—. Pues cada hora pensáis una cosa distinta.

—Otra cosa me diréis dentro de unos días —dijo Harry, sonrojándose sin razón aparente.

—Espero poder tener buenos motivos para ello —respondió el señor Losberne—, aunque he de confesar que no lo creo. Ayer por la mañana habíais decidido, de pronto, permanecer aquí y acompañar a vuestra madre, como un hijo sumiso, a la orilla del mar; antes del mediodía anunciasteis que ibais a hacerme el honor de acompañarme hasta mi residencia, de camino para Londres, y por la noche me rogáis con gran misterio que salgamos antes de que se levanten las señoras; como resultado de lo cual aquí está el joven Oliver aplicado a su desayuno en vez de estar recorriendo las praderas en busca de curiosidades botánicas de toda especie. Una pena, ¿verdad, Oliver?

—Hubiera sentido mucho no estar en casa en el instante de vuestra partida, señor, y de la del señor Maylie —respondió Oliver.

—¡Qué muchacho tan amable! —exclamó el doctor—. Vendréis a verme cuando regreséis. Pero, hablando en serio, Harry, ¿ha sido alguna comunicación de las altas personalidades la que os ha producido este súbito deseo de partir?

—Esas altas personalidades —contestó Harry—, y supongo que con ello os referiréis a mi augusto tío, no han tenido comunicación conmigo desde que estoy aquí; ni tampoco en esta época del año es posible que ocurra nada que haga necesaria mi presencia entre ellos.

—Está bien —dijo el doctor—, sois tan raro... Pero, por supuesto, os llevarán al Parlamento en las elecciones de antes de Navidad, y estos rápidos cambios y movimientos no son mala preparación para la vida política. De algo sirve siempre el entrenamiento en la carrera, ya sea para un destino, para una copa o para una apuesta.

Harry Maylie hizo un gesto como si pudiera añadir a este breve diálogo una o dos observaciones que hubieran dejado estupefacto al doctor; mas se contentó con decir: « Ya veremos », sin prolongar la conversación. Poco después, llegaba

la silla de postas ante la puerta, y una vez que Giles entró por el equipaje, el buen doctor Losberne salió precipitadamente a ver cómo lo colocaban.

—Oliver —dijo Harry Maylie en voz baja—, permitidme que os diga unas palabras.

Oliver se acercó al hueco de la ventana, donde le llamara por señas el señor Maylie, muy sorprendido de la mezcla de tristeza y agitación que se observaba en su actitud.

—¿Sabéis ya escribir bien? —preguntó Harry, poniéndole la mano en el brazo.

—Creo que sí, señor —contestó Oliver.

—Quizá tarde algún tiempo en volver a casa; quisiera que me escribieseis... tal vez una vez cada quince días; un lunes sí y otro no, a la Administración de Correos de Londres. ¿Querréis?

—¡Oh, desde luego, señor! Será un honor para mí —exclamó Oliver, encantado del encargo.

—Quisiera saber qué tal..., qué tal siguen mi madre y la señorita Maylie —añadió el joven—, y podéis escribirme una cuartilla diciéndome los pasos que dais, de qué habláis, y si ella (ellas, quiero decir) parecen sentirse dichosas y en perfecta salud. ¿Me comprendéis?

—¡Oh, muy bien, señor; muy bien! —contestó Oliver.

—Preferiría que no se lo dijeseis a ellas —añadió Harry como de pasada—, porque podría ocurrir que mi madre sintiese deseos de escribirme con más frecuencia, y es una molestia y una preocupación para ella. Quédense el secreto entre nosotros, y acordaos de decírmelo todo. Cuento con vos.

Oliver, gozoso y honrado por una sensación de su importancia, prometió fielmente guardar el secreto y ser explícito en sus comunicaciones. El señor Maylie se despidió de él haciéndole múltiples promesas de afecto y consideración.

Ya estaba el doctor en la silla de postas; Giles, que se quedaría allí, según quedara convenido, tenía abierta la portezuela, y las criadas presenciaban la partida desde el jardín. Harry lanzó una rápida mirada a la ventana de celosía y saltó al coche.

—¡En marcha! —exclamó—. ¡Aprisa! ¡A todo galope! Hoy no irá a mi paso quien vuele corto.

—¡Eh! —gritó el doctor, bajando el cristal delantero apresuradamente y gritándole al postillón—. Los que vuelen corto serán los que vayan a *mi* paso. ¿Me habéis oído?

Resonando su cascabeleo hasta que la distancia hizo inaudible su sonido y sólo veíasele avanzar rápidamente, el vehículo partió carretera adelante, casi oculto bajo una nube de polvo, desapareciendo totalmente unas veces para reaparecer otras, según los objetos y las sinuosidades del camino lo permitían. Sólo cuando

ya no se vio la polvorienta nube, dispersáronse los espectadores.

Y aún hubo alguno que permaneció con los ojos fijos en el lugar por donde desapareciera el carruaje, mucho después de hallarse a bastantes millas de distancia. Detrás de unas blancas cortinas que la ocultaran de su vista cuando Harry alzó los ojos hacia la ventana, hallábase sentada Rose en persona.

—Parece muy animado y dichoso —dijo al fin—. Hubo un momento en que temí que sucediese todo lo contrario. Pero estaba equivocada. Me alegro mucho, mucho.

Las lágrimas son signos de alegría y de pesar también; pero las que corrieron por el rostro de Rose, en tanto permanecía sentada, pensativa, en la ventana, mirando todavía en la misma dirección, parecían hablar más bien de penas que de gozos.

*En el que el lector puede advertir cierto contraste, nada extraño entre los casos conjugales*

Hallábase el señor Bumble sentado en el gabinete del Hospicio, fijos los ojos pensativos en el triste hogar, de donde, por ser verano, no salía más resplandor que el que producía el reflejo de unos enfermizos rayos de sol, devueltos por su fría y lustrosa superficie. Un papel cazamoscas pendía del techo, al que, de vez en vez, elevaba sus ojos tristemente, y en tanto los incautos insectos revoloteaban en torno a la atractiva red, el señor Bumble exhalaba un profundo suspiro mientras sobre su rostro se extendía una sombra más lúgubre todavía. El señor Bumble meditaba; acaso los insectos trajesen a su imaginación el recuerdo de algún doloroso trance de su vida pasada.

No era la tristeza del señor Bumble lo único previsto para causar una agradable melancolía en el seno del espectador. No faltaban otros síntomas, y éstos íntimamente relacionados con su persona, que denotaban que, en la situación de sus asuntos, se había operado un importante cambio. ¿Qué se hizo de la galoneada levita y de su sombrero de candil? Todavía llevaba pantalones cortos y oscuras medias de algodón; pero aquéllos no eran *los* pantalones de siempre. La levita disfrutaba de amplios faldones, y en ese aspecto era igual a *la* levita de marras, pero, ¡ah!, qué diferencia. El suntuoso sombrero de tres picos había sido sustituido por uno redondo y modesto. El señor Bumble no era ya un celador.

Hay ciertos cargos en la vida que, independientemente de las importantes ventajas que ofrecen, adquieren un peculiar valor y dignidad por las levitas y chalecos inherentes al mismo. Un mariscal de campo tiene su uniforme; un obispo, su sotana de seda; un consejero, su toga; un celador, su sombrero de tres picos. Quitad al obispo su sotana o al celador su sombrero y sus galones, y ¿qué queda? Un hombre. Sencillamente, un hombre. La dignidad y aun, a veces, la santidad son cuestión de traje más de lo que se figura la gente.

El señor Bumble se había casado con la señora Corney y era director del Hospicio. Otro celador había entrado en funciones y sobre él recayeron el sombrero de tres picos, la levita de galones dorados y el bastón.

—¡Y mañana hará dos meses! —exclamó el señor Bumble suspirando—. ¡Parece un siglo!

Acaso el señor Bumble quisiera dar a entender que en el corto espacio de ocho semanas habiase concentrado toda una existencia de felicidad; pero el

suspiro..., el suspiro quería decir muchas cosas.

—Me he vendido —continuó el señor Bumble, prosiguiendo el hilo de sus reflexiones— por seis cucharillas, unas tenacillas para el azúcar, una lechera, una pequeña cantidad de muebles de segunda mano y veinte libras en dinero. He sido muy razonable. ¡Barato, cochinemente barato!

—¡Barato! —exclamó una voz aguda al oído del señor Bumble—. A cualquier precio hubieras sido caro, y bastante caro me has salido a mí. ¡Bien lo sabe Dios!

Volviose el señor Bumble y se encontró con el rostro de su interesante consorte, que, interpretando mal las pocas palabras que alcanzara a oír de su queja, había lanzado la anterior observación a la ventura.

—¡Señora Bumble! —exclamó su esposo con sentimental acritud.

—¿Qué hay? —preguntó la dama.

—Ten la bondad de mirarme —rogó el señor Bumble, mirándola fijamente.

«Si es capaz de aguantar esta mirada», se dijo el señor Bumble, «lo aguantará todo. No me falló nunca con los pobres. Si con ella fracasa, desapareció mi autoridad».

Bien que una pequeña dilatación de los ojos fuese suficiente para sojuzgar a los pobres que, mal alimentados, no tienen el ánimo muy levantado o que la ex señora Corney estuviese hecha a prueba de miradas de águila, es cosa que va en opiniones. Lo cierto es que la matrona no se dejó vencer por aquel mal gesto del señor Bumble, sino que, por el contrario, le trató con supremo desdén, y hasta lanzó una carcajada que parecía auténtica.

Al escuchar este sonido inesperado, el señor Bumble mostrose incrédulo primero, y luego atónito. Volvió a caer, pues, en su pasada actitud, y no salió de su abstracción hasta que de nuevo llamole la atención su cónyuge.

—¿Te vas a estar ahí sentado roncando todo el día? —preguntó la señora Bumble.

—Voy a estarme aquí todo el tiempo que me parezca, señora —replicó el señor Bumble—; y aunque no estaba roncando, roncaré, bostezaré, estornudaré, reiré o lloraré, según tenga gana, pues ésa es mi prerrogativa.

—¿Tu prerrogativa? —repitió la señora Bumble con inefable desprecio.

—Eso he dicho, señora —insistió el señor Bumble—. La prerrogativa del hombre es mandar.

—¿Y cuál es, por ventura, la prerrogativa de la mujer? —exclamó la viuda del difunto señor Corney.

—Obedecer, señora —tronó el señor Bumble—. Tu difunto y desgraciado esposo debiera habértelo enseñado y acaso estuviese vivo ahora. ¡Ojalá lo estuviera el pobre!

La señora Bumble, dándose cuenta, de una ojeada, de que había llegado el momento decisivo y de que el golpe asestado para señalar la superioridad de uno u otro había de ser necesariamente definitivo y concluyente, tan pronto como

oyera esta alusión a su difunto esposo se dejó caer en una silla y, gritando que el señor Bumble era un bruto sin corazón, sufrió un acceso de llanto.

Mas no eran las lágrimas muy a propósito para llegar al alma del señor Bumble; su corazón era impermeable. Así como los sombreros de castor lavable mejoran con la lluvia, sus nervios se fortalecieron y vigorizaron con aquel torrente de lágrimas, ya que, por ser éstas prueba de debilidad y tácito reconocimiento de su poder, le complacían y exaltaban. Contempló, pues, a la buena señora con aire satisfecho y rogó de manera muy estimulante que llorase todo cuanto pudiera, ya que la facultad consideraba este ejercicio sumamente favorable para la salud.

—Ensancha los pulmones, lava el semblante, ejercita los ojos y aplaca el mal genio —dijo el señor Bumble—. ¡Conque llora hasta hartarte!

Lanzada esta agudeza, el señor Bumble cogió su sombrero de la percha y, colocándose inclinado a un lado en forma disoluta, como quien se da cuenta de que ha afirmado su superioridad en forma conveniente, hundió las manos en los bolsillos y marchó lentamente hacia la puerta con aire desenfadado y jocos.

Ahora bien: la ex señora Corney había recurrido a las lágrimas porque son menos molestas que el llegar a las manos; mas estaba decidida a hacer la prueba con este último procedimiento, como no tardó en descubrir el señor Bumble.

El primer indicio que tuvo del hecho se lo facilitó un ruido sordo seguido inmediatamente por el súbito volar de su sombrero hasta el otro extremo de la habitación. Una vez que esta medida previa le dejó al descubierto la cabeza, la experta dama, cogiéndole de la garganta con una mano, asestole una lluvia de golpes, prodigada con singular maestría y vigor con la otra. Hecho esto, dió una ligera variación al hecho, arañándole la cara y arrancándole los cabellos; e inflingido de esta manera el castigo que juzgara necesario por la ofensa, le empujó sobre una silla, que, por fortuna, estaba oportunamente situada al efecto, y le desafió a que hablase otra vez de sus prerrogativas, si se atrevía.

—¡Levántate...! —ordenó la señora Bumble con voz de mando—. Y vete de aquí, si no quieres que haga una barbaridad.

Levantose el señor Bumble en lastimoso estado, preguntándose qué sería aquella barbaridad. Recogiendo el sombrero, se encaminó hacia la puerta.

—¿Te vas...? —preguntó la señora Bumble.

—Sin falta, querida; sin falta —replicó el señor Bumble, haciendo un rápido movimiento hacia la puerta—. No pretendía... ¡Me voy, querida mía! Eres tan violenta, que, en realidad, yo...

En este instante, la señora Bumble avanzó presurosa para volver a colocar la alfombra, que se había arrugado en la refriega. Inmediatamente, el señor Bumble salió disparado de la habitación sin añadir ninguna nueva idea a su inacabada frase y dejando a la ex señora Corney en plena posesión del campo.

El señor Bumble estaba bastante sorprendido y bastante maltrecho. Tenía una

decidida propensión a las fanfarronadas, encontraba un gran placer en el ejercicio de las pequeñas crueldades, y, por consiguiente, inútil es decirlo, era un cobarde. No va esto, en modo alguno, en detrimento de su persona, pues existen muchos personajes oficiales, tenidos en gran estima y admiración, que son víctimas de estas flaquezas. La observación se hace más bien en su favor que otra cosa y con el fin de dar al lector una sensación exacta de sus cualidades para el cargo que desempeñaba.

Mas no estaba colmada todavía la medida de su humillación. Después de recorrer el establecimiento, pensando por vez primera que las leyes para los pobres eran demasiado rigurosas y que los hombres que abandonaban a sus mujeres, dejándolas a cargo de la parroquia, no debieran, en justicia, sufrir castigo alguno, sino más bien ser recompensados como meritorios individuos que han sufrido mucho, el señor Bumble llegó a una habitación en donde algunas asiladas se dedicaban ordinariamente a lavar la ropa blanca de la parroquia, y de donde salía un rumor de voces en conversación.

—¡Ejem! —exclamó el señor Bumble, haciendo acopio de toda su natural dignidad—. Al menos, estas mujeres habrán de continuar respetando mis prerrogativas. ¡Hola, hola! ¿Qué significa este barullo, buenas piezas?

Y diciendo así, el señor Bumble abrió la puerta y penetró con ademán airado y furibundo; mas inmediatamente se transformó en la más humilde y sumisa actitud, pues que sus ojos se posaron inesperadamente sobre la persona de su esposa.

—Querida —dijo el señor Bumble—, no sabía que estuvieses aquí.

—¿No lo sabías? —replicó la señora Bumble—, ¿que haces aquí?

—Pensé que hablaban demasiado para trabajar como es debido, querida —contestó el señor Bumble, mirando con aire distraído a un par de viejas de las que lavaban y que se transmitían su admiración al ver la humildad del director del Hospicio.

—¿Creíste que hablaban demasiado? —dijo la señora Bumble—. Y eso ¿qué te importa?

—Pero, querida... —murmuró Bumble, sumiso.

—¿Que qué te importa? —preguntó de nuevo la señora Bumble.

—Ya sé que eres aquí la matrona, querida —musitó Bumble—; pero no creí que anduvieras por aquí precisamente ahora...

—Voy a advertirte una cosa, señor Bumble —replicó la dama—. No quiero injerencias tuyas. Eres demasiado aficionado a meter la nariz donde no te importa; todo el mundo se ríe de ti en cuanto vuelves la espalda y te pones en ridículo a todas horas. Conque ¡márchate! ¡Vamos!

El señor Bumble, observando con intenso dolor el placer de las dos viejas, que reían entre dientes con gran complacencia, vaciló un instante. La señora Bumble, cuya paciencia no admitía espera, cogió un tazón de jabonaduras y, señalándole

la puerta, ordenole que saliese al instante, so pena de recibir el contenido sobre su majestuosa persona.

¿Qué podía hacer el señor Bumble? Lanzó en derredor una mirada de desaliento y salió; mas al llegar a la puerta las contenidas risas de las pobres estallaron en un agudo sonar de incontenible placer. Sólo esto le faltaba. Estaba deshonrado ante sus ojos, desprestigiado y sin autoridad ante las propias asiladas; había descendido de la cima y pompa de su calidad de celador a los abismos del Juan Lanas más desairado.

« ¡Y todo esto en dos meses! », decía el señor Bumble, abrumado de tristes pensamientos. « ¡Dos meses! Hace sólo dos meses yo era no sólo dueño de mí mismo, sino de todos los demás, en cuanto se refería al Hospicio parroquial, ¡y ahora...! »

Era demasiado. El señor Bumble diole un cachete al muchacho que le abrió la puerta, pues había llegado al portal sumido en sus reflexiones, y salió abstraído a la calle.

Subió por una calle y descendió por otra, hasta que el ejercicio hubo calmado la primera explosión de su pesar, y esta revulsión de sensaciones le dio sed. Dejó atrás un gran número de tabernas; mas al fin se detuvo ante una de una callejuela, cuyo local, según pudo advertir tras una rápida mirada por encima de las cortinas, estaba desierto, a excepción de un único y solitario cliente. En aquel momento comenzó a llover copiosamente. Esto le decidió. El señor Bumble entró, y pidiendo algo de beber al pasar por el mostrador, penetró en el departamento que viera desde la calle.

El individuo que allí había sentado era alto y moreno y llevaba una amplia capa. Tenía aspecto de extranjero, y a juzgar por cierto aire macilento, así como por el polvo que cubría sus ropas, diríase que venía de lejos. Miró a Bumble de soslayo al verle entrar, pero apenas si se dignó inclinar la cabeza para contestar a su saludo.

El señor Bumble tenía dignidad suficiente por los dos, aun suponiendo que el desconocido se hubiese mostrado más amable; por lo que se bebió su agua con ginebra en silencio y comenzó a leer el periódico con gran aparato y atención.

Sucedió, sin embargo, como es frecuente que suceda cuando se encuentran dos hombres en semejantes circunstancias, que el señor Bumble, de cuando en cuando, sentía una fuerte incitación, que no podía contener, a lanzar una furtiva mirada al desconocido; y que siempre que así lo hacía apartaba, confuso, los ojos al ver que el extraño le miraba en aquel momento a hurtadillas. El embarazo del señor Bumble aumentábalo la horrible mirada del desconocido, aguda y brillante, pero velada por un gesto de desconfianza y de recelo como no había visto jamás, que resultaba repulsivo.

Después de haberse encontrado sus miradas varias veces de esta manera, el desconocido, con voz áspera y grave, rompió el silencio.

—¿Me buscabais —dijo— cuando os asomasteis a la ventana?

—No, que yo sepa, a menos que seáis el señor... —se detuvo el señor Bumble, pues sentía curiosidad por conocer el nombre del forastero, y pensó que, en su impaciencia, acaso podría concluir la frase.

—Ya veo que no —dijo el desconocido, bailándole en la boca una expresión de agudo sarcasmo—, pues si no, sabríais mi nombre. Pero no lo sabéis, y os aconsejaría que no lo preguntaseis.

—No pretendía ofenderos, joven —observó el señor Bumble dignamente.

—Y no me habéis ofendido —replicó el extraño.

Se abrió otro silencio tras este breve diálogo, que de nuevo turbó el desconocido.

—Creo haberos visto antes —dijo—. Entonces ibais vestido de otro modo, y no hice más que pasar junto a vos por la calle; pero creo reconoceros. Eráis celador del Hospicio de aquí, ¿no es cierto?

—Lo era —respondió Bumble con cierta sorpresa—. Celador parroquial.

—Precisamente —replicó el otro, asintiendo con la cabeza—. Así es como os conocí. Y ¿qué sois ahora?

—Director del Hospicio —repuso el señor Bumble, lenta y ponderativamente, para reprimir cualquier indebida familiaridad que pudiera tomarse el desconocido—. ¡Director del asilo, joven!

—No dudo que seguiréis cuidando de vuestros intereses como siempre, ¿verdad? —añadió el desconocido, mirando fijamente a los ojos del señor Bumble, al alzarlos éste, asombrado de la pregunta—. No tengáis escrúpulo en contestarme con franqueza, hombre. Os conozco perfectamente, como veis.

—Supongo que un hombre casado —contestó el señor Bumble, haciendo pantalla a sus ojos con la mano y contemplando al desconocido de pies a cabeza, con evidente perplejidad— no ha de oponerse más que otro soltero a ganarse honradamente un penique siempre que pueda. Los funcionarios parroquiales no están tan bien pagados que puedan permitirse el lujo de rechazar cualquier extraordinario, si llega a ellos de manera decorosa y adecuada.

El desconocido sonrió y movió nuevamente la cabeza, como diciendo que no se había equivocado de persona; luego llamó a la campanilla.

—Llenad de nuevo este vaso —dijo, alargándole al tabernero el vaso vacío del señor Bumble—. Algo fuerte y caliente. Supongo que os gustará así, ¿no?

—No demasiado fuerte —contestó el señor Bumble, tosiendo con fingida delicadeza.

—¡Ya entendéis lo que quiere decir, mozo! —añadió el desconocido, con sequedad.

Sonrió el tabernero, desapareció y poco después regresaba con un gran jarro humeante, cuyo primer trago trajo lágrimas a los ojos del señor Bumble.

—Ahora, escuchadme —dijo el forastero, después de cerrar la puerta y la

ventana—: He llegado hoy a esta ciudad en busca de vos, y, por una de esas casualidades que el diablo arroja, a veces, al paso de sus amigos, entrasteis precisamente en donde yo estaba sentado, pensando en vos. Quiero que me facilitéis cierta información. Y no os pido que me la deis de balde, por insignificante que sea. Guardaos esto, para empezar.

Y al decir esto, alargó dos soberanos a su interlocutor por encima de la mesa, con cuidado de que no se oyese desde fuera el tintineo del dinero. Una vez que el señor Bumble examinó escrupulosamente las monedas para cerciorarse de que eran auténticas, guardóselas con gran satisfacción en el bolsillo del chaleco, y continuó el extranjero:

—Retroceded con la memoria... Dejadme pensar... El invierno pasado hizo doce años.

—Larga es la fecha —dijo Bumble—. Perfectamente. Ya está.

—Lugar de acción, el Hospicio.

—¡Bien!

—Hora, de noche.

—Sí.

—Y el sitio, ese lugar inmundo, dondequiera que se halle, en el que unas miserables mujerzuelas van a dar a luz la vida y la salud que con tanta frecuencia se les negara, poniendo en el mundo a unos llorones que habrá de criar la parroquia, para ocultar, las cochinas, su vergüenza en la tumba.

—La Sala de Maternidad, supongo —dijo el señor Bumble, sin seguir del todo la airada descripción del desconocido.

—Sí —contestó éste—. Allí nació un niño.

—Muchos —observó el señor Bumble, moviendo la cabeza con desaliento.

—¡Váyanse al diablo todos ellos! —exclamó el forastero—. Yo me refiero a uno, de aspecto apocado y pálido rostro, que fue aprendiz aquí con un fabricante de ataúdes... ¡Ojalá le hubiera hecho el suyo para encerrar en él su cadáver...! Y que después se escapó a Londres, según se creyó.

—¡Os referís a Oliver! ¡Al joven Twist! —replicó el señor Bumble—. Ya lo creo que le recuerdo. ¡No había un granujilla más testarudo!

—No es de él de quien quiero saber; bastante he oído ya —dijo el desconocido, interrumpiendo al señor Bumble en los comienzos de su diatriba sobre el tema de los defectos del pobre Oliver—. Es de una mujer, de la bruja que asistió a su madre. ¿Dónde está?

—¿Que dónde está? —contestó el señor Bumble, a quien el agua con ginebra había puesto jocosos—. Difícil es decirlo. Donde ella ha ido no hay ninguna comadrona, por lo que supongo que estará de más.

—¿Qué queréis decir? —preguntó el extranjero con aspereza.

—Que murió el invierno pasado —replicó el señor Bumble.

El individuo aquel le miró fijamente al escuchar tal información, y aun

cuando tardó bastante en apartar de él su mirada, ésta tornose poco a poco vaga y abstraída, perdida en sus pensamientos. Al parecer, dudó un rato si mostrarse contento o defraudado por la noticia; mas, al fin, respiró con más libertad y, volviendo los ojos, murmuró que no importaba gran cosa. Dicho esto se levantó, como disponiéndose a salir.

Mas el señor Bumble era lo suficientemente ladino para darse cuenta enseguida de que se le ofrecía ocasión de lucrarse de un secreto que poseía su cara mitad. Recordó perfectamente la noche en que falleciera la vieja Sally, pues los acontecimientos de aquel día dábanle motivo para recordar aquella ocasión en que pidiera en matrimonio a la señora Corney; y, a pesar de que la dama no le había confiado nunca la revelación de que fuera única testigo, sabía lo bastante para darse cuenta de que se refería a algo ocurrido durante la asistencia de la vieja, como enfermera del Hospicio, a la joven madre de Oliver Twist. Trayendo, pues, apresuradamente esta circunstancia a su recuerdo, informó al desconocido, con aire misterioso, que una mujer estuvo encerrada con la vieja arpía poco antes de morir, y que ella podría —motivos tenía para creerlo— arrojar alguna luz sobre el asunto que le interesaba.

—¿Dónde puedo encontrarla? —preguntó el desconocido, dejándose de reservas y demostrando claramente que esta noticia había despertado de nuevo sus temores, fueren cuales fueren.

—Sólo por mi mediación —replicó Bumble.

—¿Cuándo? —interrogó el desconocido, impaciente.

—Mañana —contestó Bumble.

—A las nueve de la noche —dijo el forastero, sacando un trozo de papel y anotando unas señas extrañas, con letra que revelaba su agitación— a orilla del río. A las nueve de la noche, llevadla allí. No necesito deciros que guardéis el secreto. En vuestro interés va.

Tras estas palabras, encaminose hacia la puerta, después de detenerse a pagar lo bebido. Y haciendo observar enseguida que llevaban distinto camino, partió sin más cumplidos que el repetir enérgicamente la hora de la cita para la noche siguiente.

Al leer las señas observó el funcionario parroquial que no había consignado ningún nombre. El desconocido no estaba lejos todavía, por lo que corrió tras él para preguntárselo.

—¿Qué queréis? —gritó el hombre, volviéndose rápido, al sentir que Bumble le tocaba en el brazo—. ¿Venís siguiéndome?

—Sólo para haceros una pregunta —respondió el otro, señalándole el trozo de papel—. ¿Por quién he de preguntar?

—¡Por Monks! —replicó el otro, y se alejó con premura.

*Que contiene un relato de lo que sucedió entre el señor y la señora Bumble, más el señor  
Monks, en su entrevista nocturna*

Hacia una noche oscura y sofocante de verano. Las nubes que amenazaran durante el día, extendidas en una densa y pesada masa de vapor, dejaban ya caer gruesas gotas de lluvia, presagiando una violenta tempestad, cuando el señor y la señora Bumble, saliendo de la calle principal de la ciudad, encaminaron sus pasos hacia una pequeña colonia de casas ruinosas, distante milla y media, que se alzaba sobre un terreno pantanoso y malsano, a orillas del río.

Ambos iban envueltos en viejas y raidas ropas, que acaso tuvieran el doble objeto de protegerlos contra la lluvia y ocultarlos a la observación ajena. El marido llevaba una linterna, de la que, no obstante, no salía luz ninguna; avanzaba penosamente unos pasos por delante de su mujer, como para ofrecerle, dado lo sucio del camino, la ventaja de que caminase sobre sus amplias huellas. Marchaban en silencio absoluto; de vez en vez, el señor Bumble aflojaba el paso y volvía la cabeza para cerciorarse de que su compañera le seguía, y al comprobar que le pisaba los talones, enmendaba su andar y proseguía a gran velocidad hacia su destino.

No era éste, ni mucho menos, un lugar de naturaleza dudosa, ya que se le conocía desde hacía tiempo como residencia de viles rufianes, que, so pretexto de vivir de su trabajo, subsistían, principalmente, merced al robo y al crimen. Componíase de una colección de verdaderas chozas, construidas unas con ladrillos sueltos, otras con los carcomidos maderos de los barcos, amontonadas, sin orden ni concierto, y asentadas, en su mayor parte, a pocos metros de la orilla del río. Unas cuantas lanchas resquebrajadas, arrastradas sobre el barro y sujetas a un pequeño muro que servía de margen, y algún que otro remo o rollo de cuerda, parecían indicar, a primera vista, que los moradores de aquellas zahúrdas miserables desempeñaban alguna profesión en el río; mas bastaba una ojeada al deteriorado e inservible estado de los objetos allí expuestos, para que el que junto a ellos pasara advirtiera, sin gran dificultad, que estaban así preparados, más para guardar las apariencias que con vistas a su eficaz empleo.

En el centro de este manojito de chozas, y a la orilla del río, sobre el que se asomaban los pisos altos, alzábase un gran edificio, que fuera antiguamente fábrica de algo. Probablemente, en sus buenos tiempos, procuró trabajo a los

habitantes de las viviendas de los alrededores; mas hacía tiempo que se hallaba en estado ruinoso. Las ratas, la carcoma y la acción de la humedad habían consumido y podrido los pilares sobre los que se apoyara, y una gran parte del edificio estaba hundida en el agua; mientras que el resto, vacilante e inclinado sobre la oscura corriente, parecía esperar el momento propicio para reunirse con su vieja compañía y correr la misma suerte.

Ante este ruinoso edificio detúvose la digna pareja, en tanto el primer estruendo de un trueno lejano resonaba en el aire y la lluvia comenzaba a caer con violencia.

—Por aquí debe de andar la casa —dijo Bumble, consultando el trozo de papel que tenía en la mano.

—¡Eh! —gritó una voz desde lo alto.

Siguieron la dirección del sonido, el señor Bumble levantó la cabeza y divisó a un hombre asomado a una ventana, a la altura del pecho, en el segundo piso.

—Esperad un minuto —gritó la voz—. Estoy con vos al instante.

Con lo que desapareció la cabeza y cerrose la ventana.

—¿Es ése el sujeto? —preguntó la esposa del señor Bumble.

Éste contestó con un signo afirmativo.

—Entonces, acuérdate de lo que te he dicho —advirtió la matrona—, y ten cuidado de decir lo menos posible si no quieres descubrirnos enseguida.

El señor Bumble, que había estado contemplando el edificio con sombrías miradas, disponíase, sin duda, a expresar su incertidumbre con respecto a la conveniencia de seguir adelante en la empresa; mas se lo impidió la aparición de Monks, que abrió una pequeña puerta y les hizo señas para que entrasen.

—¡Entrad! —gritó, impaciente, dando una patada en el suelo—. ¡No me tengáis aquí parado!

La mujer, que al principio vacilara, avanzó, decidida, sin más requerimientos. El señor Bumble, avergonzado o temeroso de quedarse atrás, la siguió con muestras de inquietud y sin apenas un gesto de aquella altiva dignidad, que generalmente fuera su principal característica.

—¿Por qué diablos os quedasteis ahí rezagados bajo la lluvia? —preguntó Monks, volviéndose y dirigiéndose a Bumble, una vez que hubo cerrado la puerta con cerrojo.

—Nos..., nos refrescábamos nada más —balbució Bumble, mirando intranquilo en derredor.

—¡Refrescándoos! —replicó gravemente Monks—. Toda la lluvia que ha caído, y la que ha de caer, no podrán apagar el fuego del infierno que un hombre es capaz de llevar consigo. ¡No creáis que vais a refrescaros tan fácilmente!

Tras de esta agradable advertencia, Monks lanzó su mirada sobre la mujer, hasta que, a pesar de que no se intimidaba fácilmente, tuvo ésta que apartar los ojos y bajarlos al suelo.

—Es ésta la mujer, ¿eh? —preguntó Monks.

—¡Ejem! ¡Ésta es! —respondió el señor Bumble, recordando la advertencia de su esposa.

—Supongo que no pensaréis que las mujeres no son capaces de guardar un secreto jamás, ¿no es cierto? —dijo la matrona, terciando en la conversación y devolviéndole a Monks su inquisitiva mirada.

—Sé que sólo hay *uno* que guardan siempre, hasta que se descubre —contestó Monks.

—¿Cuál puede ser? —preguntó la matrona.

—La pérdida de su reputación —respondió Monks—. Luego, por la misma razón, si una mujer posee un secreto que pueda llevarla a la horca o al destierro, no seré yo quien tema que se lo diga a nadie. ¿Me comprendéis, señora?

—No —contestó la matrona, ruborizándose ligeramente.

—Claro que no. ¿Cómo habíais de entenderlo?

Haciéndoles un gesto, mitad sonrisa, mitad rictus de enojo, indicó de nuevo a sus acompañantes que le siguiesen, y a través presuroso la estancia, bastante grande, aunque de techos bajos. Se disponía a subir por una empinada escalera de mano, y que conducía al piso o almacén superior, cuando el fulgurante esplendor de un relámpago penetró por el hueco, seguido del estrépito del trueno, que conmovió el destartado edificio hasta sus cimientos.

—¡Escuchad! —exclamó Monks, retrocediendo—. ¡Escuchad! Retumba y estalla como si resonase a través de mil cavernas, en donde los demonios se occultan de su estruendo. ¡Cómo aborrezco ese ruido!

Permaneció en silencio unos instantes, y luego, quitándose súbitamente las manos del rostro, mostrose, ante el indecible asombro del señor Bumble, pálido y trastornado.

—Estos accesos me dan de cuando en cuando —dijo Monks al advertir su alarma—, y a veces me los produce el trueno. No me hagáis caso; por esta vez ya pasó.

Y diciendo así, comenzó a ascender por la escalera, y, cerrando apresuradamente el postigo de la ventana del cuarto donde entrara, bajó una linterna que pendía del extremo de una cuerda y una polea pasada por una de las gruesas vigas del techo, que lanzó un débil resplandor sobre la mesa vieja y tres sillas junto a ella colocadas.

—Veamos —dijo Monks, una vez que estuvieron los tres sentados—. Cuanto antes entremos en el asunto, mejor para todos. Esta mujer sabe ya de lo que se trata, ¿no?

La pregunta iba dirigida al señor Bumble; mas su esposa anticipose a la respuesta, indicando que estaba perfectamente enterada de ello.

—¿Es verdad, entonces, que estuvisteis con aquella bruja la noche en que murió, y que os dijo algo...?

—Sobre la madre del niño de que hablasteis —respondió la matrona, interrumpiéndole—. Sí.

—La primera pregunta es ésta: ¿De qué naturaleza fue su declaración?

—Ésa es la segunda —advirtió la mujer resueltamente—. La primera debe ser: ¿Cuánto puede valer esa declaración?

—¿Y quién diablos puede decirlo, sin saber su especie? —replicó Monks.

—Nadie mejor que vos; de eso estoy convencida —contestó la señora Bumble, que no carecía de valor, como podía atestiguar cumplidamente su compañero de fatigas.

—¡Hum! —exclamó Monks de modo significativo y con una inquieta mirada—. Acaso se trate de algo que vale dinero, ¿eh?

—Tal vez... —fue su segunda respuesta.

—Algo que le quitaron... —agregó Monks—. Algo que llevara encima. Algo que...

—Mejor es que ofrezcáis —interrumpió la señora Bumble—. Ya he oído bastante para estar segura de que vos sois el hombre a quien debo hablar.

El señor Bumble, a quien su cara mitad no había hecho partícipe de más detalles del secreto que los que primeramente poseyera, escuchaba este diálogo estirando el cuello y desorbitando los ojos, que posaba, unas veces sobre su mujer y otras sobre Monks, sin disimular su asombro, aumentado, si es posible, al preguntar este último con acritud qué suma exigía por la revelación.

—¿Cuánto vale para vos? —preguntó la mujer con la misma tranquilidad de siempre.

—Acaso nada; tal vez veinte libras —respondió Monks—. Hablad ya y decidme cuánto.

—Añadid cinco libras a la suma que habéis dicho: dadme veinticinco libras en oro —dijo la mujer— y os contaré todo lo que sé. Pero antes, no.

—¡Veinticinco libras! —exclamó Monks, echándose hacia atrás.

—He hablado con toda la claridad que he podido —respondió la señora Bumble—. Además, la cantidad no es muy grande.

—Que no es grande para un mísero secreto que puede que no me sirva de nada cuando lo sepa —exclamó Monks con impaciencia—. ¡Y que lleva doce años o más durmiendo el sueño de los justos!

—Esas cosas se conservan bien, y, como el buen vino, con frecuencia duplican su valor con el correr del tiempo —contestó la matrona, con la misma decidida indiferencia que adoptara—. ¡En cuanto a dormir ese sueño, habrá muchos que duerman doce mil años más, o doce millones, que vos y yo sepamos, y que, al fin, contarán cosas extrañas!

—¿Y si doy el dinero inútilmente? —preguntó Monks, vacilando.

—Fácilmente podéis recuperarlo de nuevo —respondió la matrona—. No soy más que una mujer que está aquí sola y desamparada.

—Ni sola, querida, ni desamparada —protestó el señor Bumble con voz temblorosa—. Estoy aquí yo, querida. Y, además —añadió, mientras le castañeteaban los dientes—, el señor Monks es demasiado caballero para intentar ninguna violencia con personas parroquiales. El señor Monks sabe que no soy joven, querida, y que estoy un poco gastado ya, pudiéramos decir; mas también habrá oído... digo que, sin duda, el señor Monks habrá oído, querida, que soy un funcionario resuelto, con una fuerza extraordinaria, si se me provoca. No me hace falta más que una ligera provocación, y ya está.

Y al decir esto, el señor Bumble fingió lastimosamente aferrarse a su linterna con feroz ademán, demostrando claramente, por la asustada expresión de su semblante, que, en realidad, necesitaba ser provocado, y no ligeramente, para que hiciese una demostración belicosa, a menos que fuese contra los asilados o con alguna persona acostumbrada a ello.

—Eres un idiota —dijo la señora Bumble—, y mejor es que te calles.

—Más valiera que le cortasen la lengua antes de venir aquí, si no sabe hablar más bajo —dijo Monks ásperamente—. Conque es vuestro marido, ¿eh?

—¿Es mi marido? —contestó la matrona, riendo entre dientes para eludir la respuesta.

—Me lo figuré en cuanto entrasteis —replicó Monks, observando la mirada airada que la dama lanzó contra su esposo—. ¡Tanto mejor! Vacilo menos cuando trato con dos personas que son una misma. Os lo digo en serio. ¡Mirad!

Metiose la mano en el bolsillo y, sacando una bolsa de tela, extendió sobre la mesa veinticinco soberanos, que empujó hacia la mujer.

—¡Ea! —dijo—. Recogedlos; y en cuanto haya pasado ese maldito estrépito del trueno que presiento va a estallar sobre la casa, oiremos vuestra historia.

Pasó el trueno, que, en efecto, pareció estallar mucho más cerca, estrellándose casi encima de sus cabezas, y Monks, levantando la cara, inclinose hacia adelante para escuchar lo que iba a decir la matrona. Casi se tocaban los rostros de los tres, pues los dos hombres se apoyaban sobre la mesa con ansia de oír y la mujer también se adelantó para que pudiera escucharse su bisbiseo. Los débiles rayos de la suspendida linterna, al caer sobre ellos, aumentaban la palidez y la inquietud de sus semblantes, que, envueltos en una profunda y lúgubre oscuridad, cobraban un aspecto espantoso en extremo.

—Cuando murió esa mujer a quien llamábamos la vieja Sally —comenzó la matrona—, ella y yo estábamos solas.

—¿No había nadie delante? —preguntó Monks con un sordo murmullo—. ¿Ningún mísero enfermo o idiota en otra cama? ¿No pudo oírlos nadie ni había posibilidad de que os entendiesen?

—Ni un alma —contestó la mujer—. Estábamos solas. Cuando la muerte llegó a buscarla, sólo yo me quedé junto al cadáver.

—Bien —dijo Monks, mirándola atentamente—. Seguid.

—Me habló de una pobre mujer —prosiguió la matrona— que había traído un niño al mundo unos años antes, no sólo en la misma habitación, sino en la misma cama en que ella estaba agonizando.

—¿Sí? —murmuró Monks, temblándole los labios y mirando por encima del hombro—. ¡Pobre! ¡Qué cosas pasan!

—El niño era ese que le nombrasteis anoche —dijo la matrona, señalando con la cabeza a su marido—. A la madre le robó aquella enfermera.

—¿En vida? —preguntó Monks.

—Después de muerta —contestó la mujer con un ligero estremecimiento—. Del cadáver, cuando apenas había comenzado a serlo, robó lo que la pobre madre le rogara, con el último suspiro, que guardase por el bien de su hijo.

—¿Y lo vendió? —exclamó Monks con desesperada ansiedad—. ¿Lo vendió? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿A quién? ¿Cuánto tiempo hace?

—En el momento en que me decía, con gran dificultad, lo que había hecho con aquello —añadió la matrona— cayó muerta.

—¿Sin decir más? —preguntó Monks con voz que, al ahogarse, hacíase más feroz—. ¡Esto es mentira! Conmigo no se juega. Dijo más. Aunque tenga que arrancaros la vida a los dos, sabré lo que dijo.

—No pronunció una sola palabra más —insistió la mujer, inmovible, al parecer (lo contrario de lo que le sucedía al señor Bumble), ante la violencia de aquel extraño—; pero se agarró a mi vestido con violencia, con la mano semicerrada, y al ver que había muerto y tratar de soltar por la fuerza aquella mano, vi que encerraba un pedazo de papel sucio.

—Que decía... —interrumpió Monks, adelantándose.

—Nada —respondió la mujer—. Era una papeleta de empeño.

—¿De qué? —preguntó Monks.

—A su tiempo os lo diré —contestó la mujer—. Supongo que guardó la alhaja algún tiempo con la esperanza de sacar mejor partido; luego la empeñó y fue ahorrando o reuniendo dinero para pagar los intereses año tras año y evitar que se perdiera, con el fin de poder sacarla si algo trascendía de ella. Mas como nada había sucedido, murió, como os digo, con el trozo de papel en la mano, arrugado y pingajoso. La papeleta vencía a los dos días; y yo pensé que algo pudiera resultar de allí algún día y la desemeñé.

—¿Y dónde está? —preguntó Monks inmediatamente.

—Aquí —respondió la mujer; y, como si se alegrase de verse libre de ella, arrojó sobre la mesa una bolsita de cabritilla, apenas del tamaño suficiente para un reloj francés. Contenía un pequeño medallón de oro, con dos mechones de pelo y un anillo de boda de oro liso—. Dentro llevaba grabada la palabra «Agnes» —dijo la mujer—. Han dejado en blanco el lugar para el apellido, y sigue después la fecha, que es la de un año antes de que naciera el niño. Eso es lo que encontré.

—¿Y eso es todo...? —dijo Monks, tras un minucioso y ávido examen del contenido de la bolsita.

—Todo —respondió la mujer.

El señor Bumble exhaló un prolongado suspiro, como satisfecho de que la historia hubiese terminado sin hacerse mención ninguna a la devolución de las veinticinco libras; entonces cobró ánimos para enjugar el sudor que le escurriera por la nariz mientras duró el anterior diálogo.

—Nada más sé de esa historia, aparte de lo que pueda suponer —dijo la esposa, dirigiéndose a Monks tras de un breve silencio—, y nada quiero saber, pues así es mejor. Pero ¿podría hacerlos dos preguntas?

—Vos podéis preguntar —respondió Monks con cierta sorpresa—. Que yo conteste o no, ya es otra cuestión.

—Y suman tres —interrumpió el señor Bumble, dando una muestra de su genio.

—¿Es esto lo que esperabais obtener de mí? —preguntó la matrona.

—Sí —contestó Monks—. ¿Cuál es la otra pregunta?

—¿Qué pensáis hacer con esto...? ¿Podría utilizarse en mi contra?

—Jamás —replicó Monks—. Ni contra mí tampoco. ¡Mirad! Pero no avancéis un solo paso, porque si no vuestra vida no vale un comino.

Y diciendo esto, apartó bruscamente la mesa a un lado y tirando de una argolla de hierro que había sobre la tabla, levantó una trampilla, que se abrió a los pies del señor Bumble, haciéndole retroceder varios pasos con gran precipitación.

—Mirad al fondo —dijo Monks, bajando la linterna hacia la sima—. No tengáis miedo. Podría haberos dejado caer ahí tranquilamente mientras estuvisteis sentados, si tal hubiera sido mi propósito.

Así alentada, la matrona se acercó hasta el borde, y aun el mismo señor Bumble, impulsado por la curiosidad, se aventuró a hacer lo mismo. El agua turbia, agitada por las fuertes lluvias, corría con violencia al fondo y todos los rumores se perdían en el sonar del agua al estrellarse y encrespase contra los verdes y viscosos pilares. Allí debajo hubo en tiempos un molino, y la corriente, al azotar con su espuma las escasas estacas podridas y fragmentos de maquinaria que quedaban, parecía seguir su marcha con un nuevo impulso al verse libre de los obstáculos que inútilmente trataban de detener su impetuoso curso.

—Si arrojaseis al fondo el cuerpo de un hombre, ¿dónde estaría mañana? —dijo Monks, meciedo la linterna en aquel pozo oscuro.

—Doce millas río abajo y hecho pedazos, además —contestó Bumble, retrocediendo con sólo pensarlo.

Monks sacó de su pecho la bolsita, donde la guardara apresuradamente antes, y atándola a un peso de plomo, parte de una polea, que estaba tirado en el suelo, lo lanzó a la corriente. Cayó pesadamente, se hundió en el agua con un ruido apenas perceptible y desapareció.

Los tres miráronse a la cara, y diríase que respiraron con más libertad.

—¡Ea! —dijo Monks, cerrando la trampilla, que volvió a su posición anterior—. Si el mar devuelve a sus muertos, como dicen los libros, se guarda el oro y la plata para sí, y entre ellos, ese trasto.

—Desde luego —observó el señor Bumble con viveza.

—Supongo que tendréis la lengua quieta, ¿verdad? —dijo Monks con una mirada amenazadora—. Por vuestra esposa, no temo.

—Podéis contar conmigo, joven... —contestó el señor Bumble, arqueándose poco a poco hacia la escalera con excesiva cortesía—. En interés de todos, joven, y en el mío propio, como sabéis, señor Monks.

—Celebro, por vos, oíros hablar así —replicó Monks—. Encended vuestra linterna y salid de aquí cuanto antes.

Fue una suerte que la conversación terminase en ese punto; pues, de otro modo, el señor Bumble, que se había inclinado hasta quedar a seis pulgadas de la escalera, hubiera caído infaliblemente de cabeza a la habitación de abajo. Encendió su linterna con la que Monks soltara de las cuerdas y que entonces llevaba en la mano, y sin esforzarse en prolongar el diálogo, descendió en silencio, después de detenerse un instante para convencerse de que no se escuchaba más ruido que el batir de la lluvia afuera y el correr del agua.

Cruzaron lentamente y con precaución la habitación inferior, ya que Monks se estremecía como una sombra, y el señor Bumble, con la linterna a poca distancia del suelo, caminó no ya con notable cuidado, sino con paso extraordinariamente ligero para un caballero de su porte, mirando nervioso en derredor en busca de trampas ocultas. La puerta por donde entraran quedó silenciosamente abierta por Monks, y cruzando un simple saludo con su misterioso amigo, la pareja salió a la lluvia y a la oscuridad de la noche.

Tan pronto como hubieron desaparecido, Monks, que sentía, al parecer, una invencible aversión a la soledad, llamó a un muchacho que había permanecido oculto en algún lugar del piso bajo, y ordenándole que caminase delante llevando la luz, regresó a la habitación que acababa de abandonar.

*Donde se presentan algunos personajes respetables, ya conocidos del lector, y se pone de manifiesto la entrevista que celebraron Monks y el judío*

La noche siguiente a aquella en que los tres dignos personajes mencionados en el capítulo anterior ultimaban su negocio en la forma relatada, William Sikes, al despertar de un breve sueño, rezongó soñoliento, preguntando qué hora era.

La habitación en la que el señor Sikes formulara esta pregunta no era ninguna de las que habitara antes de la expedición a Chertsey, si bien se hallaba en el mismo barrio de la ciudad, y situada a no mucha distancia de su anterior morada. Por su aspecto no era tan apetecible como su antiguo alojamiento, sino oscura y mal amueblada, de tamaño muy reducido; iluminada sólo por un ventanuco en el techo abuhardillado, que daba a un callejón sucio y estrecho. Tampoco faltaban otras muestras de que el buen caballero había venido a menos en el mundo últimamente, ya que la gran escasez de mobiliario, unido a la desaparición de todos aquellos pequeños efectos, como son trajes y ropa blanca, revelaban un estado de extrema penuria, aparte de que el aspecto enflaquecido y extenuado del propio señor Sikes hubieran corroborado plenamente aquellos síntomas si hubiesen necesitado una más plena confirmación.

El salteador yacía tendido en la cama, envuelto en su casacón blanco a modo de bata, dejando ver un tono cadavérico y enfermizo, además de su estropeado gorro de dormir y una crespa barba negra de hacía una semana. Junto a la cabecera de la cama estaba sentado el perro, ora mirando a su amo con aire pensativo, ora mordiéndose las orejas y lanzando un leve gruñido cada vez que un ruido de la calle o de la parte baja de la casa llamábale la atención. Sentada junto a la ventana, y muy entretenida en remendar un viejo chaleco que formaba parte del traje ordinario del ladrón, había una mujer tan pálida y extenuada por las vigiliias y privaciones, que hubiera sido difícil reconocer en ella a la misma Nancy que ya apareciera en este relato, a no ser por la voz con que respondió a la pregunta del señor Sikes.

—Hace poco que han dado las siete —dijo la muchacha—. ¿Cómo te encuentras esta noche, Bill?

—Más flojo que el agua —respondió el señor Sikes, con una imprecación contra su alma—. Acércate y dame la mano para ayudarme a salir de esta maldita cama.

La enfermedad no había mejorado el humor del señor Sikes, pues en tanto la muchacha se levantaba y le conducía a una silla, masculló unas maldiciones contra su torpeza y le propinó unos golpes.

—Ya estás lloriqueando, ¿no? —exclamó Sikes—. ¡Vamos! No te quedes ahí haciendo pucheros. No sabes hacer nada mejor; acaba de una vez. ¿Me oyes?

—Te oigo —respondió la joven, volviendo la cara y forzando una sonrisa—. ¿Qué se te ha metido en la cabeza ahora?

—¡Ah! Lo has pensado mejor, ¿eh? —gruñó Sikes, al observar una lágrima que le temblaba en los ojos—. Tanto mejor para ti.

—Bueno; no querrás decir que vas a maltratarme también esta noche, Bill —dijo la muchacha, dejando caer la mano sobre su hombro.

—¡No! —exclamó Sikes—. ¿Y por qué no?

—Hace tantas noches —murmuró la joven con un tono de ternura femenina que diríase transmitía cierta dulzura a su voz—, hace tantas noches que vengo cuidándote y velándote con paciencia, como si fueses un niño, y ahora que te veo por primera vez vuelto en ti, no creo que me hubieses tratado de ese modo si lo hubieras pensado, ¿verdad? ¡Vamos, vamos; dime que no!

—Bueno, no —manifestó el señor Sikes—. Pero ¡maldita sea! Ya tenemos a la niña llorando otra vez.

—No es nada —contestó la muchacha, dejándose caer en una silla—. No me hagas caso. Pasará enseguida.

—¿Qué es lo que pasará? —preguntó Sikes con voz salvaje—. ¿Qué bobada se te ha ocurrido ahora? Levántate y muévete, y no me vengas con tus pamplinas de mujer.

En otro momento, esta reconvencción y el tono en que la pronunciara hubieran surtido el efecto deseado; mas la muchacha estaba verdaderamente débil y extenuada, por lo que recostó la cabeza sobre el respaldo de la silla y se desvaneció antes que el señor Sikes pudiera lanzar algunos juramentos adecuados, con los que, en parecidas ocasiones, estaba acostumbrado a adornar sus amenazas. Sin saber qué hacer a ciencia cierta en esta extraordinaria circunstancia, ya que los ataques de Nancy eran, por lo general, accesos violentos, de los que la víctima vuelve sin más ayuda que la de sus forcejeos y contorsiones, el señor Sikes probó con una pequeña blasfemia, y al ver que aquello resultaba totalmente ineficaz, pidió socorro.

—¿Qué pasa aquí, amigo mío? —dijo el judío, asomándose.

—Atended a esta chica, si podéis —respondió Sikes, con impaciencia—. ¡No os quedéis ahí charlando y haciéndome visajes!

Tras una exclamación de sorpresa, Fagin acudió presuroso en ayuda de la muchacha, mientras John Dawkins (conocido por el *Ladino Fullero*), que había seguido a su venerable amigo, depositó sobre el suelo un paquete con el que llegara cargado, y arrebatando una botella de manos de maese Charley Bates,

que le seguía de cerca, la destapó con los dientes en un abrir y cerrar de ojos y vertió una parte de su contenido en la garganta de la paciente, no sin antes probarlo, para evitar errores.

—Échale un poco de aire con el fuelle, Charley —dijo Dawkins—. Y vos, Fagin, frotadle las manos, mientras Bill le desata la falda.

Estas medidas para reanimarla, administradas con gran energía, especialmente la confiada a maese Bates, que, sin duda, juzgaba su participación en el caso una cosa divertidísima, no tardaron en producir el efecto apetecido. La muchacha volvió en sí poco a poco, llegó vacilante hasta una silla que había junto al lecho y escondió su rostro en la almohada, dejando que el señor Sikes recibiese a los recién llegados algo asombrado por su inesperada aparición.

—¡Bueno! ¿Qué mal viento os trae por aquí? —preguntó a Fagin.

—Ningún mal viento, amigo mío —contestó el judío—. Ellos no traen a nadie nada bueno, y yo sí os traigo algo, magnífico, que os alegraréis de ver. *Fullero*, hijo mío, abre ese paquete y da a Bill las chucherías en que nos gastamos el dinero esta mañana.

En cumplimiento de la orden de Fagin, el *Ladino* desató el paquete, que era de gran tamaño y venía envuelto en un viejo mantel, y alargó los objetos que contenía, uno por uno, a Charley Bates, que los fue colocando sobre la mesa, con múltiples exclamaciones encomiásticas acerca de su rareza y excelencia.

—¡Huy, qué pastel de conejo, Bill! —exclamó el jovencuelo, descubriendo uno enorme—. ¡Son unos seres tan delicados, con unas patitas tan tiernas, que los huesos se os deshacen en la boca y no hay necesidad de sacárselos! Media libra de té verde de siete chelines y medio, tan fuerte, que si lo echáis en agua hirviendo, hace saltar la tapa de la tetera; libra y media de succulento azúcar, como no lo han fabricado los negros en su vida, ¡qué va! Dos panes pequeños, un pedazo de queso de Gloucester, del bueno, y, para terminar, ¡lo más rico que habéis tomado nunca...!

Y con este último panegírico, maese Bates extrajo de uno de sus amplios bolsillos una botella grande de vino, cuidadosamente lacrada, en tanto Dawkins, en el mismo instante, llenó un vaso de un licor puro de otra botella que traía y que el enfermo arrojó en su garganta sin un momento de vacilación.

—¡Ah! —dijo el judío, frotándose las manos con satisfacción—. Veréis qué bien os sienta, Bill; veréis que bien.

—Sí; muy bien —exclamó Sikes—. Pero podría haberme muerto veinte veces sin que hubieseis hecho nada por socorrerme. ¿Os parece bonito dejar a un hombre en este estado, tres semanas o más, so pérfido?

—¿Estáis oyendo, muchachos? —replicó el judío, encogiéndose de hombros—. Y nosotros trayéndote todas estas cosas succulentas.

—De esas cosas no tengo nada que decir —observó Sikes, algo más calmado al pasear su mirada por la mesa—. Pero ¿qué me decís vos de vuestra persona?

Me dejáis aquí alicaído, enfermo, inútil y todo lo demás, y en todos estos días mortales os ocupáis de mí lo mismo que de ese perro. ¡Échalo de ahí, Charley!

—En mi vida he visto un perro más divertido —exclamó maese Bates, haciendo lo que le habían ordenado—. Se pone a oler la manducatoria como una vieja en la plaza. Hubiera hecho su fortuna en el teatro y, además, animaría el drama.

—¡Cállate la boca! —gritó Sikes, en tanto el perro se metía debajo de la cama, gruñendo airadamente...—. ¿Qué tenéis que decirme de vuestra persona, viejo zorro?

—He estado ausente de Londres más de una semana, amigo mío, para un nuevo asunto —respondió el judío.

—¿Y los otros quince días? —preguntó Sikes—. ¿Qué me decís de los otros quince días que me dejasteis aquí como a una rata enferma en su agujero?

—No lo pude evitar, Bill —contestó el judío—. No puedo daros más detalles delante de tanta gente; pero os doy mi palabra de honor de que no pude remediarlo.

—¿Palabra de qué...? —gruñó Sikes con desprecio—. ¡Vaya! Alguno de vosotros, muchachos, cortadme un pedazo de ese pastel para que se me quite el mal sabor de boca que me ha dejado esa frase; si no, se me va a atragantar.

—No os pongáis de mal humor, amigo —dijo el judío, con sumisión—. Jamás os he olvidado, Bill; ni una sola vez.

—¡No! Apuesto que no —respondió Sikes, con una amarga sonrisa—. Cada hora de las que me habéis tenido aquí tiritando y ardiendo, habréis estado urdiendo planes y tramando cosas, pensando: « Bill hará esto, Bill hará otro y Bill lo hará todo, por una porquería, en cuanto esté bueno y se vea en la necesidad de trabajar para mí» . ¡Si no hubiese sido por esa chica, me hubiera muerto!

—Vamos, Bill —reconvino el judío, tratando de atenerse a aquella frase—. ¡Si no hubiese sido por esa chica! ¿Y quién si no el pobre Fagin os procuró el medio de que tuvieseis con vos a tan hábil muchacha?

—En eso tiene razón —dijo Nancy, avanzando con premura—. ¡Dejad eso ya! ¡Dejad eso!

La aparición de Nancy dio un nuevo giro a la conversación, ya que los muchachos, a un leve guiño del astuto judío, comenzaron a obsequiarla con licor, si bien ésta lo tomaba con parquedad. Entretanto, Fagin, dando muestras de una desusada jovialidad, logró mejorar el humor de Sikes, fingiendo tomar a broma sus amenazas y riendo, además, de buena gana un par de chistes groseros que, tras recurrir repetidas veces a la botella, dignose hacer.

—Todo eso está muy bien —dijo el señor Sikes—; pero esta noche es preciso que dejéis algún dinero.

—No llevo ni un céntimo encima —respondió el judío.

—Pero lo tendréis en casa a montones —replicó Sikes—, y de ahí tenéis que

traérmelo.

—¡A montones! —exclamó el judío alzando las manos—. No tengo tanto como...

—No sé lo que tendréis, y apuesto a que apenas si lo sabéis vos tampoco, porque tardaríais bastante en contarlo —contestó Sikes—; pero es menester que yo tenga algo esta noche; a eso no hay que darle vueltas.

—Bien, bien —dijo el judío con un suspiro—. Enviaré al *Ladino* enseguida.

—No haréis nada de eso —replicó Sikes—. El *Ladino* lo es demasiado y se olvidaría de volver, se perdería en el camino, caería en algún garlito que se le impidiese o cualquier otra excusa parecida que vos le aconsejaseis. Irá Nancy a la guarida y lo cogerá ella, para mayor seguridad; así, mientras ella va, yo me echaré a dormir un poco.

Después de mucho pensar y discutir, el judío rebajó la suma del anticipo deseado de cinco a tres libras, cuatro chelines y seis peniques, protestando con solemnes aseveraciones que de esa manera no le quedarían en casa más que dieciocho peniques. El señor Sikes le contestó hoscamente que, si no podía conseguir más, se contentase con aquello. Nancy se dispuso a acompañarle a su casa, en tanto el *Fullero* y maese Bates colocaban las viandas en el aparador. A continuación, el judío despidiose de su afectuoso amigo y regresó a casa, acompañado de Nancy y los muchachos. Entretanto, el señor Sikes tirose en la cama y se dispuso a dormir hasta que volviese la joven.

A su debido tiempo llegaron a la morada del judío, donde encontraron a Toby Crackit y al señor Chitling enfrascados en su decimoquinta partida de *cribbage*. Innecesario es decir que este último era quien la perdía, y con ellas, su decimoquinta y última moneda de seis peniques, con gran júbilo de sus jóvenes amigos. El señor Crackit, sin duda algo avergonzado de que le sorprendieran departiendo con un caballero de categoría y prendas intelectuales tan inferiores a las suyas, bostezó y preguntando por Sikes, cogió el sombrero para irse.

—¿No ha venido nadie, Toby? —preguntó el judío.

—Ni un alma —contestó el señor Crackit, subiéndose el cuello—. Esto ha estado más soso que la cerveza. Debíais explicaros con algo bueno, Fagin, para recompensarme por haberos guardado la casa tanto tiempo. ¡Uf! Me he aburrido como una ostra, y si no hubiera sido porque he tenido el buen humor de divertir a este jovenzuelo, me hubiera dormido más pronto que si estuviese en Newgate. ¡Qué aburrimiento!

Con estas y otras explicaciones de la misma especie, Toby Crackit recogió sus ganancias y se las metió en el bolsillo del chaleco con aire altanero, cual si aquellas monedas de plata estuviesen muy por debajo de la consideración de un hombre de su alcurnia; hecho esto, salió del cuarto con aire fanfarrón y con tal elegancia y distinción, que el señor Chitling, lanzando miradas de admiración a sus piernas y a sus botas hasta que desapareció, aseguró a los presentes que aún

le parecía barata aquella amistad por quince monedas de seis peniques cada entrevista, y que lo perdido no le importaba ni la uña del dedo meñique.

—¡Qué tío más raro eres, Tom! —dijo maese Bates, divertido con aquella declaración.

—Pues no sé por qué —respondió Chitling—. ¿De verdad lo soy, Fagin?

—Lo que sois es una persona muy lista, querido —dijo el judío, dándole golpecitos en la espalda y haciendo un guiño a sus otros pupilos.

—Y Crackit es un tío elegante, ¿verdad, Fagin? —preguntó Tom.

—De eso no hay duda, querido —respondió el judío.

—Ya es una ventaja ser amigo suyo, ¿no, Fagin?

—Grandísima, en efecto, hijo mío —contestó el judío—. Lo que sucede es que están celosos, Tom, porque de ellos no lo es.

—¡Ah! —exclamó Tom con gesto victorioso—. Eso es lo que pasa. Me ha dejado limpio; pero en cuanto quiera puedo ir a ganar más, ¿no es verdad, Fagin?

—Pues claro que sí —respondió el judío—, y cuanto antes, mejor, Tom; conque a resarcirte enseguida de la pérdida y a no malgastar el tiempo. ¡Fullero! ¡Charley! Ya es hora de que os ocupéis del negocio. ¡Vamos! Son cerca de las diez y todavía no se ha hecho nada.

Obedeciendo a esta indicación, los muchachos, tras despedirse de Nancy con un movimiento de cabeza, cogieron los sombreros y se marcharon de la habitación. Al salir, el *Fullero* y sus animados amigos dijeron varias agudezas a costa de Chitling, en cuya conducta, justo es decirlo, nada extraño había, pues son muchos los jóvenes animosos que en la ciudad pagan más caro aún que el señor Chitling el ser vistos en la buena sociedad, y un gran número de elegantes caballeros de los que componen esa buena sociedad asientan su reputación en bases muy parecidas a las del flamante Toby Crackit.

—Ahora —dijo el judío una vez que salieron de la estancia— voy a cogeros el dinero, Nancy. Esta no es más que la llave de un armarito donde guardo las pocas cosas que traen los chicos, querida. El dinero no lo cierro nunca, porque nada tengo que encerrar, amiga mía... ¡Ja, ja, ja...! Nada que encerrar. ¡Pobre oficio es éste, Nancy, que no agradece nadie! Pero me gusta ver a estos jovencuelos a mi alrededor, y todo lo soporto, todo lo soporto. ¡Chis! —dijo de pronto, ocultándose la llave en el pecho—. ¿Quién es? ¡Escucha!

A la muchacha, que estaba sentada ante la mesa, cruzada de brazos, no pareció interesarle aquella llegada ni quién pudiera ser la persona que fuese o viniera, hasta que llegó a sus oídos la voz de un hombre. En el instante en que la percibió arrancose el sombrero y el chal con la rapidez del rayo y los arrojó debajo de la mesa. Al volverse el judío inmediatamente, murmuró unas quejas sobre el calor en un tono lánguido que contrastaba con la prisa y la violencia de su acción, inadvertida, sin embargo, para Fagin, porque estaba de espaldas a ella en aquel momento.

—¡Bah...! —musitó el judío como irritado por la intrusión—. Es el hombre que esperaba antes. Ya baja la escalera. Mientras esté aquí, ni una palabra del dinero, Nancy. No estará mucho tiempo...; ni diez minutos, amiga mía.

Y llevándose a los labios su rugoso dedo, el judío llevó la vela hacia la puerta, en tanto se oían los pasos del hombre en la escalera. Llegó a ella al mismo tiempo que el visitante. Entró éste apresuradamente en la estancia y quedose cerca de la muchacha, sin haberla advertido todavía.

Era Monks.

—Es una de las de mi gente joven —dijo el judío, observando que Monks retrocedía al contemplar a una desconocida—. No te vayas, Nancy.

La muchacha se acercó a la mesa y, mirando a Monks con indiferencia, apartó luego los ojos; mas cuando éste se volvió hacia el judío le lanzó otra mirada tan intensa, tan penetrante y llena de intención, que si un espectador hubiera podido observar aquel cambio, difícilmente podría haber creído que las dos miradas pertenecían a la misma persona.

—¿Hay noticias? —preguntó el judío.

—Y gordas.

—¿Y..., y buenas? —preguntó el judío, vacilando, como si temiese enojar al otro con su vehemencia.

—No malas del todo —dijo Monks, sonriendo—. Esta vez he estado bastante listo. Necesito decirlos algo.

La muchacha se acercó más a la mesa y no hizo intención de salir del aposento, a pesar de que pudo observar que Monks la estaba señalando. El judío, temiendo acaso que pudiera decir algo del dinero si trataba de quitarla de enmedio, señaló hacia arriba y llevose a Monks fuera de la habitación.

—No iremos a aquel agujero infernal donde estuvimos antes —pudo oír ella que decía aquel individuo mientras salían.

Rió el judío, y algo respondió, que no pudo oír. Por el crujir de las tablas parecía que le llevaba al segundo piso.

Antes que el rumor de sus pasos dejara de resonar por la casa, la muchacha se quitó los zapatos y, echándose el vestido por la cabeza y ocultando en él los brazos, quedose en la puerta escuchando con interés. En el momento en que cesó el ruido se deslizó fuera del cuarto, subió las escaleras con increíble sigilo y silencio y se perdió en la oscuridad que reinaba por las alturas.

La estancia quedó desierta durante un cuarto de hora o más; la muchacha regresó con el mismo paso fantasmal, e inmediatamente oyose descender a los hombres. Monks marchó a la calle al instante, y el judío subió de nuevo las escaleras en busca del dinero. Cuando volvió, la joven estaba colocándose el chal y el gorro, como disponiéndose a salir.

—Pero, Nancy —exclamó el judío, retrocediendo, mientras dejaba la vela sobre la mesa—, ¡qué pálida estás!

—¿Pálida? —repitió la muchacha, resguardándose los ojos con las manos como para mirarle fijamente.

—Horriblemente pálida —insistió el judío—. ¿Qué has estado haciendo aquí sola?

—Nada, que yo sepa, sino estar aquí sentada no sé cuanto tiempo —contestó la muchacha con indiferencia—. ¡Vamos, dejad que me vaya, que ya está bien!

Exhalando un suspiro a cada moneda, Fagin dejole el dinero en la mano. Se separaron sin más conversación, y tan sólo cruzaron un « Buenas noches » .

Cuando la muchacha se vio en la calle, se sentó en el umbral, y durante unos instantes diríase que quedó como aturdida, sin poder proseguir su marcha. Se levantó de pronto y, lanzándose precipitadamente en dirección contraria a aquella en donde Sikes esperaba su regreso, avivó el paso hasta convertirlo en una franca y decidida carrera. Agotada totalmente, se detuvo a tomar aliento, y cual si súbitamente recordase y deplorase su impotencia para hacer lo que pretendía, se retorció las manos y rompió a llorar.

Acaso porque sus lágrimas la aplacaron, o tal vez porque se diese cuenta de lo desesperado de su situación, torció su ruta y corrió casi con igual rapidez en dirección contraria, un poco por recobrar el tiempo perdido y otro poco para marchar al unísono con el raudal impetuoso de sus pensamientos. Pronto llegó a la morada donde dejara al bandido.

Si dejó entrever alguna agitación al presentarse ante el señor Sikes, éste no pareció advertirla, ya que únicamente preguntole si traía el dinero; al contestarle afirmativamente, lanzó un gruñido de satisfacción y, volviendo a dejar caer su cabeza sobre la almohada, reanudó el sueño que la llegada de la joven había interrumpido.

Fue una suerte para la muchacha que la posesión del dinero le tuviese tan ocupado al día siguiente en comer y beber y que, además, causase tan beneficiosos efectos para suavizar las asperezas de su carácter, que no tuviese tiempo ni ganas de mostrarse muy severo en cuanto a su conducta. Para los ojos de lince del judío hubiera resultado evidente que aquella actitud abstraída y nerviosa era la de quien se halla en vísperas de dar un paso audaz y peligroso, para decidirse al cual ha sido preciso librar una lucha nada vulgar, y es lo más probable que al instante se hubiera puesto en cuidado. Mas el señor Sikes, que carecía de estas sutilezas de observación, no sentía más agudos celos que los que se traducían en su tenaz brusquedad con todo el mundo y como, además, hallábase en el afable estado que ya hemos observado, nada extraño advirtió en su proceder, y en realidad preocupose tan poco de ella, que, aunque su agitación hubiese sido más patente, es muy probable que no hubiera conseguido despertar sus sospechas.

A medida que transcurría el día crecía la excitación de la muchacha, y, llegada la noche, se sentó a esperar que el salteador hubiese bebido lo suficiente

para quedarse dormido. Una extraordinaria palidez cubría su rostro, y en sus ojos había un fuego que hasta el mismo Sikes observó con asombro.

Débil por la fiebre y acia Sikes en el lecho, tomando agua caliente con ginebra para calmar su fuego, y había alargado su vaso a Nancy para que lo llenase de nuevo por tercera o cuarta vez, cuando le llamaron la atención por vez primera estos síntomas.

—¡Atiza! ¿Qué te pasa? —exclamó, alzándose sobre las manos para mirar a la joven a la cara—. Pareces un cadáver que ha vuelto a la vida.

—¿Que qué me pasa? —respondió la muchacha—. Nada. ¿Por qué me miras así?

—¿Qué memez es ésta? —preguntó Sikes, cogiéndola del brazo y sacudiéndola bruscamente—. ¿Qué es esto? ¿Qué significa esto? ¿En qué piensas?

—En muchas cosas, Bill —contestó la joven, estremeciéndose y apretándose los ojos con las manos—. Pero, ¡bah!, ¿qué importa?

El tono de fingida alegría con que pronunció estas últimas palabras pareció causar en Sikes una impresión más profunda que la mirada triste y perdida que las precediera.

—Voy a decirte una cosa —insistió Sikes—. Si no es que has cogido unas fiebres y te van a dar ahora, esto me huele a algo raro y peligroso además. ¿No irás a...? ¡No, canastos! ¡Tú no harías eso!

—¿El qué...? —le preguntó la muchacha.

—No hay otra, no —murmuró aquel hombre como para sí, mientras fijaba en ella su mirada—. No hay una muchacha más fiel que ésta; si no, le hubiera cortado el cuello hace tres meses. Es que le va a dar fiebre, eso es.

Tranquilizándose con esta seguridad, Sikesapuró el vaso hasta el fondo, y luego, refunfuñando imprecaciones, pidió su medicina. Púsose en pie la muchacha con presteza, vertió el líquido rápidamente, pero de espaldas a él, y le sostuvo el vaso en los labios mientras bebía.

—Ahora —le dijo el ladrón— ven y siéntate a mi lado y pon tu cara de siempre, si no quieres que te la cambie yo de manera que no la reconozcas cuando la necesites.

Obedeció la muchacha. Sikes, cogiéndole la mano, recostose sobre la almohada, volviendo los ojos hacia ella. Los cerró, los abrió de nuevo, cerrolos una vez más, y una vez más los abrió. Cambió de postura, intranquilo, y tras de dormir dos o tres minutos, despertándose con cara de terror y mirando alocado en torno a sí, cayó de pronto, como herido por el rayo, pudiéramos decir, y en el preciso instante en que iba a incorporarse, en un profundo y pesado sueño. Aflojose la presión de su mano, el brazo levantado cayó laxo junto a él y quedó como atacado de un síncope.

—El láudano ha hecho su efecto al fin —murmuró la muchacha, levantándose de junto a la cama—. Acaso sea ya demasiado tarde.

Púsose rápidamente el sombrero y el chal, mirando con temor en torno a sí de vez en vez, como si, no obstante la soporífera pócima, esperase a cada momento sentir la presión de la pesada mano de Sikes sobre su hombro; luego, inclinándose despacio sobre la cama, besó los labios del bandido y, abriendo y cerrando la puerta de la habitación con sigilo, salió presurosa de la casa.

Un sereno cantaba las nueve y media en el oscuro pasadizo que atravesara para salir a la vía principal.

—¿Hace mucho que ha sonado la media?—preguntó la muchacha.

—Falta un cuarto de hora para dar la hora —contestó el vigilante, alumbrándole el rostro con el farol.

«Y no podré llegar allí en menos de una hora o más», musitó Nancy, alejándose corriendo calle abajo.

Muchas de las tiendas estaban ya y cerradas en los callejones y travesías por donde pasara para ir de Spitalfields al West-End<sup>[13]</sup>. El reloj dio las diez, acreciendo su impaciencia. Andaba precipitadamente por la angosta acera, atropellando a los viandantes, y pasando como una exhalación bajo las cabezas de los caballos, cruzó las calles populosas, en donde montones de gentes esperaban ávidamente una ocasión para hacer lo mismo.

—¡Esa mujer está loca...! —decían las gentes, volviéndose a mirarla mientras corría.

Al llegar al más acaudalado barrio de la ciudad, las calles estaban relativamente desiertas, y su rápido paso excitó aún más la curiosidad entre los rezagados junto a quienes pasaba. Algunos avivaban su andar detrás de ella, como para ver hacia dónde se encaminaba con tanta prisa; unos cuantos se le adelantaron para volver la cabeza, sorprendidos de su celeridad sin límites; mas, uno a uno, se alejaron todos, y para cuando se aproximaba al lugar de su destino ya iba sola.

Era éste un hotel para familias en una tranquila pero hermosa calle cerca de Hyde Park. Cuando la luz brillante de la lámpara que ardía ante la puerta guiola hasta aquel lugar daban las once. Había acortado el paso como indecisa y sin saber si avanzar; mas aquel sonido la decidió, y penetró en el vestíbulo. En la portería no había nadie. Miró a su alrededor con aires de incertidumbre y se adelantó hacia la escalera.

—¡Eh, joven...! —dijo una mujer bien vestida, asomándose por una puerta que había detrás de ella—. ¿A quién buscáis?

—A una señora que para en esta casa —contestó la muchacha.

—¿Una señora? —fue la respuesta, acompañada de un gesto desdeñoso—. ¿Qué señora?

—La señorita May lie —dijo Nancy.

La joven, que estuvo observando su aspecto, respondió sólo con un gesto de supremo desdén y llamó a un criado para que la atendiese. A éste repitíole

Nancy la misma pregunta.

—¿De parte de quién...? —preguntó el criado.

—Es inútil que se lo diga —respondió Nancy.

—¿Ni el motivo? —dijo el criado.

—Tampoco —replicó la joven—. Pero es preciso que vea a esa señora.

—¡Vamos! —exclamó el criado, empujándola hacia la puerta—. Basta ya. Salid de aquí.

—Me tendrán que sacar a la fuerza para que me vaya —dijo la muchacha con violencia—. Y no les daría yo mal trabajo a dos como vos. ¿No hay nadie aquí —añadió mirando en derredor— que quiera llevar un simple recado para una pobre desgraciada como yo?

Esta súplica produjo efecto en un cocinero de rostro bonachón que, junto a otros sirvientes, contemplaba la escena, y que avanzó para intervenir.

—Llévaselo, Joe. ¿No puedes?

—¿Para qué...? —respondió el criado—. No supondrás que la señorita va a querer recibir a semejante mujer, ¿verdad?

Esta alusión a la dudosa personalidad de Nancy despertó una considerable y casta cólera en el seno de cuatro doncellas, que murmuraron con ardor que aquella criatura era un baldón para su sexo, y abogaron firmemente porque la arrojasen al arroyo sin piedad.

—Haced lo que queráis conmigo —dijo la muchacha, dirigiéndose a los hombres de nuevo—. Pero primero concededme lo que os pido. ¡Por Dios, os ruego que llevéis este recado!

El bondadoso cocinero intercedió de nuevo, y, como resultado de ello, el que acudió primero accedió a pasar el aviso.

—Y ¿qué es ello...? —preguntó el criado con un pie en la escalera ya.

—Que una joven suplica encarecidamente poder hablar con la señorita Maylie a solas —dijo Nancy—, y que con sólo oír la primera palabra de las que tiene que decirle sabrá si ha de escuchar su recado o hacer que la arrojen a la calle por impostora.

—¡Caramba...! —contestó el criado—. ¡Muy fuerte venís!

—Llevadme este ruego —dijo la joven con firmeza—, y traedme la contestación.

Subió corriendo el criado. Nancy permaneció, pálida y casi sin aliento, escuchando, con los labios temblorosos, las expresiones de desprecio, claramente perceptibles, de las castas doncellas, en las que fueron muy prolíficas y en las que arreciaron cuando regresó el criado diciendo a la joven que ya podía subir.

—En este mundo, de nada sirve ser decente —exclamó la primera doncella.

—Más vale el latón que el oro que ha resistido el fuego —añadió la segunda.

La tercera contentose con preguntarse: «De qué estarían hechas las señoras», y la cuarta fue la que inició un cuarteto de «¡Vergonzoso!», con que

terminaron aquellas Dianas.

Sin hacer caso de aquello, ya que su alma llevaba cosas de más peso, Nancy siguió al criado, trémulos sus labios, hasta una reducida antesala alumbrada por una lámpara que pendía del techo. Dejola allí el criado y se retiró.

*Una extraña entrevista que es consecuencia del capítulo anterior*

La joven había derrochado su vida en la calle, en los más pestilentes burdeles y antros de Londres; mas aún quedaba en ella algo de aquella primitiva naturaleza femenina, y al oír unos pasos ligeros que se acercaban a la puerta frontera al lugar por donde entrara y pensar en el inmenso contraste que se ofrecería un momento después en la reducida estancia, sintiose agobiada por el peso de su propia vergüenza y acobardose hasta pensar que difícilmente podría soportar la presencia de aquella con quien buscaba esta entrevista.

Mas en pugna con todos estos buenos sentimientos estaba su orgullo, defecto de los más ruines y envilecidos seres, no menos que de los más altos y encumbrados. La misera compañera de ladrones y rufianes, el triste desecho de las hórridas guaridas, cómplice de la escoria de las cárceles y penales, que vivía también a la sombra del patíbulo; este mismo ser degradado sentíase aún con demasiado orgullo para dejar entrever un leve destello de ese sentimiento femenino que ella consideraba debilidad y que era el único que la unía aún a esa humanidad que tan borrada quedara de su disipada vida desde niña.

Alzó los ojos lo suficiente para poder observar que la persona que ante ella se presentara era una muchacha grácil y hermosa, y luego, bajándolos de nuevo al suelo, movió la cabeza con fingida indiferencia mientras decía:

—Es difícil veros, señora. Si me hubiera ofendido y me hubiera marchado, que es lo que habrían hecho muchos, algún día lo habríais sentido, y no sin razón.

—Lamento muchísimo que alguien haya sido brusco con vos —contestó Rose—. No penséis más en ello. Decidme: ¿por qué deseáis verme? Soy la persona por quien preguntasteis.

El tono amable de esta respuesta, su dulce voz, su suave actitud, la ausencia de todo acento de altivez o disgusto, cogieron de improviso a la joven y se echó a llorar.

—¡Oh, señora, señora! —exclamó, crispando las manos contra su rostro—. ¡Si hubiera más personas como vos, habría menos como yo..., desde luego... desde luego...!

—Sentaos —dijo Rose, decidida—. Me angustiáis. Si la pobreza o la desgracia os afligen, celebraré consolaros si puedo, os lo aseguro. Sentaos.

—Permitidme estar en pie, señora —dijo la muchacha, sollozando aún—, y

no me habléis con tanta bondad hasta que me conozcáis mejor. Se está haciendo tarde. ¿Está..., está cerrada esa puerta?

—Sí —repuso Rose, retrocediendo unos pasos, como para estar más próxima a un posible socorro, caso de necesitarlo—. ¿Por qué?

—Porque —contestó la muchacha— voy a poner mi vida y la de algunos más en vuestras manos. Yo soy quien arrastró de nuevo a Oliver a casa del viejo Fagin, el judío, la noche en que salió de la casa de Pentonville.

—¡Vos! —exclamó la señorita Maylie.

—¡Yo, señora...! —contestó la joven—. Yo soy la infame criatura de que habréis oído hablar, que vive entre ladrones y que nunca, que yo recuerde desde que abrí mis ojos y mis sentidos en las calles de Londres, ha conocido otra vida mejor ni palabras más dulces que las que ellos me dijeron. ¡Que Dios se apiade de mí! No os importe huir de mi lado, señora. Soy más joven de lo que pensarais al verme: pero estoy acostumbrada a eso. Aun los más humildes se apartan para hacerme paso cuando voy por las calles.

—¡Qué cosa tan espantosa es ésta! —dijo Rose, apartándose involuntariamente de su extraña interlocutora.

—Dad gracias al Cielo de rodillas, señora —exclamó la joven—, por haber tenido amigos a quienes querer y que os cuidasen en vuestra niñez; por no haberos visto nunca acosada por el hambre y el frío, por el escándalo y la embriaguez, y... por algo peor que todo eso, como lo estuve yo desde la cuna, si es que puedo emplear esa palabra, porque sólo las callejuelas y el arroyo fueron la mía, como serán mi lecho de muerte.

—¡Os compadezco! —murmuró Rose con voz quebrada—. Se me encoge el corazón sólo de oiros.

—¡Que Dios os bendiga por vuestra bondad! —replicó la joven—. ¡Si supieseis lo que soy algunas veces, me compadeceríais más todavía! He huido de quienes sin duda me matarían si supiesen que he venido aquí a deciros lo que ha llegado a mis oídos. ¿Conocéis a un hombre llamado Monks?

—No —contestó Rose.

—Él sí os conoce —repuso la muchacha—, y sabía que vivíais aquí, pues por haberle oído hablar de este lugar pude encontraros.

—Jamás oí su nombre —dijo Rose.

—Entonces es que se llama de otro modo entre nosotros —respondió la muchacha—. Más de una vez he pensado lo mismo. Hace tiempo, poco después de que obligaran a Oliver a entrar en vuestra casa la noche del robo, yo, sospechando de ese hombre, escuché una conversación entre él y Fagin en la oscuridad. Descubrí, por lo que oí, que Monks, el hombre por quien os he preguntado, ¿sabéis...?

—Sí —dijo Rose—; ya entiendo.

—... que Monks —prosiguió la muchacha— le había visto por casualidad con

dos de nuestros chicos el día que le perdimos por primera vez, y había reconocido en él inmediatamente al muchacho que buscaba, aunque no pude averiguar por qué. Se puso de acuerdo con Fagin, y le dijo que si lograban apoderarse otra vez de Oliver le daría cierta suma, y aún recibiría más si conseguía hacer de él un ladrón, que es lo que Monks quería para algún fin particular suyo.

—Pero ¿con qué fin...? —preguntó Rose.

—Vio mi sombra en la pared mientras yo escuchaba con la esperanza de saberlo —explicó la muchacha—, y pocos hubieran podido quitarse de en medio a tiempo para que no me descubriesen. Pero yo sí lo hice, y ya no volví a verle más hasta anoche.

—Y ¿qué ocurrió entonces?

—Voy a decíroslo, señora. Anoche volvió otra vez. Y otra vez fueron arriba, y yo, envolviéndome para que mi sombra no me delatase, escuché también en la puerta. Las primeras palabras que oí a Monks fueron éstas: «Así pues, las únicas pruebas de la identidad del chico yacen en el fondo del río, y la vieja bruja que las recibí de su madre se pudre en su ataúd». Rieron y hablaron de su éxito en haber conseguido aquello, y Monks, hablando del muchacho y excitándose mucho, dijo «que aunque se había apoderado, sin peligro, del dinero de aquel diablillo, le hubiera gustado conseguirlo de otro modo, pues menuda broma hubiera sido haber humillado las fanfarronadas del testamento del padre, haciéndole desfilar por todas las cárceles de la ciudad hasta que le colgasen por alguna tremenda felonía que Fagin pudiera haber urdido después de haber sacado buen provecho de él, además».

—Pero... ¿esto qué es...? —exclamó Rose.

—La verdad, señora, aunque salga de mis labios —respondió la muchacha—. Luego, diciendo muchas palabrotas, que bastante han sonado en mis oídos, pero que resultarían extrañas a los vuestros, dijo que si pudiera satisfacer su odio quitándole la vida al muchacho, sin poner en peligro su pescuezo, lo haría; pero que no podía vivir siempre alerta para salir al encuentro a cada instante, y si se aprovechaba de su nacimiento y de su historia, todavía podría hacerle más daño. «En resumen, Fagin», añadió, «por muy judío que seáis, nunca habréis tendido un lazo como el que voy a prepararle yo a mi hermanito Oliver».

—¡Su hermano! —exclamó Rose.

—Eso dijo —murmuró Nancy, mirando inquieta en derredor, como no había dejado de hacer desde que comenzara a hablar, pues la visión de Sikes la perseguía constantemente—. Y aún hay más. Cuando habló de vos y de la otra señora, diciendo que parecía urdido por el Cielo o por el diablo que Oliver hubiese venido a parar a vuestras manos, empezó a reír y dijo que también eso le consolaba, pues cuántos miles y cientos de miles no daríais vos, si los tuvieseis, por saber quién era vuestro perro faldero.

—¿No pensaréis —exclamó Rose poniéndose muy pálida— que hablaba en serio?

—Muy en serio, y más enfurecido que nadie —respondió la muchacha, moviendo la cabeza—. Cuando se le despierta el odio habla siempre en serio. Conozco a otros que hacen cosas peores; pero preferiría escucharlos a ellos mil veces mejor que a Monks una sola. Se está haciendo tarde, y tengo que volver a casa sin que sospechen que he venido a semejante recado. Me voy enseguida.

—Pero ¿qué puedo hacer yo? —exclamó Rose—. Sin vos, ¿qué provecho puedo sacar de esta revelación? ¿Os volvéis! ¿Por qué queréis regresar con esos compañeros que me pintáis con tan horribles colores? Si repetís vuestras noticias a un caballero a quien puedo hacer venir al instante de la habitación de al lado, podéis ir a un lugar seguro en menos de media hora.

—Quiero volver —respondió la muchacha—. Tengo que volver, porque..., ¿cómo podré decir semejantes cosas a una mujer inocente como vos...? porque, entre los hombres de que os he hablado, hay uno, el más violento de todos, al que no puedo abandonar, no; ni siquiera para salvarme de esta vida que llevo.

—Vuestra intervención en favor de ese querido niño —dijo Rose—; el haber venido aquí con tan grave riesgo a decirme lo que acabo de oír; vuestra actitud, que me convence de la verdad de lo que decís; vuestra evidente contrición y vergüenza, todo ello me hace creer que podríais salvaros. ¡Oh! —exclamó con vehemencia, cruzando las manos mientras las lágrimas corrían por sus mejillas—. No cerréis vuestros oídos a las súplicas de una mujer, como vos; la primera, sí, la primera, creo, que acude a vos con voces de piedad y de compasión. Escuchad mis palabras y dejadme que os salve para mejor provecho.

—Señora... —musitó la muchacha, arrodillándose—, dulce y angelical señora, sois la primera que me ha dedicado palabras como éstas; si las hubiese escuchado hace unos años, quizá me hubieran apartado de una vida de pecado y de dolor; pero ya es tarde... ¡demasiado tarde!

—Nunca es tarde —refutó Rose— para el arrepentimiento y la reparación.

—Sí lo es —dijo la joven, debatiéndose entre las angustias de su conciencia—. Ya no puedo abandonarle. No podría ser la causa de su muerte.

—¿Y por qué habríais de serlo...? —preguntó Rose.

—Nada podría salvarle —dijo la muchacha—. Si yo contase a otros lo que os acabo de decir y le detuvieran, sería para morir. ¡Es el más osado de todos, y ha sido tan cruel...!

—¿Es posible —murmuró Rose— que por un hombre como ése renunciéis a toda esperanza futura y a la certidumbre de una inmediata salvación? Eso es una locura.

—No sé lo que será —contestó la joven—. Sólo sé que es así, y no me sucede a mí sola, sino a otros cientos de mujeres tan perversas y miserables como yo. Tengo que volver. No sé si será un castigo de Dios por el mal que haya hecho;

pero me siento arrastrada hacia él en medio de todos los sufrimientos y malos tratos, y creo que iría aunque supiese que, al fin, iba a morir en sus manos.

—¿Y qué voy a hacer yo? —dijo Rose—. No debo dejaros marchar de este modo.

—Sí debéis, señora, y sé que me dejaréis —replicó la muchacha, levantándose—. No impediréis que me vaya, ya que he fiado en vuestra bondad sin exigiros ni una sola promesa, como podría haberlo hecho.

—¿De qué han de servirme entonces vuestras noticias? —preguntó Rose—. Este misterio hay que aclararlo; si no, ¿cómo puede su revelación beneficiar a Oliver, a quien tan deseosa estáis de favorecer?

—Ya tendréis algún bondadoso caballero cerca de vos que pueda conocer el secreto y que os aconseje lo que debéis hacer —replicó la muchacha.

—Pero ¿dónde podré hallaros de nuevo, si es necesario? —preguntó Rose—. No pretendo saber dónde viven esas gentes horribles; pero ¿por dónde estaréis o pasaréis en un momento dado?

—¿Me prometéis guardarme el secreto y venir sola o con la otra única persona que lo sepa, sin que nadie me vigile ni me siga...? —inquirió la muchacha.

—¡Os lo prometo solemnemente...! —contestó Rose.

—Todos los domingos por la noche, de once a doce —dijo la muchacha sin vacilar—, me pasearé por el puente de Londres, si estoy viva.

—Esperad un momento —añadió Rose al ver que la joven se dirigía precipitadamente hacia la puerta—. Pensad una vez más en vuestra situación y en la oportunidad que tenéis de salir de ella. Sobre mí tenéis un derecho, no sólo como portadora voluntaria de estas noticias, sino como mujer casi sin redención posible. ¿Vais a volver con esa cuadrilla de ladrones, con ese hombre, cuando una sola palabra puede salvaros...? ¿Qué fascinación es la que os arrastra y os hace aferraros a la perversidad y a la desgracia? ¡Oh! ¿No hay una fibra sensible en vuestro corazón a la que yo pueda llegar? ¿Nada os queda a lo que pueda apelar en contra de esta terrible ofuscación?

—Cuando mujeres tan jóvenes, tan buenas y tan hermosas como vos —contestó la muchacha con firmeza— dan su corazón, el amor puede llevarlas muy lejos, aun teniendo, como tenéis, casa, amigos, admiradores y todo cuanto apetece. Cuando las que, como yo, sin más techo seguro que la tapa del ataúd, sin más amigo en la enfermedad o la muerte que la matrona de un hospital, ponemos nuestro corazón podrido en un hombre y dejamos que él ocupe el lugar que estuvo vacío toda nuestra mísera existencia, ¿quién puede esperar que nos salvemos? Compadecednos, señora; compadecednos por no tener más que ese único sentimiento de mujer y porque un severo juicio lo haya convertido, de consuelo y orgullo, en un nuevo medio de violencia y sufrimiento.

—¿Aceptaréis —dijo Rose tras una pausa— un poco de dinero mío que os

permita vivir honradamente, al menos hasta que nos encontremos de nuevo?

—Ni un penique —contestó la muchacha, despidiéndose con la mano.

—No cerréis vuestro corazón a todos mis esfuerzos por socorremos —dijo Rose, avanzando ligeramente—. Quiero favoreceros.

—Más me favoreceríais, señora —contestó la muchacha, estrujándose la mano—, si pudierais quitarme la vida ahora mismo, pues esta noche he sentido un dolor mayor que nunca al pensar en lo que soy, y ya sería algo no morir en el mismo infierno en que he vivido. ¡Que Dios os bendiga, bondadosa señora, y envíe sobre vos tanta felicidad como vergüenza arrojó sobre mí!

Y así diciendo y sollozando, la infeliz criatura salió, mientras Rose Maylie, abrumada por aquella extraordinaria entrevista, que más parecía un sueño fugaz que un hecho real, dejase caer en una silla y trató de coordinar sus alocados pensamientos.

*Que contiene nuevos descubrimientos y demuestra que las sorpresas, como las desgracias, nunca vienen solas*

En verdad, su situación era de una dificultad extraordinaria, pues si bien sentía el más vivo y ardiente deseo de aclarar el misterio en que se hallaba envuelta la historia de Oliver, joven e inocente, no tenía más remedio que conservar inviolable la confianza que depositara en ella la muchacha con quien acababa de hablar. Sus palabras y su actitud habían conmovido el corazón de Rose Maylie, y mezclada con su amor al joven que tuviera bajo su custodia y no menos intensa en su sinceridad y fervor era el ansia que sentía de atraer a la desgraciada al arrepentimiento y a la esperanza.

Sólo pensaban permanecer en Londres tres días antes de partir por algunas semanas a un lejano lugar de la costa. Eran ya las doce de la noche del primer día. ¿Qué decisión tomar que pudiera adoptarse en el curso de cuarenta y ocho horas? ¿Ni cómo podría aplazar el viaje sin despertar sospechas?

Con ellos estaba, y estaría dos días más aún, el señor Losberne; pero Rose conocía muy bien la impetuosidad de este excelente caballero y preveía perfectamente la cólera con que, en el primer estallido de su indignación, pensaría en el instrumento de la nueva captura de Oliver, para confiarle el secreto cuando sus manifestaciones en favor de la muchacha no iban a ser secundadas por ninguna otra persona experimentada. Todos estos eran motivos para que emplease también la máxima cautela y observase la conducta más circunspecta antes de comunicárselo a la señora Maylie, cuyo primer impulso sería, infaliblemente, celebrar una conferencia sobre el particular con el digno doctor. En cuanto a recurrir a un abogado, aun cuando hubiese sabido a quién acudir, apenas si podía pensarse en ello por las mismas razones. Un instante pensó en buscar ayuda en Harry; mas esto trájole el recuerdo de su última partida, y le parecía indigno de ella hacerle volver cuando —y las lágrimas acudieron a sus ojos al correr de estas reflexiones— tal vez ya hubiese aprendido a olvidarla y a ser feliz sin ella.

Agitada por estos encontrados pensamientos, inclinándose ya hacia uno, y hacia otro, para retroceder luego ante todos, a medida que cada nueva consideración iba surgiendo ante su mente, Rose pasó la noche insomne e intranquila. Después de mucho discutir consigo misma, al día siguiente llegó a la

desesperada resolución de consultar con Harry.

« Si doloroso es para él », pensó, « volver aquí, ¿cuánto no lo será para mí? Pero quizá no venga y escriba, o acaso venga y procure no encontrarse conmigo, como cuando se marchó. No creí que lo hiciera; pero fue mejor para los dos ». Y al llegar aquí, la pluma se le cayó de entre los dedos y volvió la cara, como si no quisiera que el papel que iba a ser su mensajero viese su llanto.

Volvió a tomar la pluma y la dejó de nuevo cincuenta veces, pensando y volviendo a pensar en la primera línea de su carta, sin escribir una sola palabra, cuando Oliver, que estuviera paseando por las calles, acompañado del señor Giles, entró en la habitación con tal prisa y tanta agitación, que hicieron presentir un nuevo motivo de alarma.

—¿Por qué vienes tan agitado? —dijo Rose, saliendo a su encuentro.

—No sé cómo vengo; pero parece como si me fuera a ahogar —contestó el muchacho—. ¡Oh, Dios mío! ¡Pensar que, al fin, voy a verle y vais a poder saber que es verdad todo cuanto os dije!

—Nunca pensé que nos hubieras dicho más que la verdad —dijo Rose, consolándole—. Pero ¿qué significa esto? ¿De quién hablas?

—He visto al caballero —respondió Oliver, sin poder casi articular palabra—, al caballero que tan bueno fue conmigo...: al señor Brownlow, de quien tantas veces hemos hablado.

—¿Dónde? —preguntó Rose.

—Salía de un coche —contestó Oliver, derramando lágrimas de gozo— y entraba en una casa. No le hablé..., no pude hablarle, porque no me vio, y empecé a temblar de tal modo, que no tuve fuerzas para subir tras él. Pero Giles preguntó si vivía allí, y le dijeron que sí. Mirad —añadió Oliver, desdoblando un trozo de papel—: Aquí está..., aquí vive... ¡Me voy allí al instante! ¡Ay, Dios mío, Dios mío! ¡No sé qué voy a hacer cuando llegue a verle y le oiga hablar de nuevo!

Embargada y no poco su atención con estas y otras muchas incoherentes exclamaciones de júbilo, Rose leyó las señas, que eran: Craven Street, en el Strand, y al instante decidió sacar partido de aquel descubrimiento.

—¡Pronto! —dijo—. Decid que vayan a buscar un coche y preparaos a venir conmigo. Os llevaré allí inmediatamente, sin perder minuto. No voy más que a decir a mi tía que salimos para una hora, y estaré dispuesta tan pronto como vos.

No necesitó Oliver que le encareciesen darse prisa, y en poco más de cinco minutos hallábanse camino de Craven Street. Al llegar allí, Rose dejó a Oliver en el coche, so pretexto de ir preparando al anciano caballero para recibirle, y haciendo pasar su tarjeta al criado, solicitó ver al señor Brownlow para un asunto muy urgente. Pronto regresó el criado para rogarle que subiese, y siguiéndole a una de las habitaciones del piso alto, la señorita Maylie fue llevada a la presencia de un caballero de edad, de agradable aspecto, que vestía una levita color verde

botella, y a poca distancia del cual sentábase otro anciano, con pantalones de mahón y polainas, no tan bondadoso al parecer; tenía éste las manos cruzadas sobre el puño de un grueso bastón y la barbilla apoyada en ellas.

—¡Vaya por Dios! —exclamó el caballero de la levita—. Os ruego que me perdonéis, joven. Supuse que era algún importuno que... Os ruego que me disculpéis. Sentaos, por favor.

—¿Sois el señor Brownlow, según creo? —dijo Rose, paseando su mirada del otro caballero a aquel que acababa de hablar.

—Así me llamo —respondió el anciano—. Éste es mi amigo el señor Grimwig. Grimwig, ¿tendréis la bondad de dejarnos solos unos minutos?

—Creo —advirtió la señorita Maylie— que en este punto de nuestra entrevista no es necesario que causemos a este caballero la molestia de salir de aquí. Si no estoy mal informada, él conoce ya el asunto del que quiero hablaros.

Inclinó el señor Brownlow la cabeza. El señor Grimwig, que había hecho una rígida reverencia al levantarse de la silla, volvió a hacer otra igual y se dejó caer en ella de nuevo.

—Sin duda, voy a causaros una gran sorpresa —dijo Rose, naturalmente azarada—. Pero hubo un tiempo en que tanta bondad y benevolencia derramasteis sobre un joven amigo mío, que estoy segura de que os interesará saber de él nuevamente.

—¡Ya lo creo! —exclamó el señor Brownlow.

—Se trata de Oliver Twist —añadió Rose.

No bien salieron de sus labios estas palabras, el señor Grimwig, que fingía estar sumido en la lectura de un voluminoso libro que había sobre la mesa, lo cerró con estrépito y, recostándose en la silla, alejó de su semblante toda expresión que no fuera de incontenible asombro y quedó con la mirada fija durante un gran rato. Luego, como avergonzado de haber dejado traslucir tanta emoción, se estremeció, por decirlo así, en una convulsión, para volver a su anterior actitud, y, mirando de frente, lanzó un largo y agudo silbido que no parecía descargarse sobre el vacío, sino que fue a morir a los más íntimos recovecos de su estómago.

El señor Brownlow estaba no menos sorprendido, si bien no expresó su asombro de forma tan excéntrica. Acercó más la silla a la señorita Maylie y dijo:

—Hacedme el favor, querida joven, de dejar enteramente a un lado la cuestión de la bondad y la benevolencia de que habláis, y de las que nadie sabe nada, y si está en vuestras manos el facilitarme alguna prueba que modifique la desfavorable opinión que me vi forzado a formar sobre ese pobre muchacho, comunicádmela en nombre del Cielo.

—¡Mala persona! Me apuesto la cabeza a que es una mala persona —rezongó el señor Grimwig, hablando, merced a alguna habilidad de ventrílocuo, sin mover

un músculo de su cara.

—Es un muchacho noble y cariñoso —replicó Rose, ruborizándose—, y Dios, que juzgó oportuno someterle a pruebas superiores a las que corresponden a sus años, ha puesto en su pecho afectos y sentimientos que honrarían a muchos que tienen seis veces más edad que él.

—Yo sólo tengo sesenta y uno —dijo el señor Grimwig con el mismo tono áspero—. Y como, si el diablo no anda en ello, este Oliver tiene doce años, por lo menos, no veo lo oportuno de vuestra observación.

—No le hagáis caso a mi amigo, señorita Maylie —aconsejó el señor Brownlow—; no sabe lo que dice.

—Sí lo sabe —gruñó el señor Grimwig.

—No, no lo sabe —replicó el señor Brownlow, irritándose evidentemente a medida que hablaba.

—Que se coma su cabeza si no lo sabe —insistió el señor Grimwig.

—Merecería que se la quitasen de un puñetazo entonces —dijo el señor Brownlow.

—Y a él le gustaría extraordinariamente ver que hay alguien capaz de hacerlo —repuso Grimwig, golpeando el suelo con el bastón.

Llegados a tal extremo, los dos caballeros tomaron indistintamente un polvo de rapé y después se estrecharon la mano, según su invariable costumbre.

—Ahora, señorita Maylie —dijo el señor Brownlow—, volvamos al asunto en que tan interesada está vuestra caridad. Decíme lo que sepáis de ese pobre niño; pero permitidme antes dejar bien sentado que agoté todos los medios que tuve a mi alcance para encontrarle, y que, desde que estuve ausente de este país, mi primera impresión de que me había engañado, persuadido por sus antiguos cómplices, para robarme, se ha modificado considerablemente.

Rose, que había tenido tiempo de serenar sus ideas, relató inmediatamente, en pocas y sencillas palabras, todo lo que le ocurriera a Oliver desde que abandonara la casa del señor Brownlow, reservándose la información de Nancy para decírsela a solas al caballero, y concluyendo con la seguridad de que el único pesar del muchacho, desde hacía muchos meses, fue el no poder encontrar a su antiguo bienhechor y amigo.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó el caballero—. Esto es una felicidad inmensa para mí; una inmensa felicidad. Pero no habéis dicho dónde está, señorita Maylie. Me perdonaréis que os haga un reproche; pero... ¿por qué no le trajisteis?

—Está esperando en un coche que hay a la puerta —respondió Rose.

—¡A la puerta! —exclamó el anciano.

Y diciendo esto, salió presuroso de la habitación, bajó las escaleras, llegase hasta el coche y entró en él sin pronunciar una sola palabra.

Cuando la puerta se cerró tras él, el señor Grimwig levantó su cabeza y,

convirtiendo en un eje una de las patas traseras de la silla, describió tres círculos distintos con ayuda de su bastón y de la mesa, sin levantarse de aquélla. Después de hechas estas evoluciones se levantó y comenzó a pasearse rápidamente de un extremo a otro de la habitación, por lo menos una docena de veces, hasta que, deteniéndose bruscamente delante de Rose, la besó sin más preámbulos.

—¡Chis! —dijo al ver que la joven se levantaba alarmada de este extraño proceder—. No temáis. Soy tan viejo que podría ser vuestro abuelo. Sois una dulce niña y os quiero. ¡Aquí están!

En efecto: en el momento en que, por una hábil zambullida, se colocaba en su primitivo asiento, el señor Brownlow regresaba acompañado de Oliver, a quien el señor Grimwig recibió con agrado, y aunque la satisfacción en aquel instante hubiese sido la única recompensa de todas sus inquietudes y cuidados por Oliver, Rose Maylie se hubiera considerado bien pagada.

—A propósito. Hay alguien más de quien no debemos olvidarnos —dijo el señor Brownlow, tocando la campanilla—. Por favor, que venga la señora Bedwin.

La vieja ama de llaves acudió con toda prisa a la llamada y, haciendo una reverencia en la puerta, esperó órdenes.

—Vamos, Bedwin, cada día estáis más ciega —dijo el señor Brownlow, impaciente.

—Así es, señor —respondió la anciana—. A mi edad, la vista no mejora con los años, señor.

—Eso también lo sé decir yo —replicó el señor Brownlow—; pero poneos las gafas y a ver si averiguáis para qué os llamaba, ¿queréis?

La anciana comenzó a revolver en el bolsillo para buscar sus gafas. Mas la paciencia de Oliver no pudo resistir esta prueba y, cediendo a su primer impulso, saltó a sus brazos.

—¡Dios me valga! —exclamó la anciana, abrazándole—. Pero ¡si es mi niño inocente!

—¡Viejecita mía! —exclamó Oliver.

—¡Ya sabía yo que volvería! —dijo la anciana, estrechándole entre sus brazos—. ¡Qué hermoso está, vestido otra vez como el hijo de un caballero! ¿Dónde has estado tanto, tantísimo tiempo? ¡Ay! ¡Su misma cara dulce, pero no tan pálido; sus mismos ojos claros, pero no tan tristes! No los olvidé nunca, ni su serena sonrisa; los veía todos los días junto a los de mis hijos queridos, muertos cuando yo era todavía una criatura alegre y joven.

Parloteando de este modo y apartando a Oliver para ver cuánto había crecido, estrechándole después contra ella mientras le acariciaba los cabellos, aquella buena mujer reía y lloraba alternativamente.

Dejando con ella a Oliver para que se comunicasen sus noticias a placer, el señor Brownlow pasó a otra habitación, y allí escuchó de labios de Rose el relato

completo de su entrevista con Nancy, que produjo en él no poca sorpresa y perplejidad. También explicole Rose sus razones para no confiarse a su amigo el señor Losberne, en primer lugar; el anciano consideró que había obrado con prudencia y prometió seguidamente celebrar una conferencia solemne con el digno doctor. Para facilitarle ocasión de que realizase este proyecto, quedó convenido que visitaría el hotel a las ocho de la noche y que, entretanto, la señora Maylie había de ser informada con precaución de todo cuanto había ocurrido. Acordados estos preliminares, Rose y Oliver volvieron a casa.

Rose no había previsto en modo alguno hasta qué punto subiría la cólera del bueno del doctor. No bien le fue revelada la historia de Nancy, lanzó una lluvia de execraciones y amenazas, prometiendo que ella sería la primera víctima del ingenio reunido de los señores Blathers y Duff y, en efecto, calose el sombrero, dispuesto a salir al instante para procurarse la ayuda de aquellas autoridades. Sin duda, llevado de su primer impulso, hubiera realizado su propósito sin pensar un momento en las consecuencias, si no se hubiese visto refrenado en parte por la consiguiente violencia del señor Brownlow, que también era de temperamento irascible, y en parte por aquellos argumentos y consideraciones que más propicios fueran para disuadirle de tan airada decisión.

—Entonces, ¿qué diablos vamos a hacer? —dijo el impetuoso doctor, una vez que regresaron junto a las dos damas—. ¿Hemos de dar un voto de gracias a todos esos miserables de uno y otro sexo, y rogarles que acepten cien libras cada uno como prueba de nuestra estimación y reconocimiento por sus bondades para con Oliver?

—Eso precisamente, no —replicó el señor Brownlow, riendo—; pero debemos obrar con mucha tranquilidad y con mucha cautela.

—¡Tranquilidad y cautela! —exclamó el doctor—. Yo los mandaría a todos a...

—No importa dónde —interrumpió el señor Brownlow—. Pero reflexionad si, mandándolos a donde queréis, íbamos a alcanzar el fin que perseguimos.

—¿Qué fin? —preguntó el doctor.

—Sencillamente, descubrir el origen de Oliver y recuperar para él la herencia de la que, si la historia es cierta, ha sido fraudulentamente despojado.

—¡Ah! —dijo el señor Losberne, serenándose y pasándose el pañuelo por la frente—. Casi se me había olvidado eso.

—¿Lo veis? —prosiguió el señor Brownlow—. Dejando enteramente a un lado a esa pobre muchacha y suponiendo que fuese posible hacer caer a esos canallas en manos de la Justicia sin comprometerla, ¿qué sacaríamos con eso?

—Probablemente, ahorcar a algunos de ellos, por lo menos —indicó el doctor—, y deportar a los demás.

—Muy bien —le respondió el señor Brownlow, sonriendo—. Pero, sin duda, eso lo conseguirán por sí solos con el tiempo, y si nos anticipamos a prevenirles,

me parece que haremos una quijotada, en contra de nuestros propios intereses, o, al menos, de los de Oliver, que es igual.

—¿Cómo? —preguntó el doctor.

—De esta manera. Es indudable que habremos de encontrar gran dificultad en llegar al fondo de este misterio, a menos que hagamos hincar la cerviz a ese tal Monks. Mas esto no lo lograremos sino con estratagemas y atrapándolo cuando no esté rodeado de esa gente. Pues aun suponiendo que le prendieran, no tenemos pruebas contra él. Que nosotros sepamos, o tal como los hechos se nos ofrecen, ni siquiera está complicado con la cuadrilla en sus raterías. Si no sale absuelto, es muy probable que no se le impusiera más castigo que el de encerrarle en la cárcel por vagabundo y pícaro, y, por supuesto, después de esto, su boca se cerraría tan herméticamente que para nosotros, como si fuese sordo, mudo e idiota.

—Luego —exclamó el doctor impetuosamente— de nuevo os digo: ¿creéis razonable que nos consideremos obligados por esa promesa a la muchacha, promesa hecha con la mejor y más noble intención, pero que, en realidad...?

—Por favor, no discutáis sobre ese punto, querida joven —dijo el señor Brownlow, interrumpiendo a Rose cuando se disponía a hablar—. La promesa hay que cumplirla. No creo que nos estorbe para nada en nuestras gestiones. Pero antes de que nos decidamos sobre el camino que hemos de seguir, será necesario que veamos a esa muchacha para averiguar por ella misma si quiere indicarnos dónde está ese Monks, en la inteligencia de que habrá de tratar sólo con nosotros y no con la Justicia; o si no quiere o no puede hacerlo, procurarnos por su mediación algunos datos sobre los sitios que frecuenta y las señas personales que nos permitan identificarle. Hasta el próximo domingo por la noche no podremos verla; estamos a martes. Yo aconsejaría que, entretanto, permaneciésemos absolutamente quietos y guardando el secreto de todo esto, hasta con el mismo Oliver.

Aunque el señor Losberne acogió con gesto torcido una proposición que significaba un retraso de cinco días enteros, tuvo que reconocer que en aquel momento no se le ocurría cosa mejor, y como Rose y la señora Maylie apoyaron firmemente al señor Brownlow, fue aprobada la proposición de éste por unanimidad.

—Me gustaría —dijo— pedir ayuda a mi amigo Grimwig. Es un ser extraño, pero muy sagaz, y pudiera servirnos de verdadera ayuda. He de advertir que estudió para abogado; pero abandonó el Foro disgustado, porque en veinte años no había tenido más que un sumario y un pedimento de oficio. Vosotros decidiréis si esto es o no una recomendación.

—No tengo inconveniente en que llaméis a vuestro amigo, si se me permite a mí llamar al mío —dijo el doctor.

—Debemos ponerlo a votación —repuso el señor Brownlow—. ¿Quién es él?

—El hijo de esta dama y... viejo amigo de esta señorita —dijo el doctor, señalando a la señorita Maylie y terminando con una expresiva mirada a su sobrina.

Rose se ruborizó, mas no opuso objeción alguna perceptible a esta propuesta —tal vez se considerase en franca minoría—, y Harry Maylie y el señor Grimwig quedaron, por tanto, agregados a la comisión.

—Por supuesto, nos quedaremos en Londres —dijo la señora Maylie— en tanto haya la menor esperanza de proseguir nuestras investigaciones con algunas probabilidades de éxito. No ahorraré esfuerzo ni gasto alguno para alcanzar el fin en que todos estamos profundamente interesados, y permaneceré contenta aquí, aunque sea por espacio de doce meses, mientras me aseguréis que queda una esperanza.

—¡Bueno! —replicó el señor Brownlow—. Y como adivino en los semblantes que me rodean deseos de preguntarme cómo fue que no me hallé presente para corroborar el relato de Oliver y abandoné tan inesperadamente el reino, permitidme que ponga como condición el que no se me hagan preguntas hasta que llegue el momento en que yo juzgue oportuno anticiparme a ellas, refiriendo mi propia historia. Creedme: tengo poderosas razones para haceros este ruego, porque, de lo contrario, podría hacer nacer esperanzas destinadas a no cumplirse jamás, con lo que no se lograría sino crear más dificultades y desengaños, bastante numerosos ya. ¡Vamos! La cena está servida, y el joven Oliver, que está solo en la habitación contigua, habrá empezado a pensar que nos hemos aburrido de su compañía y estamos tramando algún negro complot para lanzarle de nuevo al mundo.

Y dichas estas palabras, el anciano ofreció su brazo a la señora Maylie y la condujo al comedor. Detrás marchó el señor Losberne, llevando a Rose, y por el momento quedó levantada la sesión del consejo.

*En el que un antiguo amigo de Oliver, dando evidentes pruebas de su ingenio, se convierte en un personaje público de la metrópoli*

La misma noche en que Nancy, después de dejar al señor Sikes sumido en un sueño, marchó presurosa a cumplir la misión que se había impuesto cerca de Rose Maylie, dirigíanse a Londres, por la gran carretera del Norte, dos personas, a las que conviene que esta historia preste atención.

Eran un hombre y una mujer, o quizá se los designaría mejor llamándolos un varón y una hembra, ya que el primero era una de esas personas zanquilargas, patituertas, renqueantes y huesudas, a quien es difícil asignar una edad precisa, que de niños parecen hombrecillos achaparrados, y casi de hombres, niños grandullones. La mujer era joven, pero de recia y robusta contextura, como necesitaba serlo para soportar el peso del enorme fardo que llevaba sobre sus espaldas. A su compañero no le estorbaba mucho el equipaje, pues que de un palo que llevaba al hombro sólo pendía un paquetito envuelto en un pañuelo ordinario y muy ligero al parecer. Esta circunstancia, unida a la largura de sus piernas, de un tamaño extraordinario, poníale en condiciones de llevar fácilmente una media docena de pasos de delantera a su acompañante, hacia quien de vez en vez se volvía con un impaciente movimiento de cabeza, como reprochándole su lentitud y animándola a una mayor diligencia.

Así marchaban por el polvoriento sendero, haciendo caso omiso de los objetos que se les ofrecían a la vista, salvo cuando se apartaban a un lado para dejar paso a las diligencias que salían de la ciudad, hasta pasar por el arco de Highgate, en donde el viajero delantero se detuvo y llamó, impaciente, a su compañera.

—¡Vamos! ¿No puedes? ¡Qué vaga eres, Charlotte!

—Te digo que pesa mucho —dijo la mujer, avanzando casi ahogada de cansancio.

—¡Mucho! ¿Qué estás hablando? ¿Para qué sirves entonces? —replicó el viajero, cambiándose de hombro su reducido hato—. ¡Ea! ¿Ya estás descansando otra vez? Bueno; si esto no es para consumirle a uno la paciencia, que venga Dios y lo vea.

—¿Falta mucho? —preguntó la mujer, apoyándose contra un terraplén y alzando la mirada, mientras el sudor le caía abundantemente por el rostro.

—¡Mucho! Mira: ¿ves aquello? —le dijo el zanquilargo andarán señalando frente a él—. Ésas son las luces de Londres.

—Pues quedan dos millas largas, por lo menos —dijo la mujer con desaliento.

—No te ocupes de si quedan dos o quedan veinte —dijo Noah Claypole, pues era él—, y levántate y sigue, si no quieres que te dé un puntapié; conque ya estás avisada.

Y como la nariz de Noah se enrojeciera de ira y cruzó la carretera rezongando, como dispuesto a llevar a efecto su amenaza, la mujer se levantó sin hacer nuevas observaciones y continuó su penoso andar junto a él.

—¿Dónde piensas pararte a pasar la noche, Noah? —preguntó ella, después que hubieron andado unos centenares de metros.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —replicó Noah, cuyo humor se había empeorado considerablemente con la marcha.

—Supongo que será cerca —dijo Charlotte.

—No; cerca, no —respondió Claypole—. ¡Vaya! Cerca, no; conque no lo pienses.

—¿Por qué no?

—Cuando te digo que no pienso hacer una cosa, eso basta, y no hacen falta porqués ni porqués —contestó Claypole con dignidad.

—Bueno; no te enfades —dijo su compañera.

—¡Estaría bonito, ya lo creo, que nos parásemos en la primera posada de las afueras de la ciudad para que, si Sowerberry nos ha seguido, asome las narices y nos haga volver en un carro con las esposas puestas! —dijo Claypole en tono sarcástico—. ¡No! Tengo que seguir y perderme por las calles más estrechas que encuentre, sin parar hasta que lleguemos a la casa más apartada que pueda echarle la vista encima. ¡Bueno, ya puedes dar gracias a tu suerte de que yo tenga cabeza, pues si al principio no nos hubiésemos largado por el camino contrario, a propósito, para volver a campo traviesa, hace una semana que estarías encerrada a piedra y lodo, señora mía! ¡Y te estaría bien empleado por tonta!

—Ya sé que no soy tan lista como tú —contestó Charlotte—; pero no me echas a mí toda la culpa ni digas que yo estaría encerrada. Si me encerrasen a mí, a ti también, de seguro.

—La que cogió el dinero del cajón fuiste tú, ya lo sabes —contestó Claypole.

—Pero lo cogí para ti, Noah querido —repuso Charlotte.

—¿Me lo he guardado yo? —preguntó Claypole.

—No; me lo confiaste a mí y dejaste que lo llevase yo, porque eres un buen chico —dijo la dama, acariciándole la barbilla y pasándole el brazo por el suyo.

Y así era, en efecto; mas como no tenía por costumbre el señor Claypole depositar una ciega y necia confianza en nadie, debe observarse, en justicia para

él, que si fió en Charlotte a tal extremo fue para que, si los perseguían, le encontraran el dinero a ella, lo que le daría a él ocasión para afirmar su absoluta inocencia en el robo, facilitándole grandemente sus posibilidades de escape. Por supuesto, en esta coyuntura no entró en explicaciones sobre sus motivos, y continuaron amorosamente la marcha.

En cumplimiento de su precavido plan, el señor Claypole continuó sin parar hasta llegar a la posada de El Ángel, en Islington, donde sabiamente pensó, a juzgar por la cantidad de viajeros y el número de carruajes, que empezaba verdaderamente Londres. Deteniéndose lo preciso para observar cuáles eran las calles más concurridas y, por consiguiente, las que más debía evitar, llegó hasta Saint John's Road, y pronto se adentró en la oscuridad de los intrincados y sucios vericuetos que hay entre Gray's Inn Lane y Smithfield, y que convierten aquella parte de la ciudad en una de las más ruines y peores que el progreso dejara en el centro de Londres.

Por estas calles prosiguió Noah Claypole, arrastrando a Charlotte tras de sí, ora saliendo al arroyo para abarcar de una ojeada todo el aspecto exterior de algún mesón, ora continuando su despaciosa marcha cuando algo le inducía a creer que era a propósito para él. Por fin, se detuvo ante una de las de más humilde aspecto y más sucias que había visto hasta entonces, y, cruzando a la acera opuesta para examinarla desde lejos, anunció cortésmente su intención de pasar allí la noche.

—Dame el lio —dijo Noah, desatándolo de la espalda de la mujer y colgándolo de la suya— y no hables nada hasta que no te hablen. ¿Cómo se llama esta casa...? Los T-r-e-s... ¿Los tres qué?

—Cojos —dijo Charlotte.

—Los Tres Cojos —repitió Noah—. ¡Bonito nombre! ¡Vamos, pégate a mis talones y entremos!

Y tras dar instrucciones, empujó la rechinante puerta con el hombro y entró en la casa seguido de su compañera.

No había nadie en el mostrador, salvo un joven judío, que, apoyado de codos en él, leía un periódico grasiento. Miró fijamente a Noah y éste le devolvió la mirada.

Si Noah hubiese ido ataviado con un traje de chico de la Beneficencia, hubiera habido motivo para que el judío abriese los ojos de aquel modo; pero como se había despojado de la chaqueta y de la placa y llevaba una blusa corta sobre unos pantalones de cuero, no había razón ninguna para que su aspecto llamase tanto la atención en una taberna.

—¿Es aquí Los Tres Cojos? —preguntó Noah.

—Eso dice la muestra de la casa —replicó el judío.

—Un caballero que nos encontramos en el camino cuando veníamos del campo nos recomendó que viniésemos aquí —dijo Noah, dando con el codo a

Charlotte, quizá para llamarle la atención a este ingeniosísimo modo de causar respeto y tal vez para advertirle de que no mostrase sorpresa—. Queremos dormir aquí esta noche.

—No sé si podréis —dijo Barney, que era el fantasmal mozo—; pero preguntaré.

—Llévanos al comedor y danos un poco de carne fría y un trago de cerveza, mientras preguntas, ¿quieres? —dijo Noah.

Obedeció Barney, guiándolos a una reducida estancia interior y colocando ante ellos las viandas solicitadas; hecho esto, informó a los viajeros que podían alojarse allí aquella noche, dejando que la pareja tomara su refrigerio.

Ahora bien; esta habitación interior estaba detrás del mostrador y un poco más baja, de manera que toda persona de la casa que levantase una cortinilla que ocultaba una ventanilla de cristal abierta en la pared de este último aposento, a unos cinco pies del suelo, no sólo podía contemplar a los presuntos huéspedes sin riesgo de ser vista —el cristal estaba en un ángulo del muro, y entre él y una gruesa viga vertical podía colocarse el observador—, sino que, aplicando el oído al tabique, podía enterarse con bastante claridad del tema de la conversación. Desde hacía cinco minutos, el dueño del establecimiento no había apartado su mirada de este lugar de observación, y acababa Barney de regresar de su comunicación antes mencionada, cuando Fagin, en el curso de sus asuntos de aquella noche, entró en la tienda para preguntar por algunos de sus jóvenes discípulos.

—¡Chis! —dijo Barney—. ¡Que hay forasteros en el cuarto de al lado!

—¿Forasteros? —repetió el viejo en voz baja.

—¡Ah! ¡Y ladrones, por cierto! —añadió Barney—. Vienen del campo: pero son de vuestro oficio, si no me equivoco.

Al parecer, Fagin acogió esta noticia con gran interés. Subiéndose en una banqueta, aplicó con precaución el ojo al cristal, desde cuyo puesto secreto pudo ver al señor Claypole servirse carne en fiambre del plato y cerveza del jarro, y administrar una dosis homeopática de ambas cosas a Charlotte, que se hallaba pacientemente sentada, comiendo y bebiendo lo que él quería.

—¡Ajajá! —murmuró el judío, volviéndose hacia Barney—. Me gusta el aspecto de ese mozo. Podría sernos útil... Sabe tratar a la muchacha. Haced menos ruido que un ratón, querido, y dejadme escuchar lo que hablan..., dejadme escuchar.

De nuevo miró el judío por el cristal, y, aplicando el oído al tabique, escuchó atentamente, poseído su rostro de una sutil y ávida mirada que pudiera haber pertenecido a un duende.

—Conque ya sabes que quiero ser un caballero —decía Claypole, estirando las piernas y prosiguiendo una conversación cuyos comienzos no oyera Fagin por haber llegado demasiado tarde—. Se acabaron los viejos y divertidos ataúdes,

Charlotte; sólo he de llevar una vida de caballero, y, si quieres, tú serás la dama.

—Ya lo creo que me gustaría, querido —respondió Charlotte—; pero no todos los días se puede vaciar un cajón ni hay gentes de la que puede una deshacerse.

—¡Váyanse a la porra los cajones! —dijo el señor Claypole—. Hay más cosas que pueden vaciarse.

—¿Qué quieres decir? —preguntó su compañera.

—Bolsillos, esas bolsas de malla que llevan las señoras; casas, diligencias, bancos... —respondió Claypole, animándose con la cerveza.

—Pero todo eso no lo puedes hacer tú, querido —dijo Charlotte.

—Ya me buscaré quien pueda acompañarme —respondió Noah—. Y ellos nos servirán de alguna manera. Tú sola vales por cincuenta mujeres; en mi vida he visto una criatura tan taimada y engañosa como tú, si te dejas.

—¡Ay, Señor! ¡Cómo me gusta oírte decir eso! —exclamó Charlotte, estampando un beso en su horroroso rostro.

—¡Bueno, basta! No te pongas demasiado cariñosa, no vaya a ser que me enfade contigo —dijo Noah, apartándose de ella con seriedad—. Me gustaría ser el capitán de una banda, para tenerlos achantados a todos y espiarles sin que ellos lo supiesen. Eso me iría bien, si hubiese buenas ganancias y pudiésemos entrar en tratos con un caballero de esa clase. Pienso que eso sería barato para ese billete de veinte libras que llevas ahí, sobre todo porque no sabemos muy bien cómo deshacernos de él.

Después de expresar esta opinión, Claypole miró el jarro de cerveza con gesto de honda sabiduría, y una vez que hubo agitado bien su contenido, hizole un ademán deferente a Charlotte y bebió un trago que pareció reanimarle bastante. Pensaba ya en otro, cuando de pronto se abrió la puerta y apareció un conocido, que le interrumpió.

Era éste el señor Fagin. Se presentó con amable aspecto, hizo una profunda reverencia al avanzar y, sentándose ante la mesa más próxima, pidió algo de beber al gestero Barney.

—Hace una hermosa noche, caballero, aunque algo fresca para esta época del año —dijo Fagin, frotándose las manos—. Venís del campo, según veo, señor...

—¿En qué lo conocéis? —preguntó Noah Claypole.

—En Londres no tenemos tanto polvo como el que lleváis encima —respondió el judío, señalando los zapatos de Noah y los de su compañera, y luego los dos bultos.

—Sois muy vivo —dijo Noah—. ¡Ja, ja, ja! ¡Cualquiera que le oyera, Charlotte!

—¡Bah! En esta ciudad hay que serlo, amigo mío —contestó el judío, bajando la voz en tono confidencial—. Ésa es la verdad.

El judío completó su observación llevándose el dedo índice a la nariz, gesto

que Noah trató de imitar, aunque sin éxito pleno, como consecuencia de que la suya no era lo suficientemente grande para el caso. Sin embargo, el señor Fagin pareció interpretar su intento como expresión de una perfecta coincidencia en su opinión, y ofreció la bebida que Barney le trajera con amable ademán.

—Buen género es ése —observó Claypole, relamiéndose los labios.

—Pero ¡caro! —dijo Fagin—. Preciso es que un hombre ande siempre vaciando un cajón, un bolsillo, una redecilla de mujer, una casa, una diligencia o un banco, si quiere beberlo con regularidad.

Tan pronto como Claypole oyera este extracto de sus observaciones, echose atrás en la silla y paseó su mirada del judío a Charlotte, cubierto el rostro de una cenizosa palidez y un terror inmenso.

—No me hagáis caso, amigo —dijo Fagin, acercando más su silla—. ¡Ja, ja, ja! Ha sido una suerte que fuera yo solo quien os oyera por casualidad.

—No lo cogí yo —balbució Noah, dejando de estirar las piernas como un caballero independiente y recogióndolas como pudo debajo de la silla—. Ella fue quien lo hizo todo. Tú lo tienes, Charlotte, sabes que lo tienes.

—No importa quién lo tenga ni quién lo hiciese —repuso Fagin, mirando, sin embargo, con ojos de lince a la muchacha y a los dos bultos—. Yo también estoy metido en ello, y por eso me gustáis.

—Y ¿qué es ello? —preguntó Claypole, serenándose un poco.

—En ese oficio —replicó Fagin—, y la gente de la casa también. Habéis dado en el clavo, y estáis seguros aquí. En toda la ciudad no hay lugar más seguro que Los Cojos; es decir, cuando yo quiero que lo sea, y me habéis sido simpáticos, vos y la joven; por eso he dado ya las órdenes oportunas, y podéis tranquilizar el ánimo.

Tras estas seguridades, acaso el ánimo de Noah Claypole se serenase, mas no su cuerpo, sin duda, pues que se revolvió inquieto, adoptando extrañas posturas en tanto contemplaba a su nuevo amigo con mezcla de temor y recelo.

—Y os diré más —añadió el judío, después de haber tranquilizado también a la muchacha a fuerza de amistosos gestos y susurrados estímulos—. Tengo un amigo que creo ha de poder satisfacer vuestro preciado deseo y ponerlos en el buen camino, en donde podéis elegir aquella rama del negocio que más os cuadre, al principio, mientras os enseñan las demás.

—Parece que lo decís en serio —replicó Noah.

—¿Qué iba a ganar con lo contrario? —preguntó el judío, encogiéndose de hombros—. ¡Escuchad! Permitidme que os diga dos palabras fuera de aquí.

—No hay por qué molestarse en salir —dijo Noah, estirando de nuevo las piernas poco a poco—. Mientras, ella se llevará arriba el equipaje. ¡Charlotte, ocúpate de los bultos!

Este mandato, dado con majestuosidad, fue obedecido sin la menor objeción, y Charlotte salió con los paquetes, mientras Noah le abría la puerta y la

observaba alejarse.

—La tengo bien educada, ¿verdad? —preguntó al volver a su asiento, con tono del domador que ha amaestrado a algún animal salvaje.

—Perfectamente —replicó afectuosamente Fagin, dándole unos golpecitos en el hombro—. Sois un genio, querido.

—¡Bah! Supongo que si no fuese así, no estaría aquí —replicó Noah—. Pero oíd: si perdéis tiempo, va a volver.

—Pues bien: ¿qué creéis? —dijo el judío—. Si le gustáis a mi amigo, ¿podrías hacer cosa mejor que uniros a él?

—¿Es bueno su negocio? ¡Eso es lo que haría falta saber! —contestó Noah, guiñándole el ojo.

—De primera —contestó el judío—. Tiene a sus órdenes un montón de gente y está relacionado con lo mejor de la profesión.

—¿Todos de la ciudad? —preguntó Claypole.

—No hay ni un campesino entre ellos, y no creo que os tomase, ni siquiera con mi recomendación, si no anduviese escaso de ayudantes en este momento —repuso el judío.

—¿Tendré que apoquinar? —preguntó Noah, golpeándose el bolsillo de los pantalones.

—No podría hacerse sin eso —contestó Fagin en forma resuelta.

—Veinte libras, aunque... ¡es mucho dinero!

—No mucho, cuando se tiene un billete del que no se puede uno desprender —replicó Fagin—. ¿Es que han tomado el número y la fecha, quizás? ¿O suspendido pagos el banco? ¡Ah! No habrá de servirlos de mucho. Tendréis que marcharos al extranjero; en el mercado no lograríais venderlo muy caro.

—¿Cuándo puedo veros? —preguntó Noah con duda.

—Mañana por la mañana —dijo el judío.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¡Hum! —dijo Noah—. ¿Y qué ganaré yo?

—Vivir como un caballero: casa, comida, tabaco y licores, gratis; la mitad de cuanto saquéis y la mitad de todo lo que saque la muchacha —contestó Fagin.

Aún está por ver si Noah Claypole, cuya rapacidad no dejaba de ser considerable, hubiera accedido a estas brillantes condiciones si hubiese tenido libertad de acción; pero como recordó que, caso de rechazarlas, su nuevo amigo podía entregarle a la Justicia inmediatamente —y cosas más extrañas se habían visto—, cedió poco a poco y dijo que creía que le convenían.

—Pero ya veréis —observó Noah— que ella puede hacer mucho, y me gustaría encargarme de algo muy sencillo.

—¿Algún trabajito de adorno? —indicó Fagin.

—¡Sí, algo de eso! —contestó Noah—. ¿Qué creéis que me iría bien? Ya

sabéis: algo para lo que no haga falta mucha fuerza y que no sea muy peligroso. Eso es lo que a mí me gusta.

—Algo os oí decir de espiar a los demás, querido —dijo el judío—, mi amigo necesita de alguien que se ocupe de eso pero muy bien.

—Sí, eso dije, y no me importaría echar una mano de cuando en cuando —respondió Claypole lentamente—. Pero ya comprenderéis que con eso sólo yo no sacaría nada.

—¡Es verdad! —observó el judío, meditando o fingiendo meditar—. No, eso no podría ser.

—¿Qué pensáis, entonces? —preguntó Noah, mirándole con avidez—. Alguna ratería donde hubiese trabajo seguro y el mismo peligro que si estuviera uno en casa.

—¿Qué os parecen las viejas? —preguntó el judío—. Se gana bastante arrebatándoles las bolsas y los paquetes y dando la vuelta a la primera esquina.

—¿Y no gritan mucho, y arañan a veces? —preguntó Noah, moviendo la cabeza—. No creo que eso me convenga. ¿No queda ninguna otra rama libre?

—¡Esperad! —dijo el judío, dejando caer su mano sobre la rodilla de Noah—. ¡La caza del pipiolo!

—Y eso, ¿qué es? —preguntó Claypole.

—Los pipiolos, querido —explicó el judío—, son los chiquillos que salen a hacer algún recado para sus madres con monedas de seis peniques o de chelín, y su caza consiste en cogerles el dinero, que llevan siempre en la mano; darles un puñetazo, tirarlos al suelo y marcharse muy despacito, como si sólo se tratase de que un niño se ha caído y se ha lastimado. ¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja...! —vociferó Claypole, echando las piernas por alto, extasiado—. ¡Eso es lo mejor!

—Seguro que sí —contestó Fagin—. Podéis planear algunos buenos golpes en Camdentown y en Battle Bridge y sus alrededores. Allí hay siempre chiquillos que van a los recados, podéis tumbar a todos los pipiolos que queráis en una hora. ¡Ja, ja, ja!

Y diciendo así, Fagin dióle un golpe a Claypole en el costado, y ambos se unieron en una estruendosa y prolongada carcajada.

—¡Bueno, está bien! —dijo Noah, una vez que se serenó y reapareció Charlotte—. ¿A qué hora quedamos para mañana?

—¿Os parece a las diez? —preguntó el judío, añadiendo, al asentir Claypole con la cabeza—: ¿Qué nombre he de darle a mi buen amigo?

—Señor Bolter —respondió Noah, que venía ya preparado para tal contingencia—. Morris Bolter. Y ésta es la señora Bolter.

—A vuestros pies, señora Bolter —dijo Fagin, haciendo una reverencia con grotesca cortesía—. Supongo que dentro de muy poco la conoceré mejor.

—¿Oyes al caballero, Charlotte? —tronó Claypole.

—Sí, Noah querido —respondió la señora Bolter, alargando su mano.

—Me llama Noah porque es un nombre muy cariñoso —dijo Morris Bolter, antes Claypole, dirigiéndose al judío—. ¿Comprendéis?

—¡Oh, sí! Entiendo perfectamente —contestó Fagin, diciendo la verdad por una sola vez—. ¡Buenas noches! ¡Buenas noches!

Tras muchas despedidas y cumplidos, el señor Fagin salió de allí. Noah Claypole, llamando la atención a su cara mitad, procedió a ilustrarla con referencia al convenio hecho, con la natural altivez y aires de superioridad, no sólo de un miembro del sexo fuerte, sino de un caballero que se da cuenta de la importancia que tiene un nombramiento especial para la caza del pipiolo en Londres y sus alrededores.

*En el que vemos cómo el Ladino Fullero se vio metido en un aprieto*

—Conque el amigo vuestro erais vos, ¿eh? —preguntó Claypole, por otro nombre Bolter, cuando, en virtud del pacto cerrado entre ellos, se trasladó al día siguiente a casa del judío—. ¡Vaya, ya me lo figuré yo anoche!

—Todo hombre es amigo de sí mismo, querido —respondió Fagin con su más insinuante sonrisa—. En ninguna parte encontrará otro mejor.

—Excepto algunas veces —respondió Morris Bolter, adoptando la actitud de un hombre de mundo—. Hay gente que no son enemigos más que de sí mismos, como sabéis.

—¡No lo creáis! —replicó el judío—. Cuando un hombre es su propio enemigo, es cuando más amigo suyo es, y no porque se preocupe de nadie, sino de sí mismo. ¡Bah, bah! Puede afirmarse rotundamente que no existen esas cosas en el mundo.

—Y, si existen, no debieran existir —contestó el señor Bolter.

—Es natural —replicó el judío—. Algunos nigromantes dicen que el número mágico es el tres; otros dicen que el siete. Y no es ninguno de éstos, amigo mío; ninguno. Es el número uno.

—¡Ja, ja, ja! —exclamó el señor Bolter—. ¡Viva el número uno!

—En una pequeña sociedad como la nuestra, amigo mío —dijo el judío, que juzgaba necesario aclarar esta situación—, tenemos un número uno generoso; es decir, que no podéis consideraros número uno sin considerarme a mí también lo mismo y a todos los demás jovencuelos.

—¡Ah, caramba! —exclamó Bolter.

—Veréis —prosiguió el judío, fingiendo no hacer caso de esta interrupción—. Estamos tan unidos e identificados en nuestros intereses, que así debe ser. Por ejemplo: vuestro objeto es preocuparos por el número uno...; es decir, por vos mismo.

—Ciertamente —contestó el señor Bolter—. En eso tenéis razón.

—¡Pues bien! No podéis cuidaros de vos mismo, número uno, sin cuidaros también de mí, número uno también.

—Querréis decir número dos —objetó Bolter, largamente poseído del don del egoísmo.

—¡No, no es eso! —replicó el judío—. Yo tengo la misma importancia para

vos que vos mismo.

—Oíd —interrumpió el señor Bolter—. Sois un hombre simpático y os aprecio mucho; pero no estamos tan ligados como resulta de todo eso.

—Basta con que penséis un poco —dijo el judío, encogiéndose de hombros y extendiendo las manos—. Reflexionad tan sólo. Habéis hecho un bonito asunto, y por ello os estimo; pero, al mismo tiempo, podría ceñiros al cuello una corbata; esa que tan fácil es de atar y tan difícil de desatar: la soga, simplemente.

El señor Bolter llevó la mano a la bufanda, cual si le pareciese demasiado ajustada, y murmuró unas frases de asentimiento, adecuadas en el tono, si no en su esencia.

—La horca —continuó Fagin—; la horca, amigo mío, es un poste que indica una curva muy corta y muy cerrada, que ha detenido a más de un audaz corredor en su carrera por el camino real. El objeto que tenéis vos, número uno, es seguir por el camino fácil y manteneros a distancia de aquélla.

—Por supuesto —respondió el señor Bolter—. Pero ¿por qué me habláis de esas cosas?

—Sólo por demostraros con claridad lo que quiero decir —contestó el judío, arqueando las cejas—. Para poder conseguir eso, dependéis de mí. Para que mi negocio marche bien, dependo de vos. Lo primero es vuestro número uno; lo segundo, el mío. Cuanto más estiméis vuestro número uno, más velaréis por el mío, con lo que venimos a parar a lo que os dije al principio: que a todos nos une el interés por el número uno, y así debe ser, a menos que todos nos estrellemos en compañía.

—Eso es verdad —replicó el señor Bolter, pensativo—. ¡Ah, sois un zorro viejo!

El señor Fagin vio con placer que este tributo a sus cualidades no era mero cumplido, sino que, en realidad, había inculcado en su novicio la idea de su genio marrullero, detalle importantísimo que era necesario que conociese desde el comienzo de su amistad. Para reforzar esta impresión tan conveniente y útil, prosiguió dándole a conocer, con cierto detalle, la magnitud y extensión de sus operaciones, mezclando la verdad con la ficción, según convenía a su propósito, pero usando de ellas con tal arte, que el respeto del señor Bolter crecía por momentos y se templaba al tiempo con un sano temor, que era muy útil despertar.

—La mutua confianza que tenemos en nosotros es la que me consuela de las graves pérdidas —dijo el judío—. Ayer por la mañana me arrebataron a mi mejor obrero.

—¿No querréis decir que haya muerto? —exclamó Bolter.

—No, no —respondió Fagin—. Tanto como eso, no. La cosa no es tan grave.

—Entonces, supongo que le...

—Le han reclamado —interrumpió el judío—. Sí, le han reclamado.

—¿Con mucho interés? —preguntó Bolter.

—No —contestó el judío—. No mucho. Le acusan de haber intentado robar un bolsillo y le han encontrado encima una tabaquera de plata..., la suya, señor, la suya, porque tomaba rapé, y le gustaba mucho. Le han pasado a otro tribunal, hasta hoy, porque creyeron conocer a su dueño. ¡Ah! Él vale por cincuenta tabaqueras, y yo daría lo que costasen todas por tenerle aquí de nuevo. Teníais que conocer al *Fullero*, amigo mío; teníais que conocerle...

—Bueno; supongo, que ya le conoceré, ¿no os parece? —dijo el señor Bolter.

—Lo dudo —contestó el judío, suspirando—. Si no logran ninguna prueba más, el fallo será leve, y lo tendremos con nosotros pasadas seis semanas o así; pero si las logran, es un caso de *trena*. Ya saben lo listo que es, y parará en un *doble*. Me convertirán al *Ladino* en un *doble*.

—¿Qué queréis decir con eso de *trena* y de *doble*? —preguntó Bolter—. ¿Por qué charláis de ese modo y no habláis para que os entienda?

Disponíase Fagin a traducir estas misteriosas expresiones al lenguaje vulgar, que, tras su versión, hubieran informado al señor Bolter que significaban «cadena perpetua», cuando el diálogo quedó interrumpido con la entrada de maese Bates, con las manos en los bolsillos del pantalón y la cara fruncida en un gesto de semicómica congoja.

—Se acabó todo, Fagin —dijo Charley una vez que se hicieron las presentaciones de rigor al nuevo compañero.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el judío, temblándole los labios.

—Han encontrado al caballero dueño de la tabaquera; fueron dos o tres más para atestiguarlo, y al *Ladino* me le han puesto en la lista de los pasajes —contestó Bates—. Necesito un traje de luto riguroso, Fagin, y un crespón en el sombrero para visitarle antes de que salga de viaje. ¡Y pensar que a Jack Dawkins, al vivo de Jack; al *Fullero*, al *Ladino Fullero*, se lo llevan fuera por una vulgar tabaquera de dos peniques y medio! Nunca creí que cayera por menos de un reloj de oro, con cadena y sellos, como mínimo. ¡Oh! ¿Por qué no le robaría todas las joyas a un viejo rico, y saldría como un señor, y no como un randa cualquiera, sin pena ni gloria?

Con esta expresión de sentimiento por su desventurado amigo, maese Bates sentose en la silla más próxima, en actitud triste y desalentada.

—¿Por qué dices que sin pena ni gloria? —exclamó Fagin, lanzando a su discípulo una colérica mirada—. ¿No fue siempre el que estuvo por encima de vosotros? ¿Hay alguno que le llegue ni a los cordones de los zapatos, eh?

—Ni uno —contestó maese Bates con voz quebrada por el pesar—, ni uno.

—Entonces, ¿a qué hablas? —insistió el judío con aspereza—. ¿A qué lloriqueas?

—Porque eso no consta en el expediente, ¿no sabéis? —replicó Charley, subiéndose a las barbas de su venerable amigo, llevado del caudal de su pena—.

Ni lo han puesto en el sumario, ni nadie se enterará nunca ni de la mitad de lo que vale. ¿Cómo le pondrán en el *calendario* de Newgate? Tal vez ni le metan siquiera. ¡Ay, madre, madre, vaya un golpe!

—¡Ja, ja, ja! —exclamó el judío, extendiendo su mano derecha y volviéndose hacia el señor Bolter, presa de un acceso de risa, que se sacudió cual si estuviera atacado de perlesía—. ¡Ved el orgullo que sienten de su profesión, amigo mío! ¿No es hermoso esto?

Bolter hizo un gesto de asentimiento, y el judío, después de contemplar unos segundos la congoja de Charley Bates, con evidente satisfacción se acercó a él y le dio unas palmaditas en la espalda.

—No te apures, Charley —dijo Fagin, consolándole—, todo se sabrá, seguro que se sabrá. Todos saben lo listo que era; él se lo demostrará, y no dejará mal a sus viejos camaradas y maestros. ¡Además, piensa en lo joven que es! ¡Qué honor, Charley, verse encerrado a su edad!

—¡Bueno, eso sí es verdad! —dijo Charley, algo consolado.

—Tendrá allí todo cuanto necesite —continuó el judío—. Estará en *chirona* como un caballero. ¡Como un caballero! Con su cerveza diaria, y dinero en el bolsillo para jugárselo a la raya, si no se lo puede gastar.

—No. ¿De verdad lo tendrá?

—¡Pues claro que sí! —contestó el judío—. Y nos buscaremos un pez gordo, Charley, de esos que sepan hablar por los codos, para que le defienda. Y él también pronunciará su discurso, si le parece, y lo leeremos en los periódicos: « El *Ladino Fullero*, carcajadas, el tribunal se muere de risa ». ¿Eh, Charley, eh?

—¡Ja, ja, ja! —rió maese Bates—. Qué juerga sería, ¿verdad, Fagin? ¿Creéis que el *Ladino* los volvería tarumba?

—¿Cómo que si los volvería? —exclamó el judío—. ¡Los volverá!

—Seguro que sí —repitió Charley, frotándose las manos.

—Me parece que le estoy viendo —añadió el judío, inclinando la mirada sobre su discípulo.

—Y yo también —repuso Charley Bates—. ¡Ja, ja, ja! Y yo también. Parece que los tengo delante a todos; de veras que sí, Fagin. ¡Vaya juerga! ¡Menuda juerga! Todos los personajes dándoselas de estirados, y Jack Dawkins dirigiéndose a ellos con la misma confianza que si fuera el hijo del juez que les larga un discurso después de cenar. ¡Ja, ja, ja!

En efecto: el judío había excitado tan sabiamente la vena cómica de su joven amigo, que éste, que al principio se sintiera propicio a considerar al encerrado *Fullero* más bien como una víctima, juzgábalo ahora primer actor de la escena más extraordinaria y de más exquisito humor, y, ya estaba impaciente porque llegase ese momento en que su viejo camarada gozase de tan favorable oportunidad para mostrar sus habilidades.

—De todos modos, será menester que sepamos qué tal marcha hoy —dijo

Fagin—. Déjame pensar.

—¿Queréis que vaya yo? —preguntó Charley.

—¡Por nada del mundo! —respondió el judío—. Estás loco, hijo mío, pero loco rematado. Ir a meterte en el mismo lugar en que... No, Charley, no. Ya basta con que se pierda uno.

—Supongo que no pensaréis ir vos —dijo Charley con irónica sonrisa.

—No estaría bien —repuso Fagin, sacudiendo la cabeza.

—Entonces, ¿por qué no mandáis a este nuevo *andoba*? —preguntó maese Bates.

—Bueno; si no le importase... —observó el judío.

—¡Importarle! —exclamó Charley—. Y ¿por qué habría de importarle?

—En realidad, por nada, hijo mío —dijo Fagin, volviéndose hacia Bolter—. Por nada.

—¡Ah, no lo niego, ya sabéis! —observó Noah, retrocediendo hacia la puerta y sacudiendo la cabeza, alarmado—. Pero no..., no hay de qué. Eso no es de mi negociado.

—¿Cuál es su negociado, Fagin? —preguntó maese Bates, contemplando al escuchimizado Noah con repugnancia—. ¿Volver la espalda cuando las cosas van mal y jamarse los víveres cuando todo está en regla? ¿Es ése su ramo?

—A ti no te importa —replicó el señor Bolter—. Y no te tomes libertades con tus superiores, pequeño, no vayas a encontrarte con lo que no te esperes.

Maese Bates rió con tal fuerza al oír esta amenaza, que Fagin hubo de esperar un rato para intervenir y hacer presente al señor Bolter que no corría ningún peligro yendo al Juzgado; que puesto que aún no había llegado a la metrópoli ningún informe del asuntillo en que estaba complicado, ni señas de su persona, lo más probable era que nadie sospechase que había acudido allí para ponerse a buen recaudo, y que si iba debidamente disfrazado, sería para él el lugar más seguro de Londres, puesto que sería el último donde supondrían que había acudido por su propia voluntad.

Persuadido en parte por estas reflexiones, aunque agobiado en mayor medida por su temor al judío, consintió, al fin, de mala gana, en realizar su expedición. Obedeciendo las instrucciones de Fagin, cambióse inmediatamente el traje por el de un carretero, con blusa, pantalones de pana y polainas de cuero, prendas que el judío tenía a mano. Asimismo, le facilitó un sombrero de fieltro, bien provisto de papeletas de portazgo, y un látigo. Equipado de esta manera había de penetrar en el Juzgado, como un campesino del mercado de Covent Garden, que se supone entra allí para satisfacer su curiosidad; y como era todo lo burdo, desmañado y flaco que se puede ser, el señor Fagin suponía que representaría su papel a las mil maravillas.

Terminados estos preparativos, dióle las señas y datos necesarios para que reconociese al *Ladino Fullero*, y maese Bates guióle a través de los oscuros y

tortuosos pasadizos hasta dejarle a poca distancia de Bow Street. Después de describirle la situación exacta del Departamento de Policía, acompañándola de una profusión de detalles sobre cómo había de encaminarse en línea recta por un pasaje, y al llegar al patio subir los escalones de una puerta a mano derecha y quitarse el sombrero al entrar en la sala, Charley Bates le recomendó que se diese prisa a seguir y a solo, prometiendo esperar en el lugar donde se separaban.

Noah Claypole, o Morris Bolter, como al lector le plazca, siguió exactamente las instrucciones recibidas, que, dado el perfecto conocimiento que maese Bates tenía del lugar, eran tan exactas, que pudo llegar a la presencia judicial sin hacer pregunta ninguna ni tropezarse con ningún obstáculo en el camino. Encontróse rodeado de una muchedumbre, principalmente de mujeres, que se apiñaban en una sucia y destartada sala, en uno de cuyos extremos se alzaba un estrado, separado del resto por una barandilla, con una barra para los detenidos a la izquierda, contra la pared; un lugar para los testigos en el centro y una mesa para los jueces a la derecha, este último y temible lugar resguardado por un biombo que ocultaba el banco de las miradas ordinarias, dejando que el vulgo se imaginase, si podía, la plena majestad de la Justicia.

Sólo había un par de mujeres en el banquillo, que saludaron con la cabeza a sus admiradores, en tanto el secretario leía algunas declaraciones a un par de guardias y a un individuo en traje de paisano que se inclinaba sobre una mesa. En pie, y reclinado contra la barandilla, un carcelero se golpeaba con indiferencia la nariz con una enorme llave, excepto cuando refrenaba una exagerada tendencia entre los curiosos a la conversación, reclamando silencio, o miraba con severidad a una mujer para ordenarle: « Sacad a ese niño de aquí », cuando la gravedad de la Justicia veíase turbada por los débiles vagidos, semiahogados en el chal de la madre, de algún escuálido infante. La sala tenía un malsano olor a cerrado; las paredes estaban sucias y descoloridas, y el techo, ennegrecido. Sobre la repisa de la chimenea había un busto ahumado, y por encima del banquillo, un polvoriento reloj —lo único allí existente que parecía marchar como debía—, ya que la depravación, la pobreza o el contacto habitual con ambas cosas habían dejado sobre todo lo animado un tinte bastante menos desagradable que la pátina grasienta que cubría los objetos inanimados que mostraban su torva presencia.

Noah miró con avidez en busca del *Fullero*, mas aunque había varias mujeres que muy bien pudieran haber pasado por madres o hermanas de aquel distinguido personaje, y más de un hombre en los que pudiera suponerse un gran parecido con su padre, ninguno de ellos correspondía con la descripción que le hicieran del señor Dawkins. Esperó, lleno de perplejidad e incertidumbre, hasta que las mujeres, una vez condenadas, salieron con ostentación, y pronto tranquilizóse ante la aparición de otro detenido, que inmediatamente supuso no podía ser otro que el objeto de su visita.

En efecto: era el propio Dawkins, que, andando perezosamente, con las

mangas de su levita recogidas como siempre, la mano izquierda en el bolsillo y el sombrero en la derecha, entró delante del carcelero, contoneándose de forma indescriptible, y ocupó su puesto en el banquillo, solicitando en voz perfectamente perceptible que le diesen a conocer por qué le colocaban en aquella ignominiosa situación.

—¡Callad la lengua! ¿Queréis? —dijo el carcelero.

—¿Es que no soy inglés? —replicó el *Fullero*—. ¿Dónde están mis privilegios?

—Pronto los tendréis —repuso el carcelero—. Y el castigo también.

—Ya veremos lo que tiene que decir a los jueces el secretario de Estado para Asuntos Interiores, si no se me respeta —continuó Dawkins—. ¡Vamos a ver! ¿Qué pasa aquí? Agradeceré a los magistrados que despachen pronto este asunto y no me tengan aquí esperando mientras leen el periódico. Tengo una cita con un caballero en la ciudad, y como soy hombre de palabra y muy puntual en mis negocios, se marchará si no estoy allí a la hora. Entonces, ¡quién sabe si no les pediré daños y perjuicios por no dejarme ir! ¡Oh, desde luego que no!

Llegado a este punto, el *Fullero*, demostrando ser muy puntilloso con respecto a los trámites que a continuación habían de seguir, pidió al carcelero que le comunicase « el nombre de esos dos fulanos que están en el banco », con lo que los espectadores rieron casi de tan buena gana como maese Bates, si hubiera escuchado la pregunta.

—¡Silencio! —gritó el carcelero.

—¿Qué es esto? —preguntó uno de los jueces.

—Un ratero, vuesa merced.

—¿Ha estado aquí antes ese chico?

—Debiera haber estado muchas veces —respondió el carcelero—. Ha estado en otros muchos sitios. Le conozco bien, vuesa merced.

—¡Ah! Me conocéis, ¿eh? —dijo el *Ladino*, tomando nota de estas manifestaciones—. Muy bien. Esto es un caso de deformación de la personalidad.

Estallaron de nuevo las risas, y hubo un nuevo grito reclamando silencio.

—Veamos: ¿dónde están los testigos? —dijo el secretario.

—¡Ah! Tiene razón —añadió el *Fullero*—. ¿Dónde están? Me gustaría verlos.

Este deseo quedó inmediatamente satisfecho. Avanzó un guardia, que había presenciado el atentado del detenido contra el bolsillo de un caballero desconocido entre la muchedumbre, viendo cómo, en efecto, le sacaba de él el pañuelo, devolviéndolo a su sitio después al ver que estaba viejo, no sin antes haberlo utilizado sobre sus propias narices. Por esta razón arrestó al *Fullero* tan pronto como pudo llegar hasta él, y, registrado éste, se le encontró encima una tabaquera de plata con el nombre del dueño grabado en la tapa. Visto su nombre en el *Anuario de la Corte*, y solicitada su presencia, juró que la tabaquera era

suya y que la había echado de menos el día antes, en el momento en que salía del gentío antes citado.

También pudo observar que un jovenzuelo intentaba abrirse paso con premura entre la multitud, y este mozalbete era el detenido que tenía ante él.

—¿Tenéis algo que preguntar al testigo, muchacho?—preguntó el juez.

—No quiero rebajarme a hablar con él—respondió el *Fullero*.

—¿Tenéis algo que alegar?

—¿No oís que su señoría pregunta si tenéis algo que alegar?—insistió el carcelero, dándole con el codo al silencioso *Fullero*.

—Perdón—dijo éste, alzando la mirada con gesto abstraído—. ¿Os dirigíais a mí?

—En mi vida he visto un perillán como éste—dijo el oficial, sonriendo—. ¿Vais a decir algo, rapaz?

—No—respondió el *Fullero*—, aquí, no. No es aquí donde se hace justicia. Además, mi abogado está desayunándose ahora con el vicepresidente del Congreso. Pero ya diré algo en otro sitio, y él también, y un numeroso y respetable número de amigos míos; tantos, que esos jueces preferirían no haber nacido, o que sus criados los colgasen de la percha antes de venir a jorobarme. Ya...

—¡Ea, condenado!—interrumpió el secretario—. Lleváoslo afuera.

—¡Vamos!—dijo el carcelero.

—¡Ah! ¡Oh! Ya voy—respondió el *Fullero*, cepillándose el sombrero con la palma de la mano—. ¡Ah!—agregó, dirigiéndose al tribunal—. De nada os sirve asustaros. No tendré piedad, pero ¡ni pizca! Ya me las pagaréis, simpáticos. ¡No quisiera estar en vuestro pellejo! ¡Ni aunque me lo pidiesséis de rodillas me iría ahora en libertad! ¡Eh, llevadme al calabozo! ¡Sacadme de aquí!

Y diciendo así, el *Fullero* se dejó conducir por el cuello, amenazando, hasta llegar al patio, con llevar el asunto al Parlamento, y haciendo luego una mueca al funcionario, con la alegría de su satisfacción.

Tras haberle dejado encerrado en una estrecha celda, Noah regresó al lugar donde dejara a maese Bates. Esperó un rato hasta que se le acercó este jovenzuelo, que prudentemente se había abstenido de aparecer, hasta mirar atentamente desde un cómodo retiro y cerciorarse de que a su nuevo amigo no le seguía ningún inoportuno.

Los dos regresaron apresuradamente para transmitir al señor Fagin la satisfactoria noticia de que el *Fullero* hacía honor a su crianza y asentaba una gloriosa reputación.

*En el que llega el momento en que Nancy cumpla su promesa a Rose Maylie, pero falta a ella*

Por muy versada que estuviese en las artes del engaño y el disimulo, no pudo Nancy ocultar por completo los efectos que en su espíritu produjera el paso que había dado. Recordó que tanto el taimado judío como el brutal Sikes habíanle confiado planes que ocultaran a los demás, con la seguridad plena de que merecía su confianza por encima de toda sospecha. Por ruines que fuesen aquellos proyectos, por innobles que fuesen sus autores y por muy enconados que fuesen sus sentimientos para con el judío, que habíala empujado, paso a paso, cada vez más hondo en la sima del crimen y la miseria, de donde no había escape, había momentos en que se sentía apiadada de él, ante el temor de que sus revelaciones le hiciesen caer bajo la garra de hierro que durante tanto tiempo lograra esquivar, y de que, al fin, alcanzase por su mano la suerte que merecía.

Mas éstas eran las simples divagaciones de un espíritu incapaz de desligarse por completo de sus antiguos compañeros y cómplices, a pesar de aferrarse con firmeza a un solo propósito y estar dispuesta a no volverse atrás por ningún concepto. Sus temores por Sikes hubieran sido poderosísimas razones para retroceder cuando aún era tiempo; mas había convenido en guardar su secreto inflexiblemente; no había dejado traslucir ningún indicio que pudiera ser causa del descubrimiento del bandido; había rechazado, por amor a él, ponerse al abrigo de todas las culpas y miserias que la rodeaban, y ¿qué más podía hacer? Estaba decidida.

Aun cuando sus luchas espirituales llegaban siempre a esta conclusión, acudían a ella una y otra vez, y dejaban sus huellas también. A los pocos días estaba flaca y pálida. A veces no prestaba atención a lo que sucedía a su alrededor, ni tomaba parte en las conversaciones, en las que, en otro tiempo, hubiera llevado la voz cantante. Otras veces reía sin motivo y alborotaba sin causa ni fin. Y con frecuencia, un momento después, se sentaba, muda y abatida, a meditar con la cabeza entre las manos, y el mismo esfuerzo que hacía para salir de su abstracción revelaba con mayor fuerza su inquietud, y que sus pensamientos se hallaban embargados por ideas distintas y distantes de las que fueran objeto de la discusión entre sus acompañantes.

Fue la noche del domingo. La campana de la iglesia más próxima dio la hora. Sikes y el judío estaban hablando, mas hicieron una pausa para escuchar. La

muchacha alzó sus ojos desde el taburete en que se acurrucaba y escuchó también. Las once.

—Falta una hora para medianoche —dijo Sikes, levantando los visillos para mirar afuera y regresar después a su asiento—. Está oscura y cargada la noche. Magnífica para dar un buen golpe.

—¡Ah! —exclamó el judío—. ¡Qué lástima, Bill, que no tengamos ninguno preparado todavía!

—Por una vez tenéis razón —respondió Sikes ásperamente—. Es una lástima, porque yo también estoy en vena.

Suspiró el judío y sacudió la cabeza con desaliento.

—Debemos recuperar el tiempo perdido en cuanto tengamos las cosas a punto. Es lo único que sé —dijo Sikes.

—Así se habla, amigo mío —contestó el judío, aventurándose a darle unos golpecitos en la espalda—. Me satisface oírlos hablar así.

—Os satisface, ¿eh...? —exclamó Sikes—. Bueno, más vale así.

—¡Ja, ja, ja! —rió el judío, cual si se sintiese consolado por esta concesión—. Esta noche volvéis a ser el mismo de siempre, Bill. Por completo.

—Pero no me siento así cuando apoyáis vuestra rugosa garra sobre mi hombro; conque quitádmela de encima —dijo Sikes, apartando la mano del judío.

—Os pone nervioso, Bill; os recuerda que os pueden atrapar, ¿eh? —dijo el judío, decidido a no darse por aludido.

—Me recuerda que me puede atrapar el diablo —replicó Sikes—. En la vida hubo un hombre con una cara como la vuestra, salvo vuestro padre, y me supongo que en estos momentos se estará chamuscando sus rojizas barbas, a no ser que descendáis por línea directa de ese entre el cual y vos no existe padre ninguno, lo cual no me extrañaría gran cosa.

Fagin no respondió a este cumplido, sino que, tirando de la manga a Sikes, señaló con el dedo a Nancy, que habíase aprovechado de la conversación anterior para colocarse el sombrero y se disponía a salir del cuarto.

—¡Eh, Nancy...! —le gritó Sikes—. ¿Adónde va la dama a estas horas?

—No muy lejos.

—¿Qué contestación es ésa? —replicó Sikes—. ¿Me has oído?

—No sé adónde —contestó la muchacha.

—Pues yo sí —terminó Sikes, más por espíritu de contradicción que porque tuviese ningún motivo real que oponer a que la muchacha saliese—. A ningún sitio. Siéntate.

—No me encuentro bien. Ya te lo dije antes —replicó la muchacha—. Quiero tomar un poco el aire.

—Asoma la cabeza por la ventana —respondió Sikes.

—Ahí no hay bastante —contestó la joven—. Quiero tomarlo en la calle.

—Pues no lo tomarás —insistió Sikes. Y tras afirmar esto, se levantó, cerró la

puerta, sacó la llave y, quitándole el sombrero, lo lanzó a lo alto de un viejo armario—. Ya está —dijo el ladrón—. Ahora, quédate tranquila donde estás, ¿quieres?

—No creas que un sombrero va a impedirme que salga —dijo la muchacha, palideciendo—. ¿Qué pretendes, Bill? ¿Sabes lo que estás haciendo?

—¿Que si sé lo que...? ¡Oh! —exclamó Sikes, volviéndose hacia Fagin—. Ha perdido la cabeza, ¿lo veis? Si no, no se atrevería a hablarme de ese modo.

—Me vas a obligar a hacer una barbaridad —murmuró la muchacha, colocándose las manos sobre el pecho, como para contener su violencia—. ¡Déjame salir... ahora mismo..., inmediatamente!

—¡No! —insistió Sikes.

—Decidle que me deje salir, Fagin. Le tendrá mejor cuenta. Será mejor para él. ¿No me oyes? —gritó Nancy, golpeando el suelo con el pie.

—¿Que si te oigo? —repitió Sikes, volviendo hacia ella la silla para ponerse de frente—. ¡Ya lo creo! Y si te oigo medio minuto más, el perro se encargará de agarrarse a tu garganta para que desaparezca esa voz chillona. ¿Qué te ha pasado, mala pécora? ¿Qué significa esto?

—Dejadme salir —volvió a gritar la muchacha con insistencia, y luego, sentándose en el suelo, delante de la puerta, añadió—: Bill, déjame salir; mira que no sabes lo que haces. No lo sabes, no. Sólo una hora... Anda..., anda...

—¡Que me corten los miembros uno a uno —gritó Sikes, cogiéndola violentamente de un brazo— si no me creo que esta chica se ha vuelto loca de remate! ¡Levántate!

—Hasta que me dejes salir, no... hasta que me dejes salir, no. ¡Nunca, nunca...! —vociferó la muchacha.

Sikes se detuvo un momento a mirarla, esperando una ocasión, y cogiéndola inesperadamente de las manos, la arrastró, luchando con ella a brazo partido, hasta una reducida estancia contigua, donde se sentó sobre un banco, obligándola a sentarse por la fuerza. Ella continuó luchando unas veces e implorando otras, hasta que dieron las doce, cuando, rendida y extenuada, dejó de forcejear. Tras advertirle, con una serie de juramentos, que no hiciese más esfuerzos por salir aquella noche, Sikes dejola que se tranquilizase, y se unió con el judío.

—¡Caramba! —exclamó el salteador, enjugándose el sudor de su rostro—. ¡Qué chica tan rara!

—Razón tenéis para decirlo, Bill —respondió el judío, pensativo—. Razón tenéis.

—¿Por qué se le habrá metido en la cabeza salir esta noche? ¿Qué os parece? —preguntó Sikes—. Vamos, vos debéis conocerla mejor que yo. ¿Qué significa esto?

—Eso es terquedad; terquedad de mujer, supongo, amigo mío —contestó el judío, encogiéndose de hombros.

—En fin: eso será —gruñó Sikes—. Creí que la tenía domada, y sigue tan fiera como antes.

—Peor —corroboró el judío, pensativo—. Nunca la he visto así por tan fútil motivo.

—Ni yo —dijo Sikes—. Me parece que se le ha metido en la sangre un poco de fiebre, y si no sale..., ¿eh?

—Es muy probable —contestó el judío.

—Tendré que hacerle una pequeña sangría sin molestar al médico si vuelve a ponerse así —dijo Sikes.

El judío hizo con la cabeza un expresivo signo de aprobación al tratamiento.

—Mientras estuve enfermo, ella se quedó pendiente de mí día y noche; y, entretanto, vos, corazón de lobo, lejos de aquí —dijo Sikes—. Tan pobres estábamos, que tiene que haberla inquietado y preocupado, y el estar tanto tiempo aquí encerrada la ha trastornado..., ¿eh?

—Eso es, amigo mío —murmuró el judío en voz baja—. ¡Chis!

Mientras pronunciaba estas palabras, la muchacha apareció y volvió a ocupar su anterior asiento. Tenía los ojos hinchados y rojos; comenzó a mecerse de un lado a otro, moviendo la cabeza, y, al poco rato, estalló en una carcajada.

—¡Caramba! Hemos cambiado de rumbo, ¿eh? —exclamó Sikes, lanzando una mirada de inmensa sorpresa a su compañera.

El judío hizo señas de que no se diese por aludido de aquello. Y a los pocos minutos, la muchacha volvió a su acostumbrada actitud. Fagin murmuró al oído de Sikes que no había temor de que reincidiese, y cogiendo su sombrero, diole las buenas noches. Al llegar a la puerta de la habitación hizo una pausa, y rogó que alguien le alumbrase mientras bajaba.

—¡Alúmbrale! —dijo Sikes, que estaba llenando su pipa—. Es una lástima que se rompa la cabeza y defraude a los espectadores. Llévale una luz.

Nancy descendió con el individuo llevando una vela. Al llegar al pasillo, él se llevó el dedo a los labios y, acercándose a ella, le susurró:

—¿Qué pasa, Nancy querida?

—¿Qué queréis decir? —respondió la muchacha en el mismo tono.

—¿A qué obedece todo esto? —insistió Fagin—. Si tan cruel es él contigo —y señaló con su descarnado dedo hacia lo alto de la escalera—, y es una bestia, Nancy, una bestia feroz, ¿por qué no le...?

—¿Qué? —preguntó la muchacha al detenerse Fagin, con la boca casi pegada a su oído, sin apartar de ella sus ojos.

—Dejémoslo por ahora —agregó el judío—; ya hablaremos de esto más adelante. Tienes en mí un amigo, Nancy..., un fiel amigo. Yo tengo a mano medios callados y seguros. Si quieres vengarte de los que te tratan como a un perro, ¡como a un perro!, peor que a su perro, porque a él, a veces, le mima, acude a mí. Te lo repito: ven a mí. Él es apenas amigo de un día; pero a mí me

conoces de siempre, Nancy.

—Os conozco bien —contestó la muchacha, sin dar muestras de la menor emoción—. Buenas noches.

Retrocedió la muchacha al ver que Fagin intentaba poner sobre ella su mano, le dio las buenas noches de nuevo con voz firme, y contestando a su mirada de adiós con un gesto de inteligencia, se cerró la puerta entre ellos.

Encaminose Fagin hacia su casa, absorto en los pensamientos que le danzaban en el magín. Había concebido la idea, no por lo que acababa de ocurrir, si bien aquello le afirmaba en ella, sino, lenta y gradualmente, de que Nancy, cansada de las brutalidades del salteador, había puesto su afecto en algún nuevo amigo. Lo alterado de su actitud, su insistente salir de casa sola, su relativa indiferencia por los intereses de la banda, de los que tan celosa se mostrase antes, y, además, su gran impaciencia por salir de casa aquella noche, a una hora determinada, todo corroboraba su suposición, convirtiéndola, para él al menos, en casi certidumbre. El objeto de esta nueva inclinación no se hallaba entre sus esbirros. Mas habría de ser una valiosa adquisición, con un ayudante como Nancy, y —así argüía Fagin — habría que cazarla sin tardar.

Mas aún quedaba otro fin más oscuro que alcanzar. Sikes sabía demasiado, y sus rufianescos improprios, no porque las heridas quedasen ocultas, irritaban menos al judío. La muchacha debía de saber perfectamente que si se le sacudía de encima jamás se vería libre de su furor, y que éste descargaría sobre el objeto de su nuevo capricho hasta dejarle lisiado o tal vez quitarle la vida. « Con un poco de persuasión », pensaba Fagin, « ¿qué cosa más lógica que lograr que consienta en envenenarle? Ya ha habido mujeres que han hecho estas cosas y otras peores para lograr el mismo fin. De esta manera desaparecería ese bellaco peligroso, a quien tanto odio, y tendríamos otro en su lugar, y mi influencia sobre la muchacha, con el apoyo de mi conocimiento de este crimen, no tendría límites » .

Tales cosas pasaron por la imaginación de Fagin durante el breve lapso que estuvo sentado y solo en el cuarto del bandido, y conservándolas en primer término de sus pensamientos, aprovechó después la ocasión que se le brindara para sondear a la muchacha con las insinuaciones que lanzara al despedirse. Y no hubo expresión de sorpresa, ni fingió tampoco no entender su significación. La muchacha lo comprendió con claridad. Su mirada, al partir, así lo demostraba.

Mas tal vez retrocediese ante la idea de una estratagema para quitarle la vida a Sikes, y ése era uno de los principales fines que habían de lograrse.

« ¿De qué manera, pensaba el judío, en tanto se dirigía hacia su casa, podrá acrecentar mi influencia sobre ella? ¿Qué nuevo poder puedo adquirir? » .

Cerebros como el suyo son fértiles en recursos. Si, sin arrancarle una confesión, poniale vigilancia, descubría al objeto de su nuevo afecto y la amenazaba con descubrirselo todo a Sikes (a quien tenía no escaso temor), si no

se unía a sus proyectos, ¿no habría de conseguir su obediencia?

—Sí lo conseguiré —dijo Fagin casi en voz alta—. Entonces no se atreverá a contrariarme. ¡Por nada del mundo! Lo tengo todo ya. Están los medios preparados y pondremos manos a la obra. ¡Ya te cogeré!

Volviose para lanzar una tenebrosa mirada, hizo un gesto amenazador con la mano hacia el lugar donde dejara al audaz bandido y continuó su camino, escondiendo las manos huesudas en los pliegues de sus andrajos, apretándolos fuertemente entre sus garras, cual si a cada movimiento de sus dedos estrujase a un odiado enemigo.

*En el que Fagin utiliza a Noah Claypole para una misión secreta*

A la mañana siguiente, el viejo levantose muy temprano y esperó con impaciencia la llegada de su nuevo cómplice, que, tras un retraso que le pareció interminable, apareció, al fin, y comenzó su voracísimo asalto al desayuno.

—Bolter —dijole el judío, acercando una silla y sentándose frente a Morris.

—¿Qué...? Aquí estoy... —contestó Noah—. ¿Qué pasa? No me pidáis que haga nada hasta después de haber comido. Es uno de los grandes defectos de esta casa. Nunca se tiene tiempo suficiente para comer.

—¿Es que no podéis hablar mientras coméis? —dijo Fagin, maldiciendo de la voracidad de su joven amigo desde lo más íntimo de su corazón.

—¡Ah, sí, ya lo creo que puedo hablar! Cuando hablo, como mejor —dijo Noah, cortándose una monstruosa rebanada de pan—. ¿Dónde está Charlotte?

—Ha salido —dijo Fagin—. La he mandado a la calle con otra joven, porque quería que estuviésemos solos.

—¡Ah! —exclamó Noah—. Preferiría que primero la hubieseis mandado hacer unas tostadas con manteca. Pero bueno, podéis hablar. No me interrumpiréis.

En efecto, no parecía que hubiese temor de que nada le interrumpiese, y a que, evidentemente, se había sentado resuelto a una gran obra.

—Ayer os portasteis muy bien, amigo mío —dijo el judío—. ¡Magnífico! ¡Seis chelines y nueve peniques y medio para el primer día! La caza del pipiolo os va a valer una fortuna.

—No os olvidéis de añadir los tres jarros y la lechera —dijo el señor Bolter.

—No, no, amigo mío —repuso el judío—. Los jarros fueron tres golpes geniales; pero la lechera, una verdadera obra maestra.

—No está mal, creo yo, para un principiante —observó el señor Bolter, complacido—. Los jarros los cogí de unos aireados antepechos y la lechera estaba a la puerta de una taberna. Pensé que podría oxidarse con la lluvia o pescar un resfriado, ¿comprendéis? ¿Eh? ¡Ja, ja, ja!

El judío fingió reír de muy buena gana, y una vez que Bolter terminó sus carcajadas propinó una serie de inmensos bocados, que dieron fin a su primer trozo de pan con manteca, sirviéndose otro después.

—Quiero, Bolter —dijo Fagin, inclinándose sobre la mesa—, que me hagáis

un trabajito, querido, que requiere mucho cuidado y precaución.

—Oíd —replicó Bolter—. No me metáis en líos ni me mandéis más a vuestros juzgados. Eso no me va, ¿eh? Conque ya os lo advierto.

—En esto no existe el menor peligro..., en absoluto —dijo el judío—. Se trata solamente de seguir a una mujer.

—¿Vieja? —preguntó Bolter.

—Joven —contestó Fagin.

—Eso sí lo haré bien —afirmó Bolter—. Cuando estaba en la escuela yo era un acusica formidable. ¿Para qué tengo que seguirla? No será para...

—Para nada —interrumpió el judío—. Sólo para decirme adónde va, con quién se ve y, si es posible, lo que dice; recordar la calle, si es en una calle, o la casa, si es en una casa, y traerme todos los detalles que podáis.

—¿Qué me daréis? —preguntó Noah, dejando la taza sobre la mesa y mirando fijamente a su jefe a la cara.

—Si lo hacéis bien, una libra, querido. Una libra —dijo Fagin, deseando interesarle en el espionaje todo lo posible—. Y eso no lo he dado yo por ningún trabajo en el que no hubiese ganancia de consideración.

—¿Quién es ella? —preguntó Noah.

—Una de las nuestras.

—¡Ah, caramba! —exclamó Noah frunciendo las narices—. Dudáis de ella, ¿no?

—Ha encontrado nuevos amigos, querido, y debo saber quiénes son —contestó el judío.

—Comprendo —dijo Noah—. Sólo por tener el gusto de conocerlos, si son gente respetable, ¿eh? ¡Ja, ja, ja! Entonces soy yo el que necesitáis.

—Lo sabía —exclamó Fagin, gozoso por el éxito de su proposición.

—¡Pues claro! —repuso Noah—. ¿Dónde está ella? ¿Dónde tengo que esperarla? ¿Adónde he de ir?

—Todo eso, amigo mío, ya os lo diré. Os indicaré quién es en el momento preciso —añadió Fagin—. Estad preparado y lo demás dejadlo de mi cuenta.

Aquella noche, la siguiente y la otra el espía permaneció calzado y equipado con su traje de carretero, dispuesto a salir a una palabra de Fagin. Seis noches transcurrieron —seis largas y pesadas noches—, y todas ellas llegó Fagin a casa con gesto desabrido, diciendo, en pocas palabras, que todavía no había llegado el momento. La séptima noche regresó más pronto y con una alegría que no podía disimular. Era domingo.

—Esta noche sale —dijo Fagin—, estoy seguro de que es para el recado preciso, pues ha estado sola todo el día y el hombre a quien ella teme no volverá antes del amanecer. Venid conmigo. ¡Pronto!

Levantose Noah sin pronunciar palabra, ya que el judío se encontraba en un estado tal de agitación, que se sintió contagiado. Salieron a escondidas de la casa

y, marchando a toda prisa por un dédalo de callejuelas, llegaron, por fin, a una taberna, en la que Noah reconoció aquella en la que durmieron la noche de su llegada a Londres.

Eran más de las once y la puerta estaba cerrada. Giró suavemente sobre sus goznes a un leve silbido del judío. Entraron sin hacer ruido y tras ellos volvió a cerrarse la puerta.

Sin apenas aventurarse a un leve susurro, sino sustituyendo las palabras por gestos, Fagin y el joven judío que les abriera paso señalaron un ventanillo a Noah e indicaron que se asomase allí para observar a la persona que estaba en el cuarto contiguo.

—¿Es ésa la interfecta? —preguntó, casi con el aliento.

El judío asintió con la cabeza.

—No le veo bien la cara —susurró Noah—. Está mirando al suelo y tiene la vela detrás...

—Quedaos ahí —dijo Fagin.

Hizo una seña a Barney, que salió. Un instante después el mozo entró en la habitación de al lado y so pretexto de despabilar la vela la colocó en la situación precisa; después hablóle a la muchacha, obligándola a levantar la cara.

—Ahora sí la veo —dijo el espía.

—Pero ¿bien?

—La reconocería entre mil.

Descendió apresuradamente en cuanto se abrió la puerta para dar paso a la joven. Fagin llevole detrás de un pequeño tabique oculto por unas cortinas, y allí contuvieron la respiración en tanto ella pasaba a poca distancia de su escondrijo, saliendo por la puerta por donde ellos entraran.

—¡Chis! —advirtió el mozo que sostenía la puerta—. Ahora.

Noah cruzó una mirada con Fagin, y se lanzó afuera.

—A la izquierda —bisbiseó el mozo—; tomad a mano izquierda y pasaos a la otra acera.

Así lo hizo y a la luz de los faroles vio alejarse la figura de la muchacha a cierta distancia. Avanzó todo cuanto consideró prudente, y se mantuvo en la otra acera de la calle para observar mejor sus movimientos. Ella volvió nerviosa la cabeza dos o tres veces, y un momento se detuvo para dejar que pasaran delante dos hombres que iban detrás de ella. Diríase que al avanzar iba haciendo acopio de fuerzas y que su paso era cada vez más resuelto y firme. El espía se mantenía siempre a la misma distancia relativa y seguía la sin perderla de vista.

### *La cita*

Daban las doce menos cuarto las campanas del reloj de la iglesia, cuando aparecieron dos personas en el puente de Londres. Una, que avanzaba con paso vivo y rápido, era una mujer que miraba, inquieta, en torno a sí como buscando algo; la otra era un hombre que se escurría por los lugares más sombríos que encontraba y, a cierta distancia, acompasaba su andar al de ella, deteniéndose cuando la otra se detenía y avanzando furtivamente cuando avanzaba, mas sin permitir que el ardor de su persecución le hiciese ganar terreno. Así cruzaron el puente desde Middlesex a la orilla de Surrey, cuando la mujer, defraudada, al parecer, en su inquieto examen de los viandantes, giró sobre sus pasos. El movimiento fue brusco, mas el que la espiaba no dejó por ello de continuar su vigilancia, ya que, escondiéndose tras uno de los salientes que se elevan sobre los pilares del puente y asomándose al parapeto para mejor ocultarse, dejola pasar por el lado de enfrente. Cuando ella hubo avanzado a la misma distancia a que antes estuviera, él se deslizó nuevamente y la siguió. Casi en el centro del puente se detuvo aquélla. El individuo se detuvo también.

La noche estaba muy oscura. El día había sido desapacible y a aquella hora y en aquel lugar eran escasas las gentes que circulaban y aun éstas lo hacían con premura, quizá sin ver, pero desde luego sin fijarse en la mujer ni en el hombre que la espiaba. Su aspecto no era muy a propósito para atraer las importunas miradas de aquellos pobres londinenses que casualmente pasaban por el puente aquella noche en busca de algún frío zaguán o abrigo sin puertas donde poder reposar la cabeza. Así pues, permanecieron en silencio, sin hablar ni ser hablados por los que pasaban.

Sobre el río flotaba una densa bruma que apagaba el rojizo resplandor de las luces encendidas en las pequeñas embarcaciones amarradas a los distintos embarcaderos, oscureciendo aún más los lóbregos edificios de las orillas. Los viejos tinglados ahumados de ambas márgenes alzábanse desvaídos y confusos sobre la densa masa de tejados y aleros, asomándose hoscamente sobre el agua, demasiado negra para reflejar siquiera sus amazcotadas formas. La torre de la antigua iglesia de San Salvador y la aguja de San Magno, gigantescos guardianes del antiguo puente desde hacía tanto tiempo, divisábanse en las tinieblas, mas el bosque de embarcaciones cobijadas bajo sus arcos y las esparcidas agujas de las

iglesias se hallaban casi todas ocultas a la vista.

La muchacha había dado unos inquietos paseos de un extremo a otro — vigilada entretanto por su oculto perseguidor—, cuando la grave campana de la iglesia de San Pablo anunció la muerte de otro día más. Sobre la populosa ciudad cayó la medianoche. Sobre el palacio y la choza, sobre la cárcel y el manicomio, en los lugares donde se nace y se muere, llenos de salud o de males, sobre el rostro yerto del cadáver y sobre el plácido sueño del niño cayó la medianoche.

No habían pasado dos minutos cuando una joven, acompañada de un caballero de cabellos canos, descendió de un coche de alquiler, a poca distancia del puente, y después de despedir al vehículo se dirigieron en línea recta hacia aquél. Apenas pusieron el pie en el puente, la muchacha se estremeció y al punto se dirigió hacia ellos.

Avanzaban éstos mirando a todos lados como quien espera algo que tiene pocas esperanzas de ver realizado, cuando, de pronto, llegó hasta ellos su nueva amiga. Detuviéronse, lanzando una exclamación de sorpresa; mas se contuvieron inmediatamente, ya que, en aquel preciso instante, un hombre con traje de campesino pasaba junto a ellos, casi rozándolos.

—Aquí, no —dijo Nancy, apresuradamente—. Temo hablaros aquí. Vámonos allá fuera del paso, al pie de aquellos escalones.

Cuando pronunciaba estas palabras y señalaba con su mano la dirección en que deseaba ir, el campesino volvió la cara y, refunfuñando con aspereza que por qué obstruían el paso, siguió adelante.

Los escalones a los que señalara la joven eran aquellos que, en la orilla de Surrey y en el mismo lado del puente que la iglesia de San Salvador, forman un embarcadero junto al río. Hacia este lugar se encaminó apresuradamente, sin ser visto, el hombre con trazas de campesino y, tras examinar un instante el sitio, comenzó a descender.

Estas escaleras, que forman parte del puente, constan de tres tramos. Precisamente al pie del segundo, según se baja, el muro de piedra de la izquierda termina en una pilastra ornamental que mira al Támesis. En este punto se ensanchan los escalones inferiores, de manera que la persona que tuerce por aquel ángulo del muro queda necesariamente oculta a cualesquiera otras que se hallen en las escaleras de la parte de arriba, aunque sólo sea a un paso. El campesino miró rápidamente en derredor al llegar a aquel lugar, y como, al parecer, no existía otro mejor donde esconderse y, además, la marea estaba baja y había espacio suficiente, se deslizó hacia un lado, de espaldas a la pilastra, y allí esperó, seguro de que no bajarían más y de que, aunque no pudiese oír lo que dijese, podría seguirlos con seguridad.

Tan perezosamente transcurría el tiempo en aquel lugar solitario y era tal su inquietud por conocer los motivos de una entrevista tan distinta de la que le habían

hecho suponer, que más de una vez dio el asunto por perdido, convencido de que se habrían detenido mucho más tiempo arriba o habrían acudido a otro lugar totalmente diferente para celebrar su misteriosa conversación. A punto estaba ya de salir de su escondite y volver a la calzada, cuando oyó rumor de pasos e, inmediatamente después, de voces, casi junto a su oído.

Pegose contra el muro y, casi sin respirar, escuchó atentamente:

—Aquí estamos bien —dijo una voz que, sin duda, era la del caballero—. No he de tolerar que esta joven se aleje más. Muchos son los que hubieran desconfiado de vos para llegar aquí siquiera, pero veréis que estoy dispuesto a complacerlos.

—¡Complacerme! —repitió la voz de la muchacha a quien siguiera—. Sois muy mirado, caballero. ¡Complacerme! En fin, no importa.

—Y bien —dijo el caballero en tono más amable—. ¿Para qué nos habéis traído a este lugar extraño? ¿Por qué no habéis querido que hablásemos allá arriba, donde hay luz y un poco de movimiento, en vez de traernos a este oscuro y lúgubre agujero?

—Ya os dije antes —contestó Nancy— que tenía miedo de hablaros allí. No sé por qué —añadió la muchacha, estremeciéndose—; pero siento tal temor esta noche, que apenas puedo tenerme en pie.

—¿Temor por qué? —preguntó el caballero, que parecía compadecerse de ella.

—Ni siquiera lo sé —respondió la muchacha—. Quisiera saberlo. Todo el día he estado pensando en la muerte, en sudarios manchados de sangre, y el miedo me quemaba lo mismo que si estuviese sobre una hoguera. Me puse a leer un libro para pasar el rato, y entre las letras veía las mismas cosas.

—Demasiada imaginación —dijo el caballero, consolándola.

—No es la imaginación —replicó la muchacha con voz ronca—. Juraría que vi la palabra *ataúd* escrita en cada página del libro con grandes letras negras, sí, y hasta me pareció que llevaba uno junto a mí por las calles esta noche.

—Eso no tiene nada de extraordinario —alegó el caballero—. Con frecuencia han pasado por mi lado.

—Pero eran *de verdad* —replicó la muchacha—. Y éste, no.

Algo extraño había en su actitud, que el escucha oculto tuvo una rara sensación al oír pronunciar estas palabras, y la sangre se le heló en las venas. Nunca experimentó un consuelo mayor que al oír la dulce voz de la joven señorita pidiéndole a la otra que se tranquilizase y que no se dejase llevar de tan terribles pensamientos.

—Tratadla con dulzura —dijo la damisela a su acompañante—. ¡Pobre criatura! Lo necesita.

—Vuestros soberbios sacerdotes, al verme en el estado en que estoy esta noche, hubieran levantado la cabeza con desdén para hablarme de llamas y

vengeanzas —exclamó la joven—. ¡Ay, señora mía! ¿Por qué los que se dicen siervos de Dios no son con nosotros, pobres desgraciados, tan amables y bondadosos como vos, que, llena de belleza, de juventud y de todo lo que ellos han perdido, podríais ser más orgullosa y no tan humilde?

—¡Ah! —exclamó el caballero—. Los turcos, después de lavarse la cara perfectamente, se vuelven hacia Oriente para rezar sus oraciones; estas buenas gentes, después de frotar sus rostros contra el mundo hasta borrar de ellos su sonrisa, se vuelven con no menos regularidad hacia el lado más sombrío del cielo. ¡Entre el musulmán y el fariseo, encomendadme al primero!

Estas palabras, que parecían dirigidas a la dama, acaso se pronunciaban con objeto de dar tiempo a Nancy a reponerse. Poco después, el caballero se dirigió a ella.

—El domingo pasado no vinisteis —dijo.

—No pude venir —contestó Nancy—. Me retuvieron a la fuerza.

—¿Quién?

—La persona de quien ya hablé a la señorita.

—Supongo que no habrán sospechado que estuviéseris en comunicación con nadie sobre el asunto que nos trae aquí esta noche —dijo el caballero.

—No —respondió la muchacha, moviendo la cabeza—. No me resulta fácil dejarle si no sabe para qué; no podría haber visto a la señora cuando lo hice si no le hubiese dado a beber láudano antes de salir.

—¿Se despertó antes de que volviéseris? —preguntó el caballero.

—No, ni él ni ninguno de ellos sospechó de mí.

—Bueno —dijo el caballero—. Ahora, escuchadme.

—Estoy preparada —contestó la muchacha, mientras él hacía una momentánea pausa.

—Esta joven —comenzó el caballero— me ha comunicado, y a algunos otros amigos en quienes se puede confiar, lo que dijisteis hace casi quince días. Os confieso que al principio dudé si se podía creer en vos sin reservas, mas ahora creo firmemente que sí.

—Sí —repitió la muchacha, con ansiedad.

—Repito que creo en vos firmemente. Para probaros que estoy dispuesto a fiarme de vos, os digo sin reservas que nos proponemos arrancar el secreto, sea el que fuere, de los temores de ese tal Monks. Pero si... —dijo el caballero— si no podemos atraparle, o si, una vez atrapado, no podemos obrar con él como queremos, debéis entregarnos al judío.

—¿A Fagin? —exclamó la muchacha, retrocediendo.

—Debéis entregarnos a ese hombre —dijo el caballero.

—¡Eso, nunca! ¡Eso, nunca! —contestó la muchacha—. Aunque sea un demonio, y peor que un demonio ha sido para mí, yo no haré eso jamás.

—¿No? —preguntó el caballero, que parecía venir preparado para oír esta

contestación.

—¡Jamás! —repitió la muchacha.

—Decid por qué.

—Por una razón —replicó la joven con firmeza—; por una razón que esta señorita sabe y en la que me apoyará, estoy segura, porque me lo ha prometido; y por esta otra razón, además: que si mala es la vida que ha llevado él, mala ha sido la mía también; somos muchos los que hemos andado juntos el mismo camino y no he de volverme contra los que, cualquiera de ellos, podrían haberse vuelto contra mí, pero no lo hicieron, a pesar de su maldad.

—Entonces —agregó el caballero rápidamente, cual si éste fuese el punto adonde quisiera haber llegado— poned a Monks en mis manos y dejad que yo me las entienda con él.

—¿Y si se revuelve contra los otros?

—En ese caso, os prometo que si le sacamos la verdad, el asunto parará en eso. Ha de haber circunstancias en la breve historia de Oliver que sería penoso sacar a la luz pública; una vez averiguada la verdad, ellos marcharán impunes.

—¿Y si no se averigua? —dijo la muchacha.

—Entonces —agregó el caballero— al judío no le llevarán ante la Justicia sin vuestro consentimiento. En ese caso, creo que podría exponeros razones que tal vez os indujeran a consentir.

—¿Me lo promete eso esta señora? —preguntó la muchacha.

—Os lo prometo —respondió Rose—. Os doy mi palabra.

—¿No sabrá Monks nunca cómo os enterasteis? —preguntó la muchacha, tras una breve pausa.

—Nunca —contestó el caballero—. Utilizaremos con él nuestra información de modo que ni siquiera pueda figurárselo jamás...

—He sido una embustera y entre embusteros he vivido desde niña —murmuró la joven, tras otro silencio—; pero me fiaré de vuestra palabra.

Y habiéndole asegurado ambos que podía hacerlo confiadamente y en voz tan baja que, a veces, le era difícil al escucha descifrar siquiera de qué hablaba, comenzó a describir el nombre y la situación de la taberna desde donde habíanla seguido aquella noche. Por la forma en que, de vez en vez, se detenía, diríase que el caballero tomaba rápidas notas de los datos que le comunicaba. Una vez que hubo explicado minuciosamente dónde se encontraba aquel lugar, el sitio mejor desde donde vigilar sin llamar la atención y la noche y hora en que Monks tenía más costumbre de frecuentarlo, pareció meditar unos instantes con el fin de traer sus facciones y su aspecto más vivamente a su recuerdo.

—Es alto —dijo la muchacha— y fuerte, pero no grueso; tiene una manera de andar cautelosa, y constantemente mira por encima del hombro, primero a un lado y luego al otro. No os olvidéis de eso, pues sus ojos están más hundidos en su cabeza que los de nadie, y sólo con eso podríais reconocerle. Tiene el rostro

moreno, como el cabello y los ojos, y aunque no puede tener más de veintiséis o veintiocho años, su aspecto es mustio y macilento. Con frecuencia tiene los labios descoloridos y desfigurados por las señales de los dientes, porque le dan ataques furiosos, y algunas veces hasta se muerde las manos y se las llena de heridas. ¿Por qué os estremecéis?—dijo la muchacha, deteniéndose bruscamente.

El caballero contestó que lo había hecho sin darse cuenta, y rogó que prosiguiese.

—Parte de esto —dijo la muchacha— lo sé por la gente de la casa que os digo, pues sólo le he visto dos veces y siempre iba envuelto en una gran capa. Me parece que esto es todo lo que puedo deciros de él. Esperad —añadió—. En la garganta, y a una altura que se le puede ver asomar por la corbata cuando vuelve la cara, tiene...

—Una gran mancha roja, como una quemadura —exclamó el caballero.

—¡Cómo! —dijo la muchacha—. ¿Le conocéis?

La damisela dejó escapar un grito de sorpresa y durante unos instantes quedáronse tan mudos, que el espía podía oírles claramente respirar.

—Creo que sí —murmuró el caballero, rompiendo el silencio—. Por las señas que me dais... Pero ya veremos. Hay muchos que tienen parecidos extraños. Puede no ser el mismo.

Y diciendo estas palabras con fingida indiferencia, acercose uno o dos pasos más hacia el espía oculto y éste pudo oírle murmurar claramente: « ¡Debe de ser él! » .

—Ahora —dijo, volviendo a su sitio de antes, así pareció por el sonido—, ya que nos habéis prestado vuestra valiosa ayuda, joven, quisiera que os sirviese de algo. ¿Qué puedo hacer para serviros?

—Nada —contestó Nancy.

—No insistáis en eso —repuso el caballero con tal acento de bondad, que hubiera conmovido el corazón más duro e insensible—. Pensadlo ahora y decidmelo.

—Nada, señor —repitió la muchacha, sollozando—. No podéis hacer nada para ayudarme. Yo perdí ya toda esperanza.

—Os pasáis de la raya —murmuró el caballero—. Vuestro pasado ha sido un tremendo despilfarro de vuestras malgastadas energías de la juventud, y prodigasteis esos inestimables tesoros que sólo una vez concede el Creador; pero en el futuro sí podéis esperar. No creo que esté en nuestras manos el ofreceros la paz del espíritu, ya que eso habrá de venir a medida que la busquéis; pero un tranquilo refugio, bien en Inglaterra, o, si teméis quedaros aquí, en un país extranjero, eso no sólo está dentro de nuestras posibilidades, sino que tenemos el más vivo deseo de procurároslo. Antes de que nazca el nuevo día, antes de que el río despierte a los primeros resplandores de la mañana, debéis ponerlos por completo fuera del alcance de vuestros antiguos cómplices, sin dejar más rastro

tras de vos que si hubieseis desaparecido de la Tierra en ese momento. ¡Vamos! No quisiera que volviereis a cruzar una sola palabra con ningún viejo compinche, ni que vuestra mirada se pusiese de nuevo en las guaridas de antaño, ni que respiraseis ese aire pestilente que será vuestra muerte. ¡Abandonadlo todo mientras haya tiempo y ocasión!

—Tenemos que convencerla —dijo la damita—. Estoy segura de que vacila.

—Me temo que no, hija mía —murmuró el caballero.

—No, señor; no —contestó la muchacha, tras una breve lucha—. Estoy condenada a mi vida pasada. La aborrezco, la odio; pero no puedo abandonarla. Debo de haber ido demasiado lejos para volver atrás, y, sin embargo, no sé; si me hubiesen hablado así hace algún tiempo, me hubiera reído al oírlo. Pero —añadió, volviendo la cabeza rápidamente— otra vez me asalta ese temor. He de irme a casa.

—¡A casa! —repitió la joven, acentuando la palabra.

—A casa, señora —replicó la muchacha—. A esa casa que construí con la labor de toda mi vida. Separémonos. Pudieran haberme espiado o visto. ¡Idos, idos! Si os he prestado un servicio, tan sólo os pido que me abandonéis y me dejéis ir sola.

—Es inútil —dijo el caballero, suspirando—. Acaso comprometemos su seguridad permaneciendo aquí. ¡Quién sabe si no la hemos detenido más de lo que pensaba!

—Sí, sí —acució la muchacha—. Eso es así.

—¿Adónde irá a parar esta criatura? —exclamó la señorita.

—¿Adónde? —repitió la muchacha—. Mirad frente a vos, señora. Ved las aguas oscuras. ¡Cuántas veces habréis leído que otras como yo saltaron a la corriente sin que ningún ser vivo se preocupase por ellas ni por ellas llorase! Quizá pasen años, quizá meses tan sólo; pero ése será mi final.

—No digáis eso, por favor —contestó la joven, sollozando.

—No lo sabréis nunca, señora mía, y ¡quiera Dios que tampoco sepáis de esos horrores! —respondió la muchacha—. ¡Buenas noches, buenas noches!

El caballero comenzó a alejarse.

—Tomad esta bolsa —ofreció la joven—, tomadla, hacedlo por mí, para que tengáis algunos recursos en un momento de necesidad o de trastorno.

—¡No! —contestó la muchacha—. Esto no lo hice por dinero. Dejadme que al menos pueda pensar eso. Y, sin embargo, dadme algo de lo que llevéis encima; quisiera tener algo... No, no; una sortija, no... Vuestros guantes o vuestro pañuelo... Algo que yo pueda conservar y que os haya pertenecido, bondadosa señora. Eso. ¡Bendita seáis! ¡Que Dios os bendiga! ¡Buenas noches, buenas noches!

La gran agitación de la muchacha y el temor de que la descubriesen y pudiera ser objeto de malos tratos y violencias, pareció decidir al caballero a

dejarla, como pedía. Se oyó un rumor de pasos que se alejaban y cesaron las voces.

Las dos figuras de la dama y su acompañante surgieron poco después en el puente. Se pararon en lo alto de la escalera.

—¡Escuchad! —exclamó la joven, prestando atención—. ¿Ha llamado? Me pareció oír su voz.

—No, hija mía —respondió el señor Brownlow, mirando tristemente hacia atrás—. No se ha movido ni lo hará hasta que nos hayamos marchado.

Rose Maylie quedábase rezagada, pero el anciano caballero la cogió del brazo y tiró de ella suavemente. Cuando desaparecieron, la muchacha dejase caer casi cuan larga era sobre uno de los escalones de piedra y dio rienda suelta a la congoja de su corazón, vertiendo amargas lágrimas.

Al rato se levantó y, con leves y vacilantes pasos, subió hasta la calle. El asombrado espía permaneció inmóvil en su puesto unos minutos más, y cerciorándose, tras cautelosas miradas en derredor, de que de nuevo estaba solo, se deslizó lentamente fuera de su escondrijo y volvió furtivamente a la sombra del muro, de igual modo que había descendido.

Al llegar a la parte alta, se asomó Noah Claypole varias veces para asegurarse de que no le veían y partió como una flecha, dirigiéndose a casa del judío con toda la rapidez que daban de sí sus piernas.

### *Consecuencias fatales*

Serían casi las dos de la madrugada, esa hora que en otoño puede certeramente llamarse la intensidad de la noche, en que las calles yacen silenciosas y desiertas, los ruidos parecen dormir y el libertinaje y el desenfreno diríase marcharon, tambaleándose, a soñar. A esa hora apacible y silente, el judío hallábase en vela en su cubil, contraído y pálido el rostro y los ojos tan inyectados en sangre, que más que un hombre parecía un repugnante espectro, húmedo aún de la tumba y desazonado por un espíritu maligno.

Sentábase acurrucado ante el hogar apagado, envuelto en una vieja colcha rasgada, con la cara vuelta hacia una consumida vela que tenía junto a él, sobre la mesa. Tenía la mano derecha puesta junto a los labios y como absorto en sus pensamientos; se mordía las largas y enlutadas uñas, enseñando entre sus desdentadas encías unos colmillos que pudieran ser los de un perro o los de una rata.

Tendido en un colchón sobre el suelo yacía Noah Claypole, profundamente dormido. Hacia él dirigía a veces sus miradas el viejo un solo instante para volverlos luego sobre la bujía, que con su largo pabilo encorvado dejaba caer su caliente sebo en coágulos sobre la mesa, demostración evidente de que los pensamientos del judío se hallaban en otro sitio.

Y así era, en efecto. La mortificación por haberse venido abajo sus cuidados planes, el odio hacia la muchacha que había osado tratar con desconocidos, una inmensa desconfianza en la sinceridad de su negativa a entregarle, el amargo desengaño de no poder vengarse de Sikes, el temor a ser descubierto, a la ruina y a la muerte y una rabia feroz e implacable inflamada por todo ello, eran las impetuosas consideraciones que, sucediéndose una tras otra en rápido e incesante torbellino, traspasaban la imaginación de Fagin cada vez que un mal pensamiento y un negro propósito agitaban su corazón.

Permaneció sentado sin cambiar en nada su actitud y sin preocuparse, al parecer, del tiempo que transcurría, hasta que su aguzado oído sintiose atraído por un ruido de pasos en la calle.

—¡Por fin! —murmuró el judío pasándose la mano por la boca, seca y febril —. ¡Por fin!

Mientras así decía sonó la campanilla débilmente. Subió reptante hasta la

puerta, y a poco regresó acompañado de un hombre embozado que traía un bulto bajo el brazo. Sentándose y despojándose de su abrigo exterior, dejó ver la corpulenta figura de Sikes.

—¡Ahí tenéis! —dijo, dejando el paquete sobre la mesa—. Cuidad de eso y haced lo que podáis con ello. Bastante me ha costado el conseguirlo. Hace tres horas que debía estar aquí.

Fagin cogió el bulto y encerrándolo en el aparador sentose de nuevo sin hablar. Mas mientras hizo esto no quitó un instante los ojos del bandido, y ahora que estaban sentados uno frente al otro, cara a cara, se le quedó mirando fijamente, con tan violento temblor en los labios y tan alterado el rostro por las emociones que le dominaban, que involuntariamente el salteador se echó hacia atrás en la silla y le contempló con una mirada de verdadero espanto.

—¿Qué pasa? —preguntó Sikes—. ¿Por que miráis así a un hombre?

El judío alzó su mano y agitó un dedo tembloroso en el aire; pero era tan grande su cólera, que por un instante le faltó la palabra.

—¡Porra! —exclamó Sikes, llevándose la mano al pecho en un gesto de alarma—. Se ha vuelto loco. Tendré que ponerme en guardia.

—No, no —replicó Fagin, recuperando el habla—. No es..., no sois vos, Bill. No tengo..., no... tengo nada que reprocharos.

—¡Ah, no tenéis!, ¿eh?, no tenéis... —dijo Sikes, mirándole hoscamente y pasándose ostensiblemente una pistola de un bolsillo a otro más conveniente—. Eso es una suerte... para alguno de nosotros. No importa cuál.

—Tengo algo que deciros, Bill —añadió el judío, acercándose a la silla—, que os pondrá en peor estado que a mí todavía.

—¿Sí? —replicó el bandido con aire incrédulo—. ¡Pues decidlo de una vez! Avivad; si no, Nancy creerá que me he perdido.

—¡Perdido! —exclamó Fagin—. Eso ya lo tiene ella bien decidido.

Sikes quedose mirando al rostro del judío con gran perplejidad, y al no leer en él una solución satisfactoria al acertijo le cogió del cuello con sus enormes manos y le sacudió con fuerza.

—¿Queréis hablar de una vez? —dijo—. Si no habláis, va a ser porque os falte el resuello. Abrid la boca y sepamos claramente lo que tenéis que decir. ¡Venga ya, mal bicho; hablad de una vez!

—Supongamos que ese muchacho que está ahí tendido... —comenzó Fagin.

Sikes se volvió hacia donde Noah dormía, cual si antes no hubiese advertido su presencia.

—¿Qué? —dijo, volviendo a su anterior postura.

—Supongamos que ese muchacho —prosiguió el judío— hubiese cantado, hubiese dado el soplo, de todos nosotros, buscando primero las personas a propósito para ello y celebrando con ellas una reunión en la calle para hacerles nuestro retrato, darles todas las señas necesarias para conocernos y decirles la

ratonera donde mejor pueden cazarnos. Supongamos que haya hecho todo eso y además haya revelado un asunto en el que todos estamos más o menos comprometidos... porque le ha parecido bien, no porque le hayan cogido, atrapado, procesado ni porque se lo haya aconsejado el párroco, sino porque se le ha ocurrido, por gusto, escapándose por las noches para entrevistarse con nuestros más encarnizados enemigos y contándose todo. ¿Me oís? —dijo el judío, echando chispas de cólera—. Suponed que hubiese hecho todo eso... ¿Qué pasaría?

—¿Que qué pasaría? —respondió Sikes, soltando un horrendo juramento—. Que si aún estaba vivo para cuando yo llegase, le machacaría el cráneo con los tacones de hierro de mis botas y se lo rompería en tantos pedazos como pelos tiene en la cabeza.

—¿Y si lo hubiese hecho *yo*? —gritó el judío casi con un alarido—. ¿Yo, que tantas cosas sé y que podría hacer ahorcar a muchos además?

—No lo sé —contestó Sikes, rechinando los dientes y palideciendo sólo de pensarlo—. Algo haría en la cárcel para que me pusiesen los grilletes, y si nos procesaban juntos, caería con ellos sobre vos en plena sala y os sacaría los sesos delante de todos. Y tal fuerza tendría —murmuró el bandido, agitando su musculoso brazo— que os aplastaría la cabeza como si os hubiese pasado por encima un carro cargado.

—¿Eso haríais?

—¿Que si lo haría? —contestó el salteador—. Probadlo.

—¿Y si fuese Charley, o el *Fullero*, o Bet, o...?

—No importa —replicó Sikes, con impaciencia—. El que fuese, iría bien servido.

Fagin contempló fijamente al bandido, y haciéndole señas de que guardase silencio se inclinó sobre el lecho que había en el suelo y sacudió al durmiente para despertarle. Sikes adelantose también en su silla, sin dejar de mirar, y con las manos en las rodillas, preguntándose en qué terminarían todas aquellas preguntas y preparativos.

—¡Bolter! ¡Bolter! ¡Pobre muchacho! —dijo Fagin alzando la cabeza con diabólica expectación y hablando lentamente, recalcando las palabras—. Está cansado, cansado de vigilarla tanto tiempo..., de vigilarla, Bill.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Sikes retrocediendo.

El judío no respondió, sino que inclinándose una vez más sobre el durmiente hízole incorporarse y quedar sentado. Después de que repitieran su nombre postizo varias veces, Noah se frotó los ojos y dando un tremendo bostezo miró, adormilado, en torno a sí.

—Contadme eso otra vez..., una vez más, sólo para que éste lo oiga —dijo el judío, señalando a Sikes.

—¿Que os diga qué? —preguntó el soñoliento Noah, despabilándose.

—Eso que sabéis sobre... Nancy —replicó el judío, cogiendo a Sikes por la muñeca como para impedir que saliese de allí sin haber oído lo suficiente. ¿La seguisteis?

—Sí.

—¿Hasta el puente de Londres?

—Sí.

—¿En donde se reunió con dos personas?

—Eso es.

—Un caballero y una dama, a los que había acudido antes por su propia voluntad; que le pidieron que descubriese a todos sus cómplices, y a Monks el primero, y los descubrió...; que los describiese, y los describió...; que dijese en qué casa vivíamos y nos reuníamos, y se lo dijo..., y el sitio donde mejor podían vigilarla, y se lo dio... y la hora en que acudía allí la gente. Todo eso hizo. Lo dijo todo, punto por punto, sin que mediase una sola amenaza ni una protesta..., ¿no es verdad? —preguntó el judío, loco de furor.

—Así es —respondió Noah rascándose la cabeza—. ¡Precisamente así fue!

—¿Y qué dijeron del domingo pasado? —preguntó el judío.

—¿Del domingo pasado? —repitió Noah, reflexionando—. Pues ya os lo dije antes.

—Otra vez. ¡Decídmelo otra vez! —insistió Fagin, crispando su mano sobre Sikes y blandiendo la otra en alto, mientras se le escapaban espumarajos por la boca.

—Le preguntaron —dijo Noah, que, más despierto ya, parecía comenzar a darse cuenta de quién era Sikes—, le preguntaron que por qué no había ido el domingo pasado como prometió. Ella contestó que no pudo.

—Pero ¿por qué..., por qué? —interrumpió el judío, victorioso—. Decídselo.

—Porque la obligó a quedarse en casa Bill, el hombre de quien antes les había hablado —contestó Noah.

—¿Y qué más? —le preguntó el judío—. ¿Qué más dijo de ese hombre de quien les había hablado antes? Decidle eso: decídselo.

—Pues que no podía salir de casa sin que él supiese adónde iba —dijo Noah —, que por eso, la primera vez que fue a ver a la señora, ¡ja, ja, ja!, ¡qué risa me dio cuando se lo oí decir!, le dio a beber láudano.

—¡Oh! ¡Voto al infierno! —exclamó Sikes, desasiéndose con furia del judío —. ¡Dejadme salir!

Y arrojando al viejo lejos de sí, se lanzó hacia la puerta y subió precipitado y furioso las escaleras.

—¡Bill! ¡Bill! —gritó el judío, siguiéndole presuroso—. Escuchad una palabra. Sólo una palabra más.

No hubiera podido pronunciar esta palabra si no fuera porque el salteador no pudo abrir la puerta, sobre la que lanzaba sus vanos juramentos cuando el judío

llegó jadeante.

—Abridme —dijo Sikes—. No me habléis, porque no estáis muy seguro. Abridme, os digo.

—Escuchadme una palabra tan sólo —replicó el judío, poniendo su mano en la cerradura—. ¿No seréis...?

—¿Qué? —contestó el otro.

—¿No seréis... demasiado... violento, Bill? —musitó el judío.

Clareaba el día ya y había luz suficiente para que los dos hombres pudieran verse las caras. Cruzaron una rápida mirada; en los ojos de ambos brillaba un fuego inconfundible.

—Quiero deciros —añadió Fagin, dándose cuenta de que todo disimulo era inútil ya— que no seáis demasiado violento para nuestra seguridad. Sed prudente, Bill, y no os arriesguéis demasiado.

Sikes no respondió, sino que, tirando de la puerta una vez que el judío la hubo abierto, perdióse en el silencio de las calles.

Sin pararse un instante a reflexionar; sin volver una sola vez la cabeza a derecha ni a izquierda; sin alzar los ojos al cielo ni bajarlos al suelo, sino mirando en línea recta, con salvaje resolución, apretando los dientes con tal fuerza que las forzadas mandíbulas parecían querer saltársele de la piel, el bandido prosiguió su marcha hacia delante, sin murmurar una sola palabra ni aflojar un solo músculo hasta que llegó a la puerta de su casa. La abrió silenciosamente con su llave, subió rápido las escaleras y, entrando en su habitación, dio vuelta a la llave y, colocando una pesada mesa contra ella, recorrió las cortinas del lecho.

Sobre él estaba echada la muchacha, a medio vestir. Habíala despertado al entrar, porque se incorporó con rápido y sobresaltado ademán.

—¡Levántate! —ordenó el hombre.

—¿Eres tú, Bill? —dijo la muchacha, con expresión de gozo por su regreso.

—Yo soy —contestó—. ¡Levántate!

Ardía una vela, mas el individuo la arrancó rápidamente del candelero y la arrojó contra la parrilla del hogar. Al ver la débil luz del temprano día, la muchacha se levantó para descorrer las cortinas.

—Deja eso —dijo Sikes, interponiendo su mano—. Hay luz bastante para lo que voy a hacer.

—Bill —repuso la muchacha en voz baja, asustada—, ¿por qué me miras así?

El forajido se sentó a contemplarla unos segundos, con las narices dilatadas y agitado el pecho. Luego, cogiéndola por la garganta, la arrastró hasta el centro de la habitación y mirando una vez hacia la puerta tapole la boca con su pesada mano.

—¡Bill! ¡Bill! —jadeó la muchacha, luchando con las fuerzas que presta un mortal temor—. No..., no gritaré... ni una vez siquiera; escúchame..., háblame..., dime: ¿qué he hecho yo?

—¡Ya lo sabes, diablesa! —contestó el ladrón, conteniendo la respiración—. Anoche te espiaron y han oído todo lo que has dicho.

—Entonces perdóname la vida, por amor de Dios, como yo te perdoné la tuya —suplicó la muchacha, aferrándose a él—. Bill, querido Bill, tú no puedes tener valor para matarme. ¡Oh! Piensa en todo lo que he despreciado por ti, aunque sólo sea en esa sola noche. Has de tener tiempo para pensar y ahorrarte este crimen, no te soltaré, no podrás deshacerte de mí. ¡Bill, Bill, por amor de Dios, por ti, por mí, detente antes de derramar mi sangre! Yo te he sido fiel, ¡por mi alma culpable te lo juro!

El hombre luchaba con violencia para soltarse los brazos, pero los de la muchacha se aferraban a él y aunque la hubiesen arrancado a ella no hubieran logrado soltarlos.

—Bill —gritó la muchacha, esforzándose en reclinar la cabeza contra su pecho—, ese caballero y esa buena señora me hablaron anoche de un hogar en un país extranjero donde podría terminar mis días en una solitaria paz. Déjame ir a verlos otra vez para pedirles, de rodillas, que tengan también compasión de ti; dejaremos así los dos este lugar horrendo y, separados por la distancia, llevaremos una vida mejor y olvidaremos cómo hemos vivido, salvo en las oraciones, sin que volvamos a vernos jamás. Nunca es tarde para arrepentirse. Así me lo dijeron ellos, y así lo siento yo ahora; pero nos hace falta tiempo... ¡Un poco de tiempo!

El salteador soltóse un brazo y empuñó su pistola. Pese a su furor, por su imaginación pasó la certidumbre de que le detendrían inmediatamente si disparaba; por eso la dejó caer dos veces con todas sus fuerzas sobre el rostro que casi tocaba el suyo.

Ella vaciló y cayó, casi ciega por la sangre que manaba de una profunda brecha abierta en su frente; mas alzándose con dificultad sobre sus rodillas, extrajo de su pecho un pañuelo blanco —el de Rose Maylie—, y elevándolo entre sus manos cruzadas hacia el cielo todo cuanto se lo permitieron sus débiles fuerzas, bisbiseó una oración implorando la misericordia de su Creador.

Espantaba mirarla. El criminal retrocedió, vacilando, hasta la pared, y ocultándose los ojos con la mano para no contemplar aquel espectáculo, se apoderó de un pesado gorrote y la golpeó hasta dejarla tendida.

### *La fuga de Sikes*

De todas las perversas acciones que, bajo el manto de la oscuridad, se habían cometido dentro de los amplios confines de Londres desde que la noche se tendiera sobre la ciudad, aquélla fue la más horrible. De todos los horrores que alzaron su pestilente olor al aire de la mañana, aquél era el más mefítico y cruel.

El sol —el reluciente sol que trae de nuevo, no sólo la luz, sino la nueva vida, la esperanza y la lozanía al hombre— vertiose sobre la populosa ciudad en su claro y radiante esplendor. Y sus rayos penetraron lo mismo a través de los coloridos y suntuosos cristales que por las ventanas remendadas con papeles; igual a través de las cúpulas catedralicias que por entre las grietas ruinosas. Iluminó la habitación en donde yacía la mujer asesinada. Sí. El criminal trató de cerrarle el paso, pero penetró a torrentes. Y si espantoso fue el espectáculo en la velada mañana, ¡qué no había de serlo ahora, en toda su esplendente luz!

Él no se había movido; tuvo miedo. Se oyó un gemido y se agitó una mano; entonces, con el terror unido a su furia, golpeó una y otra vez.

Tendió una manta sobre el cadáver, pero era peor imaginarse que aquellos ojos le seguían con la mirada, que verlos fijos hacia lo alto, como contemplando el reflejo del charco de sangre que se estremecía y danzaba contra el techo a la luz del sol. Por eso lo destapó de nuevo, de un tirón. Y allí estaba el cadáver —carne y sangre que no existían ya—, pero ¡qué carne y cuánta sangre!

Encendió el fuego y arrojó a él su garrote. En el extremo había unos cabellos que ardieron hasta convertirse en leves pavesas que el aire prendió y arrastró en torbellino, chimenea arriba. Hasta esto le aterrorizó, pese a lo fuerte que era; pero sostuvo el arma hasta que se quebró y entonces amontonó sus pedazos sobre los carbones para que se consumiese y quedase reducida a cenizas. Se levantó después, se cepilló la ropa; había manchas que no se quitaron, pero cortó los pedazos y los quemó también. ¡Cómo se extendían aquellas manchas por el cuarto! Hasta las patas del perro estaban ensangrentadas.

Durante todo este tiempo ni una sola vez le volvió la espalda al cadáver; no, ni un solo momento. Terminados aquellos preparativos, fue hasta la puerta reculando, arrastrando al perro consigo por miedo a que se manchase las patas de nuevo y llevase las pruebas de su crimen a la calle. Cerró la puerta con sigilo, dio dos vueltas a la llave, la sacó después y abandonó la casa.

Cruzó la acera opuesta y alzó los ojos hasta la ventana para cerciorarse de que nada se veía desde fuera. Allí estaba echada todavía la cortina que Nancy quisiera recorrer para dar paso a la luz que ya no volvería a ver. Casi debajo de aquélla yacía el cadáver. Él lo sabía. ¡Dios, cómo se derramaba el sol sobre aquel preciso lugar!

Su mirada duró un instante. Le consolaba verse libre de aquel cuarto. Silbó al perro y se alejó con paso rápido.

Atravesó Islington, subió la cuesta hasta Highgate, donde se alza el monumento a Whittington; bajó por Highgate Hill, indeciso y sin saber adónde dirigirse con certeza; torció de nuevo a la derecha casi tan pronto como empezara a descender, y tomando por un sendero a campo traviesa, rodeó el bosque de Caen y salió a Hampstead Heath. Cruzando la hondonada por el Valle de la Salud, subió a la ladera opuesta, y atravesando la carretera que une los pueblos de Hampstead y Highgate, avanzó a lo largo de los restantes matorrales, hasta los campos del North End, en uno de los cuales se tendió bajo un seto y se quedó dormido.

Pronto se hallaba en pie de nuevo y en marcha, no para internarse en el campo, sino de regreso hacia Londres por el camino real; luego volvió sobre sus pasos, desanduvo después parte del terreno que ya había andado y erró de un lado a otro, echándose en los bordes de las zanjas para descansar y levantándose para dirigirse a algún nuevo lugar, donde hacía lo mismo, para volver a vagar una vez más.

¿Adónde iría que estuviese cerca y no demasiado frecuentado, para tomar algún alimento y beber un poco? A Hendon. Aquél era un buen sitio, no muy lejos y fuera del paso de la mayoría de las gentes. Hacia allí encaminó sus pasos, corriendo unas veces, deteniéndose otras con extraña malicia, a paso de tortuga, o parándose por completo a romper los setos con el bastón. Mas cuando llegó allí, todos los que encontrara —hasta los mismos chiquillos que se hallaban en las puertas— parecían mirarle con recelo. Regresó de nuevo sin valor para comprarse un pedazo de pan ni una gota de agua, a pesar de que hacía muchas horas que no tomaba alimento alguno, y una vez más comenzó a marchar despacio por Heath, sin saber hacia dónde dirigirse.

Anduvo millas y millas y aún retornó al lugar de siempre. Transcurrió la mañana y la tarde, declinó el día y aún seguía vagando de aquí para allá, arriba y abajo, dando vueltas y más vueltas para rondar de nuevo por el mismo sitio. Por fin, se alejó y emprendió el camino hacia Hatfield.

Serían las nueve de la noche cuando el fugitivo, extenuado, y el perro, renqueando por el extraordinario ejercicio, dieron la vuelta para bajar por la colina de junto a la iglesia del plácido lugar, y entrando por una calleja, penetraron en una reducida taberna, cuya escasa luz los guiara hasta allí. Cerca del mostrador había un fuego encendido, y unos campesinos bebían ante él.

Hiciéronle sitio al desconocido, pero él se sentó en el más apartado rincón y allí comió y bebió solo, o, mejor dicho, con su perro, al que, de vez en vez, arrojaba un bocado.

La conversación de los allí reunidos recayó sobre las tierras y los labradores vecinos, y una vez agotados estos temas, sobre la edad de cierto anciano al que habían enterrado el domingo anterior. Los jóvenes allí presentes considerábanle muy viejo; pero los viejos manifestaban que era extremadamente joven, no más viejo que él, según decía un abuelillo de blancos cabellos, y aún hubiera tenido diez o quince años más de vida si hubiese tenido cuidado..., si hubiese tenido cuidado.

Nada había en esto que llamase su atención ni provocase su alarma. El bandido, después de pagar la cuenta, permaneció sentado y mudo, inadvertido en su rincón, y a punto estaba de quedarse dormido cuando de súbito le despertó la ruidosa entrada de un recién llegado.

Era éste un grotesco individuo, entre buhonero y charlatán, que recorría la comarca a pie, vendiendo piedras de afilar, suavizadores, navajas de afeitar, jaboncillo, pasta para las guarniciones, medicinas para perros y caballos, perfumería barata, cosméticos y artículos similares, que llevaba en una caja colgada a la espalda. Su entrada fue la señal para que los campesinos lanzaran varias rústicas bromas, que no cesaron hasta que terminó de cenar y abrió su caja de los tesoros, esforzándose ingeniosamente en combinar el negocio con la diversión.

—Y esto, ¿qué es? ¿Saben bien, Harry? —preguntó un aldeano, sonriente, señalando unas pastillas de jabón que había en una esquina.

—Esto —dijo el individuo, sacando una— es una mezcla infalible para quitar toda clase de manchas de orín, suciedad, moho, maca, pinta, lunar o salpicadura de la seda, satén, lienzo, batista, paño, crespón, estofa, tapiz, merino, muselina, alepín o tejido de lana. Manchas de vino, fruta, cerveza, agua, pintura, pez, cualesquiera que sean; todas salen de un restregón con esta infalible e inestimable composición. Si a una dama le cae una mancha en su honor, no tiene más que tragarse una pastilla y al instante se la quita... porque es veneno. Si algún caballero quiere comprobarlo, basta con que se engulla una y lo pondrá fuera de duda, pues es más eficaz que una bala de pistola y bastante más desagradable de sabor, por lo que el mérito de tomarlo es mayor todavía. Un penique la pastilla. ¡Con todas estas virtudes, un penique la pastilla!

Al instante surgieron compradores, y algunos más de los oyentes vacilaban. Al observarlo, el vendedor aumentó su locuacidad.

—Todos me lo compran con la misma rapidez que se fabrica —prosiguió el individuo—. Hay catorce molinos, seis máquinas de vapor y una batería galvánica trabajando sin cesar, y no dan abasto, a pesar de que los obreros trabajan tanto que se mueren y al instante se pensiona a las viudas con veinte

libras al año por cada niño y una prima de cincuenta, cuando son gemelos. ¡Un penique la pastilla! Dos medios peniques, es lo mismo, y cuatro cuartos se reciben con júbilo. ¡Un penique la pastilla! ¡Manchas de vino, de fruta, de cerveza, de agua, de pintura, de pez, de barro y de sangre! Ved una mancha en el sombrero de ese caballero de la reunión, que voy a quitársela antes de que le dé tiempo a pedir un jarro de cerveza para mí.

—¡Eh! —exclamó Sikes, levantándose de un salto—. ¡Traed eso aquí!

—Voy a limpiáoslo, señor —contestó el hombre, haciendo un guiño a los presentes—, antes de que os dé tiempo a atravesar la sala para cogerlo. ¡Caballeros todos, observen esta mancha oscura sobre el sombrero de este caballero, no mayor de un chelín, pero del grueso de media corona! Ya sea una mancha de vino, fruta, cerveza, agua, pintura, pez, barro o sangre...

El individuo no dijo nada más, pues Sikes, con una horrenda imprecación, volcó la mesa y, arrancando el sombrero de sus manos, salió como una tromba de la casa.

Con la misma perversidad de sentimientos y la indecisión de que fuera presa, a su pesar, durante todo el día, el asesino, al ver que no le seguían y que, probablemente, le habrían tomado por un adusto borracho, volvió a la ciudad, y apartándose del resplandor de las luces de una diligencia que había parada en la calle, pasó por su lado cuando reconoció en ella el correo de Londres y vio que se había detenido frente a la Administración. Él sabía ya lo que había de suceder; pero pasó a la otra acera y escuchó.

El conductor estaba en pie en la puerta, esperando la saca de correspondencia. En aquel momento se acercó un hombre, vestido de guardabosque, y le entregó un cesto que había preparado sobre el suelo.

—Esto es para vuestra gente —dijo el conductor—. ¡Vamos, daos prisa!, ¿queréis? Anteanoche tampoco estaba preparada esa maldita saca, y eso no puede ser, ¿sabéis?

—¿Algo nuevo por la ciudad, Ben? —preguntó el guardabosque, retirándose hasta el postigo de la ventana para admirar mejor a los caballos.

—Nada, que yo sepa —contestó el hombre, quitándose los guantes—. El trigo, que sube un poco. También oí hablar de un asesinato, en el camino de Spitalfields; pero no estoy muy seguro de que sea cierto.

—¡Oh, ya lo creo que lo es! —dijo un caballero que había dentro y que se había asomado a la ventanilla—. Un crimen espantoso.

—¿De veras, señor? —replicó el conductor, llevándose la mano al sombrero—. ¿Un hombre o una mujer?

—Una mujer —contestó el caballero—. Se supone...

—¡Vamos, Ben! —gritó el cochero con impaciencia.

—Pero ¿viene ya esa maldita saca —gritó el conductor—, o es que os habéis quedado dormidos ahí dentro?

—¡Ya va! —gritó el oficial, saliendo.

—¡Ya va! —gruñó el conductor—. ¡Eso me dice la jovencita de dinero que se va a prender de mí, pero no sé cuándo...! ¡Venga...! ¡Soldad...! ¡A... sí!

Lanzó la bocina unas alegres notas y alejose la diligencia.

Sikes permaneció en la calle, aparentemente inmóvil por lo que acababa de oír, y agitado sólo por la terrible duda de no saber adónde ir. Por fin, retrocediendo una vez más, tomó por la carretera que va de Hatfield a Saint Albans.

Avanzaba resueltamente; pero a medida que iba dejando la ciudad tras de sí y adentrábase en la soledad y lo sombrío del camino, se sentía invadido por un terror y un espanto que le sacudían hasta el alma. Todos los objetos que ante él se ofrecían, sombra o materia, animados o inmóviles, tomaban formas horribles; mas estos temores no fueron nada comparados con aquella sensación de sentirse perseguido por la espantosa figura de por la mañana. Podía percibir su sombra en las tinieblas, seguir sus menores rasgos y advertir con qué rigidez y solemnidad parecía continuar su marcha. Oía el rozar de sus ropas en las hojas, y cada soplo de viento llegaba cargado de aquel último y sofocado grito. Si se detenía, ella hacía lo mismo. Si corría, seguía también, y no corriendo —eso hubiera sido un consuelo—, sino como un cadáver dotado del simple mecanismo de la vida transportado sobre un lento y melancólico viento que no crecía ni se aplacaba jamás.

A veces, volvíase con desesperada resolución, decidido a derribar a aquel fantasma, a pesar de que ya le pareciese muerto, mas se le erizaban los cabellos y se le paralizaba la sangre, porque también él se había vuelto y se hallaba detrás de sí. Aquella mañana se había plantado delante de sus ojos; pero ahora..., y siempre, continuaba detrás. Recostose de espaldas contra una ladera y le pareció que se alzaba sobre él, visiblemente destacado en el frío cielo de la noche. Se arrojó al camino, de espaldas sobre el suelo, y junto a su cabeza se alzó, silente, erguido e inmóvil, como una tumba viviente, con el epitafio escrito en sangre.

Que nadie hable de criminales que escapan a la Justicia, ni insinúe que la Providencia debió de estar dormida. Un minuto eterno de esa angustia del miedo vale por cientos de muertes violentas.

En el campo por donde pasaba había un cobertizo que le ofreció abrigo durante la noche. Ante la puerta alzábanse tres altos álamos que oscurecían el interior, y el viento gemía al pasar entre ellos con un lúgubre sollozo. No podía continuar su marcha hasta que amaneciese, y allí se tumbó junto a la pared para sufrir una nueva tortura.

Una nueva visión surgió ante él, tan constante y más terrible aún que aquella de la que se había librado. Aquellos ojos fijos, inmensamente abiertos, tan vidriosos y opacos, que hubiera preferido verlos que pensar en ellos, aparecieron en medio de la oscuridad, encendidos, pero sin dar su luz a nada. Sólo eran dos;

pero estaban en todas partes. Si cerraba los ojos, se le aparecía entonces aquella habitación, con todos los objetos conocidos —algunos que hasta hubiera olvidado si sólo hubiese repasado su contenido con el recuerdo— y cada uno en su lugar acostumbrado. El cadáver estaba en *su sitio*, y los ojos igual que cuando los viera en el momento de su huida. Se levantó y lanzóse al campo. La figura le perseguía. Volvió a entrar en el cobertizo y se acurrucó una vez más. Pero los ojos estaban allí, antes de que se hubiese tendido.

Así permaneció, presa de un terror inimaginable, todo tembloroso, brotándole por cada poro un sudor frío, cuando, de pronto, se alzó sobre el viento de la noche un vocerío lejano y un rumor de voces entremezcladas de alarma y asombro. Todo ruido humano en aquel lugar solitario, aun cuando trajese un verdadero motivo de alarma, significaba algo para él. Recuperó sus fuerzas y su energía ante la perspectiva de un peligro para su persona, y poniéndose en pie de un salto se lanzó al aire libre.

El ancho cielo parecía incendiado. Elevándose al aire con un torrente de chispas y arrollándose unas sobre otras, las llamaradas iluminaban la atmósfera en muchas millas a la redonda, arrastrando nubes de humo en dirección al sitio en que él estaba. Creció el griterío al unirse nuevas voces a aquel estruendo, y pudo oír el grito de « ¡Fuego! », mezclado con el sonar de las campanas que tocaban a rebato, el caer de las pesadas moles y el crepitar de las llamas al enroscarse en algún nuevo obstáculo para salir disparadas hacia lo alto como avivadas por un nuevo pasto. En tanto miraba, crecía el ruido. Y veíase a las gentes —hombres y mujeres—, las luces y el bullicio. Era como una nueva vida para él. Se lanzó hacia delante, recto, de cabeza, atravesando zarzas y matorrales, saltando cercas y vallados tan alocadamente como el perro, que, dando sonoros y agudos ladridos, corría delante de él.

Llegó al lugar del suceso. Había gentes a medio vestir, agitándose de acá para allá, tratando unos de sacar a los aterrorizados caballos de las cuadras; otros, de hacer salir al ganado de los patios y corralizas, y saliendo algunos cargados de la hirviente pira entre una lluvia de chispas y el derrumbarse de las vigas al rojo. Los huecos en donde hacía una hora hubiera puertas y ventanas mostraban una masa de rabioso fuego; paredes que se bambolean hasta desplomarse en la ardiente sima, mientras el plomo y el hierro derretidos se vertían, al rojo blanco, sobre el suelo. Las mujeres y los niños chillaban, y los hombres se animaban unos a otros con ruidosos gritos y exclamaciones. El resonar de las bombas de incendio y el chorrear del agua, que silbaba al caer sobre la madera abrasada, uníanse al tremendo estruendo. Él también gritó, hasta ponerse ronco, y huyendo del recuerdo y de sí mismo se zambulló en plena barahúnda.

Aquí y allí surgía aquella noche, ya trabajando en las bombas, ya corriendo entre el humo y las llamas, pero sin cesar de acudir donde mayores eran el ruido y el bullicio. Subiendo y bajando escaleras, sobre los tejados de los edificios, en

los pisos que trepidaban y temblaban a su peso, al socaire de los ladrillos y las piedras que caían, en todos los sitios de aquel inmenso incendio se encontraba, viviendo una vida ficticia, sin un arañazo ni un golpe, sin cansarse ni pensar en nada hasta que amaneció el nuevo día y no quedó más que humo y ruinas ennegrecidas.

Terminada esta loca agitación volvió centuplicada la espantosa conciencia de su crimen. Miró recelosamente en derredor, porque los hombres departían en grupos y temía ser el tema de su charla. Obedeció el perro la seña que le hiciera con el dedo y salieron furtivamente. Al pasar junto a una bomba, en la que había sentados algunos hombres, éstos le llamaron para que participase de su refrigerio. Tomó un poco de pan con carne, y mientras bebía un trago de cerveza, oyó que los hombres que llegaban de Londres hablaban del asesinato.

—Dicen que se ha ido a Birmingham —dijo uno—; pero le cogerán, porque las patrullas han salido ya y para mañana por la noche se habrá dado un pregón en toda la comarca.

Huyó presuroso, y anduvo casi hasta caer rendido sobre el suelo. Se tendió en un sendero y allí gozó de un largo sueño, pero sobresaltado e intranquilo. Vagó de nuevo, irresoluto e indeciso, angustiado por el temor de otra noche solitaria.

De pronto tomó la desesperada resolución de regresar a Londres.

«Por lo menos», pensó, «allí puedo hablar con alguien. Y también hay un buen escondite. Nunca se figurarán que van a pescarme allí, después de olfatear estas pistas en el campo. ¿Por qué no he de poder quedarme allí una semana o así, y luego, sacándole dinero a Fagin, marcharme a Francia...? ¡Qué canastos...! Voy a arriesgarme».

Siguió este impulso sin tardar, y, eligiendo los caminos menos frecuentados, comenzó su viaje de regreso, resuelto a ocultarse a poca distancia de la metrópoli para entrar, al anochecer, dando un rodeo, hasta encaminarse directamente a aquel lugar que fijara como destino suyo.

El perro...; pero... si se conocían datos suyos, no se olvidarían de que faltaba el perro y que probablemente se había marchado con él. Esto podría dar lugar a su detención si pasaban junto a él. Decidió ahogarle, y se dirigió, pues, en busca de un estanque, cogiendo una pesada piedra y atándosela al pañuelo entretanto.

El animal miraba al rostro de su amo mientras hacía estos preparativos, y ya porque su instinto le advirtiera de sus propósitos o porque la mirada de soslayo del bandido era más torva que de ordinario, quedose un poco más rezagado que de costumbre y se agachó a medida que el otro aflojaba el paso. Al detenerse su amo a la orilla de un estanque y volverse para llamarle, se detuvo de repente.

—¿No oyes que te estoy llamando? ¡Ven aquí! —gritó Sikes.

El animal se acercó por la fuerza de la costumbre; pero, al agacharse Sikes para atarle el pañuelo al cuello, lanzó un sordo gruñido y retrocedió.

—¡Vuelve aquí! —dijo el bandido, dando una patada sobre el suelo.

El perro meneó la cola, pero no se movió. Sikes hizo un nudo corredizo y le llamó de nuevo.

El perro avanzó, retrocedió, se detuvo un instante, se volvió y salió corriendo a toda prisa.

El hombre le silbó una y otra vez, y se sentó, con la esperanza de que volviese. Mas el perro no apareció, y, por fin, reanudó su marcha.

*En el que el señor Monks y el señor Brownlow se encuentran, al fin, y se da cuenta de su conversación y de la noticia que vino a interrumpirla*

Moría el crepúsculo cuando el señor Brownlow descendió de su coche ante la puerta de su casa y llamó con suavidad. Una vez abierta la puerta, salió del coche un hombre vigoroso, que se puso a un lado del estribo, mientras otro individuo que venía sentado en el pescante descendía también y se colocaba al otro lado. A una señal del señor Brownlow, ayudaron a salir a un tercero y, cogiéndole entre los dos, entráronle precipitadamente en la casa. Este hombre era Monks.

Así subieron las escaleras, sin hablar, y el señor Brownlow, que los precedía, guiolos hasta una habitación interior. En la puerta de este aposento, Monks, que había ascendido con evidente repugnancia, se detuvo. Los dos hombres miraron al anciano como pidiéndole instrucciones.

—Él sabe ya la disyuntiva —dijo el señor Brownlow—. Si vacila o mueve un dedo sin que se lo ordenéis, sacadle a la calle, llamad sin demora a un guardia y acusadle de felonía en mi nombre.

—¿Cómo os atrevéis a decir esto de mí? —preguntó Monks.

—¿Cómo os atrevéis a incitarme a ello, joven? —dijo el señor Brownlow, mirándole fijamente—. ¿Tan loco estáis que pretendéis salir de esta casa? Soltadle. Ya está, señor. Libre estáis para marcharos y nosotros para seguirlos. Pero os advierto por lo más solemne y sagrado, que en el instante en que pongáis el pie en la calle os haré prender por fraude y por robo. Estoy decidido y soy incommovible. Si también vos estáis dispuesto a lo mismo, caiga la sangre sobre vuestra cabeza.

—¿Con qué autoridad se me secuestra en plena calle y me traen aquí estos sabuesos? —preguntó Monks, mirando a uno y a otro de los que se hallaban junto a él.

—Con la mía —respondió Brownlow—. Estas personas están pagadas por mí. Si os quejáis de veros privado de libertad, tuvisteis facultad y oportunidad de recuperarla en el camino; pero considerasteis más conveniente quedaros quieto. De nuevo os digo: pedid protección a la ley. Yo también apelaré a ella; pero cuando hayáis ido demasiado lejos para retroceder, no recurráis a mí pidiendo indulgencia una vez que el poder haya pasado a otras manos, ni digáis que yo os precipité en el abismo a que os lanzasteis vos mismo.

Monks estaba verdaderamente desconcertado y alarmado, además. Vaciló.

—Habéis de decidirlo rápidamente —dijo el señor Brownlow con absoluta firmeza y serenidad—. Si preferís que lance mis cargos públicamente y os entregue a un castigo cuya magnitud, si bien preveo con espanto, no puedo limitar, una vez más os digo que conocéis el camino. Si no, si apeláis a mi clemencia y a la piedad de aquellos a quienes habéis herido hondamente, sentaos en esa silla sin pronunciar palabra. Lleva dos días esperándoos.

Monks barbotó unas ininteligibles palabras; pero siguió titubeando.

—Debéis daros prisa —insistió el señor Brownlow—. A una palabra mía, la opción habrá desaparecido para siempre.

Aún vaciló el hombre aquel.

—No soy aficionado a las discusiones —dijo el señor Brownlow—, y como defendiendo preciadísimos intereses ajenos, no tengo derecho a ello.

—¿No hay —preguntó Monks con palabra balbuciente—, no hay transacción?  
—Ninguna.

Monks miró al anciano caballero con mirada inquieta; mas como sólo leyera en su rostro severidad y resolución, penetró en la habitación y, encogiéndose de hombros, se sentó.

—Cerrad la puerta por fuera —dijo el señor Brownlow a los criados— y venid cuando llame.

Obedecieron éstos y quedáronse los dos solos.

—Bonita manera de tratarme es ésta, señor —dijo Monks, despojándose del sombrero y de la capa—, para un viejo amigo de mi padre.

—Por ser un viejo amigo de vuestro padre, joven —replicó el señor Brownlow—; porque las esperanzas y deseos de los años mozos y felices van ligados a él y a aquella linda criatura, sangre y casta suya, que fue a reunirse con su Dios en su juventud, dejándome aquí triste y solo; porque él se arrodilló conmigo junto al lecho de muerte de su única hermana, cuando era niño todavía, aquella mañana en que (si al Cielo no pluguiera otra cosa) yo hubiera hecho de ella mi tierna esposa; porque desde entonces mi corazón agostado se aferró a él en todas sus desgracias y errores hasta su muerte; porque los viejos recuerdos y asociaciones llenan mi corazón y vuestra sola presencia trae a mí las viejas remembranzas tuyas, por todas esas cosas siéntome movido a trataros dulcemente ahora (¡sí, Edward Leeford, todavía!), y me sonrojo de la indignidad de quien lleva ese nombre.

—¿Qué tiene que ver el nombre con eso? —dijo el otro después de contemplar, en silencio y con asombro, la agitación de su interlocutor—. ¿Qué me importa a mí el nombre?

—Nada —respondió el señor Brownlow—; no os importa nada. Pero era el de ella, y a través de la distancia aún trae a mí, hombre viejo ya, la vehemencia y la emoción que en un tiempo sintiera sólo con oírsele repetir a un desconocido.

Celebro mucho que os lo hayáis cambiado; mucho, mucho.

—Todo eso está muy bien —dijo Monks (si hemos de conservar su nombre supuesto), tras un largo silencio, durante el cual anduvo inquieto, de un lado a otro, en actitud hostil, mientras el señor Brownlow permanecía sentado cubriéndose el rostro con las manos—. Pero ¿qué queréis de mí?

—Tenéis un hermano —dijo el señor Brownlow, descubriéndose—, un hermano cuyo nombre, murmurado en vuestro oído cuando os seguía en la calle, fue casi bastante para que me acompañáseis hasta aquí con sobresalto y asombro.

—Yo no tengo ningún hermano —contestó Monks—. Sabéis que yo era hijo único. ¿Por qué me habláis de hermanos? Lo sabéis tan bien como yo.

—Escuchad lo que yo sé y acaso vos no —dijo el señor Brownlow—, que tal vez os interese. Sé que del desgraciado matrimonio a que viose forzado vuestro desdichado padre cuando era sólo un chiquillo, por un orgullo de familia y por la más sórdida y mezquina ambición, fuisteis vos el único y desnaturalizado fruto.

—No me importan los insultos —interrumpió Monks con una sonrisa sarcástica—. Conocéis el hecho, y eso me basta.

—Pero también conozco —prosiguió el anciano caballero— los infortunios, la lenta tortura, la prolongada angustia de aquella desgraciada unión. Sé con cuánta indiferencia y hastío arrastraron aquellos dos míseros seres su pesada cadena por un mundo envenenado para ambos. Conozco cómo la fría ceremonia fue seguida de los burdos dicerios; de qué manera la indiferencia cedió el paso a la repugnancia, la repugnancia a la aversión y la aversión al odio, hasta que, al fin, rompieron el estridente lazo y se separaron, llevándose cada uno un amargo fragmento de lo que sólo la muerte podía desunir, para ocultarlo en nueva compañía, bajo la apariencia más alegre que pudieron fingir. Vuestra madre lo consiguió: olvidó pronto. Pero en el corazón de vuestro padre vivió enmohecido y ulcerado muchos años.

—Bueno; se separaron —le respondió Monks—. ¿Y qué?

—Después de llevar cierto tiempo separados —dijo el señor Brownlow—, cuando vuestra madre, entregada por entero a las frivolidades del continente, había olvidado por completo a su marido, que, diez años más joven que ella y agotadas sus esperanzas, continuaba en su hogar, éste adquirió nuevas amistades. Al menos, esta circunstancia sí la sabéis.

—Yo no —contestó Monks, apartando la mirada y golpeando el suelo con el pie, decidido a negarlo todo—. Yo no.

—Vuestra actitud, no menos que vuestras acciones, me confirman que no lo habéis olvidado nunca ni habéis dejado de pensar en ello —replicó el señor Brownlow—. Os hablo de hace quince años, de cuando sólo teníais once y vuestro padre treinta y uno, porque, os lo repito, él era un niño cuando su padre le ordenó que se casara. ¿He de remontarme a acontecimientos que ensombrecen

la memoria de vuestro padre, o queréis ahorrarme ese trabajo y revelarme la verdad?

—Nada tengo que revelar —replicó Monks—. Podéis seguir hablando si queréis.

—Pues bien: esos nuevos amigos —continuó el señor Brownlow— eran un oficial de Marina retirado del servicio activo, cuya esposa había muerto unos seis meses antes, dejándole dos hijos. Habían tenido más; pero de toda su familia, afortunadamente, sólo dos sobrevivieron. Los dos eran hembras: una, una hermosa criatura de diecinueve años, y la otra, sólo una chiquilla de dos o tres.

—¿Y qué me importa eso a mí...? —preguntó Monks.

—Vivían —prosiguió el señor Brownlow, sin hacer caso de la interrupción— en un lugar del país adonde acudiera vuestro padre en sus andanzas y en donde fijó su residencia. Se conocieron, intimaron y la amistad nació enseguida. Como vuestro padre había pocos. Tenía el alma y la figura de su hermana. A medida que le fue conociendo el marino, creció su afecto. ¡Ojalá que hubiera parado ahí...! A su hija le sucedió lo mismo.

El anciano hizo una pausa. Monks se mordía los labios, con los ojos fijos en el suelo. Al observar esto continuó aquél inmediatamente:

—Al cabo de un año se había comprometido formalmente, solemnemente, con aquella hija, pasando a ser objeto de la primera, la más ardiente y única pasión verdadera de una cándida e inexperta niña.

—Es larga vuestra historia —observó Monks, moviéndose, inquieto, en la silla.

—Es una historia verdadera de pena, de aflicción y de pesar, joven —contestó el señor Brownlow—, y esas historias suelen ser largas; si fuera de pura dicha y alegría, sería muy breve. Al cabo, uno de aquellos parientes ricos por cuyos intereses y vanidades había sido sacrificado vuestro padre, como sucede con frecuencia, falleció, y para reparar el mal de que fuera instrumento le dejó su panacea para todos los dolores: dinero. Fue necesario que marchara seguidamente a Roma, donde había corrido en busca de salud y donde falleciera, dejando sus asuntos embrollados. Llegado allí, atacole una mortal enfermedad, y vuestra madre acudió tan pronto como la noticia llegó a París, llevándoos a vos con ella; murió el día siguiente de vuestra llegada, sin dejar testamento, *ningún testamento*, de manera que toda la fortuna pasaba a vos y a vuestra madre.

Al llegar a este punto del relato, Monks, conteniendo la respiración, escuchaba con un gesto de intensa ansiedad, a pesar de que sus ojos no mirasen al narrador. A una pausa del señor Brownlow, cambió de postura, como el que ha experimentado un súbito alivio, y se enjugó el rostro sudoroso con las manos.

—Antes de partir al extranjero, y a su paso por Londres —dijo el señor Brownlow lentamente, fijando sus ojos en el rostro de su interlocutor—, vuestro padre vino a verme.

—Nunca supe nada de eso —interrumpió Monks en un tono que pretendía

parecer incrédulo, pero que más bien sabía a desagradable sorpresa.

—Vino a verme y me dejó, entre otras cosas, un cuadro (un retrato pintado por él mismo) de aquella pobre niña, que no quería dejar abandonado y no podía llevar consigo en su precipitado viaje. La ansiedad y el remordimiento le habían consumido hasta convertirle en una sombra; me habló en forma extraviada de una ruina y un deshonor causados por él; me confió su propósito de convertir todos sus bienes en dinero a cualquier precio, y después de asignar a su esposa y a vos una parte de sus recientes ganancias, huir del país (adiviné perfectamente que no huiría solo) para no volver más. Ni siquiera a mí, su viejo amigo de la infancia, cuyo acendrado afecto asentaba sus raíces en la tierra que cubría a un ser queridísimo para ambos, ni siquiera a mí me hizo ninguna nueva confesión, prometiendo escribirme contándomelo todo y volver a verme por última vez en la vida. ¡Ay! La última vez fue aquélla. Ni recibí su carta ni volví a verle nunca más. Cuando todo hubo terminado —prosiguió el señor Brownlow— marché al lugar de su... (emplearé la palabra que las gentes emplearían libremente, pues ya es igual para él el favor o el rigor del mundo), su culpable amor, resuelto a que, si mis temores se confirmaban, aquella niña abandonada hallase un corazón y un hogar donde encontrar refugio y compasión. La familia había salido de allí hacía una semana; habían saldado unas pequeñas deudas que tenían pendientes y abandonaron el lugar una noche. Por qué o hacia dónde, nadie puede decirlo.

Monks respiró con más libertad y miró en torno a sí con una sonrisa de triunfo.

—Cuando vuestro hermano —dijo el señor Brownlow, acercando más su silla a la del otro—; cuando vuestro hermano (un niño abandonado, andrajoso y débil) me salió al camino por mano de un desconocido, y salvado por mí de una vida de oprobio y de infamia...

—¡Cómo! —exclamó Monks.

—Por mí —repitió el señor Brownlow—. Ya os dije que pronto os interesaría. He dicho por mí, y, veo que vuestro astuto cómplice calló mi nombre, aunque él creyese que habría de resultaros desconocido. Cuando fue, pues, salvado por mí y se restablecía de su enfermedad en mi casa, su gran parecido con ese cuadro de que os he hablado me llenó de asombro. Hasta cuando le vi por vez primera lleno de suciedad y de miseria había una expresión oculta en su semblante que llegaba a mí como el destello fugaz de una vieja amistad en un vívido sueño. No necesito deciros que él cayó en la trampa antes que yo supiese su historia.

—¿Y por qué no? —preguntó Monks con viveza.

—Porque demasiado bien lo sabéis.

—¿Yo?

—Es inútil negarlo —contestó el señor Brownlow—. Os demostraré que sé más todavía.

—Vos..., vos... no podéis probar nada en mi contra —balbució Monks—. ¡Os

desafío a que lo hagáis!

—Ya veremos —replicó el anciano con una inquisitiva mirada—. Perdí al muchacho, y, a pesar de mis esfuerzos, no pude recuperarlo. Muerta vuestra madre, sabía que vos solamente podríais aclarar el misterio. Y como la última vez que supe de vos estabais en vuestras posesiones de las Indias Orientales, donde, como sabéis, os retirasteis a la muerte de vuestra madre para huir de las consecuencias de vuestras depravaciones aquí, hice el viaje. Habíais salido de allí meses antes, y se suponía que estabais en Londres; mas nadie podría decir dónde. Regresé, pues. Vuestros agentes no tenían noticia de vuestra residencia. Ibais y veníais, me dijeron, de la misma manera extraña que siempre: unas veces por días, y otras casi por meses, visitando, al parecer, los mismos ruines lugares y mezclándoos con esa misma chusma infame que había sido siempre vuestra compañía desde que erais un muchacho feroz e indómito. Los aburrí con mis preguntas. Recorrí las calles día y noche; mas hasta hace dos horas todos mis esfuerzos fueron vanos, y jamás os vi ni por un instante.

—Pero ya me veis —dijo Monks, levantándose con descaro—. ¿Y qué...? Fraude y robo son palabras malsonantes..., justificadas, según creéis, por un supuesto parecido de un arrapiezo con unas cosas pintarrajeadas por un muerto. ¡Mi hermano! Ni siquiera sabéis que haya nacido un hijo de aquella alocada pareja, ni siquiera eso.

—No lo sabía —replicó el señor Brownlow, levantándose también—, pero en estos últimos quince días lo he sabido todo. Tenéis un hermano, lo sabéis y le conocéis. Existía un testamento que vuestra madre destruyó, transmitiéndoo el secreto y la fortuna a su muerte. Allí se hacía referencia a un niño, probable fruto de aquella triste unión, niño que nació, en efecto, y que fue casualmente hallado por vos, despertando vuestras sospechas su extraño parecido con su padre. Os encaminasteis al lugar de su nacimiento. Existían pruebas (pruebas ocultas desde hacía mucho tiempo) del lugar de su nacimiento. Aquellas pruebas fueron destruidas por vos, y ahora, para decirlo con las mismas palabras de vuestro cómplice el judío, « las únicas pruebas de la identidad del chico yacen en el fondo del río y la vieja bruja que las recibiera de la madre se pudre en su ataúd ». Hijo indigno, cobarde, ladrón; vos, que celebráis conciliábulos con ladrones y asesinos en tenebrosas guaridas durante la noche; vos, cuyos planes y ardidés han sido causa de la muerte violenta de quien es miles de veces mejor que vos; vos, que desde la cuna fuisteis hiel y amargura en el corazón de vuestro padre, y en quien todas las malas pasiones, vicios y relajaciones se ulceran hasta convertirse en una enfermedad nauseabunda que ha hecho de vuestro rostro espejo de vuestra alma; vos, Edward Leeford, ¿os atrevéis todavía a desafiarme?

—¡No, no, no! —repuso el cobarde, abrumado por aquel cúmulo de acusaciones.

—Hasta la última palabra —gritó el anciano—, hasta la última palabra que

cruzasteis con ese odioso miserable me es conocida. Las sombras que se proyectaron en la pared percibieron vuestros susurros y los trajeron a mi oído; el espectáculo de ese pobre niño acosado ha servido para convertir hasta al vicio mismo, dándole el valor y casi los atributos de la virtud. Se ha cometido un crimen en el que, moral, si no materialmente, habéis tomado parte.

—No, no —replicó Monks—. Yo..., yo... no sé nada de eso; iba a averiguar la verdad de lo ocurrido cuando me sorprendisteis. Yo no sé la causa. Creí que se trataba de una riña vulgar.

—Fue por haber descubierto parte de vuestros secretos —le contestó el señor Brownlow—. ¿Los revelaréis todos ahora?

—Sí.

—¿Pondréis vuestra firma en una declaración fiel de los hechos y la repetiréis ante testigos?

—Os lo prometo también.

—¿Permaneceréis aquí hasta que se redacte ese documento y me seguiréis a donde yo juzgue más conveniente, con el propósito de atestiguarlo?

—Si insistís en ello, también —respondió Monks.

—Todavía debéis hacer más —dijo Brownlow—. Debéis restituir lo que es suyo a ese niño puro e inocente, pues eso es, aunque sea fruto de un amor culpable y desgraciado. No habréis olvidado las cláusulas del testamento. Llevadlas a efecto en lo que concierne a vuestro hermano, y luego idos a donde os plazca. En este mundo no es necesario que nos veamos más.

En tanto Monks paseaba de un extremo a otro, meditando con oscura y siniestra mirada sobre esta proposición y las posibilidades de eludirla, atormentado por sus temores y por su odio, abrióse precipitadamente la puerta, y un caballero, el señor Losberne, penetró en la estancia presa de violenta agitación.

—¡Esta noche cogerán a ese hombre —gritó—, esta noche!

—¿Al asesino? —preguntó el señor Brownlow.

—Sí, sí —respondió el otro—. Han visto a su perro rondar por una vieja guarida, y no hay duda de que su amo o está allí o allí ha de acudir protegido por la oscuridad. Hay vigilancia por todas partes. He hablado con los encargados de su captura y me dicen que no es posible que se escape. Esta noche ha anunciado el Gobierno una recompensa de cien libras por su captura.

—Yo daré otras cincuenta —dijo el señor Brownlow—. Y lo anunciaré personalmente sobre el terreno, si puedo llegar allí. ¿Dónde está el señor Maylie?

—¿Quién, Harry...? Tan pronto como dejó a su amigo a salvo aquí con vos, corrió hacia el sitio donde oyera esto —contestó el doctor—, y montando a caballo partió a unirse con el primer grupo en cierto lugar de las afueras convenido entre ellos.

—Y del judío —dijo el señor Brownlow—, ¿qué se sabe?

—Las últimas noticias que tuve eran de que no le habían cogido aún; pero le cogerán, o acaso a estas horas ya le hayan prendido. De eso están seguros.

—¿Os habéis decidido? —preguntó el señor Brownlow a Monks en voz baja.

—Sí —le contestó. ¿Me..., me... guardaréis el secreto?

—Sí. Quedaos aquí hasta que vuelva. Es vuestra única esperanza de salvación. Salieron del cuarto y cerraron la puerta con llave.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó el doctor en voz baja.

—Todo lo que podía esperar y más. Uniendo los datos de la pobre muchacha con lo que yo ya sabía y el resultado de las investigaciones de nuestro buen amigo sobre el terreno, no le he dejado escapatoria y le he hecho ver todas las infamias que con tales datos resultaban claras como la luz del día. Escribid citando a la reunión para pasado mañana, a las siete de la tarde. Estaremos allí unas horas antes; pero necesitaremos descansar, sobre todo la joven, que acaso precise más entereza de la que vos y yo podamos suponer ahora. Pero mi sangre hierve por vengar a esa pobre criatura asesinada. ¿Qué camino han tomado?

—Id directamente al Juzgado, y llegaréis a tiempo —respondió el señor Losberne—. Yo me quedaré aquí.

Los dos caballeros se separaron apresuradamente, presas de una febril ansiedad, totalmente incontenible.

### *La persecución y la fuga*

Cerca de aquella parte del Támesis que linda con la iglesia de Rotherhithe, donde los edificios de las orillas son más sucios y más ennegrecidas están las embarcaciones del río por el polvo de los barcos carboneros y el humo de las apiñadas y achaparradas casas, existe en la actualidad el más inmundo, el más extraño y el más extraordinario de los infinitos lugares que yacen ocultos en Londres, totalmente desconocidos, hasta de nombre, para la gran masa de sus habitantes.

Para llegar a este lugar, el visitante ha de penetrar por un dédalo de callejuelas estrechas y fangosas, pobladas por las gentes más burdas y más pobres de las orillas y dedicadas al tráfico que puede suponerse. Las provisiones más baratas y menos delicadas se amontonan en las tiendas; las ropas más bastas y ordinarias cuelgan de las puertas de los prenderos y se asoman a las barandillas y a los balcones. A empellones entre obreros sin trabajo de la más ínfima extracción, estibadores, descargadores de carbón, mujerzuelas desvergonzadas, niños andrajosos y la hez y escoria del río, ha de abrirse paso el viandante con dificultad, asaltado por espectáculos y olores repugnantes procedentes de los estrechos callejones que se abren a derecha e izquierda, y ensordecido por el estruendo de los pesados carros que transportan grandes montones de mercancías sacadas del cúmulo de depósitos que se elevan en cada rincón. Al llegar, por fin, a las calles más apartadas y menos frecuentadas que aquellas por las que pasara, seguirá el viajero bajo fachadas vacilantes que se proyectan sobre el pavimento, muros ruinosos que parecen estremecerse a su paso, chimeneas semidestruidas que amenazan caer, ventanas guardadas por herrumbrosos barrotes de hierro que el tiempo y la podredumbre casi han carcomido, y todas las imaginables muestras de desolación y abandono.

En semejante vecindad, más allá de Dockhead, en el arrabal de Southwark, se levanta la isla de Jacob, rodeada de un foso fangoso de seis u ocho pies de profundidad y quince o veinte de anchura, cuando la marea baja, llamado antes la Alberca y conocido en nuestros días por el Foso de la Locura. Es un riachuelo o estero del Támesis que puede llenarse siempre con la subida de las aguas, abriendo las esclusas en la represa de donde tomó su antiguo nombre. En tales ocasiones el desconocido que mirase desde uno de los puentes de madera que se

tienden sobre él en Mill Lane vería a los habitantes de las casas de ambas márgenes hacer descender desde sus puertas traseras y ventanas cubos, herradas y utensilios domésticos de todas clases para subir el agua, y al apartar sus ojos de estas operaciones para posarlos en las casas mismas quedaría asombrado del espectáculo que ante él se ofrece. Desvencijados corredores comunes, de madera, a espaldas de media docena de casas, con agujeros desde donde se ve el légamo del fondo; ventanas rotas y recompuetas, de las que asoman palos para tender a secar la ropa que jamás aparece allí; habitaciones tan pequeñas, pestilentes y estrechas, que diríase que el aire está demasiado corrompido para la suciedad e inmundicia que cobijan; chozas de madera que se inclinan sobre el cieno, amenazando caerse, como algunas han hecho ya; muros embadurnados y cimientos ruinosos, todo repulsivo rasgo de pobreza, toda aborrecible muestra de mugre, podredumbre y basura, son los ornamentos de las orillas del Foso de la Locura.

En la isla de Jacob, los tinglados no tienen techo y están vacíos, las paredes se desmoronan, las ventanas han dejado de serlo y ya, las puertas se desploman sobre las calles, las chimeneas están ennegrecidas, pero sin echar humo. Hace treinta o cuarenta años, antes que cayeran sobre él los pleitos de la Cancillería, era aquél un floreciente lugar; mas ahora es una isla verdaderamente desierta. Las casas no tienen propietario, están abiertas y penetra en ellas quien tiene valor para hacerlo; y allí viven y allí mueren. Muy poderosas razones para guardar el secreto de su morada ha de tener, o en muy desvalida situación ha de encontrarse, el que busque refugio en la isla de Jacob.

En una habitación de los pisos altos de una de esas casuchas —una casa aislada de regular tamaño, ruinoso en los demás aspectos, pero fuertemente defendida por puertas y ventanas, cuya espalda daba al foso ya descrito— hallábanse reunidos tres hombres, que, mirándose de vez en vez con gestos que expresaban su perplejidad y expectación, permanecieron algún tiempo sentados en profundo y tenebroso silencio. Uno de ellos era Toby Crackit; otro, el señor Chitling, y el tercero, un ladrón de unos cincuenta años, cuya nariz casi le había desaparecido en una refriega y cuyo rostro ostentaba una espantosa cicatriz, producto probablemente de la misma ocasión. Este hombre era un escapado de presidio, y se llamaba Kags.

—Más te valiera —dijo Toby a Chitling— haber elegido otra jaula, si es que las otras dos están demasiado guardadas, y no haber venido aquí, precioso.

—Pues claro que sí, badulaque —dijo Kags.

—Creí que os alegraríais algo más al verme —contestó Chitling con aire melancólico.

—Pues mira, jovencito —dijo Toby—: Cuando un hombre vive tan independiente como yo, para tener así una casa apañadita en la que nadie venga a meter las narices, es un poco alarmante tener el honor de recibir la visita de un

caballero (por muy respetable y agradable que sea para jugar a las cartas cuando convenga), si está en las circunstancias que tú.

—Y, sobre todo, si ese joven independiente tiene un amigo que vive con él, que ha llegado del extranjero más pronto de lo que se esperaba y que es demasiado modesto para que quiera que le lleven ante los jueces a su vuelta —añadió Kags.

Hubo una breve pausa, tras la cual Toby Crackit, abandonando, al parecer, por inútiles, sus alegres fanfarronadas, volviose hacia Chitling y le dijo:

—Entonces, ¿cuándo cogieron a Fagin?

—Precisamente a la hora de comer: a las dos de la tarde. Charley y yo nos escapamos por la chimenea del lavadero, y Bolter se metió en la tinaja vacía, de cabeza; pero como tiene las piernas tan largas, se le salían por arriba y le cogieron también.

—¿Y Bet?

—¡Pobre Bet! Ésa fue a ver el cadáver para decir de quién era —contestó Chitling, ensombreciéndosele el rostro cada vez más— y se volvió loca, gritando y delirando, pegándose con la cabeza contra las tablas; le pusieron una camisa de fuerza, se la llevaron al hospital... y allí está.

—Y el joven Bates, ¿adónde ha ido? —preguntó Kags.

—Se quedó roncando por allí para no venir antes de que anochezca; pero llegará enseguida —respondió Chitling—. No hay ningún sitio adonde poder ir y a, pues la gente de Los Cojos está toda detenida y el mostrador de la guarida (yo fui allá y lo vi con mis propios ojos) está lleno de trampas.

—Esto es la ruina —observó Toby, mordiéndose los labios—. Esta vez va a caer más de uno.

—Ya han empezado las sesiones —dijo Kags—, y si terminan la información y Bolter acusa a sus cómplices (como lo hará, sin duda, por lo que ha dicho ya), quedará probada la complicidad de Fagin antes del hecho, y el fallo será el viernes, por lo que dentro de seis días le colgarán, ¡vive Dios!

—¡Si hubierais oído gritar a la gente...! —dijo Chitling—. Los agentes luchaban como demonios; si no, le hubieran hecho pedazos. Una vez le tiraron al suelo; pero formaron un cordón alrededor de él y se abrieron paso a la fuerza. ¡Si hubierais visto cómo miraba él a todas partes, lleno de barro y de sangre, agarrado a ellos como si fueran sus mejores amigos...! ¡Me parece que le estoy viendo, sin poder tenerse en pie con los empujones de la chusma, que le enseñaba los dientes; iban por él como bestias feroces! Veo la sangre que le asomaba por los pelos y la barba y oigo los gritos con que las mujeres se abalanzaban al centro del gentío en las esquinas de la calle, jurando que le iban a sacar el corazón.

El testigo de esta escena, lleno de horror, llevo las manos a los oídos, y con los ojos cerrados se levantó y comenzó a pasearse, como enajenado, de un lado

a otro.

Así continuaba, mientras los dos hombres permanecían sentados en silencio, con los ojos fijos en el suelo, cuando oyose un ruido de pasos en la escalera y el perro de Sikes penetró en la habitación. Corrieron hacia la ventana, bajaron la escalera y se asomaron a la calle. El perro había saltado por una ventana abierta; no hizo intención de seguirlos ni tampoco fue hallado su amo.

—¿Qué significa esto? —dijo Toby, una vez que hubieron regresado—. No es posible que venga aquí... Yo..., y o... creo que no.

—Si fuera a venir habría llegado con el perro —dijo Kags, inclinándose para contemplar al animal, que se había tumbado, jadeante, en el suelo—. ¡Eh! Dadme un poco de agua para este bicho; está casi agotado de tanto correr.

—Se la ha bebido toda, hasta la última gota —dijo Chitling, después de contemplar un rato al perro en silencio—. Está cubierto de barro, cojo, casi cegato; debe de haber corrido mucho.

—¿De donde podrá venir? —exclamó Toby—. Por supuesto, habrá ido a los otros escondrijos, y al verlos llenos de desconocidos, se habrá venido aquí, donde ha estado muchas veces... Pero ¿adónde habrá ido primero y cómo es que llega solo, sin el otro?

—Ése —nadie llamaba al asesino por su nombre— no es posible que se haya quitado de en medio. ¿Qué pensáis? —dijo Chitling.

Toby movió la cabeza.

—Si así fuera —dijo Kags—, el perro nos habría querido llevar al sitio donde lo hiciera. No. Creo que se habrá marchado del país, dejándose el perro detrás. De todos modos, tiene que haberle dado esquinazo; de lo contrario, no estaría el animal tan tranquilo.

Como esta explicación parecía la más probable, fue tomada por cierta; el perro, metiéndose debajo de una silla, hizo la rosca para dormir, sin que nadie volviese a ocuparse de él.

Puesto que había anochecido ya, cerraron los postigos y colocaron una vela encendida sobre la mesa. Los terribles acontecimientos de los dos últimos días habían causado una honda impresión en los tres, aumentada por el peligro y la incertidumbre de su situación. Acercaron sus sillas los unos a los otros, sobresaltados por cualquier rumor. Hablaban poco, y aun eso en voz baja, y permanecían silenciosos y aterrados, cual si los restos de la mujer asesinada yaciesen en la habitación contigua.

Así llevaban algún tiempo, cuando, de pronto, oyose una llamada presurosa en la puerta de abajo.

—Ése es Bates —dijo Kags con gesto airado para disimular el miedo que sentía.

Repitiose la llamada. No; no era él. Él no llamaba nunca así.

Crackit se acercó a la ventana y, todo tembloroso, asomó la cabeza. No hubo

necesidad de que les dijera quién era, porque bastaba ver su pálido rostro. También el perro habíase puesto en guardia en un instante y corrió gruñendo hacia la puerta.

—Debemos dejarle entrar —dijo, cogiendo la vela.

—¿No hay otro remedio? —preguntó el otro hombre con voz ronca.

—Ninguno. Tiene que entrar.

—No nos dejéis a oscuras —gritó Kags, bajando una vela de la chimenea y encendiéndola con tal temblor en su mano, que la llamada se repitió dos veces sin que hubiese terminado.

Bajó Crackit a la puerta y regresó seguido de un hombre, cuya parte inferior del rostro iba oculta con un pañuelo, mientras otro llevábalo atado a la cabeza, por debajo del sombrero. Se los quitó lentamente. Pálido el rostro, los ojos hundidos, chupadas las mejillas, la barba de tres días, enflaquecido, con un ronco y entrecortado jadear, era el espectro de Sikes.

Apoyó su mano sobre una silla que había en el centro del cuarto; pero estremecido cuando se disponía a dejarse caer en ella, y mirando, al parecer, con recelo, la arrastró hasta colocarla contra la pared, todo lo cerca que pudo, y se sentó.

Ni una palabra se había cruzado entre ellos. Miraba de uno a otro en silencio. Si algunos ojos se alzaban furtivamente y se encontraban con los suyos, al instante los apartaba. Cuando su voz hueca rompió el silencio, los tres individuos se estremecieron. Diríase que no habían oído jamás aquel tono.

—¿Cómo ha venido ese perro aquí? —preguntó.

—Solo. Hace tres horas.

—El periódico de la noche dice que han cogido a Fagin. ¿Es verdad o mentira?

—Verdad.

De nuevo guardaron silencio.

—Malditos seáis todos —dijo Sikes, pasándose la mano por la frente—. ¿No tenéis nada que decirme?

Hubo un movimiento de inquietud entre ellos; mas nadie habló.

—Tú, que vives en esta casa —dijo Sikes, volviendo la cara hacia Crackit—, ¿vas a venderme? ¿O me vas a dejar estar aquí hasta que termine esta persecución?

—Si os creéis seguro, aquí podéis quedaros —contestó el interrogado, tras cierta vacilación.

Sikes dirigió lentamente su mirada hacia la pared que tenía detrás, tratando de volver la cabeza, más bien que volviéndola en realidad, y dijo:

—Lo han..., al cadáver..., ¿lo han enterrado?

Negaron ellos con la cabeza.

—¿Y por qué no? —preguntoles con una nueva mirada atrás—. ¿Por qué

dejan a la vista esas cosas tan horribles...? ¿Quién llama?

Crackit dio a entender, con un gesto de su mano, al salir del cuarto, que no había nada que temer, y volvió a poco, seguido de Charley Bates. Sikes se hallaba sentado frente a la puerta, de manera que, en el preciso instante en que el muchacho entró en la estancia, se encontró con su persona.

—¡Toby! —exclamó el mozalbete, retrocediendo, en tanto Sikes volvía sus ojos hacia él—. ¿Por qué no me dijiste esto abajo?

Resultaba tan tremendo observar cómo los tres le huían, que el mísero individuo trató de ganarse aunque sólo fuera a este muchacho. Por ello le saludó con la cabeza e hizo ademán de estrecharle la mano.

—Déjame pasar a otro cuarto —dijo el jovencuelo, retrocediendo más todavía.

—¡Charley! —murmuró Sikes, avanzando unos pasos—. ¿No... no me conoces?

—No os acerquéis a mí —contestó el muchacho, sin dejar de recular y mirando con horror al rostro del asesino—. ¡Sois un monstruo!

El hombre se detuvo a mitad del camino y se miraron fijamente; pero Sikes bajó poco a poco los ojos al suelo.

—Los tres sois testigos —exclamó el muchacho, blandiendo el puño cerrado y excitándose a medida que hablaba—, los tres sois testigos de que no le tengo miedo. Si vienen a buscarle, le entregaré. Os lo digo de una vez podrá matarme si quiere, o si se atreve; pero si estoy aquí, le entregaré. Aunque le fueran a cocer vivo. ¡Al asesino! ¡Socorro! Si entre vosotros tres hay un hombre que tenga redaños, que me ayude, que me ayude. ¡Al asesino! ¡Socorro! ¡Fuera con él!

Y lanzando estos gritos, acompañados de violentos gestos, el muchacho se precipitó solo sobre aquel hombre vigoroso, y fue tal la intensidad de su energía y tan imprevista la sorpresa, que dio con él pesadamente en tierra.

Los tres espectadores quedáronse estupefactos. No intervinieron, y el mozalbete y el individuo aquel rodaron por el suelo; el primero, sin hacer caso de los golpes que llovían sobre él, apretando sus manos sobre las ropas que cubrían el pecho del asesino y sin dejar de pedir socorro con todas sus fuerzas.

Sin embargo, la lucha era demasiado desigual para que durase mucho. Sikes le tenía debajo y le había puesto la rodilla en la garganta, cuando Crackit tiró de él con un gesto de alarma y le señaló a la ventana. Viose el resplandor de unas luces abajo, se oyeron fuertes voces en animada conversación y un rumor de apresurados pasos, incontables, al parecer, en su número, que cruzaban el puente de madera más próximo. Entre el gentío había, sin duda, un hombre a caballo, pues se escuchaba el sonar de los cascos sobre el desigual pavimento. Creció el resplandor de las luces y avanzaron los pasos, más compactos y ruidosos. Sonó en la puerta una vigorosa llamada, y luego, el ronco murmullo de una multitud de voces airadas que hubieran hecho temblar al más intrépido.

—¡Socorro! —gritó el muchacho con voz que rasgó el aire—. ¡Está aquí! ¡Echad abajo la puerta!

—¡En nombre del rey! —gritaron las voces de afuera, y el ronco rumor se alzó de nuevo con más fuerza.

—¡Echad abajo la puerta! —gritó el muchacho—. Os advierto que no abrirán. Corred derechos al cuarto donde hay luz... ¡Echad abajo la puerta!

Fuertes y pesados golpes cayeron sobre la puerta y los postigos inferiores de las ventanas tan pronto como dejó de oírse su voz, y un «¡Hurra!» estentóreo estalló entre la multitud, haciendo comprender por primera vez al que escuchara la magnitud de su extensión.

—¡Abrid la puerta de algún sitio donde pueda encerrar a este chiquillo del demonio! —exclamó Sikes, enfurecido, corriendo de un lado a otro, arrastrando al muchacho como si fuese un saco vacío—. ¡Esa puerta! ¡Pronto! —le lanzó adentro, cerró y dio vuelta a la llave—. ¿Está bien segura la puerta de abajo?

—Tiene doble vuelta la llave y cadena —replicó Crackit, que, junto a los otros dos hombres, permanecía aún más aturdido y sin saber qué hacer.

—¿Los tableros son fuertes?

—Forrados con planchas de hierro.

—¿Y las ventanas también?

—Sí; también las ventanas.

—¡Malditos! —gritó el rufián, desesperado, levantando el bastidor de la ventana y amenazando a la multitud—. ¡Gritad cuanto queráis! ¡Todavía os voy a dar un chasco!

De todos los terribles alaridos que hayan llegado jamás a oídos mortales, ninguno mayor que el clamor de la multitud enfurecida. Gritaron algunos a los que estaban más cerca que prendieran fuego a la casa; otros vociferaban a los agentes que le dejasen seco de un tiro. Entre ellos, nadie mostraba mayor furor que el hombre montado a caballo, que, saltando de la silla y abriéndose paso entre la muchedumbre, cual si estuviera nadando, gritó al llegar junto a la ventana en voz que se elevó sobre todas las demás:

—¡Veinte guineas al que me traiga una escalera!

Los que estaban más cerca repitieron el grito, y cientos de voces le hicieron eco. Pedían unos escaleras; otros, martillos; corrían éstos en su busca con antorchas de aquí para allá, y regresaban chillando de nuevo; quedábanse roncoss aquéllos de lanzar sus imponentes maldiciones e improperios; otros más se lanzaban hacia delante como locos, impidiendo así avanzar a los que estaban debajo; los más audaces intentaban subir por las cañerías y agarrándose a las grietas de la pared, y todos se agitaban de un lado a otro en medio de la oscuridad, como un campo de trigo sacudido por un viento airado al que se une, de vez en vez, un ronco y furioso bramido.

—La marea —gritó el criminal mientras retrocedía en la habitación para no

ver aquellos rostros—, la marea bajaba cuando yo llegué. Dadme una cuerda..., una cuerda larga. Están todos en la parte de delante. Puedo descolgarme sobre el foso y escaparme por allí. Dadme una cuerda, si no queréis que cometa tres crímenes más y me mate luego.

Los hombres, aterrados, le señalaron el lugar donde se guardaban aquellos útiles; el asesino eligió apresuradamente la cuerda más larga y más fuerte, y subió corriendo a la parte alta de la casa.

Todas las ventanas de la parte trasera estaban tapiadas desde hacía tiempo, excepto una pequeña trampilla de la habitación donde estaba encerrado el muchacho, y aun aquélla era demasiado pequeña para permitir el paso de un cuerpo. Mas desde este hueco no había dejado de gritar a los que estaban fuera que vigilasen las espaldas de la casa; por eso, cuando el criminal salió, al fin, por la puerta del tejado, un clamoroso grito descubrió el hecho a los que estaban en la parte de delante, quienes, inmediatamente, comenzaron a precipitarse unos sobre otros en ininterrumpido torrente.

El fugitivo había colocado una tabla que se llevara consigo al efecto, fuertemente apoyada contra la puerta, por lo que había de resultarles inmensamente difícil abrirla desde dentro, y arrastrándose sobre las tejas, se asomó al parapeto.

El agua se había retirado ya, y el foso era un lecho de barro.

La multitud había enmudecido durante estos breves instantes, vigilando sus movimientos y dudando de sus propósitos, mas tan pronto como lo divisaron y se dieron cuenta de que se los había frustrado, lanzaron un grito de victoriosa execración, comparado con el cual sus anteriores voces fueran sólo murmullos. Clamaron una y otra vez. Los que estaban demasiado lejos para saber qué significaba aquello recogieron el grito y lo repitieron en un eco prolongado; diríase que la ciudad entera había lanzado a toda su población para maldecirle.

Empujábase la gente contra la fachada y acudían sin cesar en una viva e impetuosa corriente de rostros airados; surgieron acá y acullá alguna que otra antorcha resplandeciente, que los iluminaba para mostrar toda su cólera y su ira. En las casas de la otra orilla del foso había penetrado también el gentío; alzaron los postigos de las ventanas, arrancados algunos de cuajo; filas y filas de rostros asomáronse por todas partes, y montones y montones de gentes se colgaron de todos los tejados. Los puentecillos (y había tres a la vista) se curvaban al peso de la multitud. Mas el torrente seguía derramándose para hallar un rincón o un hueco desde donde lanzar sus gritos y, aunque sólo fuese por un instante, ver al miserable.

—¡Ya está ahí! —gritó un hombre que estaba en el puente más próximo—. ¡Hurra!

Ilumináronse las cabezas descubiertas de la multitud, y de nuevo alzose un inmenso clamor.

—¡Doy cincuenta libras —gritó un anciano desde el mismo sitio— al que le coja vivo! Estaré aquí hasta que venga a pedírmelas.

Sonó un nuevo alarido. En este momento, la multitud pasose de uno en otro la noticia de que, al fin, habían forzado la puerta, y que el primero que pidiera la escalera había penetrado en la habitación. Al correr de boca en boca esta noticia, el raudal de gente volviose bruscamente; los que estaban en las ventanas, al ver que los del puente retrocedían abandonaron sus puestos y salieron a la calle, uniéndose al tropel que se precipitaba atropelladamente hacia el lugar que antes habían abandonado, tropezando y forcejeando cada cual con su vecino, jadeantes e impacientes todos por llegar junto a la puerta y ver cómo los agentes sacaban al criminal. Los gritos y alaridos de los que se apretujaban hasta ahogarse, o se pisoteaban y maltrataban en la confusión, eran espantosos, los estrechos pasadizos estaban atestados, y en aquel momento, entre la prisa de unos por volver a colocarse frente a la casa y los inútiles esfuerzos de otros para librarse de aquella masa, desviose momentáneamente la atención del asesino, a pesar de que la general avidez por su captura viose, si cabe, aumentada.

Aterrado estaba el hombre, intimidado por la ferocidad de la muchedumbre y la imposibilidad de huir; mas al ver este súbito cambio con no menos rapidez de lo que ocurriese, saltó sobre sus pies, decidido a realizar un último esfuerzo por salvar su vida dejándose caer en el foso y, aun a riesgo de ahogarse, tratar de escapar al amparo de la oscuridad y la confusión.

Recuperadas sus fuerzas y energías, y estimulado por el ruido procedente del interior de la casa, anuncio de que habían penetrado ya, apoyó el pie contra el cañón de la chimenea, ató fuertemente a él el extremo de la cuerda y con el otro hizo un fuerte nudo corredizo, ayudándose con manos y dientes, casi en un segundo. Podría descolgarse con la cuerda hasta una distancia del suelo menor que la altura de su cuerpo, y llevaba preparado un cuchillo para cortarla y dejarse caer.

En el preciso instante en que se pasaba el nudo corredizo por la cabeza para colocárselo por debajo de los brazos, y cuando el anciano antes citado (que se había aferrado a la barandilla del puente con tal fuerza que resistía los embates de la muchedumbre y conservaba su puesto) advirtió a los que le rodeaban que el individuo iba a descolgarse, en ese momento, el asesino, al mirar hacia atrás sobre el tejado, alzó los brazos y dejó escapar un grito de terror.

—¡Otra vez esos ojos! —exclamó con un sobrenatural alarido.

Vacilante, como herido por el rayo, perdió el equilibrio sobre el parapeto. Llevaba el nudo al cuello. La cuerda corrió con su peso, y se apretó como un dogal, con la rapidez de una flecha. Y desde una altura de treinta y cinco pies, se desplomó. Un brusco tirón, una terrible convulsión de sus miembros, y allí quedó colgado, con el cuchillo abierto en su mano crispada.

La vieja chimenea se estremeció con la sacudida, mas resistió

gallardamente. El asesino pendía sin vida contra la pared, y el muchacho, apartando el cadáver bamboleante que obstruía su vista, gritó a la multitud que, por el amor de Dios, fuesen a sacarle de allí.

Un perro que permaneciera oculto hasta entonces corrió de un lado para otro en el parapeto, aullando lúgubrementemente, y encogiéndose para tomar impulso, saltó sobre los hombros del muerto. Mas erró el brinco y cayó al foso, girando por completo en el camino y yendo a dar con la cabeza contra una piedra, donde se estrelló.

*Que nos aclara más de un misterio y trata de una proposición de matrimonio en la que no se habla una palabra de dote, ni siquiera de dinero para alfileres*

Los acontecimientos relatados en el anterior capítulo tenían ya dos días de existencia cuando Oliver hallábase, a las tres de la tarde, en un carruaje que avanzaba a toda prisa hacia su ciudad natal. Con él iban la señora Maylie, Rose, la señora Bedwin y el bueno del doctor, y en una silla de posta que los seguía, el señor Brownlow, acompañado de otra persona cuyo nombre no citara.

No hablaron mucho durante el camino, ya que Oliver sentíase presa de una gran agitación e incertidumbre, que le privaban de la facultad de coordinar sus ideas y casi de la palabra. Al parecer, producían no menos efecto en sus compañeros de viaje, que participaban de estas sensaciones, por lo menos en igual proporción. Tanto a él como a las dos damas habíales comunicado el señor Brownlow la naturaleza de las confesiones arrancadas a Monks, y aun cuando sabían que el objeto de su viaje era terminar la obra que tan bien había comenzado, sin embargo, todo hallábase aún envuelto en dudas y misterios, suficientes para dejarlos sumidos en la más intensa perplejidad.

El mismo bondadoso amigo, con ayuda del señor Losberne, había obstruido hábilmente todas las fuentes de información por las que pudieran llegarles las noticias de los espantosos sucesos que habían tenido lugar hacía tan poco tiempo. « Bien es cierto », decía, « que se han de conocer dentro de poco; pero, quizás, entonces, sea más oportuno el momento, que ahora no puede ser peor ». Así pues, prosiguieron en silencio su viaje, cada cual absorto en sus reflexiones sobre el objeto que los había unido, y sin que nadie se sintiese propicio a dar rienda suelta a los pensamientos que se agolpaban sobre todos.

Mas si Oliver, bajo el peso de estas influencias, había permanecido mudo en tanto marchaban al lugar de su nacimiento por una carretera que no había visto jamás, ¿de qué manera el raudal de sus recuerdos se remontó a los pasados tiempos y qué tropel de emociones despertáronse en su pecho al salir a aquel camino que él atravesara a pie, pobre, sin casa ni hogar, errante, sin un amigo que le ayudase ni un techo que le cobijara!

—¡Mirad, mirad allí! —gritó Oliver estrechando anhelosamente la mano de Rose y señalando por la ventanilla del coche— Aquél es el portillo por donde salté; aquéllos son los setos donde me escondí por temor a que alguien me

alcanzase y me hiciese volver por la fuerza. ¡Allá, la vieja casa donde viví de niño! ¡Ay, Dick, Dick, pobre amigo mío, si pudiera verte ahora!

—Pronto le verás —repuso Rose, cogiendo dulcemente sus manos cruzadas entre las suyas—. Le dirás lo feliz que eres, que te has enriquecido, y que entre todas tus alegrías ninguna tan grande como ésta de volver para hacerle dichoso a él también.

—Sí, sí —exclamó Oliver—, y le sacaremos de allí, y le vestiremos, y una vez que le hayamos instruido, le mandaremos a un lugar tranquilo del campo, donde pueda ponerse bien y fuerte, ¿verdad?

Asintió Rose con un mudo gesto; sonreía el muchacho a través de unas lágrimas de felicidad, que no le dejaban hablar.

—Vos seréis buena y amable con él, porque lo sois con todo el mundo —dijo Oliver—. Seguro estoy de que os hará llorar lo que él pueda deciros; pero no importa..., no importa; todo pasará y sonreiréis de nuevo, también lo sé, al pensar en lo que habrá cambiado; lo mismo que hicisteis conmigo. Cuando me escapé, me dijo: « ¡Que Dios te bendiga! » —sollozó el chiquillo en un raptó de emoción—, y ahora yo le repetiré: « ¡Dios te bendiga a ti! », para demostrarle cuánto se lo agradezco.

A medida que se acercaban al pueblo, y cuando al fin recorrían ya sus estrechas calles, costó no poco trabajo contener al muchacho. Allí estaba la tienda de Sowerberry, el empresario de pompas fúnebres, lo mismo que siempre, aunque le pareciese más pequeña y menos imponente su aspecto al recordarla; allí se alzaban las conocidas tiendas y casas, casi todas ligadas con algún ligero incidente de su vida; el carro de Gamfield, el mismo que solía tener a la puerta de la taberna; el Hospicio, la espantosa prisión de sus días de juventud, con sus lúgubres ventanas abiertas a la calle y el mismo escuálido portero en pie ante la puerta. Al verle, Oliver, involuntariamente, retrocedió; mas rióse luego de su ingenuidad, y se echó a llorar para reír de nuevo a continuación. Vio montones de caras conocidas en puertas y ventanas, y casi todo como si sólo hubiera salido de allí la víspera, y su vida reciente no fuese más que un sueño feliz.

Mas era pura, formal y jubilosa realidad. Dirigiéronse derechamente hacia la puerta del hotel principal (aquel que Oliver solía contemplar con temor, pensando que fuese un lugar poderoso, venido a menos de uno u otro modo en grandeza y tamaño), y allí estaba el señor Grimwig preparado para recibirlos, que besó a la joven, y a la vieja también, cuando salieron del coche, cual si fuera el abuelo de todos, lleno de sonrisas y amabilidades y sin que volviese a amenazar con comerse la cabeza ni una sola vez, ni siquiera cuando se puso a discutir con un viejo postillón sobre cuál era el camino más corto para ir a Londres, sosteniendo que él lo sabía mejor que nadie, a pesar de que sólo había seguido ese camino una sola vez y profundamente dormido. La cena estaba preparada, los dormitorios dispuestos y todo listo como por arte de magia.

A pesar de todo, cuando pasó la precipitación de la primera hora, reinó el mismo silencio que los mantuviera cohibidos durante el viaje. El señor Brownlow no cenó con ellos, sino que permaneció en una habitación aparte. Los otros dos caballeros salían y entraban apresuradamente, con los rostros inquietos, y, durante los cortos intervalos que duraba su presencia, hablaban aparte. Una de las veces llamaron a la señora Maylie, y después de permanecer ausente cerca de una hora, regresó con los ojos hinchados de llorar. Todas estas cosas hacían sentirse a Rose y Oliver, que no estaban en el secreto, nerviosos e incómodos. Permanecían sentados, asombrados y en silencio, y si alguna palabra cruzaban era en voz baja, como temerosos de escuchar el sonido de sus propias voces.

Por fin, al dar las nueve, cuando empezaban ya a pensar que nada más sabrían aquella noche, entraron en la habitación el señor Losberne y el señor Grimwing, seguidos del señor Brownlow y de un individuo que, al verle Oliver, casi le arrancó un grito de sorpresa, pues le dijeron que era su hermano, y reconoció en él al mismo que encontrara en la ciudad del mercado y que sorprendiera mirando, con Fagin, por la ventana de su habitación. Monks lanzó una mirada de odio, que ni siquiera entonces pudo disimular, al asombrado muchacho, y se sentó junto a la puerta. El señor Brownlow, que llevaba unos papeles en la mano, se dirigió hacia una mesa cerca de donde se hallaban sentados Rose y Oliver.

—Es éste un penoso deber —dijo—, pero estas declaraciones, que están firmadas en Londres ante varios caballeros, deben ser repetidas aquí en esencia. Hubiera querido ahorraros esta humillación, pero es preciso que las oigamos de vuestros labios antes de partir, y ya sabéis por qué.

—Seguid —dijo la persona a quien hablara, volviendo la cara—. Pronto. Creo que ya es bastante. No me retengáis aquí.

—Este niño —dijo el señor Brownlow, atrayendo hacia sí a Oliver y poniéndole la mano en la cabeza— es vuestro hermanastro, hijo legítimo de vuestro padre, mi querido amigo Edwin Leeford, y de la pobre Agnes Fleming, que murió al darle a luz.

—Sí —dijo Monks, mirando enfurecido al tembloroso muchacho, cuyo corazón latía de tal modo, que acaso pudiera sentirse palpitar—. Ése es su hijo bastardo.

—La palabra que empleáis —dijo el señor Brownlow severamente— es un reproche para los que hace tiempo quedaron fuera de la vana censura del mundo. Y su ignominia no se refleja sobre otro ser vivo que no seáis vos, que la utilizáis. Conque dejemos eso. ¿Nació en esta ciudad?

—En el Hospicio de esta ciudad —respondió con hosquedad—. Ahí tenéis la historia —y señaló impaciente a los papeles.

—Pero es preciso que la sepamos todos también —dijo el señor Brownlow, mirando a los que le escuchaban.

—¡Entonces, escuchad! —replicó Monks—. Al caer su padre enfermo en Roma, acudió junto a él su esposa, mi madre, de quien estaba separado hacía tiempo; fue desde París, llevándome consigo, para ocuparse de sus bienes, pues, que yo sepa, no le tenía gran afecto, ni tampoco él a ella. No nos reconoció, porque había perdido el conocimiento, y estuvo amodorrado hasta el día siguiente, en que murió. Entre los papeles de su despacho había dos, fechados la noche en que cayó enfermo, dirigidos a vos —se volvió hacia el señor Brownlow — y unidos a unas breves líneas que os dejaba, indicando en la cubierta del paquete que no se enviasen hasta que hubiese muerto. Uno de esos documentos era una carta a su hija Agnes; el otro, un testamento.

—¿Y esa carta? —preguntó el señor Brownlow.

—¡Esa carta...! Era una hoja de papel escrita con las líneas cruzadas con una arremachada confesión y rogando a Dios que la amparase. Había engañado a la muchacha contándole que, por un misterioso secreto, que le explicaría algún día, no podía casarse con ella entonces; así continuó ella confiando en él pacientemente, y tanta fue su confianza, que perdió lo que nadie podría devolverle nunca. Le faltaban pocos meses de embarazo. Decíale todo lo que se proponía haber hecho para ocultar su vergüenza, si vivía, y le suplicaba que, si moría, no maldijese su memoria ni pensase que las consecuencias de su pecado habían de recaer sobre ella ni sobre su hijo, ya que toda la culpa era suya. Recordábele el día en que le dio un medallón y un anillo con su nombre de pila grabado en él dejando sitio para el apellido, que esperaba haberle podido dar algún día (suplicaba que lo conservase llevándolo cerca de su corazón, como hiciera hasta entonces) y después repetía incongruentemente las mismas palabras una y otra vez, como si se hubiese vuelto loco, que creo que sí.

—¿Y el testamento? —preguntó el señor Brownlow, en tanto Oliver derramaba copioso llanto.

Monks guardó silencio.

—El testamento —añadió el señor Brownlow, hablando por él— estaba de acuerdo con el espíritu de la carta. Hablaba de las desgracias que su mujer le había acarreado; del carácter rebelde, de los vicios, la maldad y las precoces malas pasiones vuestras, único hijo a quien había enseñado a odiar a su padre, y os dejaba, a vos y a vuestra madre, una renta de ochocientas libras. Dividía en dos partes iguales su fortuna: una para Agnes Fleming, y la otra para su hijo, si nacía vivo y llegaba a mayor edad. Si era hembra, recibiría el dinero sin más requisitos; mas si era varón, sólo con la condición de que durante su minoría de edad no hubiese manchado su nombre con ningún acto público de deshonor, vileza, cobardía o maldad. Hacía esto, decía, para demostrar su confianza en la madre y su convicción, reforzada con la muerte que se aproximaba, de que el niño participaría de su dulce corazón y nobleza de carácter. Si se engañaba en esta esperanza, el dinero había de pasar a vos, pues entonces y sólo entonces,

cuando los dos fuesen iguales, reconocería vuestro derecho de prioridad sobre su fortuna, aunque ninguno teníais sobre su corazón, puesto que, desde niño, le rechazasteis con frialdad y aversión.

—Mi madre —dijo Monks en voz alta— hizo lo que hubiera hecho cualquier mujer: quemar ese testamento. La carta no llegó jamás a su destino; mas conservó esa y otras pruebas para el caso de que se intentara algún día borrar aquella mancha. El padre de la muchacha supo por ella toda la verdad, con todas las agravantes que pudo añadir, llevada de su odio violento, y por el que la quiero más ahora. Hostigado por la vergüenza y la deshonra, huyó con sus hijos a un lejano rincón de Gales, cambiándose de nombre para que sus amigos no supiesen nunca su retiro. Allí, no mucho después, fue hallado muerto en el lecho. La muchacha había salido secretamente hacía algunas semanas; él la buscó activamente por los pueblos y las aldeas cercanos, y la noche en que regresaba a su casa, seguro de que se había suicidado para ocultar su vergüenza y la de él, murió de pena el anciano.

Se hizo un breve silencio, hasta que el señor Brownlow reanudó el hilo de la narración.

—Años después —prosiguió—, la madre de este hombre, Edward Leeford, vino a verme. Háblala abandonado a la edad de dieciocho años, robándole las alhajas y el dinero; después jugó, derrochó, falsificó y huyó a Londres, donde durante dos años fue cómplice de las gentes más viles y depravadas. Ella se consumía con una penosa e incurable enfermedad, y deseaba volverle a ver antes de morir. Se hicieron pesquisas y minuciosas investigaciones, que resultaron inútiles durante mucho tiempo; mas al fin tuvieron éxito y volvió con ella a Francia.

—Allí murió ella —dijo Monks— después de una lenta enfermedad, y en su lecho de muerte me transmitió estos secretos junto con su odio mortal e inextinguible hacia todos los que estaban relacionados con ellos, aunque no era menester que me lo legase, puesto que yo lo había heredado hacía ya tiempo. Ella no creía que la muchacha se hubiese suicidado ni que hubiese desaparecido el niño, sino que tenía la viva impresión de que había nacido un niño y que vivía. Le juré que, si alguna vez se cruzaba éste en mi camino, le acosaría sin descanso, persiguiéndole con el más encarnizado e inexorable rencor, para descargar sobre él el odio profundo que le profesaba, y, escupiéndolo sobre la vacía jactancia de aquel insultante testamento, arrastrarle, si podía, hasta el mismo pie del patíbulo. Ella tenía razón. Al fin me salió al paso. ¡Empecé bien, y si no hubiera sido por unas brujas charlatanas, hubiera acabado como empecé!

En tanto el miserable, cruzado de brazos, mascullaba maldiciones sobre sí mismo en la impotencia de su frustrada maldad, el señor Brownlow se volvió hacia el grupo aterrado que estaba junto a él y explicoles que el judío, que fuera antiguo cómplice y confidente suyo, había recibido una crecida recompensa por

tenderle un lazo a Oliver, parte de la cual habría de ser devuelta caso de que se salvara, y que la discusión sobre este punto había llevado a visitar la casa de campo con el fin de identificarle.

—¿Y el medallón y el anillo? —preguntó el señor Brownlow, volviéndose a Monks.

—Se los compré al hombre y a la mujer que os he dicho, quienes se los robaron a la enfermera, quien, a su vez, los cogió del cadáver —contestó Monks, sin levantar los ojos—. Ya sabéis lo que hice con ellos.

El señor Brownlow hizo una leve seña al señor Grimwig, que desapareció con presteza y regresó al punto, empujando a la señora Bumble, que arrastraba detrás de sí, remolón, a su consorte.

—¿Me engaña la vista —exclamó el señor Bumble, con mal fingido entusiasmo—, o es ése el pequeño Oliver? ¡Ay, Oliver, si supieras cómo me he afligido por ti...!

—¡Cállate la lengua, idiota! —murmuró la señora Bumble.

—¿Acaso no es natural, señora Bumble? —replicó el director del Hospicio—. ¿No he de sentir emoción, yo, que le crié parroquialmente, al verle aquí afincado entre damas y caballeros del más afable aspecto? Siempre quise a este niño como si fuese mi... mi... mi abuelo —dijo el señor Bumble, deteniéndose para hallar una comparación exacta—. Oliver, hijo mío, ¿os acordáis de aquel santo caballero del chaleco blanco? ¡Ay! Subió al Cielo la semana pasada en un ataúd de roble con asas plateadas, Oliver.

—Vamos, caballero —dijo el señor Grimwig con acritud—, contened vuestras emociones.

—Haré cuanto pueda, caballero —contestó el señor Bumble—. ¿Cómo estáis, señor? Espero que muy bien.

Este saludo iba dirigido al señor Brownlow, que había avanzado hasta quedar a poca distancia de la respetable pareja. Luego preguntó, señalando a Monks:

—¿Conocéis a este individuo?

—No —contestó la señora Bumble secamente.

—¿Quizá vos tampoco? —dijo el señor Brownlow, dirigiéndose a su esposo.

—No le he visto en mi vida —dijo el señor Bumble.

—¿Ni acaso le habéis vendido nada?

—No, señor —respondió la señora Bumble.

—¿Tal vez no tuvisteis nunca cierto medallón de oro y un anillo? —volvió a preguntar el señor Brownlow.

—Desde luego, no —replicó la matrona—. Pero, bueno, ¿es que nos habéis traído aquí para contestar a majaderías como ésas?

De nuevo el señor Brownlow hizo una seña al señor Grimwig, y una vez más salió éste con extraordinaria prontitud. Mas no volvió con un hombre vigoroso ni con su esposa, sino que esta vez introdujo a dos perláticas viejas, que temblaban

y tropezaban a cada paso.

—Cerrasteis la puerta la noche que murió la vieja Sally —dijo la primera, alzando su rugosa mano—; pero no pudisteis cerrar el paso a los ruidos ni tapar las rendijas.

—No, no —confirmó la otra, mirando en derredor y sacudiendo sus desdentadas encías—, no, no, no.

—Oímos cómo intentaba deciros lo que había hecho; os vimos coger un papel de su mano, y al día siguiente os seguimos hasta la casa de empeño —dijo la primera.

—Sí —añadió la segunda—, y era «un medallón y un anillo de oro». Lo descubrimos, y vimos cómo os lo entregaban. Estábamos allí cerca, ¡ah!, estábamos cerca.

—Y aún sabemos más —continuó la primera—, porque hacía mucho tiempo ella nos contó lo que la madre le había dicho: que, al sentir que no se pondría nunca buena, se puso en camino y cayó enferma, para venir a morir cerca de la tumba del padre de su hijo.

—¿Queréis ver al individuo de la casa de empeño? —preguntó el señor Grimwig, haciendo un movimiento hacia la puerta.

—No —respondió la mujer—; si ése —y señaló a Monks— ha sido tan cobarde que ha confesado, y veo que sí, y habéis sonsacado a todas aquellas brujas hasta encontrar las precisas, no tengo más que decir. Los vendí y están en un lugar de donde no los sacaréis nunca. ¿Qué más?

—Nada —replicó el señor Brownlow—, salvo que ya cuidaremos nosotros de que ninguno de vosotros vuelva a ocupar un cargo de confianza. Podéis salir de la habitación.

—Supongo —murmuró el señor Bumble, mirando en derredor con gran aflicción, en tanto el señor Grimwig desaparecía con las dos viejas—, supongo que esta desdichada circunstancia no me privará de mi cargo parroquial.

—Ya lo creo que sí —respondió el señor Brownlow—. Podéis iros haciendo a esa idea, y daos por contento además.

—Todo fue culpa de la señora Bumble. Ella fue quien lo hizo todo —alegó el señor Bumble, mirando primero en derredor para cerciorarse de que su cónyuge había salido de la estancia.

—Eso no es excusa —contestó el señor Brownlow—. Estuvisteis presente cuando la desaparición de esas alhajas, y, en realidad, sois el más culpable de los dos ante los ojos de la ley, ya que ésta supone que vuestra esposa obró siguiendo vuestro consejo.

—Si la ley supone eso —repuso el señor Bumble, estrujando el sombrero entre las manos—, la ley es una burra..., una idiota. Si éstos son los ojos de la ley, será porque la ley es soltera, y lo peor que puedo desearle a la ley es que la experiencia y sólo la experiencia le abra los ojos.

Y recalcando aquellas dos palabras que repitiera, el señor Bumble se encasquetó el sombrero y, metiéndose las manos en los bolsillos, bajó en pos de su compañera.

—Joven —dijo el señor Brownlow, dirigiéndose a Rose—, dadme vuestra mano. No tembléis. No hay por qué temer las pocas palabras que nos quedan por decir.

—Si, por alguna razón que desconozco, se refieren a mí —dijo Rose—, os suplico me las digáis en otra ocasión. No me siento con fuerzas ni ánimos para ello ahora.

—Nada de eso —replicó el anciano, dándole el brazo—; tenéis más fortaleza de lo que creéis. ¿Conocéis a esta señorita, caballero?

—Sí —contestó Monks.

—Yo no os he visto nunca —dijo Rose débilmente.

—Yo sí os he visto con frecuencia —respondió Monks.

—El padre de la desdichada Agnes tenía *dos* hijas —añadió el señor Brownlow—. ¿Qué suerte corrió la otra, la más pequeña?

—Aquella niña —respondió Monks—, cuando murió su padre en un lugar lejano con un nombre extraño, sin una carta ni un libro, ni un trozo de papel que pudiera servir de indicio para encontrar a sus amigos o parientes, aquella niña fue recogida por unos míseros aldeanos, que la criaron como si fuera suya.

—Continuad —dijo el señor Brownlow, haciendo una seña a la señora Maylie para que se acercase—, continuad.

—No pudisteis encontrar el lugar adonde se habían marchado esas gentes —prosiguió Monks—; pero donde la amistad fracasa, a veces el odio se abre camino. Mi madre lo encontró después de un año de hábiles pesquisas, y, además, encontró a la niña.

—¿Y se la llevó entonces?

—No. Aquella gente era pobre y empezaba a cansarse (por lo menos el marido) de su hermosa generosidad, por eso la dejó con ellos, entregándoles un pequeño obsequio en dinero, que no les duraría mucho, y prometiendo enviarles más, con el propósito de no hacerlo nunca. No confiando, sin embargo, en que el descontento y la pobreza de aquéllos fuesen suficientes para labrar la desgracia de la niña, contoles la historia de la deshonra de la hermana, con las modificaciones que mejor le parecieron; advirtioles que tuviesen cuidado con la niña, porque venía de mala casta, diciéndoles que era ilegítima, y que seguramente un día u otro les causaría algún mal. Las circunstancias confirmaban todo esto; los aldeanos lo creyeron, y con ellos la niña arrastró una mísera existencia, suficiente incluso para complacernos, hasta que una señora viuda, que entonces residía en Chester, la vio por casualidad, se compadeció de ella y se la llevó a su casa. Creo que algún maldito conjuro pesaba sobre nosotros, pues, a pesar de nuestros esfuerzos, allí permaneció y fue feliz. La perdí

de vista hace dos o tres años y no la volví a ver hasta hace unos meses.

—¿La seguís viendo ahora?

—Sí. Apoyada en vuestro brazo.

—Pero no por eso dejará de ser mi sobrina —exclamó la señora Maylie, estrechando entre sus brazos a la joven, que se sentía desfallecer—, mi hija querida, Ni por todos los tesoros del mundo quisiera perderla. ¡Mi dulce compañera, hija mía adorada!

—La única amiga que he tenido en la vida —dijo Rose, abrazándose a ella—. La más bondadosa, la mejor de mis amigas. Se me parte el corazón. No puedo resistir todo esto.

—Peores cosas has resistido y siempre fuiste la mejor y la más dulce criatura que derramó jamás su felicidad sobre todos los que conocieras —dijo la señora Maylie, estrechándola con ternura—. ¡Vamos, vamos, amor mío! Piensa en quién es este pobrecito que espera estrecharte entre sus brazos. ¡Ven aquí... y mira, mira, querida!

—Tía, no —exclamó Oliver, echándole los brazos al cuello—; no te llamaré tía nunca, sino hermana, mi adorada hermana, ¡a quien mi corazón me enseñó a amar desde el principio! ¡Rose querida, encantadora Rose!

¡Benditas sean las lágrimas vertidas y las palabras entrecortadas que se cruzaron en aquel largo y estrecho abrazo entre los huérfanos! En un instante encontraban y perdían un padre, una hermana y una madre. En la copa iban mezcladas alegría y dolor; pero no eran amargas sus lágrimas, pues hasta el mismo pesar se había suavizado, envuelto en tan dulces y tiernos recuerdos, que se convertía en un gozo solemne y perdía toda sensación de dolor.

Permanecieron largo rato solos. Por fin, una leve llamada en la puerta advirtióles de que alguien esperaba afuera. Abrió Oliver y se apartó para dar paso a Harry Maylie.

—Lo sé todo —dijo, tomando asiento junto a la adorable niña—. Rose querida, lo sé todo. No estoy aquí por casualidad —añadió, tras un prolongado silencio— ni me he enterado de todo esta noche, porque lo sabía ya desde ayer..., sólo desde ayer. ¿No adivinas que he venido a recordarte una promesa?

—Espera —dijo Rose—. Dices que lo sabes todo...

—Todo. Me autorizaste para que, en cualquier momento, dentro de este año, resucitase el tema de nuestra última conversación.

—Así es.

—No para obligarte a modificar tu decisión —prosiguió el joven—, sino para oírtela repetir, si así lo querías. Yo había de poner a tus pies mi posición o mi fortuna, y si aún persistías en tu pasada resolución, yo me comprometía a no tratar de alterarla, ni con palabras ni con obras.

—Las mismas razones que me movieron entonces me moverán ahora —dijo Rose con firmeza—. Si siempre tuve un deber duro y penoso para con quien, con

su bondad, me salvó de una vida de indigencia y de sufrimientos, ¿cuándo mejor había de cumplirlo que esta noche? Es una lucha —dijo Rose—, pero me siento orgullosa de librarla; es una angustia, pero mi corazón debe resistirla.

—La revelación de esta noche... —comenzó Harry.

—La revelación de esta noche —replicó Rose dulcemente— me deja en la misma situación con respecto a ti que antes.

—Endureces tu corazón contra mí, Rose —reprochó su enamorado.

—¡Ay, Harry, Harry! —contestó la joven, rompiendo a llorar—. ¡Ojalá pudiera endurecerlo para ahorrarme este dolor!

—Entonces, ¿por qué te lo causas? —murmuró Harry, cogiéndole la mano—. Piensa, Rose querida, en lo que has sabido esta noche.

—¿Y qué es lo que he sabido? Di: ¿qué he sabido? —exclamó Rose—. Que el sentimiento por su horrorosa afrenta de tal modo quebrantó a mi padre, que huyó de todos... En fin: ya hemos hablado bastante, Harry; ya hemos hablado bastante.

—Todavía no; todavía no —replicó el joven, deteniéndola cuando trataba de levantarse—. Mis esperanzas, mis deseos, proyectos, sentimientos, todas mis ideas sobre la vida han cambiado, salvo mi amor por ti. Te ofrezco ahora, no una categoría entre una muchedumbre bulliciosa, no un mezclarte con un mundo de malicia y difamación, en donde la sangre acude a las mejillas honradas por todo, menos por lo que, en realidad, es afrenta y deshonra, sino un hogar, un corazón y un hogar, sí, Rose querida; eso sólo es lo que tengo que ofrecerte.

—¿Qué quieres decir? —balbució ella.

—Nada más que eso: que cuando me separé de ti por última vez partí con el decidido propósito de allanar todos los supuestos obstáculos entre tú y yo, resuelto a que, si mi mundo no podía ser el tuyo, yo haría que el tuyo fuese el mío; a que nadie pudiera mirarte con desdén, orgulloso de su cuna, porque yo me apartaría de ellos. Y eso he hecho. Los que se han apartado de mí por esa razón se han apartado de ti y me han demostrado que tenías razón. Los poderosos y protectores, los parientes de influencia y posición que antes me sonreían, me miran ahora con frialdad; pero hay en el condado más rico de Inglaterra campos sonrientes y árboles que te saludan, y junto a la iglesia de una aldea, ¡la mía, Rose, la mía!, se alza una rústica morada, de la que puedes hacer que me sienta mil veces más orgulloso que de todas las esperanzas a que he renunciado.

—Es molesto tener que esperar a unos enamorados para cenar —dijo el señor Grimwig, despertándose y quitándose el pañuelo con que se cubría la cabeza.

A decir verdad, la cena llevaba esperando un rato excesivo. Ni la señora Maylie, ni Harry, ni Rose, que llegaron todos juntos, pudieron pronunciar ni una sola palabra de excusa.

—Ya empezaba a pensar seriamente que esta noche tendría que comerme la

cabeza —dijo el señor Grimwig—, pues no creía contar con otra cosa. Me permitiréis que me tome la libertad de besar a la futura novia.

El señor Grimwig no perdió tiempo en poner en práctica su deseo, haciendo ruborizar a la muchacha. Cundió el ejemplo, por ser contagioso, y fue seguido del beso del doctor y del señor Brownlow. Hay quien afirma que a Harry Maylie viéronle ser el primero en practicarlo, en la oscura habitación contigua; pero los más autorizados consideran que esto era una calumnia vil, ya que él era joven y clérigo.

—Oliver, hijo mío —dijo la señora Maylie—. ¿Dónde has estado y por qué estás tan triste? ¡Aún resbalan las lágrimas por tus mejillas! ¿Qué te pasa?

Es éste un mundo de desilusiones, en el que se quiebran con frecuencia las más acariciadas esperanzas y que más honor hacen a nuestra naturaleza.

¡El pobre Dick había muerto!

### *La última noche del judío*

La sala del tribunal estaba repleta, del suelo al techo, de rostros humanos. No había una sola pulgada de espacio por la que no se asomasen unos ojos ávidos e inquisitivos. Desde la barandilla del estrado hasta el más reducido ángulo del último rincón de las galerías, todas las miradas estaban fijadas en un solo hombre: el judío. Por delante y por detrás de él, por arriba y por abajo, a derecha y a izquierda, parecía hallarse rodeado de un firmamento encendido de ojos fulgurantes.

Estaba allí, en pie, en medio de aquel resplandor de luces, con la mano apoyada en la tabla que tenía ante él, la otra junto al oído y la cabeza inclinada hacia delante para poder percibir con más claridad todas las palabras que salían de la boca del presidente, que comunicaba su acusación al jurado. A veces, el judío volvía bruscamente los ojos hacia ellos para observar el efecto que pudiera causar la más ligera circunstancia en su favor, y cuando los cargos que se lanzaban contra él surgían con terrible claridad, miraba a su defensor en muda súplica de que, aun así, dijese algo en su descargo. Fuera de estas manifestaciones de ansiedad, no movía pie ni mano. Apenas si se había movido desde que comenzó la vista, y ahora que el juez había cesado de hablar, él continuó en la misma forzada actitud de inmensa atención, con el rostro adelantado, cual si aún siguiera oyendo.

Un leve bullir en el tribunal trájole a la realidad. Volviendo la cabeza, vio que los jurados se habían reunido para dar su veredicto. Al dirigir los ojos a la galería, vio que las gentes se empinaban unas sobre otras para verle la cara, llevándose unos rápidamente las gafas a los ojos, cuchicheando otros con sus vecinos con gestos expresivos de aversión. Algunos había que parecían no hacerle caso y sólo observaban al jurado, preguntándose, impacientes, cómo podían tardar tanto. Mas en ningún rostro —ni aun entre las mujeres, de las que había muchas— pudo leer la más leve simpatía hacia él ni otro sentimiento que no fuese el de un absorbente interés por que le condenasen.

En tanto contemplaba esto con ojos extraviados, volvió a hacerse un silencio sepulcral, y al volver la cabeza vio que los jurados se dirigían hacia el magistrado. « ¡Silencio! » .

Era sólo solicitando la venia para retirarse.

Los contempló anhelosamente, uno a uno, a medida que salían, como si quisiera averiguar hacia qué lado se inclinaba la mayoría; mas todo fue inútil. El carcelero le tocó en el hombro. Le siguió mecánicamente hasta el extremo de la barra, y allí se sentó en una silla.

El individuo se la señaló; de lo contrario, no la hubiera visto.

Alzó sus ojos nuevamente hacia la galería. Algunos de los espectadores comían y otros se abanicaban con los pañuelos, porque en aquel lugar hacinado hacía mucho calor. Un joven dibujaba su rostro en un cuadernito de notas. Preguntose si se parecería, y miró cuando al artista se le rompió la punta del lápiz y comenzó a afilarlo con su navaja, como pudiera haberlo hecho cualquier espectador desocupado.

Del mismo modo, cuando volvió sus ojos hacia el magistrado, su imaginación comenzó a distraerse con la forma de su toga, y pensando en cuánto costaría y cómo se la pondría. Un grueso caballero de edad que había también en el tribunal, y que había salido hacia una media hora, regresaba ahora. Se preguntó entonces si aquel individuo habría salido a cenar, qué habría cenado y dónde; y así proseguía el curso de sus indiferentes pensamientos hasta que un nuevo objeto llamábale la atención y le llevaba a otras reflexiones.

Y no es que durante todo este rato su imaginación se viese libre ni un solo instante de aquella sensación cruel y abrumadora de que ante sus pies se abría una tumba; la percibía siempre ante él, pero en forma vaga y general, sin que pudiera fijar sus pensamientos en ella. Así pues, en tanto temblaba y se abrasaba ante la idea de una muerte rápida, dedicábase a contar las espigas de hierro que tenía frente a sí, preguntándose cómo se habría roto la parte alta de alguna de ellas y si la arreglarían o la dejarían como estaba. Luego pensaba en todos los horrores de la horca y el patíbulo, se detenía a contemplar a un hombre que rociaba el suelo para refrescarlo y continuaba pensando después.

Por fin, se oyó un grito reclamando silencio, y todos miraron desalentados hacia la puerta. El jurado regresaba y pasó junto a él. Nada pudo deducir de sus rostros, que parecían de piedra. Se hizo un silencio absoluto... Ni un susurro..., ni un hálito. Culpable.

Resonó el edificio con un inmenso grito, seguido de otro y de otro más; retumbó luego en un profundo alarido, que iba tomando pujanza a medida que se congregaban las voces, como un tronar airado. Era el repicar de júbilo del populacho que esperaba afuera al conocer la noticia de que había de morir el lunes.

Apaciguose el tumulto y preguntáronle si tenía algo que alegar en contra de la pena de muerte que le había sido impuesta. Volvió a su actitud atenta y miró con fijeza al que le interrogaba; mas éste hubo de repetir dos veces su pregunta para que la oyese, y sólo entonces musitó que él era un viejo... un viejo..., un viejo..., repitiéndolo hasta que su voz se perdió en un susurro y quedó de nuevo

en silencio.

Púsose el magistrado su birrete negro y aún continuó el acusado en la misma actitud. Una mujer de la galería lanzó una exclamación, que le arrancara aquella espantosa solemnidad; él alzó entonces los ojos, como si le molestase la interrupción, y de nuevo se inclinó hacia adelante con atención. Las palabras eran solemnes e impresionantes: la sentencia daba miedo oírlo. Mas él continuó como una figura de mármol, sin un leve movimiento. Su rostro macilento seguía adelantado, caída la mandíbula inferior, extraviados los ojos, cuando el carcelero cogió del brazo y le hizo señas de que saliese. Un instante miró estúpidamente en derredor y obedeció.

Condujéronle a través de una sala enlosada, junto a la del tribunal, donde los presos esperaban su turno para comparecer y otros charlaban con sus amigos, apiñados en torno a una reja que daba al patio descubierto. Él no tenía a nadie que le hablase; pero, al pasar, los presos echáronse hacia atrás para que le viesan mejor los que, agarrados a los barrotes, arremetieron contra él con improprios, gritos y silbidos. Él les amenazó con el puño y los hubiera escupido; mas sus guardianes le hicieron avivar el paso a través de unos tenebrosos pasillos, alumbrados por débiles faroles, hasta el interior de la prisión.

Una vez allí, le registraron para cerciorarse de que no llevaba nada consigo con lo que pudiera anticiparse a la ley; realizada esta ceremonia, le condujeron a una de las celdas de condenados y allí le dejaron... solo.

Sentose en un banco de piedra que había frente a la puerta y que servía de asiento y de lecho, y bajando al suelo los ojos, inyectados en sangre, trató de coordinar sus ideas. Un momentó después comenzó a recordar algunas frases sueltas de las que el juez le dijera, aunque entonces le pareciera no oír una sola palabra. Gradualmente fueron ocupando su debido lugar, y, poco a poco, surgieron otras, hasta que, al rato, completó todo casi en la forma en que se lo dijeran. El final era ser colgado del cuello hasta morir... Ser colgado del cuello hasta morir.

A medida que iba oscureciendo comenzó a pensar en todos los hombres que había conocido y que murieron en el cadalso, algunos por su culpa. Alzáronse en tan rápida sucesión, que apenas si podía contarlos. A algunos no había visto morir y se burló de ellos porque lo hicieron con una oración en los labios. ¡Con qué estrépito caía la plataforma bajo sus pies, y con qué rapidez aquellos hombres fuertes y vigorosos se convertían en bamboleantes montones de ropa!

Quizás alguno de ellos habría ocupado aquella misma celda y se habría sentado en el mismo sitio. Estaba muy oscuro. ¿Por qué no traían una luz? El calabozo había sido construido hacía muchos años. Docenas de hombres debieron de pasar allí sus últimas horas. Era como hallarse sentado en una bóveda sembrada de cadáveres: el gorro, el nudo corredizo, los brazos atados, los rostros conocidos, a pesar de aquel horrendo velo... ¡Luz, luz!

Por fin, cuando ya sus manos se habían despellejado de tanto batir contra la pesada puerta y los muros, aparecieron dos hombres: uno, trayendo una vela, que colocó en un candelero de hierro fijo en la pared; el otro, arrastrando un colchón, sobre el que había de pasar la noche, puesto que ya no volvería a quedarse solo el reo.

Luego vino la noche... Oscura, lúgubre, silenciosa. Otros que también velan se alegran al escuchar las campanadas del reloj de la iglesia, porque ellas hablan de vida y del día que llega. Para el judío no traían sino desesperación. El sonar de cada férrea campana venía cargado de otro sonido hueco y profundo: muerte. ¿De qué le servían el ruido y el bullicio de la mañana alegre que hasta allí penetaban? Era otra forma de tañido que añadía la burla a su llamada.

Pasó el día... ¡El día! No hubo día: se fue no más llegar, y la noche vino de nuevo; la noche, tan larga..., y, sin embargo, tan corta: larga en su horrible silencio y corta en sus horas fugaces. Unas veces deliraba y blasfemaba; otras aullaba y se arrancaba los cabellos. Hombres venerables de su misma religión vinieron a rezar junto a él; mas los arrojó de su lado con maldiciones. Renovaron sus esfuerzos, pero los despreció a golpes.

Llegó la noche del sábado. Sólo le quedaba una noche de vida. Y en tanto pensaba esto, rompió el día... Domingo.

Hasta la noche de aquel último y espantoso día no llegó a su alma marchita, en toda su plena intensidad, aquella agotadora sensación de su irremediable y desesperada situación. Y no es que hubiera abrigado jamás una definida o positiva esperanza de perdón, sino que no había podido creer nunca más que en una vaga posibilidad de morir tan pronto. Apenas si había hablado a ninguno de los dos hombres que se relevaron en su guardia; y éstos, por su parte, no se esforzaron tampoco en llamar su atención. Permaneció allí sentado, despierto, pero soñando.

Ahora se levantaba a cada minuto y, falto de aliento y con la piel ardiendo, corría de un lado a otro en tal paroxismo de cólera y de terror, que hasta ellos — acostumbrados a semejantes espectáculos— se apartaban de él con horror. Tornose tan terrible con las torturas de su perversa conciencia, que un solo hombre no podía soportar el contemplarle, y por eso fueron dos los que hicieron la guardia.

Se acurrucó en el banco de piedra y pensó en el pasado. Le había herido alguno de los proyectiles que le lanzara la multitud el día de su captura, y llevaba la cabeza vendada con una tela de hilo. Los rojizos cabellos le caían por su cara exangüe; la barba, enmarañada; los ojos fulguraban con una luz terrible, y su carne, sucia, crepitaba con la fiebre que le consumía. Las ocho..., las nueve..., las diez. Si no era un ardid para aterrorizarle y eran aquéllas las verdaderas horas que se perseguían, ¿dónde estaría él cuando volviesen otra vez? ¡Las once! Y sonó otra hora antes que el rumor de la anterior hubiese dejado de vibrar. A las

ocho, él sería el único plañidero de su propio cortejo fúnebre; a las once...

Aquellos horribles muros de Newgate, que tantas miserias y tan execrables angustias habían ocultado, no sólo a los ojos, sino, con demasiada frecuencia, a los pensamientos de los hombres, no vieron jamás un espectáculo tan espantoso como aquél. Los pocos que se detuvieron al pasar y preguntaron qué hacía el que había de ser ahorcado a la mañana siguiente, no hubieran dormido bien aquella noche si hubieran podido verle.

Desde las primeras horas de la noche hasta cerca de las doce, pequeños grupos de dos y tres personas presentábanse ante la puerta del pabellón a preguntar con ávidos semblantes si se habían recibido órdenes de suspensión de la sentencia. Al contestarles que no, comunicaban la buena nueva a las gentes que se arracimaban en la calle, y que se señalaban unas a otras la puerta por donde habría de salir y el sitio en donde se levantaría el cadalso; luego se alejaban un poco con tardos pasos y volvían de nuevo para evocar la escena. Poco a poco desaparecieron uno a uno, y durante una hora, en el silencio de la noche, la calle quedó solitaria y oscura.

Despejábase el espacio frontero a la prisión y se colocaban unas fuertes barreras, pintadas de negro, a través del camino, para contener a la esperada multitud, cuando el señor Brownlow y Oliver aparecieron en el portillo y presentaron un permiso de entrada para visitar al reo, firmado por uno de los jueces. Inmediatamente fueron llevados al interior de la cárcel.

—¿Va a entrar también este joven, caballero? —preguntó el hombre que había de conducirlos—. No es espectáculo apropiado para niños, señor.

—En efecto: no lo es, amigo mío —repuso el señor Brownlow—; pero mi misión junto a ese hombre está íntimamente relacionada con él, y como este niño le ha conocido en pleno esplendor de sus éxitos y villanías, creo conveniente, aun a costa de cierto dolor y de temor, que le vea ahora.

Estas palabras fueron dichas aparte, para que Oliver no las oyera. El hombre se llevó la mano al sombrero y, mirando a Oliver con cierta curiosidad, abrió otra puerta frontera a aquella por la que había entrado, y los guió a través de oscuros y tortuosos pasadizos hasta las celdas.

—Éste es el lugar —dijo el hombre, deteniéndose en un tenebroso corredor, donde un par de obreros hacían algunos preparativos en profundo silencio— por donde ha de pasar. Si os asomáis aquí, podréis ver la puerta de donde saldrá.

Llevoles a una cocina de piedra, provista de calderos de cobre para preparar la comida a los presos, y señaló una puerta. Por encima de ella había una reja abierta, de donde salía un rumor de voces masculinas, mezcladas con el ruido de los martillazos y de las tablas al caer. Estaban levantando el cadalso.

Desde allí pasaron a través de varias macizas puertas, que abrieron desde dentro otros carceleros, y, tras haber cruzado un patio abierto, ascendieron por unas estrechas escaleras, que daban a un pasillo, donde había una hilera de

pesadas puertas a la izquierda. Hizoles seña de que permaneciesen donde estaban, y el carcelero llamó a una de aquéllas con su manajo de llaves. Los dos guardianes, tras algunos cuchicheos, salieron al pasillo, estirándose, como contentos de aquel momentáneo descanso, e indicando a los visitantes que penetrasen en la celda detrás del carcelero. Así lo hicieron.

El condenado criminal hallábase sentado en su lecho, balanceándose de un lado a otro, con un rostro que más parecía el de un animal caído en el lazo que el de un hombre. Su imaginación vagaba, sin duda, entre los recuerdos de su vida pasada, ya que continuó murmurando, sin que, al parecer, advirtiese la presencia de los recién llegados, más que como parte de su visión...

—¡Buen chico Charley...! Estupendo... —musitaba—. ¡Oliver, también! ¡Ja, ja, ja! Oliver también... Ahora es todo un caballero..., todo un... ¡Llevo a ese chico a la cama!

El carcelero cogió de la mano a Oliver, y, diciéndole en voz baja que no se asustase, continuó mirando sin hablar.

—¡Llévao a la cama! —gritó el judío—. ¿No me oye nadie? Él ha sido la..., la... causa, en cierto modo, de todo esto. Vale la pena gastarse el dinero en enseñarle a... El cuello de Bolter, Bill; dale a la muchacha... Ahonda lo que puedas en el cuello de Bolter. ¡Mira: se quedó sin cabeza!

—Fagin —dijo el carcelero.

—¡Yo soy! —gritó el judío, colocándose al instante en la actitud de escucha que adoptara durante el proceso—. ¡Soy un viejo, señor; un viejo muy viejo!

—Aquí —dijo el carcelero, empujándole para que se sentase—, aquí hay alguien que quiere veros, supongo que para haceros algunas preguntas. ¡Fagin! ¡Fagin! ¿Es que no sois un hombre?

—No por mucho tiempo —contestó el judío, alzando la mirada y mostrando un rostro que no conservaba más expresión humana que la rabia y el terror—. ¡Que los maten a todos! ¿Qué derecho les asiste para darme muerte?

Así hablaba, cuando sus ojos advirtieron a Oliver y al señor Brownlow. Retrocediendo hasta el más lejano rincón de su asiento, preguntó qué buscaban allí.

—¡Quieto! —dijo el carcelero, sin dejarle levantar—. Vamos, señor: decidle lo que queréis, pero pronto, por favor, porque a medida que va pasando el tiempo, se pone peor.

—Tenéis ciertos documentos —dijo el señor Brownlow, avanzando— que un hombre llamado Monks dejó en vuestro poder para mayor seguridad.

—Eso es todo mentira —respondió, exaltado, el judío—. No tengo ni uno..., ni uno.

—Por amor de Dios —insistió el señor Brownlow solemnemente—, no habléis así ahora, al borde de la muerte, y decidme dónde están. Ya sabéis que Sikes ha muerto, que Monks ha confesado y que ya nada podéis sacar con ello.

¿Dónde están esos papeles?

—Oliver —exclamó el judío, haciéndole señas—. ¡Ven aquí, aquí! Déjame que te diga una cosa al oído.

—No tengo miedo —dijo Oliver en voz baja, soltándose de la mano del señor Brownlow.

—Los documentos —dijo el judío, atrayéndole hacia sí— están en una bolsa de lona, en un agujero que hay en la parte alta de la chimenea del cuarto de arriba. Quiero hablarte, hijo mío, quiero hablarte.

—Sí, sí —repuso Oliver—. Permittedme rezar una oración. ¡Ea! Dejad que rece. Y vos repetid una sólo, de rodillas, conmigo, y después hablaremos hasta que llegue el nuevo día.

—¡Fuera, fuera! —contestó el judío, empujando al muchacho hacia la puerta y mirando con ojos extraviados hacia lo alto—. Di que me he dormido...; a ti te creerán. Tú puedes sacarme de aquí de esa manera. ¡Ahora mismo, ahora mismo!

—¡Oh! ¡Que Dios perdone a este desdichado! —exclamó el muchacho, rompiendo a llorar.

—Eso está bien, muy bien —murmuró el judío—. Eso nos ayudará. Por esa primera puerta. Si me estremezco y tiemblo al pasar por el cadalso, no hagas caso; pero date prisa. ¡Vamos, vamos, vamos!

—¿No tenéis nada más que preguntar, señor? —interrogó el carcelero.

—Nada más —contestó el señor Brownlow—. Si tuviese alguna esperanza de hacerle recapacitar sobre su situación...

—No lo conseguiréis, señor —dijo el hombre, moviendo la cabeza—. Mejor es dejarle.

Abriose la puerta de la celda y los guardianes regresaron.

—Date prisa, date prisa —acuciaba el judío—. Con cuidado, pero no tan despacio. ¡Más deprisa, más deprisa!

Los guardianes le cogieron y, librando a Oliver de sus garras, echáronle hacia atrás. Luchó un instante con la fuerza que le prestaba su desesperación, luego lanzó grito tras grito, hasta traspasar aquellos macizos muros y llegar a sus oídos cuando pasaban ya por el patio descubierto.

Tardaron un rato en salir de la prisión, Oliver sentíase casi desfallecer por esta horrorosa escena, y tan débil estaba, que durante una hora después no tuvo fuerzas para andar.

Apuntaba el día cuando salieron. Una inmensa multitud se había congregado ya; las ventanas estaban llenas de gente, fumando y jugando a las cartas para pasar el tiempo; la muchedumbre se empujaba, discutiendo y bromeando. Todo era vida y animación, excepto aquel lúgubre montón de objetos que se alzaba en el centro del lugar: el negro tablado, la horca, la cuerda y todo el horrendo aparato de la muerte.

### *Y último*

El destino de aquellos que han figurado en la presente historia casi toca a su fin. Lo poco que a su historiador le queda por narrar cuéntase en pocas sencillas palabras.

No habían transcurrido tres meses, cuando Rose Fleming y Harry Maylie se casaron en la iglesia del lugar, que, a partir de entonces, había de ser escenario de los trabajos del joven clérigo; y el mismo día entraron en posesión de su nuevo y dichoso hogar.

La señora Maylie fijó su residencia junto a su hijo y su nuera, para gozar, durante el resto de sus tranquilos días, de la mayor felicidad que pueden alcanzar los años y el mérito: la contemplación de la dicha de aquellos sobre quienes derramara los más cálidos afectos y más tiernos cuidados de toda una vida bien empleada.

Tras plenas y minuciosas investigaciones, resultó que si los restos de los bienes que quedaron bajo la custodia de Monks —que nunca prosperaron en sus manos ni en las de su madre— se dividían por partes iguales entre él y Oliver, corresponderían a cada uno algo más de tres mil libras. De acuerdo con las cláusulas del testamento de su padre, Oliver habría tenido derecho a todo; mas el señor Brownlow, no queriendo privar al hijo mayor de la ocasión de abandonar sus anteriores vicios y proseguir una vida honrada, propuso esta forma de distribución, a la que su joven protegido accedió gustoso.

Monks, conservando este nombre supuesto, marchose con su parte a un lejano lugar del Nuevo Mundo, donde, después de malgastar rápidamente, cayó una vez más en sus pasadas felonías, y tras sufrir largo encierro por algún nuevo fraude o bellaquería, fue víctima de uno de sus antiguos ataques y murió en la prisión. Tan lejos de su patria murieron los principales miembros restantes de la banda de su amigo Fagin.

El señor Brownlow adoptó por hijo a Oliver. Trasladose con él y la vieja ama de gobierno a una milla de la rectoría, donde vivían sus queridos amigos, con lo que satisfizo el único deseo del tierno y afectuoso corazón de Oliver, uniéndose así en una pequeña sociedad, que se aproximaba todo lo posible a la de la más perfecta ventura que puede esperarse en este tan mudable mundo.

Poco después del casamiento de los jóvenes, el digno doctor regresó a

Chertsey, donde, privado de la presencia de sus antiguos amigos, se hubiera tornado triste y hasta hubiese permitido que su carácter admitiera semejante sentimiento, volviéndose malhumorado si hubiese sabido cómo conseguirlo. Durante dos o tres meses contentose con insinuar que le parecía que aquel aire empezaba a no sentarle bien; luego, viendo que, en realidad, aquel lugar había dejado de ser para él lo que antes fuera, traspasole la clientela a su ayudante, alquiló un hotelito de soltero, precisamente en las afueras del pueblo donde su joven amigo fuera pastor, e inmediatamente se sintió restablecido. Dedicose allí a la jardinería, a la huerta, la pesca y la carpintería y otros trabajos de esta índole —emprendidos todos con su característica impetuosidad—, y en todos y cada uno de ellos se ha hecho famoso entre los vecinos, como la persona más autorizada en la materia.

Antes de trasladarse había logrado entablar una gran amistad con el señor Grimwig, a la que el excéntrico caballero correspondía cordialmente. Por tanto, en el transcurso del año, son varias las visitas que de él recibe.

En tales ocasiones, el señor Grimwig planta, pesca y carpintea con gran ardor, realizándolo todo de una manera singular y sin precedentes; pero sosteniendo siempre, con su afirmación favorita, que aquélla es la verdadera manera de hacerlo. Los domingos jamás deja de criticar el sermón en las barbas del propio clérigo, advirtiéndole siempre después al señor Losberne, en confianza, que lo considera una pieza excelente, pero que estima oportuno no decirlo así. Es una de las bromas permanentes y favoritas del señor Brownlow ridiculizarle por sus pasadas profecías sobre Oliver y recordarle la noche en que se sentaron con el reloj entre los dos esperando su regreso; mas el señor Grimwig opone que, después de todo, en lo fundamental tenía razón, y en prueba de ello, advierte que Oliver *no volvió*, con lo que se arranca siempre una carcajada y aumenta así su buen humor.

El señor Noah Claypole, después de recibir el perdón de la Corona como recompensa por haber servido de testigo de prueba en contra del judío, y considerando que su profesión no era todo lo segura que pudiera desear, pasó cierto breve tiempo indeciso acerca del medio de vida que no resultara agobiado con un trabajo excesivo. Tras de pensarlo detenidamente, dedicose a ser confidente, en cuyo cargo obtiene unos *decorosos* medios de subsistencia. Su trabajo consiste en salir una vez a la semana durante la hora de misa, acompañado de Charlotte, vestida de manera respetable. La dama se desmaya en la puerta de los posaderos caritativos, y, una vez que el caballero ha resultado complacido con tres peniques de coñac para ella, vuelve en sí, procede a hacer la información al día siguiente y se embolsa la mitad de la multa. A veces, el señor Claypole es quien se desmaya, pero el resultado es el mismo.

El señor y la señora Bumble, privados de sus cargos, fueron cayendo, poco a poco, en la mayor indigencia y desgracia, terminando por convertirse en asilados

del mismo hospicio que una vez señorearan sobre los demás. Al señor Bumble se le ha oído decir que con estos reveses y humillaciones no tiene ni siquiera humor para dar gracias por haberse separado de su mujer.

En cuanto a Giles y Brittles, continúan en sus antiguos puestos, si bien el primero está calvo ya y el último con el cabello cano. Duermen en la rectoría, pero reparten sus atenciones con tal equidad entre sus amos, Oliver, el señor Brownlow y el señor Losberne, que hasta este momento los vecinos del pueblo no han podido averiguar a qué casa pertenecen en realidad.

Maese Charley Bates, aterrado del crimen de Sikes, dio en pensar si, después de todo, no era mejor una vida honrada. Y llegando a la conclusión de que, en efecto, lo era, volvió la espalda a los lugares del pasado, resuelto a enmendarlo en alguna nueva esfera de acción. Luchó con fiereza y sufrió mucho durante algún tiempo; mas como tenía un carácter resignado y buena intención, salió victorioso, al fin, y, después de ser mozo de labranza y carretero, es ahora el más alegre y joven ganadero de todo Northamptonshire.

Y ya la mano que traza estas líneas vacila al acercarse al final de su tarea, y quisiera seguir tejiendo, por algún tiempo más, el hilo de estas aventuras.

Me gustaría detenerme junto a algunos de aquellos entre quienes anduve tanto tiempo y cuyas venturas compartí al tratar de describirlas. Quisiera mostrar a Rose Maylie en todo el esplendor y la gracia de su temprana madurez, derramando sobre su apartada senda de vida una tierna y suave luz que caía sobre todos los que por ella marchaban a su lado y penetraban en sus corazones. Quisiera pintarla como alma y vida del círculo congregado en torno al hogar, o en los animados grupos estivales; seguirla por los campos sofocantes al mediodía y oír los suaves tonos de su dulce voz en los paseos nocturnos, a la luz de la luna; observarla en toda su bondad y caridad para con todos, sonriendo incansable en el desempeño de sus deberes domésticos; mostrarla junto al hijo de su hermana muerta, felices en su mutuo amor, pasando horas enteras juntos, pensando en los amigos que tan tristemente habían perdido; quisiera traer ante mí de nuevo aquellas caritas alegres que se agrupaban en torno a sus rodillas, escuchando su alegre charla; recordar los matices de aquella clara risa y suscitar esas compasivas lágrimas que titilaban en sus claros ojos azules. Todos estos y otros miles de rostros y sonrisas, de giros del pensamiento y de la palabra, todos me gustaría traerlos de nuevo junto a mí.

De qué manera el señor Brownlow fue llenando, día tras día, la imaginación de su hijo adoptivo con montones de conocimientos, sintiéndose cada vez más unido a él a medida que se desarrollaba su naturaleza y mostraba cómo florecía la semilla de todo lo que él quisiera que llegase a ser; cómo descubría en él nuevos rasgos del amigo de su juventud, que despertaban viejos recuerdos en su pecho, melancólicos, pero dulces y consoladores; cómo los dos huérfanos, maltratados por la adversidad, recordaban la lección, compadeciendo a los

demás, llenos de un mutuo amor y dando fervorosas gracias a Aquel que los había protegido y conservado, son, todas ellas, cosas que no es menester describir. Ya he dicho que eran verdaderamente felices, y sin un fuerte afecto y un buen corazón, sin gratitud hacia el Ser cuyo lema es la piedad, y cuyo atributo es la benevolencia para todo lo que alienta, no se puede conseguir la verdadera dicha.

En el altar de la vieja iglesia de la aldea hay una lápida de mármol blanco, en la que sólo existe una palabra: « Agnes » . En esta tumba no hay ataúd, y quiera Dios que pasen muchos, muchos años, sin que otro nombre venga a colocarse sobre ella. Mas si alguna vez los espíritus de los muertos vuelven a la Tierra para visitar los lugares santificados por el amor —ese amor que perdura más allá de la muerte— de los que conociera en vida, creo que la sombra de Agnes rondará a veces en aquel rincón solemne. Y lo creo más porque ese rincón se halla en una iglesia, y ella fue una débil pecadora.

## Notas

[1] Juego de palabras intraducible. El término *board* tiene el significado de *junta* y de *tabla* o *tablero*. El niño ha podido, pues, entender que le decían: «Saluda a la *mesa*». (N. del T) <<

[2] Correccional de Londres. (*N. del T.*) <<

[3] Alusión a uno de los castigos de los antiguos corceles. (*N. del T.*) <<

[4] En francés en el original. (*N. del T.*) <<

[5] Juego de palabras que no es traducible. *Greenland* (Groenlandia) tiene también el doble sentido, en la germanía de los golfillos, de *el país de los cándidos*. (N. del T.) <<

[6] Célebre presidio londinense. (*N. del T.*) <<

[7] Al menos, virtualmente eso sucedía entonces. (*N. del A.*) <<

[8] Diminutivo de Oliver. <<

[9] Juego de naipes inglés. (*N. del T.*) <<

[10] Mercado londinense. (*N. del T.*) <<

[11] Tribunal Central de lo Criminal, en Londres. (*N. del T*) <<

[12] Jemmy significa, en inglés, *cabeza de cordero* y *palanqueta*. (N. del T) <<

[13] Barrio aristocrático de Londres. (*N. del T.*) <<